OBRAS, TOMO VI (1916-1917)

V. I. Lenin

Edición: Progreso, Moscú 1973.
Lengua: Castellano.
Digitalización: Koba.
Distribución: http://bolchetvo.blogspot.com/



Índice

PREFACIO.

En el sexto tomo de la presente edición se insertan obras escritas por Vladimir Ilich Lenin durante el período comprendido entre julio de 1916 y julio de 1917, en los años de la guerra imperialista mundial y de la revolución iniciada en Rusia en febrero de 1917.

En sus artículos, informes, discursos y folletos, Lenin elaboró la teoría del imperialismo y de la revolución socialista, fundamentó científicamente la solución de los problemas más candentes de la época: la actitud hacia la guerra, el problema nacional y la transformación de la revolución dernocrát.ica burguesa en revolución socialista.

Apoyándose en un profundo estudio del imperialismo, Lenin descubrió la ley de la desigualdad del desarrollo económico y político del capitalismo en la época del imperialismo y, partiendo de esta ley, llegó a la conclusión de la posibilidad del triunfo del socialismo inicialmente en un solo país o en varios países. "La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo -escribió Lenin en el artículo *La consigna de los Estados Unidos de Europa*-- De aquí se deduce que es posible que el socialismo triunfo primeramente en unos cuantos países capitalistas, o incluso en un solo país capitalista". Lenin volvió a tratar este problema en su trabajo *Sobre la caricatura del marxismo y el "economismo imperialista"* (1916) y en el artículo *El programa militar de la revolución proletaria (1916).*

Estrechamente unida a esta deducción está otra que hizo Lenin sobre la base de un exhaustivo análisis del proceso revolucionario mundial en la época imperialista: la diversidad de vías de transición de los distintos pueblos al socialismo. En el artículo *Sobre la caricatura del marxismo y el "economismo imperialista",* Lenin destaca la especificidad de las condiciones socioeconómicas y políticas en diferentes países y subraya que "la misma diversidad aparecerá en el camino que ha de recorrer la humanidad desde el imperialismo de hoy hasta la revolución socialista del mañana. Todas las naciones llegarán al socialismo, eso es inevitable, pero no llegarán de la misma manera; cada una de ellas aportará sus elementos peculiares a una u otra forma de la democracia, a una u otra variante de la dictadura del proletariado, a uno u otro ritmo de las transformaciones socialistas de los diversos aspectos de la vida social". No obstante, toda la diversidad de formas del paso del capitalismo al socialismo en distintos países, el contenido de estas formas será siempre el mismo: dictadura del proletariado. En sus obras de este período Lenin desarrolló la teoría marxista de la dictadura de la clase obrera, de sus tareas y formas: "La dictadura del proletariado, única clase revolucionaria hasta el fin -escribió Lenin-, es imprescindible para derrocar a la burguesía y rechazar sus tentativas contrarrevolucionarias".

En las *Tesis de Abril (Las tareas del proletariado en la presente revolución)* (1917), señero documento programático del marxismo creador, Lenin, al analizar el problema de la forma de la dictadura de la clase obrera que se instauraría en Rusia, tenía en cuenta la experiencia de la Comuna de París de 1871, primer gobierno obrero que conoce la historia, y la experiencia de las dos revoluciones rusas. El estudio de estas experiencias llevó a Lenin al convencimiento de que la forma política de la dictadura del proletariado debía ser la república de los Soviets y no una república parlamentaria de tipo, tradicional. Los Soviets de diputados obreros, campesinos y soldados, que surgieron en los primeros días de la Revolución de febrero por todo el país y que realizaron por sí mismos transformaciones democráticas, eran organizaciones revolucionarias de las masas, interpretaban directa e inmediatamente la voluntad de la mayoría del pueblo y eran más democráticos que cualquier parlamento. "La humanidad no ha creado hasta hoy, ni nosotros conocemos, un tipo de gobierno superior ni mejor que los Soviets de diputados obrero, braceros, campesinos y soldados" - escribió Lenin en el articulo *La dualidad de poderes*.

El problema nacional y colonial pasó a ser una cuestión vital de la teoría y la práctica revolucionarias, una parte integrante del problema de la revolución socialista. Le imprimió singular trascendencia la polémica acerca del derecho a la autodeterminación de las naciones, entablada en 1916 en la prensa socialista internacional de izquierda. En sus obras dedicadas al problema nacional y colonial, Lenin desarrolló los postulados marxistas acerca de la necesidad de unir el movimiento proletario con la lucha de los pueblos

oprimidos de las colonias y los países dependientes. En los artículos *Sobre el folleto de Junius* y *Balance de la discusión sobre la autodeterminación,* Lenin reveló la inconsistencia de la concepción de ciertos líderes del ala izquierda de la socialdemocracia alemana (Rosa Luxemburgo y otros) de que bajo el imperialismo son imposibles las guerras de liberación nacional.

Lenin mostró que la opresión nacional y colonial engendra inevitablemente un antagonismo irreconciliable entre los pueblos esclavizados de las colonias y los países dependientes, de un lado, y el capital monopolista, de otro, y lanza a los pueblos sojuzgados a la lucha libertadora contra el imperialismo. Así lo demostraban los hechos históricos concretos de la lucha liberadora de los pueblos oprimidos durante los años de la guerra (en Indochina, en África y en Irlanda) que desmentían las afirmaciones de que las guerras de liberación nacional son imposibles bajo el imperialismo. Lenin recalcaba el carácter revolucionario de las insurrecciones de liberación nacional, destacaba lo progresivo de la formación, en caso de triunfar estas insurrecciones, de nuevos Estados nacionales independientes. Lenin pensaba que la clase obrera tiene el deber de defender con la mayor decisión el derecho de todas las naciones a la autodeterminación e incluso a la separación y formación de su propio Estado, y de ayudar al levantamiento de los pueblos oprimidos contra las potencias imperialistas opresoras. En el artículo *La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación* escribió que la clase obrera y su partido marxista en las metrópolis deben respaldar la lucha de los pueblos oprimidos por su liberación, por reivindicaciones democráticas, por la autodeterminación; deben contribuir a esta lucha ensanchándola e impulsándola hasta el asalto directo a la burguesía, es decir, hasta la revolución socialista.

Una parte considerable de las obras incluidas en el presente volumen se refiere al período de la Revolución de febrero en Rusia. En las *Cartas desde lejos,* escritas en Suiza inmediatamente después de recibirse la noticia sobre el comienzo de la revolución en Rusia, Lenin aquilató las fuerzas motrices, el carácter y la orientación de la revolución consumada y planteó el problema de transformar la revolución democrática burguesa en revolución socialista. El programa de paz formulado por los bolcheviques en 1915, subrayaba Lenin, conserva su valor: renuncia a cumplir los tratados zaristas, armisticio inmediato, paz sin anexiones ni contribuciones, llamamiento a los obreros de todos los países a tomar el poder en sus manos: tales son los principales planteamientos de este programa.

Después de la Revolución de febrero, el Partido Bolchevique pasó a la legalidad y Lenin obtuvo la posibilidad de volver a Rusia.

Entre las obras de Lenin de este período ocupan el lugar central las *Tesis de Abril,* que tienen como continuación las *Cartas sobre táctica,* y otros varios artículos. Estos trabajos de Lenin pertrecharon a la clase obrera de Rusia y al Partido Bolchevique con un plan científicamente fundamentado para pasar de la revolución democrática burguesa a la revolución socialista. En las *Tesis de Abril* Lenin dilucidó los problemas más actuales que se planteaban después del triunfo de la Revolución de febrero: cómo salir de la guerra imperialista, qué forma debía adoptar el nuevo poder estatal, qué medidas económicas urgentes había que tomar, con qué medios se debía combatir el hambre y la ruina y cuál debía ser la táctica del Partido Bolchevique para pasar a la revolución socialista.

Tras haber demostrado que la política del Gobierno Provisional burgués llevaba inevitablemente el país a una catástrofe económica, Lenin escribía: "Hay que *preparar* sin demora a los Soviets de diputados obreros, a los Soviets de diputados empleados de la Banca, etc., con el fin de empezar a dar los pasos prácticamente posibles y plenamente realizables, primero para fusionar todos los bancos en un solo Banco Nacional; después, para establecer el control de los Soviets de diputados obreros sobre los bancos y los consorcios, y luego, para nacionalizarlos, es decir, para convertirlos en propiedad de todo el pueblo".

En las obras de Lenin de aquellos años se presta una gran atención a la política del Partido Bolchevique en relación con el campesinado. Las *Tesis de Abril* preveían la confiscación de todos los latifundios, la nacionalización de toda la tierra del país y la administración de la tierra por los Soviets locales de diputados braceros y campesinos.

En los artículos de este período, Lenin denuncia la política antipopular del Gobierno Provisional, quo no había cumplido ninguna de las demandas de las masas populares y que intentaba continuar la guerra imperialista en interés de la burguesía rusa la cual se lucraba con ella. En sus obras, Lenin critica ásperamente a los partidos pequeñoburgueses de los eseristas y mencheviques, quo apoyaban al Gobierno Provisional *(¿De qué fuente clasista surgen y "surgirán" los Cavaignac?, Los adeptos de Luis Blanc en Rusia,* etc.).

Tal es, a grandes rasgos, el contenido del presente volumen. Igual que los anteriores, va provisto de unas notas aclaratorias preparados por la redacción.

* * *

Los trabajos que figuran en el presente volumen han sido traducidos de la 5ª edición rusa de las *Obras Completas* de V. I. Lenin, preparada por el Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS. Al final de cada trabajo se indican el tomo y las páginas correspondientes.

LA EDITORIAL

SOBRE EL FOLLETO DE JUNIUS.

¡Por fin apareció en Alemania, ilegalmente, sin ninguna adaptación a la infame censura junker, un folleto socialdemócrata dedicado a los problemas de la guerra! El autor, que evidente pertenece al sector de la "izquierda radical" del partido, firma con el nombre de Junius (que en latín significa el más joven) y titula su folleto *La crisis de la socialdemocracia*. En un apéndice se incluyen las "tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional" que fueron propuestas ya a la ISK de Berna (Comisión Socialista Internacional) y publicadas en el número 3 del Boletín de la Comisión[1]. Dichas tesis fueron escritas por el grupo La Internacional[2], que en la primavera de 1915 publicó un número de una revista con ese título (con artículos de Zetkin, Mehring, R. Luxemburgo, Thalheimer, Duncker, Ströbel y otros) y organizó, el invierno de 1915-1916, una reunión de socialdemócratas de todas las regiones de Alemania, en la que se aprobaron las mencionadas tesis.

Como dice su autor en la introducción, fechada el 2 de enero de 1916, el folleto fue escrito en abril de 1915 y publicado "sin ninguna modificación". "Circunstancias externas" impidieron publicarlo antes. El folleto está dedicado, no tanto a la "crisis de la socialdemocracia", como a un análisis de la guerra, para refutar la leyenda de que es una guerra de liberación nacional, para probar que es una guerra imperialista tanto por parte de Alemania como por parte de las otras grandes potencias, y a una crítica revolucionaria de la conducta del partido oficial. Escrito con extraordinaria viveza, no cabe duda de que el folleto de Junius ha desempeñado y desempeñará un gran papel en la lucha contra el ex Partido Socialdemócrata de Alemania que ha desertado al campo de la burguesía y de los junkers, y nosotros felicitamos cordialmente al autor.

Al lector ruso, que conoce las publicaciones socialdemócratas en ruso aparecidas en el exterior entre 1914 y 1916, el folleto de Junius no le ofrece nada nuevo en principio. Al leer este folleto y comparar los argumentos de este marxista revolucionario alemán con los expuestos, por ejemplo, en el manifiesto del Comité Central de nuestro partido (septiembre-noviembre de 1914), en las resoluciones de Berna (marzo de 1915) y en numerosos comentarios sobre ellas, sólo se advierte que los argumentos de Junius son muy incompletos y que ha cometido dos errores. Al dedicar lo que sigue a la crítica de los defectos y errores de Junius, debemos subrayar ante todo que lo hacemos como parte de la autocrítica necesaria para los marxistas, y para verificar en todos sus aspectos los conceptos que deben servir de base ideológica a la III Internacional. En términos generales, el folleto de Junius es un excelente trabajo marxista, y es muy posible que sus defectos sean, hasta cierto punto, accidentales.

El principal defecto del folleto de Junius, que constituye un evidente paso atrás en comparación con la revista legal (aunque prohibida en cuanto apareció) *La Internacional*, es que silencia la vinculación entre el socialchovinismo (el autor no usa este término, ni la expresión socialpatriotismo, menos exacta) y el oportunismo. El autor se refiere con toda razón a la "capitulación" y bancarrota del Partido Socialdemócrata Alemán, a la "traición" de sus "dirigentes oficiales", pero no va más allá. Sin embargo, ya la revista *La Internacional* criticó el "centro", es decir, el kautskismo, colmándolo de burlas, con toda razón, por su blandenguería, su prostitución del marxismo, su servilismo ante los oportunistas. Y la misma revista *empezó* a desenmascarar el verdadero papel de los oportunistas al revelar, por ejemplo, el importantísimo hecho de que el 4 de agosto de 1914, los oportunistas habían presentado un ultimátum, una resolución tomada de antemano, para que se votaran los créditos en *cualquier* caso. ¡Ni el folleto de Junius, ni las tesis, se refieren *en absoluto* al oportunismo, ni al kautskismo! Esto es un error teórico, pues es imposible *explicar* la "traición" sin vincularla con el oportunismo como *tendencia* que tiene una larga historia, la historia de toda la II Internacional. Esto es un error en el sentido político práctico, pues es imposible comprender la "crisis de la socialdemocracia", ni superarla sin haber aclarado el sentido y el papel de estas *dos tendencias*: la abiertamente oportunista (Legien, David, etc.) y la tácitamente oportunista (Kautsky y Cía.). Es un paso atrás en comparación, por ejemplo, con el histórico artículo de Otto Rühle en *Vorwärts*[3], del 12 de enero de 1916, donde el autor, franca y abiertamente, demuestra que es *inevitable* una división del Partido Socialdemócrata Alemán (la redacción de *Vorwärts*

contestó, repitiendo melosas e hipócritas frases a lo Kautsky, sin encontrar un solo argumento de fondo para refutar el hecho *ya* evidente de que existían dos partidos y era imposible reconciliarlos). Es de una inconsecuencia asombrosa, ya que la tesis 2ª de *La Internacional* habla sin rodeos de la necesidad de crear una "nueva" Internacional en vista de la "traición de las representaciones oficiales de los partidos socialistas de los principales países" y su "adhesión a la política imperialista burguesa". Está claro que resulta simplemente absurdo insinuar que el viejo Partido Socialdemócrata Alemán o el partido que tolera a Legien, David y Cía. pueda participar en la "nueva" Internacional.

No sabemos por qué el grupo La Internacional dio este paso atrás. El mayor defecto en el marxismo revolucionario de Alemania es la falta de una organización ilegal consolidada, que aplique su línea en forma sistemática y eduque a las masas en el espíritu de las nuevas tareas: tal organización debería también tomar una postura definida ante el oportunismo y ante el kautskismo. Esto es tanto más necesario, por cuanto ahora los socialdemócratas revolucionarios alemanes han perdido sus dos últimos diarios: el de Bremen (*Bremer Bürger-Zeitung*[4]) y el de Brunswick (*Volksfreund*[5]), que se pasaron ambos a los kautskianos. *Únicamente* el grupo Socialistas Internacionalistas de Alemania (ISD) permanece en su puesto de modo claro y evidente para todos[6].

Parece que algunos miembros del grupo La Internacional se han deslizado otra vez a la charca del kautskismo sin principios. Por ejemplo, Ströbel llegó, en *Neue Zeit*, ¡a hacer reverencias a Bernstein y Kautsky! Y hace muy pocos días, el 15 de julio de 1916, publicó en los periódicos su artículo *Pacifismo y socialdemocracia*, donde defiende el más ramplón pacifismo kautskiano. En cuanto a Junius, se opone categóricamente a los irrealizables proyectos kautskianos, como los de "desarme", "abolición de la diplomacia secreta", etc. Es posible que en el grupo La Internacional haya dos tendencias: una revolucionaria y otra que se inclina hacia el kautskismo.

La primera de las definiciones erróneas de Junius ha sido refrendada en la 5ª tesis del grupo La Internacional: "…En la época (era) de este desenfrenado imperialismo no puede haber ya ninguna guerra nacional. Los intereses nacionales sirven únicamente como medio de engaño para colocar a las masas populares trabajadoras al servicio de su mortal enemigo: el imperialismo..." El comienzo de la 5ª tesis, que termina con esta definición, está dedicado a definir la guerra actual como imperialista. Es posible que la negación de las guerras nacionales en general sea un descuido o un apasionamiento casual al destacar la idea, absolutamente justa, de que la *presente* guerra es una guerra imperialista, y no nacional. Pero como puede tratarse también de lo contrario, como en algunos socialdemócratas se observa la negación equivocada de *todas* las guerras nacionales debido a que la guerra actual es presentada falsamente bajo el aspecto de una guerra nacional, es obligado detenerse en este error.

Junius tiene perfecta razón cuando destaca la influencia decisiva de la "situación imperialista" en la guerra *actual*, cuando dice que tras Serbia está Rusia, que "tras el nacionalismo serbio se encuentra el imperialismo ruso", que la participación de Holanda, por ejemplo, en la guerra sería *también* imperialista, pues ella, primero, defendería sus colonias y, segundo, sería aliada de una de las coaliciones *imperialistas*. Esto es indiscutible con relación a la guerra actual. Y cuando Junius subraya especialmente lo que tiene para él importancia primordial -la lucha contra el "fantasma de la guerra nacional", "que predomina actualmente en la política socialdemócrata" (pág. 81)-, hay que reconocer que su razonamiento es justo y plenamente oportuno.

Lo erróneo sería hiperbolizar esta verdad, apartarse de la exigencia marxista de ser concreto, trasplantar la apreciación de la presente guerra a todas las guerras posibles bajo el imperialismo, olvidar los movimientos nacionales *contra* el imperialismo. El único argumento en defensa de la tesis de que "no puede haber ya ninguna guerra nacional" consiste en que el mundo está repartido entre un puñado de "grandes" potencias imperialistas y que, por ello, toda guerra, aunque sea nacional al principio, *se transforma* en imperialista al afectar los intereses de una de las potencias o coaliciones imperialistas (pág. 81 del folleto de Junius).

La incongruencia de este argumento es evidente. Claro está que la tesis fundamental de la dialéctica marxista consiste en que todas las fronteras, tanto en la Naturaleza como en la sociedad, son relativas y variables, que no existe *ni un solo* fenómeno que no pueda, en determinadas condiciones, transformarse en su antítesis. Una guerra nacional puede transformarse en imperialista, y *viceversa*. Ejemplo: las guerras de la Gran Revolución Francesa comenzaron como nacionales y lo eran. Esas guerras eran revolucionarias por que defendían la gran revolución frente a la coalición de monarquías contrarrevolucionarias. Pero cuando Napoleón creó el Imperio francés, esclavizando a toda una serie de grandes Estados nacionales de Europa, formados mucho antes y con capacidad vital, las guerras francesas dejaron de ser nacionales para convertirse en imperialistas, engendrando *a su vez* las guerras de liberación nacional contra el imperialismo de Napoleón.

Sólo un sofista podría borrar la diferencia entre la guerra imperialista y la guerra nacional basándose en que una *puede* transformarse en la otra. La dialéctica

ha servido más de una vez -también en la historia de la filosofía griega- de puente que conduce a la sofistería. Pero nosotros seguiremos siendo dialécticos y lucharemos contra los sofismas, no negando la posibilidad de toda transformación en general, sino analizando de modo concreto *la presente* en su entono y en su desarrollo.

Es inverosímil en alto grado que la presente guerra imperialista (1914-1916) se transforme en nacional, pues la clase que representa el *progreso* es el proletariado, el cual tiende objetivamente a transformarla en guerra civil contra la burguesía. Y, además, porque las fuerzas de ambas coaliciones no se diferencian mucho y el capital financiero internacional ha creado en todas partes una burguesía reaccionaria. Pero no se puede declarar *imposible* semejante transformación: *si* el proletariado de *Europa* resultase sin fuerzas durante 20 años; si la guerra actual *terminase* con victorias semejantes a las napoleónicas y con el sojuzgamiento de una serie de Estados nacionales viables; *si* el imperialismo extra-europeo (el japonés y el norteamericano en primer lugar) se mantuviese también 20 años sin pasar al socialismo, por ejemplo, como resultado de una guerra nipo-norteamericana, entonces sería posible una gran guerra nacional en Europa. Eso significaría el retroceso de Europa en varios decenios. Eso es improbable. Pero no imposible, pues imaginarse que la historia universal avanza suave y ordenadamente, sin gigantescos saltos atrás en algunas ocasiones, no es dialéctico, es acientífico, falso desde el punto de vista teórico.

Prosigamos. En la época del imperialismo no sólo son probables, sino *inevitables* las guerras nacionales por parte de las colonias y semicolonias. En las colonias y semicolonias (China, Turquía, Persia) viven cerca de 1.000 millones de almas, es decir, *más de la mitad* de la población de la Tierra. En esos países, el movimiento de liberación nacional o bien es ya muy fuerte, o bien crece y madura. Toda guerra es la continuación de la política con otros medios. Las guerras nacionales de las colonias *contra* el imperialismo serán *inevitablemente* una continuación de la política de liberación nacional de las mismas. Esas guerras *pueden* conducir a una guerra imperialista de las "grandes" potencias imperialistas actuales, pero pueden también no conducir a ella: eso dependerá de muchas circunstancias.

Un ejemplo: Inglaterra y Francia pelearon en la Guerra de los Siete Años[7] por las colonias, es decir, sostuvieron una guerra imperialista (la cual es posible tanto sobre la base de la esclavitud y del capitalismo primitivo como sobre la base moderna del capitalismo altamente desarrollado). Francia es derrotada y pierde parte de sus colonias. Unos años después empieza la guerra de liberación nacional de los Estados de América del Norte contra Inglaterra[8] sola. Francia y España, que siguen poseyendo ciertas partes de los actuales Estados Unidos, movidas por su hostilidad a Inglaterra, es decir, por sus intereses imperialistas, concluyen un tratado de amistad con los Estados de América del Norte, insurreccionados contra Inglaterra. Las tropas francesas, con las americanas, derrotan a los ingleses. Nos encontramos ante una guerra de liberación nacional, en la que la rivalidad imperialista es un elemento accesorio, carente de seria importancia, o sea, lo contrario de lo que vemos en la guerra de 1914-1916 (en la guerra austro-serbia, el elemento nacional no tiene seria importancia, en comparación con la rivalidad imperialista, que es determinante). Esto nos muestra cuán absurdo sería emplear el concepto de imperialismo con arreglo a un patrón fijo, deduciendo de él la "imposibilidad" de las guerras nacionales. La guerra de liberación nacional, por ejemplo, de una alianza de Persia, India y China contra unas u otras potencias imperialistas es muy posible y probable, pues deriva del movimiento de liberación nacional de esos países. Y la transformación de semejante guerra en guerra imperialista entre las actuales potencias imperialistas dependería de muchísimas circunstancias concretas, cuyo advenimiento sería ridículo garantizar.

En tercer lugar, ni siquiera en Europa se puede considerar imposibles las guerras de liberación nacional en la época del imperialismo. "La época del imperialismo" ha hecho imperialista la presente guerra, engendrará ineludiblemente (mientras no se llegue al socialismo) nuevas guerras imperialistas y ha hecho imperialista hasta la médula la política de las grandes potencias actuales; pero esta "época" no excluye en lo más mínimo las guerras nacionales, por ejemplo, por parte de los pequeños Estados (supongamos que anexionados u oprimidos nacionalmente) *contra* las potencias imperialistas, de la misma manera que no excluye los movimientos nacionales en gran escala en el Este de Europa. Junius opina de Austria, por ejemplo, de forma muy sensata, tomando en consideración tanto lo "económico" como el peculiar factor político, señalando la "carencia de vitalidad interior de Austria" y reconociendo que la "monarquía de los Habsburgo no es una organización política del Estado burgués, sino sólo un sindicato, débilmente vinculado, de unas cuantas camarillas de parásitos sociales" y que la "liquidación de Austria-Hungría no es más, desde el punto de vista histórico, que la continuación del desmoronamiento de Turquía y, con él, una exigencia del proceso histórico de desarrollo". No mejor es la situación en lo que se refiere a algunos Estados balcánicos y a Rusia. Y si se dan las condiciones de un fuerte agotamiento de las "grandes" potencias en la guerra actual o del triunfo de la revolución en Rusia, las guerras nacionales, incluso victoriosas, son plenamente posibles. La intervención de las potencias imperialistas es

prácticamente realizable *no* en todas las condiciones. Eso de una parte. Y de otra parte, cuando se dice "a humo de pajas" que la guerra de un Estado pequeño contra un gigante carece de perspectivas, debe advertirse que una guerra sin perspectivas es también una guerra; además, determinados fenómenos en el seno de los "gigantes" -por ejemplo, el comienzo de la revolución- pueden convertir una guerra "sin perspectivas" en una guerra con muchas "perspectivas".

Hemos analizado con detalle la tesis desacertada de que "no puede haber ya ninguna guerra nacional" no sólo porque es errónea a todas luces desde el punto de vista teórico. Sería muy triste, naturalmente, que los "izquierdistas" comenzasen a dar muestras de despreocupación por la teoría marxista en un momento en que la fundación de la III Internacional sólo es posible sobre la base de un marxismo no vulgarizado. Mas esa equivocación es muy perjudicial también en el sentido político práctico: de ella se deduce la estúpida propaganda del "desarme", como si no pudiera haber más guerras que las reaccionarias; de ella se deduce asimismo la indiferencia, más estúpida todavía y claramente reaccionaria, ante los movimientos nacionales. Esa indiferencia se convierte en chovinismo cuando los miembros de las "grandes" naciones europeas, es decir, de las naciones que oprimen a una masa de pueblos pequeños y coloniales, declaran con aire de sabihondos: ¡"no puede haber ya ninguna guerra nacional"! Las guerras nacionales *contra* las potencias imperialistas no sólo son posibles y probables, sino también inevitables y *progresistas*, *revolucionarias*, *aunque*, claro está, para que tengan *éxito* es imprescindible aunar los esfuerzos de un inmenso número de habitantes de los países oprimidos (centenares de millones en el ejemplo de la India y de China, aportado por nosotros) o que se dé una conjugación *especialmente* favorable de los factores que caracterizan la situación internacional (por ejemplo, paralización de la intervención de las potencias imperialistas como consecuencia de su agotamiento, de su guerra, de su antagonismo, etc.), o la insurrección *simultánea* del proletariado de una de las grandes potencias contra la burguesía (este caso, el último en nuestra enumeración, es el primero desde el punto de vista de lo deseable y ventajoso para la victoria del proletariado).

Debemos indicar, sin embargo, que sería injusto acusar a Junius de indiferencia por los movimientos nacionales. Junius señala, al menos, entre los pecados de la minoría socialdemócrata el silencio de ésta ante la ejecución por "traición" (seguramente, por el intento de sublevarse con motivo de la guerra) de un jefe indígena en el Camerún, subrayando especialmente en otro lugar (para los señores Legien, Lensch y otros canallas que se consideran "socialdemócratas") que las naciones coloniales son también naciones. Junius declara con la mayor precisión: el "socialismo reconoce a cada pueblo el derecho a la independencia y a la libertad, a disponer libremente de su destino"; el "socialismo internacional reconoce el derecho de las naciones libres, independientes e iguales; pero sólo él puede crear esas naciones, sólo él puede llevar a la práctica el derecho de las naciones a la autodeterminación. Y esta consigna del socialismo -señala con razón el autor- sirve, igual que todas las demás, no como justificación de lo existente, sino como guía del camino a seguir, como estímulo de la política activa, revolucionaria y transformadora, del proletariado" (págs. 77 y 78). Por tanto, se equivocarían profundamente quienes pensasen que todos los socialdemócratas de izquierda alemanes han caído en la estrechez de criterio y la caricatura del marxismo a que han llegado algunos socialdemócratas holandeses y polacos al negar la autodeterminación de las naciones incluso en el socialismo. Pero de los orígenes holandeses y polacos *especiales* de *este* error hablamos en otro lugar.

Otro de los razonamientos equivocados de Junius se relaciona con el problema de la defensa de la patria. Es éste un problema político cardinal durante una guerra imperialista. Y Junius refuerza nuestra convicción de que nuestro partido indicó el único enfoque correcto del problema: el proletariado está en contra de la defensa de la patria en esta guerra imperialista *debido* a su carácter rapaz, esclavista y reaccionario, *debido* a la posibilidad y necesidad de contraponer a esta guerra (y de bregar por transformarla en) una guerra civil por el socialismo. Sin embargo, Junius, que por una parte expuso brillantemente el carácter imperialista de la presente guerra, diferenciándola de una guerra nacional, por otra parte cometió un error muy extraño, al intentar arrancar de un programa nacional en *esta* guerra *no* nacional. Suena casi increíble, pero es así.

Los socialdemócratas adocenados, tanto los de la calaña de Legien como de Kautsky, en su servilismo a la burguesía (que gritó más que nadie sobre la "invasión" extranjera para ocultar a las masas del pueblo el carácter imperialista de la guerra), repitieron con especial afán este argumento de la "invasión". Kautsky, que ahora asegura a la gente cándida y confiada (dicho sea de paso, por intermedio de Spectator, miembro del CO ruso[9]) que a fines de 1914 se ha pasado a la oposición, ¡continúa usando ese "argumento"! Para refutarlo, Junius cita ejemplos históricos muy ilustrativos, que prueban que "invasión y lucha de clases no son una contradicción en la historia burguesa, como afirma la leyenda oficial, sino que una es el medio y la expresión de la otra". Ejemplos: los Borbones en Francia recurrieron a la invasión extranjera contra los jacobinos[10]; la burguesía en 1871, contra la Comuna[11]. Marx escribió en *La guerra civil en*

Francia:

"El más heroico esfuerzo de que aún era capaz la vieja sociedad es la guerra nacional. Y ahora resulta que ésta no es más que un fraude del gobierno cuyo único objetivo es diferir la lucha de clases. Mas cuando la lucha de clases se enciende como guerra civil, el fraude salta hecho añicos"[12].

"El clásico ejemplo de todos les tiempos -escribe Junius refiriéndose a 1793- es la Gran Revolución Francesa". De todo ello extrae la siguiente conclusión: "La experiencia secular demuestra, por consiguiente, que la mejor defensa, la mejor protección de un país contra el enemigo exterior no es el estado de sitio, sino la abnegada lucha de clases que despierta el sentido de la dignidad, el heroísmo y la fuerza moral de las masas populares".

La conclusión práctica de Junius es ésta:

"Sí, es deber de los socialdemócratas defender su país durante una gran crisis histórica. Ahora bien, la grave culpa del grupo socialdemócrata del Reichstag consiste en haber proclamado solemnemente, en su declaración del 4 de agosto de 1914: "En la hora del peligro no dejaremos sin defensa a nuestra patria", y en haber abjurado, al mismo tiempo, de sus palabras. El grupo *dejó* sin defensa a la patria en la hora de mayor peligro. Pues su primer deber hacia la patria en esa hora era mostrar a la patria el verdadero trasfondo de esta guerra imperialista, romper la maraña de mentiras patrioteras y diplomáticas que envolvía este atentado contra la patria; proclamar en voz alta y claramente que tanto la victoria como la derrota en la presente guerra son igualmente funestas para el pueblo alemán, oponerse a ultranza al estrangulamiento de la patria por el estado de sitio; proclamar la necesidad de armar inmediatamente al pueblo y dejarle que resolviera él mismo el problema de la guerra o la paz; exigir resueltamente una asamblea en sesión permanente de la representación popular, mientras durase la guerra, para garantizar el riguroso control de la representación popular sobre el gobierno, y del pueblo sobre la representación popular; exigir la inmediata abolición de todas las restricciones de los derechos políticos, pues sólo un pueblo libre puede defender con eficacia a su país, y finalmente, contraponer al programa imperialista de guerra -programa destinado a conservar Austria y Turquía, es decir, mantener la reacción en Europa y en Alemania- el viejo y auténtico programa nacional de los patriotas y demócratas de 1848, el programa de Marx, Engels y Lassalle: la consigna de una gran república alemana unida. Tal es la bandera que tendría que haberse desplegado ante el país, que hubiera sido verdaderamente nacional, verdaderamente liberadora, y que hubiese estado en consonancia con las mejores tradiciones de Alemania y de la política internacional de clase del proletariado" …

"De esta manera, el grave dilema entre los intereses del país y la solidaridad internacional del proletariado, el trágico conflicto que impulsó a nuestros parlamentarios a ponerse "con el corazón oprimido" al lado de la guerra imperialista, es pura imaginación, una ficción nacionalista burguesa. Por el contrario, entre los intereses del país y los intereses de clase de la Internacional proletaria existe, en tiempos de guerra y en tiempos de paz, una completa armonía: tanto la guerra como la paz exigen el más enérgico desarrollo de la lucha de clases, la más decidida defensa del programa socialdemócrata".

Así argumenta Junius. Lo erróneo de sus razonamientos salta a la vista, y si nuestros lacayos del zarismo, francos o encubiertos, los señores Plejánov y Chjenkeli, y quizás hasta los señores Mártov y Chjeídze, se aferran con malsana alegría a las palabras de Junius, no para establecer la verdad teórica, sino para salir por la tangente, borrando sus huellas y embaucando a los obreros, debemos aclarar minuciosamente las fuentes *teóricas* del error de Junius.

Propone "oponer" a la guerra imperialista un programa nacional. ¡Le propone a la clase de vanguardia que mire al pasado y no al porvenir! En 1793 y en 1848, tanto en Francia como en Alemania y en toda Europa, estaba *objetivamente* a la orden del día una revolución democrática *burguesa*. A esta situación histórica *objetiva* correspondía un programa "verdaderamente nacional", es decir, el programa nacional *burgués* de la democracia existente entonces, que realizaron en 1793 los elementos más revolucionarios de la burguesía y la plebe, y que en 1848 fue proclamado por Marx en nombre de toda la democracia avanzada. *Objetivamente*, a las guerras feudales y dinásticas se oponían en aquel entonces las guerras democráticas revolucionarias, las guerras de liberación nacional. Ese fue el contenido de las tareas históricas de la época.

En la actualidad, la situación *objetiva* en los grandes países adelantados de Europa es distinta. El progreso -si no se toman en cuenta los posibles y transitorios pasos atrás- es factible sólo en dirección a la sociedad *socialista*, a la *revolución socialista*. Desde el punto de vista del progreso, desde el punto de vista de la clase de vanguardia, a la guerra burguesa imperialista, a la guerra del capitalismo altamente desarrollado puede, *objetivamente*, contraponerse sólo una guerra *contra* la burguesía, es decir, ante todo la guerra civil por el poder entre el proletariado y la burguesía, pues *sin* tal guerra es *imposible* un serio progreso; y como segunda etapa -sólo en ciertas condiciones especiales- una eventual guerra para defender el Estado socialista contra los

Estados burgueses. Por eso, los bolcheviques (afortunadamente muy pocos, y rápidamente cedidos por nosotros al grupo Priziv[13]) que estaban dispuestos a adoptar el punto de vista de una defensa condicional, es decir, defensa de la patria a condición de que hubiera una revolución victoriosa y el triunfo de una república en Rusia, seguían siendo fieles a la *letra* del bolchevismo, pero traicionaban su *espíritu*; porque siendo arrastrada a la guerra imperialista de las principales potencias europeas, Rusia ¡*también* libraría una guerra imperialista inclusive con una forma republicana de gobierno!

Diciendo que la lucha de clases es el mejor medio de defensa contra una invasión, Junius aplica la dialéctica marxista sólo a medias, dando un paso por el camino justo y desviándose en seguida de él. La dialéctica marxista exige un análisis concreto de cada situación histórica particular. Es verdad que la lucha de clases es el mejor medio contra una invasión, *tanto cuando* la burguesía derroca al feudalismo, *como cuando* el proletariado derroca a la burguesía. Precisamente porque es verdad con respecto a *cualquier* forma de opresión de clase, es *demasiado general*, y por eso *insuficiente* en el presente caso *particular*. La guerra civil contra la burguesía es *también* una de las formas de la lucha de clases, y sólo esta forma de la lucha de clases salvaría a Europa (a toda Europa, no sólo a un país) del peligro de invasión. La "Gran Alemania republicana" si hubiera existido en 1914-1916, *también* hubiese librado una guerra imperialista.

Junius estuvo muy cerca de la correcta solución del problema y de la consigna correcta: guerra civil contra la burguesía por el socialismo; pero, como si hubiera tenido miedo de decir toda la verdad, volvió atrás, hacia la fantasía de una "guerra nacional" en los años 1914, 1915 y 1916. Si examinamos el problema, no desde el ángulo teórico, sino puramente práctico, el error de Junius aparece no menos claro. Toda la sociedad burguesa, todas las clases de Alemania, incluyendo el campesinado, estaban *a favor* de la guerra (con toda probabilidad en Rusia *también*; por lo menos una mayoría del campesinado rico y mediano, y una parte muy considerable de campesinos pobres, se encontraban evidentemente bajo el hechizo del imperialismo burgués). La burguesía estaba armada hasta los dientes. En tales circunstancias, "proclamar" el programa de una república, de un parlamento en sesión permanente, de elección de los oficiales por el pueblo ("armamento del pueblo"), etc., significaría *en la práctica "proclamar" una revolución* (¡con el programa revolucionario erróneo!).

Al mismo tiempo, Junius dice, con todo acierto, que no se puede "fabricar" una revolución. Oculta en las entrañas de la guerra, *emergiendo* de ella, la revolución estaba a la orden del día en 1914-1916. Había que "*proclamarlo*" así en nombre de la clase revolucionaria enunciando completamente y sin temor *su* programa: el socialismo, en tiempos de guerra, es imposible sin una guerra civil contra la archirreaccionario y criminal burguesía que condena al pueblo a indecibles calamidades. Era necesario pensar en acciones sistemáticas, consecuentes, prácticas, *absolutamente realizables*, *cualquiera que fuese* el ritmo de desarrollo de la crisis revolucionaria, y que estuviesen de acuerdo con la revolución que maduraba. Estas acciones se indican en la resolución de nuestro partido: 1) votación contra los créditos; 2) ruptura de la "paz social"; 3) creación de una organización ilegal; 4) confraternización entre los soldados; 5) respaldo a todas las acciones revolucionarias de las masas. El éxito de todos estos pasos lleva inevitablemente a la guerra civil.

La proclamación de un gran programa histórico tuvo indudablemente una importancia gigantesca; mas no se trata del viejo programa nacional germano, anticuado en 1914-1916, sino del programa proletario internacionalista y socialista. Ustedes, los burgueses, guerrean para robar; nosotros, los obreros de *todos* los países beligerantes, les declaramos la guerra, la guerra por el socialismo: éste es el tipo de discurso que deberían haber pronunciado en los parlamentos el 4 de agosto de 1914 los socialistas que no habían traicionado al proletariado como lo habían hecho los Legien, David, Kautsky, Plejánov, Guesde, Sembat, etc.

Evidentemente, el error de Junius se debe a dos clases de equivocaciones. Es indudable que Junius está decididamente contra la guerra imperialista y decididamente *por* la táctica revolucionaria: es un *hecho*, y no lo podrá eliminar la malsana alegría de los señores Plejánov con respecto al "defensismo" de Junius. Es necesario responder inmediata y claramente a las posibles y probables calumnias de este tipo.

Pero Junius, en primer lugar, no se liberó totalmente del "medio" de los socialdemócratas alemanes, incluso de los de izquierda, que temen la escisión y temen enunciar completamente las consignas revolucionarias[*]. Es un falso temor, y los

[*] Igual error encontramos en los razonamientos de Junius sobre qué es mejor, ¿la victoria o la derrota? Su conclusión es que ambas son igualmente malas (ruina, aumento de armamentos, etc.). Este es el punto de vista no del proletariado revolucionario, sino de la pequeña burguesía pacifista. Ahora bien, si se habla de la "intervención revolucionaria" del proletariado -y de eso hablan, aunque, por desgracia, en términos demasiado generales tanto Junius como las tesis del grupo La Internacional, entonces es *obligatorio* plantear el problema desde *otro* punto de vista: 1) ¿Es posible una "intervención revolucionaria" sin el riesgo de una derrota? 2) ¿Es posible fustigar a la burguesía y al gobierno del país "*propio*" sin correr ese riesgo? 3) ¿No hemos afirmado siempre, y no prueba la

socialdemócratas alemanes de izquierda tendrán que librarse y *se librarán* de él. La marcha de su lucha contra los socialchovinistas *conducirá* a ello. Y ellos combaten a *sus* socialchovinistas con decisión, con firmeza y *con sinceridad*, y ésa es su enorme y fundamental diferencia de principio con los Mártov y los Chjeídze, quienes con una mano (a lo Skóbeliev) despliegan la bandera con el saludo "a los Liebknecht de todos los países" y con la otra ¡abrazan tiernamente a Chjenkeli y Potrésov!

En segundo lugar, Junius, al parecer, quiso realizar algo semejante a la tristemente célebre "teoría de las etapas" menchevique[14], quiso *empezar* a aplicar un programa revolucionario desde el extremo "más cómodo", "popular" y aceptable para la *pequeña burguesía*. Algo así como un plan para "ganar en astucia a la historia", ganar en astucia a los filisteos. Parece decir si nadie puede oponerse a la *mejor* manera de defender la verdadera patria, y la verdadera patria es, por cierto, la Gran Alemania republicana, la mejor defensa *es* una milicia, un parlamento en sesión permanente, etc. Una vez aceptado, este programa -dice- llevaría automáticamente a la etapa siguiente: la revolución socialista.

Probablemente, semejantes razonamientos hayan determinado de manera consciente o semiconsciente la táctica de Junius. Ni que decir tiene que son equivocados. El folleto de Junius evoca en nuestra mente a un *solitario* que no tiene compañeros en una organización ilegal habituada a pensar totalmente las consignas revolucionarias y a educar sistemáticamente a las masas en el espíritu de estas consignas. Pero este defecto no es -sería un grave error olvidarlo- un defecto personal de Junius, sino el resultado de la debilidad de todos los izquierdistas alemanes, enredados por todos lados en la vil maraña de la hipocresía kautskiana la pedantería y la "amistad" con los oportunistas. Los partidarios de Junius supieron, *a pesar* de su aislamiento, *iniciar* la publicación de volantes ilegales y *comenzar* la guerra contra el kautskismo. Sabrán seguir adelante por el buen camino.

Escrito en julio de 1915. Publicado en octubre de 1916 en el núm. 1 de "Sbórnik Sotsial-Demokrata".
T. 30, págs. 1-16.

---

experiencia histórica de las guerras reaccionarias, que las derrotas ayudan a la causa de la clase revolucionaria?

BALANCE DE LA DISCUSIÓN SOBRE LA AUTODETERMINACIÓN.

En el número 2 de la revista marxista *El Precursor* (*Vorbote*, abril de 1916), que edita la izquierda de Zimmerwald[15], se han publicado las tesis en pro y en contra de la autodeterminación de las naciones, firmadas por la redacción de nuestro órgano central, *Sotsial-Demokrat*[16], y por la redacción del órgano de la oposición socialdemócrata polaca, *Gazeta Robotnicza*[17]. El lector encontrará más arriba el texto de las primeras y la traducción de las segundas. Es quizá la primera vez que se plantea el problema con tanta amplitud en la palestra internacional: en la discusión que sostuvieron en la revista marxista alemana *Die Neue Zeit*[18] hace veinte años (en 1895-1896), antes del Congreso Socialista Internacional de Londres de 1896, Rosa Luxemburgo, C. Kautsky y los "independistas" polacos (los partidarios de la independencia de Polonia, el PSP)[19], que representaban tres puntos de vista distintos, el problema se planteaba únicamente con relación a Polonia[20]. Hasta ahora, a juzgar por las noticias de que disponemos, el problema de la autodeterminación ha sido discutido de modo más o menos sistemático únicamente por los holandeses y los polacos. Tenemos la esperanza de que *El Precursor* conseguirá impulsar la discusión de este problema, tan esencial en nuestros días, entre los ingleses, norteamericanos, franceses, alemanes e italianos. El socialismo oficial, representado tanto por los partidarios declarados de "su" gobierno, los Plejánov, los David y Cía., como por los defensores encubiertos del oportunismo, los kautskianos (incluidos Axelrod, M Chjeídze y otros), ha mentido tanto en esta cuestión que durante mucho tiempo serán inevitables, de una parte, los esfuerzos por guardar silencio y eludir la respuesta y, de otra parte, las exigencias de los obreros de que se les den "respuestas concretas" a las "preguntas malditas". Procuraremos informar oportunamente a nuestros lectores del desarrollo de la lucha de opiniones entre los socialistas del extranjero.

Para nosotros, los socialdemócratas rusos, el problema tiene, además, una importancia particular; esta discusión es continuación de la sostenida en 1903 y 1913[21]; el problema suscitó durante la guerra ciertas vacilaciones ideológicas entre los miembros de nuestro partido, y se exacerbó a consecuencia de los subterfugios a que recurrieron jefes tan destacados del partido obrero de Gvózdiev o chovinista como Mártov y Chjeídze para soslayar la esencia de la cuestión. Por ello es preciso hacer un balance, aunque sea previo, de la discusión iniciada en el ágora internacional.

Como se ve por las tesis, nuestros camaradas polacos replican directamente a algunos de nuestros argumentos, por ejemplo, acerca del marxismo y el proudhonismo[22]. Pero en la mayoría de los casos no nos responden de modo directo, sino indirecto, contraponiendo sus afirmaciones. Examinemos sus respuestas directas e indirectas.

1. El socialismo y la autodeterminación de las naciones.

Hemos afirmado que constituiría una traición al socialismo renunciar a llevar a la práctica la autodeterminación de las naciones en el socialismo. Se nos contesta: "El derecho de autodeterminación no es aplicable a la sociedad socialista". La discrepancia es cardinal. ¿Cuál es su origen?

"Sabemos -objetan nuestros contradictores- que el socialismo acabará por completo con toda opresión nacional, ya que acaba con los intereses de clase que conducen a ella..." ¿A cuento de qué esa consideración acerca de las premisas *económicas* de la abolición de la opresión nacional, conocidas e indiscutibles desde hace mucho, cuando la discusión gira en torno a *una* de las formas de opresión *política*, a saber, de la retención violenta de una nación dentro de las fronteras del Estado de otra nación? ¡Es simplemente un intento de esquivar las cuestiones políticas! Y las consideraciones posteriores nos reafirman más aún en esta apreciación:

> "No poseemos ningún fundamento para suponer que la nación tendrá en la sociedad socialista el carácter de una unidad político-económica. Lo más probable es que tenga únicamente el carácter de una unidad cultural y lingüística, ya que la división territorial de la esfera cultural socialista, siempre que exista, sólo podrá efectuarse de acuerdo con las necesidades de la producción. Con una particularidad: esa división no deberán decidirla, como es natural, las distintas naciones, cada una por su cuenta, con toda la plenitud de su propio poder (como exige el

"derecho de autodeterminación"), sino que la *decidirán conjuntamente* todos los ciudadanos interesados..."

A los camaradas polacos les gusta tanto este último argumento de la determinación *conjunta* en vez de la *auto*determinación que lo repiten *tres veces* en sus tesis. Pero la frecuencia de la repetición no transforma este argumento octubrista[23] y reaccionario en socialdemócrata. Porque todos los reaccionarios y burgueses conceden a las naciones retenidas por la violencia en las fronteras del Estado correspondiente el derecho de "determinar conjuntamente" su destino en el Parlamento general. También Guillermo II concede a los belgas el derecho de "determinar conjuntamente" el destino del Imperio alemán en el Parlamento general alemán.

Nuestros contradictores se esfuerzan por dar de lado precisamente lo que es controvertible, lo único sometido a discusión: el derecho de separación. ¡Sería ridículo si no fuera tan triste!

En nuestra primera tesis decimos ya que la liberación de las naciones oprimidas presupone, en el terreno político, una transformación doble: 1) plena igualdad de derechos de las naciones. Esto no suscita discusión y se refiere exclusivamente a lo que ocurre dentro del Estado; 2) libertad de separación política. Esto se refiere a la determinación de las fronteras del Estado. *Sólo* eso es discutible. Y nuestros contradictores guardan silencio precisamente sobre eso. No desean pensar ni en las fronteras del Estado ni incluso en el Estado en general. Es una especie de "economismo imperialista'' semejante al viejo "economismo"[24] de los años 1894-1902, que razonaba así: el capitalismo ha triunfado, *por eso* no vienen al caso las cuestiones políticas. ¡El imperialismo ha triunfado, *por eso* no vienen al caso las cuestiones políticas! Semejante teoría apolítica es profundamente hostil al marxismo.

Marx decía en la *Crítica del Programa de Gotha*: "Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado"[25]. Hasta ahora ha sido indiscutible para los socialistas esta verdad, que encierra el reconocimiento del *Estado* hasta que el socialismo triunfante se transforme en comunismo completo. Es conocida la expresión de Engels acerca de la *extinción* del Estado. Hemos subrayado adrede, ya en nuestra primera tesis, que la democracia es una forma del Estado, que deberá desaparecer junto con él. Y mientras nuestros contradictores no sustituyan el marxismo por cualquier nuevo punto de vista "a-estadista", sus consideraciones serán un error desde el comienzo hasta el fin.

El lugar de hablar del Estado (¡y *por tanto*, de la determinación de sus *fronteras*!), hablan de la "esfera cultural socialista", es decir, ¡eligen intencionadamente una expresión vaga en el sentido de que se borran todas las cuestiones relacionadas con el Estado! Resulta una tautología ridícula: si el Estado no existe, tampoco existe, naturalmente, el problema de sus fronteras. Y entonces está de más *todo* el programa político-democrático. La república tampoco existirá cuando "se extinga" el Estado.

En los artículos del chovinista alemán Lensch a que nos hemos referido en la tesis 5 (nota) se cita un interesante pasaje de la obra de Engels *El Po y el Rin*. Engels dice allí, entre otras cosas, que en el curso del desarrollo histórico, que se engulló una serie de naciones pequeñas y carentes de vitalidad, las fronteras de las "naciones europeas grandes y viables" fueron determinándose cada vez más por "la lengua y las simpatías" de la población. Engels califica esas fronteras de "naturales". Así ocurrió en la época del capitalismo progresivo, en Europa, alrededor de 1845-1871. Ahora, el capitalismo reaccionario, imperialista *demuele* con frecuencia creciente esas fronteras, determinadas democráticamente. Todos los síntomas predicen que el imperialismo dejará en herencia al socialismo, que viene a remplazarlo, fronteras menos democráticas, una serie de anexiones en Europa y en otras partes del mundo. Y bien, ¿es que el socialismo triunfante, al restaurar y llevar a su término la democracia completa en todos los terrenos, renunciará a la determinación *democrática* de las fronteras del Estado?, ¿no deseará tener en cuenta las "simpatías" de la población? Basta hacer esas preguntas para ver con la mayor claridad que nuestros colegas polacos ruedan del marxismo al "economismo imperialista".

Los viejos "economistas", que convertían el marxismo en una caricatura, enseñaban a los obreros que para los marxistas "sólo" tiene importancia lo "económico". Los nuevos "economistas" piensan o bien que el Estado democrático del socialismo triunfante existirá sin fronteras (como un "complejo de sensaciones" sin la materia), o bien que las fronteras serán determinadas "sólo" de acuerdo con las necesidades de la producción. En realidad, esas fronteras serán determinadas democráticamente, es decir, de acuerdo con la voluntad y las "simpatías" de la población. El capitalismo violenta estas simpatías, agregando con ello nuevas dificultades al acercamiento de las naciones. El socialismo, al organizar la producción *sin* la opresión clasista y asegurar el bienestar de *todos* los miembros del Estado, brinda *plena posibilidad de manifestarse* a las "simpatías" de la población y, precisamente como consecuencia de ello, alivia y acelera de modo gigantesco el acercamiento y la fusión de las naciones.

Para que el lector descanse un poco del "economismo" pesado y torpón, citaremos el criterio de un escritor socialista ajeno a nuestra disputa. Ese

escritor es Otto Bauer, que tiene también su "punto flaco", la "autonomía nacional cultural"[26], pero que razona muy acertadamente en una serie de cuestiones importantísimas. Por ejemplo, en la pág. 29 de su libro *La cuestión nacional y la socialdemocracia* ha destacado con extraordinaria exactitud el encubrimiento de la política *imperialista* con la ideología nacional. En la pág. 30, *El socialismo y el principio de la nacionalidad*, dice:

> "La comunidad socialista jamás estará en condiciones de incluir por la violencia en su composición a naciones enteras. Imaginaros unas masas populares dueñas de todos los bienes de la cultura nacional, y que toman parte activa e íntegra en la labor legislativa y en la administración y, por último, que están provistas de armas. ¿Es que sería posible someter por la violencia esas naciones a la dominación de un organismo social extraño? Todo poder estatal se asienta en la fuerza de las armas. El actual ejército popular, gracias a un hábil mecanismo, sigue siendo un arma en manos de determinada persona, familia o clase, exactamente igual que las huestes mercenarias y las mesnadas de los caballeros en la antigüedad. En cambio, el ejército de la comunidad democrática de la sociedad socialista no será otra cosa que el pueblo armado, pues estará compuesto por personas de elevada cultura que trabajarán de modo voluntario en los talleres sociales y participarán plenamente en todos los dominios de la vida del Estado. En tales condiciones desaparecerá toda posibilidad de dominación por parte de otra nación".

Eso sí es exacto. En el capitalismo *no es posible* suprimir la opresión nacional (y política, en general). Para conseguirlo es *imprescindible* abolir las clases, es decir, implantar el socialismo. Pero, basándose en la economía, el socialismo no se reduce íntegramente a ella, ni mucho menos. Para eliminar la opresión nacional hace falta una base: la producción socialista; mas sobre esa base son precisos, *además*, la organización democrática del Estado, el ejército democrático, etc. Transformando el capitalismo en socialismo, el proletariado abre la *posibilidad* de suprimir por completo la opresión nacional; esta posibilidad se convierte *en realidad* "sólo" -"¡sólo!"- con la aplicación completa de la democracia en todos los terrenos, comprendida la determinación de las fronteras del Estado en consonancia con las "simpatías" de la población, comprendida la plena libertad de separación. Sobre esta base se desarrollará a su vez, *prácticamente*, la eliminación absoluta de los más mínimos roces nacionales, de la más mínima desconfianza nacional; se producirán el acercamiento acelerado y la fusión de las naciones, que culminaran en la *extinción* del Estado. Tal es la teoría del marxismo, de la que se han apartado erróneamente nuestros colegas polacos.

2. ¿Es "realizable" la democracia en el imperialismo?

Toda la vieja polémica de los socialdemócratas polacos contra la autodeterminación de las naciones se apoya en el argumento de que ésta es "irrealizable" en el capitalismo. Ya en 1903, en la comisión del II Congreso del POSDR encargada de elaborar el programa del partido, los iskristas[27] nos reímos de este argumento y dijimos que repetía la caricatura del marxismo hecha por los "economistas" (de triste memoria). En nuestras tesis nos hemos ocupado con especial detalle de este error, y precisamente en esta cuestión, que representa la base teórica de toda la discusión, los camaradas polacos no han querido (¿no han podido?) replicar *a ninguno* de nuestros argumentos.

La imposibilidad económica de la autodeterminación debería ser demostrada por medio de un análisis económico, igual que nosotros demostramos que es irrealizable la prohibición de las máquinas o la implantación de los bonos de trabajo[28], etc. Nadie intenta siquiera hacer ese análisis. Nadie afirmar que se ha logrado implantar en el capitalismo los "bonos de trabajo", aunque sea en un país, "a título de excepción"; en cambio, un pequeño país, a título de excepción, ha logrado en la era del más desenfrenado imperialismo realizar la irrealizable autodeterminación e incluso sin guerra y sin revolución (Noruega en 1905).

En general, la democracia política no es más que una de las *formas* posibles (aunque sea normal teóricamente para el capitalismo "puro") de superestructura *sobre* el capitalismo. Los hechos demuestran que tanto el capitalismo como el imperialismo se desarrollan con *cualesquiera* formas políticas, supeditando *todas* ellas a sus intereses. Por ello es profundamente erróneo desde el punto de vista teórico decir que son "irrealizables" una forma y una reivindicación de la democracia.

La falta de respuesta de los colegas polacos a estos argumentos obliga a considerar terminada la discusión sobre este punto. Para mayor evidencia, por así decirlo, hemos hecho la afirmación más concreta de que sería "ridículo" negar que la restauración de Polonia es "realizable" ahora en dependencia de los factores estratégicos, etc., de la guerra actual. ¡Pero no se nos ha contestado!

Los camaradas polacos se han limitado *a repetir* una afirmación evidentemente equivocada (§ II, 1), diciendo: "en los problemas de la anexión de regiones ajenas han sido eliminadas las formas de la democracia política; lo que decide es la violencia manifiesta... El capital no permitirá nunca al pueblo que resuelva el problema de sus fronteras estatales..." ¡Como si e! "capital" pudiera "permitir al pueblo" que elija a *sus* funcionarios (del capital), que sirven al imperialismo! ¡O como si fueran concebibles *en*

general sin la "violencia manifiesta" cualesquiera soluciones a fondo de importantes problemas democráticos, por ejemplo, la república en vez de la monarquía o la milicia popular en vez del ejército permanente! Subjetivamente, los camaradas polacos desean "profundizar" el marxismo, pero lo hacen sin ninguna fortuna. *Objetivamente*, sus frases acerca de que la autodeterminación es "irrealizable" son oportunismo, pues lo llevan implícito tácitamente: es "irrealizable" sin una serie de revoluciones, como es irrealizable también en el imperialismo *toda* la democracia, *todas* sus reivindicaciones en general.

Una sola vez, al final mismo del § II, 1, al hablar de Alsacia, los colegas polacos han abandonado la posición del "economismo imperialista", abordando las cuestiones de una de las formas de la democracia con una respuesta concreta y no con una alusión general al factor "económico". ¡Y precisamente ese enfoque ha resultado equivocado! Sería "particularista, antidemocrático" –escriben- que *solamente* los alsacianos, sin preguntar a los franceses, "impusieran" a éstos la incorporación de Alsacia a Francia, ¡¡¡aunque una parte de Alsacia se inclinara hacia los alemanes y esto amenazara con una guerra!!! El embrollo es divertidísimo: la autodeterminación presupone (esto está claro de por sí y lo hemos subrayado de modo especial en nuestras tesis) la libertad de *separarse* del Estado opresor. En política "no es usual" hablar de que la *incorporación* a un Estado determinado presupone *su* conformidad de la misma manera que en economía no se habla de "conformidad" del capitalista para obtener ganancias o del obrero para percibir su salario! Hablar de eso es ridículo.

Si se quiere ser un político marxista, al hablar de Alsacia habrá que atacar a los canallas del socialismo alemán porque no luchan en pro de la libertad de separación de Alsacia; habrá que atacar a los canallas del socialismo francés porque se reconcilian con la burguesía francesa, la cual desea la incorporación violenta de toda Alsacia; habrá que atacar a unos y otros porque sirven al imperialismo de "su" país, temiendo la existencia de un Estado separado, aunque sea pequeño; habrá que mostrar *de qué modo* resolverían los socialistas el problema en unas cuantas semanas, reconociendo la autodeterminación, sin violar la voluntad de los alsacianos. Hablar, en lugar de eso, del terrible peligro de que los alsacianos franceses se "impongan" a Francia es sencillamente el acabóse.

3. ¿Qué es la anexión?

Esta pregunta fue formulada con toda precisión en nuestras tesis (§ 7). Los camaradas polacos *no* han contestado a ella, la *han dado de lado*, 1) declarando insistentemente que son enemigos de las anexiones y 2) explicando por qué se oponen a ellas. Son cuestiones muy importantes, desde luego. Pero son *otras* cuestiones. Si nos preocupamos, por poco que sea, de la seria fundamentación teórica de nuestros principios, de formularlos con claridad y precisión, no podemos *dar de lado* al interrogante de que es la anexión, toda vez que este concepto figure en nuestra propaganda y agitación políticas. Rehuir este asunto en una discusión colectiva sólo puede ser interpretado como abjuración de las posiciones mantenidas.

¿Por qué planteamos esta cuestión? Lo hemos explicado al hacerlo. Porque la "protesta contra las anexiones no es otra cosa que el reconocimiento del derecho de autodeterminación". El concepto de anexión comprende habitualmente: 1) la idea de violencia (incorporación forzosa); 2) la idea de opresión nacional extranjera (incorporación de una región "*ajena*", etc.), y, a veces, 3) la idea de alteración del statu quo. También esto lo hemos señalado en las tesis, sin que nuestras indicaciones hayan sido objeto de crítica.

Surge una pregunta: ¿pueden los socialdemócratas ser enemigos de la violencia en general? Está claro que no. Entonces, no estamos contra las anexiones porque representen una violencia, sino por alguna otra cosa. De la misma manera los socialdemócratas no pueden ser partidarios del statu quo. Por muchas vueltas que se le dé, no podréis rehuir la conclusión: la anexión es una *violación de la autodeterminación* de las naciones, es la delimitación de las *fronteras* de un Estado *en contra de la voluntad de la población*.

Ser enemigo de las anexiones *significa* estar a favor del derecho de autodeterminación. Estar "contra la retención violenta de cualquier nación dentro de las fronteras de un Estado dado" (hemos utilizado adrede *también* esta fórmula, apenas modificada, de la misma idea en el apartado 4 de nuestras tesis, y los camaradas polacos nos *han contestado* con claridad *plena*, declarando en su § I, 4, al comienzo, que están "contra la retención violenta de las naciones oprimidas dentro de las fronteras de un Estado anexionador") *es lo mismo* que estar a favor de la autodeterminación de las naciones.

No queremos discutir sobre las palabras. Si hay un partido que diga en su programa (o en una resolución obligatoria para todos, no se trata de la forma) que está contra las anexiones*, contra la retención violenta de las naciones oprimidas dentro de las fronteras de su Estado, declararemos que, por principio, estamos completamente de acuerdo con ese partido. Sería absurdo aferrarse a la *palabra* "autodeterminación". Y si hay en nuestro partido quienes deseen modificar en este espíritu las *palabras*, la fórmula del apartado 9 de nuestro programa, consideraremos que las discrepancias con

---

* "Contra las anexiones viejas y nuevas", dice la fórmula de K. Radek en uno de los artículos publicados por el en *Berner Tagwacht*[29].

esos camaradas no tienen en modo alguno carácter de principio.

El quid de la cuestión está únicamente en la claridad política y en la fundamentación teórica de nuestras consignas.

En las discusiones verbales sobre este problema -cuya importancia nadie niega, sobre todo ahora, con motivo de la guerra- se ha expuesto el siguiente argumento (no lo hemos encontrado en la prensa): la *protesta contra* un mal conocido no significa obligatoriamente el reconocimiento de un concepto positivo que suprime el mal. Es evidente que el argumento carece de base y quizá por ello no ha sido reproducido en la prensa en parte alguna. Si un partido socialista declara que está "contra la retención violenta de una nación oprimida dentro de las fronteras del Estado anexionador", ese partido *se compromete, con ello, a renunciar* a la retención *violenta* cuando llegue al poder.

No dudamos ni un instante que si Hindenburg semivence mañana a Rusia y esa semivictoria se manifiesta (con motivo del deseo de Inglaterra y de Francia de debilitar un poco el zarismo) en la creación de un nuevo Estado polaco, plenamente "realizable" desde el punto de vista de las leyes económicas del capitalismo y del imperialismo, y si pasado mañana triunfa la revolución socialista en Petrogrado, Berlín y Varsovia, el Gobierno socialista polaco, a semejanza del ruso y del alemán, renunciará a la "retención violenta", por ejemplo, de los ucranios "dentro de las fronteras del Estado polaco". Y si en ese gobierno figuran miembros de la redacción de *Gazeta Robotnicza*, sacrificarán, indudablemente, sus "tesis" y refutarán con ello la "teoría" de que el "derecho de autodeterminación es inaplicable a la sociedad socialista". Si pensáramos de otra manera, no plantearíamos a la orden del día la discusión fraternal con los socialdemócratas de Polonia, sino la lucha implacable contra ellos como chovinistas.

Admitamos que salgo a la calle en cualquier ciudad europea y expreso públicamente, repitiéndolo después en la prensa, mi "protesta" contra el hecho de que no se me permita comprar a un hombre como esclavo. No cabe la menor duda de que se me considerará, con razón, un esclavista, un partidario del principio o del sistema, como queráis, de la esclavitud. No cambia nada el hecho de que mis simpatías por la esclavitud adopten la forma negativa de la protesta, y no una forma positiva ("estoy a favor de la esclavitud"). La "protesta" política equivale *por completo* a un programa político. Esto es tan evidente, que incluso resulta violento verse obligado a explicarlo. En todo caso, estamos firmemente seguros de que la izquierda de Zimmerwald, al menos -no hablamos de todos los zimmerwaldianos porque entre ellos figuran Mártov y otros kautskianos-, no "protestará" si decimos que en la III Internacional no habrá lugar para quienes sean capaces de separar la protesta política del programa político, de oponer la una al otro, etc.

Como no deseamos discutir sobre las palabras, nos permitimos expresar la firme esperanza de que los socialdemócratas polacos procurarán formular oficialmente con la mayor rapidez su protesta de excluir el apartado 9 de nuestro (y suyo también) programa del partido, así como del programa de la Internacional (resolución del Congreso de Londres de 1896), y su definición de las correspondientes ideas políticas acerca de las "anexiones viejas y nuevas" y de la "retención violenta de una nación oprimida dentro de las fronteras del Estado anexionador".

Pasemos a la cuestión siguiente.

4. ¿A favor de las anexiones o en contra de las anexiones?

En el § 3 de la primera parte de sus tesis, los camaradas polacos declaran con toda precisión que están en contra de toda clase de anexiones. Lamentablemente, en el § 4 de esa misma parte encontramos afirmaciones que no podemos menos de considerar anexionistas. Ese § comienza con la siguiente... ¿cómo decirlo más suavemente?... frase extraña:

> "La lucha de la socialdemocracia contra las anexiones, contra la retención violenta de las naciones oprimidas dentro de las fronteras del Estado anexionador tiene como punto de partida el *rechazamiento de toda defensa de la patria* (la cursiva es de los autores), que en la era del imperialismo es la defensa de los derechos de la propia burguesía a oprimir y saquear pueblos ajenos..."

¿Qué es eso? ¿Cómo es eso?

"La lucha contra las anexiones tiene como punto de partida el rechazamiento de *toda* defensa de la patria..." ¡Pero si se puede denominar "defensa de la patria", y hasta ahora estaba *generalmente* admitido dar esa denominación, a toda guerra nacional y a toda insurrección nacional! Estamos en contra de las anexiones, *pero*... entendemos esto en el sentido de que estamos en contra de la guerra de los anexados *por* liberarse de los anexionadores, estamos en contra de la insurrección de los anexados con el fin de liberarse de los anexionadores. ¿No es ésta una afirmación anexionista?

Los autores de las tesis argumentan su... extraña afirmación diciendo que, "en la era del imperialismo", la defensa de la patria es la defensa de los derechos de su propia burguesía a oprimir pueblos ajenos. ¡Pero eso es cierto *sólo* con relación a la guerra imperialista, es decir, a la guerra *entre* potencias imperialistas, o entre grupos de potencias, cuando *ambas* partes beligerantes, además de oprimir "pueblos ajenos", hacen la guerra *para decidir* quién debe oprimir *más* pueblos ajenos!

Por lo visto, los autores plantean el problema de la "defensa de la patria" de una manera completamente distinta a como lo plantea nuestro partido. Nosotros rechazamos la "defensa de la patria" en la guerra *imperialista*. Esto está dicho con claridad meridiana en el manifiesto del Comité Central de nuestro partido y en las resoluciones de Berna[30], reproducidas en el folleto *El socialismo y la guerra*, que ha sido publicado en alemán y en francés. Hemos subrayado eso *dos veces* también en nuestras tesis (notas al apartado 4 y al apartado 6). Al parecer, los autores de las tesis polacas rechazan la defensa de la patria *en general*, es decir, *también en una guerra nacional*, considerando, quizá, que en la "era del imperialismo" *son imposibles las guerras nacionales*. Decimos "quizá" porque los camaradas polacos no han expuesto en sus tesis semejante opinión.

Semejante opinión ha sido expresada con claridad en las tesis del grupo alemán La Internacional y en el folleto de Junius, al que dedicamos un artículo especial*. Señalemos, como adición a lo dicho allí, que la insurrección nacional de una región o país anexados contra los anexionadores puede ser denominada precisamente insurrección, y no guerra (hemos oído esa objeción y por eso la citamos, a pesar de considerar que esta disputa terminológica no es seria). En todo caso, es poco probable que haya quien se atreva a negar que Bélgica, Serbia, Galitzia y Armenia, anexadas, denominaran a su "insurrección" contra el anexionador "defensa de la Patria", *y la denominarán justamente*. Resulta que los camaradas polacos están *en contra* de semejante insurrección debido a que en esos países anexados hay también burguesía, que oprime *también* pueblos ajenos, o, mejor dicho, que puede oprimirlos, pues se trata únicamente de "*su derecho* a oprimir". Por consiguiente, para apreciar una guerra dada o una insurrección dada no se toma su *verdadero* contenido social (la lucha de la nación oprimida contra la opresora por su independencia), sino el eventual ejercicio por la burguesía hoy oprimida de su "*derecho* a oprimir". Si Bélgica, por ejemplo, es anexada por Alemania en 1917, pero en 1918 se levanta para liberarse, los camaradas polacos estarán en contra de la insurrección, basándose en que ¡la burguesía belga tiene "derecho a oprimir pueblos ajenos"!

Este razonamiento no tiene nada de marxismo ni de revolucionario en general. Sin traicionar al socialismo, *debemos* apoyar *toda* insurrección contra nuestro enemigo principal, la burguesía de los grandes Estados, si no se trata de la insurrección de una clase reaccionaria. Al negarnos a apoyar la insurrección de las regiones anexadas nos convertimos –objetivamente- en anexionistas. Precisamente en la "era del imperialismo", que es la era de la incipiente revolución social, el proletariado apoyará hoy con particular energía la insurrección de las regiones anexadas, a fin de atacar mañana, o al mismo tiempo, a la burguesía de la "gran" potencia, debilitada por esa insurrección.

Sin embargo, los camaradas polacos van más lejos aún en su anexionismo. No están en contra únicamente de la insurrección de las regiones anexadas; ¡están en contra también de *todo* restablecimiento de su independencia, aunque sea pacífico! Escuchad:

> "La socialdemocracia, al declinar toda responsabilidad por las consecuencias de la política opresora del imperialismo, al luchar contra ellas del modo más enérgico, *no se pronuncia en modo alguno a favor de la colocación de nuevos postes fronterizos en Europa, a favor del restablecimiento de los arrancados por el imperialismo*" (la cursiva es de los autores).

En la actualidad "han sido arrancados por el imperialismo los postes fronterizos" entre Alemania y Bélgica, entre Rusia y Galitzia. ¡Y resulta que la socialdemocracia internacional debe estar en contra de su restablecimiento en general, cualquiera que sea la forma en que se efectúe! En 1905, "en la era del imperialismo", cuando la Dieta autónoma de Noruega proclamó la separación de Suecia, y la guerra de Suecia contra Noruega, preconizada por los reaccionarios suecos, no llegó a desencadenarse como consecuencia de la resistencia de los obreros suecos y de la situación imperialista internacional, ¡¡la socialdemocracia debería haber estado en contra de la separación de Noruega, pues significaba, indudablemente, la "colocación de nuevos postes fronterizos en Europa"!!

Eso es ya anexionismo franco y manifiesto. No hace falta refutarlo, porque él mismo se refuta. Ningún partido socialista se atreverá a adoptar semejante posición: "estamos en contra de las anexiones en general, pero en lo que se refiere a Europa, sancionamos las anexiones o nos conformamos con ellas puesto que han sido efectuadas…"

Debemos detenernos únicamente en los orígenes teóricos del error que ha hecho llegar a nuestros camaradas polacos a una... "incapacidad" tan manifiesta. Más adelante hablaremos de cuán infundado es separar a "Europa". Las dos frases siguientes de las tesis explican otras fuentes del error:

> "…Donde ha pasado la rueda del imperialismo sobre un Estado capitalista ya formado, aplastándolo, tiene lugar -bajo la forma salvaje de la opresión imperialista- la concentración política y económica del mundo capitalista, concentración que prepara el socialismo..."

Esta justificación de la anexión es struvismo[31], pero no marxismo. Los socialdemócratas rusos, que recuerdan la década del 90 en Rusia, conocen

* Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

perfectamente esta manera de desnaturalizar el marxismo, común a los señores Struve, Cunow, Legien y Cía. Justamente en otra tesis de los camaradas polacos (II, 3) leemos lo que sigue acerca de los struvistas alemanes, los llamados "socialimperialistas".

> ...(La consigna de autodeterminación) "permite a los socialimperialistas, tratando siempre de demostrar el carácter ilusorio de esta consigna, presentar nuestra lucha contra la opresión nacional como un sentimentalismo infundado desde el punto de vista histórico, minando con ello la confianza del proletariado en los fundamentos científicos del programa socialdemócrata…"

¡Eso significa que los autores consideran "científica" la posición de los struvistas alemanes! ¡Les felicitamos!

Pero una "minucia" destruye este sorprendente argumento, que nos amenaza con que los Lensch, los Cuinow y los Parvus *tengan razón* frente a nosotros: esos Lensch son hombres consecuentes a su manera, y en el número 8-9 de *Die Glocke*[32] chovinista alemán -en nuestras tesis hemos citado adrede precisamente este número-, Lensch pretende demostrar *al mismo tiempo* ¡¡"la falta de base científica" de la consigna de autodeterminación (los socialdemócratas polacos, lo visto, han considerado irrefutable *esta* argumentación de Lensch, como se desprende de los razonamientos de sus tesis reproducidos por nosotros...) *y la* "falta de base científica" de la consigna contra las anexiones!!

Porque Lensch ha comprendido magníficamente la sencilla verdad que señalábamos a nuestros colegas polacos, los cuales no han deseado responder a nuestra indicación: no existe diferencia "ni económica, ni política", ni en general lógica, entre el "reconocimiento" de la autodeterminación y la "protesta" contra las anexiones. Si los camaradas polacos consideran irrefutables los argumentos de los Lensch contra la autodeterminación, no se podrá dejar de reconocer un *hecho*: los Lensch enfilan *todos* esos argumentos también contra la lucha con las anexiones.

El error teórico en que se basan todos los razonamientos de nuestros colegas polacos les ha llevado tan lejos, que han resultado ser *anexionistas inconsecuentes*.

5. ¿Por qué esta la socialdemocracia en contra de las anexiones?

Desde nuestro punto de vista, la respuesta es clara: porque la anexión viola la autodeterminación de las naciones o, dicho de otro modo, es una de las formas de la opresión nacional.

Desde el punto de vista de los socialdemócratas polacos, es necesario que se explique *de modo especial* por qué estamos en contra de las anexiones, y estas explicaciones (I, 3 en las tesis) enredan ineludiblemente a los autores en una nueva serie de contradicciones.

Exponen dos razones para "justificar" por qué (a despecho de los argumentos "fundamentados científicamente" de los Lensch) estamos en contra de las anexiones. Primera:

> "...A la afirmación de que las anexiones en Europa son imprescindibles para la seguridad militar del Estado imperialista vencedor, la socialdemocracia opone el hecho de que las anexiones no hacen más que exacerbar los antagonismos y, con ello, acrecentar el peligro de guerra…"

Es una respuesta insuficiente a los Lensch, pues su argumento principal no es la necesidad militar, sino el carácter *económico* progresivo de las anexiones, que significan la concentración bajo el imperialismo. ¿Dónde está, en este caso, la lógica, si los socialdemócratas polacos reconocen el carácter progresivo de *semejante* concentración, negándose a restablecer en Europa los postes fronterizos arrancados por el imperialismo y, al mismo tiempo, *se oponen* a las anexiones?

Prosigamos. ¿Qué clases de guerras son aquellas cuyo peligro acrecientan las anexiones? No las guerras imperialistas, pues éstas son engendradas por otras causas; los antagonismos principales en la actual guerra imperialista son, indiscutiblemente, los antagonismos entre Inglaterra y Alemania, entre Rusia y Alemania. En este caso no ha habido ni hay anexiones. Se trata del acrecentamiento del peligro de guerras *nacionales* y de insurrecciones nacionales. Pero ¿cómo es posible, por una parte, declarar que las guerras nacionales son *imposibles* "en la era del imperialismo" y, por otra, hablar del "peligro" de las guerras nacionales? Eso no es lógico.

Segunda razón:

> Las anexiones "abren un abismo entre el proletariado de la nación dominante y el de la nación oprimida"... "el proletariado de la nación oprimida se uniría a su burguesía y vería un enemigo en el proletariado de la nación dominante. La lucha de clase del proletariado internacional contra la burguesía internacional sería sustituida por la escisión del proletariado, por su corrupción ideológica..."

Compartimos por entero estos argumentos. Pero ¿es lógico presentar al mismo tiempo y sobre una misma cuestión argumentos que se excluyen mutuamente? En el § 3 de la parte I de las tesis leemos los argumentos citados, que ven en las anexiones la *escisión* del proletariado; pero junto a él, en el § 4, se nos dice que en Europa es preciso estar en contra de la abolición de las anexiones ya efectuadas y a favor de la "educación de las masas obreras de las naciones oprimidas y opresoras para la lucha solidaria". Si la abolición de las anexiones es

"sentimentalismo" reaccionario, entonces *no se* puede argumentar que las anexiones abren "un abismo" entre "el proletariado" y provocan su "escisión"; por el contrario, habrá que ver en las anexiones una condición del acercamiento del proletariado de las distintas naciones.

Nosotros decimos: para que podamos hacer la revolución socialista y derrocar a la burguesía, los obreros deben unirse más estrechamente, y la lucha en pro de la autodeterminación, es decir, contra las anexiones, contribuye a esa unión estrecha. Seguimos siendo consecuentes. Los camaradas polacos, en cambio, al reconocer la "irrevocabilidad" de las anexiones europeas, al reconocer la "imposibilidad" de las guerras nacionales, se golpean a sí mismos cuando discuten "contra" las anexiones ¡precisamente con argumentos *de* las guerras nacionales! ¡Precisamente con argumentos como el de que las anexiones *dificultan* el acercamiento y la fusión de los obreros de las distintas naciones!

Dicho con otras palabras: para objetar contra las anexiones, los socialdemócratas polacos se ven obligados a tomar sus argumentos del bagaje teórico que *ellos* mismos rechazan por principio.

Esto lo vemos con muchísima más claridad en el problema de las colonias.

6. ¿Se puede contraponer las colonias a "Europa" en esta cuestión?

En nuestras tesis se dice que la reivindicación de liberación inmediata de las colonias es tan "irrealizable" en el capitalismo (es decir, irrealizable sin una serie de revoluciones e inconsistente sin el socialismo) como la autodeterminación de las naciones, la elección de los funcionarios por el pueblo, la república democrática, etc., y, por otro lado, que la reivindicación de liberación de las colonias no es otra cosa que el "reconocimiento de la autodeterminación de las naciones".

Los camaradas polacos no han contestado a ninguno de estos argumentos. Han intentado establecer una diferencia entre "Europa" y las colonias. Son anexionistas inconsecuentes sólo para Europa, negándose a abolir las anexiones por cuanto han sido ya efectuadas. Para las colonias proclaman una reivindicación absoluta: "¡Fuera de las colonias!"

Los socialistas rusos deben exigir: "¡Fuera de Turquestán, de Jiva, de Bujará, etc.!"; pero caerán, según ellos, en la "utopía", el "sentimentalismo" "acientífico", etc., si reivindican esa misma libertad de separación para Polonia, Finlandia, Ucrania y demás. Los socialistas ingleses deben exigir: "¡Fuera de África, de la India, de Australia!", pero no fuera de Irlanda. ¿Qué fundamentos teóricos pueden explicar esta diferenciación que salta a la vista por su incongruencia? Es imposible eludir esta cuestión.

La "base" principal de los enemigos de la autodeterminación consiste en que ésta es "irrealizable". Esa misma idea, con un ligero matiz, está expresada en la alusión a la "concentración económica y política".

Está claro que la concentración se efectúa *también* por medio de la anexión de colonias. La diferencia económica entre las colonias y los pueblos europeos -la mayoría de estos últimos, por lo menos- consistía antes en que las colonias eran arrastradas al intercambio de *mercancías*, pero no aún a la *producción* capitalista. El imperialismo ha cambiado esa situación. El imperialismo es, entre otras cosas, la exportación de *capital*. La producción capitalista se trasplanta con creciente rapidez a las colonias. Es imposible arrancar a éstas de la dependencia del capital financiero europeo. Desde el punto de vista militar, lo mismo que desde el punto de vista de la expansión, la separación de las colonias es realizable, como regla general, sólo con el socialismo; con el capitalismo, esa separación es realizable a título de excepción o mediante una serie de revoluciones e insurrecciones tanto en las colonias como en las metrópolis.

En Europa, la mayor parte de las naciones dependientes (aunque no todas: los albaneses y muchos alógenos de Rusia) están más desarrolladas, desde el punto de vista capitalista, que en las colonias. ¡Más precisamente eso suscita mayor resistencia a la opresión nacional y a las anexiones! Precisamente como consecuencia de ello *está más asegurado* el desarrollo del capitalismo en Europa -cualesquiera que sean las condiciones políticas, comprendida la separación- que en las colonias... "Allí -dicen los camaradas polacos, refiriéndose a las colonias (I, 4)-, el capitalismo deberá afrontar aún la tarea del desarrollo independiente de las fuerzas productivas..." En Europa esto es más visible todavía: en Polonia, Finlandia, Ucrania y Alsacia el capitalismo desarrolla, indudablemente, las fuerzas productivas con mayor energía, rapidez e independencia que en la India, el Turquestán, Egipto y otras colonias del tipo más puro. En una sociedad basada en la producción mercantil, el desarrollo independiente -y, en general, cualquier desarrollo- es imposible sin el capital. En Europa, las naciones dependientes tienen *capital* propio y una fácil posibilidad de conseguirlo en las condiciones más diversas. Las colonias no disponen, o casi no disponen, de capital *propio*, y en la situación creada por la existencia del capital financiero, sólo pueden conseguirlo a condición de someterse políticamente. ¿Qué significa, en virtud de todo eso, la reivindicación de liberar inmediata y absolutamente a las colonias? ¿No está claro que es mucho más "utópica", en el sentido vulgar, de caricatura del "marxismo", en que usan la palabra "utopía" los Struve, los Lensch y los Cunow y tras ellos, por desgracia, los camaradas polacos? En este caso se entiende por "utopía", hablando en propiedad, el

apartamiento de lo mezquinamente habitual, y también todo lo revolucionario. Pero en la situación de Europa, los movimientos revolucionarios de *todos* los tipos -comprendidos los nacionales- son más posibles, más realizables, más tenaces, más conscientes y más difíciles de aplastar que en las colonias.

El socialismo -dicen los camaradas polacos (I, 3)- "sabrá prestar a los pueblos no desarrollados de las colonias una *ayuda cultural desinteresada*, *sin dominar* sobre ellos". Completamente justo. Pero ¿qué fundamentos hay para pensar que una nación grande, un Estado grande, al pasar al socialismo, no sabrá atraer a una pequeña nación oprimida de Europa por medio de la "ayuda cultural desinteresada"? Precisamente la libertad de separación, que los socialdemócratas polacos "*conceden*" a las colonias, atraerá a la alianza con los Estados socialistas grandes a las pequeñas naciones europeas oprimidas, pero cultas y *exigentes* en el terreno político, pues un Estado grande significará en el socialismo: tantas horas *menos* de trabajo al día y tanto y tanto más de *ingreso* al día. Las masas trabajadoras, liberadas del yugo de la burguesía, *tenderán* con todas sus fuerzas a la alianza y la fusión con las naciones socialistas grandes y avanzadas, en aras de esa "ayuda cultural", siempre que los opresores de ayer no ultrajen el sentimiento democrático, altamente desarrollado, de la dignidad de la nación tanto tiempo oprimida; siempre que se conceda a ésta igualdad en todo, incluida la igualdad en la edificación del Estado, en la experiencia de edificar "su" Estado. En el capitalismo esa "experiencia" implica guerras, aislamiento, particularismo y egoísmo estrecho de las pequeñas naciones privilegiadas (Holanda, Suiza). En el socialismo, las propias masas trabajadoras no aceptarán en ningún sitio el particularismo por los motivos puramente económicos expuestos más arriba; y la diversidad de formas políticas, la libertad de separarse del Estado, la experiencia de edificación del Estado constituirán -en tanto no se extinga todo Estado en general- la base de una pletórica vida cultural, la garantía del proceso más acelerado de acercamiento y fusión voluntarios de las naciones.

Al segregar las colonias y contraponerlas a Europa, los camaradas polacos caen en una contradicción de tal naturaleza, que hace trizas en el acto toda su errónea argumentación.

7. ¿Marxismo o proudionismo?

Nuestra alusión a la actitud adoptada por Marx con respecto a la separación de Irlanda es contrarrestada por los camaradas polacos, a título de excepción, no de modo indirecto, sino directo. ¿En qué consiste su objeción? Según ellos, las alusiones a la posición de Marx en 1848-1871 no tienen "el más mínimo valor". Esta afirmación, irritada y categórica en extremo, se razona diciendo que Marx se manifiesta "al mismo tiempo" contra los anhelos de independencia "de los checos, de los eslavos del Sur, etc., etc."[33]

Esta argumentación es irritada en extremo precisamente porque carece de toda base. Según los marxistas polacos resulta que Marx era un simple confusionista, que afirmaba "al mismo tiempo" cosas opuestas! Esto, además de ser completamente falso, no tiene nada que ver con el marxismo. Precisamente la exigencia de un análisis "concreto", que formulan los camaradas polacos *para no aplicarla*, nos obliga a examinar si la diferente actitud de Marx ante los distintos movimientos "nacionales" concretos no partía de una *sola* concepción socialista.

Como es sabido, Marx era partidario de la independencia de Polonia desde el punto de vista de los intereses de la democracia *europea* en su lucha contra la fuerza e influencia -bien podría decirse: contra la omnipotencia y la predominante influencia reaccionaria- del zarismo. El acierto de este punto de vista encontró su confirmación más palmaria y real en 1849, cuando el ejército feudal ruso aplastó la insurrección nacional-liberadora y democrático-revolucionaria en Hungría. Y desde entonces hasta la muerte de Marx, e incluso más tarde, hasta 1890, cuando se cernía la amenaza de una guerra reaccionaria del zarismo, en alianza con Francia, contra la Alemania *no imperialista*, sino nacionalmente independiente, Engels se mostraba partidario, ante todo y sobre todo, de la lucha contra el zarismo. Por eso, y solamente por eso, Marx y Engels se manifestaron contra el movimiento nacional de los checos y de los eslavos del Sur. La simple consulta de cuanto escribieron Marx y Engels en 1848-1849 demostrará a todos los que se interesen por el marxismo, no para renegar de él, que Marx y Engels *contraponían* a la sazón, de modo directo y concreto, "pueblos enteros reaccionarios" que servían de "puestos de avanzada de Rusia" en Europa a los "pueblos revolucionarios": alemanes, polacos y magiares. Esto es un hecho. Y este hecho fue señalado *entonces con indiscutible* acierto: en 1848, los pueblos revolucionarios combatían por la libertad, cuyo principal enemigo era el zarismo, mientras que los checos y otros eran realmente pueblos reaccionarios, puestos de avanzada del zarismo.

¿Qué nos enseña este ejemplo concreto, que debe ser analizado *concretamente* si se quiere permanecer fiel al marxismo? Únicamente que: 1) los intereses de la liberación de varios pueblos grandes y muy grandes de Europa están por encima de los intereses del movimiento liberador de las pequeñas naciones; 2) que la reivindicación de democracia debe ser considerada en escala europea (ahora habría que decir: en escala mundial), y no aisladamente.

Y nada más. Ni sombra de refutación del

principio socialista elemental que olvidan los polacos y al que Marx *siempre* guardó fidelidad: no puede ser libre el pueblo que oprime a otros pueblos[34]. Si la situación concreta ante la que se hallaba Marx en la época de la influencia predominante del zarismo en la política internacional volviera a repetirse baja otra forma, por ejemplo, si varios pueblos iniciasen la revolución socialista (como en 1848 iniciaron en Europa la revolución democrática burguesa), y *otros* pueblos resultasen ser los pilares principales de la reacción burguesa, nosotros también deberíamos ser partidarios de la guerra revolucionaria contra ellos, abogar por "aplastarlos", por destruir todos sus puestos de avanzada, cualesquiera que fuesen los movimientos de pequeñas naciones que allí surgiesen. Por tanto, no debemos rechazar, ni mucho menos, los ejemplos de la táctica de Marx -lo que significaría reconocer de palabra el marxismo y romper con él de hecho-, sino, a base de su análisis concreto, extraer enseñanzas inapreciables para el futuro. Las distintas reivindicaciones de la democracia, incluyendo la de la autodeterminación, no son algo absoluto, sino una *partícula* de todo el movimiento democrático (hoy socialista) *mundial*. Puede suceder que, en un caso dado, una partícula se halle en contradicción con el todo; entonces hay que desecharla. Es posible que en un país, el movimiento republicano no sea más que un instrumento de las intrigas clericales o financiero-monárquicas de otros países; entonces, nosotros *no* deberemos apoyar ese movimiento concreto. Pero sería ridículo excluir por ese motivo del programa de la socialdemocracia internacional la consigna de la república.

¿Cómo cambió la situación concreta desde 1848-1871 hasta 1898-1916 (considerando los jalones más importantes del imperialismo como un período: desde la guerra imperialista hispano-norteamericana hasta la guerra imperialista europea)? El zarismo dejó de ser, manifiesta e indiscutiblemente, el baluarte principal de la reacción; primero, a consecuencia del apoyo que le prestó el capital financiero internacional, sobre todo el de Francia; segundo, como resultado del año 1905. En aquel entonces, el sistema de los grandes Estados nacionales -de las democracias de Europa- llevaba al mundo la democracia y el socialismo, a pesar del zarismo*. Marx y Engels no llegaron a vivir hasta la época del imperialismo. En nuestros días se ha formado un sistema de un puñado de "grandes" potencias imperialistas (5 ó 6), cada una de las cuales oprime a otras naciones. Esta opresión es una de las fuentes del retraso artificial del hundimiento del capitalismo y del apoyo artificial al oportunismo y al socialchovinismo de las naciones imperialistas que dominan el mundo. Entonces, la democracia de Europa Occidental, que liberaba a las naciones más importantes, era enemiga del zarismo, el cual aprovechaba con fines reaccionarios algunos movimientos de pequeñas naciones. Ahora, la *alianza* del imperialismo zarista con el de los países capitalistas europeos más adelantados, basada en la opresión por todos ellos de una serie de naciones, se enfrenta con el proletariado socialista, dividido en dos campos: el chovinista, "socialimperialista", y el revolucionario.

¡He ahí el cambio concreto de la situación, del que hacen caso omiso los socialdemócratas polacos, a pesar de su promesa de ser concretos! De él se desprende también un cambio concreto en la *aplicación* de esos mismos principios socialistas: *entonces*, ante todo, "contra el zarismo" (así como contra algunos movimientos nacionales pequeños utilizados *por él* con una orientación antidemocrática) y a favor de los pueblos revolucionarios de Occidente agrupados en grandes naciones. *Ahora*, contra el frente único formado por las potencias imperialistas, la burguesía imperialista y los socialimperialistas, y *a favor* del aprovechamiento, para los fines de la revolución socialista, *de todos* los movimientos nacionales dirigidos contra el imperialismo. Cuanto *más pura* sea hoy la lucha del proletariado contra el frente común imperialista, tanto más vital será, evidentemente, el principio internacionalista de que "no puede ser libre el pueblo que oprime a otros pueblos".

Los proudhonistas, *en nombre* de la revolución social interpretada de modo doctrinario, hacían caso omiso del papel internacional de Polonia y no querían saber nada de los movimientos nacionales. Del mismo modo doctrinario proceden los socialdemócratas polacos, que *rompen* el frente internacional de lucha contra los socialimperialistas y ayudan (objetivamente) a éstos con sus vacilaciones en el problema de las anexiones. Porque es precisamente el frente internacional de lucha proletaria el que ha cambiado en lo que se refiere a la posición concreta de las pequeñas naciones: entonces (1848-1871), las pequeñas naciones eran posibles aliados, ya de la "democracia occidental" y de los pueblos revolucionarios, ya del zarismo; ahora (1898-1914), las pequeñas naciones han perdido ese

* Riazánov ha piblicado en el *Archivo de la historia del socialismo*, de Grünberg (1916, t. I) un interesante artículo de Engels sobre el problema polaco, fechado en 1866. Engels subraya que el proletariado debe reconocer la independencia política y la "autodeterminación" *(right to dispose of itself)* de las naciones grandes, importantes de Europa, remarcando la absurdidad del "principio de las nacionalidades" (sobre todo en su aplicación bonapartista), es decir, de equiparar cualquier nación pequeña a estas grandes. "Rusia -dice Engels- posee una enorme cantidad de propiedades robadas" (es decir, de naciones oprimidas), "que tendrá que devolver el día del ajuste de cuentas"[35]. Tanto el bonapartismo[36] como el zarismo *aprovechan* los movimientos de pequeñas naciones en beneficio *propio* y *contra* la democracia europea.

significado y son una de las fuentes que alimentan el parasitismo y, como consecuencia, el socialimperialismo de las “grandes potencias”. Lo importante no es que antes de la revolución socialista se libere 1/50 ó 1/100 de las pequeñas naciones; lo importante es que el proletariado, en la época imperialista y por causas objetivas, se ha dividido en dos campos internacionales, uno de los cuales está corrompido por las migajas que le caen de la mesa de la burguesía imperialista -a costa, por cierto, de la explotación doble o triple de las pequeñas naciones-, mientras que el otro no puede conseguir su propia libertad sin liberar a las pequeñas naciones, sin educar a las masas en el espíritu antichovinista, es decir, antianexionista, es decir, en el espíritu “de la autodeterminación”.

Este aspecto de la cuestión, el principal, es dado de lado por los camaradas polacos, quienes no consideran las cosas desde la posición central en la época del imperialismo, desde el punto de vista de la existencia de dos campos en el proletariado internacional.

He aquí otros ejemplos palpables de su proudhonismo: 1) la actitud frente a la insurrección irlandesa de 1916, de la que hablaremos más adelante, 2) la declaración en sus tesis (II, 3, al final del § 3) de que la consigna de revolución socialista “no debe ser velada por nada”. Es profundamente antimarxista la idea de que se pueda “velar” la consigna de revolución socialista, *relacionándola* con una posición revolucionaria consecuente en cualquier problema, incluido el nacional.

Los socialdemócratas polacos opinan que nuestro programa es “nacional-reformista”. Comparad dos proposiciones prácticas: 1) por la autonomía (tesis polacas, III, 4) y 2) por la libertad de separación. ¡Es eso, y sólo eso, lo que diferencia nuestros programas! ¿Y acaso no está claro que es reformista precisamente el primer programa y no el segundo? Un cambio reformista es aquel que no socava las bases del poder de la clase dominante y que representa únicamente una concesión de ésta, pero conservando su dominio. Un cambio revolucionario es el que socava las bases del poder. Lo reformista en el programa nacional *no* deroga *todos* los privilegios de la nación dominante, *no* establece la completa igualdad de derechos, *no* elimina *toda* opresión nacional. Una nación “autónoma” no tiene los mismos derechos que la nación “dominante”; los camaradas polacos no podrían dejar de notarlo, si no se empeñasen obstinadamente en pasar por alto (al igual que nuestros antiguos “economistas”) el análisis de los conceptos y categorías *políticos*. La Noruega autónoma, como parte de Suecia, gozaba hasta 1905 de la más amplia autonomía, pero no tenía derechos iguales a Suecia. Sólo su libre separación reveló *de hecho* y demostró su igualdad de derechos (añadamos, entre paréntesis, que fue precisamente esta libre separación la que creó las bases para un acercamiento más estrecho y más democrático, asentado en la igualdad de derechos). Mientras Noruega era únicamente autónoma, la aristocracia sueca tenía *un* privilegio más, que con la separación no fue “debilitado” (la esencia del reformismo consiste en *atenuar* el mal, pero no en eliminarlo), sino *eliminado por completo* (lo que constituye el exponente principal del carácter revolucionario de un programa).

A propósito: la autonomía, como reforma, es distinta por principio de la libertad de separación, como medida revolucionaria. Esto es indudable. Pero, en la práctica, la reforma -como sabe todo el mundo- no es en muchos casos más que un paso hacia la revolución. Precisamente la autonomía permite a una nación mantenida por la fuerza dentro de los límites de un Estado constituirse de modo definitivo como nación, reunir, conocer y organizar sus fuerzas, elegir el momento más adecuado para *declarar…* al modo “noruego”: nosotros, la Dieta autónoma de tal o cual nación o comarca, declaramos que el emperador de toda Rusia ha dejado de ser rey de Polonia, etc. A esto “se objeta” habitualmente: semejantes problemas se resuelven por medio de las guerras y no con declaraciones. Es justo: en la inmensa mayoría de los casos, se resuelven por medio de las guerras (lo mismo que los problemas de la forma de gobierno de los grandes Estados se resuelven también, en la aplastante mayoría de los casos, únicamente por medio de guerras y revoluciones). Sin embargo, no estará de más meditar en si es lógica *semejante* “objeción” contra el programa político de un partido revolucionario. ¿Somos acaso contrarios a las guerras y revoluciones *en pro* de una causa justa y útil para el proletariado, *en pro* de la democracia y del socialismo?

¡“Pero no podemos ser partidarios de la guerra entre los grandes pueblos, de la matanza de 20 millones de hombres, en aras de la liberación problemática de una nación pequeña, integrada, quizá, por no más de 10 ó 20 millones de habitantes”! ¡Claro está que no podemos! Mas no porque hayamos eliminado de nuestro programa la igualdad nacional completa, sino porque los intereses de la democracia de *un* país deben ser supeditados a los intereses de la democracia de *varios y de todos* los países. Imaginémonos que entre dos grandes monarquías se encuentra una monarquía pequeña, cuyo reyezuelo está “ligado”, por lazos de parentesco y de otro género, a los monarcas de ambos vecinos. Imaginémonos, además, que la proclamación de la república en el país pequeño y el destierro de su monarca significase, de hecho, una guerra entre los dos grandes países vecinos por la restauración de tal o cual monarca del pequeño país. No cabe duda que, en este caso concreto, toda la socialdemocracia internacional, lo mismo que la parte verdaderamente

internacionalista de la socialdemocracia del pequeño país, *estaría en contra de la sustitución de la monarquía por la república*. La sustitución de la monarquía por la república no es un objetivo absoluto, sino una de las reivindicaciones democráticas subordinadas a los intereses de la democracia (y más aún, naturalmente, a los intereses del proletariado socialista) en su conjunto. Es seguro que un caso así no suscitaría ni sombra de divergencias entre los socialdemócratas de los distintos países. Pero si cualquier socialdemócrata propusiese con *este* motivo eliminar en general del programa de la socialdemocracia internacional la consigna de la república, seguramente lo tomarían por loco. Le dirían: a pesar de todo, no se debe olvidar la diferencia lógica elemental que existe entre *lo particular y lo general*.

Este ejemplo nos hace ver un aspecto algo diferente del problema de la educación *internacionalista* de la clase obrera. ¿Puede esta educación -sobre cuya necesidad e importancia imperiosa no se conciben divergencias entre la izquierda de Zimmerwald- ser *concretamente igual* en las grandes naciones opresoras y en las pequeñas naciones oprimidas? ¿En las naciones anexionadoras y en las naciones anexadas?

Evidentemente, no. El camino hacia el objetivo único -la completa igualdad de derechos, el más estrecho acercamiento y la ulterior *fusión* de todas las naciones- sigue aquí, evidentemente, distintas rutas concretas, lo mismo que, por ejemplo, el camino conducente a un punto situado en el centro de esta página parte hacia la izquierda de una de sus márgenes y hacia la derecha de la margen opuesta. Si el socialdemócrata de una gran nación opresora, anexionadora, profesando, en general, la teoría de la fusión de las naciones, se olvida, aunque sólo sea por un instante, de que "su" Nicolás II, "su" Guillermo, "su" Jorge, "su" Poincaré etc., etc., *abogan también* por la fusión con las naciones pequeñas (por medio de anexiones) -Nicolás II aboga por la "fusión" con Galitzia, Guillermo II por la "fusión" con Bélgica, etc.-, ese socialdemócrata resultará ser, en teoría, un doctrinario ridículo y, en la práctica, un cómplice del imperialismo.

El centro de gravedad de la educación internacionalista de los obreros de los países opresores tiene que estar necesariamente en la prédica y en la defensa de la libertad de separación de los países oprimidos. De otra manera, *no hay* internacionalismo. Tenemos el derecho y el deber de tratar de imperialista y de canalla a todo socialdemócrata de una nación opresora que *no* realice tal propaganda. Esta es una exigencia incondicional, aunque, *prácticamente*, la separación no sea posible ni "realizable" antes del socialismo más que en el uno por mil de los casos.

Tenemos el deber de educar a los obreros en la "indiferencia" ante las diferencias nacionales. Esto es indiscutible. Mas no se trata de la indiferencia de los *anexionistas*. El miembro de una nación opresora debe permanecer "indiferente" ante el problema de si las naciones pequeñas pertenecen a *su* Estado, al Estado vecino o a sí mismas, según sean sus simpatías: sin tal "indiferencia" *no será* socialdemócrata. Para ser socialdemócrata internacionalista hay que pensar *no sólo* en la propia nación, sino colocar por encima de ella los intereses de todas las naciones, la libertad y la igualdad de derechos de todas. "Teóricamente", todos están de acuerdo con estos principios; pero, en la práctica, revelan precisamente una indiferencia anexionista. Ahí está la raíz del mal.

Y, a la inversa, el socialdemócrata de una nación pequeña debe tomar como centro de gravedad de sus campañas de agitación la *primera* palabra de nuestra fórmula general: "*unión* voluntaria" de las naciones. Sin faltar a sus deberes de internacionalista, puede pronunciarse *tanto* a favor de la independencia política de su nación como a favor de su incorporación al Estado vecino X, Y, Z, etc. Pero deberá luchar en todos los casos contra la estrechez de criterio, el aislamiento, el particularismo de pequeña nación, por que se tenga en cuenta lo total y lo general, por la supeditación de los intereses de lo particular a los intereses de lo general.

A gentes que no han penetrado en el problema, les parece "contradictorio" que los socialdemócratas de las naciones opresoras exijan la "libertad de *separación*" y los socialdemócratas de las naciones oprimidas la "libertad de *unión*". Pero, a poco que se reflexione, se ve que, partiendo de la situación *dada*, no hay ni puede haber *otro* camino hacia el internacionalismo y la fusión de las naciones, no hay ni puede haber otro camino que conduzca a este fin.

Y llegamos así a la situación peculiar de la socialdemocracia holandesa y polaca.

8. Lo peculiar y lo general en la posición de los socialdemócratas internacionalistas holandeses y polacos.

No cabe la menor duda de que los marxistas holandeses y polacos adversarios de la autodeterminación figuran entre los mejores elementos internacionalistas y revolucionarios de la socialdemocracia internacional. ¿Cómo *puede*, entonces, darse el caso de que sus razonamientos teóricos constituyan, como hemos visto, una tupida red de errores; de que no contengan ningún juicio general acertado, nada, excepto "economismo imperialista"?

El hecho no se explica en modo alguno por las malas cualidades subjetivas de los camaradas holandeses y polacos, sino por las condiciones objetivas *especiales* de sus países. Ambos países 1) son pequeños y desamparados en el "sistema"

contemporáneo de grandes potencias; 2) ambos se hallan enclavados geográficamente entre los buitres imperialistas de fuerza gigantesca que compiten con mayor encarnizamiento (Inglaterra y Alemania; Alemania y Rusia); 3) en ambos están terriblemente arraigados los recuerdos y las tradiciones de los tiempos en que ellos *mismos* eran "grandes potencias": Holanda, como gran potencia colonial, era más fuerte que Inglaterra; Polonia era una gran potencia más culta y más fuerte que Rusia y Prusia; 4) ambos han conservado hasta hoy día privilegios, que consisten en la opresión de pueblos ajenos: el burgués holandés es dueño de las riquísimas Indias Holandesas; el terrateniente polaco oprime a los "siervos" ucranio y bielorruso; el burgués polaco, a los judíos, etc.

Semejante peculiaridad, que consiste en la combinación de esas cuatro condiciones especiales, no podrán encontrarla en Irlanda, Portugal (en sus tiempos estuvo anexada por España), Alsacia, Noruega, Finlandia, Ucrania, en los territorios letón y bielorruso ni en otros muchos. ¡Y en esa peculiaridad está *toda la esencia* de la cuestión! Cuando los socialdemócratas holandeses y polacos se pronuncian *contra* la autodeterminación recurriendo a argumentos *generales*, es decir, que atañen al imperialismo en general, al socialismo en general, a la democracia en general y a la opresión nacional en general, se puede decir en verdad que cometen errores a montones. Pero basta dejar a un lado esta *envoltura*, a todas luces equivocada, de los argumentos generales y examinar la *esencia* de la cuestión desde el punto de vista de la originalidad de las condiciones *peculiares* de Holanda y de Polonia para que se haga *comprensible* y completamente lógica su original posición. Puede decirse, sin temor a caer en una paradoja, que cuando los marxistas holandeses y polacos se sublevan con rabia contra la autodeterminación no dicen exactamente lo que quieren decir; o con otras palabras: quieren decir algo diferente de lo que dicen*.

En nuestras tesis hemos citado ya un ejemplo. ¡Gorter está en contra de la autodeterminación de *su* país, pero está en pro de la autodeterminación de las Indias Holandesas, oprimidas por "su" nación! ¿Puede sorprender que veamos en él a un internacionalista más sincero y un correligionario más afín a nosotros que en quienes reconocen así la autodeterminación (tan de palabra, tan hipócritamente) como Kautsky entre los alemanes y Trotski y Mártov entre nosotros? De los principios generales y cardinales del marxismo se deduce, indudablemente, el deber de luchar por la libertad de separación de las naciones oprimidas por "mi propia" nación; pero no se deduce, ni mucho menos, la necesidad de colocar por encima de todo la independencia precisamente de Holanda, cuyos padecimientos se deben más que nada a su aislamiento estrecho, fosilizado, egoísta y embrutecedor; aunque se hunda el mundo, nos tiene sin cuidado "nosotros" estamos satisfechos de nuestra vieja presa y del riquísimo "huesito" que nos queda, las Indias; ¡lo demás no nos importa!

Otro ejemplo. Karl Rádek, un socialdemócrata polaco que ha contraído méritos singularmente grandes con su lucha enérgica en defensa del internacionalismo en la socialdemocracia alemana después de empezada la guerra, se levanta furioso contra la autodeterminación en un artículo titulado *El derecho de las naciones a la autodeterminación* que se publicó en *Lichtstrahlen*[37], revista mensual radical de izquierda dirigida por Borchardt y prohibida por la censura prusiana (1915, 5 de diciembre, III año, número 3). Por cierto que Rádek cita en provecho propio *únicamente* a prestigiosos autores polacos y holandeses y expone, entre otros, el siguiente argumento: la autodeterminación alimenta la idea de que la "socialdemocracia tiene el deber de apoyar cualquier lucha por la independencia".

Desde el punto de vista de la teoría *general*, este argumento resulta indignante a todas luces, pues es claramente ilógico. Primero, no hay ni puede haber una sola reivindicación parcial de la democracia que no engendre abusos si no se supedita lo particular a lo general; nosotros no estamos obligados a apoyar ni "cualquier" lucha por la independencia, ni "cualquier" movimiento republicano o anticlerical. Segundo, no hay ni puede haber *ni una sola* fórmula de lucha contra la opresión nacional que no adolezca de *ese mismo* "defecto". El mismo Rádek utilizó en *Berner Tagwacht* la fórmula (1915, número 253) "contra las anexiones viejas y nuevas". Cualquier nacionalista polaco "deduce" legítimamente de esa fórmula: "Polonia es una anexión, yo estoy en contra de la anexión, *es decir*, estoy en pro de la independencia de Polonia". También Rosa Luxemburgo, en un artículo de 1908, si no me equivoco, expresaba la opinión de que bastaba la fórmula "contra la opresión nacional". Pero cualquier nacionalista polaco dirá -*y con pleno derecho*- que la anexión es *una* de las formas de la opresión nacional y, *por consiguiente*, etc., etc.

Tomen ustedes, sin embargo, en lugar de esos argumentos generales, las condiciones *peculiares* de Polonia: su independencia es *ahora* "irrealizable" sin guerras o revoluciones. Estar a favor de una guerra europea con el fin exclusivo de restablecer Polonia significa ser un nacionalista de la peor especie, colocar los intereses de un pequeño número de polacos por encima de los intereses de centenares de millones de hombres que sufren las consecuencias de la guerra. Y tales son, por ejemplo, los "fraquistas"

* Recordemos que en su declaración de Zimmerwald, *todos* los socialdemócratas polacos *reconocieron* la autodeterminación *en general* aunque formulada un poquito distintamente.

(PSP de derecha)[38], que son socialistas sólo de palabra y frente a los cuales tienen mil veces razón los socialdemócratas polacos. Lanzar la consigna de independencia de Polonia *ahora*, con la *actual* correlación de las potencias imperialistas *vecinas*, significa, en efecto, correr tras una utopía, caer en un nacionalismo estrecho, olvidar la premisa de la revolución europea o, por lo menos, rusa y alemana. De la misma manera, lanzar como consigna aparte la de libertad de coalición en la Rusia de 1908-1914 hubiera significado correr tras una utopía y ayudar objetivamente al partido obrero stolypiniano (hoy partido de Potrésov y Gvózdiev, lo que, dicho sea de paso, es lo mismo). ¡Pero sería una locura eliminar en general del programa socialdemócrata la reivindicación de libertad de coalición!

Tercer ejemplo y, sin duda, el más importante. En las tesis polacas (III, § 2, al final) se dice, condenando la idea de un Estado-tapón polaco independiente, que eso es "una vana utopía de grupos pequeños e impotentes. De llevarse a la práctica, esta idea significaría la creación de un pequeño Estado-fragmento polaco, que sería una colonia militar de uno u otro grupo de grandes potencias, un juguete de sus intereses militares y económicos, una zona de explotación de capital extranjero, un campo de batalla en las futuras guerras". Todo eso es muy *exacto contra* la consigna de independencia de Polonia *ahora*, pues incluso la revolución solamente en Polonia no cambiaría nada en este terreno y distraería la atención de las masas polacas de *lo principal*: de los vínculos de su lucha con la lucha del proletariado ruso y alemán. No es una paradoja, sino un hecho que el proletariado polaco, como tal, puede coadyuvar ahora a la causa del socialismo y de la libertad, *incluida también la polaca*, sólo mediante la lucha conjunta con el proletariado de los países vecinos, contra los *estrechos* nacionalistas *polacos*. Es imposible negar el gran mérito histórico de los socialdemócratas polacos en la lucha contra estos últimos.

Mas esos mismos argumentos, acertados desde el punto de vista de las condiciones *peculiares* de Polonia en la época *actual*, son claramente desacertados en la forma *general* que se les ha dado. Mientras existan las guerras, Polonia será siempre un campo de batalla en las guerras entre Alemania y Rusia; eso no es un argumento contra la mayor libertad política (y, por consiguiente, contra la independencia política) durante los períodos entre las guerras. Lo mismo puede decirse de las consideraciones acerca de la explotación por el capital extranjero y del papel de juguete de intereses ajenos. Los socialdemócratas polacos no están hoy en condiciones de lanzar la consigna de independencia de Polonia, pues como proletarios internacionalistas no pueden hacer *nada* para ello sin caer, a semejanza de los "fraquistas", en el más rastrero servilismo ante *una* de las monarquías imperialistas. Pero a los obreros rusos y alemanes no les es indiferente si habrán de participar en la anexión de Polonia (eso significaría educar a los obreros y campesinos alemanes y rusos en el espíritu de la más ruin villanía, de la resignación con el papel de verdugo de otros pueblos) o si Polonia será independiente.

La situación es, sin duda alguna, muy embrollada, pero hay una salida que permitiría a todos seguir siendo internacionalistas: a los socialdemócratas rusos y alemanes, exigiendo la absoluta "libertad de separación" de Polonia; a los socialdemócratas polacos, luchando por la unidad de la lucha proletaria en un país pequeño y en los países grandes sin propugnar en la época dada o en el período dado la consigna de independencia de Polonia.

9. Una carta de Engels a Kautsky.

En su folleto *El socialismo y la política colonial* (Berlín, 1907), Kautsky, que a la sazón era todavía marxista, publicó la carta que le había dirigido Engels el 12 de septiembre de 1882 y que ofrece inmenso interés para el problema que nos ocupa. He aquí la parte esencial de dicha carta:

"...A mi modo de ver, las colonias propiamente dichas, es decir, las tierras ocupadas por población europea, como el Canadá, el Cabo y Australia, se harán todas independientes; por el contrario, de las tierras que están sometidas y cuya población es indígena, como la India, Argelia, las posesiones holandesas, portuguesas y españolas, tendrá que hacerse cargo temporalmente el proletariado y procurarles la independencia con la mayor rapidez posible. Es difícil decir ahora cómo se desarrollará este proceso. La India quizá haga la revolución -cosa muy probable- y, puesto que el proletariado, al liberarse, no puede hacer guerras coloniales, habrá que conformarse con ello, aunque, naturalmente, serán inevitables distintas destrucciones. Pero estas cosas son inseparables de todas las revoluciones. Lo mismo puede ocurrir también en otros sitios, por ejemplo, en Argelia y en Egipto, lo que sería *para nosotros*, sin duda, lo mejor. Tendremos bastante que hacer en nuestra propia casa. Una vez reorganizadas Europa y América del Norte, esto dará tan colosal impulso y tal ejemplo, que los países semicivilizados nos seguirán ellos mismos, pues así lo impondrán, aunque sólo sea, sus necesidades económicas. Por lo que se refiere a las fases sociales y políticas que habrán de atravesar estos países hasta llegar también a la organización socialista, creo que sólo podríamos hacer hipótesis bastante ociosas. Una cosa es indudable: *el proletariado triunfante no puede imponer a ningún otro pueblo felicidad alguna sin socavar con este acto su propia victoria*. Como es natural, esto no excluye en modo alguno las guerras defensivas de distinto género…"

Engels no cree, ni mucho menos, que sólo lo

"económico" salvará de por sí y directamente todas las dificultades. La revolución económica impulsará *a todos* los pueblos *a tender* hacia el socialismo; sin embargo, son posibles también revoluciones -contra el Estado socialista- y guerras. La adaptación de la política a la economía se producirá inevitablemente, pero no de golpe ni sin obstáculos, no de un modo sencillo y directo. Engels plantea como "indudable" un solo principio, indiscutiblemente internacionalista, que aplica *a todos* los "pueblos ajenos", es decir, no sólo a los coloniales: imponerles la felicidad significaría socavar la victoria del proletariado.

El proletariado no se convertirá en santo ni quedará a salvo de errores y debilidades por el mero hecho de haber llevado a cabo la revolución social. Pero los posibles errores (y también los intereses egoístas de intentar montar en lomo ajeno) le llevarán inexcusablemente a comprender esta verdad.

Todos nosotros, los de la izquierda zimmerwaldiana, tenemos la misma convicción que tenía, por ejemplo, Kautsky antes de su viraje en 1914 del marxismo a la defensa del chovinismo, a saber: la revolución socialista es completamente posible en el futuro *más próximo*, "de hoy a mañana", como se expresó el propio Kautsky en cierta ocasión. Las antipatías nacionales no desaparecerán tan pronto; el odio -completamente legitimo- de la nación oprimida a la nación opresora *continuará* existiendo durante cierto tiempo; sólo se disipará *después* de la victoria del socialismo y *después* de la implantación definitiva de relaciones plenamente democráticas entre las naciones. Si queremos ser fieles al socialismo debemos ya ahora dedicarnos a la educación internacionalista de las masas, imposible de realizar entre las naciones opresoras sin propugnar la libertad de separación de las naciones oprimidas.

10. La insurrección irlandesa de 1916.

Nuestras tesis fueron escritas antes de esta insurrección que debe servirnos para contrastar los puntos de vista teóricos.

Los puntos de vista de los enemigos de la autodeterminación llevan a la conclusión de que se ha agotado la vitalidad de las naciones pequeñas oprimidas por el imperialismo, de que no pueden desempeñar ningún papel contra el imperialismo, de que el apoyo a sus aspiraciones puramente nacionales no conducirá a nada, etc. La experiencia de la guerra imperialista de 1914-1916 refuta *de hecho* semejantes conclusiones.

La guerra ha sido una época de crisis para las naciones de Europa Occidental, para todo el imperialismo. Toda crisis aparta lo convencional, arranca la envoltura exterior, barre lo caduco, pone al desnudo los resortes y fuerzas más profundos. ¿Qué ha puesto al desnudo esta crisis desde el punto de vista del movimiento de las naciones oprimidas? En las colonias, diversos intentos de insurrección, que las naciones opresoras, como es natural, han tratado de ocultar por todos los medios valiéndose de la censura militar. Se sabe, no obstante, que los ingleses han aplastado ferozmente en Singapur una sublevación de sus tropas indias; que ha habido conatos de insurrección en el Anam francés (véase *Nashe Slovo*[39]) y en el Camerún alemán (véase el folleto de Junius[*]); que en Europa, de una parte, se ha insurreccionado Irlanda, a la que los ingleses "amantes de la libertad" han apaciguado por medio de ejecuciones, sin atreverse a extender a los irlandeses el servicio militar obligatorio; de otra parte, el gobierno austriaco ha condenado a muerte "por traición" a los diputados a la Dieta checa y ha fusilado por el mismo "delito" a regimientos enteros checos.

Se sobrentiende que esta enumeración está lejos, muy lejos, de ser completa. Sin embargo, demuestra que las llamas de las insurrecciones nacionales *con motivo* de la crisis del imperialismo se han encendido *tanto* en las colonias *como* en Europa, que las simpatías y antipatías nacionales se han manifestado a pesar de las draconianas amenazas y medidas represivas. Y eso que la crisis del imperialismo se encontraba lejos todavía del punto culminante de su desarrollo: el poderío de la burguesía imperialista no estaba aún socavado (la guerra "hasta el agotamiento" puede llevar a ello, pero todavía no ha llevado); los movimientos proletarios en el seno de las potencias imperialistas son aún muy débiles. ¿Qué ocurrirá cuando la guerra conduzca al agotamiento total o cuando en una potencia, por lo menos, el poder de la burguesía vacile bajo los golpes de la lucha proletaria, como vaciló el poder del zarismo en 1905?

El periódico *Berner Tagwacht*, órgano de los zimmerwaldianos e incluso de algunos de izquierda, publicó el 9 de mayo de 1916 un artículo sobre la insurrección irlandesa, firmado con las iniciales K. R. y titulado *Le ha llegado su hora*. En dicho artículo se calificaba de "putsch" la insurrección irlandesa -¡ni más ni menos!-, pues, según el autor, "la cuestión irlandesa era una cuestión agraria", los campesinos se habían tranquilizado con reformas, el movimiento nacionalista se había convertido en "un movimiento puramente urbano, pequeñoburgués, tras el que se encontraban pocas fuerzas sociales, a pesar del gran alboroto que levantó".

No es sorprendente que esta apreciación, monstruosa por su doctrinarismo y pedantería, haya coincidido con la del demócrata-constitucionalista[40], señor A. Kulisher (*Riech*[41], número 102, 15 de abril de 1916), nacional-liberal ruso, que ha calificado también la insurrección de "putsch de Dublín".

Es de esperar que, de acuerdo con el proverbio de "no hay mal que por bien no venga", muchos

[*] Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

camaradas que no comprendían a qué charca se deslizaban al negar la "autodeterminación" y adoptar una actitud desdeñosa ante los movimientos nacionales de las naciones pequeñas, abrirán ahora los ojos al influjo de esta coincidencia "fortuita" en las apreciaciones ¡¡de un representante de la burguesía imperialista y de un socialdemócrata!!

Se puede hablar de "putsch", en el sentido científico de la palabra, únicamente cuando el intento de insurrección no revela nada, excepto la existencia de un grupito de conspiradores o de maniáticos absurdos, y no despierta ninguna simpatía entre las masas. El movimiento nacional irlandés, que tiene siglos a sus espaldas y ha pasado por distintas etapas y combinaciones de intereses de clase, se ha manifestado, entre otras cosas, en el Congreso nacional irlandés de masas celebrado en América (*Vorwärts*, 20 de marzo de 1916), que se pronunció a favor de la independencia de Irlanda; se ha manifestado en los combates de calle de una parte de la pequeña burguesía urbana y *de una parte de los obreros*, después de una larga agitación de masas, de manifestaciones, de prohibición de periódicos, etc. Quien denomine putsch a una insurrección de *esa naturaleza* es un reaccionario de marca mayor o un doctrinario incapaz en absoluto de imaginarse la revolución social como un fenómeno vivo.

Porque pensar que la revolución social *es concebible* sin insurrecciones de las naciones pequeñas en las colonias y en Europa, sin explosiones revolucionarias de una parte de la pequeña burguesía, *con todos sus prejuicios*, sin el movimiento de las masas proletarias y semiproletarias inconscientes contra la opresión terrateniente, clerical, monárquica, nacional, etc.; pensar así, significa *abjurar de la revolución social*. En un sitio, se piensa, por lo visto, forma un ejército y dice: "Estamos por el socialismo"; en otro sitio forma otro ejército y proclama: "Estamos por el imperialismo", ¡y eso será la revolución social! Únicamente basándose en semejante punto de vista ridículo y pedante se puede ultrajar a la insurrección irlandesa, calificándola de "putsch".

Quien espere la revolución social "pura", no la verá *jamás*. Será un revolucionario de palabra, que no comprende la verdadera revolución.

La revolución rusa de 1905 fue democrática burguesa. Constó de una serie de batallas de *todas* las clases, grupos y elementos descontentos de la población. Entre ellos había masas con los prejuicios más salvajes, con los objetivos de lucha más confusos y fantásticos; había grupitos que tomaron dinero japonés, había especuladores y aventureros, etc. *Objetivamente*, el movimiento de las masas quebrantaba al zarismo y desbrozaba el camino para la democracia; por eso, los obreros conscientes lo dirigieron.

La revolución socialista en Europa *no puede ser* otra cosa que una explosión de la lucha de masas de todos y cada uno de los oprimidos y descontentos. En ella participarán inevitablemente partes de la pequeña burguesía y de los obreros atrasados -sin esa participación *no* es posible una lucha *de masas*, no es posible *ninguna* revolución-, que aportarán al movimiento, también de modo inevitable, sus prejuicios, sus fantasías reaccionarias, sus debilidades y sus errores. Pero *objetivamente* atacarán al *capital*, y la vanguardia consciente de la revolución, el proletariado avanzado, expresando esta verdad objetiva de la lucha de masas de pelaje y voces distintas, abigarrada y aparentemente desmembrada, podrá unirla y dirigirla, tomar el poder, adueñarse de los bancos, expropiar a los trusts, odiados por todos (¡aunque por motivos distintos!), y aplicar otras medidas dictatoriales, que llevan en su conjunto, al derrocamiento de la burguesía y a la victoria del socialismo, victoria que no podrá "depurarse" en el acto, ni mucho menos, de las escorias pequeñoburguesas.

La socialdemocracia -leemos en las tesis polacas (I, 4)- "debe aprovechar la lucha de la joven burguesía colonial, dirigida contra el imperialismo europeo, *para exacerbar la crisis revolucionaria en Europa*". (La cursiva es de los autores.)

¿No está claro que donde menos puede permitirse la contraposición de Europa a las colonias es en *este* terreno? La lucha de las naciones oprimidas *en Europa*, capaz de llegar a insurrecciones y batallas de calle, de quebrantar la férrea disciplina de las tropas y provocar el estado de sitio, esta lucha "exacerbará la crisis revolucionaria en Europa" con una fuerza incomparablemente mayor que una insurrección mucho más desarrollada en una colonia lejana. El golpe asestado al poder de la burguesía imperialista inglesa por la insurrección en Irlanda tiene una importancia política cien veces mayor que otro golpe de igual fuerza en Asia o en África.

La prensa chovinista francesa informó hace poco que en Bélgica ha aparecido el número 80 de la revista clandestina *La Bélgica Libre*. Es claro que la prensa chovinista francesa miente con mucha frecuencia, pero esta noticia tiene visos de verosimilitud. Mientras que la socialdemocracia alemana, chovinista y kautskiana, no se ha creado en dos años de guerra una prensa libre, soportando lacayunamente el yugo de la censura militar (tan sólo los elementos radicales de izquierda han editado, dicho sea en su honor, folletos y proclamas sin pasarlos por la censura), ¡una nación culta oprimida responde a las inauditas ferocidades de la opresión militar creando un órgano de protesta revolucionaria! La dialéctica de la historia es tal que las pequeñas naciones, impotentes como factor *independiente* en la lucha contra el imperialismo, desempeñan su papel como uno de los fermentos o bacilos que ayudan a que entre en escena la *verdadera* fuerza contra el

imperialismo: el proletariado socialista.

En la guerra actual, los Altos Estados Mayores se esfuerzan meticulosamente por aprovechar todo movimiento nacional y revolucionario en el campo enemigo: los alemanes, la insurrección irlandesa; los franceses, el movimiento checo, etc. Y, desde su punto de vista, proceden con todo acierto. No se puede adoptar una actitud seria ante una guerra seria sin utilizar la más mínima debilidad del adversario, sin aprovechar cada oportunidad, tanto más que es imposible saber por anticipado en qué momento y con qué fuerza "volará" acá o allá uno u otro polvorín. Seríamos muy malos revolucionarios, si en la gran guerra liberadora del proletariado por el socialismo no supiéramos aprovechar *cualquier* movimiento popular contra *diversas* calamidades del imperialismo, a fin de exacerbar y ampliar la crisis. Si, por un lado, proclamáramos y repitiéramos de mil modos que estamos "contra" toda opresión nacional y, por otro lado, denominásemos "putsch" a la heroica insurrección de la parte más dinámica e inteligente de algunas clases de una nación oprimida contra los opresores, descenderíamos a un nivel de torpeza igual al de los kautskianos.

La desgracia de los irlandeses consiste en que se han lanzado a la insurrección en un momento inoportuno: cuando la insurrección europea del proletariado no ha madurado *todavía*. El capitalismo no está organizado tan armónicamente como para que las distintas fuentes de la insurrección se fundan de golpe por sí mismas, sin reveses ni derrotas. Por el contrario, precisamente la diversidad de tiempo, de carácter y de lugar de las insurrecciones garantiza la amplitud y profundidad del movimiento general. Sólo en la experiencia de los movimientos revolucionarios inoportunos, parciales, fraccionados y por ello, fracasados, las masas adquirirán experiencia, aprenderán, reunirán fuerzas, verán a sus verdaderos guías, a los proletarios socialistas, y prepararán así el embate general, del mismo modo que las huelgas aisladas, las manifestaciones urbanas y nacionales, los motines entre las tropas, las explosiones entre los campesinos, etc., prepararon el embate general de 1905.

11. Conclusión.

Pese a la afirmación equivocada de los socialdemócratas polacos, la reivindicación de autodeterminación de las naciones ha desempeñado en la agitación de nuestro partido un papel no menos importante que, por ejemplo, el armamento del pueblo, la separación de la Iglesia y el Estado, la elección de los funcionarios por el pueblo y otros puntos calificados de "utópicos" por los filisteos. Por el contrario, la animación de los movimientos nacionales después de 1905 suscitó también lógicamente una animación de nuestra agitación: una serie de artículos en 1912-1913 y la resolución aprobada por nuestro partido en 1913, que dio una definición exacta y "antikautskiana" (es decir, intransigente con el "reconocimiento" puramente verbal) de la *esencia* de la cuestión.

Entonces ya se puso al descubierto un hecho que es intolerable soslayar: oportunistas de distintas naciones, el ucranio Yurkévich, el bundista Libman, el lacayo ruso de Potrésov y Cía., Semkovski, ¡se pronunciaron *en pro* de los argumentos de Rosa Luxemburgo *contra* la autodeterminación! Lo que en la socialdemócrata polaca era únicamente una generalización teórica equivocada de las condiciones *peculiares* del movimiento en Polonia, se convirtió en el acto (en una situación más amplia, en las condiciones de un Estado no pequeño, sino grande, en escala internacional y no en la estrecha escala de Polonia), de hecho y *objetivamente*, en un apoyo oportunista al imperialismo ruso. La historia de las *corrientes* del pensamiento político (no de las opiniones de algunas personas) ha venido a confirmar el acierto de nuestro programa.

Y ahora, los socialimperialistas francos del tipo de Lensch se alzan abiertamente contra la autodeterminación y contra la negación de las anexiones. En cambio, los kautskianos reconocen hipócritamente la autodeterminación: en nuestro país, en Rusia, siguen ese camino Trotski y Mártov. De palabra, *ambos* están a favor de la autodeterminación, como Kautsky. ¿Y de hecho? Trotski -tomad su artículo *La nación y la economía*, en *Nashe Slovo*- nos muestra su eclecticismo habitual: de una parte, la economía fusiona las naciones; de otra, la opresión nacional las desune. ¿Conclusión? La conclusión consiste en que la hipocresía reinante sigue sin desenmascarar, la agitación resulta exánime, no aborda lo principal, lo cardinal, lo esencial, lo cercano a la práctica: la actitud ante la nación oprimida por "mi" nación. Mártov y otros secretarios del extranjero han preferido olvidar -¡provechosa falta de memoria!- la lucha de su colega y compañero Semkovski contra la autodeterminación. Mártov ha escrito en la prensa legal de los partidarios de Gvózdiev (*Nash Golos*[42]) *en pro* de la autodeterminación, demostrando la verdad incontestable de que ésta en la guerra imperialista no obliga *todavía* a participar, etc., pero rehuyendo lo principal ¡lo rehúye incluso en la prensa ilegal, en la prensa libre!-, que consiste en que Rusia ha batido *también durante la paz* el récord mundial de opresión de las naciones sobre la base de un imperialismo mucho más brutal, medieval, atrasado económicamente, burocrático y militar. El socialdemócrata ruso que "reconoce" la autodeterminación de las naciones aproximadamente igual que lo hacen los señores Plejánov, Potrésov y Cía., es decir, sin luchar en defensa de la libertad de separación de las naciones oprimidas por el zarismo, es, *de hecho*, un imperialista y un lacayo del zarismo.

Cualesquiera que sean los “buenos” propósitos subjetivos de Trotski y Mártov, objetivamente apoyan con sus evasivas el socialimperialismo ruso. La época imperialista ha convertido a todas las “grandes” potencias en opresoras de una serie de naciones, y el desarrollo del imperialismo llevará ineluctablemente a una división más clara de las corrientes en torno a esta cuestión también en la socialdemocracia internacional.

Escrito en julio de 1916. Publicado en octubre de 1916 en el núm. 1 de “Sbórnik Sotsial-Demokrata”.
T. 30, págs. 17-58.

SOBRE LA CARICATURA DEL MARXISMO Y EL "ECONOMISMO IMPERIALISTA"[43].

"Nadie comprometerá a la socialdemocracia revolucionaria si ella misma no se desacredita". Hay que recordar y tener presente esta sentencia siempre que triunfa o, por lo menos, se pone a la orden del día algún importante precepto teórico o táctico del marxismo y siempre que "arremeten" contra él, *además* de enemigos patentes y serios, ciertos amigos que lo comprometen -lo deshonran- irremisiblemente, convirtiéndole en una caricatura. Así ha ocurrido repetidas veces en la historia de la socialdemocracia rusa. El triunfo del marxismo en el movimiento revolucionario, a comienzos de los años 90 del siglo pasado, fue acompañado de una caricatura del marxismo, representada por el "economismo" o "huelguismo" de entonces; sin una larga lucha contra este "economismo" o "huelguismo", los "iskristas" no habrían podido mantener las bases de la teoría y la política proletarias ni frente al populismo[44] pequeñoburgués ni frente al liberalismo burgués. Así ha ocurrido con el bolchevismo, que triunfó en el movimiento obrero de masas de 1905 gracias, entre otras cosas, a la justa aplicación de la consigna de "boicot a la Duma zarista"[45] durante el período de importantísimas batallas de la revolución rusa, en el otoño de 1905, y que hubo de sufrir -y vencer en lucha- una caricatura del bolchevismo en los años 1908-1910[46], cuando Aléxinski y otros levantaron gran alboroto contra la participación en la III Duma[47].

Así ocurre también ahora. El reconocimiento del carácter imperialista de la guerra *actual*, de sus profundos vínculos con la época imperialista del capitalismo, encuentra, además de enemigos serios, amigos nada serios que se han *aprendido de memoria* la palabreja imperialismo -"de moda" para ellos- y siembran entre los obreros el más atroz confusionismo teórico, resucitando todo un cúmulo de viejos errores del pasado "economismo". El capitalismo ha triunfado; *por eso*, no hay que pensar en los problemas políticos, razonaban los viejos "economistas" en 1894-1901, llegando a negar la lucha política en Rusia. El imperialismo ha triunfado; *por eso*, no hay que pensar en los problemas de la democracia política, razonan los "economistas imperialistas" contemporáneos. Como botón de muestra de semejante estado de ánimo, de semejante caricatura del marxismo, es significativo el artículo de P. Kíevski que publicamos más arriba, primer intento de exposición literaria más o menos completa de los vaivenes del pensamiento observados en algunos círculos de nuestro partido en el extranjero desde comienzos de 1915.

La difusión del "economismo imperialista" en las filas de los marxistas que se han pronunciado con decisión contra el socialchovinismo y por el internacionalismo revolucionario en la gran crisis actual del socialismo sería un durísimo golpe a nuestra tendencia -y a nuestro partido-, pues lo comprometería desde dentro, desde sus propias filas, convirtiéndolo en representante de un marxismo caricaturizado. Por ello, habrá que analizar circunstanciadamente, al menos, los principales de los innumerables errores que contiene el artículo de P. Kíevski, por "poco interesante" que sea esta labor y aunque nos lleve a cada paso a una rumia excesivamente elemental de verdades rudimentarias, archiconocidas y comprendidas desde hace tiempo por el lector atento y reflexivo a través de nuestras publicaciones de 1914 y 1915.

Empezaremos por el punto "central" de los razonamientos de P. Kíevski para llevar en el acto al lector a la "esencia" de la nueva corriente del "economismo imperialista".

1. La actitud marxista ante las guerras y ante la "defensa de la patria".

P. Kíevski está convencido y quiere convencer a los lectores de que él "discrepa" *únicamente* en la autodeterminación de las naciones, en el apartado 9 del programa de nuestro partido. Intenta, muy enfadado, rechazar la acusación de que se aparta por completo del marxismo *en general* en la cuestión de la democracia, de que es "un traidor" (las venenosas comillas son de P. Kíevski) al marxismo en algo fundamental. Mas el quid de la cuestión está en que en cuanto nuestro autor empieza a razonar acerca de su disconformidad supuestamente parcial, en cuanto empieza a aducir argumentos, consideraciones, etc., se aparta del marxismo precisamente en toda la línea. Tomad el apartado *b* (sec. 2) del artículo de P. Kievski. "Esta reivindicación" (es decir, la autodeterminación de las naciones) "lleva directamente (!!) al socialpatriotismo", proclama nuestro autor, y explica que la "traicionera" consigna

de la defensa de la patria es una deducción "sacada con la más plena (!!) legitimidad lógica (!!) del derecho de las naciones a la autodeterminación..." A su juicio, la autodeterminación significa "sancionar la traición de los socialpatriotas franceses y belgas, que defienden esa independencia" (la independencia nacional y estatal de Francia y Bélgica) "con las armas en la mano: ellos *hacen* lo que los partidarios de la "autodeterminación" sólo dicen..." "La defensa de la patria forma parte del arsenal de nuestros más encarnizados enemigos"... "Nos negamos resueltamente a comprender cómo se puede estar *al mismo tiempo* en contra de la defensa de la patria y a favor de la autodeterminación, en contra de la patria y a su favor".

Así escribe P. Kíevski. Es evidente que no ha comprendido nuestras resoluciones contra la consigna de la defensa de la patria en la guerra actual. Habrá que tomar lo que está escrito con toda nitidez en dichas resoluciones y explicar una vez más el sentido de sus claras palabras.

La resolución aprobada por nuestro partido en la Conferencia de Berna (marzo de 1915), que lleva por título *Acerca de la consigna de la defensa de la patria*, empieza con las siguientes palabras: "*La verdadera esencia de la guerra actual consiste*" en esto y en lo otro.

Se trata de la guerra actual. Es imposible decirlo más claro. Las palabras la "verdadera esencia" muestran que es preciso distinguir lo aparente de lo real, lo externo de lo esencial, las frases de los hechos. Las frases sobre la defensa de la patria en la guerra actual presentan falsamente la guerra imperialista de 1914-1916, la guerra por el reparto de las colonias, por el saqueo de tierras ajenas, etc., como una guerra nacional. Para que no quede la más mínima posibilidad de tergiversar nuestros puntos de vista, la resolución contiene un párrafo especial dedicado a "las guerras *verdaderamente* nacionales" que "tuvieron lugar *especialmente* (observad: ¡especialmente no significa exclusivamente!) en la época de 1789 a 1871".

La resolución aclara que esas guerras "verdaderamente" nacionales "tuvieron por base" "un largo proceso de movimientos nacionales masivos, de lucha contra el absolutismo y el feudalismo, de derrocamiento de la opresión nacional..."

¿Está claro, no? En la actual guerra imperialista, que ha sido engendrada por todas las condiciones de la época imperialista, es decir, que no ha sido casual, que no ha sido una excepción, un apartamiento de lo general y típico, las frases sobre la defensa de la patria sirven en el fondo para engañar al pueblo, pues esta guerra *no* es nacional. En una guerra *verdaderamente* nacional, las palabras "defensa de la patria" *no son en modo alguno* un engaño y *nosotros no estamos en contra de ella en absoluto*. Guerras de este género (nacionales de verdad) tuvieron lugar "especialmente" entre 1789 y 1871, y la resolución, que no niega con una sola palabra su posibilidad también hoy, aclara cómo es preciso diferenciar una guerra verdaderamente nacional de una guerra imperialista encubierta con fraudulentas consignas nacionales. Esto es, para diferenciar hay que analizar si "tienen por base" "un largo proceso de movimientos nacionales masivos", "de derrocamiento de la opresión nacional".

En la resolución acerca del "pacifismo" se dice claramente: "Los socialdemócratas no pueden negar la significación positiva de las guerras revolucionarias, es decir, de las guerras no imperialistas, sino de las que se sostuvieron, por ejemplo" (observad este "por ejemplo"), "desde 1789 hasta 1871 para derrocar la opresión nacional..." ¿Podría una resolución de nuestro partido hablar en 1915 de las guerras nacionales, de las que hubo ejemplos en 1789-1871, y señalar que no negamos su significación positiva, si no se reconociera que esas guerras son posibles también hoy? Está claro que no podría.

El folleto de Lenin y Zinóviev *El socialismo y la guerra* es un comentario de las resoluciones de nuestro partido, es decir, una explicación popular de las mismas. En la página 5 de este folleto se dice con toda claridad que "los socialistas admitían y admiten hoy la legitimidad, lo progresista y justo de la defensa de la patria o de la guerra defensiva" *sólo* en el sentido de "derrocamiento del yugo extranjero". Se cita un ejemplo: Persia contra Rusia, "*etcétera*", y se dice: "Estas guerras serían guerras justas, guerras defensivas, cualquiera que fuese el país que atacara primero, y todo socialista desearía la victoria de los Estados oprimidos, dependientes, de derechos mermados, en la lucha contra las "grandes" potencias opresoras, esclavizadoras, expoliadoras".

El folleto se publicó en agosto de 1915, apareció en alemán y francés. P. Kíevski lo conoce muy bien. Ni P. Kíevski ni nadie en general nos ha hecho una sola vez objeciones ni a la resolución sobre la consigna de la defensa de la patria, ni a la resolución sobre el pacifismo, ni a la interpretación de esas resoluciones en el folleto. ¡Ni una sola vez! Surge una pregunta: ¿calumniamos a P. Kíevski al decir que no ha comprendido en absoluto el marxismo si este escritor, que desde marzo de 1915 no ha hecho la menor objeción a las opiniones de nuestro partido sobre la guerra, ahora, en agosto de 1916, en un artículo sobre la autodeterminación, es decir, en un artículo dedicado aparentemente a una cuestión parcial, revela una pasmosa incomprensión del problema *general*?

P. Kíevski califica de "traicionera" la consigna de la defensa de la patria. Podemos asegurarle con toda tranquilidad que *toda* consigna es y será siempre "traicionera" *para quienes* la repitan mecánicamente

sin comprender su significado, sin reflexionar sobre la cuestión, limitándose a recordar las palabras sin analizar su sentido.

¿Qué es la "defensa de la patria", hablando en general? ¿Es un concepto científico del dominio de la economía, la política, etc.? No. Es sencillamente la expresión más corriente, de uso general, a veces simplemente filistea, que significa *justificación de la guerra*. ¡Y nada más, absolutamente nada más! Lo único "traicionero" que puede haber en ella es la capacidad de los filisteos de justificar *cualquier* guerra diciendo "defendemos la patria", en tanto que el marxismo, que no desciende al terreno del filisteísmo, exige un análisis histórico de cada guerra concreta para comprender si *esa* guerra puede ser considerada progresista, si sirve a los intereses de la democracia o del proletariado y, *en este sentido*, si es legítima, justa, etc.

La consigna de la defensa de la patria es muy a menudo una justificación filistea inconsciente de la guerra en general, debida a la incapacidad de comprender históricamente la significación y el sentido de cada guerra concreta.

El marxismo hace ese análisis y dice: si la "verdadera esencia" de la guerra consiste, *por ejemplo*, en derrocar el yugo extranjero (lo que fue *especialmente* típico de la Europa de 1789 a 1871), la guerra será progresista por parte del Estado o nación oprimidos. *Si* la "verdadera esencia" de la guerra es un nuevo reparto de las colonias, la partición del botín, el saqueo de tierras ajenas (y tal es la guerra de 1914 a 1916), entonces, la frase sobre la defensa de la patria será "un puro engaño al pueblo".

¿Cómo descubrir la "verdadera esencia" de la guerra, cómo determinarla? La guerra es la continuación de la política. Hay que estudiar la política que precede a la guerra, la política que lleva y ha llevado a la guerra. Si la política era imperialista, es decir, defendía los intereses del capital financiero, expoliaba y oprimía a las colonias y países ajenos, la guerra dimanante de esa política será una guerra imperialista. Si la política era de liberación nacional, es decir, si expresaba el movimiento masivo contra la opresión nacional, la guerra dimanante de esa política será una guerra de liberación nacional.

El filisteo no comprende que la guerra es la "continuación de la política" y por eso se limita a decir que el "enemigo ataca", "el enemigo ha invadido a mi país", sin analizar *por qué* se hace la guerra, *qué* clases la hacen, *qué* fin político persigue. P. Kíevski desciende por completo al nivel de este filisteo cuando dice que Bélgica ha sido ocupada por los alemanes y, por tanto, desde el punto de vista de la autodeterminación, los "socialpatriotas belgas tienen razón", o cuando afirma: los alemanes han ocupado una parte de Francia, por tanto, "Guesde puede sentirse satisfecho", pues "se trata de un territorio poblado por la nación dada" (y no de un territorio perteneciente a otra nación).

Para el filisteo, lo importante es *dónde* se encuentran las tropas, quién vence *ahora*. Para el marxista, lo importante es *por qué* se hace una guerra *concreta*, durante la cual pueden resultar vencedoras ora unas tropas, ora otras.

¿Por qué se hace la guerra actual? Se indica en nuestra resolución (basada en la *política* que siguieron durante *decenios* antes de la guerra las potencias beligerantes). Inglaterra, Francia y Rusia pelean para conservar las colonias robadas y saquear Turquía, etc. Alemania pelea para conseguir colonias y saquear ella misma Turquía, etc. Admitamos que los alemanes tomen incluso París y San Petersburgo. ¿Cambiará por ello el carácter de la guerra actual? En lo más mínimo. El objetivo de los alemanes -y, lo que es más importante, la política que se aplicará si triunfan los alemanes- consistirá entonces en arrebatar las colonias a otros, dominar en Turquía, apoderarse de regiones pobladas por naciones ajenas, por ejemplo, de Polonia, etc., pero en modo alguno imponer el yugo extranjero a los franceses o a los rusos. La verdadera esencia de la guerra actual no es nacional, sino imperialista. Dicho de otro modo: la guerra no se hace porque una parte trate de acabar con la opresión nacional y otra la defienda. La guerra se hace entre dos grupos de opresores, entre los bandidos, para decidir cómo repartirse el botín, quién ha de saquear Turquía y las colonias.

Resumiendo: la guerra *entre* las grandes potencias imperialistas (es decir, entre potencias que oprimen a toda una serie de pueblos ajenos, los envuelven en las redes de la dependencia del capital financiero, etc.) o *en alianza* con ellas es una guerra imperialista. Tal es la guerra de 1914 a 1916. La "defensa de la patria" es un engaño en *esta* guerra, es su justificación.

La guerra *contra* las potencias imperialistas, o sea, opresoras, es por parte de los oprimidos (por ejemplo, de los pueblos de las colonias) una guerra verdaderamente nacional. Esta guerra es posible también hoy. La "defensa de la patria" por parte del país oprimido nacionalmente contra el país opresor no es un engaño, y los socialistas *no están en contra en modo alguno* de la "defensa de la patria" en *esa* guerra.

La autodeterminación de las naciones es lo mismo que la lucha por la liberación nacional completa, por la independencia completa, contra las anexiones, y los socialistas *no pueden* renunciar a *esta* lucha -cualquiera que sea su forma, incluso la insurrección o la guerra- sin dejar de ser socialistas.

P. Kíevski piensa que lucha contra Plejánov: ¡Plejánov, viene a decir, ha señalado el nexo que existe entre la autodeterminación de las naciones y la defensa de la patria! P. Kíevski *ha creído* a Plejánov, ha creído que ese nexo es *realmente, tal y como* lo presenta Plejánov. Mas después de creer a Plejánov,

P. Kíevski se asusta y decide que es preciso negar la autodeterminación para salvarse de las conclusiones de Plejánov... ¡La credulidad en Plejánov es grande, el susto también es grande, pero no hay ni rastro de *reflexión* sobre en qué consiste el error de Plejánov!

Para presentar esta guerra como nacional, los socialchovinistas invocan la autodeterminación de las naciones. La lucha acertada contra ellos puede ser sólo una: hay que mostrar que esta guerra no se hace por la liberación de las naciones, sino para determinar cuál de los grandes carniceros oprimirá *mayor número* de naciones. En cambio, llegar a negar una guerra hecha *verdaderamente* en aras de la liberación de las naciones significa presentar la peor caricatura del marxismo. Plejánov y los socialchovinistas franceses invocan la república en Francia para justificar su "defensa" frente a la monarquía en Alemania. ¡¡De razonar como lo hace P. Kíevski, deberíamos estar contra la república o contra una guerra hecha *verdaderamente* para defender la república!! Los socialchovinistas alemanes invocan el sufragio universal y la alfabetización general obligatoria en Alemania para justificar la "defensa" de ésta frente al zarismo. ¡De razonar como lo hace P. Kievski, deberíamos estar o contra el sufragio universal y la alfabetización general o contra una guerra hecha *verdaderamente* para proteger la libertad política frente a los intentos de suprimirla!

C. Kautsky fue marxista hasta la guerra de 1914-1916, y toda una serie de importantísimas obras y declaraciones suyas quedarán para siempre como modelo de marxismo. El 26 de agosto de 1910 escribía en *Neue Zeit* acerca de la guerra inminente:

> "En una guerra entre Alemania e Inglaterra no estará en juego la democracia, sino la dominación mundial, es decir, la explotación del mundo. No será una cuestión en la que los socialdemócratas deban colocarse al lado de los explotadores de su nación (*Neue Zeit*, 28. Jahrg., Bd. 2, S. 776).

He aquí una excelente fórmula marxista, coincidente por completo con las nuestras, que desenmascara de pies a cabeza al Kautsky *actual* -el cual ha vuelto la espalda al marxismo para defender el socialchovinismo- y que aclara con toda precisión los principios de la actitud marxista ante las guerras (volveremos aún a ocuparnos de esta fórmula en la prensa). Las guerras son la continuación de la política; por ello, puesto que tiene lugar la lucha por la democracia, *es posible* también la guerra por la democracia; la autodeterminación de las naciones es sólo una de las reivindicaciones democráticas, que no se distingue en nada, por principio, de las demás. La "dominación mundial" es, dicho brevemente, el contenido de la política imperialista cuya continuación es la guerra imperialista. Negar la "defensa de la patria", *es decir*, la participación en una guerra democrática, es un absurdo que no tiene nada de común con el marxismo. Embellecer la guerra imperialista aplicándole el concepto de "defensa de la patria", es decir, presentarla como democrática, significa engañar a los obreros, ponerse al lado de la burguesía reaccionaria.

2. "Nuestra concepción de la nueva época".

P. Kíevski, a quien pertenece la expresión puesta entre comillas, habla constantemente de la "nueva época". Por desgracia, sus consideraciones son erróneas también en este caso.

Las resoluciones de nuestro partido hablan de la guerra actual, engendrada por las condiciones generales de la época imperialista. La correlación de "época" y "guerra actual" está planteada por nosotros correctamente desde el punto de vista marxista: para ser marxista hay que valorar cada guerra de una manera concreta. Para comprender por qué podía y debía surgir una guerra imperialista, es decir, la más reaccionaria y antidemocrática por su significado político, entre las grandes potencias, muchas de las cuales figuraron desde 1789 hasta 1871 a la cabeza de la lucha por la democracia, hay que comprender las condiciones generales de la época imperialista, es decir, de la transformación del capitalismo de los países avanzados en imperialismo.

P. Kíevski tergiversa por completo esta correlación de "época" y "guerra actual". ¡Resulta, según él, que hablar *concretamente* significa hablar de la "época"! Y eso precisa mente es erróneo.

La época de 1789 a 1871 es una época especial en Europa. Esto es indiscutible. No se puede comprender ni una sola de las guerras de liberación nacional, especialmente típicas de aquellos tiempos, sin comprender las condiciones generales de la época. ¿Significa esto que todas las guerras de dicha época fueron de liberación nacional? Está claro que no. Decir eso significaría llegar a un absurdo y sustituir con un patrón ridículo el estudio concreto de cada guerra. Entre 1789 y 1871 hubo también guerras coloniales y guerras entre imperios reaccionarios que oprimían a toda una serie de naciones ajenas.

Surge una pregunta: ¿se desprende, acaso, por el hecho de que el capitalismo avanzado europeo (y norteamericano) haya entrado en la nueva época del imperialismo, que hoy sean posibles únicamente guerras imperialistas? Afirmar eso sería absurdo, sería no saber diferenciar un fenómeno concreto de toda la suma de variados fenómenos posibles de una época. La época se llama precisamente época porque abarca toda una suma de diversos fenómenos y guerras, típicos y no típicos, grandes y pequeños, propios de los países avanzados y de los atrasados. Eludir estas cuestiones concretas por medio de frases generales acerca de la "época", como hace P. Kíevski, significa abusar del concepto "época". Para no hablar gratuitamente, citaremos un ejemplo entre muchos. Mas antes será preciso recordar que *un*

grupo de izquierdistas -concretamente: el grupo alemán La Internacional- hace una afirmación evidentemente errónea en el § 5 de sus tesis, publicadas en el núm. 3 (29 de febrero de 1916) del Boletín de la Comisión Ejecutiva de Berna: "En la era de este desenfrenado imperialismo *no puede haber ya ninguna* guerra nacional". Hemos analizado esta afirmación en "*Sbórnik Sotsial-Demokrata*"*. Aquí nos limitaremos a señalar que, aunque cuantos se interesan por el movimiento internacionalista conocen hace mucho esta tesis teórica (la hemos combatido ya en la primavera de 1916, en la reunión ampliada de la Comisión Ejecutiva de Berna), hasta ahora no ha sido repetida ni aceptada *por ningún grupo*. Tampoco P. Kíevski, en agosto de 1916, cuando escribió su artículo, dijo una sola palabra en ese sentido o en otro semejante.

Debemos destacar esto por lo siguiente: si se hubiera hecho tal afirmación teórica u otra semejante, podría hablarse de divergencias teóricas. Pero cuando no se hace ninguna afirmación de esa naturaleza, nos vemos obligados a decir: no se trata de otra concepción de la "época", de una divergencia teórica, sino únicamente de una frase lanzada a voleo, sólo de un abuso de la palabra "época".

> Un ejemplo: "¿No se parece (la autodeterminación) –escribe P. Kíevski al comienzo mismo de su artículo- al derecho a recibir gratuitamente 10.000 hectáreas en Marte? A esta pregunta sólo se puede contestar del modo más concreto, teniendo en cuenta toda la época actual; porque una cosa es el derecho de las naciones a la autodeterminación en la época en que se formaron los Estados nacionales, como mejores formas de desarrollo de las fuerzas productivas en su nivel de entonces, y otra cosa es ese mismo derecho cuando dichas formas, las formas del Estado nacional, se han convertido en trabas de su desarrollo. Entre la época del autoafianzamiento del capitalismo y del Estado nacional y la época del hundimiento del Estado nacional y de la víspera del hundimiento del propio capitalismo, hay una enorme distancia. Hablar "en general", fuera del tiempo y del espacio, no es cosa de un marxista".

Este razonamiento es un modelo de empleo caricaturesco del concepto "época imperialista". ¡Precisamente porque este concepto es nuevo e importante hay que luchar contra la caricatura! ¿De qué se trata al decir que las formas del Estado nacional se han convertido en trabas, etc.? De los países capitalistas avanzados, ante todo, de Alemania, Francia e Inglaterra, cuya participación en la guerra actual ha hecho de ella, en primer término, una guerra imperialista. En estos países, que hasta ahora habían llevado adelante a la humanidad, especialmente entre 1789 y 1871, ha terminado el proceso de formación de Estados nacionales; en *estos* países, el movimiento nacional es un pasado irrevocable y resucitarlo constituiría la más absurda utopía reaccionaria. El movimiento nacional de los franceses, ingleses y alemanes concluyó hace mucho; en el turno de la historia se plantea *allí* otra cosa: las naciones que antaño lucharon por liberarse se han transformado en naciones opresoras, en naciones de saqueo imperialista, que viven la "víspera del hundimiento del capitalismo".

¿Y las demás naciones?

P. Kíevski repite, como una regla aprendida de memoria, que los marxistas deben razonar "de modo concreto", pero no la *aplica*. Mas nosotros, en nuestras tesis, hemos dado adrede un modelo de respuesta concreta, y P. Kíevski no ha deseado señalarnos nuestro error, si es que ha visto en ello algún error.

En nuestras tesis (§ 6) se dice que, para ser concretos, hay que distinguir no menos de *tres* tipos diferentes de países en el problema de la autodeterminación. (Está claro que en unas tesis generales era imposible hablar de cada país.) Primer tipo: los países avanzados del Oeste de Europa (y de América), en los que el movimiento nacional es lo *pasado*. Segundo tipo: el Este de Europa, donde dicho movimiento es lo *presente*. Tercer tipo: las semicolonias y colonias, en la que es -en grado considerable- lo *futuro*.

¿Es esto cierto o no? P. Kíevski ha debido dirigir su crítica contra *esto*. ¡Pero no nota siquiera *en qué* consisten las cuestiones teóricas! No ve que en tanto no refute el planteamiento de nuestras tesis (en el § 6) -y es imposible refutarlo porque es exacto-, sus consideraciones acerca de la "época" recuerdan al hombre que "blande" una espada, pero no asesta el golpe.

> "En contra de la opinión de V. Ilín -escribe al final del artículo-, consideramos que el problema nacional no está resuelto para la mayoría (!) de los países occidentales (!)"...

Así pues, ¿resulta que el movimiento nacional de los franceses, españoles, ingleses, holandeses, alemanes e italianos no concluyó en los siglos XVII, XVIII, XIX y antes? Al comienzo del artículo se tergiversa el concepto "época del imperialismo", presentando las cosas como si el movimiento nacional hubiese concluido en general, y no sólo en los países occidentales adelantados. Al final de ese mismo artículo se declara que el "problema nacional" "no está resuelto" ¡¡*precisamente* en los países occidentales!! ¿No es un embrollo?

En los países occidentales, el movimiento nacional es un pasado lejano. En Inglaterra, Francia, Alemania, etc., la "patria" ha dado de sí todo lo que podía dar, ha desempeñado ya su papel histórico, *es decir*, el movimiento nacional no puede ya dar allí nada progresista, algo que eleve a una nueva vida

* Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

económica y política a nuevas masas humanas. Allí no está a la orden del día de la historia la transición del feudalismo o del salvajismo patriarcal al progreso nacional, a la patria culta y libre políticamente, sino el paso de la "patria" capitalista demasiado madura, que ha caducado, al socialismo.

En el Este de Europa la situación es distinta. Sólo una persona que viva soñando y en Marte podría negar que para los ucranios y bielorrusos, por ejemplo, no ha concluido todavía el movimiento nacional, que en las masas se está despertando aún el deseo de poseer su lengua vernácula y su literatura (y esto es condición y acompañante indispensable del desarrollo total del capitalismo, de la penetración completa del intercambio hasta en la última familia campesina). La "patria" no ha cumplido allí *todavía* por completo su misión histórica. La "defensa de la patria" puede ser allí *aún* la defensa de la democracia, de la lengua materna y de la libertad política contra las naciones opresoras, contra el medievo; en cambio, los ingleses, franceses, alemanes e italianos mienten hoy al hablar de la defensa de la patria en la guerra actual, pues, de hecho, no defienden *ni* su lengua *ni* la libertad de su desarrollo nacional, sino sus derechos esclavistas, sus colonias, las "esferas de influencia" de su capital financiero en países ajenos, etc.

En las semicolonias y colonias, el movimiento nacional es más joven aún, desde el punto de vista histórico, que en el Este de Europa.

P. Kíevski no ha comprendido en absoluto *a qué* se refiere las palabras sobre los "países altamente desarrollados" y sobre la época imperialista; *en qué* consiste la situación "especial" de Rusia (título del apartado d del capítulo 2 del artículo de P. Kíevski), y no sólo de Rusia; *dónde* es una frase falaz el movimiento de liberación nacional, y *dónde* es una realidad viva y progresista.

3. ¿Qué es el análisis económico?

El meollo de los razonamientos que exponen los enemigos de la autodeterminación es su "irrealizabilidad" en el capitalismo en general o en el imperialismo. El terminacho "irrealizabilidad" se emplea a menudo con significados diversos y no determinados exactamente. Por ello hemos pedido en nuestras tesis algo indispensable en toda discusión teórica: aclarar en qué sentido se habla de "irrealizabilidad". Y no limitándonos a eso, hemos emprendido dicha aclaración. En el sentido de dificultad o imposibilidad política de su realización, *todas* las reivindicaciones de la democracia son "irrealizables" en el imperialismo sin una serie de revoluciones.

En el sentido de imposibilidad económica, constituye un profundo error decir que la autodeterminación es irrealizable.

Tal era nuestra definición. En ella está el quid de la divergencia teórica y, en una discusión más o menos seria, nuestros adversarios deberían haber centrado toda su atención en este problema.

Sin embargo, vean cómo razona P. Kíevski sobre esta cuestión.

Rechaza expresamente la interpretación de la irrealizabilidad en el sentido de "difícil realizabilidad" por causas políticas. Y responde de manera concreta a la pregunta en el sentido de la imposibilidad económica.

> "¿Significa -escribe- que la autodeterminación es tan irrealizable en el imperialismo como los bonos de trabajo en la producción mercantil?" Y P. Kíevski responde: "¡Si, significa eso! Porque nosotros hablamos precisamente de la contradicción lógica entre dos categorías sociales -el "imperialismo" y la "autodeterminación de las naciones"-, de una contradicción tan lógica como la que existe entre otras dos categorías: los bonos de trabajo y la producción mercantil. El imperialismo es la negación de la autodeterminación, y ningún prestidigitador conseguirá hacer compatible la autodeterminación con el imperialismo".

Por terrible que sea la enojada palabra "prestidigitadores" que P. Kíevski lanza contra nosotros, debemos hacerle notar, pese a todo, que no comprende simplemente lo que significa el análisis económico. La "contradicción lógica" -a condición, claro está, de que el pensamiento lógico sea correcto- no debe existir *ni* en el análisis económico *ni* en el político. Por eso, es imposible de todo punto hablar de "contradicción lógica" *en general* cuando se trata precisamente de hacer un análisis económico y *no* político. En las "categorías sociales" figuran *tanto* lo económico *como* lo político. Por consiguiente, P. Kíevski, que responde al comienzo clara y categóricamente: "sí, significa eso" (es decir, la autodeterminación *es tan* irrealizable como los bonos de trabajo en la producción mercantil), sale del paso, en realidad, dando vueltas, pero sin hacer un análisis económico.

¿Cómo se demuestra que los bonos de trabajo son imposibles en la producción mercantil? Con un análisis económico. Este análisis, que, como cualquier otro, no admite la "contradicción lógica", toma en económicas, *sólo* económicas (y no "sociales" en general) y deduce de ellas la imposibilidad de los bonos de trabajo. En el capítulo primero de *El Capital* no se habla en absoluto de ninguna política, de ninguna forma política, de ninguna "categoría social" en general: el análisis toma *únicamente* lo económico, el intercambio de mercancías, el desarrollo del intercambio de mercancías. El análisis económico muestra -por medio, naturalmente, de razonamientos "lógicos"- que los bonos de trabajo son irrealizables en la producción mercantil.

¡P. Kíevski no intenta siquiera emprender un análisis económico! *Confunde* la esencia económica del imperialismo con sus tendencias políticas, como puede verse ya en la primera frase del primer párrafo de su artículo. He aquí esa frase:

> "El capital industrial es la síntesis de la producción precapitalista y del capital comercial y de préstamo. El capital de préstamo se ha convertido en un servidor del capitalismo industrial. El capitalismo supera ahora los distintos tipos de capital y surge su tipo superior, unificado, el capital financiero, por lo que toda la época puede ser denominada época del capital financiero, cuyo sistema adecuado de política exterior es el imperialismo".

Toda esta definición es inservible por completo desde el punto de vista económico: en lugar de categorías económicas exactas contiene únicamente frase. Pero es imposible detenerse ahora en esta cuestión. Lo importante es que P. Kíevski define el imperialismo como "sistema de política exterior".

En primer lugar, esto significa, en el fondo, una repetición errónea de la errónea idea de Kautsky.

En segundo lugar, es una definición política, puramente política, del imperialismo. Con la definición del imperialismo como "sistema de política", P. Kíevski quiere eludir el análisis *económico* que había prometido al declarar que la autodeterminación "*es tan*" irrealizable en el imperialismo, es decir, irrealizable desde el punto de vista económico, como los bonos de trabajo en la producción mercantil.

En su discusión con los izquierdistas, Kautsky declaró que el imperialismo es "únicamente un sistema de *política* exterior" (concretamente: de anexión) y que no se puede calificar de imperialismo cierta fase económica, grado de desarrollo, del capitalismo.

Kautsky no tiene razón. No es inteligente, desde luego, discutir acerca de las palabras. Es imposible prohibir emplear la "palabra" imperialismo de uno u otro modo. Pero si se quiere discutir, hay que aclarar con exactitud los conceptos.

Desde el punto de vista económico, el imperialismo (o "época" del capital financiero, no se trata de palabras) es el grado superior de desarrollo del capitalismo, precisamente el grado en que la producción se hace tan grande y gigantesca que *la libertad de competencia es sustituida por el monopolio*. En esto consiste la esencia *económica* del imperialismo. El monopolio se manifiesta en los trusts, consorcios, etc.; en la omnipotencia de los bancos gigantescos, en el acaparamiento de fuentes de materias primas, etc.; en la concentración del capital bancario, etc. Todo el quid de la cuestión está en el monopolio económico.

El viraje de la democracia a la reacción política constituye la superestructura política de la nueva economía, del capitalismo monopolista (el imperialismo es el capitalismo monopolista). La democracia corresponde a la libre competencia. La reacción política corresponde al monopolio. "El capital financiero tiende a la dominación y no a la libertad", dice justamente R. Hilferding en su libro *El capital financiero*.

La idea de separar la "política exterior" de la política en general o incluso de oponer la política exterior a la interior es profundamente equivocada, no marxista, no científica. Tanto en la política exterior como en la interior, el imperialismo tiende por igual a conculcar la democracia, tiende a la reacción. En este sentido resulta indiscutible que el imperialismo es la "negación" *de la democracia en general*, *de toda la democracia*, y no sólo, en modo alguno, de *una* de las reivindicaciones de la democracia, a saber: la autodeterminación de las naciones.

Siendo como es la "negación" de la democracia, el imperialismo "niega" también, *de la misma manera*, la democracia en el problema nacional (o sea, la autodeterminación de las naciones): "de la misma manera", es decir, tiende a conculcarla; su realización es en la misma medida y en idéntico sentido más difícil en el imperialismo que la realización en él (en comparación con el capitalismo premonopolista) de la república, la milicia popular, la elección de los funcionarios por el pueblo, etc. No puede ni hablarse de que sea irrealizable desde el punto de vista "económico".

Es probable que P. Kíevski haya sido inducido a error, en este caso, por otra circunstancia (aparte de la incomprensión general de las exigencias del análisis económico): la circunstancia de que, desde el punto de vista filisteo, la anexión (es decir, la incorporación de territorios de una nación ajena contra la voluntad de sus habitantes, es decir, la violación de la autodeterminación) se equipara a la "ampliación" (expansión) del capital financiero a un territorio económico más vasto.

Pero con conceptos filisteos es improcedente abordar cuestiones teóricas.

Desde el punto de vista económico, el imperialismo es el capitalismo monopolista. Para que el monopolio sea completo hay que eliminar a los competidores no sólo del mercado interior (del mercado del Estado), sino también del mercado exterior, del mundo entero. ¿Existe "en la era del capital financiero" la posibilidad *económica* de suprimir la competencia incluso en un Estado extranjero? Existe, en efecto: los medios para ello son la dependencia financiera y el acaparamiento de las fuentes de materias primas y, después, de todas las empresas del competidor.

Los trusts norteamericanos son la máxima expresión de la economía del imperialismo o capitalismo monopolista. Para eliminar al competidor

no se limitan a los medios económicos, sino que recurren constantemente a medios políticos e incluso delictuosos. Pero sería un gravísimo error considerar que el monopolio de los trusts es irrealizable en el aspecto económico con los métodos de lucha puramente económicos. Al contrario, la realidad demuestra a cada paso que es "realizable": los trusts minan el crédito del competidor por intermedio de los bancos (los dueños de los trusts son los dueños de los bancos: acaparamiento de acciones); los trusts torpedean los suministros de material a los competidores (los dueños de los trusts son los dueños de los ferrocarriles: acaparamiento de acciones); los trusts disminuyen los propios, durante cierto tiempo, por debajo del costo de producción, gastando en ello millones para arruinar al competidor y *comprar* sus empresas, sus fuentes de materias primas (minas, tierras, etc.).

He ahí un análisis puramente económico de la fuerza de los trusts y de su ampliación. He ahí el camino puramente económico de su ampliación: la *compra* de empresas, establecimientos y fuentes de materias primas.

El gran capital financiero de un país puede también comprar siempre a los competidores de un país extranjero independiente políticamente, y lo hace siempre. Esto es plenamente realizable desde el punto de vista económico. La "anexión" económica es *plenamente* "realizable" sin anexión política y se da en todo momento. En las obras sobre el imperialismo se encuentran a cada paso indicaciones de que, por ejemplo, Argentina es en realidad una "colonia comercial" de Inglaterra, que Portugal es de hecho un "vasallo" de Inglaterra, etc. Es cierto: la dependencia económica respecto de los bancos ingleses, las deudas a Inglaterra y la compra por Inglaterra de los ferrocarriles, minas, tierras, etc., convierte a tales países en "anexiones" de Inglaterra en el sentido económico, sin violar la independencia política de los mismos.

Se da el nombre de autodeterminación de las naciones a su independencia política. El imperialismo trata de vulnerarla -exactamente igual que trata de remplazar la democracia en general con la oligarquía-, pues con la anexión política, la económica es frecuentemente más cómoda, más barata (es más fácil sobornar a los funcionarios, obtener concesiones, hacer aprobar leyes ventajosas, etc.), más factible y más tranquila. Pero hablar de la "irrealizabilidad" *económica* de la autodeterminación en el imperialismo es simplemente un galimatías.

P. Kíevski da de lado las dificultades teóricas con un procedimiento extraordinariamente fácil y manido, que en alemán se denomina expresiones "burschikos", es decir, expresiones estudiantiles un tanto vulgarotas y groseras, usuales (y naturales) durante las juergas estudiantiles. He aquí una muestra:

> "El sufragio universal, la jornada de ocho horas e incluso la república -escribe P. Kíevski- son compatibles *lógicamente* con el imperialismo, aunque no le hagan ninguna gracia (!), por lo que su realización se ve dificultada en extremo".

No tendríamos absolutamente nada en contra de la expresión "burschikos" de que la república "no le hace ninguna gracia" al imperialismo -¡una palabreja alegre a veces hace más amenas las materias científicas!– si en los razonamientos acerca de un problema serio hubiera también, *además* de esa expresión, un análisis económico y político de los conceptos. P. Kíevski sustituye ese análisis, oculta su ausencia, con expresiones "burschikos".

¿Qué significa "la república no le hace ninguna gracia al imperialismo"? ¿Y por qué ocurre eso?

La república es una de las formas posibles de superestructura política de la sociedad capitalista y, por cierto, la más democrática en las condiciones modernas. Decir que la república "no le hace ninguna gracia" al imperialismo significa decir que existe contradicción entre el imperialismo y la democracia. Es muy posible que esta deducción nuestra "no haga gracia" e incluso "ninguna gracia" a P. Kíevski, pero, pese a ello, es indiscutible.

Prosigamos. ¿Qué carácter tiene esa contradicción entre el imperialismo y la democracia? ¿Es lógica o ilógica? P. Kíevski emplea la palabra "lógica" irreflexivamente, por lo que no se da cuenta de que dicha palabra le sirve, en este caso, para *ocultar* (tanto de los ojos y la inteligencia del lector como de los ojos y la inteligencia del autor) ¡*precisamente el problema* que se había propuesto tratar! Este problema es la relación de la economía con la política, la relación de las condiciones económicas y del contenido económico del imperialismo con una de sus formas políticas. Toda "contradicción" que se observa en los razonamientos humanos es una contradicción lógica; esto es vana tautología. Y P. Kíevski se vale de ella para eludir la *esencia* del problema: ¿se trata de una contradicción "lógica" entre dos tesis o fenómenos *económicos* (1) o *políticos* (2), o uno de ellos es *económico* y el otro, *político* (3)?

¡Ahí está el quid, puesto que se ha planteado la cuestión de la irrealizabilidad o realizabilidad económica, dada una u otra forma política!

Si P. Kíevski no hubiera dado de lado esa esencia, habría visto, probablemente, que la contradicción entre el imperialismo y la república es una contradicción entre la economía del capitalismo moderno (exactamente: el capitalismo monopolista) y la democracia política en general. Porque P. Kíevski jamás podrá demostrar que cualquier medida democrática importante y radical (la elección de los funcionarios u oficiales por el pueblo, la más amplia libertad de asociación y de reunión, etc.) contradice menos al imperialismo (le hace "más gracia", si así

se quiere) que la república.

Resulta precisamente la misma proposición que *nosotros* hemos defendido en la tesis: el imperialismo está en contradicción, en contradicción "lógica", con toda la democracia política *en general*. A P. Kíevski "no le hace gracia" esta proposición nuestra porque echa por tierra sus ilógicas lucubraciones; pero ¿qué hacer? ¿Resignarse con que se haga pasar de contrabando precisamente las conocidas tesis que se aparenta querer refutar, recurriendo para ello a la expresión "la república no le hace ninguna gracia al imperialismo"?

Prosigamos. ¿Por qué la república no le hace ninguna gracia al imperialismo? ¿Y cómo "hace compatible" el imperialismo su economía con la república?

P. Kíevski no ha pensado en esto. Le recordaremos las siguientes palabras de Engels. Se trata de la república democrática. La cuestión se plantea así: ¿puede dominar la riqueza con esta forma de gobierno? Es decir, se trata precisamente de la "contradicción" entre la economía y la política.

Engels responde: "La república democrática... no reconoce oficialmente diferencias de fortuna" (entre los ciudadanos). "En ella, la riqueza ejerce su poder indirectamente, pero de un modo más seguro. De una parte, bajo la forma de corrupción directa de los funcionarios" ("de lo cual es Norteamérica un modelo clásico") "y, de otra parte, bajo la forma de alianza entre el gobierno y la Bolsa..."[48]

¡Ahí tenéis un modelo de análisis económico de la "realizabilidad" de la democracia en el capitalismo, cuestión de la que es partícula otra cuestión: la "realizabilidad" de la autodeterminación en el imperialismo!

La república democrática está en contradicción "lógica" con el capitalismo, pues iguala "oficialmente" al rico y al pobre. Se trata de una contradicción entre el régimen económico y la superestructura política. La república tiene esa misma contradicción con el imperialismo, ahondada o agravada por el hecho de que la sustitución de la libre competencia con el monopolio "dificulta" más aún la realización de cualquier libertad política.

¿Cómo se hace compatible el capitalismo con la democracia? ¡Mediante el ejercicio indirecto del poder omnímodo del capital! Para ello existen dos medios económicos: 1) el soborno directo; 2) la alianza del gobierno con la Bolsa. (En nuestras tesis se expresa esto con las siguientes palabras: en el régimen burgués, el capital financiero "comprará y sobornará libremente a cualquier gobierno y a los funcionarios".)

Puesto que domina la producción mercantil, la burguesía, el poder del dinero, es "realizable" el soborno (directo y a través de la Bolsa) con cualquier forma de gobierno, con cualquier democracia.

Puede preguntarse: ¿qué cambia en la relación analizada al ser remplazado el capitalismo con el imperialismo, es decir, el capitalismo premonopolista con el monopolista?

¡Lógicamente que el poder de la Bolsa aumenta! Porque el capital financiero es el gran capital industrial, que ha crecido hasta el monopolio y se ha fundido con el capital bancario. Los grandes bancos se funden con la Bolsa, absorbiéndola. (En las obras sobre el imperialismo se dice que decrece la importancia de la Bolsa, pero sólo en el sentido de que cada banco gigantesco es de por sí una Bolsa.)

Prosigamos. Si para la "riqueza" en general es plenamente realizable la dominación sobre cualquier república democrática por medio del soborno y de la Bolsa, ¿cómo puede afirmar P. Kíevski, sin caer en una divertida "contradicción lógica", que la grandísima riqueza de los trusts y de los bancos, que manejan miles de millones, no puede "realizar" el poder del capital financiero sobre una república ajena, es decir, independiente políticamente?

¿En qué quedamos? ¿Es "irrealizable" el soborno de los funcionarios en un Estado extranjero? ¿O la "alianza del gobierno con la Bolsa" es sólo una alianza del gobierno propio?

* * *

El lector verá ya, por cuanto queda dicho, que para deshacer y explicar con un lenguaje popular un embrollo que ocupa diez líneas hacen falta cerca de diez páginas de imprenta. Nos es imposible analizar con el mismo detalle cada razonamiento de P. Kíevski -¡no tiene literalmente ni uno solo exento de embrollo!- y, además, no es necesario, puesto que hemos analizado lo principal. Hablaremos brevemente del resto.

4. El ejemplo de Noruega.

Noruega "realizó" el supuestamente irrealizable derecho de autodeterminación en 1905, en la época del más desenfrenado imperialismo. Por ello, hablar de su carácter "irrealizable" es no sólo absurdo teóricamente, sino ridículo.

P. Kíevski quiere refutarlo, llamándonos enojado "racionalistas" (¿a cuento de qué?; el racionalista se limita a hacer consideraciones, por cierto abstractas, en tanto que nosotros ¡hemos señalado un hecho concretísimo!; ¿no empleará P. Kíevski la palabreja extranjera "racionalista" tan... ¿cómo decirlo con mayor mesura?... tan "acertadamente" como utiliza al comienzo de su artículo la palabra "extractiva", presentando sus consideraciones "en forma extractiva"?)

P. Kíevski nos reprocha que para nosotros "tiene importancia la apariencia de los fenómenos, pero no la verdadera esencia". Examinemos, pues, la verdadera esencia.

La refutación empieza con un ejemplo: la promulgación de una ley contra los trusts no demuestra que sea irrealizable la prohibición de los

mismos. Es cierto. Mas se trata de un ejemplo desafortunado, pues se vuelve *contra* P. Kíevski. Una ley es una medida política, es política. La economía no puede ser prohibida con ninguna medida política. Ninguna forma política de Polonia, ya sea ésta una partícula de la Rusia zarista o de Alemania, o una región autónoma o un Estado independiente políticamente, puede prohibir ni abolir su dependencia del capital financiero de las potencias imperialistas, la compra de las acciones de sus empresas por dicho capital.

La independencia de Noruega se "realizó" en 1905 sólo políticamente. No se proponía tocar, ni podía hacerlo, la dependencia económica. De ello precisamente hablan nuestras tesis. En ellas señalamos que la autodeterminación afecta sólo a la política, por lo que es equivocado plantear siquiera la cuestión de su irrealizabilidad desde el punto de vista económico. ¡Y P. Kíevski nos "refuta" citando un ejemplo de impotencia de las prohibiciones políticas contra la economía! ¡Buena "refutación"!

Prosigamos.

> "Un ejemplo o incluso muchos ejemplos de victoria de las empresas pequeñas sobre las grandes no bastan para rebatir la acertada tesis de Marx de que la marcha general del capitalismo va acompañada de la concentración y la centralización de la producción".

Este argumento representa de nuevo un *ejemplo* desafortunado, que se escoge para desviar la atención (del lector y del autor) de la verdadera esencia de la disputa.

Nuestra tesis dice que es equivocado hablar de la irrealizabilidad económica de la autodeterminación en el mismo sentido en que son irrealizables los bonos de trabajo en el capitalismo. No puede haber ni un solo "ejemplo" de *semejante* realizabilidad. P. Kíevski reconoce en silencio nuestra razón en este punto, pues pasa a *otra* interpretación de la "irrealizabilidad".

¿Por qué no lo hace directamente? ¿Por qué no formula abierta y exactamente *su* tesis: "la autodeterminación, siendo irrealizable en el sentido de su posibilidad económica en el capitalismo, está en contradicción con el desarrollo, por lo que es reaccionaria o constituye solamente una excepción"?

Porque la fórmula franca de la contratesis desenmascararía en el acto al autor, y éste se ve obligado a esconderse.

La ley de la concentración económica, de la victoria de la gran producción sobre la pequeña, es admitida tanto por nuestro programa como por el de Erfurt. P. Kíevski oculta el hecho de que en ningún sitio ha sido reconocida la ley de la concentración política o estatal. Si eso es la misma ley o también una ley, ¿por qué no la expone P. Kíevski y no propone completar nuestro programa? ¿Es justo por su parte que nos deje con un programa malo, incompleto, cuando ha descubierto esa nueva ley de la concentración estatal, una ley que tiene importancia práctica, pues eximiría a nuestro programa de conclusiones erróneas?

P. Kíevski no formula la ley ni propone que se complete nuestro programa, pues presiente vagamente que, de hacerlo, quedaría en ridículo. Todos se reirían a carcajadas del curioso "economismo imperialista" si este punto de vista saliera a la superficie y, paralelamente a la ley del desplazamiento de la pequeña producción por la grande, se expusiese la "*ley*" (en relación con aquélla o junto a ella) ¡del desplazamiento de los pequeños Estados por los grandes!

Para aclarar esta cuestión, nos limitaremos a hacer una pregunta a P. Kíevski: ¿por qué los economistas sin comillas *no* hablan de "disgregación" de los trusts o de los grandes bancos modernos, de que esa disgregación es posible y realizable?, ¿por qué hasta el "economista imperialista" entre comillas se ve obligado a reconocer que es posible y realizable la disgregación de los grandes Estados y no sólo la disgregación en general, sino, por ejemplo, la separación de "las pequeñas naciones" (¡observad esto!) de Rusia (apartado d del cap. 2 del artículo de P. Kíevski)?

Por último, para aclarar más patentemente hasta qué extremo llega el autor en sus consideraciones y prevenirle, señalaremos lo siguiente: todos nosotros exponemos públicamente la ley del desplazamiento de la pequeña producción por la grande y nadie teme calificar de fenómeno reaccionario los "ejemplos" aislados de "victoria de las pequeñas empresas sobre las grandes". Hasta ahora, *ningún* adversario de la autodeterminación se ha atrevido a denominar reaccionaria la separación de Noruega de Suecia, aunque nosotros venimos planteando esta cuestión desde 1914 en nuestras publicaciones.

La gran producción es irrealizable si se conservan, por ejemplo, las máquinas a brazo: es completamente absurda la idea de la "disgregación" de una fábrica mecánica en talleres manuales. La tendencia imperialista a los grandes imperios es plenamente realizable y se realiza, con frecuencia, como alianza imperialista de Estados autónomos e independientes en el sentido político de la palabra. Esta alianza es posible y se observa no sólo bajo la forma de entroncamiento económico de los capitales financieros de dos países, sino también bajo la forma de "colaboración" militar en una guerra imperialista. La lucha nacional, la insurrección nacional y la separación nacional son completamente "realizables" y se observan de verdad *en* el imperialismo; es más, incluso se intensifican, pues el imperialismo no detiene el desarrollo del capitalismo ni el crecimiento de las tendencias democráticas en la masa de la población, sino que *exacerba* el antagonismo entre dichas tendencias democráticas y la tendencia

antidemocrática de los trusts.

Sólo desde el punto de vista del "economismo imperialista", es decir, de un marxismo caricaturesco, se puede dar de lado, por ejemplo, el siguiente fenómeno específico de la política imperialista: De una parte, la actual guerra imperialista nos brinda ejemplos de cómo se consigue arrastrar a un Estado pequeño, independiente políticamente, a la lucha entre las grandes potencias (Inglaterra y Portugal) por medio de los vínculos financieros y de los intereses económicos. De otra parte, la violación de la democracia con respecto a las naciones pequeñas, mucho más débiles (tanto económica como políticamente) que sus "protectores" imperialistas, origina la insurrección (Irlanda) o el paso de regimientos enteros al campo enemigo (los checos). En tal estado de cosas, es no sólo "realizable" desde el punto de vista del capital financiero, sino *a veces* francamente *ventajoso* para los trusts, para *su* política imperialista, para *su* guerra imperialista, conceder la mayor libertad democrática posible, incluso la independencia estatal, a *algunas* pequeñas naciones, a fin de no correr el riesgo de ver perturbadas "sus" operaciones militares. Olvidar la originalidad de los alineamientos políticos y estratégicos y repetir, venga o no a cuento, una sola palabreja aprendida de memoria -"imperialismo"- no es en modo alguno marxismo.

P. Kíevski nos dice de Noruega, en primer lugar, que "ha sido siempre un Estado independiente". Esto es falso, y tal falsedad puede explicarse únicamente por la incuria "burschikos" del autor y su despreocupación por los problemas políticos. Noruega *no* fue un Estado independiente hasta 1905, sino que gozó de una autonomía extraordinariamente amplia. Suecia reconoció la independencia estatal de Noruega sólo *después* de que esta última se separara de ella. Si Noruega "hubiera sido siempre un Estado independiente", el gobierno sueco no habría podido comunicar a las potencias extranjeras el 26 de octubre de 1905 que a partir de aquel momento reconocía a Noruega como país independiente.

En segundo lugar, P. Kíevski esgrime una serie de citas para demostrar que Noruega miraba hacia el Oeste y Suecia hacia el Este, que en una "operaba" primordialmente el capital financiero inglés, y en la otra, el alemán, etc. De ahí saca una conclusión triunfal: "este ejemplo" (Noruega) "cabe íntegramente en nuestros esquemas".

¡Ahí tenéis una muestra de la lógica del "economismo imperialista"! En nuestras tesis se dice que el capital financiero puede dominar en "cualquier país", "aunque sea independiente", y que, por ello, todas las consideraciones acerca de la "irrealizabilidad" de la autodeterminación desde el punto de vista del capital financiero son un tremendo embrollo. Se nos citan datos *que confirman* nuestra tesis sobre el papel del capital financiero extranjero en Noruega *antes* y *después* de la separación ¡¡como si eso la *refutara*!!

¿Es que hablar del capital financiero *olvidando* los problemas políticos significa razonar sobre política?

No. Los errores lógicos del "economismo" no han hecho desaparecer los problemas políticos. El capital financiero inglés "operó" en Noruega antes y después de la separación. El capital financiero alemán "operó" en Polonia antes de que se separara de Rusia y "operará" *cualquiera* que sea la situación política de Polonia. Esto es tan elemental que resulta violento repetirlo: pero ¿qué hacer cuando se olvida lo más elemental?

¿Desaparece por ello el problema político de una u otra situación de Noruega, de su pertenencia a Suecia o del comportamiento de los obreros cuando se planteó la separación?

P. Kíevski elude estas cuestiones, pues golpean de firme a los "economistas". Pero estas cuestiones han sido y son planteadas en la práctica. En la práctica se ha planteado la cuestión de si puede ser socialdemócrata el obrero sueco que no reconozca el derecho de Noruega a la separación. *No puede serlo*.

Los aristócratas suecos eran partidarios de la guerra contra Noruega; los curas, también. Este hecho no ha desaparecido por la circunstancia de que P. Kíevski haya "olvidado" leer algo sobre él en las historias del pueblo noruego. El obrero sueco podía, sin dejar de ser socialdemócrata, aconsejar a los noruegos que votasen contra la separación (el referéndum acerca de la separación se celebró en Noruega el 13 de agosto de 1905, participaron en él cerca del 80% de los ciudadanos con derecho al sufragio y dio los siguientes resultados: 368.200 votos en pro de la separación y 184 en contra). Pero el obrero sueco que, a semejanza de la aristocracia y la burguesía suecas, negase el derecho de los noruegos a decidir esta cuestión por sí mismos, sin los suecos e independientemente de su voluntad, sería un *socialchovinista* y un *canalla intolerable en el Partido Socialdemócrata*.

En eso consiste la aplicación del apartado 9 del programa de nuestro partido, que ha intentado *saltarse* nuestro "economista imperialista". ¡No se lo saltarán, señores, sin caer en brazos del chovinismo!

¿Y el obrero noruego? ¿Estaba obligado, desde el punto de vista del internacionalismo, a votar *a favor* de la separación? En absoluto. Podía votar en contra sin dejar por ello de ser socialdemócrata. Habría incumplido su deber de miembro del Partido Socialdemócrata sólo en el caso de que hubiera tendido su mano de camarada al obrero ultrarreaccionario sueco que se manifestase contra la *libertad* de separación de Noruega.

Algunas personas no quieren ver esta diferencia elemental en la situación del obrero noruego y del sueco. Pero se desenmascaran a sí mismas cuando

eluden esta cuestión política, la más concreta entre las concretas, que les planteamos a quemarropa. Callan, esquivan y, con ello, ceden la posición.

Para demostrar que el problema "noruego" puede surgir en Rusia hemos formulado adrede esta tesis en condiciones de carácter *estrictamente* militar y estratégico, *ahora* es también plenamente realizable un Estado polaco independiente. P. Kíevski desea "discutir" ¡¡y guarda silencio!!

Agreguemos: también Finlandia, por consideraciones estrictamente militares y estratégicas, con cierto desenlace de la guerra imperialista *actual* (por ejemplo, la adhesión de Suecia a los alemanes y una semivictoria de estos últimos), *puede* perfectamente convertirse en un Estado separado, sin socavar la "realizabilidad" de una sola operación del capital financiero, sin hacer "irrealizable'' la compra de acciones de los ferrocarriles y demás empresas en Finlandia[*].

P. Kíevski esquiva las cuestiones políticas, desagradables para él, amparándose en una frase magnífica, excelentemente característica de todo su "razonamiento": ..."Cada minuto"... (así se dice textualmente al final del apartado *b* del capítulo I)... "puede caer la espada de Damocles[49] y poner fin a la existencia del taller "independiente" ("alusión" a la pequeña Suecia y a Noruega).

Ese es, por lo visto, el verdadero marxismo: El Estado noruego separado, cuya separación de Suecia fue calificada por el gobierno *sueco* de "medida revolucionaria", existe unos diez años nada más. Pero ¿merece la pena que examinemos las cuestiones *políticas* que dimanan de ello si hemos leído *El capital financiero* de Hilferding y lo hemos "entendido" en el sentido de que "cada minuto" -¡puesto a decir tonterías no te pares en barras!- puede desaparecer un Estado pequeño? ¿Merece la pena prestar atención a que hemos adulterado el marxismo, convirtiéndolo en "economismo", y hemos transformado nuestra política en una repetición de los discursos de los chovinistas verdaderamente rusos?

¡Cómo se equivocaron, por lo visto, los obreros rusos en 1905 al tratar de conseguir la república! ¡Porque el capital financiero se movilizó ya contra ella en Francia, en Inglaterra, etc., y "cada minuto", si hubiera surgido, podría haberla decapitado con la "espada de Damocles"!

* * *

"La reivindicación de autodeterminación nacional no es... utópica en el programa mínimo: no está en contradicción con el desarrollo social, ya que su realización no detendría ese desarrollo". P. Kíevski pone en duda estas palabras de Mártov en el mismo párrafo de su artículo en que aporta las "citas" sobre Noruega, las cuales demuestran una y otra vez el hecho, por todos conocido, de que *ni* el desarrollo en general, *ni* el crecimiento de las operaciones del capital financiero en particular, *ni* la compra de Noruega por los ingleses *han sido detenidos* por la "autodeterminación" y separación de Noruega.

Entre nosotros ha habido más de una vez bolcheviques, por ejemplo, Aléxinski en 1908-1910, que han discutido con Mártov ¡*precisamente* cuando éste tenía razón! ¡Líbranos, Señor, de semejantes "aliados"!

5. Sobre "monismo y dualismo".

P. Kíevski nos acusa de "interpretación dualista de la reivindicación" y escribe:

> "La acción monista de la Internacional es remplazada con la *propaganda* dualista".

Esto suena completamente a marxista, a materialista: la acción, que es única, se opone a la propaganda, que es "dualista". Lamentablemente, al analizarlo más de cerca, debemos decir que se trata de un "monismo" tan *verbal* como el "monismo" de Dühring. "No basta que yo clasifique un cepillo de botas entre los animales mamíferos -escribía Engels contra el "monismo" de Dühring-, para que en él broten glándulas mamarias"[50].

Esto significa que sólo se puede *declarar* la "unidad" de cosas, propiedades, fenómenos y acciones que están *unidos* en la realidad objetiva. ¡Y nuestro autor se ha olvidado precisamente de esta "*pequeñez*"!

Ve nuestro "dualismo", primero, en que *no* exijamos a los obreros de las naciones oprimidas, en primer término -se trata únicamente del problema nacional-, *lo mismo* que exigimos a los obreros de las naciones opresoras.

Para comprobar si el "monismo" de P. Kíevski es, en este caso, el "monismo" de Dühring habrá que analizar el estado de cosas en la *realidad objetiva*.

¿Es igual, desde el punto de vista del problema nacional, la situación *real* de los obreros en las naciones opresoras y en las oprimidas?

---

[*] Si con un desenlace de la guerra actual es plenamente "realizable" la formación de nuevos Estados en Europa, de los Estados polaco, finlandés, etc., sin alterar lo más mínimo las condiciones de desarrollo del imperialismo ni sus fuerzas -al contrario, *acentuando* la influencia, los vínculos y la presión del capital financiero-, con otro desenlace de la guerra es *de la misma manera* "realizable" la formación de nuevos Estados: húngaro, checo, etc. Los imperialistas ingleses apuntan ya ahora ese segundo desenlace para el caso de que triunfen. La época imperialista no suprime ni las aspiraciones a la independencia política de las naciones ni la "realizabilidad" de estas aspiraciones en los *límites* de las relaciones imperialistas mundiales. *Fuera* de eses límites es "irrealizable" sin una serie de revoluciones, e inconsistente sin el socialismo, tanto la república en Rusia como, en general, toda transformación democrática muy importante en cualquier lugar del mundo. P. Kíevski no ha comprendido en absoluto, sí, en absoluto, la postura del imperialismo frente a la democracia.

No, no es igual.

(1) En el aspecto *económico*, la diferencia consiste en que una parte de la clase obrera de los países opresores percibe las migajas de las *superganancias* que obtienen los burgueses de las naciones opresoras mediante la redoblada explotación permanente de los obreros de las naciones oprimidas. Los datos económicos prueban, además, que el porcentaje de obreros que se hacen "maestrillos" en las naciones opresoras es *mayor* que en las naciones oprimidas, que es mayor el porcentaje que se incorpora a la *aristocracia* de la clase obrera*. Esto es un hecho. Los obreros de una nación opresora son *en cierta medida* cómplices de *su* burguesía, en el saqueo de los obreros (y de la masa de la población) de la nación oprimida.

(2) En el aspecto *político*, la diferencia consiste en que los obreros de las naciones opresoras ocupan una situación *privilegiada*, en comparación con los obreros de la nación oprimida, en toda una serie de dominios de la vida política.

(3) En el aspecto *ideológico* o espiritual, la diferencia consiste en que los obreros de las naciones opresoras son educados siempre, por la escuela y por la vida, en un espíritu de desprecio o desdén hacia los obreros de las naciones oprimidas. Por ejemplo, cualquier ruso que se haya educado o vivido entre rusos lo *ha experimentado*.

Así pues, en la realidad objetiva existe una diferencia *en toda la línea*, es decir, "dualismo" en el mundo objetivo, que no depende de la voluntad ni de la conciencia de los hombres.

¿Cómo considerar, después de esto, las palabras de P. Kíevski sobre "la acción monista de la Internacional"?

Como una huera frase altisonante, y nada más.

Para que la acción de la Internacional -que *en la vida* está compuesta de obreros *divididos* en pertenecientes a las naciones opresoras y a las oprimidas- *sea única*, es imprescindible hacer la propaganda en forma *no idéntica* en uno y otro caso: ¡así hay que razonar desde el punto de vista del "monismo" auténtico (y no del de Dühring), desde el punto de vista del materialismo de Marx!

¿Ejemplos? Hemos aportado ya uno (¡hace más de dos años en la prensa legal!) con relación a Noruega y nadie ha intentado desmentirnos. La *acción* de los obreros noruegos y suecos, en este caso concreto tomado de la vida, fue "monista", única, internacionalista, *sólo* en tanto y por cuanto los obreros suecos defendieron *incondicionalmente* la libertad de separación de Noruega, y los obreros noruegos plantearon *condicionalmente* esta separación. Si los obreros suecos no hubieran defendido *incondicionalmente* la libertad de separación de los noruegos, habrían sido *chovinistas*, cómplices del chovinismo de los terratenientes suecos, que querían "retener" a Noruega por la fuerza, por la guerra. Si los obreros noruegos *no* hubieran planteado la separación *condicionalmente*, es decir, de modo que también los miembros del Partido Socialdemócrata pudiesen votar y hacen propaganda contra la separación, habrían faltado al deber de los internacionalistas y caído en un estrecho nacionalismo *burgués* noruego. ¿Por qué? ¡Pues porque la separación la realizaba la burguesía y no el proletariado! ¡Porque la *burguesía* noruega (como cualquiera otra) trata *siempre* de escindir a los obreros de su propio país y del "ajeno"! Porque, para los obreros conscientes, cualquiera reivindicación democrática (comprendida también la autodeterminación) está *subordinada* a los intereses supremos del socialismo. Si, por ejemplo, la separación de Noruega de Suecia hubiese significado la guerra, cierta o probable, de Inglaterra contra Alemania, los obreros noruegos habrían debido estar, *por esta causa*, en contra de la separación. Y en tales circunstancias, los obreros suecos habrían tenido el derecho y la posibilidad, sin dejar por ello de ser socialistas, de hacer propaganda contra la separación *sólo* en el caso de que lucharan de modo sistemático, consecuente y constante *contra* el gobierno sueco por la *libertad* de separación de Noruega. De lo contrario, los obreros y el pueblo noruegos *no habrían creído ni habrían podido creer* en la sinceridad del consejo de los obreros suecos.

La desgracia de los adversarios de la autodeterminación tiene su origen en que pretenden salir del paso con abstracciones inertes, *temiendo* analizar hasta el fin aunque sólo sea un ejemplo concreto tomado de la vida real. La indicación concreta, expuesta en nuestras tesis, de que el nuevo Estado polaco es plenamente "realizable" *ahora*, dada una determinada conjugación de condiciones exclusivamente militares, estratégicas, no ha encontrado objeciones ni por parte de los polacos ni por parte de P. Kíevski. Pero nadie ha deseado *pensar* en qué se desprende de esta aceptación tácita de nuestra razón. Y lo que se desprende con toda evidencia es que la propaganda de los internacionalistas *no puede ser* idéntica entre los rusos y entre los polacos, si es que quiere educar a unos y a otros para la "unidad de acción". El obrero ruso (y el alemán) tiene la obligación de apoyar incondicionalmente la libertad de separación de Polonia, pues de otro modo será *de hecho*, *ahora*, un lacayo de Nicolás II o de Hindenburg. El obrero polaco *podrá* estar por la separación *sólo* condicionalmente, pues especular (como hacen los fraquistas[51]) con la victoria de una u otra burguesía imperialista significa convertirse en lacayo suyo. No comprender esta diferencia, que es condición de la "acción monista" de la Internacional, es lo mismo

---

* Véase, por ejemplo, el libro de Gúrvich, editado en Inglaterra, sobre la inmigración y la situación de la clase obrera en América. (*Immigration and Labor*)

que no comprender por qué el ejército revolucionario, para una "acción monista" contra el ejército zarista en las cercanías de Moscú, por ejemplo, debería marchar desde Nizhni Nóvgorod hacia el Oeste y desde Smolensk hacia el Este.

* * *

En segundo lugar, nuestro nuevo partidario del monismo de Dühring nos reprocha que no nos preocupamos de "la más estrecha cohesión orgánica de las diferentes secciones nacionales de la Internacional" durante la revolución social.

En el socialismo -dice P. Kíevski-, la autodeterminación desaparece, ya que desaparece el Estado. ¡Y esto se escribe con el supuesto propósito de desmentirnos! Ahora bien, nosotros, en *tres* líneas -las tres líneas últimas del § 1 de nuestras tesis- hemos dicho con claridad y precisión que "la democracia es también una forma del Estado, que deberá desaparecer junto con él". Esta es, precisamente, la verdad que P. Kíevski repite, por cierto *tergiversándola* -¡para "desmentirnos", claro!- en varias páginas del apartado *c* (capítulo I). "Nos imaginamos y nos hemos imaginado siempre el régimen socialista –escribe- como un sistema de economía rigurosamente centralizado democráticamente (!!?), en el cual el Estado, como aparato de dominación de una parte de la población sobre otra, desaparece". Esto es un galimatías, pues la democracia es *también* la dominación "de una parte de la población sobre otra", es *también* el Estado. El autor no ha comprendido, evidentemente, en qué consiste la *extinción* del Estado después del triunfo del socialismo y cuáles son las condiciones de este proceso.

Pero lo principal son sus "objeciones" acerca de la época de la revolución social. Después de insultarnos con la terrible expresión de "exégetas de la autodeterminación", el autor dice: "Concebimos este proceso (la revolución social) como una acción unida de los proletarios de todos (!!) los países, que destruyen las fronteras del Estado burgués (!!), arrancan los postes fronterizos" (¿independientemente de la "destrucción de las fronteras"?), "hacen saltar (!!) la comunidad nacional e implantan la comunidad de clase".

No lo decimos para irritar al severo juez de los "exégetas", pero aquí hay muchas frases y no se ve en absoluto el "pensamiento"

La revolución social no puede ser una acción unida de los proletarios de *todos* los países, por la sencilla razón de que la mayoría de los países y la mayoría de la población de la Tierra no se encuentran todavía en la fase capitalista o se hallan apenas en la fase inicial del desarrollo capitalista. Hemos hablado de esto en el § 6 de nuestras tesis, y P. Kíevski "no ha notado", seguramente por descuido o por incapacidad para pensar, que este § no lo hemos incluido en vano, sino justamente para refutar las deformaciones caricaturescas del marxismo. *Únicamente* los países avanzados del Occidente y de América del Norte han madurado para el socialismo, y P. Kíevski puede encontrar en la carta de Engels a Kautsky ("*Sbórnik Sotsial-Demokrata*"[52]) una ilustración concreta del "*pensamiento*" -real, y no sólo prometido- de que soñar con la "acción unida de los proletarios de *todos* los países" significa aplazar el socialismo hasta las calendas griegas, es decir, hasta "nunca".

El socialismo será realizado por la acción unida de los proletarios, pero no de todos los países, sino de una minoría de ellos que han llegado al grado de desarrollo del capitalismo *avanzado*. Precisamente la incomprensión de esto ha dado origen al error de P. Kíevski. En *esos* países avanzados (Inglaterra, Francia, Alemania, etc.), el problema nacional está resuelto desde hace mucho, la comunidad nacional ha vivido su época hace mucho, y *objetivamente* no hay "tareas nacionales generales". Por ello, sólo en dichos países es posible "hacer saltar" *ahora* mismo la comunidad nacional e implantar la comunidad de clase.

Otra cosa sucede en los países no desarrollados, en los países que hemos clasificado (en el § 6 de nuestras tesis) en los grupos segundo y tercero, es decir, en todo el Este de Europa y en todas las colonias y semicolonias. Allí existen *todavía*, por regla general, naciones oprimidas y no desarrolladas desde el punto de vista del capitalismo. En tales naciones hay todavía *objetivamente* tareas nacionales generales, a saber: tareas *democráticas*, tareas de *derrocamiento del yugo extranjero*.

Engels cita precisamente a la India como ejemplo de tales naciones, diciendo que este país puede hacer una revolución contra el socialismo victorioso, pues Engels estaba muy lejos del ridículo "economismo imperialista" que se imagina que el proletariado, triunfante en los países avanzados, destruirá por doquier el yugo nacional "automáticamente", sin determinadas medidas *democráticas*. El proletariado triunfante reorganizará los países en que haya vencido. Esto no se puede hacer de golpe, de la misma manera que no se puede "vencer" de golpe a la burguesía. Lo hemos subrayado adrede en nuestras tesis, pero P. Kíevski tampoco se ha preguntado esta vez *por qué* subrayamos esto en relación con el problema nacional.

Mientras el proletariado de los países avanzados derroca a la burguesía y rechaza sus intentonas contrarrevolucionarias, las naciones oprimidas y poco desarrolladas no esperan, no dejan de vivir, no desaparecen. Y si aprovechan para insurreccionarse (las colonias, Irlanda) incluso una crisis de la burguesía imperialista tan pequeñísima, en comparación con la revolución social, como la guerra de 1915-1916, es indudable que con tanto mayor motivo aprovecharán para la insurrección la *gran*

crisis de la guerra civil en los países avanzados.

La revolución social sólo puede producirse bajo la forma de una época que una la guerra civil del proletariado contra la burguesía en los países avanzados con *toda una serie* de movimientos democráticos y revolucionarios, comprendidos los movimientos de liberación nacional, en las naciones subdesarrolladas, atrasadas y oprimidas.

¿Por qué? Porque el capitalismo se desarrolla de manera desigual, y la realidad objetiva nos muestra que, a la par con las naciones capitalistas altamente desarrolladas, existe toda una serie de naciones muy poco desarrolladas o no desarrolladas en absoluto en el aspecto económico. P. Kíevski no ha pensado para nada en las condiciones *objetivas* de la revolución social desde el punto de vista de la madurez económica de los distintos países. Por eso, su reproche de que *nosotros* "nos sacamos de la cabeza" dónde aplicar la autodeterminación significa, en verdad, hacer pagar a justos por pecadores.

Con un empeño digno de mejor causa, P. Kíevski repite muchas veces citas de Marx y Engels acerca de que los medios para desembarazar a la humanidad de unas u otras calamidades sociales "no debemos sacárnoslos de la cabeza, sino descubrirlos, valiéndonos de ella, en las condiciones materiales existentes". Al leer estas repetidas citas, no puedo por menos de recordar a los "economistas", de triste memoria, que de forma igualmente aburrida… rumiaban su "nuevo descubrimiento" del triunfo del capitalismo en Rusia. P. Kíevski quiere "fulminarnos" con estas citas, pues, según él, ¡nos sacamos de la cabeza las condiciones para aplicar la autodeterminación de las naciones en la época imperialista! Pero en el artículo del mismo P. Kíevski leemos la siguiente "confesión imprudente":

> "El solo hecho de que estemos *en contra* (subrayado por el autor) de la defensa de la patria, prueba con la mayor claridad que nos oponemos activamente a todo aplastamiento de la insurrección nacional, ya que de este modo lucharemos contra nuestro enemigo mortal: el imperialismo" (cap. II, apartado c del artículo de P. Kíevski).

Es imposible criticar a un autor, es imposible *responderle* sin citar íntegramente, por lo menos, las tesis principales de su artículo. ¡Pero en cuanto se cita íntegramente una sola tesis de P. Kíevski, resulta siempre que en cada frase hay dos o tres errores o irreflexiones que adulteran el marxismo!

1) ¡P. Kíevski no ha observado que la insurrección nacional es *también* la "defensa de la patria"! Y, sin embargo, la más mínima reflexión puede convencer a cualquiera de que es así, pues *toda* "nación insurreccionada" "se defiende" de la nación que la oprime, defiende su idioma, su territorio, su patria.

Cualquier yugo nacional provoca la resistencia de las *grandes masas* del pueblo, y la *tendencia* de toda resistencia de la población oprimida nacionalmente es la insurrección nacional. Si observamos a menudo (sobre todo en Austria y Rusia) que la burguesía de las naciones oprimidas *sólo* habla de la insurrección nacional, mientras que, de hecho, concluye tratados reaccionarios con la burguesía de la nación opresora, a espaldas *y en contra* de su propio pueblo, en tales casos, los marxistas revolucionarios deben dirigir su crítica, no contra el movimiento nacional, sino contra su empequeñecimiento, vulgarización y desnaturalización, que lo reducen a una disputa mezquina. A propósito: muchísimos socialdemócratas de Austria y Rusia olvidan esto y convierten su odio legítimo a las querellas nacionales mezquinas, triviales y míseras -como las disputas y las peleas en torno a qué idioma debe estar arriba y cuál abajo en los rótulos de las calles-, convierten su odio legítimo a todo eso en la negación de apoyo a la lucha nacional. No "apoyaremos" el cómico juego a la república en algún principado como Mónaco o las aventuras "republicanas" de los "generales" en los pequeños países de América del Sur o en cualquier isla del Pacífico, pero de ahí no se deduce que sea permisible olvidar la consigna de la república para los movimientos democráticos y socialistas serios. Ridiculizamos y debemos ridiculizar las mezquinas disputas nacionales y el chalaneo nacional de las naciones de Rusia y Austria, pero de ahí no se deduce que sea permisible negar el apoyo a la insurrección nacional o a cualquier lucha importante, de todo un pueblo, contra el yugo nacional.

2) Si las insurrecciones nacionales son imposibles en la "época del imperialismo", P. Kíevski no tiene derecho a hablar de ellas. Si son posibles, todas sus interminables frases acerca del "monismo", acerca de que "nos sacamos de la cabeza" ejemplos de autodeterminación durante el imperialismo, etc., *todo* queda pulverizado. P. Kíevski se golpea a sí mismo.

Si "nosotros" "nos oponemos activamente al aplastamiento" de la "insurrección nacional" -caso considerado como posible "*por el mismo*" P. Kíevski-, ¿qué significa eso?

Significa que la *acción* es doble, "dualista", si usamos este término filosófico tan inadecuadamente como lo hace nuestro autor. (a) En primer lugar, "acción" del proletariado y del campesinado oprimidos nacionalmente *junto* con la burguesía oprimida nacionalmente *contra* la nación opresora; (b) en segundo lugar, "acción" del proletariado o de su parte consciente en la nación opresora *contra* la burguesía y todos los elementos de la nación opresora que la siguen.

La infinita cantidad de frases empleadas por P. Kíevski contra el "bloque nacional", contra las "ilusiones" nacionales, contra el "veneno" del nacionalismo, contra el "atizamiento del odio nacional", etc., resultan bagatelas, pues al aconsejar

al proletariado de los países opresores (no olvidemos que el autor considera a este proletariado una fuerza importante) que se "oponga activamente al aplastamiento de la insurrección nacional", el autor *atiza* el odio nacional, *apoya* el "bloque" de los obreros de los países oprimidos "con la burguesía".

3) Si son posibles las insurrecciones nacionales en el imperialismo, son posibles también las guerras nacionales. En el sentido político no existe ninguna diferencia sería entre unas y otras. Los historiadores militares de las guerras tienen completa razón cuando incluyen las insurrecciones en las guerras. P. Kíevski, sin pensarlo, no sólo se golpea a sí mismo, sino que golpea también a Junius y al grupo La Internacional, que niegan la *posibilidad* de las guerras nacionales en el imperialismo. Ahora bien, esta negación es la única fundamentación teórica imaginable del punto de vista que niega la autodeterminación de las naciones en el imperialismo.

4) Pues ¿qué es una insurrección "nacional"? Una insurrección que aspira a crear la independencia *política* de una nación oprimida, es decir, un Estado nacional *separado*.

Si el proletariado de la nación opresora es una fuerza seria (como presupone y debe presuponer el autor para la época del imperialismo), la decisión de este proletariado de "oponerse activamente al aplastamiento de la insurrección nacional", *¿no contribuye, acaso*, a crear un Estado nacional separado? ¡Claro que sí!

¡Nuestro valiente negador de la "realizabilidad" de la autodeterminación llega a decir que el proletariado consciente de los países avanzados debe *contribuir* a la realización de esta medida "irrealizable"!

5) *¿Por qué* debemos "nosotros" "oponernos activamente" al aplastamiento de la insurrección nacional? P. Kíevski presenta un solo argumento: "Ya que de este modo lucharemos contra nuestro enemigo mortal: el imperialismo". Todo el *efecto* de este argumento se reduce a una palabreja *efectista* -"mortal"-, de la misma manera que, en general, el autor sustituye el efecto de los argumentos con el efectismo de las frases sugestivas y altisonantes, como "clavar una estaca en el cuerpo tembloroso de la burguesía", y otros adornos estilísticos a la manera de Aléxinski.

Ahora bien, este argumento de P. Kíevski es *falso*. El imperialismo es tan enemigo "mortal" nuestro como el capitalismo. Esto es así. Pero ningún marxista olvidará que el capitalismo es progresivo en comparación con el feudalismo y que el imperialismo lo es también en comparación con el capitalismo premonopolista. Por consiguiente, *no* tenemos derecho a apoyar cualquier lucha contra el imperialismo. Nosotros *no* apoyaremos la lucha de las clases reaccionarias contra el imperialismo, *no* apoyaremos la insurrección de las clases reaccionarias contra el imperialismo y el capitalismo.

Esto significa que si el autor reconoce la necesidad de ayudar a la insurrección de las naciones oprimidas ("oponerse activamente" al aplastamiento significa ayudar a la insurrección), reconoce con ello el carácter *progresivo* de la insurrección nacional, el carácter *progresivo* de la creación de un Estado nuevo, separado, del establecimiento de nuevas fronteras, etc., en caso de triunfar dicha insurrección.

¡El autor no ata cabos literalmente *en ninguno* de sus razonamientos políticos!

La insurrección irlandesa de 1916, producida después de haberse publicado nuestras tesis en el núm. 2 de *Vorbote*, demostró, dicho sea de paso, ¡que no se había hablado en vano de la posibilidad de las insurrecciones nacionales incluso en Europa!

6. Las demás cuestiones políticas planteadas y tergiversadas por P. Kíevski.

Hemos declarado en nuestras tesis que la liberación de las colonias no es otra cosa que la autodeterminación de las naciones. Los europeos olvidan a menudo que los pueblos coloniales son *también* naciones, mas tolerar esta "falta de memoria" significa tolerar el chovinismo.

P. Kíevski "objeta":

> "El proletariado, en el sentido propio de la palabra, *no existe*" en las colonias de tipo puro (final del apartado *c* del capítulo II). "¿Para quién debemos plantear, entonces, la "autodeterminación"? ¿Para la burguesía colonial? ¿Para los fellahs? ¿Para los campesinos? Claro que no. Es absurdo que los *socialistas* (la cursiva es de P. Kíevski) planteen la consigna de la autodeterminación en relación con las colonias, porque, en general, es absurdo plantear las consignas del partido obrero para los países donde no hay obreros".

Por muy terrible que sea la ira de P. Kíevski, que declara "absurdo" nuestro punto de vista, nos atreveremos, sin embargo, a indicarle con todo respeto que sus argumentos son erróneos. Sólo los "economistas", de triste memoria, pensaban que las "consignas del partido obrero" se plantean *únicamente* para los obreros*. No, estas consignas se plantean para toda la población trabajadora, para todo el pueblo. Con la parte democrática de nuestro programa -sobre cuyo significado no ha reflexionado "en absoluto" P. Kíevski- nos dirigimos especialmente a todo el pueblo y por eso hablamos en ella del "pueblo"**.

---

* Aconsejamos a P. Kíevski que relea los escritos de A. Martínov y Cía. de los años 1899-1901. Encontrará allí muchos de "sus" argumentos.

** Ciertos curiosos adversarios de la "autodeterminación de las naciones" argumentan, objetándonos, que las "naciones" ¡se hallan divididas en clases! A estos marxistas de caricatura les indicamos habitualmente que

Hemos calculado en 1.000 millones la población de las colonias y semicolonias, pero P. Kíevski no se ha dignado refutar nuestra concretísima afirmación. De esta población de 1.000 millones, más de 700 millones (China, India, Persia, Egipto) pertenecen a países donde *hay* obreros. Pero aun en las colonias donde no hay obreros, donde no hay más que esclavistas y esclavos, etc., no sólo *no* es absurdo, sino que es *obligatorio* para todo marxista plantear la "autodeterminación". Después de pensar un poquito P. Kíevski probablemente lo comprenderá, como comprenderá también que la "autodeterminación" se plantea siempre "para" *dos* naciones: la oprimida y la *opresora*.

Otra "objeción" de P. Kíevski:

> "Por esa razón, nos limitarnos con relación a las colonias a una consigna negativa, es decir, a una exigencia de los socialistas a sus gobiernos: "¡Fuera de las colonias!" Esta exigencia, irrealizable en el marco del capitalismo, exacerba la lucha contra el imperialismo, pero no está en contradicción con el desarrollo, pues la sociedad socialista no poseerá colonias".

¡Es asombrosa la incapacidad o falta de deseo del autor para reflexionar, por poco que sea, sobre el contenido teórico de las consignas políticas! ¿Es que cambiaron las cosas porque empleemos, en vez de un término político teóricamente exacto, una frase de agitación? Decir "Fuera de las colonias" significa, precisamente, eludir un análisis teórico ocultándose detrás de una frase de agitación. Todo agitador de nuestro partido, al hablar de Ucrania, Polonia, Finlandia, etc., tiene derecho a decir al zarismo ("a su gobierno") "fuera de Finlandia, etc..."; pero un agitador inteligente comprenderá que no se deben lanzar consignas positivas o negativas nada más que para "exacerbar". Sólo gente del tipo de Aléxinski pudo insistir en que la consigna "negativa" "¡Fuera de la Duma negra!" podía justificarse por el deseo de "exacerbar" la lucha contra cierto mal.

La exacerbación de la lucha es una frase huera de los subjetivistas, quienes olvidan que el marxismo exige, para justificar toda consigna, un análisis exacto de la realidad *económica*, de la situación *política* y del significado político de esta consigna. Resulta violento repetir esto, pero ¿qué podemos hacer si se nos obliga a ello?

Interrumpir una discusión teórica sobre una cuestión teórica con gritos de agitación es una manera de proceder que conocemos de sobra en Aléxinski, pero es una mala manera. El contenido político y económico de la consigna "fuera de las colonias" es uno y sólo uno: ¡la libertad de separación para las naciones coloniales, la libertad de formación de un Estado aparte! Si las leyes *generales* del imperialismo impiden la autodeterminación de las naciones, la hacen utópica, ilusoria, etc., etc., según piensa P. Kíevski, ¿cómo se puede, entonces, sin reflexionar, hacer una excepción de estas leves generales para la *mayoría* de las naciones del mundo? Está claro que la "teoría" de P. Kíevski no es más que una caricatura de teoría.

La producción mercantil y el capitalismo, los hilos de las relaciones del capital financiero, existen en la inmensa mayoría de las colonias. ¿Cómo se puede, entonces, exhortar a los Estados, a los gobiernos de los países imperialistas, a "largarse de las colonias", si *desde el punto de vista* de la producción mercantil, del capitalismo y del imperialismo esto es una exigencia "acientífica", "utópica", "refutada" por *el mismo* Lensch, por Cunow, etcétera?

¡No hay ni asomo de *pensamiento* en los razonamientos del autor!

El autor no ha pensado en que la liberación de las colonias "no es realizable" sólo en un sentido: "es irrealizable sin una serie de revoluciones". Tampoco ha pensado en que es realizable *en relación* con la revolución socialista en Europa. No ha pensado en que la "sociedad socialista no poseerá" *no sólo* colonias, sino tampoco naciones oprimidas *en general*. No ha pensado en que, en la cuestión planteada, *no hay* ninguna diferencia ni económica ni política entre la "posesión" de Polonia o Turquestán por Rusia. No ha pensado en que la "sociedad socialista" quiere "largarse de las colonias" *sólo* en el sentido de conceder a éstas el *derecho* de separarse libremente, pero *de ninguna manera* en el sentido de *recomendarles esa separación*.

P. Kíevski nos ha insultado llamándonos "prestidigitadores" por esta distinción entre el derecho a la separación y la recomendación de la separación, y para "fundamentar científicamente" este juicio ante los obreros, escribe:

> "¡Qué pensará el obrero al preguntar al propagandista cómo debe proceder un proletario ante el problema de la samostínost" (es decir, la independencia política de Ucrania) "cuando le contesten: los socialistas quieren lograr el derecho a la separación y hacen propaganda contra la separación?"

Creo poder contestar con bastante exactitud a esta pregunta: supongo que todo obrero inteligente *pensará* que P. Kíevski *no sabe pensar*.

Todo obrero inteligente "pensará": ¡Pero si el mismo P. Kíevski nos enseña a los obreros a gritar: "fuera de las colonias"! Entonces, nosotros, los obreros rusos, debemos exigir a nuestro gobierno que se largue de Mongolia, de Turquestán, de Persia; los obreros ingleses, que el gobierno inglés se largue de Egipto, de la India, de Persia, etc. Pero ¿significa esto que *nosotros*, los proletarios, *queramos* separarnos de los obreros y los fellahs egipcios, de los obreros y campesinos mongoles o turquestanos o

en la parte democrática de nuestro programa se habla del "poder soberano del pueblo".

hindúes? ¿Significa esto que *nosotros* aconsejemos a las masas trabajadoras de las colonias que se "separen" del proletariado europeo consciente? Nada de eso. Siempre hemos estado, estamos y estaremos por el acercamiento más estrecho y la fusión de los obreros conscientes de los países avanzados con los obreros, campesinos y esclavos de *todos* los países oprimidos. Siempre hemos aconsejado y seguiremos aconsejando a todas las clases oprimidas de todos los países oprimidos, incluidas las colonias, que *no* se separen de nosotros, sino que se unan y se fundan con nosotros lo más estrechamente posible.

Si exigimos a nuestros gobiernos que se larguen de las colonias, o sea -para expresarnos en términos políticos exactos y no en gritos de agitación-, que *otorguen* a las colonias plena *libertad* de separación, *derecho* real a la *autodeterminación*; si nosotros mismos pondremos en práctica, sin falta, este derecho y otorgaremos esta libertad en cuanto conquistemos el poder; si lo exigimos al gobierno actual y lo *haremos* cuando nosotros mismos seamos gobierno, no es *en absoluto* para "recomendar" la separación, sino al contrario: para facilitar y acelerar el acercamiento y la fusión *democrática* de las naciones. No escatimaremos esfuerzos para acercarnos y fundirnos con los mongoles, persas, hindúes y egipcios; consideramos que hacer esto es nuestro deber y nuestro *interés*, pues, de lo contrario, el socialismo en Europa no será *sólido*. Trataremos de prestar a estos pueblos, más atrasados y oprimidos que nosotros, una "ayuda cultural desinteresada", según la magnífica expresión de los socialdemócratas polacos, es decir, les ayudaremos a pasar al uso de máquinas, al alivio del trabajo, a la democracia, al socialismo.

Si nosotros exigimos la libertad de separación para los mongoles, persas, egipcios y, sin excepción, para *todas* las naciones oprimidas y de derechos mermados no es porque *estemos a favor de su separación*, sino *sólo* porque somos partidarios del acercamiento y la fusión *libres y voluntarios*, y no violentos. ¡*Sólo* por eso!

En tal sentido, la *única* diferencia entre el campesino y obrero mongol o egipcio, de una parte, y el polaco o finlandés, de otra, consiste en que los últimos son gente altamente desarrollada, con mayor experiencia política que los rusos, más preparada en el aspecto económico, etc., y, por eso, convencerán *muy pronto*, probablemente, a sus pueblos -que en la actualidad odian con toda razón a los rusos por el papel de verdugos que están representando- de que es insensato hacer extensivo ese odio a los obreros *socialistas* y a la Rusia socialista, de que tanto el interés económico como el instinto y la conciencia del internacionalismo y de la democracia exigen el más rápido acercamiento y la fusión de todas las naciones en la sociedad socialista. Puesto que los polacos y finlandeses son gente altamente culta, se convencerán muy pronto, con toda probabilidad, de la justedad de este razonamiento, y la separación de Polonia y Finlandia después de la victoria del socialismo puede durar poquísimo tiempo. Los fellahs, mongoles y persas, inmensamente menos cultos, pueden separarse por un período más largo, pero trataremos de acortarlo, como hemos dicho ya, con una ayuda cultural desinteresada.

No existe ni puede existir *ninguna* otra diferencia en nuestra actitud hacia los polacos y los mongoles. No existe ni puede existir *ninguna* "contradicción" entre la propaganda a favor de la libertad de las naciones a separarse y la firme decisión de poner en práctica esta libertad cuando *nosotros* seamos gobierno, de una parte, y la propaganda para el acercamiento y la fusión de las naciones, de otra. Esto es lo que "pensará", estamos convencidos de ello, todo obrero inteligente, verdaderamente socialista, verdaderamente internacionalista, acerca de nuestra discusión con P. Kíevski*.

En todo el artículo de P. Kíevski resalta esta perplejidad principal: ¿para qué predicar la libertad de *separación* de las naciones, y ponerla en práctica cuando estemos en el poder, si todo el desarrollo lleva a la *fusión* de las naciones? Por la misma razón -le respondemos- que predicamos la dictadura del proletariado, y la pondremos en práctica cuando estemos en el poder, a pesar de que todo el desarrollo lleva a la supresión de la dominación violenta de una parte de la sociedad sobre otra. La dictadura es la dominación de una parte de la sociedad sobre toda la sociedad, una dominación, por cierto, que se apoya directamente en la violencia. La dictadura del proletariado, única clase revolucionaria hasta el fin, es imprescindible para derrocar a la burguesía y rechazar sus tentativas contrarrevolucionarias. La cuestión de la dictadura del proletariado tiene tanta

---

* Al parecer, P. Kíevski *ha repetido* simplemente, en pos de algunos marxistas alemanes y holandeses, la consigna "fuera de las colonias" sin pensar ni en el contenido y el significado teóricos de esta consigna ni en la peculiaridad concreta de Rusia. A un marxista holandés o alemán se le puede perdonar -hasta cierto punto- que se limite a la consigna "fuera de las colonias", pues, primero, la opresión de las colonias es, para la mayoría de los países europeos *occidentales*, el caso *típico* de opresión de las naciones, y, segundo, en los países de Europa Occidental es particularmente claro, evidente y vivo el concepto de "colonia".

¿Y en Rusia? ¡Su peculiaridad consiste cabalmente en que la diferencia entre "*nuestras*" "colonias" y "nuestras" naciones oprimidas no es clara, concreta ni viva!

Olvidarse de *esta* peculiaridad de Rusia es tan imperdonable en P. Kíevski como perdonable en un marxista que escriba, por ejemplo, en alemán. Para un socialista ruso que quiera no sólo *repetir*, sino *pensar*, debería estar claro que es particularmente absurdo tratar de hacer en Rusia alguna diferencia seria entre naciones oprimidas y colonias.

importancia que quien la niega o la reconoce sólo de palabra no puede ser miembro del Partido Socialdemócrata. Ahora bien, no se puede negar que en casos particulares, a título de excepción -por ejemplo, en algún Estado pequeño después de que un país vecino grande haya realizado la revolución social-, sea *posible* la cesión pacífica del poder por la burguesía, si ésta se convence de que su resistencia será inútil y prefiere conservar la cabeza. Pero es más probable, naturalmente, que el socialismo *tampoco* se realice en los países pequeños sin una guerra civil; por ello, el *único* programa de la socialdemocracia internacional debe consistir en reconocer esa guerra, a pesar de que en nuestro ideal no haya lugar para la violencia sobre los individuos. Lo mismo, *mutatis mutandis* (con los cambios *correspondientes*), se puede decir de las naciones. Somos partidarios de su fusión; pero, *en la actualidad*, sin la libertad de separación no se puede pasar de la fusión por medio de la violencia, de las anexiones, a la fusión voluntaria. Reconocemos -y con toda razón- la primacía del factor económico; mas interpretarla a lo P. Kíevski significa caer en una caricatura del marxismo. En el imperialismo moderno, incluso los trusts y los bancos, siendo igualmente inevitables en el capitalismo desarrollado, no son idénticos por su forma concreta en los distintos países. Tanto más diferentes son, pese a su homogeneidad en lo fundamental, las formas políticas en los países imperialistas avanzados: EE.UU., Inglaterra, Francia y Alemania. La misma diversidad aparecerá en el camino que ha de recorrer la humanidad desde el imperialismo de hoy hasta la revolución socialista del mañana. Todas las naciones llegarán al socialismo, eso es inevitable, pero no llegarán de la misma manera; cada una de ellas aportará sus elementos peculiares a una u otra forma de la democracia, a una u otra variante de la dictadura del proletariado, a uno u otro ritmo de las transformaciones socialistas de los diversos aspectos de la vida social. No hay nada más mezquino en el aspecto teórico ni más ridículo en el aspecto práctico que, “en nombre del materialismo histórico”, imaginarse el futuro en *este* terreno pintado de un uniforme color grisáceo: eso no sería más que un pintarrajo. Y aun en el caso de que la realidad de la vida demostrase que antes del primer triunfo del proletariado socialista se liberará y separará sólo 1/500 parte de las naciones actualmente oprimidas; que *antes* de la victoria final del proletariado socialista en la Tierra (es decir, en el curso de las peripecias de la revolución socialista ya iniciada) se separará también, y por el tiempo más breve, sólo 1/500 parte de las naciones oprimidas, *incluso* en ese caso, tendríamos razón desde el punto de vista teórico y político-práctico al aconsejar a los obreros que no permitan ya ahora pisar el umbral de sus partidos socialdemócratas a los socialistas de las naciones opresoras que no reconozcan ni prediquen la libertad de separación de *todas* las naciones oprimidas. Porque, en realidad, no sabemos ni podemos saber cuántas naciones oprimidas necesitarán en la práctica la separación para aportar su óbolo a la diversidad de *formas* de la democracia y de *formas* de transición al socialismo. Pero sí sabemos, vemos y percibimos cada día que la negación de la libertad de separación en la actualidad es una infinita falsedad teórica y un servicio práctico a los chovinistas de las naciones opresoras.

> “Subrayamos -escribe P. Kíevski en una nota al pasaje que hemos citado- nuestro pleno apoyo a la reivindicación “contra las anexiones por la fuerza…”

¡El autor no contesta ni una sola palabra a nuestra declaración, sumamente precisa, de que esta “reivindicación” equivale al reconocimiento de la autodeterminación, de que es imposible definir de manera correcta el concepto de “anexión” sin referirlo a la autodeterminación! ¡Piensa, por lo visto, que para discutir basta con plantear tesis y reivindicaciones sin necesidad de fundamentarlas!

> “...En general - el autor- aceptamos plenamente, en su fórmula *negativa*, una serie de reivindicaciones que aguzan la conciencia del proletariado contra el imperialismo; sin embargo, no hay ninguna posibilidad de encontrar las correspondientes fórmulas *positivas* sobre la base del régimen actual. Contra la guerra pero no por la paz democrática...”

Esto es falso desde la primera palabra hasta la última. El autor ha leído nuestra resolución *El pacifismo y la consigna de la paz* (págs. 44-45 del folleto *El socialismo y la guerra*) y, según parece, hasta la ha aprobado, pero es evidente que no la ha comprendido. Estamos *en pro* de la paz democrática, poniendo en guardia a los obreros sólo contra el engaño de que ésta sea posible con los gobiernos burgueses actuales, “sin una serie de revoluciones”, como se dice en la resolución. Hemos declarado que la prédica “abstracta” de la paz, es decir, *sin* tener en cuenta la verdadera naturaleza de clase -más particularmente: la naturaleza imperialista- de los gobiernos *actuales* de los países beligerantes significa embaucar a los obreros. Hemos declarado taxativamente en las tesis del periódico *Sotsial-Demokrat* (núm. 47) que nuestro partido, si fuera llevado al poder por una revolución ya durante la guerra actual, propondría en el acto una paz democrática a todos los países beligerantes.

Pero P. Kíevski, tratando de convencerse a sí mismo y de convencer a los demás de que está “únicamente” contra la autodeterminación y en modo alguno contra la democracia en general, llega a decir que nosotros “no estamos por una paz democrática”. ¿No es curioso?

No hay necesidad de detenerse en cada uno de otros ejemplos de P. Kíevski, pues no merece la pena

gastar papel y tinta para refutar errores lógicos igualmente ingenuos que provocarán sonrisas en cada lector. No hay ni puede haber una sola consigna "negativa" de la socialdemocracia que sirva únicamente para "aguzar la conciencia del proletariado contra el imperialismo", sin dar al mismo tiempo una respuesta positiva a la pregunta de *cómo* resolverá la socialdemocracia el problema correspondiente cuando llegue al poder. Una consigna "negativa" desvinculada de una solución positiva concreta no "aguza", sino que embota la conciencia, pues una consigna así es pura ficción, vana palabrería, una declamación sin contenido.

P. Kíevski no comprende la diferencia existente entre las consignas que "niegan" o estigmatizan los males *políticos* y los *económicos*. Esta diferencia consiste en que ciertos males económicos son propios del capitalismo en general, cualquiera que sea su superestructura política; que es *imposible* desde el punto de vista económico suprimir esos males sin suprimir el capitalismo, y nadie podrá citar un solo ejemplo de semejante supresión. Al contrario, los males políticos consisten en los apartamientos de la democracia, la cual es plenamente posible desde el punto de vista económico "sobre la base del régimen existente", es decir, en el capitalismo, y que, como excepción, se realiza en él: en un Estado, una de sus partes, y en otro Estado, otra. ¡El autor no comprende una y otra vez precisamente las condiciones generales que hacen realizable la democracia en general!

Lo mismo ocurre con la cuestión del divorcio. Recordemos al lector que esta cuestión la planteó por vez primera Rosa Luxemburgo al discutirse el problema *nacional*. Ella expresó la justa opinión de que, al defender la autonomía dentro del Estado (región, territorio, etc.), nosotros, socialdemócratas centralistas, debemos propugnar que los problemas estatales más importantes, entre los que figura la legislación sobre el divorcio, sean resueltos por el poder de todo el Estado, por el Parlamento de todo el Estado. El ejemplo del *divorcio* patentiza que no se puede ser demócrata y socialista sin exigir inmediatamente la plena libertad de divorcio, pues la falta de esta libertad implica la supervejación del sexo oprimido, de la mujer, aunque no es nada difícil comprender que el reconocimiento de la *libertad* de dejar a los maridos ¡no significa *invitar* a todas las mujeres a que procedan así!

P. Kíevski "objeta":

> "¿Cómo sería ese derecho" (del divorcio) "si en *estos* casos" (cuando la mujer *quiere* dejar al marido) "la mujer *no* lo pudiese ejercer? ¿O si su realización dependiese de la voluntad de *terceras* personas, o, peor aún, de la voluntad de los pretendientes "a la mano" de la mujer en cuestión? ¿Trataríamos de obtener la proclamación de *tal* derecho? ¡Claro que no!

Esta objeción muestra la más completa incomprensión de la relación que existe entre la democracia *en general* y el capitalismo. En el capitalismo son habituales, no como caso aislado, sino como fenómeno típico, las condiciones que hacen imposible para las clases oprimidas "realizar" sus derechos democráticos. El derecho al divorcio seguirá siendo irrealizable en el capitalismo, en la mayoría de los casos, pues el sexo oprimido se halla aplastado económicamente, pues la mujer sigue siendo en el capitalismo, en cualquier clase de democracia, "una esclava doméstica", una esclava encerrada en el dormitorio, la habitación de los niños y la cocina. El derecho a elegir jueces populares, funcionarios, maestros, jurados, etc., "propios" es también irrealizable en el capitalismo, en la mayoría de los casos, precisamente a causa del aplastamiento económico de los obreros y campesinos. Lo mismo sucede con la república democrática: nuestro programa la "proclama" como "poder soberano del pueblo", aunque todos los socialdemócratas saben muy bien que, en el capitalismo, la república más democrática sólo conduce al soborno de los funcionarios por la burguesía y a la alianza de la Bolsa con el gobierno.

Únicamente gente incapaz en absoluto de pensar, o que desconoce en absoluto el marxismo, deduce de esto: ¡Entonces la república no sirve para nada; la libertad de divorcio no sirve para nada; la democracia no sirve para nada; la autodeterminación de las naciones no sirve para nada! Los marxistas, en cambio, saben que la democracia *no* suprime la opresión de clase, sino que hace la lucha de clases más pura, más amplia, más abierta, más nítida, que es, precisamente, lo que necesitamos. Cuanto más amplia sea la libertad de divorcio, tanto más claro será para la mujer que la fuente de su "esclavitud doméstica" es el capitalismo, y no la falta de derechos. Cuanto más democrático sea el régimen político, tanto más claro será para los obreros que la raíz del mal es el capitalismo y no la falta de derechos. Cuanto más amplia sea la igualdad nacional (que *no* es completa sin la libertad de separación), tanto más claro será para los obreros de la nación oprimida que el quid de la cuestión está en el capitalismo, y no en la falta de derechos. Y así sucesivamente.

Repetimos una y otra vez: es violento rumiar el abecé del marxismo, pero ¿qué hacer si P. Kíevski lo desconoce?

P. Kíevski razona sobre el divorcio de manera semejante a como lo hacía -en *Golos*[53] de París, si mal no recuerdo- Semkovski, uno de los secretarios del CO en el extranjero. Es cierto, decía, que la libertad de divorcio no es una invitación a todas las mujeres a que abandonen a sus maridos, pero si empezamos a demostrar a una mujer que los demás maridos son mejores que el suyo, ¡¡el resultado será

el mismo!!

Al razonar así, Semkovski olvidaba que ser extravagante no significa faltar al deber de socialista y de demócrata. Si Semkovski hubiera pretendido convencer a cualquier mujer de que todos los maridos son mejores que el suyo, nadie vería en ello una falta al deber de demócrata; lo más que hubieran dicho sería: ¡En un partido grande es inevitable que haya grandes excéntricos! Pero si a Semkovski se le hubiera ocurrido defender y llamar demócrata a una persona que negase la libertad de divorcio y recurriese, por ejemplo, a los tribunales, o a la policía, o a la Iglesia contra su mujer que lo abandonaba, estamos seguros de que *hasta* la mayoría de los colegas de Semkovski del Secretariado en el extranjero, a pesar de ser flojillos como socialistas, le negarían su solidaridad.

Tanto Semkovski como P. Kíevski "han hablado" del divorcio, han revelado incomprensión del problema y han eludido lo esencial: en el capitalismo, el derecho al divorcio, como *todos* los derechos democráticos sin excepción, es difícil de ejercer, es convencional, limitado, estrecho y formal; no obstante, ni un solo socialdemócrata honesto tendrá por socialista ni siquiera por demócrata a quien niega este derecho. Ahí está lo esencial. *Toda* la "democracia" consiste en proclamar y realizar "derechos", cuya realización en el capitalismo es muy escasa y muy convencional; pero sin esa proclamación, sin la lucha por la concesión inmediata de los derechos, sin la educación de las masas en el espíritu de tal lucha, el socialismo es *imposible*.

Al no comprender esto, P. Kíevski ha eludido también en su artículo la cuestión más importante, relacionada con su tema especial, a saber: *¿cómo* suprimiremos los socialdemócratas la opresión nacional? P. Kíevski ha salido del paso con frases acerca de *cómo* "se bañará el mundo en sangre", etc. (que no tiene absolutamente nada que ver con el asunto). En el fondo sólo ha quedado una cosa: ¡la revolución socialista lo resolverá todo! O como dicen a veces quienes comparten las opiniones de P. Kíevski: la autodeterminación es imposible en el capitalismo y está de más en el socialismo.

Esta opinión es absurda en el aspecto teórico y chovinista en el aspecto político-práctico. Es una prueba de incomprensión del significado de la democracia. El socialismo es imposible sin la democracia en dos sentidos: (1) el proletariado no puede llevar a cabo la revolución socialista si no se prepara para ella a través de la lucha por la democracia; (2) el socialismo triunfante no puede afianzar su victoria y llevar a la humanidad a la desaparición del Estado sin realizar la democracia completa. Por ello, decir que la autodeterminación está de más en el socialismo es tan absurdo e implica el mismo embrollo impotente que si se dijera: la democracia está de más en el socialismo.

La autodeterminación *no es más* imposible en el capitalismo y está *tan* de más en el socialismo como la democracia en general.

La revolución económica crea las premisas indispensables para destruir *todos* los tipos de opresión política. Por eso, precisamente, no es lógico ni correcto limitarse a hablar de la revolución económica cuando la cuestión se plantea así: *¿cómo* destruir el yugo nacional? Es imposible destruirlo sin una revolución económica. Esto es indiscutible. Pero *limitarse a* eso significa caer en el ridículo y deplorable "economismo imperialista".

Hay que implantar la *igualdad de derechos* de las naciones; hay que proclamar, formular y poner en práctica "derechos" iguales para todas las naciones. *Todos* están conformes con esto, a excepción, tal vez, de P. Kíevski. Pero aquí precisamente surge la cuestión que se elude: negar el *derecho* a tener un Estado nacional propio, ¿no significa negar la igualdad de derechos?

¡Claro que sí! La democracia consecuente, *es decir*, la democracia socialista, proclama, formula y hará realidad este derecho, sin el cual no existe el camino que lleve al acercamiento y la fusión, plenos y voluntarios, de las naciones.

7. Conclusión. Los métodos de Aléxinski.

No hemos analizado, ni mucho menos, todos los razonamientos de P. Kíevski. Analizarlos todos significaría escribir un artículo cinco veces mayor que éste, pues entre los razonamientos de P. Kíevski no hay uno solo que sea justo. Lo único *correcto* -suponiendo que no haya errores en las cifras- es su nota acerca de los bancos. Todo lo demás es una insoportable madeja de confusiones, sazonada con frases como "clavar una estaca en el cuerpo tembloroso", "no sólo juzgaremos a los héroes triunfantes, sino que los condenaremos a morir y desaparecer", "el nuevo mundo nacerá entre dolorosísimas convulsiones", "no se tratará de cartas y derechos ni de proclamar la libertad de los pueblos, sino de establecer relaciones auténticamente libres, de destruir la esclavitud secular, de suprimir la opresión social en general y la opresión nacional en particular", etc., etc.

Estas frases encubren y expresan dos "cosas":

En primer lugar, se basan en la "idea" del "*economismo imperialista*", una caricatura tan monstruosa del marxismo, una incomprensión tan absoluta de la actitud del socialismo ante la democracia como el "economismo", de triste memoria, de los años 1894-1902.

En segundo lugar, en estas frases vemos con nuestros propios ojos la repetición de los métodos de Aléxinski, de los que deberemos de hablar de manera especial, pues P. Kíevski ha compuesto *exclusivamente* con esos métodos un párrafo íntegro de su artículo (capítulo II, apartado *e*, *La situación*

especial de los hebreos).

En el Congreso de Londres de 1907[54], los bolcheviques se apartaban ya de Aléxinski cuando éste, en respuesta a argumentos teóricos, adoptaba poses de agitador y gritaba, completamente fuera del tema, frases altisonantes contra cualquier forma de explotación y opresión. "¡Vaya ya empiezan los chillidos!", decían nuestros delegados en tal caso. Y los "chillidos" no llevaron a Aléxinski a nada bueno.

P. Kíevski lanza idénticos "chillidos". Sin saber qué contestar a las distintas cuestiones y consideraciones teóricas planteadas en las tesis, adopta poses de agitador y empieza a vociferar sobre la opresión de los hebreos, aunque para toda persona capaz de pensar, por poco que sea, está claro que ni el problema de los hebreos en general ni todas las "vociferaciones" de P. Kíevski tienen nada que ver con el tema.

Los métodos de Aléxinski no llevarán a nada bueno.

Escrito entre agosto y octubre de 1916. Publicado por vez primera en 1924 en los núms. 1 y 2 de la revista "Zviezdá".

T. 30, págs. 77-130.

EL PROGRAMA MILITAR DE LA REVOLUCIÓN PROLETARIA.

En Holanda, Escandinavia y Suiza, entre los socialdemócratas revolucionarios que luchan contra esa mentira socialchovinista de la "defensa de la patria" en la actual guerra imperialista, suenan voces a favor de la sustitución del antiguo punto del programa mínimo socialdemócrata: "milicia" o "armamento del pueblo", por uno nuevo: "desarme". *Jugend-Internationale*[55] ha abierto una discusión sobre este problema, y en su número 3 ha publicado un editorial a favor del desarme. En las últimas tesis de R. Grimm encontramos también, por desgracia, concesiones a la idea del "desarme". Se ha abierto una discusión en las revistas *Neues Leben*[56] y *Vorbote*.

Examinemos la posición de los defensores del desarme.

I

Como argumento fundamental se aduce que la reivindicación del desarme es la expresión más franca, decidida y consecuente de la lucha contra todo militarismo y contra toda guerra.

Pero precisamente en este argumento fundamental reside la equivocación fundamental de los partidarios del desarme. Los socialistas, si no dejan de serlo, no pueden estar contra toda guerra.

En primer lugar, los socialistas nunca han sido ni podrán ser enemigos de las guerras revolucionarias. La burguesía de las "grandes" potencias imperialistas es hoy reaccionaria de pies a cabeza, y nosotros reconocemos que la guerra que ahora hace *esa* burguesía es una guerra reaccionaria, esclavista y criminal. Pero, ¿qué podría decirse de una guerra *contra* esa burguesía, de una guerra, por ejemplo, de los pueblos que esa burguesía oprime y que de ella dependen, o de los pueblos coloniales por su liberación? En el 5° punto de las tesis del grupo La Internacional leemos: "En la época de este imperialismo desenfrenado ya no puede haber guerras nacionales de ninguna clase", afirmación evidentemente errónea.

La historia del siglo XX, el siglo del "imperialismo desenfrenado", está llena de guerras coloniales. Pero lo que nosotros, los europeos, opresores imperialistas de la mayoría de los pueblos del mundo, con el repugnante chovinismo europeo que nos es propio, llamamos "guerras coloniales", son a menudo guerras nacionales o insurrecciones nacionales de esos pueblos oprimidos. Una de las propiedades más esenciales del imperialismo consiste, precisamente, en que acelera el desarrollo del capitalismo en los países más atrasados, ampliando y redoblando así la lucha contra la opresión nacional. Esto es un hecho. Y de él se deduce inevitablemente que, en muchos casos, el imperialismo tiene que engendrar guerras nacionales. *Junius* que en un folleto suyo defiende las "tesis" arriba mencionadas, dice que en la época imperialista toda guerra nacional contra una de las grandes potencias imperialistas conduce a la intervención de otra gran potencia, también imperialista, que compite con la primera, y que, de este modo, toda guerra nacional se convierte en guerra imperialista. Mas también este argumento es falso. Eso *puede* suceder, pero no siempre sucede así. Muchas guerras coloniales, entre 1900 y 1914, han seguido otro camino. Y sería sencillamente ridículo decir que, por ejemplo, después de la guerra actual, si termina por un agotamiento extremo de los países beligerantes, "no puede" haber "ninguna" guerra nacional, progresista, revolucionaria, por parte de China, pongamos por caso, en unión de la India, Persia, Siam, etc., contra las grandes potencias.

Negar toda posibilidad de guerras nacionales bajo el imperialismo es teóricamente falso, erróneo a todas luces desde el punto de vista histórico y equivalente en la práctica al chovinismo europeo: ¡nosotros, que pertenecemos a naciones que oprimen a centenares de millones de personas en Europa, en África, en Asia, etc., tenemos que decir a los pueblos oprimidos que su guerra contra "nuestras" naciones es "imposible"!

En segundo lugar, las guerras civiles también son guerras. Quien admita la lucha de clases no puede menos de admitir las guerras civiles, que en toda sociedad clasista representan la continuación, el desarrollo y el recrudecimiento -naturales y en determinadas circunstancias inevitables- de la lucha de clases. Todas las grandes revoluciones lo confirman. Negar las guerras civiles u olvidarlas sería caer en un oportunismo extremo y renunciar a la revolución socialista.

En tercer lugar, el socialismo triunfante en un país no excluye en modo alguno, de golpe, todas las guerras en general. Al contrario, las presupone. El

desarrollo del capitalismo sigue un curso extraordinariamente desigual en los diversos países. De otro modo no puede ser bajo el régimen de la producción mercantil. De aquí la conclusión irrefutable de que el socialismo no puede triunfar simultáneamente en *todos* los países. Empezará triunfando en uno o en varios países, y los demás seguirán siendo, durante algún tiempo, países burgueses o preburgueses. Esto habrá de provocar no sólo rozamientos, sino incluso la tendencia directa de la burguesía de los demás países a aplastar al proletariado triunfante del Estado socialista. En tales casos, la guerra sería, de nuestra parte, una guerra legítima y justa. Sería una guerra por el socialismo, por liberar de la burguesía a los otros pueblos. Engels tenía completa razón cuando, en su carta a Kautsky del 12 de septiembre de 1882, reconocía inequívocamente la posibilidad de "guerras de defensivas" del socialismo *ya triunfante*. Se refería precisamente a la defensa del proletariado triunfante contra la burguesía de los demás países.

Sólo cuando hayamos derribado, cuando hayamos vencido y expropiado definitivamente a la burguesía en todo el mundo, y no sólo en un país, serán imposibles las guerras. Y desde un punto de vista científico, sería completamente erróneo y antirrevolucionario pasar por alto o velar lo que tiene precisamente más importancia: el aplastamiento de la resistencia de la burguesía, que es lo más difícil, lo que más lucha exige durante el *paso* al socialismo. Los popes "sociales" y los oportunistas están siempre dispuestos a soñar con un futuro socialismo pacífico, pero se distinguen de los socialdemócratas revolucionarios precisamente en que no quieren pensar siquiera en la encarnizada lucha de clases y en las *guerras* de clases para alcanzar ese bello porvenir.

No debemos consentir que se nos engañe con palabras. Por ejemplo: a muchos les es odiosa la idea de la "defensa de la patria", porque los oportunistas y los kautskianos manifiestos encubren y velan con ella las mentiras de la burguesía en la *actual* guerra de rapiña. Esto es un hecho. Pero de él no se deduce que debamos perder la costumbre de meditar en el sentido de las consignas políticas. Aceptar la "defensa de la patria" en la guerra actual equivaldría a considerarla "justa", adecuada a los intereses del proletariado, y nada más, absolutamente nada más, porque la invasión no está descartada en ninguna guerra. Sería sencillamente una necedad negar la "defensa de la patria" *por parte* de los pueblos oprimidos en su guerra *contra* las grandes potencias imperialistas o por parte del proletariado victorioso en *su* guerra contra cualquier Gallifet de un Estado burgués.

Desde el punto de vista teórico, sería totalmente erróneo olvidar que toda guerra no es más que la continuación de la política con otros medios. La actual guerra imperialista es la continuación de la política imperialista de dos grupos de grandes potencias, y esa política es originada y nutrida por el conjunto de las relaciones de la época imperialista. Pero esta misma época ha de originar y nutrir también, inevitablemente, la política de lucha contra la opresión nacional y de lucha del proletariado contra la burguesía, y por ello mismo, la posibilidad y la inevitabilidad, en primer lugar, de las insurrecciones y de las guerras nacionales revolucionarias; en segundo lugar, de las guerras y de las insurrecciones del proletariado *contra* la burguesía; en tercer lugar, de la fusión de los dos tipos de guerras revolucionarias, etc.

II

A lo dicho hay que añadir la siguiente consideración de carácter general.

Una clase oprimida que no aspirase a aprender el manejo de las armas, a tener armas, esa clase oprimida sólo merecería que se la tratara como a los esclavos. Nosotros, si no queremos convertirnos en pacifistas burgueses o en oportunistas, no podemos olvidar que vivimos en una sociedad de clases, de la que no hay ni puede haber otra salida que la lucha de clases. En toda sociedad de clases -ya se funde en la esclavitud, en la servidumbre, o, como ahora, en el trabajo asalariado-, la clase opresora está armada. No sólo el ejército regular moderno, sino también la milicia actual -incluso en las repúblicas burguesas más democráticas, como, por ejemplo, en Suiza- representan el armamento de la burguesía *contra* el proletariado. Esta es una verdad tan elemental, que apenas si hay necesidad de detenerse especialmente en ella. Bastará recordar el empleo de tropas contra los huelguistas en todos los países capitalistas.

El armamento de la burguesía contra el proletariado es uno de los hechos más considerables, fundamentales e importantes de la actual sociedad capitalista. ¡Y ante semejante hecho se propone a los socialdemócratas revolucionarios que planteen la "exigencia" del "desarme"! Esto equivale a renunciar por completo al punto de vista de la lucha de clases, a renegar de toda idea de revolución. Nuestra consigna debe ser: armar al proletariado para vencer, expropiar y desarmar a la burguesía. Esta es la única táctica posible para la clase revolucionaria, táctica que se desprende de todo el *desarrollo objetivo* del militarismo capitalista y que es prescrita por este desarrollo. Sólo *después* de haber desarmado a la burguesía podrá el proletariado, sin traicionar su misión histórica universal, convertir en chatarra toda clase de armas en general, y así lo hará indudablemente el proletariado, pero *sólo entonces; de ningún modo antes*.

Si la guerra actual sólo despierta en los reaccionarios socialistas cristianos y en los lloricones pequeños burgueses susto y horror, repugnancia hacia todo empleo de las armas, hacia la sangre, la

muerte, etc., nosotros, en cambio, debemos decir: la sociedad capitalista ha sido y es siempre un *horror sin fin*. Y si hora la guerra actual, la más reaccionaria de todas las guerras, prepara a esa sociedad un *fin con horror* no tenemos ningún motivo para entregarnos a la desesperación. Y en una época en que, a la vista de todo el mundo, se está preparando por la misma burguesía la única guerra legítima y revolucionaria, a saber: la guerra civil contra la burguesía imperialista, la "exigencia" del desarme, o mejor dicho, la ilusión del desarme es única y exclusivamente, por su significado objetivo, una prueba de desesperación.

Al que diga que esto es una teoría al margen de la vida, le recordaremos dos hechos de alcance histórico universal: el papel de los trusts y del trabajo de las mujeres en las fábricas, por un lado, y la Comuna de 1871 y la insurrección de diciembre de 1905 en Rusia, por otro.

La burguesía desarrolla los trusts, obliga a los niños y a las mujeres a ir a las fábricas, donde los tortura, los pervierte y los condena a la extrema miseria. Nosotros no "exigimos" semejante desarrollo, no lo "apoyamos", luchamos contra él. Pero *¿cómo* luchamos? Sabemos que los trusts y el trabajo de las mujeres en las fábricas son progresivos. No queremos volver atrás, a los oficios artesanos, al capitalismo premonopolista, al trabajo doméstico de la mujer. ¡Adelante, a través de los trusts, etc., y más allá, hacia el socialismo!

Este razonamiento, con las correspondientes modificaciones, es también aplicable a la actual militarización del pueblo. Hoy, la burguesía imperialista militariza no sólo a todo el pueblo, sino también a la juventud. Mañana tal vez empiece a militarizar a las mujeres. Nosotros debemos decir ante esto: ¡tanto mejor! ¡Adelante, rápidamente! Cuanto más rápidamente tanto más cerca se estará de la insurrección armada contra el capitalismo. ¿Cómo pueden los socialdemócratas dejarse intimidar por la militarización de la juventud, etc., si no olvidan el ejemplo de la Comuna? Eso no es una "teoría al margen de la vida", no es un sueño, sino un hecho. Y sería en verdad malísimo que los socialdemócratas, pese a todos los hechos económicos y políticos, comenzaran a dudar de que la época imperialista y las guerras imperialistas deben conducir inevitablemente a la repetición de tales hechos.

Un observador burgués de la Comuna escribía en mayo de 1871 en un periódico inglés: "¡Si en la nación francesa no hubiera más que mujeres, qué nación más horrible sería!" Mujeres y niños de trece años en adelante lucharon en los días de la Comuna al lado de los hombres. Y no podrá suceder de otro modo en las futuras batallas por el derrocamiento de la burguesía. Las mujeres proletarias no contemplarán pasivamente cómo la burguesía, bien armada, fusila a los obreros, mal armados o inermes. Tomarán las armas, como en 1871, y de las asustadas naciones de ahora, o mejor dicho, del actual movimiento obrero, desorganizado más por los oportunistas que por los gobiernos, surgirá indudablemente, tarde o temprano, pero de un modo absolutamente indudable, la unión internacional de las "horribles naciones" del proletariado revolucionario.

La militarización penetra ahora toda la vida social. El imperialismo es una lucha encarnizada de las grandes potencias por el reparto y la redistribución del mundo, y por ello tiene que conducir inevitablemente a un reforzamiento de la militarización en todos los países, incluso en los neutrales y pequeños. ¿Qué harán frente a esto las mujeres proletarias? ¿Limitarse a maldecir toda guerra y todo lo militar, limitarse a exigir el desarme? Nunca se conformarán con el papel tan vergonzoso las mujeres de una clase oprimida que sea verdaderamente revolucionaria. Les dirán a sus hijos: "Pronto serás grande. Te darán un fusil. Tómalo y aprende bien a manejar las armas. Es una ciencia imprescindible para los proletarios, y no para disparar contra tus hermanos, los obreros de otros países, como sucede en la guerra actual y como te aconsejan que lo hagas los traidores al socialismo, sino para luchar contra la burguesía de tu propio país, para poner fin a la explotación, a la miseria y a las guerras, no con buenos deseos, sino venciendo a la burguesía y desarmándola".

De renunciar a esta propaganda, precisamente a esta propaganda, en relación con la guerra actual, mejor es no decir más palabras solemnes sobre la socialdemocracia revolucionaria internacional, sobre la revolución socialista sobre la guerra contra la guerra.

III

Los partidarios del desarme se pronuncian contra el punto del programa referente al "armamento del pueblo", entre otras razones porque, según dicen, esta reivindicación conduce más fácilmente a las concesiones al oportunismo. Hemos examinado más arriba lo más importante: la relación entre el desarme, de un lado, y la lucha de clases y la revolución social, de otro. Veamos ahora qué relación guarda la exigencia del desarme con el oportunismo. Una de las razones más importantes de que esta exigencia sea inadmisible consiste precisamente en que ella y las ilusiones a que da origen debilitan y enervan inevitablemente nuestra lucha contra el oportunismo.

No cabe duda de que esta lucha es el principal problema inmediato de la Internacional. Una lucha contra el imperialismo que no esté indisolublemente ligada a la lucha contra el oportunismo es una frase vacía o un engaño. Uno de los principales defectos de Zimmerwald y de Kienthal[57], una de las principales causas del posible fracaso de estos gérmenes de la III

Internacional, consiste precisamente en que ni siquiera se ha planteado abiertamente el problema de la lucha contra el oportunismo, sin hablar ya de una solución de este problema que señale la necesidad de romper con los oportunistas. El oportunismo ha triunfado, temporalmente, en el seno del movimiento obrero europeo. En los países más importantes han aparecido dos matices fundamentales del oportunismo: primero, el socialimperialismno declarado, cínico, y por ello menos peligroso, de los Plejánov, los Scheidermann, los Legien, los Alberto Thomas y los Sembat, los Vandervelde, los Hyndman, los Henderson, etc.; segundo, el oportunismo encubierto, kautskiano: Kautsky-Haase y el Grupo Socialdemócrata del Trabajo[58], en Alemania; Longuet, Pressemanne, Mayéras, etc., en Francia; Ramsay MacDonald y otros jefes del Partido Laborista Independiente, en Inglaterra[59]; Mártov, Chjeídze, etc., en Rusia; Treves y otros reformistas llamados de izquierda en Italia.

El oportunismo declarado está directa y abiertamente contra la revolución y contra los movimientos y explosiones revolucionarios que se están iniciando, y ha establecido una alianza directa con los gobiernos, por muy diversas que sean las formas de esta alianza, desde la participación en los ministerios hasta la participación en los comités de la industria de guerra (en Rusia[60]). Los oportunistas encubiertos, los kautskianos, son mucho más nocivos y peligrosos para el movimiento obrero, porque la defensa que hacen de la alianza con los primeros la encubren con palabrejas igualmente “marxistas” y consignas pacifistas que suenan plausiblemente. La lucha contra estas dos formas del oportunismo dominante debe ser desarrollada en *todos* los terrenos de la política proletaria: parlamento, sindicatos, huelgas, esfera militar, etc. La particularidad principal que distingue a estas *dos* formas del oportunismo dominante consiste en que el problema concreto de la *relación entre la guerra actual y la revolución y otros problemas concretos de la revolución* se silencian y se encubren, o se tratan con la mirada puesta en las prohibiciones policíacas. Y eso a pesar de que antes de la guerra se había señalado infinidad de veces, tanto en forma no oficial como con carácter oficial en el Manifiesto de Basilea[61], la relación que guardaba precisamente esa guerra inminente con la revolución proletaria. Mas el defecto principal de la exigencia del desarme consiste precisamente en que se pasan por alto todos los problemas concretos de la revolución. ¿O es que los partidarios del desarme están a favor de un tipo completamente nuevo de revolución sin armas?

Prosigamos. En modo alguno estamos contra la lucha por las reformas. No queremos desconocer la triste posibilidad de que la humanidad -en el peor de los casos- pase todavía por una segunda guerra imperialista, si la revolución no surge de la guerra actual, a pesar de las numerosas explosiones de efervescencia y descontento de las masas y a pesar de nuestros esfuerzos. Nosotros somos partidarios de un programa de reformas que *también* debe ser dirigido contra los oportunistas. Los oportunistas no harían sino alegrarse en el caso de que les dejásemos por entero la lucha por las reformas y nos eleváramos a las nubes de un vago “desarme”, para huir de una realidad lamentable. El “desarme” es precisamente la huida frente a una realidad detestable, y en modo alguno la lucha contra ella.

En semejante programa nosotros diríamos aproximadamente: “La consigna y el reconocimiento de la defensa de la patria en la guerra imperialista de 1914-1916 no sirven más que para corromper el movimiento obrero con mentiras burguesas”. Esa respuesta concreta a cuestiones concretas sería teóricamente más justa, mucho más útil para el proletariado y más insoportable para los oportunistas que la exigencia del desarme y la renuncia a “toda” defensa de la patria. Y podríamos añadir: “La burguesía de todas las grandes potencias imperialistas, de Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Rusia, Italia, el Japón y Estados Unidos, es hoy hasta tal punto reaccionaria y está tan penetrada de la tendencia a la dominación mundial, que toda guerra por parte de la *burguesía de estos países* no puede ser más que reaccionaria. El proletariado no sólo debe oponerse a toda guerra de este tipo, sino que debe desear la derrota de “su” gobierno en tales guerras y utilizar esa derrota para una insurrección revolucionaria, sino se logra la insurrección destinada a impedir la guerra”.

En lo que se refiere a la milicia, deberíamos decir no somos partidarios de la milicia burguesa, sino únicamente de una milicia proletaria. Por eso, “ni un céntimo ni un hombre”, no sólo para el ejército regular, sino tampoco para la milicia burguesa, incluso en países como Estados Unidos o Suiza, Noruega, etc. Además, porque en los países republicanos más libres (por ejemplo, en Suiza) observamos una adaptación cada vez mayor de la milicia al modelo prusiano, sobre todo en 1907 y 1911, y que se la prostituye para poder movilizar las tropas contra los huelguistas. Nosotros podemos exigir que los oficiales sean elegidos por el pueblo, que sea abolida toda justicia militar, que los obreros extranjeros tengan los mismos derechos que los obreros del país (punto de especial importancia para los Estados imperialistas que, como Suiza, explotan cada vez en mayor número y cada vez con mayor descaro a obreros extranjeros, sin otorgarles derechos). Y, además, que cada cien habitantes, por ejemplo, de un país tengan derecho a formar asociaciones libres para aprender el arte militar en todos sus detalles, eligiendo libremente instructores retribuidos por el Estado, etc. Sólo en tales condiciones podría el proletariado aprender dicho

arte efectivamente *para sí*, y no para sus esclavizadores, y los intereses del proletariado exigen, indiscutiblemente, ese aprendizaje. La revolución rusa ha demostrado que todo éxito, incluso un éxito parcial, del movimiento revolucionario -por ejemplo, la conquista de una ciudad, un poblado fabril, una parte del ejército- *obligará* inevitablemente al proletariado vencedor a poner en práctica precisamente ese programa.

Por último, cae de su peso que contra el oportunismo no se puede luchar limitándose a redactar programas, sino tan sólo vigilando sin descanso para que esos programas se pongan en práctica de una manera efectiva. El mayor error, el error fatal de la fracasada II Internacional, consistió en que sus palabras no correspondían con sus hechos, en que se cultivaba la costumbre de recurrir a la hipocresía y a una desvergonzada fraseología revolucionaria (véase la actitud de hoy de Kautsky y Cía. ante el Manifiesto de Basilea). El desarme como idea social -es decir, como idea engendrada por determinado ambiente social, como idea capaz de actuar sobre determinado medio social, y no como simple extravagancia de un individuo- tiene su origen, evidentemente, en las condiciones particulares de vida, "tranquilas" como excepción, de algunos Estados pequeños, que durante un período bastante largo han estado al margen del sangriento camino mundial de las guerras y que confían en que podrán seguir apartados de él. Para convencerse de ello, basta reflexionar, por ejemplo, en los argumentos de los partidarios del desarme en Noruega: "Somos un país pequeño, nuestro ejército es pequeño, nada podemos hacer contra las grandes potencias" (y por ello nada pueden hacer tampoco si se les impone por la fuerza una *alianza* imperialista con uno u otro grupo de grandes potencias)... "queremos seguir en paz en nuestro apartado rinconcito y proseguir nuestra política pueblerina, exigir el desarme, tribunales de arbitraje obligatorios, una neutralidad permanente, etc." (¿"permanente", como la de Bélgica?).

La mezquina aspiración de los pequeños Estados a quedarse al margen, el deseo pequeñoburgués de estar lo más lejos posible de las grandes batallas de la historia mundial, de aprovechar su situación relativamente monopólica para seguir en una pasividad rutinaria, tal es el ambiente social *objetivo* que puede asegurar cierto éxito y cierta difusión a la idea del desarme en algunos pequeños Estados. Claro que semejante aspiración es reaccionaria y descansa sólo en ilusiones, pues el imperialismo, de uno u otro modo, arrastra a los pequeños Estados a la vorágine de la economía mundial y de la política mundial.

A Suiza, por ejemplo, su ambiente imperialista le prescribe objetivamente *dos* líneas del movimiento obrero: los oportunistas, en alianza con la burguesía, aspiran a hacer de Suiza una federación republicano-democrática que monopolice las ganancias del turismo burgués de las naciones imperialistas y a aprovechar del modo más lucrativo y más tranquilo posible esta "tranquila" situación monopólica.

Los verdaderos socialdemócratas de Suiza aspiran a utilizar la relativa libertad del país y su situación "internacional" para ayudar a la estrecha alianza de los elementos revolucionarios de los partidos obreros europeos a alcanzar la victoria. En Suiza no se habla, gracias a Dios, un idioma "propio", sino tres idiomas universales, los tres, precisamente, que se hablan en los países beligerantes que limitan con ella.

Si los 20.000 miembros del partido suizo contribuyeran semanalmente con dos céntimos como "impuesto extraordinario de guerra", obtendríamos al año 20.000 francos, cantidad más que suficiente para imprimir periódicamente y difundir en tres idiomas, entre los obreros y soldados de los países beligerantes, a pesar de las prohibiciones de los Altos Estados Mayores todo cuanto diga la verdad sobre la indignación que comienza a cundir entre los obreros, sobre su confraternización en las trincheras, sobre sus esperanzas de utilizar revolucionariamente las armas contra la burguesía imperialista de sus "propios" países, etc.

Nada de esto es nuevo. Precisamente es lo que hacen los mejores periódicos, como *La Sentinelle*, *Volksrecht*[62] y *Berner Tagwacht*, pero, por desgracia, en medida insuficiente. Sólo semejante actividad puede hacer de la magnífica resolución del Congreso del partido en Aarau[63] algo más que una mera resolución magnífica.

La cuestión que ahora nos interesa se plantea en la forma siguiente: ¿corresponde la exigencia del desarme a la tendencia revolucionaria entre los socialdemócratas suizos? Es evidente que no. El "desarme" es, objetivamente, el programa más nacional, específicamente nacional, de los pequeños Estados, pero en manera alguna el programa internacional de la socialdemocracia revolucionaria internacional.

Escrito en alemán en septiembre de 1916. Publicado por vez primera en septiembre y octubre de 1917 en los núms. 9 y 10 del periódico "Jugend-Intenationale". En ruso se publicó por vez primera en 1929 en el t. XIX de las ediciones 2 y 3, de las "Obras" de V. I. Lenin.

T. 30, págs. 131-143.

EL IMPERIALISMO Y LA ESCISIÓN DEL SOCIALISMO.

¿Existe relación entre el imperialismo y la monstruosa y repugnante victoria que el oportunismo (en forma de socialchovinismo) ha obtenido sobre el movimiento obrero en Europa?

Este es el problema fundamental del socialismo contemporáneo. Después de haber dejado plenamente sentado en las publicaciones de nuestro partido, en primer lugar, el carácter imperialista de nuestra época y de la guerra actual, y, en segundo lugar, el nexo histórico indisoluble que existe entre el socialchovinismo y el oportunismo, así como la igualdad de su contenido ideológico y político, podemos y debemos pasar a examinar este problema fundamental.

Hay que empezar por definir, del modo más exacto posible y completo, lo que es el imperialismo. El imperialismo es una fase histórica especial del capitalismo que tiene tres peculiaridades; el imperialismo es: 1) capitalismo monopolista; 2) capitalismo parasitario o en descomposición; 3) capitalismo agonizante. La sustitución de la libre competencia por el monopolio es el rasgo económico fundamental, la *esencia* del imperialismo. El monopolismo se manifiesta en cinco formas principales: 1) cárteles, consorcios y trusts; la concentración de la producción ha alcanzado el grado que da origen a estas asociaciones monopólicas de los capitalistas; 2) situación monopólica de los grandes bancos: de tres a cinco bancos gigantescos manejan toda la vida económica de los EE.UU., Francia y Alemania; 3) conquista de las fuentes de *materias primas* por los trusts y la oligarquía financiera (el capital financiero es el capital industrial monopolista fundido con el capital bancario); 4) *se ha iniciado* el reparto (económico) del mundo entre los cárteles internacionales. ¡Son ya más de *cien* los cárteles internacionales que dominan *todo* el mercado mundial y se lo reparten "amigablemente", mientras que la guerra no lo reparte *de nuevo*! La exportación del capital, a diferencia de la exportación de mercancías bajo el capitalismo no monopolista, es un fenómeno particularmente característico, que guarda estrecha relación con el reparto económico y político-territorial del mundo. 5) *Ha terminado* el reparto territorial del mundo (de las colonias).

El imperialismo, como fase superior del capitalismo en América y en Europa, y después en Asia, estaba ya plenamente formado hacia 1898-1914. Las guerras hispano-americana (1898), anglo-bóer (1899-1902) y ruso-japonesa (1904-1905) y la crisis económica de Europa en 1900 son los principales jalones históricos de esta nueva época de la historia mundial.

Que el imperialismo es el capitalismo parasitario o en descomposición se manifiesta, ante todo, en la tendencia a la descomposición que distingue a *todo* monopolio en el régimen de la propiedad privada sobre los medios de producción. La diferencia entre la burguesía imperialista republicano-democrática y monárquico-reaccionaria se borra, precisamente, porque una y otra se pudren vivas (lo que no elimina, en modo alguno, el desarrollo asombrosamente rápido del capitalismo en ciertas ramas industriales, en ciertos países, en ciertos períodos). En segundo lugar, la descomposición del capitalismo se manifiesta en la formación de un enorme sector de *rentistas*, de capitalistas que viven de "cortar el cupón". En los cuatro países imperialistas avanzados -Inglaterra, América del Norte, Francia y Alemania-, el capital en valores asciende de cien a ciento cincuenta *mil millones* de francos, lo cual significa, por lo menos, una renta anual de cinco mil a ocho mil millones de francos por país. En tercer lugar, la exportación de capital es el parasitismo elevado al cuadrado. En cuarto lugar, "el capital financiero tiende a la dominación, y no a la libertad". La reacción política en *toda* la línea es propia del imperialismo. Venalidad, soborno en proporciones gigantescas, un Panamá de todo género. En quinto lugar, la explotación de las naciones oprimidas, ligada indisolublemente a las anexiones, y, sobre todo, la explotación de las colonias por un puñado de "grandes" potencias, convierte cada vez más el mundo "civilizado" en un parásito que vive sobre el cuerpo de centenares de millones de hombres de los pueblos no civilizados. El proletario romano vivía a expensas de la sociedad. La sociedad actual vive a expensas del proletario moderno. Marx subrayaba especialmente esta profunda observación de Sismondi[64]. El imperialismo introduce algunas modificaciones: una capa privilegiada del proletariado de las potencias imperialistas vive, en parte, a expensas de los centenares de millones de

hombres de los pueblos no civilizados.

Se comprende la razón de que el imperialismo sea un capitalismo *agonizante*, *en transición* hacia el socialismo: el monopolio, que nace *del* capitalismo, es *ya* su agonía, el comienzo de su tránsito al socialismo. La misma significación tiene la gigantesca *socialización* del trabajo por el imperialismo (lo que sus apologistas, los economistas burgueses, llaman "entrelazamiento").

Al definir de este modo el imperialismo, nos colocamos en plena contradicción con C. Kautsky, que se niega a ver en el imperialismo una "fase del capitalismo" y lo define como *política* "preferida" del capital financiero, cómo tendencia de los países "industriales" a anexionarse los países "agrarios"[*]. Desde el punto de vista teórico, esta definición de Kautsky es completamente falsa. La peculiaridad del imperialismo *no* es precisamente el dominio del capital industrial, sino el del capital financiero, precisamente la tendencia a anexionarse *no* sólo países agrarios, sino *toda clase* de países. Kautsky *separa* la política del imperialismo de su economía, separa el monopolismo en política del monopolismo en economía, para desbrozar el camino a su vulgar reformismo burgués como en el caso del "desarme", del "ultraimperialismo" y demás necedades por el estilo. El sentido y el objeto de esta falsedad teórica se reducen exclusivamente a velar las contradicciones *más profundas* del imperialismo y a justificar de este modo la teoría de la "unidad" con sus apologistas: con los oportunistas y socialchovinistas descarados.

Ya hemos hablado bastante de esta ruptura de Kautsky con el marxismo, tanto en el *Sotsial-Demokrat* como en el *Kommunist*[65]. Nuestros kautskianos rusos, los del CO con Axelrod y Spectator al frente, sin excluir a Mártov y, en grado considerable, a Trotski, han preferido silenciar el kautskismo como tendencia. Les ha dado miedo defender lo que Kautsky ha escrito durante la guerra y salen del paso elogiando sencillamente a Kautsky (Axeirod en su folleto alemán que el Comité de Organización ha *prometido* publicar en ruso) o aludiendo a cartas particulares de Kautsky (Spectator) en las que afirma que pertenece a la oposición y trata de anular jesuíticamente sus declaraciones chovinistas.

Observemos que, en su "interpretación" del imperialismo -que equivale a embellecerlo-, Kautsky retrocede no sólo en relación a *El capital financiero* de Hilferding (¡por muy empeñadamente que el mismo Hilferding defienda ahora a Kautsky y la "unidad" con los socialchovinistas!), sino también en relación al *social-liberal* J. A. Hobson. Este economista inglés, que ni por asomo pretende merecer el título de marxista, define de un modo mucho más profundo el imperialismo y pone de manifiesto sus contradicciones en su obra de 1902[**]. Veamos lo que dice este autor (en cuyas obras podemos encontrar casi todas las trivialidades pacifistas y "conciliadoras" de Kautsky) sobre la cuestión, que tiene singular importancia, del carácter parasitario del imperialismo:

Dos clases de circunstancias han debilitado, a juicio de Hobson, la potencia de los viejos imperios: 1) el "parasitismo económico" y 2) la formación de ejércitos con hombres de los pueblos dependientes. "La primera es la costumbre del parasitismo económico, en virtud de la cual el Estado dominante utiliza sus provincias, sus colonias y los países dependientes, con objeto de enriquecer a su clase dirigente y de sobornar a sus clases inferiores para que se estén quietas". Refiriéndose a la segunda circunstancia Hobson escribe:

> "Uno de los síntomas más extraños de la ceguera del imperialismo" (en boca del social-liberal Hobson estas cantinelas de la "ceguera" de los imperialistas están más en su sitio que en el caso del "marxista" Kautsky) "es la despreocupación con que la Gran Bretaña, Francia y otras naciones imperialistas emprenden este camino. La Gran Bretaña ha ido más lejos que nadie. La mayor parte de las batallas por medio de las cuales conquistamos nuestro Imperio indio las sostuvieron tropas indígenas; en la India, como últimamente en Egipto, grandes ejércitos permanentes se hallan bajo el mando de británicos; casi todas nuestras guerras de conquista en África, con excepción del Sur, las hicieron para nosotros los indígenas".
>
> La perspectiva del reparto de China suscita en Hobson el siguiente juicio económico: "La mayor parte de Europa Occidental podría adquirir entonces el aspecto y el carácter que tienen actualmente ciertas partes de los países que la componen: el Sur de Inglaterra, la Riviera y los lugares de Italia y Suiza más frecuentados por los turistas y que son residencia de gente rica, es decir: un puñado de ricos aristócratas, que perciben dividendos y pensiones del Lejano Oriente, con un grupo algo más considerable de empleados profesionales y de comerciantes y un número mayor de sirvientes y de obreros ocupados en el transporte y en la industria dedicada a la terminación de artículos manufacturados. En cambio, las ramas principales de la industria desaparecerían y los productos alimenticios de gran consumo y los artículos semimanufacturados corrientes afluirían, como un

[*] "El imperialismo es un producto del capitalismo industrial altamente desarrollado. Consiste en la tendencia de toda nación capitalista industrial a someter o anexionarse cada vez más regiones *agrarias* cualquiera que sea el origen étnico de sus habitantes" (véase Kautsky. *Die Neue Zeit*, 11 de septiembre de 1914).

[**] J. A. Hobson. *Imperialismo*, Londres, 1902.

tributo, de Asia y de África". "He aquí qué posibilidades abre ante nosotros una alianza más vasta de los Estados occidentales, una federación europea de las grandes potencias; dicha federación lejos de impulsar la civilización mundial, podría implicar un peligro gigantesco de parasitismo occidental: formar un grupo de las naciones industriales avanzadas, cuyas clases superiores percibirían enormes tributos de Asia y de África; esto les permitiría mantener a grandes masas de sumisos empleados y criados, ocupados no ya en la producción agrícola e industrial de artículos de gran consumo, sino en el servicio personal o en el trabajo industrial secundario, bajo el control de una nueva aristocracia financiera. Que los que se hallen dispuestos a desentenderse de esta teoría" (debería decirse: perspectiva) "como indigna de ser examinada reflexionen sobre las condiciones económicas y sociales de las regiones del Sur de la Inglaterra actual que se hallan ya en esta situación. Que piensen en las inmensas proporciones que podría adquirir dicho sistema si China se fuese sometida al control económico de tales grupos financieros, de los "inversionistas" (rentistas), de sus agentes políticos y empleados comerciales e industriales que extraerán beneficios del más grande depósito potencial que jamás haya conocido el mundo, con objeto de consumir los dichos beneficios en Europa. Naturalmente, la situación es excesivamente compleja, el juego de las fuerzas mundiales es demasiado difícil de calcular para que resulte muy verosímil esa u otra previsión del futuro en una sola dirección. Pero las influencias que gobiernan el imperialismo de Europa Occidental en la actualidad se orientan en este sentido y, si no chocan con una resistencia, si no son desviadas hacia otra parte, avanzarán precisamente hacia tal culminación de este proceso".

El social-liberal Hobson ve que esta "resistencia" sólo puede oponerla el proletariado revolucionario, y sólo en forma de revolución social. ¡Por algo es social-liberal! Pero ya en 1902 abordaba admirablemente tanto el problema de la significación de los "Estados Unidos de Europa" (¡sépalo el kautskiano Trotski!) como todo lo que tratan de disimular los *kautskianos hipócritas* de diversos países, a saber: que los *oportunistas* (socialchovinistas) colaboran con la burguesía imperialista *precisamente* para formar una Europa imperialista sobre los hombros de Asia y de África; que los *oportunistas* son, objetivamente, una parte de la pequeña burguesía y de algunas capas de la clase obrera, parte *sobornada* con las superganancias imperialistas, convertida en *mastín* del capitalismo, en *elemento corruptor* del movimiento obrero.

Más de una vez, y no sólo en artículos, sino también en resoluciones de nuestro partido, hemos señalado esta relación económica, la más honda, precisamente de la burguesía imperialista con el oportunismo, que ahora (¿será por mucho tiempo?) ha vencido al movimiento obrero. De ello deducíamos, entre otras cosas, que es inevitable la escisión con el socialchovinismo. ¡Nuestros kautskianos han preferido eludir este problema! Mártov, por ejemplo, ya en sus conferencias, recurría al sofisma que se ha expresado del modo siguiente en *Izvestia Zagraníchnogo Sekretariata OK*[66] (núm. 4, del 10 de abril de 1916):

"...Muy mala, incluso desesperada, sería la situación de la socialdemocracia revolucionaria si los grupos de obreros, que por su mentalidad están más cerca de los "intelectuales", y los más calificados, la abandonaran fatalmente para pasar al oportunismo…"

¡Empleando la necia palabreja "fatalmente" y con un poco de "trampa", *se soslaya* el *hecho* de que *ciertas* capas obreras *se han pasado* al oportunismo y a la burguesía imperialista! ¡Y lo único que querían los sofistas del Comité de Organización era *soslayar* este hecho! Salen del paso con el "optimismo formal" de que ahora hacen gala tanto el kautskiano Hilferding como muchos otros, ¡diciendo que las condiciones objetivas garantizan la unidad del proletariado y la victoria de la tendencia revolucionaria!, ¡diciendo que son "optimistas" en lo que respecta al proletariado!

Y, en realidad, todos estos kautskianos, Hilferding, los del CO, Mártov y Cía. son *optimistas*... en lo que respecta al *oportunismo*. ¡Este es el quid de la cuestión!

El proletariado es fruto del capitalismo, pero del capitalismo mundial, y no sólo del europeo, no sólo del imperialista. En escala mundial, cincuenta años antes o cincuenta años después -en *tal* escala esto es un problema secundario-, el "proletariado", naturalmente, "llegará" a la unidad, y en él triunfará "ineludiblemente" la socialdemocracia revolucionaria. No se trata de esto, señores kautskianos, sino de que *ustedes*, ahora en los países imperialistas de Europa, *se prosternan como lacayos* ante los oportunistas, que son *extraños* al proletariado como clase, que son servidores, agentes y portadores de la influencia de la burguesía y, *si no se desembaraza* de ellos, el movimiento obrero seguirá siendo un *movimiento obrero burgués*. Su prédica de la "unidad" con los oportunistas, con los Legien y los David, los Plejánov y los Chjenkeli, los Potrésov, etc., es, objetivamente, la defensa de la *esclavización* de los obreros por la burguesía imperialista a través de sus mejores agentes en el movimiento obrero. La victoria de la socialdemocracia revolucionaria en escala mundial es absolutamente ineludible, pero se produce y se seguirá produciendo, viene y llegará sólo *contra*

ustedes, será una victoria *sobre* ustedes.

Las dos tendencias, incluso los *dos* partidos del movimiento obrero contemporáneo, que tan claramente se han escindido en todo el mundo en 1914-1916, fueron *observadas por Engels y Marx en Inglaterra* durante varios *decenios*, aproximadamente entre 1858 y 1892.

Ni Marx ni Engels alcanzaron la época imperialista del capitalismo mundial, que sólo se inicia entre 1898 y 1900. Pero ya a mediados del siglo XIX, era característica de Inglaterra la presencia, por lo menos, de *dos* principales rasgos distintivos del imperialismo: 1) inmensas colonias y 2) ganancias monopolistas (a consecuencia de su situación monopólica en el mercado mundial). En ambos sentidos, Inglaterra representaba entonces una excepción entre los países capitalistas, y Engels y Marx, analizando esta excepción, indicaban en forma completamente clara y definida que estaba *en relación* con la victoria (temporal) del oportunismo en el movimiento obrero inglés.

En una carta a Marx, del 7 de octubre de 1858, escribía Engels: "El proletariado inglés se va aburguesando, de hecho, cada día más; así que esta nación, la más burguesa de todas, aspira a tener, en resumidas cuentas, *al lado* de la burguesía una aristocracia burguesa y un proletariado burgués. Naturalmente, por parte de una nación que explota al mundo entero, esto es, hasta cierto punto, lógico". En una carta a Sorge, fechada el 21 de septiembre de 1872, Engels comunica que Hales promovió en el Consejo Federal de la Internacional un gran escándalo, logrando un voto de censura contra Marx por sus palabras de que los "líderes obreros ingleses se habían vendido". Marx escribe a Sorge el 4 de agosto de 1874: "En lo que respecta a los obreros urbanos de aquí (en Inglaterra), es de lamentar que toda la banda de líderes no haya ido al Parlamento. Sería el camino más seguro para librarse de esa canalla". En una carta a Marx, del 11 de agosto de 1881, Engels habla de las "peores tradeuniones inglesas, que permiten que las dirija gente vendida a la burguesía, o, cuando menos, pagada por ella". En una carta a Kautsky, del 12 de septiembre de 1882, escribía Engels: "Me pregunta usted ¿qué piensan los obreros ingleses acerca de la política colonial? Lo mismo que piensan de la política en general. Aquí no hay un partido obrero, no hay más que radicales conservadores y liberales, y los obreros se aprovechan con ellos, con la mayor tranquilidad del mundo, del monopolio colonial de Inglaterra y de su monopolio en el mercado mundial".

El 7 de diciembre de 1889, escribía Engels a Sorge: "...Lo más repugnante aquí (en Inglaterra) es la "respetabilidad" (*respectability*) burguesa que se ha hecho carne y sangre de los obreros...; incluso Tomás Mann, al que considero como el mejor de todos ellos, se complace en hablar de que va a almorzar con el alcalde. Y únicamente al compararlo con los franceses, se convence uno de lo que es la revolución". En otra carta, del 19 de abril de 1890: "El movimiento (de la clase obrera en Inglaterra) avanza *bajo* la superficie, abarca sectores cada vez más amplios, que, en la mayoría de los casos, pertenecen a la masa *más inferior* (subrayado por Engels), inerte hasta ahora; y no está ya lejano el día en que esta masa *se encuentre a sí misma*, en que comprenda que es ella misma, precisamente, la colosal masa en movimiento". El 4 de marzo de 1891: "El revés del fracasado sindicato de los obreros portuarios, las "viejas" tradeuniones conservadoras, *ricas* y por ello mismo cobardes, quedan solas en el campo de batalla..." El 14 de septiembre de 1891: en el Congreso de las tradeuniones, celebrado en New Castle, son derrotados los viejos tradeunionistas, enemigos de la jornada de 8 horas, "y los periódicos burgueses reconocen la derrota del *partido obrero burgués*" (subrayado en todas partes por Engels).

El prólogo de Engels a la segunda edición de *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1892) demuestra que estos pensamientos, repetidos durante decenios, fueron también expresados por Engels públicamente, en letras de molde. En dicho prólogo habla de la "aristocracia en el seno de la clase obrera", de la "minoría privilegiada de obreros" frente a la "gran masa obrera". "Una pequeña minoría, privilegiada y protegida", de la clase obrera es la única que obtuvo "prolongadas ventajas" de la situación privilegiada de Inglaterra en 1848-1868, mientras que la "gran masa, en el mejor de los casos, sólo gozaba de breves mejoras"... "Cuando quiebre el monopolio industrial de Inglaterra, la clase obrera inglesa perderá su situación privilegiada"... Lo miembros de las "nuevas" tradeuniones, los sindicatos de obreros no calificados, "tienen una enorme ventaja: su mentalidad es todavía un terreno virgen, absolutamente exento de los "respetables" prejuicios burgueses heredados, que trastornan las cabezas de los "viejos tradeunionistas" mejor organizados"... En Inglaterra se habla de los "llamados representantes obreros" refiriéndose a gentes "a las que se perdona su pertenencia a la clase obrera porque ellas mismas están dispuestas a ahogar esta cualidad suya en el océano de su liberalismo..."

Con toda intención hemos dado citas bastante detalladas de manifestaciones directas de Marx y Engels, para que los lectores puedan estudiarlas *en conjunto*. Es imprescindible estudiarlas y merece la pena de que se reflexione atentamente sobre ellas. Porque son la *clave* de la táctica del movimiento obrero que prescriben las condiciones objetivas de la época imperialista.

También aquí Kautsky ha intentado ya "enturbiar el agua" y sustituir el marxismo por una conciliación dulzona con los oportunistas. Polemizando con los socialimperialistas francos y cándidos (como

Lensch), que justifican la guerra por parte de Alemania como destrucción del monopolio de Inglaterra, Kautsky "corrige" esta evidente falsedad con otra falsedad igualmente palmaria. ¡En lugar de una falsedad cínica coloca una falsedad dulzona! El monopolio *industrial* de Inglaterra, dice, está hace tiempo roto, destruido: ni se puede ni hay por qué destruirlo.

¿Por qué es falso este argumento?

En primer lugar, porque pasa por alto el monopolio colonial de Inglaterra. ¡Y Engels, como hemos visto, ya en 1882, hace 34 años, lo indicaba con toda claridad! ¡Si está deshecho el monopolio industrial de Inglaterra, en cambio, el colonial no sólo se mantiene, sino que se ha recrudecido extraordinariamente porque todo el mundo está ya repartido! Con sus mentiras dulzonas, Kautsky hace pasar de contrabando la despreciable idea pacifista-burguesa y oportunista filistea de que "no hay por qué hacer la guerra". Por el contrario, no sólo tienen ahora por qué hacer la guerra los *capitalistas*, sino que *no pueden dejar* de hacerla, si quieren conservar el capitalismo, porque sin un nuevo reparto de las colonias por la fuerza, los *nuevos* países imperialistas no podrán obtener los privilegios de que disfrutan las potencias imperialistas más viejas (*y menos fuertes*).

En segundo lugar, ¿por qué explica el monopolio de Inglaterra la victoria (temporal) del oportunismo en este País? Porque el monopolio da *superganancias*, es decir, un exceso de ganancias por encima de las ganancias normales, ordinarias del capitalismo en todo el mundo. Los capitalistas *pueden* gastar una parte de estas superganancias (¡e incluso una parte no pequeña!) para sobornar a *sus* obreros, creando algo así como una alianza (recuérdense las famosas "alianzas" de las tradeuniones inglesas con sus patronos descritas por los Webb), alianza de los obreros de una nación dada con sus capitalistas *contra* los demás países. A fines del siglo XIX, el monopolio industrial de Inglaterra estaba ya deshecho. Eso es indiscutible. Pero *¿cómo* se produjo esa destrucción? ¿Es cierto que *todo* monopolio ha desaparecido?

Si así fuera, la "teoría" de Kautsky de la conciliación (con el oportunismo) estaría hasta cierto punto justificada. Pero precisamente se trata de que *no* es así. El imperialismo *es* el capitalismo monopolista. Cada cártel, cada trust, cada consorcio, cada banco gigantesco *es* un monopolio. Las superganancias no han desaparecido, sino que prosiguen. La explotación por un país privilegiado, financieramente rico, de *todos* los demás, sigue y es aún más intensa. Un puñado de países ricos -son en total cuatro, si se tiene en cuenta una riqueza independiente y verdaderamente gigantesca, una riqueza "moderna": Inglaterra, Francia, los Estados Unidos y Alemania- ha extendido los monopolios en proporciones inabarcables, obtiene centenares, si no miles de millones de *super*ganancias, "vive explotando" a centenares y centenares de millones de hombres de otros países, entre luchas intestinas por el reparto de un botín de lo más suntuoso, de lo más pingüe, de lo más fácil.

En esto consiste precisamente la esencia económica y política del imperialismo, cuyas profundísimas contradicciones Kautsky vela en vez de ponerlas al descubierto.

La burguesía de una "gran" potencia imperialista *tiene capacidad económica* para sobornar a las capas superiores de "sus" obreros, dedicando a ello alguno que otro centenar de millones de francos al año, ya que sus *super*ganancias se elevan probablemente a cerca de mil millones. Y la cuestión de cómo se reparte esa pequeña migaja entre los ministros obreros, los "diputados obreros (recordad el espléndido análisis que de este concepto hace Engels), los obreros que forman parte de los comités de la industria de guerra, los funcionarios obreros, los obreros organizados en sindicatos de carácter estrictamente gremial, los empleados, etc., etc., es ya una cuestión secundaria.

De 1848 a 1868, y en parte después, Inglaterra era el único país monopolista; *por eso* pudo vencer allí, para decenios, el oportunismo; *no había* más países ni con riquísimas colonias ni con monopolio industrial.

El último tercio del siglo XIX es un período de transición a una nueva época, a la época imperialista. Disfruta del monopolio *no* el capital financiero de una sola gran potencia, sino el de unas cuantas, muy pocas. (En el Japón y en Rusia, el monopolio de la fuerza militar, de un territorio inmenso o de facilidades especiales para despojar a los pueblos alógenos, a China, etc., en parte complementa y en parte sustituye el monopolio del capital financiero más moderno.) De esta diferencia se deduce que el monopolio de Inglaterra *pudo* ser *indiscutido* durante decenios. En cambio, el monopolio del capital financiero actual se discute furiosamente; ha comenzado la época de las guerras imperialistas. Entonces se podía sobornar, corromper para decenios a la clase obrera de un país. Ahora esto es inverosímil, y quizá hasta imposible. Pero en cambio, *cada* "gran" potencia imperialista puede sobornar y soborna a capas *más reducidas* (que en Inglaterra entre 1848 y 1868) de la "aristocracia obrera". Entonces, como dice con admirable profundidad Engels, sólo en un país podía constituirse un "*partido obrero burgués*", porque sólo un país disponía del monopolio, pero, en cambio, por largo tiempo. Ahora, el "*partido obrero burgués*" *es inevitable* y típico en *todos* los países imperialistas, pero, teniendo en cuenta la desesperada lucha de éstos por el reparto del botín, no es probable que semejante partido triunfe por largo tiempo en una serie de países. Pues los trusts, la oligarquía financiera, la

carestía, etc., *permiten* sobornar a un puñado de las capas superiores y de esta manera oprimen, subyugan, arruinan y atormentan con creciente intensidad a la *masa* de proletarios y semiproletarios.

Por una parte, tenemos la tendencia de la burguesía y de los oportunistas a convertir el puñado de naciones más ricas, privilegiadas, en "eternos" parásitos sobre el cuerpo del resto de la humanidad, a "dormir sobre los laureles" de la explotación de negros, hindúes, etc., teniéndolos sujetos por medio del militarismo moderno, provisto de una magnífica maquinaria de exterminio. Por otra parte, la tendencia de las *masas*, que son más oprimidas que antes, que soportan todas las calamidades de las guerras imperialistas, tendencia a sacudirse ese yugo, a derribar a la burguesía. La historia del movimiento obrero se desarrollará ahora, inevitablemente, en la lucha entre estas dos tendencias, pues la primera de ellas no es resultado de la casualidad, sino que tiene un "fundamento" económico. La burguesía ha dado ya a luz, ha criado y se ha asegurado "partidos obreros burgueses" de los socialchovinistas en *todos* los países. Carecen de importancia las diferencias entre un partido oficialmente formado, como el de Bissolati en Italia, partido a todas luces socialimperialista, y, digamos, el cuasipartido, a medio formar, de los Potrésov, los Gvózdiev, los Bulkin, los Chjeídze, los Skóbelev y Cía. Lo importante es que, desde el punto de vista económico, ha madurado y se ha consumado el paso de la aristocracia obrera a la burguesía; este hecho económico, este desplazamiento en las relaciones entre las clases, encontrará sin gran "dificultad" una u otra forma política.

Sobre la indicada base económica, las instituciones políticas del capitalismo moderno -prensa, Parlamento, sindicatos, congresos, etc.- han creado prebendas y privilegios *políticos* correspondientes a los económicos, para los empleados y obreros respetuosos, mansitos, reformistas y patrioteros. La burguesía imperialista atrae y premia a los representantes y adeptos de los "partidos obreros burgueses" con lucrativos y tranquilos cargos en el gobierno o en el Comité de la Industria de Guerra, en el Parlamento y en diversas comisiones, en las redacciones de periódicos legales "serios" o en la dirección de sindicatos obreros no menos serios y "obedientes a la burguesía".

En este mismo sentido actúa el mecanismo de la democracia política. En nuestro siglo no se puede pasar sin elecciones; no se puede prescindir de las masas, pero en la época de la imprenta y del parlamentarismo *no es posible* llevar tras de sí a las masas sin un sistema ampliamente ramificado, metódicamente aplicado, sólidamente organizado de adulación, de mentiras, de trapicheos, de prestidigitación con palabrejas populares y de moda, de promesas a diestro y siniestro de toda clase de reformas beneficios para los obreros, con tal de que renuncien a la lucha revolucionaria por derribar a la burguesía. Yo llamaría a este sistema lloydgeorgismo, por el nombre de uno de sus representantes más hábiles y avanzados en el país clásico del "partido obrero burgués", el ministro inglés Lloyd George. Negociante burgués de primera clase y zorro político, orador popular, capaz de pronunciar toda clase de discursos, incluso revolucionarios, ante un auditorio obrero; capaz de conseguir, para los obreros dóciles, gajes considerables como son las reformas sociales (seguros, etc.), Lloyd George sirve admirablemente a la burguesía* y la sirve precisamente *entre* los obreros, extendiendo su influencia *precisamente* en el proletariado, donde le es más necesario y más difícil someter moralmente a las masas.

¿Pero es tanta la diferencia entre Lloyd George y los Scheidemann, los Legien, los Henderson, los Hyndman, los Plejánov, los Renaudel y Cía.? Se nos objetará que, de estos últimos, algunos volverán al socialismo revolucionario de Marx. Es posible, pero ésta es una diferencia insignificante en proporción, si se considera el problema en escala política, es decir, masiva. Algunos de los actuales líderes socialchovinistas pueden volver al proletariado. Pero la *corriente* socialchovinista o (lo que es lo mismo) oportunista no puede desaparecer ni "volver" al proletariado revolucionario Donde el marxismo es popular entre los obreros, esta corriente política, este "partido obrero burgués", invocará a Marx y jurará en su nombre. No hay modo de prohibírselo, como no se le puede prohibir a una empresa comercial que emplee cualquier etiqueta, cualquier rótulo cualquier anuncio. En la historia ha sucedido siempre que, después de muertos los jefes revolucionarios cuyos nombres eran populares en las clases oprimidas, sus enemigos intentaron apropiárselos para engañar a estas clases.

El hecho es que en *todos* los países capitalistas avanzados se han constituido ya "partidos obreros burgueses", como fenómeno político, y que sin una lucha enérgica y despiadada, en toda la línea, contra esos partidos -o, lo mismo da, grupos, corrientes, etc.- no puede ni hablarse de lucha contra el imperialismo, ni de marxismo, ni de movimiento obrero socialista. La fracción de Chjeídze[67], *Nashe Dielo* y *Golos Trudá*[68] en Rusia, y los del CO en el extranjero, no son sino una variante de uno de *estos* partidos. No tenernos ni asomo de fundamento para pensar que estos partidos pueden desaparecer *antes* de la revolución social. Por el contrario, cuanto más

* Hace poco he visto en una revista inglesa un artículo de un tory, adversario político de Lloyd George: *Lloyd George desde el punto de vista de los tories*. ¡La guerra ha abierto los ojos a este adversario haciéndole ver qué magnífico servidor de la burguesía es Lloyd George! ¡Y los tories se han reconciliado con él!

cerca esté esa revolución, cuanto más poderosamente se encienda, cuanto más bruscos y fuertes sean las transiciones y los saltos en el proceso de su desarrollo, tanto mayor será el papel que desempeñe en el movimiento obrero la lucha de la corriente revolucionaria, de masas, contra la corriente oportunista, pequeñoburguesa. El kautskismo no es ninguna tendencia independiente, pues no tiene raíces ni en las masas ni en la capa privilegiada que se ha pasado a la burguesía. Pero el peligro que entraña el kautskisrno consiste en que, utilizando la ideología del pasado, se esfuerza por conciliar al proletariado con el "partido obrero burgués", por mantener su unidad con este último y levantar de tal modo el prestigio de dicho partido. Las masas no siguen ya a los socialchovinistas descarados: Lloyd George ha sido abucheado en Inglaterra en asambleas obreras, Hyndman ha abandonado el partido; a los Renaudel y los Scheidemann, a los Potrésov y los Gvózdiev les protege la policía. Lo más peligroso es la defensa encubierta que los kautskianos hacen de los socialchovinistas.

Uno de los sofismas más difundidos del kautskismo es el remitirse a las "masas", diciendo que no quiere separarse de ellas ni de sus organizaciones. Pero reflexionad sobre la forma en que plantea Engels esta cuestión. Las "organizaciones de masas" de las tradeuniones inglesas estuvieron en el siglo XIX al lado del partido obrero burgués. Por eso Marx y Engels no se conformaron con este partido, sino que lo desenmascararon. No olvidaban, en primer lugar, que las organizaciones de las tradeuniones abarcan, en forma inmediata, una *minoría del proletariado*. Tanto entonces en Inglaterra como ahora en Alemania está organizada no más de una quinta parte del proletariado. Bajo el capitalismo no puede pensarse seriamente en la posibilidad de organizar a la mayoría de los proletarios. En segundo lugar -y esto es lo principal-, no se trata tanto del número de miembros de una organización, como del sentido real, objetivo, de su política: de si esa política representa a las masas, sirve a las masas, es decir, sirve para libertarlas del capitalismo, o representa los intereses de una minoría, su conciliación con el capitalismo. Precisamente esto último, que era justo en relación con Inglaterra en el siglo XIX, es justo hoy día en relación con Alemania, etc.

Del "partido obrero burgués" de las *viejas* tradeuniones, de la minoría privilegiada, distingue Engels la "masa *inferior*", la verdadera mayoría, y apela a ella, que *no* está contagiada de "respetabilidad burguesa". ¡Ese es el quid de la táctica marxista!

Ni nosotros ni nadie puede calcular exactamente qué parte del proletariado es la que sigue y seguirá a los socialchovinistas y oportunistas. Sólo la lucha lo pondrá de manifiesto, sólo la revolución socialista lo decidirá definitivamente. Pero lo que sí sabemos con certeza es que los "defensores de la patria" en la guerra imperialista sólo *representan* una minoría. Por eso, si queremos seguir siendo socialistas, nuestro deber es ir *más abajo y más a lo hondo*, a las verdaderas masas: en ello está el sentido de la lucha contra el oportunismo y todo el contenido de esta lucha. Poniendo al descubierto que los oportunistas y los socialchovinistas traicionan y venden de hecho los intereses de las masas, que defienden privilegios pasajeros de una minoría obrera, que extienden ideas e influencias burguesas, que, en realidad, son aliados y agentes de la burguesía, enseñamos de este modo a las masas a comprender cuáles son sus verdaderos intereses políticos, a luchar por el socialismo y por la revolución, a través de todas las largas y dolorosas peripecias de las guerras imperialistas y de los armisticios imperialistas.

La única línea marxista en el movimiento obrero mundial consiste en explicar a las masas que la escisión con el oportunismo es inevitable e imprescindible, en educarlas para la revolución mediante una lucha despiadada contra él, en aprovechar la experiencia de la guerra para desenmascarar todas las infamias de la política obrera nacional liberal, y no para encubrirlas.

En el artículo siguiente trataremos de resumir los principales rasgos distintivos de esta línea, en contraposición al kautskismo.

Escrito en octubre de 1916. Publicado en diciembre de 1916 en el núm. 2 de "Sbórnik Sotsia1-Demokrata".

T. 30, págs. 163-179.

LA INTERNACIONAL DE LA JUVENTUD.

(NOTA)

Con este título se publica en Suiza, desde el 1 de septiembre de 1915, en idioma alemán, un "órgano de combate y propaganda de la Unión Internacional de Organizaciones Socialistas de la Juventud". En total han salido ya seis números de esta publicación que es preciso destacar en general y, además, recomendar con insistencia a todos los miembros de nuestro partido que tienen la posibilidad de ponerse en contacto con los partidos socialdemócratas extranjeros y con las organizaciones juveniles.

La mayoría de los partidos socialdemócratas oficiales de Europa adoptan ahora la posición del socialchovinismo y del oportunismo más bajo y más ruin. Tales son los partidos alemán, francés, fabiano[69] y "laborista"[70] ingleses, sueco, holandés (partido de Troelstra), danés, austriaco, etc. En el partido suizo, a pesar de la segregación (para gran beneficio del movimiento obrero) de los extremos oportunistas que formaron al margen del partido la "Grütli-Unión", quedan dentro del Partido Socialdemócrata numerosos dirigentes oportunistas, socialchovinistas y de opiniones kautkianas, cuya influencia en los asuntos del partido *es enorme*

Con este estado de cosas en Europa, a la Unión de Organizaciones Socialistas de la Juventud le corresponde una tarea inmensa, noble y difícil: luchar *por* el internacionalismo revolucionario, *por* el auténtico socialismo, con el oportunismo reinante, que se ha colocado de parte de la burguesía imperialista. En *La Internacional de la Juventud* se ha publicado una serie de buenos artículos en defensa del internacionalismo revolucionario, y todos sus números están impregnados de un excelente espíritu de odio ardiente a los traidores al socialismo que "defienden la patria" en la presente guerra, de una aspiración sincera a depurar el movimiento obrero internacional del chovinismo y del oportunismo que lo corroen.

Se sobrentiende que aún no hay claridad teórica ni firmeza en el órgano juvenil y quizá nunca las haya, precisamente porque es un órgano de la juventud impetuosa, apasionada, indagadora. Pero frente a la falta de claridad teórica de *tales* personas hay que asumir una actitud del todo distinta de la que adoptamos y debemos adoptar frente al embrollo teórico existente en las mentes y a la ausencia de consecuencia revolucionaria en los corazones de los del CO, "socialistas-revolucionarios"[71], tolstoianos[72], anarquistas, kautskianos paneuropeos ("centro"), etc. Una cosa son los adultos que confunden al proletariado, que pretenden guiar y enseñar a los demás; contra ellos hay que luchar *despiadadamente*. Otra cosa son las organizaciones de la *juventud*, que declaran en forma abierta que aún están aprendiendo, que su tarea fundamental es preparar cuadros de los partidos socialistas. A esta gente hay que ayudarla por todos los medios, encarando con la mayor paciencia sus errores, tratando de corregirlos poco a poco, sobre todo con la *persuasión* y no con la lucha. No pocas veces sucede que los representantes de las generaciones maduras y viejas no *saben* tratar debidamente a la juventud que, necesariamente tiene que aproximarse al socialismo *de una manera distinta*, no *por el mismo* camino, ni en *la misma forma*, ni *en las mismas* circunstancias en que lo han hecho sus padres. Por lo tanto, entre otras cosas, debemos estar incondicionalmente *a favor de la independencia orgánica* de la unión juvenil, *y no sólo* porque los oportunistas temen esa independencia, sino por la esencia misma del asunto. Porque sin una independencia absoluta, la juventud *no podrá* formar de sí misma nuevos socialistas ni prepararse para llevar el socialismo *adelante*.

¡Por la independencia plena de las uniones juveniles, pero también por la plena libertad de crítica fraternal de sus errores! No debemos adular a la juventud.

Entre los errores del excelente órgano mencionado por nosotros, figuran, en primer lugar, los tres siguientes:

1) Sobre la cuestión del desarme (o la "desmilitarización") se ha adoptado una posición incorrecta, que criticamos más arriba en artículo aparte*. Hay motivos para creer que el error ha sido provocado por el excelente propósito de subrayar la necesidad de aspirar a una "total exterminación del militarismo" (lo cual es muy justo) olvidándose del papel que desempeñan las guerras civiles en una revolución socialista.

2) Sobre la cuestión de la diferencia entre socialistas y anarquistas en su actitud frente al

---

* Véase V. I. Lenin. *Acerca de la consigna del "desarme"*. (*N. de la Edit.*)

Estado, se ha cometido un error muy grave en el artículo del camarada Nota Bene (núm. 6) (así como sobre algunas otras cuestiones: por ejemplo, la *argumentación* de nuestra lucha contra la consigna de "defensa de la patria"). El autor quiere dar una "idea clara acerca del Estado en general" (junto con la idea de un Estado imperialista de bandidos). Cita algunas declaraciones de Marx y Engels. Llega, entre otras, a las dos conclusiones siguientes:

a) "...Es completamente erróneo buscar la diferencia entre socialistas y anarquistas en el hecho de que los primeros sean partidarios y los segundos adversarios del Estado. En realidad, la diferencia consiste en que la socialdemocracia revolucionaria quiere organizar una nueva producción social, centralizada, es decir, técnicamente más progresista, mientras que la producción anárquica descentralizada tan sólo implicaría un paso atrás hacia la vieja técnica, hacia la vieja forma de empresa". Esto no es justo. El autor pregunta cuál es la diferencia de actitud entre socialistas y anarquistas *frente al Estado*; pero *no* contesta *a esta* pregunta, sino *a otra* referente a la actitud de ellos frente a la base económica de la sociedad futura. Es un problema muy importante y necesario, por cierto. Pero ello no implica que se pueda olvidar lo *principal* en las diferentes actitudes de socialistas y anarquistas ante el Estado. Los socialistas defienden la utilización del Estado contemporáneo y de sus instituciones en la lucha por la liberación de la clase obrera, y también la necesidad de servirse del Estado para realizar una forma singular de transición del capitalismo al socialismo. Esta forma transitoria es la dictadura del proletariado, que *también* es un Estado.

Los anarquistas quieren "suprimir" el Estado, "hacerlo volar" ("sprengen"), como expresa en un pasaje el camarada Nota Bene, atribuyendo equivocadamente ese punto de vista a los socialistas. Los socialistas -el autor cita en una forma muy incompleta, por desgracia, las palabras de Engels alusivas- reconocen la "extinción", el "adormecimiento" gradual del Estado *después* de la expropiación de la burguesía.

b) "La socialdemocracia, que es, o por lo menos debe ser, la educadora de las masas, más que nunca debe destacar ahora su hostilidad de principios hacia el Estado... La guerra actual ha demostrado cuán profundamente han penetrado en el alma de los obreros las raíces de la institucionalidad". Así escribe el camarada Nota Bene. Para "destacar" la "hostilidad de principios" hacia el Estado hay que comprenderla realmente "con claridad", y el autor carece de ella. En cuanto a la frase relativa a las "raíces de la institucionalidad", es del todo confusa: ni marxista ni socialista. No es la "institucionalidad" la que ha chocado con la negación del Estado, sino la política oportunista (es decir, una actitud oportunista, reformista, burguesa, frente al Estado) que ha chocado con la política socialdemócrata revolucionaria (es decir, con una actitud socialdemócrata revolucionaria frente al Estado burgués y frente a la posibilidad de utilizarlo contra la burguesía para su derrocamiento). Son cosas total, enteramente distintas. Esperamos poder volver a esta cuestión tan importante en un artículo especial.

3) En la "declaración de principio de la Unión Internacional de Organizaciones Socialistas de la Juventud", publicada en el número 6 como "proyecto del Secretariado", no son pocas las inexactitudes y falta por completo *lo principal*: una confrontación clara de las *tres* tendencias radicales (socialchovinismo; "centro"; izquierda) que hoy luchan en el socialismo de todo el mundo.

Repito: estos errores deben ser refutados y esclarecidos, buscando establecer, sin escatimar esfuerzos, un contacto y un acercamiento con las organizaciones juveniles, ayudándolas por todos los medios posibles; pero hay que *saber* abordarlas.

Publicado en diciembre de 1916 en el núm. 2 de "Sbórnik Sotsial-Demokrata".

T. 30, págs. 225-229.

PACIFISMO BURGUÉS Y PACIFISMO SOCIALISTA.

Artículo (o capítulo) I. Un viraje en la política mundial.

Hay síntomas de que tal viraje se produjo o está a punto de producirse. Se trata, concretamente, del viraje de la guerra imperialista a la paz imperialista.

He aquí los síntomas principales: ambas coaliciones imperialistas están, sin duda, muy extenuadas; se ha hecho difícil continuar la guerra; es difícil para los capitalistas, en general, y para el capital financiero, en particular, desplumar a los pueblos más sustancialmente de lo que ya lo hicieron en forma de escandalosas ganancias "de guerra"; el capital financiero de los países neutrales, Estados Unidos, Holanda, Suiza, etc., que obtuvo enormes ganancias de la guerra y al que no es fácil continuar este "ventajoso" negocio por escasez de materias primas y de víveres, está saciado; Alemania empeña tenaces esfuerzos por inducir a uno u otro aliado de Inglaterra, su principal rival imperialista, a que la abandone; el gobierno alemán ha hecho declaraciones pacifistas, a las que han seguido declaraciones similares de varios gobiernos de países neutrales.

¿Existen probabilidades de una pronta terminación de la guerra?

Es muy difícil dar una respuesta positiva a esta pregunta. A nuestro parecer, se perfilan dos posibilidades bastante claras.

Primera, la conclusión de una paz por separado entre Alemania y Rusia, aunque quizá no en la forma corriente de un tratado formal por escrito. Segunda, esa paz no se concluye; Inglaterra y sus aliados todavía están en condiciones de aguantar uno o dos años más, etc. En el primer casó la guerra terminaría con seguridad, si no inmediatamente, en un futuro muy próximo, y no se pueden esperar cambios importantes en su curso. En el segundo caso la guerra podría continuar indefinidamente.

Examinemos el primer caso.

Es indudable que se estuvo negociando recientemente una paz por separado entre Alemania y Rusia; que el propio Nicolás II o la influyente camarilla palaciega son partidarios de una paz semejante; que en la política mundial se perfila un viraje de la alianza imperialista entre Rusia e Inglaterra contra Alemania, hacia una alianza, no menos imperialista, entre Rusia y Alemania contra Inglaterra.

La sustitución de Shtümer por Trépov, la declaración pública del zarismo de que el "derecho" de Rusia sobre Constantinopla ha sido reconocido por todos los aliados y la creación por Alemania de un Estado polaco separado parecen indicios de que las negociaciones sobre una paz por separado terminaron en un fracaso. ¿Quizás el zarismo sostuvo estas negociaciones *sólo* para extorsionar a Inglaterra, para lograr de ella un reconocimiento formal e inequívoco del "derecho" de Nicolás el Sanguinario sobre Constantinopla y ciertas garantías "de peso" de ese derecho?

Esta suposición no tiene nada de improbable, dado que el propósito principal fundamental, de la actual guerra imperialista es el reparto del botín entre los tres principales rivales imperialistas, entre los tres bandoleros: Rusia, Alemania e Inglaterra.

Por otra parte, mientras más claro es para el zarismo que no existe posibilidad práctica militar de recuperar Polonia, conquistar Constantinopla, romper el férreo frente de Alemania, que ésta endereza, reduce y refuerza magníficamente con sus recientes victorias en Rumania, más *se ve obligado* el zarismo a concluir una paz por separado con Alemania, *esto es*, a trocar su alianza imperialista con Inglaterra contra Alemania por una alianza imperialista con Alemania contra Inglaterra. ¿Por qué no? ¿No estuvo acaso Rusia al borde de una guerra con Inglaterra debido a la rivalidad imperialista de ambas potencias por reparto del botín en Asia Central? ¿Y no estuvieron, acaso, Inglaterra y Alemania negociando una alianza *contra* Rusia, en 1898? ¡Acordaron entonces, secretamente, repartirse las colonias portuguesas en la "eventualidad" de que Portugal no cumpliera sus obligaciones financieras!

La tendencia creciente entre los círculos imperialistas dirigentes de Alemania hacia una alianza con Rusia contra Inglaterra estaba ya claramente definida varios meses atrás. La base de esta alianza, evidentemente, ha de ser el reparto de Galitzia (es muy importante para el zarismo estrangular el centro de la agitación ucraniana y de la libertad ucraniana), de Armenia ¡*y quizá de Rumania*! En efecto, ¡en un diario alemán se deslizó la "insinuación" de que Rumania podría ser repartida entre Austria, Bulgaria y Rusia! Alemania podría

acordar algunas "concesiones menores" al zarismo, a cambio de una alianza con Rusia y quizá también con Japón, contra Inglaterra.

Una paz por separado entre Nicolás II y Guillermo II pudo haber sido concluida en secreto. Ha habido casos, en la historia de la diplomacia, de tratados que nadie conocía, ni siquiera los ministros, a excepción de dos o tres personas. En la historia de la diplomacia ha habido casos de "grandes potencias" que se reunían en congresos "europeos", después que los principales rivales habían decidido, entre ellos, secretamente, las cuestiones fundamentales (por ejemplo, el acuerdo secreto entre Rusia e Inglaterra para saquear Turquía antes del Congreso de Berlín de 1878). ¡No tendría nada de sorprendente que el zarismo rechazara una paz formal por separado entre los gobiernos, considerando, entre otras cosas, que dada la situación actual en Rusia, Miliukov y Guchkov o Miliukov y Kerenski podrían apoderarse del gobierno, y que, al mismo tiempo, concluyera un tratado secreto, informal, pero no menos "sólido" con Alemania, estipulando que las dos "altas partes contratantes" seguirían juntas una *determinada* política en el futuro congreso de paz!

Es imposible decir si esta suposición es o no cierta. De todos modos está mil veces más cerca de la *verdad*, es una descripción mucho mejor *del real estado de cosas* que las continuas frases melifluas sobre la paz que intercambian los gobiernos actuales o cualquier gobierno burgués, basadas en el rechazo de las anexiones, etc. Esas frases son, o bien ingenuos deseos, o bien hipocresía y mentiras destinadas a ocultar la verdad. Y la verdad del momento actual, de la guerra actual, de las actuales tentativas de concluir la paz, consiste en el *reparto del botín imperialista*. Ese es el quid, comprender esta verdad, manifestarla, "mostrar el real estado de cosas" es la tarea fundamental de la política socialista, a diferencia de la política burguesa, cuyo objetivo principal es ocultar, disimular esta verdad.

Ambas coaliciones imperialistas se apoderaron de una determinada cantidad de botín, y los dos principales y más fuertes bandoleros, Alemania e Inglaterra, fueron los que más arrebataron. Inglaterra no perdió un palmo de su territorio ni de sus colonias; "adquirió" las colonias alemanas y parte de Turquía (Mesopotamia). Alemania perdió casi todas sus colonias, pero adquirió territorios inconmensurablemente más valiosos en Europa, al apoderarse de Bélgica, Serbia, Rumania, parte de Francia, parte de Rusia, etc. Ahora se lucha por el reparto de ese botín, y el "cabecilla" de cada banda de ladrones, es decir, Inglaterra y Alemania, en cierto grado debe recompensar a sus aliados, los cuales, a excepción de Bulgaria y en menor medida Italia, sufrieron pérdidas muy grandes. Los aliados más débiles fueron los que más perdieron: en la coalición inglesa, Bélgica, Serbia, Montenegro, Rumania fueron aplastados; en la coalición alemana, Turquía perdió Armenia y parte de la Mesopotamia.

Hasta ahora el botín de Alemania es, indudablemente, mucho mayor que el de Inglaterra. Hasta ahora ha vencido Alemania, demostró ser mucho más fuerte de lo que se previera antes de la guerra. Por lo tanto, como es natural, a Alemania le convendría concluir la paz cuanto antes, pues su rival aún podría, de ofrecérsele la oportunidad más ventajosa concebible (aunque poco probable), movilizar una más numerosa reserva de reclutas, etc.

Tal es la situación *objetiva*. Tal es la situación actual en la lucha por el reparto del botín imperialista. Es muy natural que esta situación dé lugar a tendencias, declaraciones y manifestaciones pacifistas, primero entre la burguesía y los gobiernos de la coalición alemana y luego de los países neutrales. Es igualmente natural que la burguesía y *sus* gobiernos se vean obligados a hacer todos los esfuerzos imaginables para engañar a los pueblos, para encubrir la horrible desnudez de una paz imperialista -el reparto del botín-, mediante frases, frases enteramente falsas sobre una paz democrática, la libertad de las naciones pequeñas, la reducción de armamentos, etc.

Pero si es natural que la burguesía trate de engañar a los pueblos, ¿de qué manera cumplen su deber los socialistas? De esto nos ocuparemos en el próximo artículo (o capítulo).

Artículo (o capítulo) II. El pacifismo de Kautsky y de Turati.

Kautsky es el teórico de mayor autoridad de la II Internacional, el más destacado dirigente del llamado "centro marxista" en Alemania, el representante de la oposición que organizó en el Reichstag un grupo aparte: el Grupo Socialdemócrata del Trabajo (Haase, Ledebour y otros). En varios periódicos socialdemócratas de Alemania se publican ahora artículos de Kautsky sobre las condiciones de paz, parafraseando la declaración oficial del Grupo Socialdemócrata del Trabajo sobre la conocida nota del gobierno alemán que proponía negociar la paz. La declaración que exhorta al gobierno a proponer determinadas condiciones de paz contiene la siguiente frase característica:

> "…Para que dicha nota (del gobierno alemán) conduzca a la paz, todos los países deben renunciar inequívocamente a toda idea de anexarse territorios ajenos, de someter política, económica o militarmente a cualquier pueblo de otro Estado..."

Kautsky parafrasea y concreta este aserto y "demuestra" circunstanciadamente en sus artículos que Constantinopla no debe pasar a poder de Rusia y que Turquía no debe convertirse en Estado vasallo de nadie.

Examinemos más atentamente esas consignas y

esos argumentos políticos de Kautsky y de sus correligionarios.

Cuando se trata de Rusia, es decir, el rival imperialista de Alemania, Kautsky no plantea exigencias abstractas o "generales", sino una exigencia muy concreta, precisa y de terminada: Constantinopla no debe pasar a poder de Rusia. Con ello *desenmascara* las *verdaderas* intenciones imperialistas... de Rusia. Sin embargo, cuando se trata de Alemania, es decir, del país en el cual la mayoría del partido que no deja de considerar a Kautsky un afiliado suyo (y que lo nombró director de su principal órgano teórico, *Die Neue Zeit*) ayuda a la burguesía y al gobierno a hacer una guerra Imperialista, Kautsky *no* desenmascara las intenciones imperialistas *concretas* de su *propio* gobierno, sino que se limita a un deseo o una proposición "general": ¡¡Turquía no debe convertirse en Estado vasallo de nadie!!

¿En qué se distingue, en esencia, la política de Kautsky de la de los, por así decirlo, socialchovinistas belicosos (es decir, socialistas de palabra, pero chovinistas en los hechos) de Francia e Inglaterra? Desenmascaran francamente los actos imperialistas concretos de Alemania y al mismo tiempo no van más allá de los deseos o proposiciones "generales" cuando se trata de países y de pueblos conquistados por Inglaterra y Rusia. Gritan a propósito de la ocupación de Bélgica y Serbia, pero no dicen nada sobre la incautación de Galitzia, de Armenia y de las colonias africanas.

En realidad, tanto la política de Kautsky como la de Sembat y Henderson ayudan a *sus respectivos* gobiernos imperialistas, centrando la atención en la perversidad de su rival y enemigo y arrojando un velo de frases vagas, genera les y de deseos bondadosos en torno de la conducta *igualmente* imperialista de "*su propia*" burguesía. Dejaríamos de ser marxistas, dejaríamos de ser socialistas en general, si nos limitáramos a una contemplación cristiana, por así decirlo, de la bondad de las bondadosas frases generales y nos abstuviéramos de desenmascarar su significado político *real*. ¿Acaso no vemos continuamente a la diplomacia de todas las potencias imperialistas hacer alarde de magnánimas frases "generales" y de declaraciones "democráticas", a fin de *encubrir* el saqueo, la violación y el estrangulamiento de las naciones pequeñas?

"Turquía no debe convertirse en Estado vasallo de nadie..." Si no digo más que eso, parece que soy partidario de la total libertad de Turquía. Pero en realidad no hago más que repetir una frase que pronuncian habitualmente los diplomáticos alemanes que mienten y recurren a la hipocresía *deliberadamente*, y que utilizan esa frase para encubrir el *hecho* de que Alemania ¡*ya ha* convertido a Turquía en su vasallo financiero y militar! Y si yo soy un socialista alemán, mis frases "generales" sólo podrán *beneficiar* a la diplomacia alemana, porque su significado real es que *embellecen* el imperialismo alemán.

> "...Todos los países deben renunciar a la idea de las anexiones..., del sometimiento económico de cualquier pueblo…"

¡Cuánta generosidad! Miles de veces los imperialistas "han renunciado a la idea" de las anexiones y al estrangulamiento financiero de las naciones débiles, pero ¿no convendría comparar esas renuncias con los *hechos* que demuestran que cualquier gran banco de Alemania, Inglaterra, Francia, o Estados Unidos *tiene* "*sometidas*" a naciones pequeñas? ¿Puede, acaso, un gobierno burgués actual de un país rico renunciar *realmente* a las anexiones y al sometimiento económico de pueblos extranjeros, cuando se han invertido miles y miles de millones en los ferrocarriles y otras empresas de las naciones débiles?

¿Quienes luchan realmente contra las anexiones, etc.? ¿Aquellos que lanzan hipócritamente frases generosas que, objetivamente, significan lo mismo que el agua bendita cristiana con que se rocía a los ladrones coronados y capitalistas? ¿O aquellos que explican a los obreros que, sin derrocar a la burguesía imperialista y a sus gobiernos, es imposible poner fin a las anexiones y al estrangulamiento financiero?

He aquí un ejemplo italiano del tipo de pacifismo que predica Kautsky.

En el órgano central del Partido Socialista Italiano, *Avanti!*[73], del 25 de diciembre de 1916, el conocido reformista Felipe Turati publicó un artículo titulado *Abracadabra*. El 22 de noviembre de 1916 –dice- el grupo socialista presentó, en el Parlamento italiano, una moción sobre la paz. Declaró "su conformidad con los principios proclamados por los representantes de Inglaterra y Alemania, principios que deberían constituir la base de una posible paz, e invitó al gobierno a iniciar negociaciones de paz con la mediación de Estados Unidos y otros países neutrales". Esta es la versión de Turati de la proposición socialista.

El 6 de diciembre de 1916 la Cámara "entierra" la resolución socialista, "postergando" el debate en torno a ella. El 12 de diciembre el canciller alemán propone en el Reichstag la mismísima cosa que habían propuesto los socialistas italianos. El 22 de diciembre Wilson publica su nota, que, según F. Titrati, "parafrasea y repite las ideas y los argumentos de la proposición socialista". El 23 de diciembre otros Estados neutrales salen a la palestra y parafrasean la nota de Wilson.

Nos acusan de habernos vendido a Alemania, exclama Turati. ¿Se han vendido también a Alemania Wilson y los países neutrales?

El 17 de diciembre Turati pronunció un discurso en el Parlamento, uno de cuyos pasajes provocó una

desacostumbrada y merecida sensación. He aquí ese pasaje, según la información de *Avanti!*:

> "...Supongamos que en una discusión parecida a la que propone Alemania sea posible resolver, en lo fundamental, cuestiones tales como la evacuación de Bélgica y Francia, la restauración de Rumania, Serbia y, si se quiere, de Montenegro; yo agregaría la rectificación de las fronteras italianas en lo que se refiere a lo indiscutiblemente italiano y que corresponde a garantías de carácter estratégico..." En este punto, la Cámara burguesa y chovinista interrumpo a Turati, y de todas partes se oyen exclamaciones: "¡Magnifico! ¡De modo que también usted quiere todo eso! ¡Viva Turati! ¡Viva Turati!..."

Por lo visto, Turati comprendió que algo no estaba bien en ese entusiasmo burgués y trató de "corregirse" o "explicarse":

> "...Señores –dijo- no es momento para bromas inoportunas. Una cosa es admitir la conveniencia y el derecho de la unidad nacional, que siempre hemos reconocido; pero es algo muy diferente provocar o justificar la guerra por ese motivo".

Pero ni la "explicación" de Turati, ni los artículos de *Avanti!* defendiéndolo, ni la carta de Turati del 21 de diciembre, ni el artículo de un tal "*bb*" aparecido en el *Volksrecht* de Zúrich pueden "enmendar" o suprimir el hecho de que ¡*Turati enseñó la oreja*! ... o, más correctamente, no sólo Turati, enseñó la oreja todo el pacifismo socialista, representado también por Kautsky y, como veremos más adelante, por los "kautskianos" franceses. La prensa burguesa de Italia tuvo razón cuando recogió ese pasaje del discurso de Turati regocijándose al respecto.

El mencionado "*bb*" intentó defender a Turati arguyendo que éste sólo aludía al "derecho de autodeterminación de las naciones".

¡Pobre defensa! ¿Qué tiene que ver esto con el "derecho de autodeterminación de las naciones", que, como todos saben, se refiere en el programa de los marxistas -y siempre se ha referido en el programa de la democracia internacional- a la defensa de los pueblos *oprimidos*? ¿Qué tiene que ver con el "derecho de autodeterminación de las naciones" la guerra imperialista, es decir, una guerra por el reparto de colonias, una guerra por la *opresión* de otros países, una guerra *entre* potencias rapaces y opresoras, para decidir *cuál* de ellas oprimirá más naciones extranjeras?

¿En qué se diferencia este argumento de la autodeterminación de las naciones usado para justificar una guerra imperialista, y no una guerra nacional, de los discursos de Aléxinski, Hervé, Hyndman? Ellos oponen la *república* en Francia a la monarquía en Alemania, aunque todos saben que esta guerra no se debe al conflicto entre los principios republicanos y monárquicos, sino que es una guerra entre dos coaliciones imperialistas por el reparto de las colonias, etc.

Turati explicó y alegó que él *de ninguna manera* "justifica" la guerra.

Admitamos las explicaciones del reformista y kautskiano Turati, de que no fue su *intención* justificar la guerra, ¿pero quién ignora que en política no son las intenciones lo que cuenta, sino los actos, no las buenas intenciones, sino los hechos, no lo imaginario, sino lo real?

Admitamos que Turati no haya querido justificar la guerra, que Kautsky no haya querido justificar que Alemania hiciera de Turquía un país vasallo del imperialismo alemán. Pero el *hecho* sigue siendo que estos dos bondadosos pacifistas ¡*justificaron la guerra*! Este es el fondo del asunto. Si Kautsky hubiera declarado que "Constantinopla no debe pasar a poder de Rusia, Turquía no debe ser un Estado vasallo de nadie", no en una revista, tan aburrida que nadie la lee, sino en el Parlamento, ante un público burgués vivaz, impresionable, de temperamento meridional, no habría sido sorprendente que los ingeniosos burgueses exclamaran:"¡Magnifico! ¡Bien dicho! ¡Viva Kautsky!"

Lo quisiera o no, deliberadamente o no, lo cierto es que expuso el punto de vista de un comisionista burgués al proponer un arreglo amistoso entre los piratas imperialistas. La "liberación" de las regiones italianas pertenecientes a Austria sería, *en la práctica*, una recompensa disimulada a la burguesía italiana por su participación en la guerra imperialista de una gigantesca coalición imperialista. Sería una migaja que se sumaría al reparto de colonias en África, y zonas de influencia en Dalmacia y Albania. Es natural, quizá, que el reformista Turati adopte un punto de vista burgués, pero Kautsky en realidad no se diferencia absolutamente en nada de Turati.

Para no embellecer la guerra imperialista y no ayudar a la burguesía a hacerla pasar falsamente por una guerra nacional, por una guerra de liberación de los pueblos, para no deslizarse a la posición del reformismo burgués, hay que hablar, no con el lenguaje de Kautsky y Turati, sino con el lenguaje de Carlos Liebknecht: decir a la *propia* burguesía que es hipócrita cuando habla de liberación nacional, que esta guerra no puede terminar en una paz democrática, a no ser que el proletariado "vuelva sus armas" contra *sus propios* gobiernos.

Esta es la única posición posible de un verdadero marxista, de un verdadero socialista y no de un reformista burgués. No trabajan realmente en beneficio de una paz democrática aquellos que repitan los bondadosos y generales deseos del pacifismo, que nada dicen y a nada obligan. Sólo trabaja para esa paz quien desenmascara el carácter imperialista de la guerra actual y de la paz imperialista que se está preparando y llama a los pueblos a rebelarse contra los gobiernos criminales.

Algunos tratan a veces de defender a Kautsky y a

Turati diciendo que, legalmente, no podían más que "insinuar" su oposición al gobierno; y, por cierto, los pacifistas de esa clase hacen tales "insinuaciones". A esto hay que contestar, primero, que la imposibilidad de decir legalmente la verdad no es un argumento a favor del ocultamiento de la verdad, sino a favor de la necesidad de crear una organización y una prensa ilegales, libres de la vigilancia policial y de la censura; segundo, que existen momentos históricos en que al socialista se le *exige* que rompa con toda legalidad; tercero, que aun en la época de la servidumbre en Rusia, Dobroliúbov y Chernyshevski se ingeniaban para decir la verdad ora con su silencio, como a propósito del Manifiesto del 19 de febrero de 1861[74], ora ridiculizando y fustigando a los liberales de entonces que pronunciaban discursos idénticos a los de Turati y Kautsky.

En el próximo artículo nos ocuparemos del pacifismo francés, que halló expresión en las resoluciones aprobadas por los dos congresos de organizaciones obreras y socialistas de Francia, recientemente celebrados.

Artículo (o capítulo) III. El pacifismo de los socialistas y sindicalistas franceses.

Acaban de celebrarse los congresos de la CGT francesa (*Confédération générale du Travail*)[75] y del Partido Socialista Francés[76]. En estos congresos se puso de manifiesto con toda precisión el verdadero significado y el verdadero papel del pacifismo socialista en el momento actual.

He aquí la resolución aprobada *por unanimidad* en el congreso sindical. La mayoría de los chovinistas empedernidos, encabezados por el tristemente conocido Jouhaux, el anarquista Broutchoux y... el "zimmerwaldiano" Merrheim, todos votaron por la resolución:

> "La conferencia de federaciones gremiales nacionales, sindicatos y bolsas de trabajo, tomando en cuenta la Nota del presidente de Estados Unidos que "invita a todas las naciones que están ahora en guerra a exponer públicamente sus opiniones sobre las condiciones en las que se podría poner fin a la contienda";
>
> solicita del gobierno francés que preste su conformidad a dicha propuesta;
>
> invita al gobierno a tomar la iniciativa de realizar una proposición similar a sus aliados para apresurar la hora de la paz;
>
> declara que la federación de naciones, que es una de las garantías de una paz definitiva, puede ser factible sólo a condición de que se respeten la independencia, la inviolabilidad territorial y la libertad política y económica de todas las naciones, grandes y pequeñas.
>
> Las organizaciones representadas en esta conferencia se comprometen a apoyar y difundir esta idea entre las masas de obreros para poner fin a la presente situación indefinida y ambigua que sólo puede beneficiar a la diplomacia secreta contra la cual siempre se reveló la clase obrera".

He aquí un ejemplo de un pacifismo "puro", enteramente en el estilo de Kautsky, un pacifismo aprobado por una organización obrera oficial que nada tiene de común con el marxismo y compuesta en su mayoría por chovinistas. Tenemos ante nosotros un documento relevante -merecedor de la más seria atención- de la *unidad política* de los chovinistas y de los "kautskianos", basada en vacías frases pacifistas. En el artículo anterior hemos tratado de explicar la base *teórica* de la unidad de ideas de los chovinistas y los pacifistas, de los burgueses y los reformistas socialistas. Vemos ahora esa unidad realizada *en la práctica* en otro país imperialista.

En la Conferencia de Zimmerwald, 5-8 de septiembre de 1915, Merrheim declaró: "*El partido, los Jouhaux, el gobierno, no son sino tres cabezas bajo un mismo bonete*", es decir son una misma cosa. En la Conferencia de la CGT del 26 de diciembre de 1916 Merrheim votó *junto con Jouhaux*, a favor de una resolución pacifista. El 23 de diciembre de 1916 uno de los órganos periodísticos más francos y extremistas de los socialimperialistas alemanes, el *Volksstimme*[77] de Chemnitz, publicó un editorial titulado: *La descomposición de los partidos burgueses y el restablecimiento de la unidad socialdemócrata*. Como es de imaginar, en él se elogia el pacifismo de Südekum, Legien, Scheidemann y Cía., de toda la mayoría del Partido Socialdemócrata Alemán, y también del gobierno alemán. Proclama que: "el primer congreso del partido que ha de convocarse después de la guerra debe restablecer la unidad del partido, excepción hecha de los pocos fanáticos que se niegan a pagar las cuotas del partido" (es decir ¡de los partidarios de Carlos Liebknecht!), "...unidad del partido basada en la política de la dirección del partido, del grupo socialdemócrata del Reichstag y de los sindicatos".

Aquí con claridad meridiana se expresa la idea y se proclama la política de "unidad" de los socialchovinistas alemanes declarados con Kautsky y Cía., con el Grupo Socialdemócrata del Trabajo, unidad basada en frases pacifistas, ¡"unidad" como la lograda en Francia el 26 de diciembre de 1916 entre Jouhaux y Merrheim!

El órgano central del Partido Socialista Italiano, *Avanti!*, dice en un editorial del 28 de diciembre de 1916:

> "Si bien Bissolati y Südekum, Bonomi y Scheidemann, Sembat y David, .Jouhaux y Legien se han pasado al campo del nacionalismo burgués y han traicionado (hanno tradito) la unidad ideológica internacionalista, que prometieron servir leal y fielmente, nosotros nos quedaremos junto a nuestros camaradas alemanes como Liebknecht Ledebour, Hoffmann, Meyer, y a

nuestros camaradas franceses como Merrheim, Blanc, Brizon, Raffin-Dugens, quienes no han cambiado ni vacilado".

Obsérvese el embrollo de esta declaración:

Bissolati y Bonomi fueron *expulsados* antes de la guerra del Partido Socialista Italiano por ser reformistas y chovinistas. *Avanti!* los coloca en el mismo nivel que a Südekum y Legien, y con toda razón por cierto; pero Südekum, David y Legien están a la cabeza del pretendido Partido Socialdemócrata Alemán, que en realidad es un partido socialchovinista, y este mismo *Avanti!* se opone a su expulsión, se opone a una ruptura con ellos, y se opone a la formación de una III Internacional. *Avanti!* califica con justa razón a Legien y Jouhaux de desertores que se han pasado al campo del nacionalismo burgués, y contrapone su conducta a la de Liebknecht, Ledebour, Merrheim y Brizon. Pero hemos visto que Merrheim *vota junto con Jouhaux* y que Legien manifiesta, en el *Volksstimme* de Chemnitz, su confianza en el restablecimiento de la unidad del partido, con la *única* excepción de los partidarios de Liebknecht, es decir, ¡¡"unidad" *con* el Grupo Socialdemócrata del Trabajo (incluyendo a Kautsky) al cual pertenece Ledebour!

Ese embrollo surge del hecho de que *Avanti!* confunde el pacifismo burgués con el internacionalismo socialdemócrata revolucionario, mientras que los politiqueros experimentados como Legien y Jouhaux comprenden perfectamente que el pacifismo socialista y el pacifismo burgués son *idénticos*.

¡Cómo no iban a regocijarse el señor Jouhaux y su periódico, el chovinista *La Bataille*[78], con la "unanimidad" de Jouhaux y de Merrheim , cuando, *en realidad*, la resolución adoptada por unanimidad, que hemos reproducido íntegramente más arriba, no contiene nada salvo frases pacifistas burguesas, *ni asomo* de conciencia revolucionaria, *ni una sola* idea socialista!

¿No es ridículo hablar de "libertad económica de todas las naciones, grandes y pequeñas", y no decir una sola palabra sobre el hecho de que mientras no sean derrocados los gobiernos burgueses y no se expropie a la burguesía, esos discursos sobre "libertad económica" *engañan* al pueblo, del mismo modo que los discursos sobre la "libertad económica" de los ciudad *en general*, de los campesinos pequeños y ricos, de los obreros y los capitalistas, en la sociedad moderna?

La resolución que votaron por unanimidad Jouhaux y Merrheim está totalmente saturada con las ideas del "nacionalismo burgués" que *Avanti!* señala muy acertadamente en Jouhaux, mientras que, cosa bastante extraña, *no alcanza* ver en Merrheim.

Los nacionalistas burgueses han hecho alarde, siempre y en todas partes, de frases "generales" sobre una "federación de naciones" *en general*, y sobre la "libertad económica de todas las naciones grandes y pequeñas". Pero los socialistas, a diferencia de los nacionalistas burgueses, siempre han dicho y dicen ahora: la retórica acerca de la "libertad económica de las naciones grandes y pequeñas" es una hipocresía repugnante, en tanto *ciertas* naciones (por ejemplo Inglaterra y Francia) hagan inversiones en el extranjero, es decir, concedan préstamos de *decenas y decenas de miles de millones de francos* con intereses usurarios a las naciones pequeñas y atrasadas, y en tanto las naciones pequeñas y débiles se encuentren sometidas a ellas.

Los socialistas no podrían haber dejado pasar sin una protesta decidida *una sola frase* de la resolución que votaron por unanimidad Jouhaux y Merrheim. Los socialistas habrían declarado, en contraposición abierta a dicha resolución, que la declaración de Wilson es pura mentira e hipocresía, porque Wilson representa a la burguesía que ha ganado miles de millones con la guerra, porque es el jefe de un gobierno que armó frenéticamente a los Estados Unidos con el evidente propósito de desencadenar una *segunda* gran guerra imperialista. Los socialistas habrían declarado que el gobierno burgués francés está atado de pies y manos por el capital financiero, del cual es esclavo, y por los tratados secretos imperialistas, enteramente rapaces y reaccionarios, con Inglaterra, Rusia, etc., y por ello no está en condiciones de decir ni de hacer nada que no sea proferir las mismas mentiras sobre una paz democrática y "justa". Los socialistas habrían declarado que la lucha por una paz semejante no se libra repitiendo frases pacifistas generales, afables, melifluas, vacías, que no hacen nada y a nada obligan, y que sólo sirven para embellecer la ruindad del imperialismo. Esa lucha se puede librar solamente diciendo a los pueblos la *verdad*, diciéndoles que para obtener una paz justa y democrática es preciso derrocar a los gobiernos burgueses de todos los países beligerantes y aprovechar para ello el hecho de que millones de obreros están armados, y que el alto costo de vida y los horrores de la guerra imperialista han provocado la cólera de las masas.

Eso es lo que deberían haber dicho los socialistas en lugar de lo que se dice en la resolución de Jouhaux y Merrheim.

El Congreso del Partido Socialista Francés, que se realizó en París simultáneamente con el de la CGT, no sólo se abstuvo de decir eso, sino que adoptó una resolución *aún peor* que la mencionada más arriba. Fue aprobada por 2838 votos contra 119 y 20 abstenciones, es decir, ¡¡por el bloque de los socialchovinistas (Renaudel y Cía., los llamados "mayoritarios") y de los *longuetistas* (partidarios de Longuet, kautskianos franceses)!! ¡¡Además votaron por esa resolución el zimmerwaldiano Bourderon y el

kienthaliano Raffin-Dugens!!

No vamos a reproducir la resolución, pues es desmedidamente larga y carece en absoluto de interés: contiene frases afables y melifluas sobre la paz *seguidas inmediatamente* de declaraciones afirmando estar dispuestos a seguir apoyando la llamada "defensa nacional" de Francia, es decir, la guerra imperialista que libra Francia en alianza con bandoleros más grandes y más fuertes, tales corno Inglaterra y Rusia.

Por consiguiente, en Francia, la unidad de los socialchovinistas con los pacifistas (o kautskianos) y un sector de los zimmerwaldianos se ha convertido en un hecho, no sólo en la CGT, sino también en el Partido Socialista.

Artículo (o capítulo) IV. Zimmerwald en la encrucijada.

El 28 de diciembre llegaron a Berna los periódicos franceses con la información sobre el Congreso de la CGT, y el 30 de diciembre, los periódicos socialistas de Berna y de Zúrich publicaron otro manifiesto de la ISK de Berna (*Internationa Sozialistische Kommission*), la Comisión Socialista Internacional, el organismo ejecutivo del grupo de Zimmerwald. En ese manifiesto, fechado a fines de diciembre de 1916, se habla de las propuesta de paz sugeridas por Alemania, Wilson y otros neutrales; y todos esos pasos gubernamentales son llamados, y con justa razón, por cierto, una "farsa de paz", "un juego para engañar a sus propios pueblos", "gesticulaciones diplomáticas pacifistas e hipócritas".

En oposición a este sainete y esta falsedad, el manifiesto declara que la "única fuerza" capaz de lograr la paz, etc., es la "firme voluntad" del proletariado internacional de "volver las armas, no contra sus hermanos, sino contra el enemigo dentro de sus propio país".

Los pasajes citados revelan claramente dos líneas políticas fundamentales diferentes que, por así decirlo, convivieron hasta ahora en el grupo zimmerwaldiano, pero que ahora se han separado definitivamente.

Por una parte, Turati declara, muy definida y correctamente, que la propuesta de Alemania, Wilson, etc., es sólo una "*paráfrasis*" del pacifismo "socialista" italiano; la declaración de los socialchovinistas alemanes y la votación de los franceses han demostrado que tanto unos como otros aprecian en su justo valor la utilidad del encubrimiento pacifista de su política.

Por otra parte, el Manifiesto de la Comisión Socialista Internacional califica de sainete e hipocresía el pacifismo de todos los gobiernos beligerantes y neutrales.

Por una parte, Jouhaux se une a Merrheim; Bourderon, Longuet y Raffin-Dugens se unen a Renaudel, Sembat y Thomas, mientras que los socialchovinistas alemanes Südekum, David y Scheidemann anuncian el próximo "restablecimiento de la unidad socialdemócrata" con Kautsky y con el Grupo Socialdemócrata del Trabajo.

Por otra parte, la Comisión Socialista Internacional llama a las "minorías socialistas" a luchar enérgicamente contra "sus propios gobiernos" y contra "sus mercenarios socialpatriotas" (*Söldlinge*).

Una u otra cosa.

O desenmascarar la futilidad, la estupidez y la hipocresía del pacifismo burgués, o "parafraseando" transformándolo en pacifismo "socialista". Luchar contra los Jouhaux, los Renaudel, los Legien y los David por ser "mercenarios" de los gobiernos, o unirse a ellos en vacías declamaciones pacifistas según modelo francés o alemán.

Esta es ahora la línea divisoria entre la derecha de Zimmerwald, que siempre se opuso enérgicamente a una ruptura con los socialchovinistas, y la izquierda, que en la Conferencia de Zimmerwald tuvo la previsión de separarse públicamente de la derecha y de presentar, en la conferencia, y más tarde, en la prensa, su propia plataforma. No es casual, sino inevitable que la proximidad de la paz o al menos la intensa discusión del problema de la paz por algunos elementos burgueses, llevara a una divergencia manifiesta entre ambas líneas políticas. Para los pacifistas burgueses y sus imitadores o remedadores "socialistas", la paz siempre ha sido y es un concepto fundamentalmente distinto, pues ni los unos ni los otros nunca comprendieron que "la guerra es la continuación de la política de paz, y la paz, la continuación de la política de guerra". Ni los burgueses, ni los socialchovinistas quieren ver que la guerra imperialista de 1914-1917 es la continuación de la política imperialista de 1898-1914, si no de un período todavía anterior. Ni los pacifistas burgueses, ni los socialistas pacifistas comprenden que sin el derrocamiento revolucionario de los gobiernos burgueses, la paz sólo puede ser *ahora* una paz imperialista, una continuación de la guerra imperialista.

Al valorar la guerra actual, ellos emplean frases adocenadas, vulgares y sin sentido sobre la agresión o la defensa en general, y emplean los mismos lugares comunes filisteos al valorar la paz, olvidando la situación histórica concreta, la realidad concreta de la lucha entre las potencias imperialistas. Y es completamente natural que los socialchovinistas, esos agentes de los gobiernos y de la burguesía dentro de los partidos obreros, aprovechen la proximidad de la paz en particular, o inclusive las meras conversaciones de paz, para *disfrazar* la profundidad de su reformismo y su oportunismo desenmascarada por la guerra, y restablecer así su quebrantada influencia sobre las masas. De ahí que

los socialchovinistas de Alemania y de Francia, como hemos visto, empeñen esfuerzos denodados por "unirse" con el sector pacifista, vacilante y sin principios de la "oposición".

También en el grupo zimmerwaldiano se harán, con toda seguridad, tentativas de velar la diferencia entre las dos líneas políticas irreconciliables. Se puede prever que las tentativas de este género seguirán dos direcciones. Una conciliación "utilitaria", combinando mecánicamente sonoras frases revolucionarias (tales como las del Manifiesto de la Comisión Socialista Internacional) con una práctica pacifista y oportunista. Así sucedió en la II Internacional. Las frases ultrarrevolucionarias de los manifiestos de Huysmans y Vandervelde y de algunas resoluciones de los congresos sólo sirvieron de pantalla para ocultar la práctica archioportunista de la mayoría de los partidos europeos, pero no modificaron, ni desbarataron, ni combatieron esa práctica. Es dudoso que esa táctica pueda prosperar de nuevo en el grupo zimmerwaldiano.

Los "conciliadores de principios" intentarán falsificar el marxismo diciendo, por ejemplo, que las reformas no excluyen la revolución; que una paz imperialista, con determinadas "mejoras" en las fronteras nacionales, en el derecho internacional, o en los gastos de armamento, etc., es posible, a la par del movimiento revolucionario como "uno de los aspectos del desarrollo" de ese movimiento; y así sucesivamente.

Eso sería una falsificación del marxismo. Las reformas, por supuesto, no excluyen la revolución. Pero no se trata de esto ahora, sino de que los revolucionarios no deben excluirse *ellos mismos* ante los reformistas, es decir, que los socialistas no deben remplazar su labor revolucionaria por una labor reformista. Europa atraviesa una situación revolucionaria. La guerra y la carestía agravan la situación. La transición de la guerra a la paz no suprimirá necesariamente la situación revolucionaria porque no hay ninguna base para creer que los millones de obreros, que tienen ahora en sus manos armas excelentes, permitirán sin falta ser "pacíficamente desarmados" por la burguesía en lugar de seguir el consejo de Liebknecht, o sea, volver las armas contra *su propia* burguesía

El problema no es como lo plantean los pacifistas, los kautskianos: o bien una campaña política reformista o el rechazo de reformas. Ese es un planteamiento burgués del problema. El problema es: o bien lucha revolucionaria, cuya consecuencia, en caso de no alcanzar un éxito total, son las reformas (esto ha sido demostrado por la historia de las revoluciones en todo el mundo), o nada más que discursos sobre reformas y promesas de reformas.

El reformismo de Kautsky, Turati y Bourderon, que se presenta ahora en forma de pacifismo, no sólo deja de lado el problema de la revolución (lo que *es de por sí* una traición al socialismo), no sólo renuncia en la práctica a toda labor revolucionaria sistemática y persistente, sino que llega a declarar incluso que las manifestaciones en las calles son acciones aventureras (Kautsky en *Die Neue Zeit*, 26 de noviembre de 1915). Llega hasta el punto de defender y realizar la unidad con los adversarios francos y decididos de la lucha revolucionaria los Südekum, los Legien, los Renaudel, los Thomas, etc., etc.

Ese reformismo es absolutamente incompatible con el marxismo revolucionario, cuya obligación es aprovechar, lo más posible, la presente situación revolucionaria en Europa para preconizar abiertamente la revolución, el derrocamiento de los gobiernos burgueses, la conquista del poder por el proletariado armado, sin renunciar ni negarse, en absoluto, a utilizar las reformas para desarrollar la lucha por la revolución y en el curso de ella.

El futuro inmediato nos indicará cuál será el curso de los acontecimientos en Europa, en particular la lucha entre el pacifismo reformista y el marxismo revolucionario, incluyendo la lucha entre los dos sectores zimmerwaldianos.

Zúrich, 1 de enero de 1917

Publicado por vez primera en 1924 en la "Recopilación Leninista II".

T. 30, págs. 239-260.

INFORME SOBRE LA REVOLUCIÓN DE 1905[79].

Jóvenes amigos y camaradas:

Hoy se cumple el duodécimo aniversario del "Domingo Sangriento", considerado con plena razón como el comienzo de la revolución rusa.

Millares de obreros -gentes no socialdemócratas, sino creyentes, súbditos leales-, dirigidos por un sacerdote llamado Gapón, afluyen de todas las partes de la ciudad al centro de la capital, a la plaza del Palacio de Invierno, para entregar una petición al zar. Los obreros llevan iconos; su jefe de entonces, Gapón, se había dirigido al zar por escrito, garantizándole la seguridad personal y rogándole que se presentara ante el pueblo.

Se llama a las tropas. Ulanos y cosacos se lanzan sobre la multitud con el sable desenvainado, ametrallan a los inermes obreros que, puestos de rodillas, suplicaban a los cosacos que se les permitiera ver al zar. Según los partes policíacos, hubo más de mil muertos y de dos mil heridos. La indignación de los obreros era indescriptible.

Tal es, en sus rasgos más generales, el cuadro del 22 de enero de 1905, del "Domingo Sangriento".

Para que comprendan mejor la significación histórica de este acontecimiento, voy a leer algunos pasajes de la petición que formulaban los obreros. La petición comienza con estas palabras:

> "Nosotros, obreros, vecinos de San Petersburgo, acudimos a Ti Somos unos esclavos desgraciados y escarnecidos; el despotismo y la arbitrariedad nos abruman. Cuando se colmó nuestra paciencia, dejemos el trabajo y solicitamos de nuestros amos que nos diesen lo mínimo, que la vida exige para no ser un martirio. Mas todo ha sido rechazado, tildado de ilegal por los fabricantes. Los miles y miles aquí reunidos igual que todo el pueblo ruso, carecemos en absoluto de derechos humanos. Por culpa de Tus funcionarios hemos sido reducidos a la condición de esclavos".

La petición exponía las siguientes reivindicaciones amnistía, libertades públicas, salario normal, entrega gradual de la tierra al pueblo, convocación de una Asamblea Constituyente elegida por sufragio universal, y terminaba con estas palabras:

> "¡Majestad! ¡No niegues la ayuda a Tu pueblo! ¡Derriba el muro que se alza entre Ti y Tu pueblo! Dispón y júranoslo, que nuestros ruegos sean cumplidos, y harás la felicidad de Rusia; si no lo haces, estamos dispuestos a morir aquí mismo. Sólo tenemos dos caminos: la libertad y la felicidad, o la tumba".

Cuando leemos ahora esta petición de obreros sin instrucción, analfabetos, dirigidos por un sacerdote patriarcal, experimentamos un sentimiento extraño. Impónese el paralelo entre esa ingenua petición y las actuales resoluciones de paz de los socialpacifistas, es decir, de gentes que quieren ser socialistas, pero que en realidad no son sino charlatanes burgueses. Los obreros no conscientes de la Rusia prerrevolucionaria no sabían que el zar es el jefe de la *clase dominante*, de la clase de los grandes terratenientes, ligados ya por miles de vínculos a la gran burguesía y dispuestos a defender por toda clase de medios violentos su monopolio, sus privilegios y granjerías. Los socialpacifistas de hoy día, que -¡dicho sea sin chanzas!- quieren parecer personas "muy cultas", no saben que esperar una paz "democrática" de los gobiernos burgueses que sostienen una guerra imperialista rapaz, es tan estúpido como la idea de que el sanguinario zar puede ser inclinado a las reformas democráticas mediante peticiones pacíficas.

A pesar de todo, la gran diferencia que media entre ellos estriba en que los socialpacifistas de hoy día son en gran medida hipócritas, que, mediante tímidas insinuaciones, tratan de apartar al pueblo de la lucha revolucionaria, mientras que los incultos obreros rusos de la Rusia prerrevolucionaria demostraron con hechos que eran hombres sinceros en los que por vez primera despertaba la conciencia política.

Y precisamente en ese despertar de la conciencia política y del deseo de lucha revolucionaria en inmensas masas populares, estriba la significación histórica del 22 de enero de 1905.

Dos días antes del "Domingo Sangriento", el Sr. Piotr Struve, entonces jefe do los liberales rusos, director de un órgano ilegal libre editado en el extranjero, escribía: "En Rusia no hay todavía un pueblo revolucionario". Tan absurda le parecía a este "cultísimo", presuntuoso y archinecio jefe de los reformistas burgueses la idea de que un país campesino analfabeto pueda engendrar un pueblo

revolucionario. Tan profundamente convencidos estaban los reformistas de entonces -como lo están los de ahora- de que una verdadera revolución era imposible.

Hasta el 22 de enero (el 9 según el viejo calendario) de 1905, el partido revolucionario de Rusia lo formaba un pequeño grupo de personas. Los reformistas de entonces (exactamente como los de ahora) se burlaban de nosotros tildándonos de "secta". Varios centenares de organizadores revolucionarios, unos cuantos miles de afiliados a las organizaciones locales, media docena de hojas revolucionarias, que no salían arriba de una vez al mes, se editaban sobre todo en el extranjero y llegaban a Rusia de contrabando, después de vencer increíbles dificultades y a costa de muchos sacrificios: esto eran en Rusia, antes del 22 de enero de 1905, los partidos revolucionarios y, en primer término, la socialdemocracia revolucionaria. Esta circunstancia autorizaba formalmente a los obtusos y altaneros reformistas a afirmar que en Rusia no había aún un pueblo revolucionario.

No obstante, el panorama cambió por completo en el curso de unos meses. Los centenares de socialdemócratas revolucionarios se transformaron "de pronto" en millares, los millares se convirtieron en jefes de dos o tres millones de proletarios. La lucha proletaria suscitó una gran efervescencia, que en parte fue movimiento revolucionario, en el seno de una masa campesina de cincuenta a cien millones de personas; el movimiento campesino repercutió en el ejército y provocó insurrecciones de soldados, choques armados de una parte del ejército con otra. Así pues, un país enorme, de 130.000.000 de habitantes, se lanzó a la revolución; así pues, la Rusia aletargada se convirtió en la Rusia del proletariado revolucionario y del pueblo revolucionario.

Es necesario estudiar esta transición, comprender cómo se hizo posible, cuáles fueron, por así decirlo, sus métodos y caminos.

El medio principal de esta transición fue la *huelga de masas*. La peculiaridad de la revolución rusa estriba precisamente en que, por su contenido social, fue una revolución *democrática burguesa*, mientras que, por sus medios de lucha, fue una revolución *proletaria*. Fue democrática burguesa, puesto que el objetivo inmediato que se proponía, y que podía alcanzar directamente con sus propias fuerzas, era la república democrática, la jornada de 8 horas y la confiscación de los inmensos latifundios de la nobleza: medidas todas ellas que la revolución burguesa de Francia llevó casi plenamente a cabo en 1792 y 1793.

La revolución rusa fue a la vez revolución proletaria, no sólo por ser el proletariado su fuerza dirigente, la vanguardia del movimiento, sino también porque el medio específicamente proletario de lucha, la huelga, fue el medio principal para poner en movimiento a las masas y el fenómeno más característico del desarrollo, en oleadas crecientes, de los acontecimientos decisivos.

La revolución rusa es la *primera* gran revolución de la historia mundial -y sin duda no será la última- en que la huelga política de masas ha desempeñado un papel extraordinario. Se puede incluso afirmar que es imposible comprender los acontecimientos de la revolución rusa y la sucesión de sus formas políticas si no se estudia el *fondo* de esos acontecimientos y de esa sucesión de formas a través de la *estadística de las huelgas*.

Sé muy bien que los escuetos datos estadísticos están muy fuera de lugar en un informe oral y que son capaces de asustar a los oyentes. Sin embargo, no puedo dejar de citar algunos números redondos para que ustedes puedan apreciar la base objetiva real de todo el movimiento. Durante los diez años que precedieron a la revolución, el promedio anual de huelguistas en Rusia ascendió a 43.000. Por consiguiente, el número total de huelguistas durante el decenio anterior a la revolución fue de 430.000. En enero de 1905, en el primer mes de la revolución, el número de huelguistas llegó a 440.000. O sea, que ¡*en un solo* mes hubo *más* huelguistas que en todo el decenio precedente!

En ningún país capitalista del mundo, ni siquiera en los países más avanzados, como Inglaterra, los Estados Unidos y Alemania, se ha visto un movimiento huelguístico tan grandioso como el de 1905 en Rusia. El número total de huelguistas ascendió a 2.800.000, es decir, al doble del total de obreros fabriles. Ello, naturalmente, no quiere decir que los obreros fabriles urbanos de Rusia fueran más cultos, o más fuertes, o estuvieran más adaptados a la lucha que sus hermanos de Europa Occidental. Lo cierto es lo contrario.

Pero eso demuestra lo grande que puede ser la energía latente del proletariado. Eso indica que en la época revolucionaria -lo digo sin ninguna exageración, fundándome en los datos más exactos de la historia rusa-, el proletariado *puede* desarrollar una energía combativa *cien veces* mayor que en períodos corrientes de calma. Eso indica que la humanidad no conoció hasta 1905 lo inmensa, lo grandiosa que puede ser y será la tensión de fuerzas del proletariado cuando se trate de luchar por objetivos verdaderamente grandes, de luchar de un modo verdaderamente revolucionario.

La historia de la revolución rusa nos muestra que quien luchó con la mayor tenacidad y la mayor abnegación fue la vanguardia, fueron los elementos selectos de los obreros asalariados. Cuanto más grandes eran las fábricas, más porfiadas eran las huelgas, mayor era la frecuencia con que se repetían en un mismo año. Cuanto más grande era la ciudad, más importante era el papel del proletariado en la lucha. Las tres grandes ciudades, donde reside la

población obrera más numerosa y más consciente -San Petersburgo, Riga y Varsovia-, dan, con relación al número total de obreros, un porcentaje de huelguistas incomparablemente mayor que todas las demás ciudades, sin hablar ya del campo.

Los metalúrgicos son en Rusia -probablemente lo mismo que en otros países capitalistas- el destacamento de vanguardia del proletariado. Y a este respecto observamos el siguiente hecho instructivo: por cada 100 obreros fabriles hubo en 1905 en Rusia 160 huelguistas; mientras que a cada 100 *metalúrgicos* correspondían ese mismo año ¡320 huelguistas! Se ha calculado que cada obrero fabril ruso perdió en 1905, a consecuencia de las huelgas, un promedio de 10 rublos -unos 26 francos según la cotización de anteguerra-, dinero que, por así decirlo, entregó para la lucha. Pero si tomamos sólo a los metalúrgicos, obtendremos una cantidad ¡*tres veces mayor*! Delante iban los mejores elementos de la clase obrera, arrastrando tras de sí a los vacilantes, despertando a los dormidos y animando a los débiles.

Extraordinario por su peculiaridad fue el entrelazamiento de las huelgas económicas y políticas en el período de la revolución. Está fuera de toda duda que sólo la ligazón más estrecha entre estas dos formas de huelga fue lo que aseguró la gran fuerza del movimiento. Si las amplias masas de los explotados no hubieran visto ante sí ejemplos diarios de cómo los obreros asalariados de las diferentes ramas de la industria obligaban a los capitalistas a mejorar de un modo directo e inmediato su situación, no habría sido posible en modo alguno atraerlas al movimiento revolucionario. Gracias a esta lucha, un nuevo espíritu alentó al pueblo ruso en su conjunto. Y fue sólo entonces cuando la Rusia feudal, sumida en un sueño letárgico, la Rusia patriarcal, devota y sumisa, se despidió del Adán bíblico; sólo entonces tuvo el pueblo ruso una educación verdaderamente democrática, verdaderamente revolucionaria.

Cuando los señores burgueses y los socialistas reformistas, que les hacen coro sin sentido crítico, hablan con tanta petulancia de la “educación” de las masas, de ordinario entienden por educación algo escolar y pedantesco, algo que desmoraliza a las masas y les inocula los prejuicios burgueses.

La verdadera educación de las masas no puede ir nunca separada de la lucha política independiente y, sobre todo, de la lucha revolucionaria de las propias masas. Sólo la lucha educa a la clase explotada, sólo la lucha le descubre la magnitud de su fuerza, amplía sus horizontes, eleva su capacidad, aclara su inteligencia y forja su voluntad. Por eso, incluso los reaccionarios han tenido que reconocer que el año 1905, año de lucha, “año de locura”, enterró para siempre la Rusia patriarcal.

Examinemos más de cerca la proporción de obreros metalúrgicos y textiles durante las luchas huelguísticas de 1905 un Rusia. Los metalúrgicos son los proletarios mejor retribuidos, los más conscientes y más cultos. Los obreros textiles, cuyo número, en la Rusia de 1905, sobrepasaba en más de un 15% el de los metalúrgicos, representan a las masas más atrasadas y peor retribuidas, a unas masas que con frecuencia no han roto aún definitivamente sus vínculos familiares con el campo. Y a este respecto nos encontramos con la siguiente importantísima circunstancia.

Las huelgas sostenidas por los metalúrgicos durante todo el año de 1905 nos dan un mayor número de acciones políticas que económicas, aunque ese predominio dista mucho de ser tan grande a principios como a finales de año. Al contrario, entre los obreros textiles observamos a comienzos de 1905 un formidable predominio de las huelgas económicas, que tan sólo a fines de año es sustituido por el predominio de las huelgas políticas. De ahí se deduce con toda claridad que sólo la lucha económica, que sólo la lucha por un mejoramiento directo e inmediato de su situación es capaz de poner en movimiento a las capas más atrasadas de las masas explotadas, de educarlas verdaderamente y de convertirlas -en una época de revolución-, en el curso de pocos meses, en un ejército de luchadores políticos.

Cierto, para eso era necesario que el destacamento de vanguardia de los obreros no entendiera por lucha de clases la lucha por los intereses de una pequeña capa superior, como con harta frecuencia han tratado de hacer creer a los obreros los reformistas, sino que los proletarios actuaran realmente como vanguardia de la mayoría de los explotados, incorporaran esa mayoría a la lucha, como ocurrió en Rusia en 1905 y como deberá suceder y sucederá sin duda alguna en la futura revolución proletaria en Europa.

El comienzo de 1905 trajo la primera gran ola del movimiento huelguístico que se extendió por todo el país. En la primavera de ese mismo año observamos ya el despertar del primer gran *movimiento campesino*, no sólo económico, sino también político, habido en Rusia. Para comprender la importancia de ese hecho, que representa un viraje en la historia, hay que recordar que los campesinos no se emanciparon en Rusia de la más penosa dependencia feudal hasta 1861, que los campesinos son en su mayoría analfabetos, que viven en una miseria indescriptible, abrumados por los terratenientes, embrutecidos por los curas y aislados unos de otros por enormes distancias y por la falta casi absoluta de caminos.

Rusia vio por primera vez un movimiento revolucionario contra el zarismo en 1825, pero ese movimiento fue casi exclusivamente cosa de la nobleza. Desde entonces y hasta 1881, año en que Alejandro II es muerto por los terroristas, se encontraron al frente del movimiento intelectuales salidos de las capas medias, quienes dieron pruebas

del más grande espíritu de sacrificio, suscitando con su heroico método terrorista de lucha el asombro del mundo entero. Es indudable que estas víctimas no cayeron en vano, es indudable que contribuyeron -directa o indirectamente- a la educación revolucionaria del pueblo ruso en años posteriores. Sin embargo, no alcanzaron ni podían alcanzar su objetivo inmediato: despertar la revolución popular.

Esto lo consiguió sólo la lucha revolucionaria del proletariado. Sólo la oleada de huelgas de masas, extendida por todo el país a consecuencia de las duras lecciones de la guerra imperialista ruso-japonesa, despertó a las amplias masas campesinas de su sueño letárgico. La palabra "huelguista" adquirió para los campesinos un sentido completamente nuevo, viniendo a ser algo así como rebelde o revolucionario, conceptos que antes se expresaban con la palabra "estudiante". Pero como el "estudiante" pertenecía a las capas medias, a la "gente de letras", a los "señores", era extraño al pueblo. El "huelguista", por el contrario, había salido del pueblo, él mismo figuraba entre los explotados. Cuando lo desterraban de San Petersburgo, muy a menudo retornaba al campo y hablaba a sus compañeros de la aldea del incendio que envolvía a las ciudades y que debía eliminar a los capitalistas y a los nobles. En la aldea rusa apareció un tipo nuevo: el joven campesino consciente. Este mantenía relaciones con los "huelguistas", leía periódicos, refería a los campesinos los acontecimientos que se producían en las ciudades, explicaba a sus compañeros del lugar la significación de las reivindicaciones políticas y los llamaba a la lucha contra los grandes terratenientes nobles, contra los curas y los funcionarios.

Los campesinos se reunían en grupos, hablaban de su situación y poco a poco se iban incorporando a la lucha: lanzábanse en masa contra los grandes terratenientes, prendían fuego a sus palacios y fincas o se incautaban de sus reservas, se apropiaban del trigo y de otros víveres, mataban a los policías y exigían que se entregara al pueblo la tierra de las inmensas posesiones de la nobleza.

En la primavera de 1905 el movimiento campesino estaba aún en germen y abarcaba sólo una pequeña parte de los distritos, la séptima parte aproximadamente.

Pero la unión de la huelga proletaria de masas en las ciudades con el movimiento campesino en las aldeas fue suficiente para tambalear el último y más "firme" sostén del zarismo. Me refiero al ejército.

Comienza un período de *insurrecciones militares* en la marina y en el ejército. Cada ascenso en la oleada del movimiento huelguístico y campesino durante la revolución va acompañado de insurrecciones de soldados en toda Rusia. La más conocida de ellas es la insurrección del acorazado *Príncipe Potemkin*, de la Flota del Mar Negro. Este buque, que cayó en manos de los sublevados, tomó parte en la revolución en Odesa, y después de la derrota de la revolución y tras algunas tentativas infructuosas de apoderarse de otros puertos (por ejemplo, de Feodosia, en Crimea), se entregó a las autoridades rumanas en Constantza.

A fin de proporcionarles un cuadro concreto de los acontecimientos en su punto culminante, me permitirán que les lea un pequeño episodio de esa insurrección de la Flota del Mar Negro:

> "Se celebraban reuniones de obreros y marinos revolucionarios, que eran cada vez más frecuentes. Como a los militares les estaba prohibido asistir a los mítines obreros, masas de obreros comenzaron a frecuentar los mítines militares. Se reunían miles de personas. La idea de actuar conjuntamente tuvo un vivo eco. En las compañías más conscientes se eligieron delegados.
>
> El mando militar decidió entonces tomar medidas. Los intentos de algunos oficiales de pronunciar en los mítines discursos "patrióticos" daban los resultados más deplorables: los marinos, acostumbrados a la controversia, ponían en vergonzosa fuga a sus jefes. En vista de tales fracasos, se decidió prohibir toda clase de mítines. El 24 de noviembre de 1905, por la mañana, junto a las puertas de los cuarteles de la marina montó guardia una compañía de fusileros con dotación de campaña. El contralmirante Pisarevski ordenó en voz alta: "¡Que nadie salga de los cuarteles! En caso de desobediencia, abrid fuego". De la compañía que acababa de recibir esta orden se destacó el marinero Petrov cargó su fusil a los ojos de todos y mató de un disparo al capitán ayudante Stein, del regimiento de Bialystok, hiriendo del segundo disparo al contralmirante Pisarevski. Se oyó la voz de mando de un oficial: "¡Arrestarlo!" Nadie se movió del sitio. Petrov arrojó su fusil al suelo. "¿No oísteis la orden? ¡Detenedme!" Fue arrestado. Los marineros, que afluían de todas partes, exigieron en forma ruidosa que fuera puesto en libertad, declarando que respondían por él. La efervescencia llegó a su apogeo.
>
> - Petrov, ¿no es cierto que el disparo se ha producido casualmente? -preguntó el oficial, buscando salida a la situación.
>
> - ¿Por qué casualmente? He salido de filas, he cargado el fusil y he apuntado, ¿qué tiene eso de casual?
>
> - Los marineros exigen tu libertad...
>
> Y Petrov fue puesto en libertad. Pero los marineros no se dieron por satisfechos: arrestaron a todos los oficiales de guardia, los desarmaron y los condujeron a las oficinas... Los delegados de los marineros -unos cuarenta- deliberaron durante toda la noche, decidiendo poner en libertad a los

oficiales, prohibiéndoles en adelante la entrada en los cuarteles...”

Esta pequeña escena muestra muy a lo vivo cómo transcurrieron en su mayoría las insurrecciones militares. La efervescencia revolucionaria reinante en el pueblo no podía dejar de extenderse al ejército. Es característico que los jefes del movimiento surgieran de *aquellos elementos* de la marina y del ejército que antes habían sido principalmente obreros industriales y de las unidades para las cuales se exigía una mayor preparación técnica, como, digamos, los zapadores. Pero las amplias masas eran todavía demasiado ingenuas, tenían un espíritu demasiado pacífico, demasiado benévolo, demasiado cristiano. Se infamaban con bastante facilidad; cualquier injusticia, el trato demasiado grosero de los oficiales, la mala comida y otras cosas por el estilo podían provocar su indignación. Pero faltaba firmeza, faltaba una conciencia clara de su misión: no alcanzaban a comprender suficientemente que la única garantía del triunfo de la revolución sólo es la más enérgica continuación de la lucha armada, la victoria sobre todas las autoridades militares y civiles, el derrocamiento del gobierno y la conquista del poder en todo el país.

Las amplias masas de marinos y soldados se rebelaban con facilidad. Pero con esa misma facilidad incurrían en la ingenua estupidez de poner en libertad a los oficiales presos, se dejaban apaciguar por las promesas y exhortaciones de sus mandos; esto daba a los mandos un tiempo precioso, les permitía recibir refuerzos y derrotar a los insurrectos, o después a la más cruel represión y ejecutando a los jefes.

Ofrece particular interés comparar las insurrecciones militares de 1905 en Rusia con la insurrección militar de los decembristas en 1825, cuando la dirección del movimiento político se encontraba casi exclusivamente en manos de oficiales, de oficiales nobles, que se habían contagiado de las ideas democráticas de Europa al entrar en contacto con ellas durante las guerras napoleónicas. La tropa, formada entonces aún por campesinos siervos, permanecía pasiva.

La historia de 1905 nos ofrece un cuadro diametralmente opuesto. Los oficiales, salvo raras excepciones, estaban influenciados por un espíritu liberal burgués, reformista, o eran abiertamente contrarrevolucionarios. Los obreros y campesinos vestidos de uniforme militar fueron el alma de las insurrecciones; el movimiento se hizo popular. Por primera vez en la historia de Rusia, abarcó a la mayoría de los explotados. Lo que a este movimiento le faltó fue, de una parte, firmeza y resolución en las masas, que adolecían de un exceso de confianza; de otra parte, faltó la organización de los obreros revolucionarios socialdemócratas que se hallaban bajo las armas no supieron tomar la dirección en sus manos, ponerse a la cabeza del ejército revolucionario y pasar a la ofensiva contra el poder gubernamental.

Señalaremos de pasada que esos dos defectos serán eliminados -infaliblemente, aunque tal vez más despacio de lo que nosotros desearíamos-, no sólo por el desarrollo general del capitalismo, sino también por la guerra actual...

En todo caso, la historia de la revolución rusa, lo mismo que la historia de la Comuna de París de 1871, nos ofrece la enseñanza irrefutable de que el militarismo jamás ni en caso alguno puede ser derrotado y eliminado por otro método que no sea la lucha victoriosa de una parte del ejército popular contra la otra parte. No basta con fulminar, maldecir y “negar” el militarismo, criticarlo y demostrar su nocividad; es estúpido negarse pacíficamente a prestar el servicio militar. La tarea consiste en mantener en tensión la conciencia revolucionaria del proletariado, y preparar no sólo en general, sino concretamente a sus mejores elementos para que, llegado un momento de profundísima efervescencia del pueblo, se pongan al frente del ejército revolucionario.

Así nos lo enseña también la experiencia diaria de cualquier Estado capitalista. Cada una de sus “pequeñas” crisis nos muestra en miniatura elementos y gérmenes de los combates que habrán de repetirse ineluctablemente a gran escala en un período de gran crisis. ¿Y qué es, por ejemplo, cualquier huelga sino una pequeña crisis de la sociedad capitalista? ¿No tenía acaso razón el ministro prusiano del Interior, señor von Puttkamer, al pronunciar aquella conocida sentencia de que “en cada huelga se oculta la hidra de la revolución”? ¿Es que la utilización de los soldados durante las huelgas, incluso en los países capitalistas más pacíficos, más “democráticos” -con perdón sea dicho-, no nos indica *cómo* van a ser las cosas cuando se produzcan crisis verdaderamente *grandes*?

Pero volvamos a la historia de la revolución rusa. He tratado de mostrarles cómo las huelgas obreras sacudieron el país entero y a las capas explotadas más amplias y más atrasadas, cómo se inició el movimiento campesino y cómo fue acompañado de insurrecciones militares.

El movimiento alcanzó su apogeo en el otoño de 1905. El 1916) de agosto apareció el manifiesto del zar sobre la institución de una asamblea representativa. ¡La llamada Duma de Bulyguin debía ser fruto de una ley que concedía derecho electoral a un número irrisorio de personas y no reservaba a este original “parlamento” atribución legislativa alguna, reconociéndole únicamente funciones *consultivas*!

La burguesía, los liberales y los oportunistas estaban dispuestos a aferrarse con ambas manos a esta “dádiva” del asustado zar. Nuestros reformistas de 1905 eran incapaces de comprender -al igual que

todos los reformistas- que hay situaciones históricas en las cuales las reformas, y en particular las promesas de reformas, persiguen *exclusivamente* un fin: contener la efervescencia del pueblo, obligar a la clase revolucionaria a terminar o por lo menos a debilitar la lucha.

La socialdemocracia revolucionaria de Rusia comprendió muy bien el verdadero carácter de esta concesión, de esta dádiva de una Constitución fantasma hecha en agosto de 1905. Por eso, sin perder un instante, lanzó las consignas de ¡Abajo la Duma consultiva! ¡Boicot a la Duma! ¡Abajo el gobierno zarista! ¡Continuación de la lucha revolucionaria para derrocar al gobierno! ¡No es el zar, sino un gobierno provisional revolucionario quien debe convocar la primera institución representativa auténticamente popular de Rusia!

La historia demostró la razón que asistía a los socialdemócratas revolucionarios, pues la *Duma de Bulyguin* nunca llegó a reunirse. Fue barrida por el vendaval revolucionario antes de reunirse. Ese vendaval obligó al zar a decretar una nueva ley electoral, que ampliaba considerablemente el censo, y a reconocer el carácter legislativo de la Duma.

Octubre y diciembre de 1905 son los meses que marcan el punto culminante en el ascenso de la revolución rusa. Todos los manantiales de la energía revolucionaria del pueblo se abrieron mucho más ampliamente que antes. El número de huelguistas, que, como ya he dicho, había alcanzado en enero de 1905 la cifra de 440.000, en octubre de 1905 pasó del medio millón (¡sólo en un mes!). Pero a ese número, que comprende *únicamente* a los obreros fabriles, hay que agregar aún varios cientos de miles de obreros ferroviarios, empleados de Correos y Telégrafos, etc.

La huelga general de ferroviarios interrumpió en toda Rusia el tráfico y paralizó del modo más rotundo las fuerzas del gobierno. Abriéronse las puertas de las universidades, y las aulas -destinadas exclusivamente en tiempos pacíficos a embrutecer a los jóvenes cerebros con la sabiduría académica de doctos catedráticos y a convertirlos en mansos criados de la burguesía y del zarismo- se transformaron en lugar de reunión de miles y miles de obreros, artesanos y empleados, que discutían abierta y libremente los problemas políticos.

Se conquistó la libertad de prensa. La censura fue simplemente eliminada. Ningún editor se atrevía a presentar a las autoridades el ejemplar obligatorio, ni las autoridades se atrevían a adoptar medida alguna contra ello. Por primera vez en la historia de Rusia aparecieron libremente en San Petersburgo y en otras ciudades periódicos revolucionarios. Sólo en San Petersburgo se publicaban tres diarios socialdemócratas con una tirada de 50.000 a 100.000 ejemplares.

El proletariado marchaba a la cabeza del movimiento. Su objetivo era conquistar la jornada de 8 horas por vía revolucionaria. La consigna de lucha del proletariado de San Petersburgo era: "¡*Jornada de 8 horas y armas*!" Para una masa cada vez mayor de obreros se hizo evidente que la suerte de la revolución podía decidirse, y que en efecto se decidiría, sólo por la lucha armada.

En el fragor de la lucha se formó una organización de masas original: los célebres *Soviets de diputados obreros* o asambleas de delegados de todas las fábricas. Estos *Soviets de diputados obreros* comenzaron a desempeñar, cada vez más, en algunas ciudades de Rusia, el papel de gobierno provisional revolucionario, el papel de órganos y de dirigentes de las insurrecciones. Se hicieron tentativas de organizar Soviets de diputados soldados y marineros y de unificarlos con los Soviets de diputados obreros.

Ciertas ciudades de Rusia vivieron en aquellos días un período de pequeñas "repúblicas" locales, donde las autoridades habían sido destituidas y el Soviet de diputados obreros desempeñaba realmente la función de nuevo poder público. Esos períodos fueron, por desgracia, demasiado breves, las "victorias" fueron demasiado débiles, demasiado aisladas.

El movimiento campesino alcanzó en el otoño de 1905 proporciones aún mayores. Los llamados "desórdenes campesinos" y las verdaderas insurrecciones campesinas afectaron entonces a *más de un tercio* de todos los distritos del país. Los campesinos prendieron fuego a unas 2.000 fincas de terratenientes y se repartieron los medios de subsistencia robados al pueblo por los rapaces nobles.

Por desgracia, ¡esta labor se hizo demasiado poco a fondo! Desgraciadamente, los campesinos sólo destruyeron entonces la quinzava parte del número total de fincas de los nobles, sólo la quinzava parte de lo que hubieran *debido* destruir para barrer del suelo ruso, de una vez para siempre, esa vergüenza del latifundio feudal. Por desgracia, los campesinos actuaron demasiado dispersos, demasiado desorganizadamente y con insuficiente brío en la ofensiva, siendo ésta una de las causas fundamentales de la derrota de la revolución.

Entre los pueblos oprimidos de Rusia estalló un movimiento de liberación nacional. *Más de la mitad, casi las tres quintas partes* (*exactamente el 57%*) de la población de Rusia sufre opresión nacional, no goza siquiera de libertad para expresarse en su lengua materna y es rusificada a la fuerza. Los musulmanes, por ejemplo, que en Rusia son decenas de millones, organizaron entonces, con una rapidez asombrosa -se vivía en general una época de crecimiento gigantesco de las diferentes organizaciones-, una liga musulmana.

Para dar a los aquí reunidos, y en particular a los jóvenes, una muestra de cómo, bajo la influencia del

movimiento obrero, crecía el movimiento de liberación nacional en la Rusia de aquel entonces, citaré un pequeño ejemplo.

En diciembre de 1905, los muchachos polacos quemaron en centenares de escuelas todos los libros y cuadros rusos y los retratos del zar, apalearon y expulsaron de las escuelas a los maestros rusos y a sus condiscípulos rusos al grito de "¡Fuera de aquí, a Rusia!". Los alumnos polacos de los centros de segunda enseñanza presentaron, entre otras, las siguientes reivindicaciones: "1) Todas las escuelas de enseñanza secundaria deben pasar a depender del Soviet de diputados obreros; 2) celebración de reuniones conjuntas de estudiantes y obreros en los edificios escolares; 3) autorización para llevar en los liceos blusas rojas en señal de adhesión a la futura república proletaria", etc.

Cuanto más ascendía la oleada del movimiento, tanto mayor era la energía y el ánimo con que se armaban las fuerzas reaccionarias para luchar contra la revolución. La revolución rusa de 1905 justificó las palabras escritas por Kautsky en 1902 (cuando, por cierto, todavía era marxista revolucionario, y no como ahora, defensor de los socialpatriotismo y oportunistas) en su libro *La revolución social*. He aquí lo que decía Kautsky:

> "...La futura revolución… se parecerá menos a una insurrección por sorpresa contra el gobierno que a una guerra civil prolongada".

¡Así sucedió! ¡Indudablemente, así sucederá también en la futura revolución europea!

El zarismo descargó su odio sobre todo contra los hebreos. De una parte, éstos daban un porcentaje especialmente elevado de dirigentes del movimiento revolucionario (considerando el total de la población hebrea). Hoy, por cierto, los hebreos tienen también el mérito de dar un porcentaje relativamente elevado, en comparación con otros pueblos, de componentes de la corriente internacionalista. De otro lado, el zarismo supo aprovechar muy bien los abominables prejuicios de las capas más ignorantes de la población contra los hebreos. Así se produjeron los *pogromos* apoyados en la mayoría de los casos por la policía, cuando no dirigidos por ella de manera inmediata, esos monstruosos apaleamientos de hebreos pacíficos, de sus esposas y sus hijos -en 100 ciudades se registraron durante ese período más de 4.000 muertos y más de 10.000 mutilados-, que han provocado la repulsa de todo el mundo civilizado. Me refiero, naturalmente, a la repulsa de los verdaderos elementos democráticos del mundo civilizado, que son *exclusivamente* los obreros socialistas, los proletarios.

La burguesía, incluso la burguesía de los países más libres, incluso de las repúblicas de Europa Occidental, sabe combinar magníficamente sus frases hipócritas acerca de las "ferocidades rusas" con los negocios más desvergonzados, especialmente con el apoyo financiero al zarismo y con la explotación imperialista de Rusia mediante la exportación de capitales, etc.

La revolución de 1905 alcanzó su punto culminante con la insurrección de diciembre en Moscú. Un pequeño número de insurrectos, obreros organizados y armados -no serían más de *ocho mil*-, ofrecieron resistencia durante nueve días al gobierno zarista, que no sólo llegó a perder la confianza en la guarnición de Moscú, sino que se vio obligado a mantenerla rigurosamente acuartelada; únicamente la llegada del regimiento Semiónovski de San Petersburgo permitió al gobierno sofocar la insurrección.

A la burguesía le gusta escarnecer y motejar de artificiosa la insurrección de Moscú. Por ejemplo, el señor catedrático Max Weber, representante de la llamada literatura "científica" alemana, en su voluminosa obra sobre el desarrollo político de Rusia, la tildó de "putsch". "El grupo leninista - escribe este "archierudito" señor catedrático- y una parte de los socialistas-revolucionarios hacía ya tiempo que venían preparando esta *descabellada* insurrección".

Para apreciar en lo que vale esta sabiduría académica de la cobarde burguesía, basta con refrescar en la memoria las cifras escuetas de la estadística de huelgas. Las huelgas puramente políticas de enero de 1905 en Rusia abarcaron sólo a 123.000 hombres; en octubre fueron 330.000; el número de participantes en huelgas puramente políticas *llegó al máximo en diciembre*, alcanzando la cifra de 370.000 ¡en el curso de un solo mes! Recordemos el incremento de la revolución, las insurrecciones de campesinos y soldados, y al instante nos convenceremos de que el juicio de la "ciencia" burguesa sobre la insurrección de diciembre, además de ser un absurdo, constituye un subterfugio verbalista de los representantes de la cobarde burguesía, que ve en el proletariado a su más peligroso enemigo de clase.

En realidad, todo el desarrollo de la revolución rusa impulsaba de modo inevitable a la lucha armada decisiva entre el gobierno zarista y la vanguardia del proletariado con conciencia de clase.

En las consideraciones antes expuestas, he indicado ya en qué consistió la debilidad de la revolución rusa, debilidad que condujo a su derrota temporal.

Al ser aplastada la insurrección de diciembre se inicia la línea descendente de la revolución. En este período hay también aspectos extraordinariamente interesantes; basta recordar el doble intento de los elementos más combativos de la clase obrera para poner fin al repliegue de la revolución y preparar una nueva ofensiva.

Pero he agotado casi el tiempo de que dispongo, y no quiero abusar de la paciencia de mis oyentes. Creo

haber esbozado ya, en la medida en que es posible hacerlo tratándose de un breve informe y de un tema tan amplio, lo más importante para comprender la revolución rusa: su carácter de clase, sus fuerzas motrices y sus medios de lucha.

Me limitaré a unas breves observaciones más en cuanto a la significación mundial de la revolución rusa.

Desde el punto de vista geográfico, económico e histórico, Rusia no pertenece sólo a Europa, sino también a Asia. Por eso vemos que la revolución rusa no se ha limitado a despertar definitivamente de su sueño al país más grande y más atrasado de Europa y a forjar un pueblo revolucionario dirigido por un proletariado revolucionario.

Ha conseguido más. La revolución rusa ha puesto en movimiento a toda Asia. Las revoluciones de Turquía, Persia y China demuestran que la potente insurrección de 1905 ha dejado huellas profundas y que su influencia, puesta de manifiesto en el movimiento progresivo de *cientos y cientos* de millones de personas, es inextirpable.

La revolución rusa ha ejercido también una influencia indirecta en los países de Occidente. No debemos olvidar que la noticia del manifiesto constitucional del zar, en cuanto llegó a Viena el 30 de octubre de 1905, contribuyó decisivamente a la victoria definitiva del sufragio universal en Austria.

Durante una de las sesiones del Congreso de la socialdemocracia austriaca, cuando el camarada Ellenbogen -que entonces no era aún socialpatriota, que entonces era un camarada- hacía su informe sobre la huelga política, fue colocado ante él el telegrama. Los debates se suspendieron inmediatamente. ¡Nuestro puesto está en la calle!, fue el grito que resonó en toda la sala en que se hallaban reunidos los delegados de la socialdemocracia austriaca. En los días inmediatos se vieron imponentes manifestaciones en las calles de Viena y barricadas en las de Praga. El triunfo del sufragio universal en Austria estaba asegurado.

Muy a menudo se encuentran europeos occidentales que hablan de la revolución rusa como si los acontecimientos, relaciones y medios de lucha en este país atrasado tuvieran muy poco de común con las relaciones de sus propios países, por lo que difícilmente puedan tener la menor importancia práctica.

Nada más erróneo que semejante opinión.

Es indudable que las formas y los motivos de los futuros combates de la futura revolución europea se distinguirán en muchos aspectos de las formas de la revolución rusa.

Mas, a pesar de ello, la revolución rusa, gracias precisamente a su carácter proletario, en la acepción especial de esta palabra a que ya me he referido, sigue siendo el *prólogo* de la futura revolución europea. Es indudable que ésta sólo puede ser una revolución proletaria, y en un sentido todavía más profundo de la palabra: proletaria y socialista también por su contenido. Esa revolución futura mostrará en mayor medida aún, por una parte, que sólo los más duros combates, las guerras civiles, pueden emancipar al género humano del yugo del capital; y, por otra, que sólo los proletarios con conciencia de clase pueden actuar y actuarán como jefes de la inmensa mayoría de los explotados.

No nos debe engañar el silencio sepulcral que ahora reina en Europa. Europa lleva en sus entrañas la revolución. Las monstruosidades de la guerra imperialista y los tormentos de la carestía hacen germinar en todas partes el espíritu revolucionario, y las clases dominantes, la burguesía, y sus servidores, los gobiernos, se adentran cada día más en un callejón sin salida del que no podrán escapar en modo alguno sino a costa de las más grandes conmociones.

Lo mismo que en la Rusia de 1905 comenzó bajo la dirección del proletariado la insurrección popular contra el gobierno zarista y por la conquista de la república democrática, los años próximos traerán a Europa, precisamente como consecuencia de esta guerra de pillaje, insurrecciones populares dirigidas por el proletariado contra el poder del capital financiero, contra los grandes bancos, contra los capitalistas. Y estas conmociones no podrán terminar más que con la expropiación de la burguesía, con el triunfo del socialismo.

Nosotros, los viejos, quizá no lleguemos a ver las batallas decisivas de esa revolución futura. No obstante, yo creo que puedo expresar con plena seguridad la esperanza de que los jóvenes, que tan magníficamente actúan en el movimiento socialista de Suiza y de todo el mundo, no sólo tendrán la dicha de luchar, sino también la de triunfar en la futura revolución proletaria.

Escrito en alemán antes del 9 (22) de enero de 1917. Publicado por vez primera el 22 de enero de 1925 en el núm. 18 el periódico "Pravda".

T. 30, págs. 306-328.

ESTADÍSTICA Y SOCIOLOGÍA.

Introducción.

Algunos de los ensayos que ofrecemos a la atención del lector no habían sido publicados hasta ahora. Otros son reproducciones de artículos aparecidos antes de la guerra en diversas publicaciones periódicas. El problema que estos ensayos abarcan -el significado y el papel de los movimientos nacionales y la correlación de lo nacional y lo internacional- suscita, naturalmente, especial interés en la hora presente. Las discusiones sobre este problema adolecen en la mayoría de los casos y con la mayor frecuencia, de falta de concreción y de un enfoque histórico. Es muy corriente pasar cualquier contrabando encubriéndolo con frases comunes. Creemos, por lo tanto, que un poco de estadística no estará de más. La confrontación de lo que decíamos antes de la guerra con las enseñanzas de la misma no nos parece ociosa. Estos ensayos están ligados entre sí por la unidad de la teoría y del punto de vista.

Enero de 1917

El Autor

El ámbito histórico de los movimientos nacionales.

Los hechos son tozudos, dice un proverbio inglés. Este proverbio nos viene a menudo a la memoria, especialmente cuando algún escritor, trinando como un ruiseñor, canta loas a la grandeza del "principio de la nacionalidad" en sus diversos sentidos y correlaciones. Por cierto que, en la mayoría de los casos, este "principio" se aplica con tanta fortuna como acertadas y oportunas fueron las exclamaciones de un célebre personaje de un cuento popular que, a la vista de un entierro, deseó a los que formaban la comitiva: "¡Ojalá tengáis siempre uno que llevar!"

Hechos exactos, hechos indiscutibles: he ahí lo particularmente insoportable para esta clase de escritores y lo especialmente necesario, si se desea orientarse con seriedad en el complejo y difícil problema, a menudo enredado con toda premeditación. Pero ¿cómo reunir los hechos?, ¿cómo establecer su nexo e interdependencia?

En el terreno de los fenómenos sociales no existe procedimiento más difundido y más inconsistente que aferrarse a los pequeños hechos *aislados*, jugar a los ejemplos. Escoger ejemplos en general no cuesta gran cosa, pero eso no tiene ningún significado, o lo tiene puramente negativo, pues el quid está en la situación histórica concreta de cada caso. Los hechos, tomados *en su conjunto*, en su *conexión*, no sólo son "tozudos", sino absolutamente demostrativos. En cambio, los pequeños hechos tomados al margen del todo y sin conexión, fragmentaria y arbitrariamente, se transforman en un juguete o en algo peor. Por ejemplo, si un escritor que era en otros tiempos persona seria, deseoso de seguir siendo considerado como tal, toma el caso del yugo mongólico y lo pone como ejemplo para aclarar ciertos acontecimientos acaecidos en la Europa del siglo XX, ¿podrá considerarse su proceder sólo como un juego, o será más correcto incluirlo en el charlatanismo político? El yugo mongol es un hecho histórico, ligado indudablemente al problema nacional. También en la Europa del siglo XX se observa una serie de hechos ligados indudablemente a este problema. Sin embargo, serán pocas las personas -del tipo que los franceses tildan de "payasos nacionales"- capaces de pretender seriedad y, al mismo tiempo, valerse del "hecho" del yugo mongol para ilustrar lo que sucede en la Europa del siglo XX.

La conclusión es clara: hay que intentar establecer una base de hechos exactos e indiscutibles sobre la cual sea posible apoyarse para comparar cualesquiera de esas "generales" y "ejemplares" argumentaciones, de las que tan desmedidamente se abusa hoy en algunos países. Para que sea una base verdadera, hace falta tomar no hechos aislados, sino todo el conjunto de hechos que atañen al problema que se examina, *sin una sola* excepción, pues, de otro modo, surgirá inevitablemente la sospecha, muy legítima, de que los hechos han sido escogidos o reunidos de forma arbitraria; de que, en lugar de una ligazón y una interdependencia objetivas de los fenómenos históricos en su conjunto, se nos sirve un guisote "subjetivo" para justificar, tal vez, un asunto turbio. Porque eso ocurre... y más a menudo de lo que parece.

Partiendo de estas consideraciones, hemos resuelto empezar por la estadística, plenamente conscientes, como es natural, de la gran antipatía que suele despertar en algunos lectores, que prefieren "las mentiras que nos enaltecen"[80] a las "verdades bajas",

y en ciertos escritores, aficionados a pasar contrabando político encubriéndolo con divagaciones "generales" acerca del internacionalismo, el cosmopolitismo, el nacionalismo, el patriotismo, etc.

Capítulo I. Un poco de estadística.
I

Para pasar revista realmente a *todo* el conjunto de datos sobre los movimientos nacionales, hay que tomar a *toda* la población de la Tierra. Dos rasgos deben ser establecidos con la mayor exactitud posible e investigados con la máxima plenitud: 1) la pureza o el abigarramiento de la composición nacional de cada Estado, y 2) la división de los Estados (o de las formaciones semejantes a Estados, cuando surja la duda de si puede hablarse propiamente de Estados) en dependientes e independientes políticamente.

Tomemos los más recientes datos, publicados en 1916 y basémonos en dos fuentes: una, alemana, son las *Tablas geográfico-estadísticas* de Otto Hübner; la otra, inglesa, el *Anuario Político* (*The Statesman's Year-Book*). Tendremos que tomar como base la primera fuente, ya que es mucho más completa en lo que atañe al problema que nos interesa. La segunda la utilizaremos para hacer comprobaciones y algunas correcciones, parciales en su mayoría.

Comencemos nuestra revista por los Estados políticamente independientes y más "puros", en el sentido de la homogeneidad de su composición nacional. Destaca en el acto, en primer lugar, el grupo de Estados de Europa *Occidental*, es decir, los que se hallan al Oeste de Rusia y de Austria.

Contamos 17 Estados, de los cuales, empero, cinco son Estados de juguete por sus insignificantes dimensiones, si bien muy puros por su composición nacional: Luxemburgo, Mónaco, San Marino, Lichtenstein y Andorra, que totalizan una población de 310.000 habitantes. No cabe duda de que será mejor no incluirlos en absoluto en el número de Estados. De los 12 Estados restantes, siete son de composición nacional completamente pura: en Italia, Holanda, Portugal, Suecia y Noruega corresponde a una sola nación el 99% de la población de cada país, y en España y Dinamarca, el 96%. Siguen luego tres Estados de composición nacional casi pura: Francia, Inglaterra y Alemania. En Francia, tan sólo el 1,3% de la población son italianos, anexionados por Napoleón III, violando y falsificando la voluntad popular. En Inglaterra, la anexionada es Irlanda, cuya población, de 4.400.000 almas, constituye algo menos de una décima parte de la población global de Inglaterra (46.800.000). En Alemania, que cuenta con 64.900.000 habitantes, el elemento alógeno (oprimido nacionalmente casi por completo, como los irlandeses en Inglaterra) comprende a los polacos (5,47% de la población), daneses (0,25%) y alsacianos-loreneses (1.870.000). Sin embargo, cierta parte de estos últimos (su número exacto es desconocido) se inclina hacia Alemania, no sólo por el idioma, sino también por sus intereses económicos y por sus simpatías. En total, alrededor de 5 millones de habitantes de Alemania pertenecen a nacionalidades ajenas, cercenadas en sus derechos y hasta oprimidas.

Sólo dos pequeños Estados de Europa Occidental tienen una población mixta: Suiza, de algo menos de 4 millones de habitantes, se compone de 69% de alemanes, 21% de franceses y 8% de italianos; y Bélgica, cuya población no llega a 8 millones de habitantes, se compone de un 53%, aproximadamente, de flamencos y un 47% de franceses. Es de notar, empero, que por muy abigarrada que sea la composición nacional de esos Estados, no puede hablarse de opresión de las naciones. Según las Constituciones de ambos Estados, todas las naciones gozan de los mismos derechos; en Suiza, esta igualdad de derechos es real y completa; en Bélgica, el elemento flamenco no goza de plenos derechos, pese a constituir la mayoría del país; pero esta desigualdad es ínfima en comparación, por ejemplo, con la que sufrieron los polacos en Alemania o los irlandeses en Inglaterra, sin hablar ya de lo que se observa generalmente en otros países no pertenecientes al grupo que examinamos. Por eso, entre otras cosas, el término "Estado multinacional", puesto de moda con tanta ligereza por los oportunistas en el problema nacional -los escritores austriacos C. Renner y O. Bauer-, es correcto sólo en un sentido muy limitado, a saber: de un lado, si no se olvida el lugar histórico particular que ocupa la mayoría de los Estados de este tipo (de eso hablaremos aún más adelante), y de otro lado, si no se admite el empleo de este término para encubrir la diferencia fundamental que existe entre la verdadera igualdad de las naciones y la opresión de las mismas.

Si unimos los Estados que acabamos de examinar, obtendremos un grupo de 12 países eurooccidentales, con una población global de 242 millones de personas. De estos 242 millones, sólo cerca de 9.500.000, o sea, el 4%, son naciones oprimidas (en Inglaterra y Alemania). Si sumamos todas las partes de la población de esos Estados que no pertenece a la nación principal de cada uno de ellos resultará un total de 15 millones de habitantes, es decir, el 6%.

Por consiguiente, este grupo de países se caracteriza, en su conjunto, por los siguientes rasgos: son los países capitalistas más adelantados y más desarrollados económica y políticamente. Su nivel cultural es también el más alto. Desde el punto de vista nacional, la mayoría de estos Estados cuenta con una población homogénea o casi homogénea. La desigualdad nacional, como fenómeno político especial, desempeña un papel totalmente insignificante. Nos encontramos ante el tipo de "Estado nacional" de que se habla con tanta

frecuencia, olvidando, en la mayoría de los casos, el carácter históricamente convencional y transitorio de este tipo en el desarrollo capitalista general de la humanidad. Pero de esto hablaremos con mayor detenimiento en el lugar correspondiente.

Cabe preguntarse: ¿se limita este tipo de Estado a Europa Occidental? Evidentemente, no. Todas las características fundamentales de este tipo -económicas (el alto y rapidísimo desarrollo del capitalismo), políticas (el régimen representativo), culturales y nacionales- se observan también en los países adelantados de América y de Asia: en los Estados Unidos y en el Japón. La composición nacional de este último, es, de antiguo, estable y completamente pura: su población es japonesa en más del 99%. En los Estados Unidos, los negros (así como los mulatos y los indios) constituyen únicamente el 11,1% de la población y deben ser considerados como nación oprimida, por cuanto la igualdad conquistada en la Guerra de Secesión de 1861-1865 y respaldada por la Constitución de la República fue restringiéndose cada vez más, en muchos aspectos, en los sitios de mayor densidad de población negra (en el Sur). Ello está vinculado a la transición del capitalismo progresivo, premonopolista, de los años 1860-1870 al capitalismo reaccionario, monopolista (imperialismo), de la época contemporánea, delimitada en América con particular claridad por la guerra imperialista (es decir, provocada por el reparto del botín entre dos bandidos) que sostuvieron España y Norteamérica en 1898.

Del 88,7% de la población blanca de los Estados Unidos, el 74,3% se compone de norteamericanos, y sólo el 14,4% de elemento inmigratorio. Como es sabido, las condiciones particularmente favorables del desarrollo capitalista en Norteamérica y la rapidez especial de este desarrollo determinaron, como en ninguna otra parte del mundo, un desaparición rápida y radical de las enormes diferencias nacionales para formar una sola nación "norteamericana".

Si sumamos los Estados Unidos y el Japón a los precitados países de Europa Occidental, tendremos 14 Estados con una población global de 394 millones, de los cuales 26 millones, o sea, el 7% carecen de igualdad de derechos en el aspecto nacional. Adelantándonos, señalaremos que la mayoría precisamente de esos 14 países avanzados se lanzaron con particular impulso -en el período de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, es decir, exactamente en el período de transformación del capitalismo en imperialismo- por el camino de la política colonial, como resultado de la cual estos Estados "disponen" hoy de más de medio millar de millones de habitantes en los países dependientes, en las colonias.

II

El grupo de Estados de Europa Oriental: Rusia, Austria y Turquía (hoy sería más correcto considerar a esta última geográficamente como Estado asiático y económicamente como "semicolonia") y 6 pequeños países balcánicos (Rumania, Bulgaria, Grecia, Serbia, Montenegro y Albania) no muestra en el acto un cuadro radicalmente distinto al anterior. ¡*Ni un solo* Estado de composición nacional pura! Sólo los pequeños Estados balcánicos pueden ser considerados como Estados nacionales. Empero, conviene no olvidar que también allí hay un elemento alógeno, que constituye del 5 al 10% de la población; que una cantidad inmensa (comparada con la totalidad de habitantes de esas naciones) de rumanos y serbios está fuera de las fronteras se "sus" Estados, y que, en general, la "construcción de Estados" en los Balcanes, en el sentido nacional-burgués, no quedó terminada siquiera con las guerras "de ayer", por así decirlo, con las guerras de los años 1911 y 1912. Entre los pequeños Estados balcánicos no hay *ningún* Estado nacional que se asemeje a España, Suecia, etc. Y en los tres grandes Estados de Europa Oriental, el porcentaje de población de la nación "propia" y principal llega tan sólo al 43%. Más de la mitad de los habitantes (el 57%) de cada uno de estos tres grandes Estados pertenece a la población "alógena". Desde el punto de vista de la estadística, la diferencia entre los dos grupos de Estados (el de Europa Occidental y el de Europa Oriental) se expresa del modo siguiente:

En el primer grupo tenemos 10 Estados nacionales homogéneos o casi homogéneos, con una población de 231 millones, y sólo 2 Estados "abigarrados" en el aspecto nacional, pero sin opresión de las naciones y con igualdad de derechos de las mismas, proclamada por la Constitución y ejercida en la práctica, con 11.500.000 habitantes.

En el segundo grupo figuran 6 Estados casi homogéneos con una población de 23 millones, y tres Estados "abigarrados" o "mixtos", sin igualdad de derechos de las naciones y con una población de 249 millones.

En su conjunto, la población de otras naciones (es decir, no perteneciente a la nación principal* de cada Estado) representa en Europa Occidental el 6%, y si agregamos los Estados Unidos y el Japón, el 7%. En cambio, la población extranacional de Europa Oriental llega ¡al 53%! (Aquí termina el manuscrito)

Escrito en enero de 1917.

Firmado: P. Piriuchev.

Publicado por vez primera en 1935 en el núm. 2 de la revista "Bolshevik".

T. 30, págs. 349-256.

---

* En rusia, los rusos; en Austria, los alemanes y magiares; en Turquía, los turcos.

CARTAS DESDE LEJOS.

Primera carta. La primera etapa de la primera revolución.

La primera revolución, engendrada por la guerra imperialista mundial, ha estallado. Seguramente, esta primera revolución no será la última.

A juzgar por los escasos datos de que se dispone en Suiza, la primera etapa de esta primera revolución, concretamente la revolución rusa del 1 de marzo de 1917, ha terminado. Seguramente, esta primera etapa no será la última de nuestra revolución.

¿Cómo ha podido producirse el "milagro" de que sólo en 8 días -según ha afirmado el señor Miliukov en su jactancioso telegrama a todos los representantes de Rusia en el extranjero- se haya desmoronado una monarquía que se había mantenido a lo largo de siglos y que se mantuvo, pese a todo, durante tres años -1905-1907- de gigantescas batallas de clases en las que participó todo el pueblo?

Ni en la naturaleza ni en la historia se producen milagros, pero todo viraje brusco de la historia, incluida cualquier revolución, ofrece un contenido tan rico, desarrolla combinaciones tan inesperadas y originales de formas de lucha y de correlación de las fuerzas en pugna, que muchas cosas deben parecer milagrosas a la mentalidad pequeñoburguesa.

Para que la monarquía zarista pudiera desmoronarse en unos días, fue precisa la conjugación de varias condiciones de importancia histórica universal. Indiquemos las principales.

Sin los tres años de formidables batallas de clases, sin la energía revolucionaria desplegada por el proletariado ruso en 1905-1907, hubiera sido imposible una segunda revolución tan rápida, en el sentido de que ha culminado su *etapa inicial* en unos cuantos días. La primera revolución (1905) removió profundamente el terreno, arrancó de raíz prejuicios seculares, despertó a la vida política y a la lucha política a millones de obreros y a decenas de millones de campesinos, reveló a cada clase y al mundo entero el verdadero carácter de todas las clases (y todos los principales partidos) de la sociedad rusa, la verdadera correlación de sus intereses, sus fuerzas, sus modos de acción, sus objetivos inmediatos y posteriores. La primera revolución y la época de contrarrevolución que le siguió (1907-1914) pusieron al desnudo la verdadera naturaleza de la monarquía zarista, llevaron ésta a sus "último extremo", descubrieron toda su putrefacción, toda la ignominia, todo el cinismo y todo el libertinaje de la banda zarista con el monstruo de Rasputin a la cabeza; descubrieron toda la ferocidad de la familia de los Románov, esos pogromistas que anegaron Rusia en sangre de judíos, de obreros, de revolucionarios, esos *terratenientes*, "los primeros entre sus iguales", *poseedores de millones* de desiatinas de tierra y dispuestos a todas las atrocidades, a todos los crímenes, dispuestos a arruinar y a estrangular a no importa cuántos ciudadanos para resguardar la "propiedad sacrosanta" suya *y de su clase*.

Sin la revolución de 1905-1907, sin la contrarrevolución de 1907-1914, habría sido imposible una "autodefinición" tan precisa de todas las clases del pueblo ruso y de todos los pueblos que habitan en Rusia, la definición de la actitud de esas clases -de unas hacia otras y de cada una de ellas hacia la monarquía zarista- que se reveló durante los 8 días de la revolución de febrero-marzo de 1917. Esta revolución de 8 días fue "representada", si puede permitirse la metáfora, como si se hubiera procedido con anterioridad a unos diez ensayos principales y secundarios; los "actores" se conocían, sabían sus papeles, sus puestos, conocían su situación a lo largo y a lo ancho, en todos los detalles, conocían hasta los menores matices de las tendencias políticas y de las formas de acción.

Pero, para que la primera, la gran revolución de 1905, condenada como "una gran rebelión" por los señores Guchkov, Miliukov y sus acólitos, condujera a los doce años a la "brillante" y "gloriosa" revolución de 1917, que los Guchkov y los Miliukov declaran "gloriosa" porque les ha dado (*por el momento*) el poder, se precisaba, además, un "director de escena" grande, vigoroso, omnipotente y capaz, por una parte, de acelerar extraordinariamente la marcha de la historia universal, y, por otra, de engendrar crisis mundiales económicas, políticas, nacionales e internacionales de una fuerza inusitada. Aparte de una aceleración extraordinaria de la historia universal, se precisaban virajes particularmente bruscos de ésta para que en uno de ellos pudiera volcar, de golpe, la carreta de la sangrienta y enlodada monarquía de los Románov.

Este "director de escena" omnipotente, este

acelerador vigoroso ha sido la guerra imperialista mundial.

Hoy ya no cabe duda de que la guerra es mundial, pues Estados Unidos y China están ya participando a medias en ella, y mañana lo harán totalmente.

Hoy ya no cabe duda de que la guerra es imperialista por *ambas* partes. Sólo los capitalistas y sus secuaces, los socialpatriotas y los socialchovinistas -o, aplicando en lugar de definiciones críticas generales nombres de políticos bien conocidos en Rusia-, sólo los Guchkov y los Lvov, los Miliukov y los Shingariov, de un lado, y, de otro, sólo los Gvózdiev, los Potrésov, los Chjenkeli, los Kerenski y los Chjeídze pueden negar o velar este hecho. *Tanto* la burguesía alemana *como* la burguesía anglo-francesa hacen la guerra para saquear otros países, para estrangular a los pequeños pueblos, para establecer su dominación financiera en el mundo, para proceder al reparto y redistribución de las colonias, para salvar, engañando y dividiendo a los obreros de los distintos países, el agonizante régimen capitalista.

La guerra imperialista debía -ello era objetivamente inevitable- acelerar extraordinariamente y recrudecer de manera inusitada la lucha de clase del proletariado contra la burguesía, debía transformarse en una guerra civil entre las clases enemigas.

Esta *transformación ha comenzado* con la revolución de febrero-marzo de 1917, cuya primera etapa nos ha mostrado, en primer lugar, el golpe conjunto infligido al zarismo por dos fuerzas: toda la Rusia burguesa y terrateniente con todos sus acólitos inconscientes y con todos sus orientadores conscientes, los embajadores y capitalistas anglo-franceses, por una parte, y, por otra, el *Soviet de diputados obreros*, que ha empezado a ganarse a los diputados soldados y campesinos[81].

Estos tres campos políticos, estas tres fuerzas políticas fundamentales que son: 1) la monarquía zarista, cabeza de los terratenientes feudales, cabeza de la vieja burocracia del generalato; 2) la Rusia burguesa y terrateniente de los octubristas y los demócratas-constitucionalistas[82], detrás de los cuales se arrastraba la pequeña burguesía (cuyos representantes más señalados son Kerenski y Chjeídze); 3) el Soviet de diputados obreros, que trata de hacer aliados suyos a todo el proletariado y a todos los sectores pobres de la población; estas tres fuerzas políticas *fundamentales* se han revelado con plena claridad, incluso en los 8 días de la "primera etapa", incluso para un observador obligado a contentarse con los escuetos telegramas de los periódicos extranjeros y tan alejado de los sucesos como lo está quien escribe estas líneas.

Pero antes de desarrollar esta idea, debo volver a la parte de mi carta consagrada al factor de mayor importancia: la guerra imperialista mundial.

La guerra ha atado entre sí *con cadenas de hierro* a las potencias beligerantes, a los grupos beligerantes de capitalistas, a los "amos" del régimen capitalista, a los señores de la esclavitud capitalista. *Un amasijo sanguinolento*: ese es la vida social y política del momento histórico que vivimos.

Los socialistas que desertaron al campo de la burguesía en el comienzo de la guerra, todos esos David y Scheidemann en Alemania, los Plejánov, Potrésov, Gvózdiev y Cía. en Rusia, vociferaron largamente y a grito pelado contra las "ilusiones" de los revolucionarios, contra las "ilusiones" del Manifiesto de Basilea, contra el "sueño-farsa" de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Ensalzaron en todos los tonos la fuerza, la vitalidad, la facultad de adaptación reveladas, según ellos, por el capitalismo; ¡*ellos*, que han ayudado a los capitalistas a "adaptar", domesticar, engañar y dividir a la clase obrera de los distintos países!

Pero "quien ría el último, ríe mejor". La burguesía no consiguió aplazar por largo tiempo la crisis revolucionaria engendrada por la guerra. Esta crisis se agrava con una fuerza irresistible en todos los países, empezando por Alemania, que sufre, según la expresión de un observador que la ha visitado recientemente, "un hambre genialmente organizada", y terminando con Inglaterra y Francia, donde el *hambre* se acerca *también* y donde la organización es mucho menos "genial".

Es natural que la crisis revolucionaria estallara *antes que en otras partes* en la Rusia zarista, donde la desorganización era la más monstruosa y el proletariado el más revolucionario (no debido a sus cualidades singulares, sino a las tradiciones, aún vivas, del "año 1905") Aceleraron esta crisis las durísimas derrotas sufridas por Rusia y sus aliados. Estas derrotas sacudieron todo el viejo mecanismo gubernamental y todo el viejo orden de cosas, enfurecieron contra él a *todas* las clases de la población, exasperaron al ejército, exterminaron a muchísimos de los viejos mandos, salidos de una nobleza rutinaria y de una burocracia extraordinariamente podrida, y los remplazaron con elementos jóvenes, nuevos, principalmente burgueses, raznochintsi[83] pequeñoburgueses. Los lacayos descarados de la burguesía o los hombres simplemente faltos de carácter, que clamaban y vociferaban contra el "derrotismo", se ven hoy ante el hecho de la ligazón histórica entre la derrota de la monarquía zarista, la más atrasada y bárbara, y el *comienzo* del incendio revolucionario.

Pero si las derrotas al empezar la guerra desempeñaron el papel de un factor negativo, que aceleró la explosión, el vínculo entre el capital financiero anglo-francés, el imperialismo anglo-francés y el capital octubrista y demócrata-constitucionalista de Rusia ha sido el factor que ha acelerado esta crisis, mediante la *organización*

directa de un *complot* contra Nicolás Románov.

Por razones bien comprensibles, la prensa anglo-francesa silencia este aspecto, extraordinariamente importante, de la cuestión, mientras que la prensa alemana lo subraya con maliciosa alegría. Nosotros, los marxistas, debernos mirar la verdad cara a cara, serenamente, sin dejarnos desconcertar por la mentira oficial, por la mentira diplomática y dulzarrona de los diplomáticos y de los ministros del primer grupo beligerante de imperialistas, ni por los guiños y las risitas burlonas de sus competidores financieros y militares del otro grupo beligerante. Todo el curso de los sucesos en la revolución de febrero-marzo muestra claramente que las embajadas inglesa y francesa, con sus agentes y sus “influencias”, que llevaban mucho tiempo haciendo los esfuerzos más desesperados para impedir los acuerdos “separados” y una paz separada entre Nicolás II (esperamos y haremos lo necesario para que sea el último) y Guillermo II, organizaron directamente un complot con los octubristas y los demócratas-constitucionalistas, con parte del generalato y de la oficialidad del ejército, sobre todo, de la guarnición de San Petersburgo, para *deponer* a Nicolás Románov.

No nos hagamos ilusiones. No incurramos en el error de quienes -como algunos miembros del “CO” o “mencheviques”[84] que vacilan entre la posición de los Gvózdiev y los Potrésov y el internacionalismo, deslizándose con excesiva frecuencia hacia el pacifismo pequeñoburgués- están dispuestos a ensalzar el “acuerdo” entre el partido obrero y los demócratas-constitucionalistas, el “apoyo” del primero a los últimos, etc. Esa gente, rindiendo tributo a su vieja y manoseada doctrina (que nada tiene de marxista), echa un velo sobre el complot tramado por los imperialistas anglo-franceses con los Guchkov y los Miliukov para destronar a Nicolás Románov, el “primer espadón”, y poner en su sitio a *espadones* más enérgicos, menos gastados, más capaces.

Si la revolución ha triunfado tan rápidamente y de una manera tan radical -en apariencia y a primera vista-, es únicamente porque, debido a una situación histórica original en extremo, *se fundieron*, con “unanimidad” notable, *corrientes absolutamente diferentes*, intereses de clase *absolutamente heterogéneos*, aspiraciones políticas y sociales *absolutamente opuestas*. A saber: la conjuración de los imperialistas anglo- franceses, que empujaron a Miliukov, Guchkov y Cía. a adueñarse del poder *para continuar la guerra imperialista*, para continuarla con más encarnizamiento y tenacidad, para asesinar a nuevos millones de obreros y campesinos de Rusia a fin de dar Constantinopla... a los Guchkov, Siria… a los capitalistas franceses, Mesopotamia... a los capitalistas ingleses, etc. Esto de una parte. Y de otra parte, un profundo movimiento proletario y de las masas del pueblo (todos los sectores pobres de la población de la ciudad y del campo), movimiento de carácter revolucionario, por *el pan, la paz y la verdadera libertad*.

Sería necio hablar de “apoyo” por parte del proletariado revolucionario de Rusia al imperialismo demócrata-constitucionalista y octubrista, “amasado” con dinero inglés y tan repugnante como el imperialismo zarista. Los obreros revolucionarios han estado demoliendo, han demolido ya en gran parte y seguirán demoliendo la ignominiosa monarquía zarista hasta acabar con ella, sin entusiasmarse ni inmutarse si en ciertos momentos históricos, de breve duración y de coyuntura excepcional, viene a *ayudarles* la lucha de Buchanan, Guchkov, Miliukov y Cía., con *vistas a sustituir* a un monarca por *otro*, ¡y preferiblemente por otro Románov!

Las cosas han ocurrido así, y solamente así. Así, y solamente así, puede considerar las cosas el político que no teme la verdad, que sopesa con lucidez la correlación de las fuerzas sociales en la revolución, que aprecia cada “momento actual”, no sólo en todo lo que tiene de original en el instante dado, sino también desde el punto de vista de resortes más profundos, de una correlación más profunda de los intereses del proletariado y de la burguesía, tanto en Rusia como en todo el mundo.

Los obreros de Petrogrado, lo mismo que los obreros de toda Rusia, han combatido con abnegación contra la monarquía zarista por la libertad, por la tierra para los campesinos, *por la paz*, contra la matanza imperialista. El capital imperialista anglo-francés, para continuar e intensificar esta matanza, urdió intrigas palaciegas, tramó un complot con los oficiales de la guardia, instigó y alentó a los Guchkov y a los Miliukov, tenía *completamente formado un nuevo gobierno*, que fue el que *tomó el poder* en cuanto el proletariado hubo asestado los primeros golpes al zarismo.

Este nuevo gobierno en el que los octubristas y los “renovadores pacíficos”[85], Lvov y Guchkov, ayer cómplices de Stolypin el Verdugo, ocupan puestos de *verdadera importancia*, puestos cardinales, puestos decisivos, tienen en sus manos el ejército y la burocracia, este gobierno, en el que Miliukov y otros demócratas-constitucionalistas figuran más que nada como adorno, como rótulo, para pronunciar melifluos discursos profesorales, y el “trudovique” Kerenski desempeña el papel de flauta para engañar a los obreros y a los campesinos, ese gobierno no es una agrupación accidental de personas.

Son los representantes de una nueva clase llegada al poder político en Rusia, la clase de los terratenientes capitalistas y de la burguesía, que desde hace largo tiempo dirige económicamente nuestro país y que tanto durante la revolución de

1905-1907 como durante la contrarrevolución de 1907-1914 y, finalmente, durante la guerra de 1914 a 1917 -en este período con singular celeridad-, se ha organizado políticamente con extraordinaria rapidez, apoderándose de las administraciones locales, de la instrucción pública, de congresos de todo género, de la Duma, de los comités de la industria de guerra, etc. Esta nueva clase estaba ya "casi del todo" en el poder en 1917; por eso los primeros golpes han sido suficientes para que el zarismo se desmoronase, abandonando el campo a la burguesía. La guerra imperialista, al exigir una increíble tensión de fuerzas, aceleró a tal extremo el proceso de desarrollo de la Rusia atrasada, que, "de golpe" -en realidad *aparentemente* de golpe-, *hemos alcanzado* a Italia, a Inglaterra y casi a Francia, hemos obtenido un gobierno "parlamentario", de "coalición", "nacional" (es decir, adaptado para continuar la matanza imperialista y para engañar al pueblo).

Al lado de este gobierno -que no es, en el fondo, más que un simple agente de las "firmas" de multimillonarios, "Inglaterra y Francia", desde el punto de vista de la guerra *presente*- ha aparecido un *gobierno obrero*, el gobierno principal, no oficial, no desarrollado aún, relativamente débil, que expresa los intereses del proletariado y de todos los elementos pobres de la población de la ciudad y del campo. Este gobierno es el *Soviet de diputados obreros* de Petrogrado que busca ligazón con los soldados y con los campesinos, así como con los obreros agrícolas; como es natural, con éstos, sobro todo, más que con los campesinos.

Tal es la *verdadera* situación política que nosotros debemos ante todo esforzarnos por establecer con la máxima precisión y objetividad, a fin de dar a la táctica marxista la única base sólida que ha de tener: *los hechos*.

La monarquía zarista ha sido derrocada, pero todavía no ha sido rematada.

El gobierno octubrista y demócrata-constitucionalista, gobierno burgués, que quiere llevar la guerra imperialista "hasta el final", es en realidad agente de la firma financiera "Inglaterra y Francia", y *se ve obligado a prometer* al pueblo todas las libertades y todas las dádivas compatibles con el mantenimiento del poder sobre el pueblo y con la continuación de la matanza imperialista.

El Soviet de diputados obreros es una organización obrera, es el embrión del gobierno obrero, representante de los intereses de todas las masas *pobres* de la población, es decir, de las nueve décimas partes de la población, que busca *la paz, el pan y la libertad*.

La lucha de estas tres fuerzas determina la situación presente, que es el *paso* de la primera a la segunda etapa de la revolución.

La contradicción entre la primera fuerza y la segunda *no* es profunda, es una contradicción temporal, suscitada *solamente* por la coyuntura del momento, por un brusco viraje de los acontecimientos en la guerra imperialista. En el nuevo gobierno *todos* son monárquicos, pues el republicanismo *verbal* de Kerenski no es serio ni digno de un político; es, *objetivamente*, politiquería. Aún no había el nuevo gobierno asestado el golpe de gracia a la monarquía zarista, cuando ya estaba *entrando en tratos* con la dinastía de los terratenientes Románov. La burguesía octubrista y demócrata-constitucionalista *necesita* la monarquía como cabeza de la burocracia y del ejército, para salva guardar los privilegios del capital contra los trabajadores.

Quien pretenda que los obreros deben *apoyar* al nuevo gobierno en nombre de la lucha contra la reacción del zarismo (y eso es lo que pretenden, por lo visto, los Potrósov, los Gvózdiev, los Chjenkeli y, también, pese a su *posición evasiva*, los Chjeídze), traiciona a los obreros, traiciona la causa del proletariado, la causa de la paz y de la libertad. Porque, de hecho, *precisamente* este nuevo gobierno *ya* está atado de pies y manos por el capital imperialista, por la política imperialista *belicista*, de rapiña; *ya* ha iniciado las transacciones (¡sin consultar al pueblo!) con la dinastía; *ya se afana por restaurar la monarquía zarista*; ya invita a un candidato a reyezuelo, a Mijaíl Románov; ya se preocupa de afianzar su trono, de sustituir la monarquía legítima (legal, basada en viejas leyes) por una monarquía bonapartista, plebiscitaria (basada en un sufragio popular amañado).

¡Para combatir realmente contra la monarquía zarista, para asegurar realmente la libertad, y no sólo de palabra, no en las promesas de los picos de oro de Miliukov y Kerenski, *no* son los obreros quienes deben apoyar al nuevo gobierno, sino este gobierno quien debe "apoyar" a los obreros! Porque la única *garantía* de la libertad y de la destrucción completa del zarismo *es armar al proletariado*, consolidar, extender, desarrollar el papel, la importancia y la fuerza del Soviet de diputados obreros.

Todo lo demás son frases y mentiras, ilusiones de politiqueros del campo liberal y radical, maquinaciones fraudulentas.

Ayudad al armamento de los obreros o, al menos, no lo estorbéis, y la libertad será invencible en Rusia, nadie conseguirá restaurar la monarquía, y la república se verá asegurada.

De lo contrario, los Guchkov y los Miliukov restaurarán la monarquía y no harán *nada*, absolutamente nada, de lo que han prometido en cuanto a las "libertades". Todos los politiqueros burgueses en *todas* las revoluciones burguesas han "alimentado" al pueblo y embaucado a los obreros con promesas.

Nuestra revolución es burguesa, y *por eso* los obreros deben apoyar a la burguesía, dicen los

Potrésov, los Gvózdiev y los Chjeídze, como dijera ayer Plejánov.

Nuestra revolución es burguesa, decimos nosotros, los marxistas, y *por eso* los obreros deben abrir los ojos al pueblo para que vea la mentira de los politiqueros burgueses y enseñarle a no creer en las palabras, a confiar únicamente en *sus propias* fuerzas, en *su propia* organización, en *su propia* unión, en *su propio* armamento.

El gobierno de octubristas y demócratas-constitucionalistas, de los Guchkov y los Miliukov, *no puede* dar al pueblo -aunque lo quisiera sinceramente (sólo niños de pecho pueden creer en la sinceridad de Guchkov y Lvov)- *ni la paz, ni el pan, ni la libertad*.

La paz, porque es un gobierno de guerra, un gobierno de continuación de la matanza imperialista, un gobierno de rapiña que desea saquear Armenia, Galitzia, Turquía, conquistar Constantinopla, reconquistar Polonia, Cunandia, el país lituano, etc. Este gobierno está atado de pies y manos por el capital imperialista anglo-francés. El capital ruso no es más que una sucursal de la "firma" universal que maneja *centenares de miles de millones* de rublos y que se llama "Inglaterra y Francia".

El pan, porque este gobierno es burgués. *Cuanto más*, dará al pueblo, como lo ha hecho Alemania, "un hambre genialmente organizada". Pero el pueblo no querrá tolerar el hambre. El pueblo llegará a saber, y sin duda bien pronto, que hay pan y que se puede obtener, pero únicamente con medidas *desprovistas de todo respeto hacia la santidad del capital y de la propiedad de la tierra*.

La libertad, porque este gobierno es un gobierno de terratenientes y capitalistas, que *teme* al pueblo y ha entrado ya en tratos con la dinastía de los Románov.

En otro artículo trataremos de los objetivos tácticos de nuestra conducta inmediata respecto a este gobierno. Mostraremos en qué consiste la peculiaridad del momento actual, del paso de la primera a la segunda etapa de la revolución, y por qué la consigna, la "tarea del día", en *este* momento debe ser: *¡Obreros! Habéis hecho prodigios de heroísmo proletario y popular en la guerra civil contra el zarismo. Tendréis que hacer prodigios de organización del proletariado y de todo el pueblo para preparar vuestro triunfo en la segunda etapa de la revolución*.

Limitándonos *por el momento* a analizar la lucha de clases y la correlación de fuerzas de clase en la etapa actual de la revolución, debemos plantear aún esta cuestión: ¿Quiénes son los *aliados* del proletariado en la *presente* revolución?

Estos aliados son *dos*: en primer lugar, la amplia masa de los semiproletarios y, en parte, de los pequeños campesinos de Rusia, masa que cuenta con decenas de millones de hombres y constituye la inmensa mayoría de la población. Esta masa *necesita* la paz, el pan, la libertad y la tierra. Esta masa sufrirá inevitablemente cierta influencia de la burguesía, y sobre todo de la pequeña burguesía, a la que se acerca más por sus condiciones de existencia, vacilando entre la burguesía y el proletariado. Las duras lecciones de la guerra, que serán *tanto más* duras cuanto más enérgicamente sea hecha la guerra por Guchkov, Lvov, Miliukov y Cía., empujarán a esta masa *inevitablemente* hacia el proletariado, la obligarán a seguirle. Ahora debemos aprovechar la libertad relativa del nuevo régimen y los Soviets de diputados obreros para esforzarnos en *ilustrar y organizar*, sobre todo y por encima de todo, a esta masa. Los Soviets de diputados campesinos, los Soviets de obreros agrícolas, son una de las tareas más esenciales. No sólo nos esforzaremos por que los obreros agrícolas formen sus Soviets propios, sino también porque los campesinos pobres e indigentes se organicen *separadamente* de los campesinos acomodados. En la carta siguiente trataremos de las tareas especiales y de las formas especiales de la organización, cuya necesidad se impone hoy día con gran fuerza.

En segundo lugar, aliado del proletariado ruso es el proletariado de todos los países beligerantes y de todos los países en general. Hoy este aliado se encuentra en gran medida abrumado por la guerra y sus portavoces son con excesiva frecuencia los socialchovinistas, que en Europa se han pasado, como Plejanov, Gvozdiev y Potresov en Rusia al campo de la burguesía. Pero cada mes de guerra imperialista ha ido liberando de su influencia al proletariado, y la revolución rusa acelerará *infaliblemente* este proceso en enormes proporciones.

Con estos dos aliados, el proletariado puede marchar y marchará, *aprovechando las particularidades* del actual momento de transición, primero a la conquista de la república democrática y de la victoria completa de los campesinos sobre los terratenientes, en lugar de la semimonarquía guchkoviano-miliukoviana, y después al *socialismo*, pues sólo éste dará a los pueblos, extenuados por la guerra, *la paz, el pan y la libertad*.

N. Lenin

Escrita el 7 (20) de marzo de 1917. Se publicó resumida el 21 y el 22 de marzo de 1917 en los núms. 14 y 15 del periódico "Pravda". Apareció íntegra por vez primera en 1949 en la cuarta edición de las "Obras" de V. I. Lenin, tomo 23.

T.31, págs. 11-22.

Segunda carta. El nuevo gobierno y el proletariado.

El principal documento de que dispongo hoy (8 (21) de marzo) es un número del *Times*[86] -periódico inglés archiconservador y archiburgués- del 16 de

marzo con un resumen de noticias acerca de la revolución en Rusia. Está claro que sería difícil encontrar una fuente más bien dispuesta -por no decir otra cosa- hacia el gobierno de Guchkov y de Miliukov.

El corresponsal de este periódico comunica desde San Petersburgo el miércoles 1(14) de marzo -cuando sólo existía el primer Gobierno Provisional, es decir, el Comité Ejecutivo de la Duma, encabezado por Rodzianko y compuesto por 13 miembros[87], entre los que figuran, según se expresa el periódico, dos "socialistas", Kerenski y Chjeídze- lo siguiente:

"Un grupo de 22 miembros elegidos del Consejo de Estado[88] -Guchkov, Stajóvich, Trubetskói, el profesor Vasíliev, Grimm, Vernadski y otros- envió ayer un telegrama al zar", rogándole que, para salvar la "dinastía", etc., etc., convocase la Duma y nombrase un jefe de gobierno que gozara de la "confianza de la nación". "No se sabe en estos momentos -escribe el corresponsal- cuál será la decisión del emperador, que debe llegar hoy; sin embargo, una cosa es indudable. Si su Majestad no satisface inmediatamente los deseos de los elementos más moderados entre sus leales súbditos, la influencia que hoy ejerce el Comité Provisional de la Duma de Estado pasará íntegramente a manos de los socialistas, que quieren establecer una república, pero que son incapaces de instituir cualquier gobierno de orden y que precipitarían infaliblemente el país en la anarquía interior y en una catástrofe en el exterior…"

¡Qué sabiduría estatal, qué claridad!, ¿no es cierto? ¡Qué bien comprende el correligionario (y quizá dirigente) inglés de los Guchkov y los Miliukov la correlación de fuerzas e intereses de las clases! "Los elementos más moderados entre sus leales súbditos", es decir, los terratenientes y capitalistas monárquicos, desean ver el poder en sus manos, pues comprenden perfectamente que, de no ocurrir así, la "influencia" pasaría a manos de los "socialistas". ¿Por qué, precisamente, a las de los "socialistas", y no a las de alguien más? Porque el guchkoviano inglés ve a la perfección que en la arena política *no hay ni puede haber* otra fuerza social. La revolución ha sido obra del proletariado, que ha dado muestras de heroísmo, que ha vertido su sangre, que ha sabido llevar a la lucha a las más amplias masas trabajadoras y a las capas pobres de la población; que exige pan, paz y libertad, que exige la república y simpatiza con el socialismo. Y un puñado de terratenientes y capitalistas, encabezados por los Guchkov y los Miliukov, quiere burlar la voluntad y los anhelos de la inmensa mayoría de la población, cerrar *trato con la monarquía tambaleante* para sostenerla y salvarla: ponga, vuestra majestad, el gobierno en manos de Lvov y Guchkov y nosotros estaremos con la monarquía, contra el pueblo. ¡Este es el sentido, ésta es la esencia de la política del nuevo gobierno!

Pero, ¿cómo justificar el engaño de que se quiere hacer víctima al pueblo, cómo justificar esa burla, esa violación de la voluntad de la mayoría gigantesca de la población?

Para ello hay que aplicar un procedimiento viejo, pero eternamente nuevo, de la burguesía: calumniar al pueblo. Y el guchkoviano inglés calumnia, insulta, escupe y suelta espumarajos: ¡¡"anarquía interior, catástrofe en el exterior", "ningún gobierno de orden"!!

¡Eso es mentira, honorable guchkoviano! Los obreros quieren la república, y la república es un gobierno de "mayor orden" que la monarquía. ¿Quién garantiza al pueblo que el segundo Románov no se buscará un segundo Rasputin? La catástrofe es acarreada, precisamente, por la continuación de la guerra, es decir, precisamente por el nuevo gobierno. Sólo la república proletaria, apoyada por los obreros agrícolas y por los sectores más pobres del campo y de la ciudad, puede asegurar la paz y dar pan, orden y libertad.

Los berridos contra la anarquía no hacen más que velar los mezquinos intereses de los capitalistas, que desean lucrarse a cuenta de la guerra y de los empréstitos de guerra, que desean el restablecimiento de la monarquía *contra* el pueblo.

> "... Ayer -continúa el corresponsal- el Partido Socialdemócrata lanzó un llamamiento, sedicioso en sumo grado, que se difundió por toda la ciudad. Ellos" (es decir, el Partido Socialdemócrata) "son meros doctrinarios, pero en tiempos como los que corren pueden causar un daño inmenso. Los señores Kerenski y Chjeídze, quienes comprenden que no pueden confiar en prevenir la anarquía sin el apoyo de los oficiales y los elementos más moderados del pueblo, se ven constreñidos a tener en cuenta a sus camaradas menos prudentes y les hacen insensiblemente ir adoptando una actitud que complica la tarea del Comité Provisional…

¡Oh, gran diplomático guchkoviano inglés! ¡Cuán "imprudentemente" ha dejado usted escapar la verdad!

El "Partido Socialdemócrata" y los "camaradas menos prudentes", a quienes "se ven constreñidos a tener en cuenta a Kerenski y Chjeídze", son, por lo visto, el Comité Central, o de San Petersburgo, de nuestro partido, restaurado por la Conferencia de enero de 1912[89], esos mismos "bolcheviques" a quienes los burgueses tildan siempre de "doctrinarios" por su fidelidad a la "doctrina", es decir, a los fundamentos, a los principios, a la teoría, a los objetivos del *socialismo*. Está claro que el guchkoviano inglés tilda de sediciosos y de doctrinarios el llamamiento[90] y el proceder de nuestro partido porque éste llama a luchar por la república, por la paz, por la destrucción completa de la monarquía zarista, por el pan para el pueblo.

El pan para el pueblo y la paz son sedición, y las carteras ministeriales para Guchko y Miliukov son "orden" ¡Viejos y conocidos discursos!

¿Cuál es la táctica de Kerenski y de Chjeídze, según el guchkoviano inglés?

Es una táctica vacilante: de una parte, el guchkoviano les alaba porque "comprenden" (¡excelentes muchachos!, ¡muy inteligentes!) que sin el "apoyo" de los oficiales y de los elementos más moderados es imposible evitar la anarquía (en cambio nosotros pensábamos y seguimos pensando, de acuerdo con nuestra doctrina, con nuestra teoría del socialismo, que son precisamente los capitalistas quienes introducen en la sociedad humana la anarquía y las guerras, que sólo el paso de *todo* el poder político a manos del proletariado y de las capas más pobres del pueblo puede librarnos de las guerras, de la anarquía, del hambre). De otra parte, Kerenski y Chjeídze "se ven constreñidos a tener en cuenta" "a sus camaradas menos prudentes", es decir, a los bolcheviques, al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, restaurado y unido por el Comité Central.

¿Qué fuerza "obliga" a Kerenski y a Chjeídze a "tener en cuenta" al Partido Bolchevique, al que *jamás* han pertenecido, al que ellos mismos o sus representantes literarios ("socialistas-revolucionarios", "socialistas populares"[91], "mencheviques-miembros del CO", etc.) siempre han insultado, condenado, declarado grupo ilegal insignificante, secta de doctrinarios, etc., etc.? ¿Dónde y cuándo se ha visto que en tiempos de revolución, cuando actúan sobre todo las *masas*, políticos que estén en sus cabales, "tengan en cuenta" a "doctrinarios"??

Nuestro pobre guchkoviano inglés se ha hecho un lío, no da pie con bola, no ha sabido ni mentir hasta el fin ni decir toda la verdad; lo único que ha hecho es desenmascararse.

Lo que ha obligado a Kerenski y a Chjeídze a tener en cuenta al Partido Socialdemócrata del Comité Central ha sido la influencia de este partido en el proletariado, en las masas. Nuestro partido ha resultado estar con las masas, con el proletariado revolucionario, *a pesar* de la detención y la deportación de nuestros diputados a Siberia ya en 1914[92], a pesar de las terribles persecuciones y de las detenciones de que fue objeto nuestro comité de San Petersburgo por su trabajo clandestino, durante la conflagración, contra la guerra y contra el zarismo.

"Los hechos son tozudos", dice un refrán inglés. ¡Permítame que se lo recuerde, honorabilísimo guchkoviano inglés! El hecho de que nuestro partido ha dirigido a los obreros de San Petersburgo, o por lo menos les ha prestado una ayuda abnegada en los grandes días de la revolución, *ha tenido* que reconocerlo el "*propio*" guchkoviano inglés. El hecho de que Kerenski y Chjeídze vacilen *entre* la burguesía y el proletariado también ha tenido que reconocerlo. Los partidarios de Gvózdiev, los "defensistas", es decir, los socialchovinistas, es decir, los defensores de la guerra imperialista, guerra de rapiña, siguen hoy, de cuerpo entero, a la burguesía; Kerenski, al entrar en el gabinete, es decir, en el segundo Gobierno Provisional[93], también se ha marchado íntegramente con ella; Chjeídze no, Chjeídze continúa *vacilando* como el Gobierno Provisional de la burguesía, entre los Guchikov y los Miliukov, y el "gobierno provisional" del proletariado y las capas pobres del pueblo, el Soviet de diputados obreros y el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia unido por el Comité Central.

La revolución ha confirmado, por consiguiente, lo que nosotros afirmábamos con particular insistencia al invitar a los obreros a que esclareciesen con nitidez la diferencia de clase entre los partidos fundamentales y las principales tendencias en el movimiento obrero y en la pequeña burguesía, ha confirmado lo que nosotros escribimos, por ejemplo, en el núm. 47 de *Sotsial-Demokrat* de Ginebra hace casi año y medio, el 13 de octubre de 1915:

"Como antes, consideramos admisible la participación de los socialdemócratas en el Gobierno Provisional revolucionario con la pequeña burguesía democrática, pero *de ningún modo* con los chovinistas revolucionarios. Consideramos chovinistas revolucionarios a quienes desean la victoria sobre el zarismo para obtener la victoria sobre Alemania, para saquear a otros países, para fortalecer el dominio de los rusos sobre los demás pueblos de Rusia, etc. La base del chovinismo revolucionario es la posición de clase de la pequeña burguesía. Esta vacila siempre entre la burguesía y el proletariado. Ahora vacila entre el chovinismo (que le impide ser consecuentemente revolucionaria incluso en el sentido de la revolución democrática) y el internacionalismo proletario. Los representantes políticos de esta pequeña burguesía son hoy en Rusia los trudoviques[94], los socialistas-revolucionarios, *Nasha Zariá*[95] (hoy *Dielo*), la fracción de Chjeídze, el Comité de Organización, el señor Plejánov, etc. Si los chovinistas revolucionarios vencieran en Rusia, estaríamos en contra de la defensa de *su* "patria" en la guerra presente. Nuestra consigna es: contra los chovinistas, aunque se llamen revolucionarios y republicanos, *contra* ellos y *por* la unión del proletariado internacional para la revolución socialista"*.

- - -

Pero, volvamos al guchkoviano inglés.

"...Apreciando los peligros que tiene por delante -sigue el guchkoviano-, el Comité Provisional de la Duma de Estado se ha abstenido intencionadamente de llevar a cabo su plan original de detener a los ministros, aunque ayer lo

* Véase V. I. Lenin. *Algunas Tesis*. (*N. de la Edit.*)

hubiera podido hacer con la menor dificultad. Por tanto, está abierta la puerta para las negociaciones, gracias a lo cual nosotros" ("nosotros" = capital financiero o imperialismo ingleses) "podremos obtener todos los beneficios del nuevo régimen sin pasar por la horrible prueba de la Comuna y la anarquía de la guerra civil…"

Los partidarios de Guchkov estaban *por* la guerra civil a *su* favor, están *contra* la guerra civil a favor del pueblo, es decir, de la mayoría indiscutible de los trabajadores.

"...Las relaciones entre el Comité Provisional de la Duma, representante de toda la nación" (¡eso se dice del Comité de la IV Duma de terratenientes y capitalistas!) "y el Soviet de diputados obreros, que representa intereses meramente de clase" (lenguaje de diplomático que ha oído a medias palabras sabias y desea ocultar que el Soviet de diputados obreros representa al proletariado y a las capas pobres de la población, es decir, a 9/10 de la misma), "pero que en tiempos de crisis como los que corren tiene una influencia enorme, han suscitado gran inquietud entre los hombres juiciosos, que ven la posibilidad de un conflicto entre uno y otro, de un conflicto cuyos resultados podrían ser demasiado terribles.

Felizmente, este peligro ha sido eliminado, al menos por el presente" (¡ atención a este "al menos"!), "gracias a la influencia del señor Kerenski, joven abogado con grandes dotes oratorias que comprende claramente" (¿diferencia de Chjeidze, que también "comprendía", aunque, por lo visto, con menos claridad, según nuestro guchkoviano?) "la necesidad de colaborar con el Comité en interés de sus electores de la clase obrera" (es decir, para asegurarse los votos de los obreros, para coquetear con ellos). "Hoy (miércoles 1 (14) de marzo) se ha llegado a un acuerdo satisfactorio[96], que evitará todo roce innecesario".

¿Qué acuerdo ha sido ése?, ¿ha participado en él *todo* el Soviet de diputados obreros? ¿Cuáles son las condiciones del acuerdo? No lo sabemos. Esta vez el guchkoviano inglés ha silenciado en absoluto lo *principal*. ¡Es lógico! ¡A la burguesía no le conviene que esas condiciones sean claras y precisas, que las conozca todo el mundo, pues entonces le sería más difícil incumplirlas!

- - -

Llevaba ya escritas las líneas precedentes, cuando leí dos noticias muy importantes. En primer lugar, el llamamiento del Soviet de diputados obreros "apoyando" al nuevo gobierno[97], publicado el 20 de marzo en *Le Temps*[98] periódico parisiense archiconservador y archiburgués, y, en segundo lugar, un extracto del discurso pronunciado el 1 (14) de marzo por Skóbeliev en la Duma de Estado, extracto impreso por un periódico de Zurich (el *Neue Zürche Zeitung*, 1 Mit.-bl., 21/III) que lo tomó de un periódico berlinés (el *National-Zeitung*).[99]

El llamamiento del Soviet de diputados obreros, si el texto no ha sido falseado por los imperialistas franceses, es un documento notable, ilustrativo de que el proletariado de San Petersburgo se hallaba, por lo menos cuando fue lanzado el llamamiento, influido sobremanera por los políticos pequeñoburgueses. Hago memoria de que yo cuento entre esos políticos, como lo he señalado anteriormente, a hombres del tipo de Kerenski y de Chjeídze.

En el llamamiento vemos dos ideas políticas y, en correspondencia, dos consignas.

Primero. El llamamiento dice que el gobierno (el nueve gobierno) lo componen "elementos moderados". Definición extraña y muy incompleta, de carácter puramente liberal, no marxista. También yo estoy dispuesto a admitir que, en cierto sentido -en mi próxima carta especificaré en cuál precisamente-, ahora -una vez terminada la primera etapa de la revolución- todo gobierno debe ser "moderado". Pero es del todo inadmisible ocultarse a sí mismo y ocultar al pueblo que este gobierno quiere la continuación de la guerra imperialista; que es un agente del capital inglés; que anhela la restauración de la monarquía y el fortalecimiento de la dominación de los terratenientes y los capitalistas.

El llamamiento declara que todos los demócratas deben "apoyar" al nuevo gobierno y que el Soviet de diputados obreros ruega a Kerenski que participe en el Gobierno Provisional y le faculta para ello. Las condiciones, realización de las reformas prometidas ya durante la guerra, garantía del "libre desarrollo cultural" de las naciones (programa puramente demócrata-constitucionalista, de una indigencia liberal) y constitución de un Comité especial -formado por miembros del Soviet de diputados obreros y por "militares"[100]- encargado de vigilar la actividad del Gobierno Provisional.

De este Comité de Vigilancia, relacionado con ideas y consignas de importancia secundaria, hablaremos especialmente más adelante.

Puede decirse que el nombramiento de un Luis Blanc ruso, Kerenski, y el llamamiento invitando a apoyar al nuevo gobierno son un ejemplo clásico de traición a la revolución y al proletariado, traición semejante a las que dieron al traste con muchas revoluciones en el siglo XIX, independientemente del grado de sinceridad y de lealtad al socialismo por parte de los dirigentes y los partidarios de tal política.

El proletariado no puede y no debe apoyar al gobierno de la guerra, al gobierno de la restauración. Lo que hace falta para combatir la reacción, para rechazar las tentativas posibles y probables de los Románov y de sus amigos con vistas a la restauración de la monarquía y la formación de un ejército contrarrevolucionario no es apoyar a Guchkov y Cía., sino organizar, ampliar y robustecer la milicia proletaria, armar al pueblo bajo la

dirección de los obreros. Sin esta medida principal, básica, radical, ni hablar se puede de ofrecer una resistencia seria a la restauración de la monarquía y a las tentativas de escamotear o de castrar las libertades prometidas ni, tampoco, marchar firmemente por el camino que lleva a la conquista del pan, de la paz, de la libertad.

Si Chjeídze, que con Kerenski formaba parte del primer Gobierno Provisional (Comité de los Trece de la Duma), no ha entrado en el segundo Gobierno Provisional por las razones verdaderamente de principio arriba expuestas o por otras semejantes, esa actitud le honra. Eso debe decirse con toda franqueza. Por desgracia, otros hechos, sobre todo el discurso de Skóbeliev, que siempre ha ido del brazo de Chijeídze, contradicen esta interpretación.

Skóbeliev ha dicho, de creer en la fuente citada, que "el grupo social (¿por lo visto, socialdemócrata?) y los obreros no tienen más que un ligero contacto con los objetivos del Gobierno Provisional"; que los obreros reclaman la paz y que, si se continúa la guerra, de todos modos en primavera ha de producirse la catástrofe; que "los obreros han concertado con la Sociedad (con la sociedad liberal) un acuerdo temporal (*eine volölufige Waffenfreundschaft*), aunque sus objetivos políticos están tan lejos de los de la sociedad como la tierra del cielo"; que "los liberales deben renunciar a los insensatos (unssinnige) objetivos de guerra", etc.

Este discurso es un ejemplo de lo que más arriba hemos llamado, al citar el *Sotsial-Demokrat*, "vacilaciones" entre la burguesía y el proletariado. Los liberales, mientras sean liberales, *no pueden* "renunciar" a los fines "insensatos" de guerra, que -diremos de pasada- no son determinados por ellos solos, sino por el capital financiero anglo-francés, potencia cuya fuerza mundial se cifra en centenares de mi les de millones. Lo que se precisa no es "persuadir" a los liberales, sino *explicar* a los obreros por qué los liberales se han metido en un callejón sin salida, por qué *ellos* se ven atados de pies y manos, por qué *ocultan* los tratados concluidos por el zarismo con Inglaterra, etc., y los acuerdos del capital ruso con el capital anglo-francés, etc.

Si Skóbeliev dice que los obreros han concertado un acuerdo cualquiera con la sociedad liberal y no protesta contra él, si no explica desde la tribuna de la Duma el daño que causa a los obreros ese acuerdo, resulta que él mismo lo *aprueba*. Y eso no debía hacerlo en ningún caso.

La aprobación directa o indirecta por Skóbeliev, claramente expresada o tácita del acuerdo del Soviet de diputados obreros con el Gobierno Provisional, muestra que Skóbeliev se inclina hacia la burguesía. La declaración de que los obreros reclaman la paz, de que sus objetivos distan como la tierra del cielo de los objetivos perseguidos por los liberales, muestra que Skóbeliev se inclina hacia el proletariado.

Puramente proletaria, auténticamente revolucionaria y profundamente acertada por su concepción es la segunda idea política que contiene el llamamiento del Soviet de diputados obreros que estamos estudiando, a saber: la idea de constituir un "Comité de Vigilancia" (no sé si es precisamente así como se llama en ruso, yo traduzco libremente del francés), de vigilancia por parte de los proletarios y los soldados, precisamente, sobre el Gobierno Provisional.

¡Eso si que está bien! ¡Eso sí que es digno de los obreros, que han vertido su sangre por la libertad, por la paz y por el pan para el pueblo! ¡Eso sí que es un *paso real* hacia *las garantías reales* contra el zarismo, contra la monarquía, contra los monárquicos Guchkov, Lvov y Cía.! ¡Eso sí que es un indicio de que el proletariado ruso, a pesar de todo, ha ido más allá que el proletariado francés en 1848, que "dio plenos poderes" a Luis Blanc! Eso sí que es una prueba de que el instinto y la inteligencia de la masa proletaria no se dan por satisfechos con declamaciones, exclamaciones, promesas de reformas y de libertades, con el título de "ministro mandatario de los obreros" y demás oropel análogo, sino que buscan un apoyo allí donde *solamente* puede existir, en las masas populares *armadas*, organizadas y dirigidas por el proletariado, por los obreros conscientes.

Este es un paso por el buen camino, pero *no es más que* el primer paso.

Si este "Comité de Vigilancia" se limita a ser una institución de tipo puramente parlamentario, sólo político, es decir, una comisión llamada a "hacer preguntas" al Gobierno Provisional y a recibir respuestas de él, no será más que un juguete, no será nada.

Pero si el Comité conduce a la organización inmediata y a toda costa de una *milicia obrera* en la que participe efectivamente todo el pueblo, todos los hombres y todas las mujeres, una *milicia* que no se limite a remplazar a la policía diezmada y eliminada, que no sólo haga *imposible* su restablecimiento por *cualquier* gobierno monárquico-constitucional o republicano-democrático *tanto* en Petrogrado *como* en cualquier otro lugar de Rusia, entonces los obreros avanzados de Rusia habrán entrado verdaderamente en un camino que les llevará a nuevas y grandes victorias, en el camino que lleva a la victoria sobre la guerra, al cumplimiento real de la consigna que podía leerse, según los periódicos, en las banderas de las tropas de caballería, que desfilaron en Petrogrado ante la Duma de Estado:

"¡Vivan las repúblicas socialistas de todos los países!"

En la carta próxima expondré mis ideas sobre esta milicia obrera.

Me esforzaré en demostrar, de una parte, que precisamente la creación de una milicia popular

dirigida por los obreros es la consigna acertada del día, por responder a los objetivos tácticos del peculiar período de transición que atraviesa la revolución rusa (y la revolución mundial), y, de otra parte, que, para tener éxito, la milicia obrera debe, en primer lugar, comprender a todo el pueblo, abarcar a las masas *hasta llegar a ser general*, englobar realmente a toda la población de ambos sexos, apta para el trabajo, y, en segundo lugar, conjugar no solo las funciones puramente policíacas, sino las de interés para todo el Estado con las funciones militares y con el control de la producción y distribución social de los productos.

Zúrich, 22 (9) de marzo de 1917.

N. Lenin

P. S. Me olvidé de fechar mi carta precedente, del 7 (20) de marzo.

Publicada por vez primera en 1924 en el núm. 3-4 de la revista "Bolshevik".

T. 31, págs. 23-33.

Tercera carta. Acerca de la milicia proletaria.

Dos documentos han confirmado plenamente hoy, 10 (23) de marzo, la conclusión que hice ayer acerca de la táctica vacilante de Chjeídze. El primero de esos documentos es un extracto -comunicado por telégrafo desde Estocolmo a *La Gaceta de Francfort*[101]- del manifiesto lanzado en Petrogrado por el Comité Central de nuestro partido, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Este documento no dice en absoluto que se deba apoyar o derrocar al gobierno de Guchkov; en él se llama a los obreros y a los soldados a organizarse en torno al Soviet de diputados obreros, a enviar a él a sus representantes para luchar contra el zarismo, por la república, por la jornada de 8 horas, por la confiscación de las tierras de los terratenientes y de las existencias de trigo y, sobre todo, por poner fin a la guerra de rapiña. Es particularmente importante y particularmente actual la opinión en absoluto acertada de nuestro Comité Central cuando afirma que para obtener la paz es preciso establecer relaciones con los *proletarios de todos los países beligerantes*.

Esperar la paz de conversaciones y de relaciones entre los gobiernos burgueses significaría engañarse y engañar al pueblo.

El segundo documento es otra noticia también comunicada por telégrafo desde Estocolmo a otro periódico alemán (*La Gaceta de Voss*[102]) acerca de la reunión celebrada por la fracción de Chjeídze en la Duma con el grupo de los trudoviques (*¿Arbeiterfraction*?) y los representantes de los 15 sindicatos obreros el 2 (15) de marzo y dando a conocer el llamamiento publicado al día siguiente. De los once puntos que contiene el llamamiento, el telegrama sólo expone tres: el 1º que reivindica la república; el 7º, que exige la paz y la iniciación inmediata de negociaciones con vistas a su establecimiento, y el 3º, que reclama "una participación suficiente de representantes de la clase obrera rusa en el gobierno".

Si este punto ha sido expuesto exactamente, comprendo por qué la burguesía elogia a Chjeídze. Comprendo por qué al elogio precitado de los guchkovianos ingleses en el *Times* se ha sumado el elogio de los guchkovianos franceses publicado en *Le Temps*. Este periódico de los millonarios e imperialistas franceses escribió el 22 de marzo: "Los jefes de los partidos obreros, y sobre todo el señor Chjeídze, aplican toda su influencia para moderar los deseos de las clases obreras".

En efecto, exigir la "participación" de los obreros en el gobierno de Guchkov-Miliukov es un absurdo teórico y político: participar en minoría equivaldría a ser un simple peón; participar en "condiciones de igualdad" es imposible, porque no se puede conciliar la exigencia de continuar la guerra con la de concertar un armisticio y entablar negociaciones de paz; "participar" siendo mayoría sería posible si se contase con la fuerza suficiente para *derrocar* el gobierno de Guchkov-Miliukov. En la práctica, exigir la "participación" es caer en el peor de los luisblancismos, es decir, olvidar la lucha de clases y sus condiciones reales, entusiasmarse con la más huera frase rimbombante y sembrar ilusiones entre los obreros, perder en negociaciones con Miliukov o con Kerenski un tiempo precioso, que debería emplearse en crear una fuerza verdaderamente de clase y revolucionaria, la milicia proletaria, capaz de *inspirar confianza a todas* las capas pobres de la población -que forman la mayoría absoluta-, capaz de *ayudarles a organizarse*, capaz de ayudar a *estas capas* a luchar por el pan, por la paz, por la libertad.

Este error del llamamiento de Chjeídze y de su grupo (no hablo del *partido* del Comité de Organización, pues no he encontrado ni una sílaba acerca de este Comité en las fuentes de que dispongo), ese error es sobre todo extraño porque Skóbeliev el correligionario más cercano de Chjeídze, dijo en la conferencia del 2 (15) de marzo, según los periódicos: "Rusia se halla en vísperas de una segunda, de una verdadera (*wirklich*: literalmente, efectiva) revolución".

Es ésta una verdad de la que Skóbeliev y Chjeídze han olvidado sacar conclusiones prácticas. No puedo juzgar desde aquí, desde mi maldita lejanía, hasta qué punto es inminente la segunda revolución Skóbeliev está mejor situado para saberlo. Por ello yo no me planteo cuestiones para cuya solución no dispongo ni puedo disponer de datos concretos. Me limito a subrayar la confirmación por parte de un "testigo indiferente", es decir, ajeno a nuestro partido, la confirmación por parle de Skóbeliev de la conclusión *real* a que llegué yo en mi primera carta, a saber: que la revolución de febrero-marzo no ha sido más que la

primera etapa de la revolución. Rusia está viviendo una fase histórica muy particular: el *paso* a la etapa siguiente de la revolución o, como lo dice Skóbeliev, a la “segunda revolución”.

Si queremos ser marxistas y sacar partido de la experiencia de las revoluciones del mundo entero, debemos esforzarnos por comprender en qué consiste precisamente la *originalidad* de esta fase de *paso* y qué táctica dimana de sus peculiaridades objetivas.

La originalidad de la situación es que el gobierno de Guchkov-Miliukov ha obtenido su primera victoria con una facilidad extrema gracias a las tres condiciones principales que enuncio a continuación: 1) el apoyo del capital financiero anglo-francés y de sus agentes; 2) el apoyo de parte de la alta jerarquía del ejército; 3) la organización ya existente de toda la burguesía rusa en los zemstvos[103], las instituciones urbanas, la Duma de Estado, los comités de la industria de guerra, etc.

El gobierno de Guchkov se encuentra apresado: trabado por los intereses del capital, se ve constreñido a procurar la continuación de la guerra de rapiña y de saqueo, a defender los escandalosos beneficios del capital y de los terratenientes, restaurar la monarquía. Trabado por su origen revolucionario y por la necesidad de una brusca transición del zarismo a la democracia, presionado por las masas hambrientas que exigen la paz, el gobierno se ve constreñido a mentir, a maniobrar, a ganar tiempo, a “proclamar” y prometer lo más posible (las promesas son la única cosa muy barata incluso en un período de la mayor carestía) y a cumplir lo menos posible, a hacer concesiones con una mano y a quitarlas con la otra.

En determinadas circunstancias y en el mejor de los casos para él, el nuevo gobierno puede diferir un tanto el hundimiento apoyándose en toda la capacidad de organización de toda la burguesía rusa y de los intelectuales burgueses. Pero ni aun así *podrá* evitar el hundimiento, porque es *imposible* eludir las garras del monstruo espantoso engendrado por el capitalismo mundial -la guerra imperialista y el hambre -sin abandonar el terreno de las relaciones burguesas, sin tomar medidas revolucionarias, sin apelar al inmenso heroísmo histórico del proletariado ruso e internacional.

De aquí la conclusión: no podremos derribar de un sólo golpe al nuevo gobierno, y si pudiésemos (en tiempos de revolución los límites de lo posible se dilatan mil veces), no lograríamos conservar el poder *sin oponer* a la magnífica organización de toda la burguesía rusa y de todos los intelectuales burgueses una no menos magnifica *organización del proletariado*, que dirige la incalculable masa de las capas pobres de la ciudad y del campo, del semiproletariado y los pequeños propietarios.

Independientemente de que la “segunda revolución” haya estallado ya en Petrogrado (he dicho que sería por completo absurdo apreciar desde el extranjero el ritmo concreto de su gestación), haya sido aplazada por cierto tiempo o haya comenzado ya en algunas partes de Rusia (hay, por lo visto, ciertos indicios de que es así), la consigna del momento debe ser en *todo* caso -tanto en vísperas de la nueva revolución como durante la misma o inmediatamente después de ella- la *organización proletaria*.

¡Camaradas obreros! Habéis realizado prodigios de heroísmo proletario ayer, al derrocar a la monarquía zarista. En un futuro más o menos cercano (o quizá ahora, en el momento en que yo escribo estas líneas), tendréis inevitablemente que realizar nuevos idénticos prodigios de heroísmo para derrocar el poder de los terratenientes y los capitalistas, que hacen la guerra imperialista. ¡No podréis *obtener una victoria* sólida en esta nueva revolución, en la “verdadera” revolución, si no realizáis *prodigios de organización proletaria*!

La consigna del momento es la organización. Pero limitarse a esto equivaldría a no decir nada, porque, de una parte, la organización *siempre* es necesaria; por tanto, reducirse a indicar la necesidad de “organizar a las masas” no explica absolutamente nada; de otra parte, quien se limitase a ello no sería más que un acólito de los liberales, porque son los *liberales*, quienes *precisamente* desean, para afianzar su dominación, que los obreros *no vayan más allá* de las organizaciones *habituales*, “legales” (desde el punto de vista de la sociedad burguesa “normal”), es decir, que los obreros *se limiten* simplemente a afiliarse a su partido, a su sindicato, a su cooperativa, etc., etc.

Gracias a su instinto de clase, los obrero han comprendido que en un período de revolución necesitan una organización completamente distinta, *no sólo* habitual, y han emprendido con acierto el camino señalado por la experiencia de nuestra revolución de 1905 y de la Comuna de París de 1871: han creado el *Soviet de diputados obreros*, se han puesto a desarrollarlo, ampliarlo y fortalecerlo, atrayendo a él a diputados de los *soldados* y, sin duda alguna, también a diputados de los obreros *asalariados* rurales y, además (en una u otra forma), de todos los campesinos pobres.

La creación de semejantes organizaciones en todos los lugares de Rusia sin excepción, para todas las profesiones y todas las capas de la población proletaria y semiproletaria sin excepción, es decir, para todos los trabajadores y todos los explotados, es, si empleamos una expresión más popular, aunque menos precisa desde el punto de vista económico, una tarea de las más urgentes, una tarea de importancia primordial. Señalaré, anticipándome, que nuestro partido (espero exponer en una de mis cartas próximas su papel *peculiar* en las organizaciones proletarias de nuevo tipo) debe recomendar particularmente a toda la masa

campesina la formación de Soviets *especiales* de obreros asalariados y de pequeños agricultores que no venden su trigo, de Soviets en los que *no deben entrar* los campesinos acomodados; sin esta condición será en general[*] imposible tanto aplicar una política proletaria auténtica como abordar con acierto la cuestión práctica de mayor importancia, cuestión de vida o muerte para millones de hombres: la contingentación equitativa del *trigo*, el aumento de su producción, etc.

Pero surge la pregunta: ¿qué deben hacer los Soviets de diputados obreros? "Deben ser considerados como Órganos de la insurrección, como órganos del poder revolucionario", escribimos nosotros en el número 47 de *Sotsial-Demokrat*, de Ginebra, el 13 de octubre de 1915[**].

Este principio teórico, deducido de la experiencia de la Comuna de París de 1871 y de la revolución rusa de 1905 debe ser aclarado y desarrollado con mayor concreción basándose en las indicaciones prácticas precisamente de la etapa actual, precisamente de la revolución actual de Rusia.

Necesitamos un *poder* revolucionario, necesitamos (para cierto período de transición) un *Estado*. En esto nos distinguimos de los anarquistas. La diferencia entre los marxistas revolucionarios y los anarquistas no sólo consiste en que los primeros son partidarios de la gran producción comunista centralizada, y los segundos, de la pequeña producción dispersa. No, la diferencia precisamente en la cuestión del poder, del Estado, consiste en que nosotros estamos *por* la utilización revolucionaria de las formas revolucionarias de Estado en la lucha por el socialismo, y los anarquistas están *en contra*.

Necesitamos un Estado. Pero *no como* el Estado que ha creado por doquier la burguesía, empezando por las monarquías constitucionales y acabando por las repúblicas más democráticas. Precisamente en ello nos distinguimos de los oportunistas y los kautskianos de los viejos partidos socialistas en proceso de putrefacción, que han deformado u olvidado las enseñanzas de la Comuna de París y el análisis que de estas enseñanzas hicieran Marx y Engels.[***]

Necesitamos un Estado, pero *no* como el que necesita la burguesía, con los órganos de poder -en forma de policía, ejército, burocracia- separados del pueblo y en contra de él. Todas las revoluciones burguesas se han limitado a perfeccionar *esta* máquina del Estado, a hacer pasar *esta máquina* de manos de un partido a las de otro.

Si quiere salvaguardar las conquistas de la presente revolución y seguir adelante, si quiere conquistar la paz, el pan y la libertad, el proletariado debe, empleando la palabra de Marx, "*demoler*" esa máquina del Estado "ya hecha" y sustituirla por otra, *fundiendo* la policía, el ejército y la burocracia con *todo el pueblo en armas*. Siguiendo la ruta indicada por la experiencia de la Comuna de París de 1871 y de la revolución rusa de 1905, el proletariado debe organizar y armar a *todos* los elementos pobres y explotados de la población, a fin de que ellos *mismos* tomen directamente en sus manos los organismos del poder del Estado y *formen ellos* mismos las instituciones de ese poder.

Los obreros de Rusia *han emprendido* ya esa ruta en la primera etapa de la primera revolución, en febrero-marzo de 1917. Ahora todo estriba en comprender claramente cuál es esta nueva ruta, en seguirla con audacia, firmeza y tenacidad.

Los capitalistas anglo-franceses y rusos "sólo" han querido apartar a Nicolás II o incluso "asustarle", dejando intacta la vieja máquina del Estado, la policía, el ejército y la burocracia.

Los obreros han ido más lejos y han demolido esa máquina. Y ahora no sólo los capitalistas anglo-franceses, sino también los alemanes, *aúllan* de furor y de espanto al ver, entre otras cosas, que los soldados rusos fusilan a sus oficiales, por ejemplo, al almirante Nepenin, partidario de Guchkov y de Miliukov.

He dicho que los obreros han demolido la vieja máquina del Estado. Mejor dicho: *han comenzado* a demolerla.

Tomemos un ejemplo concreto.

Parte de la policía ha sido aniquilada físicamente, parte ha sido destituida en Petrogrado y en otros muchos lugares. El gobierno de Guchkov-Miliukov *no podrá* restaurar la monarquía en, en general, mantenerse en el poder *sin restablecer* antes la policía como una organización especial de hombres armados a las órdenes de la burguesía, como una organización separada del pueblo y opuesta a él. Esto es claro como la luz del día.

De otra parte, el nuevo gobierno se ve forzado a tomar en consideración al pueblo revolucionario, a taparle la boca con concesiones a medias y con promesas, a ganar tiempo. Por ello toma una medida a medias: organiza la "milicia popular" con jefes designados por elección (¡esto suena muy

---

[*] En el campo se desarrollará ahora la lucha por los pequeños campesinos y, en parte, por los campesinos medios. Los terratenientes, apoyándose en los campesinos ricos, tratarán de subordinar a aquéllos a la burguesía. Nosotros debemos llevarlos, apoyándonos en los obreros asalariados rurales y en los campesinos pobres, a la más estrecha unión con el proletariado urbano.

[**] Véase V. I. Lenin. *Algunas tesis*. (*N. de la Edit.*)

[***] En una de las cartas siguientes o en un articulo especial me detendré con detalle en este análisis -hecho, en particular, en *La guerra civil en Francia* de Marx, en el prefacio de Engels a la tercera edición de esta obra y en las cartas de Marx del 12 de abril de 1871 y de Engels del 18-28 de marzo de 1875-, así como en la forma en que Kautsky tergiversó por completo el marxismo en la polémica que sostuvo en 1912 contra Pannekoek sobre el problema de la "destrucción del Estado"[104].

decentemente!, ¡es muy democrático, revolucionario y bello!), *pero... pero*, en primer lugar, la pone bajo el control, a las órdenes de los zemstvos y de las municipalidades, es decir, ¡¡a las órdenes de los terratenientes y los capitalistas elegidos según las leyes de Nicolás el Sanguinario y de Stolypin el Verdugo!! En segundo lugar, llama "popular" a la milicia para desorientar al "pueblo", pero, *en realidad*, no invita al pueblo a participar *en su totalidad* en esta milicia y no obliga a los patronos y a los capitalistas *a pagar* a los obreros y a los empleados el salario habitual *por las horas y los días* que consagran al *servicio social*, es decir, a la milicia.

Y es aquí donde hay gato encerrado. Por estos procedimientos, el gobierno de los Guchkov y los Miliukov, gobierno de los terratenientes y los capitalistas, consigue que la "milicia popular" quede en el papel y que, de hecho, se vaya restableciendo poco a poco, bajo cuerda, la milicia *burguesa*, antipopular, formada al principio por "8.000 estudiantes y profesores" (así describen los periódicos extranjeros la actual milicia de Petrogrado) -¡esa milicia es con toda evidencia un juguete!- y después, poco a poco, de viejos y nuevos policías.

¡No dejar que renazca la policía! ¡No ceder el poder público en las localidades! ¡Crear una milicia auténticamente popular, que abarque al pueblo entero, dirigida por el proletariado! Esta es la tarea del día, ésta es la consigna del momento, que responde por igual a los intereses bien comprendidos de la lucha de clases ulterior, del movimiento revolucionario ulterior, y al instinto democrático de cada obrero, de cada campesino, de cada trabajador y de cada explotado, que no puede por menos de odiar a la policía urbana y rural, el hecho de que los terratenientes y los capitalistas tengan a sus órdenes gente armada a la que se da poder sobre el pueblo.

¿Qué policía es la que necesitan *ellos*, los Guchkov y los Miliukov, los terratenientes y los capitalistas? Una policía igual a la de la monarquía zarista. *Todas* las repúblicas burguesas y democrático-burguesas del mundo han instituido o han hecho renacer en sus países, después de períodos revolucionarios muy breves, una policía *precisamente de ese género*, una organización especial de hombres armados, separados del pueblo y opuestos a él, subordinados, de una u otra forma, a la burguesía.

¿Qué milicia es la que necesitamos nosotros, el proletariado, todos los trabajadores? una milicia auténticamente *popular*, es decir, una milicia que, en primer lugar, esté formada por la población *entera*, por todos los ciudadanos adultos de *ambos* sexos y que, en segundo lugar, conjugue las funciones de ejército popular con las de la policía, con las funciones de órgano primero y principal de mantenimiento del orden público y de administración del Estado.

Para que estas ideas sean más comprensibles pondré un ejemplo puramente esquemático. Huelga decir que sería absurdo querer trazar un "plan" de la milicia proletaria: cuando los obreros y el pueblo entero pongan verdaderamente en masa y de manera práctica manos a la obra, trazarán y presentarán ese plan cien veces mejor que cualquier teórico. Yo no propongo un "plan", yo sólo quiero ilustrar mi pensamiento.

Petrogrado cuenta con una población de casi dos millones de habitantes, de los que más de la mitad tiene de 15 a 65 años. Tomemos la mitad, un millón. Deduzcamos de este número hasta una cuarta parte: los enfermos y otros ciudadanos que no participan hoy en el servicio social por causas justificadas. Quedan 750.000 personas que, sirviendo en la milicia un día de cada 15, pongamos por caso (y percibiendo el salario de este día de sus patronos), formarían un ejército de 50.000 hombres.

¡*Ese es el tipo* de "Estado" que necesitamos nosotros!

Esa milicia sí que sería de hecho, y no sólo de palabra, una "milicia popular".

Ese es el camino que debemos seguir para que *sea imposible* restablecer una policía especial o un ejército especial, separado del pueblo.

Esa milicia estaría compuesta en el 95% de obreros y de campesinos y expresaría *realmente* el pensamiento, la voluntad, la fuerza y el poder de la inmensa mayoría del pueblo. Esa milicia armaría de verdad a todo el pueblo y le daría una instrucción militar, garantizándole -*no* a la manera de Guchkov ni a la manera de Miliukov- contra todas las tentativas de resurgimiento de la reacción, contra todas las maquinaciones de los agentes del zar. Esa milicia sería el organismo ejecutivo de los "Soviets de diputados obreros y soldados", gozaría de la estima y la confianza *absolutas* de la población, ella misma sería una organización del pueblo entero. Esta milicia transformaría la democracia, de bello rótulo destinado a encubrir la esclavización del pueblo por los capitalistas y las burlas de que los capitalistas hacen objeto al pueblo, en una verdadera escuela que *educaría a las masas* para hacerlas participar *en todos* los asuntos del Estado. Esta milicia incorporaría a los jóvenes a la vida política, enseñándoles no sólo con palabras, sino mediante la acción, mediante el *trabajo*. Esta milicia desempeñaría las funciones que, empleando el lenguaje científico, corresponden a la "policía del bienestar público", la vigilancia sanitaria, etc., incorporando a esta labor a toda la población femenina adulta. Sin incorporar a las mujeres al cumplimiento de las funciones sociales, al servicio en la milicia y a la vida política, sin arrancar a las mujeres del ambiente embrutecedor de la casa y de la

cocina, es *imposible* asegurar la verdadera libertad, es *imposible* incluso construir la democracia, sin hablar ya del socialismo.

Esta milicia sería una milicia proletaria, porque los obreros industriales y urbanos conquistarían en ella una influencia dirigente sobre la masa de los pobres de manera tan natural e inevitable como desempeñaron el papel rector en toda la lucha revolucionaria del pueblo, lo mismo en 1905-1907 que en 1917.

Esta milicia aseguraría un orden absoluto y una disciplina basada en la camaradería y observada con una abnegación a toda prueba. Al mismo tiempo, en el período de grave crisis por que atraviesan todos los países en guerra, esta milicia permitiría combatir dicha crisis por medios verdaderamente democráticos, proceder con acierto y rapidez a la contingentación del trigo y de otros víveres, poner en práctica el "trabajo obligatorio para todos", al que los franceses llaman hoy "movilización cívica" y los alemanes, "obligación de servicio civil", y sin el cual *es imposible -ha resultado ser imposible-* restañar las heridas que la terrible guerra de rapiña ha causado y continúa causando.

¿Será posible que el proletariado de Rusia haya vertido su sangre sólo para recibir promesas grandilocuentes de reformas democráticas de carácter meramente político? ¿Será posible que no exija y no consiga que *todo* trabajador vea y perciba *palpablemente y de manera inmediata* cierta mejoría de sus condiciones de vida, que toda familia tenga pan, que cada niño tenga su botella de buena leche y que ni un solo adulto de familia rica se atreva a consumir más de su ración de leche mientras no esté asegurado el abastecimiento de los niños, que los palacios y los ricos apartamentos dejados por el zar y la aristocracia no queden desocupados y sirvan de albergue a los hombres sin hogar y sin recursos? ¿Quién puede aplicar todas esas medidas de no ser la milicia popular, en la que las mujeres deben participar, sin falta, al igual que los hombres?

Esas medidas *no son aún* el socialismo. Conciernen a la regulación del consumo, y no a la reorganización de la producción. Eso no sería aún la "dictadura del proletariado", sino solamente la "dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos pobres". No se trata en este momento de hacer una clasificación teórica. Sería un grave error querer colocar los objetivos prácticos de la revolución, complejos, inmediatos y en desarrollo rápido, en el lecho de Procusto de una "teoría" estrechamente comprendida, en lugar de ver ante todo y sobre todo en la teoría una *guía para la acción*.

¿Tendrá la masa de los obreros rusos suficiente conciencia, firmeza y heroísmo para hacer "prodigios de organización proletaria" después de haber realizado en la lucha revolucionaria directa prodigios de audacia, de iniciativa y de espíritu de sacrificio? No lo sabemos, y entregarse a conjeturas sobre el particular sería vano, pues *sólo* la práctica puede dar respuesta a semejantes preguntas.

Lo que sabemos bien y debemos, como partido, aclarar a las masas es que, de una parte, existe un motor histórico de enorme potencia, que engendra una crisis sin precedente, el hambre y calamidades innumerables. Este motor es la guerra que los capitalistas de las *dos* coaliciones beligerantes hacen con fines de rapiña. Ese "motor" ha conducido al borde del abismo a varias naciones de las más ricas, más libres y más ilustradas. Ese motor *constriñe* a los pueblos a poner en tensión, hasta el extremo, todas sus fuerzas, los coloca en una situación insoportable, pone a la orden del día no la realización de esta o la otra "teoría" (de eso no se puede ni hablar y contra esta ilusión siempre previno Marx a los socialistas), sino la aplicación de las medidas más extremas prácticamente posibles porque sin medidas extremas es inevitable la muerte por hambre, inmediata y cierta, de millones de hombres.

Huelga demostrar que el entusiasmo revolucionario de la clase avanzada puede *mucho* cuando la situación objetiva *exige* de todo el pueblo la adopción de medidas extremas. *Este* aspecto de la cuestión es en Rusia visible y *tangible* para todo el mundo.

Lo importante es comprender que en tiempos de revolución la situación objetiva cambia tan rápida y bruscamente como corre la vida en general. Y nosotros debemos *saber adaptar* nuestra táctica y nuestras tareas inmediatas a las *particularidades* de cada situación dada, hasta febrero de 1917 estaba a la orden del día la tarea de realizar una audaz propaganda revolucionaria internacionalista, llamar a las masas a la lucha, despertarlas. Las jornadas de febrero-marzo exigieron heroísmo y abnegación en la lucha por aplastar cuanto antes al enemigo más inmediato, el zarismo. Ahora nos encontramos en un período de *transición* de esta primera etapa de la revolución a la segunda, de paso de la "pelea" con el zarismo a la "pelea" con el imperialismo guchkoviano miliukoviano de los terratenientes y los capitalistas. La *organización* está a la orden del día, pero de ninguna manera en el sentido estereotipado de un trabajo consagrado únicamente a organizaciones ordinarias, sino en el sentido de agrupar en organizaciones, en proporciones nunca vistas, a amplias masas de las clases oprimidas y de hacer participar a esas organizaciones en el cumplimiento de las tareas militares, estatales y económicas.

El proletariado ha abordado y abordará de diversas maneras esta tarea original. En algunos lugares de Rusia, la revolución de febrero-marzo ha puesto en sus manos casi la totalidad del poder; en otros, quizá se ponga a crear y ampliar

"arbitrariamente" la milicia proletaria; en otros, probablemente, se esfuerce por conseguir que se proceda a elecciones inmediatas sobre la base del sufragio universal, etc. a las dumas municipales y a los zemstvos, para hacer de ellos centros de la revolución, y así sucesivamente, hasta el momento en que el grado de organización proletaria, el reforzamiento de los lazos entre soldados y obreros, el movimiento de los campesinos y la desilusión que muchos experimentarán respecto al gobierno belicista e imperialista, encabezado por Guchkov y Miliukov, no hayan acercado la hora de sustituir ese gobierno por el "gobierno" del Soviet de diputados obreros.

Tampoco nos olvidemos de que muy cerca de Petrogrado se encuentra uno de los países más avanzados, un país republicano en realidad, Finlandia, que desde 1905 hasta 1917, al socaire de las batallas revolucionarias de Rusia y por medios relativamente pacíficos, ha desarrollado su democracia y ha conquistado para el socialismo a la *mayoría* de su población. El proletariado de Rusia asegurará a la República Finlandesa una libertad completa, incluida la libertad de separación (ahora que el demócrata-constitucionalista Ródichev chalanea tan indignamente en Helsingfors con vistas a arrancar cachitos de privilegios para los rusos, difícilmente se encontrará un socialdemócrata que abrigue dudas al respecto[105]), y precisamente por ello se ganará toda la confianza de los obreros finlandeses y su ayuda fraterna a la causa del proletariado de toda Rusia. Los errores son inevitables en toda obra difícil y grande. Nosotros tampoco lograremos evitarlos, y los obreros finlandeses, mejores organizadores, nos ayudarán en este aspecto, impulsando, *a su manera*, la instauración de la república socialista.

Las victorias revolucionarias en la propia Rusia; los éxitos pacíficos de organización en Finlandia, obtenidos al abrigo de estas victorias; el paso de los obreros rusos a las tareas revolucionarias de organización en una nueva escala; la conquista del poder por el proletariado y las capas pobres de la población; el fomento y el desarrollo de la revolución socialista en Occidente: tal es la vía que nos ha de conducir a la *paz* y al *socialismo*.

N. Lenin

Zúrich, 11(24) de marzo de 1917.

Publicada por vez primera en 1924 en el núm. 3-4 de la revista "La Internacional Comunista".

T. 31, págs. 34-47

Cuarta carta. Como obtener la paz.

Acabo de leer hoy (12 (25) de marzo) en el *Neu Zürcher Zeitung* (núm. 517, del 24 de marzo) el siguiente despacho transmitido por telégrafo desde Berlín:

"Comunican de Suecia que Máximo Gorki ha enviado al gobierno y al Comité Ejecutivo un saludo entusiasta. Gorki celebra la victoria del pueblo sobre los prebostes de la reacción y llama a lodos los hijos de Rusia a contribuir a la construcción del nuevo edificio del Estado ruso. Al mismo tiempo, invita al gobierno a coronar su obra de liberación concluyendo la paz. Esta no debe ser una paz a toda costa, pues en el presente Rusia tiene menos motivos que nunca para aspirar a una paz a toda costa. Debe ser una paz que permita a Rusia llevar una existencia digna entre los otros pueblos del mundo. La humanidad ha vertido ya bastante sangre; el nuevo gobierno contraería grandes méritos, no sólo ante Rusia, sino ante todo el género humano, si consiguiera concertar rápidamente la paz".

En estos términos ha sido transmitida la carta de Gorki.

Se siente amargura al leer esta carta, impregnada de prejuicios corrientes entre los filisteos. El autor de estas líneas tuvo ocasión, en sus entrevistas con Gorki en la isla de Capri, de ponerle en guardia contra sus errores políticos y de reprochárselos. Gorki paraba los reproches declarando sinceramente, con inefable y encantadora sonrisa: "Yo sé que soy un mal marxista. Además, los artistas somos todos un poco irresponsables". Resulta difícil discutir tales argumentos.

Gorki es, no cabe duda, un artista de prodigioso talento, que ha prestado ya y prestará grandes servicios al movimiento proletario mundial.

Pero, ¿qué necesidad tiene Gorki de meterse en política?

La carta de Gorki expresa, a mi parecer, prejuicios extraordinariamente extendidos no sólo entre la pequeña burguesía, sino también entre ciertos medios obreros sometidos a su influencia. Todas las energías de nuestro partido, todos los esfuerzos de los obreros conscientes deben ser aplicados a una lucha tenaz, empeñada y múltiple contra estos prejuicios.

El gobierno zarista empezó e hizo la guerra presente como una guerra *imperialista*, de rapiña y saqueo, a fin de expoliar y estrangular a los pueblos débiles. El gobierno de los Guchkov y los Miliukov es un gobierno de terratenientes y capitalistas, que se ve obligado a continuar y quiere continuar *precisamente esta misma* guerra. Pedirle a este gobierno que concluya una paz democrática es lo mismo que predicar la virtud a quienes sostienen casas públicas.

Expliquemos nuestro pensamiento.

¿Qué es el imperialismo?

En mi folleto *El imperialismo, fase superior del capitalismo* enviado a la Editorial Parus antes de la revolución, aceptado por dicha editorial y anunciado en la revista *Létopis*[106], contesto a dicha pregunta del siguiente modo:

"El imperialismo es el capitalismo en la fase de

desarrollo en que ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales, ha empezado el reparto del mundo por los trusts internacionales y ha terminado el reparto de toda la Tierra entre los países capitalistas más importantes" (cap. VII del folleto citado, anunciado en *Létopis*, cuando había aún censura, como sigue: V. Ilín. *El capitalismo contemporáneo*)*.

El asunto consiste en que el capital ha alcanzado proporciones formidables. Las asociaciones formadas por un reducido número de grandes capitalistas (los cárteles, los consorcios, los trusts) manejan *miles de millones* y se reparten el universo. *Toda* la superficie del globo terrestre se halla distribuida. La guerra ha sido motivada por el choque de dos poderosísimos grupos de multimillonarios, el grupo anglo-francés y el grupo alemán, con vistas a un *nuevo reparto* del mundo.

El grupo anglo-francés de capitalistas quiere desvalijar, en primer término, a Alemania, quitarle sus colonias (ya se las ha quitado casi todas) y, después, a Turquía.

El grupo alemán de capitalistas quiere *quedarse* con Turquía y resarcirse de la pérdida de las colonias conquistando pequeños Estados vecinos (Bélgica, Serbia, Rumania).

Tal es la verdad auténtica, encubierta por toda suerte de mentiras burguesas sobre la guerra "liberadora", "nacional", "la guerra por el derecho y la justicia" y demás zarandajas con que los capitalistas embaucan siempre a la gente.

Rusia no hace la guerra con dinero propio. El capital ruso es *partícipe* del capital anglo-francés. Rusia hace la guerra para despojar a Armenia, a Turquía y a Galitzia.

Guchkov, Lvov, Miliukov, nuestros ministros actuales, no son hombres llegados a sus puestos por azar. Son representantes y jefes de toda la clase de los terratenientes y los capitalistas. Están *ligados* por los intereses del capital. Los capitalistas no pueden renunciar a sus intereses, del mismo modo que un hombre no puede levantarse en vilo tirándose del pelo.

En segundo lugar, Guchkov-Miliukov y Cía. *están ligados* por el capital anglo-francés. Han hecho y hacen la guerra con dinero ajeno. Han prometido pagar *anualmente*, por los miles de millones que les han prestado, intereses que suman *centenares de millones* y estrujar a los obreros y a los campesinos rusos para arrancarles ese *tributo*.

En tercer lugar, Guchkov-Miliukov y Cía. *están ligados* por *tratados* directos, relativos a los fines de rapiña de esta guerra, con Inglaterra, Francia, Italia, el Japón y otros grupos de bandidos capitalistas. Esos tratados fueron concluidos aún por el *zar Nicolás II*. Guchkov-Miliukov y Cía. se han aprovechado de la lucha de los obreros contra la monarquía zarista para adueñarse del poder, pero *han sancionado* los tratados que el zar concertara.

Esto lo ha hecho el gobierno de Guchkov en el manifiesto que la Agencia Telegráfica de San Petersburgo comunicó al extranjero el 7 (20) de marzo. "El gobierno" (de Guchkov y Miliukov) "será fiel a todos los tratados que nos unen a otras potencias", se dice en el manifiesto. Miliukov, nuevo ministro de Negocios Extranjeros, hizo una declaración *idéntica* en su telegrama del (18) de marzo de 1917, dirigido a todos los representantes de Rusia en el extranjero.

Estos tratados son todos ellos *secretos* y Miliukov y Cía. *no quieren* hacerlos públicos por dos razones 1) tienen miedo al pueblo, que no quiere la guerra de rapiña; 2) están ligados por el capital anglo-francés, que impone se mantengan en secreto los tratados. Pero todo hombre que lea los periódicos y estudie la cuestión sabe que en esos tratados se habla del saqueo de China por el Japón, del saqueo de Persia, Armenia, Turquía (sobre todo Constantinopla) y Galitzia por Rusia, del saqueo de Albania por Italia, del saqueo de Turquía y de las colonias alemanas por Francia e Inglaterra, etc.

Tal es la situación.

Por eso proponer al gobierno de Guchkov-Miliukov que concluya cuanto antes una paz honrada, democrática y de buena vecindad es lo mismo que si un "buen pope" de aldea pidiera en su sermón a los terratenientes y a los comerciantes que viviesen "según los mandamientos de la ley de Dios", amasen al prójimo y ofreciesen la mejilla derecha cuando se les golpea en la izquierda. Los terratenientes y los comerciantes escucharían el sermón y continuarían oprimiendo y saqueando al pueblo, admirados de la habilidad con que el "buen pope" sabía consolar y calmar a los "mujiks".

Todo el que durante esta guerra imperialista dirige melifluos discursos acerca de la paz a los gobiernos burgueses, desempeña, consciente o inconscientemente, un papel idéntico al del pope en cuestión. A veces, los gobiernos burgueses se niegan en absoluto a escuchar tales discursos y hasta los prohíben; otras veces, los autorizan, y prodigan las promesas a diestro y siniestro, afirman que hacen la guerra con el único fin de concertar cuanto antes la paz "más justa" y asegurar que el enemigo es el único culpable. Hablar de la paz con los gobiernos *burgueses* es, en realidad, *engañar al pueblo*.

Los grupos de capitalistas que han anegado en sangre el mundo por el reparto de la tierra, de los mercados, de las concesiones, *no pueden* concluir una paz "honrosa". Sólo pueden concertar una paz *vergonzosa*, una paz *para el reparto del botín*, una paz *para el reparto de Turquía y de las colonias*.

Ello aparte, el gobierno de Guchkov-Miliukov no está en general de acuerdo con la paz en este

* Véase la presente edición, Tomo 5. (*N. de la Edit.*)

momento, pues *hoy* su “botín” lo constituirían “*sólo*” Armenia y parte de Galitzia, mientras que desea saquear, *además*, Constantinopla y *también* reconquistar a los alemanes Polonia, país que siempre fue tan inhumana y cínicamente oprimido por el zarismo. Diremos a renglón seguido que el gobierno de Guchkov-Miliukov no es, en realidad, más que un lugarteniente del capital anglo-francés, que quiere quedarse con las colonias arrebatadas a Alemania y, *además*, obligar a ésta a devolver Bélgica y parte de Francia. El capital anglo-francés ha ayudado a los Guchkov y los Miliukov a destronar a Nicolás II para que ellos le ayuden a “vencer” a Alemania.

¿Qué hacer entonces?

Para obtener la paz (y con mayor razón para obtener una paz auténticamente democrática, auténticamente honrosa), es necesario que el poder del Estado no pertenezca a los terratenientes y a los capitalistas, sino a los *obreros y a los campesinos pobres*. Los terratenientes y los capitalistas constituyen una minoría insignificante de la población; todo el mundo sabe que los capitalistas sacan de la guerra ganancias astronómicas.

Los obreros y los campesinos pobres constituyen la *inmensa* mayoría de la población. Lejos de enriquecerse en la guerra, se arruinan y pasan hambre. No están ligados ni por el capital ni por tratados concluidos entre grupos de bandidos capitalistas; *pueden* y quieren sinceramente poner fin a la guerra.

Si el poder del Estado perteneciera en Rusia a los *Soviets* de diputados obreros, soldados y campesinos, estos Soviets y el *Soviet de toda Rusia* que ellos eligieran podrían, y con toda seguridad querrían, aplicar el programa de paz propuesto por nuestro partido (el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia) ya el 13 de octubre de 1915 en el número 47 de su órgano central, *Sotsial-Demokrat* (que se editaba a la sazón en Ginebra debido a la censura zarista).

Este programa de paz sería con seguridad el siguiente:

1) El Soviet de diputados obreros, soldados y campesinos de toda Rusia (o el Soviet de San Petersburgo, que le remplaza provisionalmente) declararía sin dilación que *no* estaba ligado por *ningún* tratado ni de la monarquía zarista ni de los gobiernos burgueses.

2) Publicaría sin dilación *todos* estos tratados para denunciar la infamia de los fines de rapiña perseguidos por la monarquía zarista y por *todos* los gobiernos burgueses sin excepción.

3) Invitaría inmediata y abiertamente a *todas* las potencias beligerantes a concertar *sin dilación un armisticio.*

4) Haría públicas inmediatamente, para que las conociera todo el pueblo, nuestras condiciones *de paz*, las condiciones de paz de los obreros y de los campesinos:

liberación de *todas* las colonias;

liberación de *todos* los pueblos dependientes, oprimidos o que no gozan de plenos derechos.

5) Declararía que no espera nada bueno de los gobiernos burgueses y propone a los obreros de todos los países que los derroquen y pongan todo el poder del Estado en manos de los Soviets de diputados obreros.

6) Declararía que los miles de millones de las deudas contraídas por los gobiernos burgueses para hacer esta guerra criminal y rapaz pueden pagarlos los *propios señores capitalistas*, pero que los obreros y los campesinos *no reconocen* esas deudas. Pagar los intereses de los empréstitos significa pagar un tributo durante largos años a los capitalistas porque éstos han tenido la bondad de autorizar a los obreros a que se maten en aras del reparto del botín capitalista.

¡Obreros y campesinos! -diría el Soviet de diputados y obreros-. ¿Estáis de acuerdo con pagar *anualmente centenares de millones* de rublos a los señores capitalistas como recompensa por la guerra hecha con vistas a repartirse las colonias africanas, Turquía, etc.?

Pienso que por *estas* condiciones de paz, el Soviet de diputados obreros estaría de acuerdo en hacer la *guerra* contra *cualquier* gobierno burgués y contra *todos* los gobiernos burgueses del mundo, porque sería ésta una guerra verdaderamente justa, a cuyo feliz desenlace *contribuirían todos* los obreros, *todos* los trabajadores de *todos* los países.

El obrero alemán ve hoy que en Rusia la monarquía belicista está siendo remplazada por una república *belicista*, por una república de capitalistas deseosos de continuar la guerra imperialista y que sancionan los tratados de rapiña que concertara la monarquía zarista.

Juzgad vosotros mismos: ¿puede el obrero alemán fiarse de *tal* república?

Juzgad vosotros mismos: ¿podrá continuar la guerra, podrá mantenerse en el mundo la dominación de los capitalistas si el pueblo ruso, al que han ayudado y ayudan hoy los recuerdos vivos de la gran revolución del “año 1905”, conquista la libertad completa y pone todo el poder del Estado en manos de los Soviets de diputados obreros y campesinos?

N. Lenin

Zúrich, 12 (25) de marzo de 1917.

Publicada por vez primera en 1924 en el núm. 3-4 de la revista “La Internacional Comunista”.
T. 31, págs. 48-54.

Quinta carta. Las tareas de la organización proletaria revolucionaria del estado.

En las cartas anteriores, las tareas actuales del proletariado revolucionario de Rusia han sido

formuladas como Sigue: (1) Saber llegar por la vía más acertada a la etapa siguiente de la revolución, o a la segunda revolución, que (2) debe hacer pasar el poder del Estado de manos del gobierno de los terratenientes y los capitalistas (los Guchkov, los Lvov, los Miliukov, los Kerenski) a manos del gobierno de los obreros y los campesinos pobres. (3) Este último gobierno debe organizarse según el modelo de los Soviets de diputados obreros y campesinos. Concretamente (4) debe demoler y liquidar por completo la vieja máquina del Estado habitual *en todos* los países burgueses -ejército, policía, burocracia-, remplazándola (5) por una organización del pueblo en armas que no sólo se limite a abarcar grandes masas, sino que comprenda al pueblo entero. (6) *Sólo* "tal" gobierno, "tal" por su composición clasista ("dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos") y por sus órganos de administración ("milicia proletaria"), *estará en condiciones* de resolver eficazmente el problema *esencial* del momento, problema en extremo difícil y de absoluta urgencia, a saber: lograr la paz, una paz que no sea imperialista, que no sea un trato entre las potencias imperialistas para repartirse el botín que los capitalistas y sus gobiernos han obtenido mediante el saqueo, sino una paz verdaderamente duradera y democrática, que no se puede conseguir sin la revolución proletaria en varios países. (7) En Rusia la victoria del proletariado será posible en el futuro más próximo *sólo* a condición de que el primer paso de la revolución se manifieste en el apoyo a los obreros por la inmensa mayoría de los campesinos en lucha por la confiscación de toda la propiedad terrateniente (y la nacionalización de toda la tierra, si se considera que el programa agrario de "los 104"[107] continúa siendo en el fondo el programa agrario del *campesinado*). (8) En relación con esta revolución campesina y sobre su base son posibles y necesarios nuevos pasos del proletariado en alianza con los elementos *pobres* del campesinado, pasos dirigidos a lograr el *control* de la producción y de la distribución de los productos más importantes, la implantación del "trabajo obligatorio para todos", etc. Estos pasos los imponen de manera inevitable en absoluto las condiciones creadas por la guerra, y que la posguerra ha de agravar en muchos aspectos. En su conjunto y en su desarrollo, estos pasos serían *la transición al socialismo*, el cual en Rusia no puede ser realizado de modo directo, de golpe, sin medidas transitorias, pero que es perfectamente realizable e imperiosamente necesario gracias a semejantes medidas transitorias. (9) Se impone con toda perentoriedad la tarea de formar sin tardanza una organización especial de Soviets de diputados obreros *en el campo*, es decir, Soviets de obreros *asalariados* agrícolas, *independientes* de los Soviets de los demás diputados campesinos.

Tal es, en breve, el programa formulado por nosotros y basado en la estimación de las fuerzas de clase de la revolución rusa y mundial y en la experiencia de 1871 y de 1905.

A continuación trataremos de lanzar una mirada a este programa en su conjunto y analizaremos, de paso, cómo este problema ha sido tratado por C. Kautsky, el teórico más eminente de la "segunda" Internacional[108] (1889-1914) y el representante más destacado de la corriente "centrista", observada en todos los países, de la "charca", que oscila entre los socialchovinistas y los internacionalistas revolucionarios. Kautsky ha abordado este problema en su revista Die *Neue Zeit*, del 6 de abril de 1917, en un artículo titulado *Las perspectivas de la revolución rusa*.

> "En primer término -escribe Kautsky-, debemos esclarecer las tareas planteadas ante el régimen proletario revolucionario" (ante la organización revolucionaria del Estado).

"Dos cosas -sigue Kautsky- son imperiosamente necesarias al proletariado: la democracia y el socialismo".

Esta tesis, absolutamente indiscutible, la presenta por desgracia Kautsky en una forma tan general, que, en realidad, no da ni esclarece nada. Miliukov y Kerenski, miembros de un gobierno burgués e imperialista, suscribirían gustosamente esta tesis general, el uno en su primera parte y el otro en la segunda... (Aquí se termina el manuscrito)

Escrita el 26 de marzo (8 de abril) de 1917. Publicada por vez primera en 1924 en el núm. 3-4 de la revista "Bolshevik".
T. 31, págs. 55-57.

Guion para la quinta carta desde lejos[109].

No se puede ir a las elecciones para la Asamblea Constituyente con el viejo programa. Hay que modificarlo:

1) agregar sobre el imperialismo, como última fase del capitalismo

2) sobre la guerra imperialista, las guerras imperialistas y la "defensa de la patria"

+2 bis: sobre la lucha y la escisión con los socialchovinistas

3) agregar sobre el *Estado* que necesitamos y sobre la *extinción* del Estado

4) Modificar los 2 últimos párrafos *anteriores* al programa político (contra la monarquía en general y contra las medidas para su restauración)

5) agregar al apartado 3 de la parte política: ningún funcionario *desde arriba* (Cfr. *Engels* en la crítica del año 1891)

+ sueldo de *todos* los funcionarios: no mayor que el salario de los obreros

+ derecho de destituir a *todos* los diputados y funcionarios en cualquier momento

+ 5 bis: corregir el apartado 9 sobre la autodeterminación

+ carácter internacional de la revolución socialista, *en detalle*

6) corregir muchas cosas en el programa mínimo y *actualizarlas*.

7) En el programa agrario:

(a) nacionalización en lugar de municipalización (enviaré a Petrogrado mi manuscrito sobre el particular, que fue quemado en 1909[110])

(b) haciendas modelo en las fincas de los terratenientes.

8) “Trabajo obligatorio para todos” (*Zivildienstpflicht*).

9) eliminar: apoyo a “*cualquier*” movimiento de “*oposición*” (revolucionario es otra cosa).

10) Cambiar el nombre, porque

(a) es erróneo

(b) los socialchovinistas lo han ensuciado

(c) desorientará al pueblo en las elecciones, porque socialdemócrata = Chjeídze, Potrésov y Cía.

Este es el guión para la “carta núm. 5”. Devuélvalo en seguida. ¿No tiene usted algunos apuntes o notas sobre las modificaciones para la parte práctica del programa mínimo? ((¿Recuerda que hemos hablado de eso *en más de una ocasión*?))

Hay que abordar este trabajo en seguida.

Escrita entre el 7 y 12 (20 y 2.5) de marzo de 1917. Publicada por vez primera en 1959 en la “Recopilación Leninista XXXVI”.

T. 31, págs. 58-59.

CARTA DE DESPEDIDA A LOS OBREROS SUIZOS.

Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (Unificado por el Comité Central)

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Camaradas obreros suizos:

Al partir de Suiza para Rusia con el fin de proseguir en nuestra patria la labor revolucionaria internacionalista, nosotros, miembros del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia unificado por el Comité Central (a diferencia del otro partido que lleva *el mismo* nombre, pero que ha sido unificado por el Comité de Organización), os enviamos un saludo fraternal y la expresión de nuestra profunda gratitud de camaradas por vuestro compañerismo para con los emigrados.

Mientras que los socialpatriotas y oportunistas *descarados*, los "gütlianos" suizos, que como los socialpatriotas de todos los países han desertado del campo del proletariado al campo de la burguesía; mientras que esta gente os ha invitado *abiertamente* a luchar contra la perniciosa influencia de los extranjeros en el movimiento obrero suizo; mientras que los socialpatriotas y oportunistas *encubiertos*, que constituyen la mayoría entre los líderes del Partido Socialista Suizo[111], han seguido en forma *solapada* esa misma política, nosotros debemos declarar que hemos encontrado una calurosa simpatía entre los obreros socialistas revolucionarios de Suiza, que sustentan un punto de vista internacionalista, y hemos sacado mucho provecho de la camaradería con ellos.

Hemos sido siempre muy prudentes al hablar de problemas del movimiento suizo cuyo conocimiento requiere una larga labor en el movimiento local. Pero aquellos de los nuestros -apenas de diez o quince- que han sido miembros del Partido Socialista Suizo han considerado su deber defender con firmeza nuestro punto de vista, el punto de vista de la "izquierda de Zimmerwald", sobre los problemas generales y cardinales del movimiento socialista internacional y luchar resueltamente no sólo contra el social-patriotismo, sino también contra la tendencia del llamado "centro", al que pertenecen R. Grimm, F. Schneider, J. Schmid y otros, en Suiza; Kautsky, Haase y "*Arbeitsgemeinschaft*", en Alemania[112]; Longuet, Pressemanne y otros, en Francia; Snowden, Ramsay MacDonald y otros, en Inglaterra; Turati, Treves y sus amigos, en Italia, y el ya mencionado partido del "Comité de Organización" (Axeirod, Mártov, Chjeídze, Skóbeliev y otros), en Rusia.

Hemos actuado solidariamente con los socialdemócratas revolucionarios de Suiza agrupados en parte alrededor de la revista *Freie Jugend*[113], que han redactado y difundido la motivación del referéndum (en alemán y francés) con la demanda de convocar para abril de 1917 un congreso del partido con el fin de resolver el problema de la actitud ante la guerra; que han presentado en el Congreso cantonal de Zúrich, en Töss, la resolución de los jóvenes y los "izquierdistas" sobre el problema de la guerra[114]; que han editado y distribuido en marzo de 1917 en algunas localidades de la Suiza francesa una hoja, en alemán y francés, titulada *Nuestras condiciones de paz*, etc.

Enviamos un saludo fraternal a estos camaradas, con los que hemos trabajado hombro a hombro como correligionarios.

No hemos dudado ni dudamos lo más mínimo de que el gobierno imperialista de Inglaterra no permitirá por nada del mundo el regreso a Rusia de los internacionalistas rusos, enemigos inconciliables del gobierno imperialista de Guchkov-Miliukov y Cía., enemigos inconciliables de que Rusia continúe la guerra imperialista.

En relación con ello, debemos exponer brevemente cómo entendemos nosotros las tareas de la revolución rusa. Consideramos tanto más necesario hacerlo, puesto que por conducto de los obreros suizos podemos y debemos dirigirnos a los obreros alemanes, franceses e italianos, que hablan en los mismos idiomas que la población de Suiza y gozan hasta ahora de los bienes de la paz y de la mayor libertad política, relativamente.

Seguimos siendo fieles sin reservas a la declaración que hicimos el 13 de octubre de 1913 en el núm. 47 del periódico *Sotsial-Demokrat*, órgano central de nuestro partido, que se publicaba en Ginebra. Dijimos allí que si en Rusia triunfaba la revolución y subía al poder un gobierno *republicano* que deseara continuar la guerra *imperialista*, la guerra en alianza con la burguesía imperialista de Inglaterra y Francia, la guerra por la conquista de Constantinopla, Armenia, Galitzia, etc., etc., seríamos enemigos decididos de semejante gobierno y estaríamos *en contra* de la "defensa de la patria" en *esa* guerra.

Se ha producido, aproximadamente, un caso así. El nuevo gobierno de Rusia, que ha sostenido conversaciones con el hermano de Nicolás II para restaurar la monarquía en Rusia y en el que los puestos principales y decisivos pertenecen a los *monárquicos* Lvov y Guchkov; este gobierno intenta engañar a los obreros rusos con la consigna de los "alemanes deben derrocar a Guillermo" (¡Justo! Pero ¿¿por qué no añadir: los ingleses, los italianos, etc., deben derrocar a sus reyes, y los rusos, a sus monárquicos, a Lvov y Guchkov??). Con ayuda de esa consigna, y *no* publicando los tratados imperialistas, expoliadores, que el zarismo firmó con Francia. Inglaterra, etc., *y que son apoyados por el gobierno de Guchkov-Miliukov-Kerenski*, este gobierno intenta hacer pasar por "defensiva" (es decir, justa y legítima incluso desde el punto de vista del proletariado) su guerra *imperialista* contra Alemania; intenta presentar como "defensa" de la república rusa (¡que en Rusia no existe *todavía* y que los Lvov y los Guchkov *no han prometido* siquiera proclamar!) la defensa de los fines rapaces, imperialistas y expoliadores del capital ruso, inglés, etc.

Si los últimos despachos telegráficos dicen la verdad al señalar que entre los socialpatriotas rusos manifiestos (como los señores Plejánov, Zasúlich, Potrésov, etc.) y el partido del "centro", el partido del "Comité de Organización", el partido de Chjeídze, Skóbeliev y demás, se ha producido una especie de acercamiento sobre la base de la consigna de "mientras los alemanes no derroquen a Guillermo, nuestra guerra es defensiva"; si eso es cierto, libraremos con redoblada energía la lucha contra el partido de Chjeídze, Skóbeliev, etc., una lucha que *también antes* hemos sostenido siempre contra ese partido por su comportamiento político oportunista, vacilante e inestable.

Nuestra consigna es: ¡Ningún apoyo al gobierno de Guchkov-Miliukov! Engañan al pueblo quienes dicen que ese apoyo es imprescindible para luchar contra la restauración del zarismo. Por el contrario, es precisamente el gobierno de Guchkov el que *ha sostenido* ya negociaciones sobre la restauración de la monarquía en Rusia. *Únicamente* el armamento y la organización del proletariado podrán *impedir* a los Guchkov y Cía. *restaurar* la monarquía en Rusia. ¡Solamente el proletariado revolucionario de Rusia y *de toda Europa*, que permanece fiel al internacionalismo, será capaz de librar a la humanidad de los horrores de la guerra imperialista!

No cerramos los ojos ante las enormes dificultades que ha de afrontar la vanguardia revolucionaria internacionalista del proletariado de Rusia. En momentos como los que vivimos son posibles los cambios más bruscos y rápidos. En el número 47 de *Sotsial-Demokrat* hemos contestado abierta y claramente a una pregunta que surge de modo natural: ¿qué haría nuestro partido si la revolución lo llevara al poder *ahora mismo*? Hemos respondido: (1) propondríamos inmediatamente la paz a *todos* los pueblos beligerantes; (2) publicaríamos nuestras condiciones de paz, que consisten en la liberación inmediata de *todas* las colonias y de *todos* los pueblos oprimidos o con derechos mermados; (3) empezaríamos inmediatamente y llevaríamos hasta el fin la liberación de los pueblos oprimidos por los rusos; (4) no nos engañamos ni un instante al pensar que esas condiciones serían *inaceptables* no sólo para la burguesía monárquica, sino también para la burguesía republicana de Alemania, *y no* sólo para Alemania, sino asimismo para los gobiernos capitalistas de Inglaterra y Francia.

Tendríamos que sostener una guerra revolucionaria contra la burguesía alemana, y no sólo alemana. La sostendríamos. No somos pacifistas. Somos enemigos de las guerras imperialistas por el reparto del botín entre los capitalistas, pero hemos declarado siempre que sería absurdo que el proletariado revolucionario renunciase a las guerras revolucionarias, que *pueden* ser necesarias *en interés del socialismo*.

La tarea que trazamos en el número 47 de *Sotsial-Demokrat* es gigantesca. Puede ser cumplida sólo en una larga serie de grandes batallas clasistas entre el proletariado y la burguesía. Pero no es nuestra impaciencia, no son nuestros deseos, sino las *condiciones objetivas* creadas por la guerra imperialista las que han conducido a *toda* la humanidad a un atolladero y la han colocado ante un dilema: o permitir que perezcan nuevos millones de hombres y que se destruya hasta el fin toda la cultura europea, o entregar el poder en *todos* los países civilizados al proletariado revolucionario, realizar la revolución socialista.

Al proletariado ruso le ha correspondido el gran honor de *empezar* una serie de revoluciones, engendradas de manera ineluctable y objetiva por la guerra imperialista. Pero nos es ajena en absoluto la idea de considerar al proletariado ruso un proletariado revolucionario elegido entre los obreros de los demás países. Sabemos muy bien que el proletariado de Rusia está *menos* organizado y preparado y es *menos* consciente que los obreros de otros países. No son unas cualidades especiales, sino sólo las singulares condiciones históricas creadas las que han hecho del proletariado de Rusia *por cierto tiempo*, *quizá muy corto*, la vanguardia del proletariado revolucionario del mundo entero.

Rusia es un país campesino, uno de los países europeos más atrasados. En ella no puede triunfar el socialismo *inmediatamente, de un modo directo*. Pero, sobre la base de la experiencia de 1905, el carácter campesino del país -en el que se conserva un enorme fondo agrario de los terratenientes nobles-

puede dar enorme impulso a la revolución democrática burguesa en Rusia y hacer de nuestra revolución el *prólogo* de la revolución socialista universal, un *peldaño* hacia ella.

En la lucha por estas ideas, confirmadas plenamente con la experiencia de 1905 y de la primavera de 1917, se ha formado nuestro partido, combatiendo sin cuartel a todos los demás partidos, y por estas ideas seguiremos luchando en adelante.

En Rusia no puede triunfar el socialismo de manera directa e inmediata. Pero la masa campesina *puede* llevar la revolución agraria, ineluctable y en sazón, hasta la *confiscación* de toda la inmensa propiedad terrateniente. Esta consigna la hemos planteado siempre y la plantean ahora en San Petersburgo el Comité Central de nuestro partido y el periódico de nuestro partido, "*Pravda*"[115]. Por *esta* consigna luchará el proletariado, sin cerrar los ojos lo más mínimo ante la ineluctabilidad de encarnizados choques clasistas entre los obreros agrícolas asalariados, con los campesinos pobres adheridos a ellos, y los *campesinos acomodados*, que se vieron fortalecidos por la "reforma" agraria stolypiniana (1907-1914)[116]. No debe olvidarse que 104 diputados campesinos presentaron en la primera Duma (1906) y en la segunda (1907) un proyecto agrario revolucionario, en el cual se exige que sean nacionalizadas todas las tierras y que se disponga de ellas a través de comités locales elegidos sobre la base de la democracia completa.

Semejante revolución, por sí sola, no sería todavía socialista, ni mucho menos. Pero daría un impulso gigantesco al movimiento obrero mundial. Reforzaría extraordinariamente las posiciones del proletariado socialista en Rusia y su influencia entre los obreros agrícolas y los campesinos pobres. Permitiría al proletariado urbano, apoyándose en esta influencia, formar organizaciones revolucionarias como los "Soviets de diputados obreros", sustituir con ellos los viejos instrumentos de opresión de los Estados burgueses (el ejército, la policía y la burocracia) y aplicar -bajo la presión de la guerra imperialista, insoportablemente dura, y de sus consecuencias- una serie de medidas revolucionarias para *controlar* la producción y la distribución de los productos.

El proletariado ruso no puede *culminar* victoriosamente la revolución socialista sólo con sus propias fuerzas. Pero puede dar a la revolución rusa tal envergadura que cree las mejores condiciones para ella, que la *empiece*, en cierto sentido. Puede aliviar la situación para que entre en las batallas decisivas su colaborador *principal*, más fiel y más seguro, el proletariado *socialista europeo* y americano.

Dejemos que los incrédulos caigan en la desesperación con motivo de la victoria temporal en el socialismo europeo de lacayos tan repulsivos de la burguesía imperialista como los Scheidemann, los Legien, los David y Cía. en Alemania; los Sembat, los Guesde, los Benaudel y Cía. en Francia, y los fabianos y "laboristas"[117] en Inglaterra. Estamos firmemente convencidos de que las olas de la revolución barrerán rápidamente esta *espuma sucia* en el movimiento obrero mundial.

En Alemania hierve ya el estado de ánimo de la masa proletaria, que tanto ha dado a la humanidad y al socialismo con su labor de organización tenaz, perseverante y firme durante los largos decenios de "calma" europea de 1871 a 1914. El porvenir del socialismo alemán no lo representa ni traidores como los Scheidemann, los Legien, los David y Cía., ni los políticos vacilantes, pusilánimes, abatidos por la rutina del período "pacífico", como los señores Haase, Kautsky y sus semejantes.

Ese porvenir pertenece a la corriente que ha dado un Carlos Liebknecht, que ha creado el Grupo Espartaco[118] y que ha hecho propaganda en el *Arbeiterpolitik*[119] de Bremen.

Las condiciones objetivas de la guerra imperialista son garantía de que la revolución no se limitara a la *primera etapa* de la revolución rusa, de que la revolución no se limitará a Rusia.

El proletariado alemán es el aliado más fiel y más seguro de la revolución proletaria rusa y mundial.

Cuando nuestro partido lanzó en noviembre de 1914 la consigna de "transformar la guerra imperialista en guerra civil" de los oprimidos contra los opresores, por el socialismo, esta consigna fue acogida con hostilidad y burlas malignas por los socialpatriotas, con un silencio desconfiado y escéptico, pusilánime y expectante de los socialdemócratas del "centro". El socialimperialista y socialchovinista alemán David la calificó de "locura", y el señor Plejánov, representante del socialchovinismo ruso (y anglo-francés), socialismo de palabra e imperialismo de hecho, la denominó "sueño-farsa" (*Mittelding zwischen Traum und Komödie*). Y los representantes del centro salieron del paso con el silencio o con bromas chabacanas acerca de esta "línea recta trazada en el vacío".

Ahora, después de marzo de 1917, sólo un ciego puede dejar de ver que esta consigna es justa. La transformación de la guerra imperialista en guerra civil *pasa a ser* un hecho. ¡Viva la naciente revolución proletaria en Europa!

Por encargo de los camaradas miembros del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (unificado por el Comité Central) que se repatrían y que han aprobado esta carta en la reunión del 8 de abril (según el nuevo calendario) de 1917.

N. Lenin

Publicada en alemán el 1 de mayo de 1917 en el núm. 8 del periódico "Jugend-Internationale". En ruso se publicó por vez primera el 21 de septiembre de 1917 en el núm. 145 del periódico "Edinstvo".

T. 31, págs. 87-94.

LAS TAREAS DEL PROLETARIADO EN LA PRESENTE REVOLUCIÓN.

Habiendo llegado a Petrogrado únicamente el 3 de abril por la noche, es natural que sólo en nombre propio y con las consiguientes reservas, debidas a mi insuficiente preparación, pude pronunciar en la asamblea del 4 de abril un informe acerca de las tareas del proletariado revolucionario.

Lo único que podía hacer para facilitarme la labor -y facilitársela también a los opositores de *buena fe*- era preparar unas tesis *por escrito*. Las leí y entregué el texto al camarada Tsereteli. Las leí muy despacio y *por dos veces*: primero en la reunión de bolcheviques y después en la de bolcheviques y mencheviques.

Público estas tesis personales mías acompañadas únicamente de brevísimas notas explicativas, que en mi informe fueron desarrolladas con mucha mayor amplitud.

Tesis.

1. En nuestra actitud ante la guerra, que por parte de Rusia sigue siendo indiscutiblemente una guerra imperialista, de rapiña, también bajo el nuevo gobierno de Lvov y Cía., en virtud del carácter capitalista de este gobierno, es intolerable la más pequeña concesión al "defensismo revolucionario".

El proletariado consciente sólo puede dar su asentimiento a una guerra revolucionaria, que justifique verdaderamente el defensismo revolucionario, bajo las siguientes condiciones: a) paso del poder a manos del proletariado y de los sectores más pobres del campesinado a él adheridos; b) renuncia de hecho, y no de palabra, a todas las anexiones; e) ruptura completa de hecho con todos los intereses del capital.

Dada la indudable buena fe de grandes sectores de defensistas revolucionarios de filas, que admiten la guerra sólo como una necesidad y no para fines de conquista, y dado su engaño por la burguesía, es preciso aclararles su error de un modo singularmente minucioso, paciente y perseverante, explicarles la ligazón indisoluble del capital con la guerra imperialista y demostrarles que sin derrocar el capital *es imposible* poner fin a la guerra con una verdaderamente democrática y no con una paz impuesta por la violencia.

Organizar la propaganda más amplia de este punto de vista en el ejército de operaciones.

Confraternización en el frente.

2. La peculiaridad del momento actual en Rusia consiste en el *paso* de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y de organización, *a su segunda* etapa, que debe poner el poder en manos del proletariado y de las capas pobres del campesinado.

Este tránsito se caracteriza de una parte, por el máximo de legalidad (Rusia es *hoy* el más libre de todos los países beligerantes); de otra parte, por la ausencia de violencia contra las masas y, finalmente, por la confianza inconsciente de éstas en el gobierno de los capitalistas, los peores enemigos de la paz y del socialismo.

Esta peculiaridad exige de nosotros habilidad para adaptarnos a las condiciones *especiales* de la labor del partido entre masas inusitadamente amplias del proletariado, que acaban de despertar a la vida política.

3. Ningún apoyo al Gobierno Provisional: explicar la completa falsedad de todas sus promesas, sobre todo de la renuncia a las anexiones. Desenmascarar a *este* gobierno, que es un gobierno de capitalistas, en vez de propugnar la inadmisible e ilusoria "exigencia" de que *deje de ser* imperialista.

4. Reconocer que, en la mayor parte de los Soviets de diputados obreros, nuestro partido está en minoría y, por el momento, en una minoría reducida, frente *al bloque de todos* los elementos pequeñoburgueses y oportunistas -sometidos a la influencia de la burguesía y que llevan dicha influencia al seno del proletariado-, desde los socialistas populares y los socialistas-revolucionarios hasta el Comité de Organización (Chjeídze, Tsereteli, etc.), Steklov, etc., etc.

Explicar a las masas que los Soviets de diputados obreros son *la única* forma *posible* de gobierno revolucionario y que, por ello, mientras *este* gobierno se someta a la influencia de la burguesía, nuestra misión sólo puede consistir en *explicar* los errores de su táctica de un modo paciente, sistemático, tenaz y adaptado especialmente a las necesidades prácticas de las masas.

Mientras estemos en minoría, desarrollaremos una labor de crítica y esclarecimiento de los errores, propugnando al mismo tiempo la necesidad de que todo el poder del Estado pase a los Soviets de

diputados obreros, a fin de que, sobre la base de la experiencia, las masas corrijan sus errores.

5. No una república parlamentaria -volver a ella desde los Soviets de diputados obreros sería dar un paso atrás-, sino una república de los Soviets de diputados obreros, braceros y campesinos en todo el país, de abajo arriba.

Supresión de la policía, del ejército y de la burocracia*.

La remuneración de los funcionarios, todos ellos elegibles y amovibles en cualquier momento, no deberá exceder del salario medio de un obrero calificado.

6. En el programa agrario, trasladar el centro de gravedad a los Soviets de diputados braceros.

Confiscación de todas las tierras de los latifundistas.

Nacionalización de *todas* las tierras del país, de las que dispondrán los Soviets locales de diputados braceros y campesinos. Creación de Soviets especiales de diputados campesinos pobres. Hacer de cada gran finca (con una extensión de unas 100 a 300 deciatinas, según las condiciones locales y de otro género y a juicio de las instituciones locales) una hacienda modelo bajo el control de diputados braceros y a cuenta de la administración local.

7. Fusión inmediata de todos los bancos del país en un Banco Nacional único, sometido al control de los Soviets de diputados obreros.

8. No "implantación" del socialismo como nuestra tarea *inmediata*, sino pasar únicamente a la instauración inmediata del *control* de la producción social y de la distribución de los productos por los Soviets de diputados obreros.

9. Tareas del partido:

a) celebración inmediata de un congreso del partido;

b) modificación del programa del partido, principalmente: 1) sobre el imperialismo y la guerra imperialista, 2) sobre la posición ante el Estado y *nuestra* reivindicación de mi "Estado-Comuna"**, 3) reforma del programa mínimo, ya anticuado;

c) cambio de denominación del partido***.

10. Renovación de la Internacional.

Iniciativa de constituir una Internacional revolucionaria, una Internacional contra los socialchovinistas y contra el "centro"****.

Para que el lector comprenda por qué hube de resaltar de manera especial, como rara excepción, el "caso" de opositores de buena fe, le invito a comparar estas tesis con la siguiente objeción del señor Goldenberg: Lenin –dice- "ha enarbolado la bandera de la guerra civil en el seno de la democracia revolucionaria". (Citado en el periódico *Edinstvo*[120], del señor Plejánov, núm. 5.)

Una perla, ¿verdad?

Escribo, leo y machaco: "Dada la indudable buena fe de *grandes* sectores de defensistas revolucionarios *de filas*..., dado su engaño por la burguesía, es preciso aclararles su error de un modo *singularmente* minucioso, *paciente* y perseverante..."

Y esos señores de la burguesía, que se llaman socialdemócratas, que no pertenecen ni a los grandes sectores ni a los defensistas revolucionarios de filas, tienen la osadía de reproducir sin escrúpulos mis opiniones, interpretándolas así: "ha enarbolado (!) la bandera (!) de la guerra civil" (¡ni en las tesis ni en el informe se habla de ella para nada!) "en el seno (!!) de la democracia revolucionaria..."

¿Qué significa eso? ¿En qué se distingue de una incitación al pogromo?, ¿en qué se diferencia de *Rússkaya Volia*[121]?

Escribo, leo y machaco: "Los Soviets de diputados obreros son la *única* forma *posible* de gobierno revolucionario y, por ello, nuestra misión sólo puede consistir en *explicar* los errores de su táctica de un modo paciente, sistemático, tenaz y adaptado especialmente a las necesidades prácticas de las masas..."

Pero cierta clase de opositores exponen mis puntos de vista ¡¡como un llamamiento a la "guerra civil en el seno de la democracia revolucionaria"!!

He atacado al Gobierno Provisional por *no* señalar un plazo, ni próximo ni remoto, para la convocatoria de la Asamblea Constituyente y limitarse a simples promesas. Y he demostrado que *sin* los Soviets de diputados obreros y soldados no está garantizada la convocatoria de la Asamblea Constituyente ni es posible su éxito.

¡¡¡Y se me imputa que soy contrario a la convocatoria inmediata de la Asamblea Constituyente!!!

Calificaría todo eso de expresiones "delirantes" si decenas de años de lucha política no me hubiesen enseñado a considerar una rara excepción la buena fe de los opositores.

En su periódico, el señor Plejánov ha calificado mi discurso de "delirante". ¡Muy bien, señor Plejánov! Pero fíjese cuán torpón, inhábil y poco perspicaz es usted en su polémica. Si me pasé dos horas delirando, ¿por qué aguantaron cientos de

* Es decir, sustitución del ejército permanente con el armamento general del pueblo.

** Es decir, de un Estado cuyo prototipo dio la Comuna de París.

*** En lugar de "socialdemocracia", cuyos líderes oficiales han traicionado al socialismo en el mundo *entero*, pasándose a la burguesía (lo mismo los "defensistas" que los vacilantes "kautskianos"), debemos denominarnos *Partido Comunista*.

**** En la socialdemocracia internacional se llama "centro" a la tendencia que vacila entre los chovinistas (o "defensistas") y los internacionalistas, es decir: Kautsky y Cía. en Alemania, Longuet y Cía. en Francia, Chjeídze y Cía. en Rusia, Turati y Cía. en Italia, MacDonald y Cía. en Inglaterra, etc.

oyentes ese "delirio"? ¿Y para qué dedica su periódico toda una columna a reseñar un "delirio"? Mal liga eso, Señor Plejánov, muy mal.

Es mucho más fácil, naturalmente, gritar, insultar y vociferar que intentar exponer, explicar y recordar cómo enjuiciaban Marx y Engels en 1871, 1872 y 1875 las experiencias de la Comuna de París y qué decían acerca del *tipo* de Estado que necesita el proletariado.

Por lo visto, el ex marxista señor Plejánov no desea recordar el marxismo.

He citado las palabras de Rosa Luxemburgo, que el 4 de agosto de 1914[122] denominó a la socialdemocracia *alemana* "cadáver maloliente". Y los señores Plejánov, Goldenberg y Cía. se sienten "ofendidos"... ¿en nombre de quién? ¡En nombre de los chovinistas *alemanes*, calificados de chovinistas!

Los pobres socialchovinistas rusos, socialistas de palabra y chovinistas de hecho, se han armado un lío.

Escrito el 4 y el 5 (17 y 18) de abril de 1917. Publicado el 7 de abril de 1917 en el núm. 26 del periódico "Pravda".

T. 31, págs. 113-118.

LOS ADEPTOS DE LUIS BLANC EN RUSIA.

El socialista francés Luis Blanc logró una poco envidiable celebridad durante la revolución de 1848 al cambiar su posición de lucha de clases por la posición de las ilusiones pequeñoburguesas, ilusiones aderezadas con una fraseología seudosocialista, pero, que, en realidad, tendía a fortalecer la influencia de la burguesía sobre el proletariado. Luis Blanc esperaba ayuda de la burguesía, confiaba y trataba de infundir en otros la confianza de que la burguesía podía ayudar a los obreros en el problema de la "organización del trabajo", término vago que debía expresar tendencias "socialistas".

El luisblancismo ha resultado ahora triunfante en el ala derecha de la "socialdemocracia", en el partido del Comité de Organización en Rusia. Chjeídze, Tsereteli, Steklov y muchos otros, actuales dirigentes del Soviet de diputados soldados y obreros de Petrogrado, y que también fueron dirigentes de la reciente Conferencia de los Soviets de toda Rusia, han asumido la misma posición que Luis Blanc.

En todos los problemas fundamentales de la vida política actual, esos dirigentes, que ocupan aproximadamente la misma posición que la tendencia "centrista" internacional representada por Kautsky, Longuet, Turati y muchos otros, han adoptado el criterio pequeñoburgués de Luis Blanc. Veamos, por ejemplo, el problema de la guerra.

El punto de vista proletario ante este problema consiste en una clara caracterización *de clase* de la guerra y en una hostilidad irreductible hacia la guerra imperialista, o sea, hacia una guerra *entre* grupos de países capitalistas (*ya sean* monarquías o *repúblicas*), *por* el reparto del botín capitalista.

El punto de vista pequeñoburgués difiere del punto de vista burgués (abierta justificación de la guerra, abierta "defensa de la patria", es decir, defensa de los intereses de los capitalistas *propios*, defensa de *su* "derecho" a las anexiones) en que el pequeño burgués "renuncia" a las anexiones, "condena" el imperialismo, "exige" de la burguesía que deje de ser imperialista, siempre dentro del marco de las relaciones imperialistas mundiales y del sistema económico capitalista. Al limitarse a estas declamaciones indulgentes, inofensivas y vacuas, *en la práctica*, el pequeño burgués se arrastra incapaz de nada *en pos* de la burguesía, "mostrando su simpatía" de palabra en algunos puntos con el proletariado, dependiendo de hecho de la burguesía, no comprendiendo, o no queriendo comprender, cuál es el camino que conduce al derrocamiento del yugo capitalista, el único camino que puede librar del imperialismo a la humanidad.

"Exigir" de los gobiernos burgueses que haga ni una "solemne *declaración*" renunciando a las anexiones es el colmo de la audacia para el pequeño burgués y un ejemplo de firmeza antiimperialista "zimmerwaldiana". No es difícil percibir que esto es luisblancismo de la peor especie. En primer lugar, a ningún politiquero burgués, con cierta experiencia, jamás lo resultará difícil pronunciar contra las anexiones "en general" una sarta de frases "brillantes", efectistas, sonoras, tan vacías como no comprometidas. Pero cuando se trate de *hechos*, siempre se podrá recurrir a algún malabarismo, a la manera de *Riech*, que hace días tuvo el lamentable coraje de declarar que Curlandia (anexada hoy por los rapaces imperialistas de la Alemania burguesa), ¡¡*no* había sido anexada por Rusia!!

Esto es malabarismo indignante, el más intolerable engaño a los obreros por la burguesía, pues hasta los menos versados en política han de saber que Curlandia *siempre estuvo anexada* por Rusia.

Desafiamos a *Riech* abierta y directamente: (1) a que dé al pueblo una definición política del concepto de "anexión" que pueda aplicarse por igual *a todas* las anexiones del mundo, alemanas, inglesas y rusas, del pasado y del presente, a todas sin excepción; (2) a que diga clara y concretamente qué significa, según él, *renunciar a las anexiones*, de palabra, sino de hecho. A que dé una definición política del concepto "renunciar de hecho a las anexiones" que pueda aplicarse no sólo a los alemanes, sino también a los ingleses y a todas las naciones que alguna vez hayan realizado anexiones.

Afirmamos que *Riech* o bien no aceptará nuestro desafío o bien será desenmascarado por nosotros ante todo el pueblo. Y es precisamente este problema de Curlandia al que *Riech* se ha referido, lo que hace que nuestra polémica no sea teórica, sino práctica, impostergable y de candente actualidad.

En segundo lugar, supongamos, aunque sea por un instante, que los ministros burgueses son un ideal de honestidad, que los Guchkov, Lvov, Miliukov, y

Cía. creen sinceramente en la posibilidad de renunciar a las anexiones, conservando el capitalismo, y que realmente *quieren* renunciar a ellas.

Supongámoslo por un instante, hagamos esta suposición luisblancista.

Pues bien, ¿puede una persona adulta contentarse con lo que la gente *piensa* de sí misma sin confrontarlo con lo que *hace*? ¿Puede un marxista *no* distinguir entre los buenos deseos, las declaraciones y la realidad objetiva?

No. No puede.

Las anexiones se mantienen por los vínculos del capital financiero, del capital bancario, del capital imperialista. *Esta* es la base económica de las anexiones contemporáneas. Desde este ángulo, las anexiones representan *beneficios* políticamente garantizados de los miles de millones de capital "invertido" en millares de empresas de los países anexados.

Es imposible, ni aun queriéndolo, renunciar a las anexiones *sin dar* pasos decisivos para derribar el yugo del capital.

¿Significa esto, como parecen dispuestos a concluir, y concluyen *Edinstvo*, *Rabóchaya Gazeta*[123] y otros "Luis Blanc" de nuestra pequeña burguesía, que *no* debemos dar ningún paso decisivo para derribar el capital? ¿Qué debemos aceptar aunque sea un mínimo de anexiones?

No. *Deben* darse pasos decisivos para el derrocamiento del capital. Deben darse en forma hábil y gradual, apoyándose *únicamente* en la conciencia y organización de la aplastante mayoría de los obreros y los campesinos pobres. Pero deben darse. En muchos lugares de Rusia, los Soviets de diputados obreros *ya* han comenzado a darlos.

La consigna del momento es: deslindarnos resuelta e irrevocablemente de los Luis Blanc, los Chjeídze, los Tsereteli, los Steklov, del partido del Comité de Organización, del Partido de los Socialistas-Revolucionarios, etc., etc. Es necesario hacer ver a las masas que el luisblancismo está malogrando y acabará por malograr del todo la revolución, incluso el ejercicio de las libertades, si las masas no comprenden lo perjudiciales que son esas ilusiones pequeñoburguesas y no se unen a los obreros conscientes, que dan pasos prudentes, graduales, bien pensados y a la vez firmes y resueltos hacia el socialismo.

Fuera del socialismo para la humanidad *no hay* salvación de las guerras, el hambre y el aniquilamiento de otros muchos millones de seres humanos.

"Pravda", núm. 27, 8 de abril de 1917.
T. 31, págs. 127-130.

CARTAS SOBRE TÁCTICAS.

Prefacio.

El 4 de abril de 1917 hube de pronunciar un informe en Petrogrado, sobre el tema que figura en el título, primeramente en una reunión de bolcheviques: los delegados a la Conferencia de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia. Los delegados debían regresar a sus lugares de procedencia, por lo que no podían concederme ninguna dilación. Al final de la reunión, su presidente, camarada G. Zinóviev, me propuso en nombre de todos los presentes que repitiera en el acto mi informe en una asamblea de delegados bolcheviques y mencheviques, que deseaban discutir el problema de la unificación del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

Por difícil que fuera para mí repetir inmediatamente mi informe, no me consideré con derecho a negarme, ya que lo pedían *tanto mis correligionarios* como los mencheviques, los cuales, a causa de su partida, no podían, en efecto, concederme ninguna dilación.

En el informe leí mis tesis, publicadas en el núm. 26 de *Pravda* del 7 de abril de 1917*.

Tanto las tesis como mi informe suscitaron discrepancias entre los propios bolcheviques y en la redacción misma de *Pravda*. Tras una serie de reuniones, llegamos por unanimidad a la conclusión de que lo más oportuno sería discutir *públicamente* estas discrepancias, proporcionando así material para la Conferencia de toda Rusia de nuestro partido (el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, unificado por el Comité Central) que debería celebrarse en Petrogrado el 20 de abril de 1917.

Precisamente en cumplimiento de este acuerdo sobre la discusión publico las *cartas* siguientes, sin pretender estudiar en ellas el problema *en todos sus aspectos*; sólo deseo esbozar los argumentos principales, especialmente esenciales para las tareas *prácticas* del movimiento de la clase obrera.

Carta I. Apreciación del momento.

El marxismo exige de nosotros el análisis más exacto, objetivamente comprobable, de la correlación de las clases y de las peculiaridades concretas de cada momento histórico. Nosotros, los bolcheviques, hemos procurado siempre ser fieles a esta exigencia, indiscutiblemente obligatoria desde el punto de vista de toda fundamentación científica de la política.

"Nuestra doctrina no es un dogma, sino una guía para la acción"[124]: así decían siempre Marx y Engels, quienes se burlaban, con razón, del aprendizaje mecánico y de la simple repetición de "fórmulas" que, en el mejor de los casos, sólo sirven para trazar las tareas *generales*, que cambian necesariamente de acuerdo con las condiciones económicas y políticas *concretas* de cada *fase* particular del proceso histórico.

¿Cuáles son los *hechos* objetivos, establecidos con exactitud, que deben servir hoy de guía al partido del proletariado revolucionario para determinar las tareas y las formas de su actuación?

Ya en mi primera *Carta desde lejos* (*La primera etapa de la primera revolución*), publicada en *Pravda*, números 14 y 15, del 21 y 22 de marzo de 1917, y también en mis tesis determiné "la peculiaridad del momento actual en Rusia", como fase de *transición* de la primera etapa de la revolución a la segunda. Por lo tanto, consideraba que la consigna fundamental, la "tarea del día", en *ese* momento era: "¡Obreros! Habéis hecho prodigios de heroísmo proletario y popular en la guerra civil contra el zarismo. Tendréis que hacer prodigios de organización del proletariado y de todo el pueblo para preparar vuestro triunfo en la segunda etapa de la revolución" (*Pravda*, núm. 15).*

¿En qué consiste, pues, la primera etapa?

En el paso del poder del Estado a manos de la burguesía.

Hasta la revolución de febrero-marzo de 1917, el poder del Estado en Rusia se encontraba en manos de una vieja clase, a saber: la nobleza feudal-terrateniente, encabezada por Nicolás Románov.

Después de esta revolución, el poder ha pasado a manos de *otra* clase, de una clase nueva, a saber: la *burguesía*.

El paso del poder del Estado de manos de una *clase* a manos de otra es el primer rasgo, el principal, el fundamental de la *revolución*, tanto en el significado rigurosamente científico como en el

* En el apéndice a esta carta reproduzco dichas tesis, acompañadas de unas breves observaciones aclaratorias, del citado número de Pravda. (Véase el presente volumen. *N. de la Edit.*)

* Ver el presente volumen.

sentido político-práctico de este concepto.

Por tanto, la revolución burguesa o democrática burguesa en Rusia *ha terminado*.

Aquí oímos el alboroto de las réplicas de aquellos a quienes gusta llamarse "viejos bolcheviques": ¿Acaso no he dicho siempre que la revolución democrática burguesa sería terminada solamente por la "dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos"? ¿Acaso la revolución agraria, también democrática burguesa, ha terminado? ¿Acaso no es, por el contrario, un hecho que esta última *todavía no* ha comenzado?

Contesto: las consignas y las ideas bolcheviques, *en general*, han sido plenamente confirmadas por la historia, pero, *concretamente*, las cosas han resultado *de otro modo* de lo que podía (quienquiera que fuese) esperar, de un modo más original, más peculiar, más variado.

Desconocer, olvidar este hecho, significaría semejarse a aquellos "viejos bolcheviques", que ya más de una vez desempeñaron un triste papel en la historia de nuestro partido, repitiendo una fórmula tontamente *aprendida*, en vez de dedicarse al *estudio* de las nuevas peculiaridades de la nueva y viva realidad.

"La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos" *ya* se ha realizado en la revolución rusa en cierta forma y hasta cierto grado, puesto que esta "fórmula" sólo prevé una *correlación de clases* y no una *institución política concreta llamada a realizar* esta correlación, esta colaboración. El "Soviet de diputados obreros y soldados" es ya la realización, impuesta por la vida, de la "dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos".

Esta fórmula ha caducado ya. La vida la ha trasladado del reino de las fórmulas al reino de la realidad, haciéndola de carne y hueso, concretándola, y, *con ello*, transformándola.

A la orden del día se plantea ya otra nueva tarea: la escisión entre los elementos proletarios (antidefensistas, internacionalistas, "comunistas", partidarios del paso a la comuna) *dentro* de esta dictadura y los elementos partidarios de la *pequeña propiedad* o *pequeñoburgueses* (Chjeídze, Tsereteli, Steklov, los socialistas-revolucionarios y otros tantos defensistas revolucionarios, enemigos de tomar el camino de la comuna, partidarios del "apoyo" a la burguesía y al gobierno burgués).

Quien *ahora* hable solamente de la "dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos", se ha rezagado de la realidad y, por esta razón, *se ha pasado* de hecho a la pequeña burguesía contra la lucha proletaria de clase y hay que mandarlo al archivo de las curiosidades "bolcheviques" prerrevolucionarias (al archivo que podríamos llamar "de los viejos bolcheviques").

La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos se ha realizado ya, pero de un modo sumamente original, con una serie de importantísimos cambios. De ellos hablaré aparte en una de mis cartas posteriores. Por ahora es necesario asimilarse la verdad indiscutible de que un marxista debe tener en cuenta la vida real, los hechos exactos *de la realidad*, y no seguir aferrándose a la teoría de ayer, que, como toda teoría, en el mejor de los casos, sólo traza lo fundamental, lo general, sólo abarca *de un modo aproximado* la complejidad de la vida.

"La teoría, amigo mío, es gris; pero el árbol de la vida es eternamente verde"[125].

Quien plantee la cuestión de la "terminación" de la revolución burguesa *al viejo estilo*, sacrifica el marxismo vivo en aras de la letra muerta.

Con arreglo al viejo estilo resulta que *tras* el dominio de la burguesía puede y debe llegar el dominio del proletariado y del campesinado, su dictadura.

Pero en la vida real las cosas han resultado *ya de otro modo*: ha resultado *un entrelazamiento de lo uno y de lo otro* en forma extraordinariamente original, nueva e inaudita. Existen paralelamente, juntos, simultáneamente, *tanto* el dominio de la burguesía (gobierno de Lvov y Guchkv) *como* la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado, que *voluntariamente* entrega el poder a la burguesía, convirtiéndose voluntariamente en apéndice suyo.

Pues no se debe olvidar que, de hecho, en Petrogado el poder está en manos de los obreros y soldados: el nuevo gobierno *no* ejerce, ni puede ejercer, violencia alguna contra ellos, puesto que *no existe* policía, ni ejército separado del pueblo, ni burocracia que se sitúe de un modo omnipotente *por encima* del pueblo. Esto es un hecho. Este es precisamente el hecho característico de un Estado del tipo de la Comuna de París. Este hecho no encaja en los esquemas antiguos. Es necesario saber adaptarse a los esquemas a la vida y no repetir las palabras sobre la "dictadura del proletariado y de los campesinos" *en general*, que se han vuelto absurdas.

Para enfocarla mejor, abordemos la cuestión desde otro aspecto.

Un marxista no debe apartarse del terreno exacto del análisis de las relaciones entre clases. En el poder se encuentra la burguesía. ¿Pero acaso la masa de campesinos no es *también* una burguesía de otra capa, de otro género, de un carácter distinto? ¿De dónde se deduce que *esta* capa *no puede* llegar al poder, "terminando" la revolución democrática burguesa? ¿Por qué no es posible?

Así razonan con frecuencia los viejos bolcheviques.

Contesto: esto es muy posible. Pero un marxista, al apreciar el momento dado, *no* debe partir de lo posible, *sino* de lo real.

Y la realidad nos demuestra el hecho de que los diputados soldados y campesinos, libremente elegidos, entran libremente a formar parte del segundo gobierno, del gobierno paralelo completándolo, desarrollándolo perfeccionándolo también libremente. Y con la misma libertad *entregan* el poder a la burguesía: fenómeno que no "contradice" en lo más mínimo la teoría del marxismo, puesto que siempre hemos sabido e indicado reiteradamente que la burguesía se mantiene *no* sólo por medio de la violencia, sino también gracias a la falta de conciencia, la rutina, la ignorancia y la desorganización de las masas.

Y ante esta realidad de hoy, es francamente ridículo volver la espalda a los hechos y hablar de las "posibilidades".

Es posible que los campesinos tomen toda la tierra y todo el poder. Yo no sólo no pierdo de vista esta posibilidad ni limito mi horizonte al día de hoy, sino que formulo, directa y exactamente, el programa agrario teniendo en cuenta *un nuevo* fenómeno: la escisión más profunda entre los jornaleros del campo y los campesinos pobres, de un lado, y los propietarios campesinos, de otro.

Pero también es posible que suceda otra cosa: es posible que los campesinos sigan los consejos del partido pequeñoburgués eserista, influenciado por la burguesía y que se ha pasado a la posición defensista, que les aconseja esperar hasta la Asamblea Constituyente, ¡a pesar de que, hasta ahora, ni siquiera se ha fijado la fecha de su convocatoria![*]

Es posible que los campesinos *conserven*, continúen su pacto con la burguesía, pacto concertado por ellos en la actualidad por medio de los Soviets de diputados obreros y soldados no sólo de un modo formal, sino también de hecho.

Son posibles muchas cosas. Sería el más craso de los errores olvidarse del movimiento agrario y del programa *agrario*. Pero un error igual constituiría el olvidarse de la *realidad*, que nos indica el *hecho del acuerdo* -o empleando un término más exacto, menos jurídico, de mayor sentido económico-clasista-, el hecho de la *colaboración entre las clases*: la burguesía y el campesinado.

Cuando este hecho deje de ser un hecho, cuando el campesinado se separe de la burguesía, tome la tierra, a pesar de ella, se adueñe del poder, contra ella, entonces ésta será una nueva etapa de la revolución democrática burguesa, de la que hablaremos aparte.

El marxista que ante la posibilidad de semejante etapa futura olvide sus deberes *en la actualidad*, cuando el campesinado *pacta* con la burguesía, se convertirá en un pequeño burgués. Pues de hecho predicará al proletariado *confianza* en la pequeña burguesía ("ella, la pequeña burguesía, el campesinado, todavía dentro de los límites de la revolución democrática burguesa, tendrá que separarse de la burguesía"). Ante la "posibilidad" de un futuro agradable y dulce, en que el campesinado *no* vaya a remolque de la burguesía, y los socialistas-revolucionarios los Chjeídze, los Tsereteli y los Steklov, *no* sean apéndice del gobierno burgués, ante esta "posibilidad", dicho marxista olvidará el *presente desagradable*, en que el campesinado sigue yendo a remolque de la burguesía, en que los eseristas y socialdemócratas no han abandonado todavía su papel de apéndice del gobierno burgués, su papel de la oposición de "Su Majestad"[126] Lvov.

Este hombre supuesto por nosotros se asemejaría al dulzón Luis Blanc o a un empalagoso kautskiano, pero de ningún modo a un marxista revolucionario.

¿Pero quizá corremos el peligro de caer en el subjetivismo, de querer "saltar por encima" de la revolución de carácter democrático burgués, aún no terminada -trabada todavía por el movimiento campesino-, a la revolución socialista?

Si yo hubiese dicho: "Sin zar, por un gobierno *obrero*"[127], me amenazaría semejante peligro. Pero yo *no* he dicho eso, he dicho otra cosa distinta. Yo he afirmado que *fuera* de los Soviets de diputados obreros, braceros, soldados y campesinos *no puede* haber otro gobierno en Rusia (sin contar el gobierno burgués). Yo he afirmado que el poder en Rusia puede pasar, ahora, de Guchkov y Lvov *únicamente* a estos Soviets, y en ellos *justamente* prevalecen los campesinos, prevalecen los soldados, prevalece la pequeña burguesía, para expresarlo en términos científicos, marxistas, y no empleando una caracterización habitual, filistea, ni profesional, sino una caracterización clasista.

En mis tesis, me aseguré completamente de todo salto por encima del movimiento campesino o, en general, pequeñoburgués aún latente, de todo *juego* a la "conquista del poder" por parte de un gobierno obrero, de cualquier aventura blanquista, puesto que me refería directamente a la experiencia de la Comuna de París. Como se sabe, y como lo indicaron detalladamente Marx en 1871 y Engels en 1891[128], esta experiencia excluía totalmente el blanquismo[129], asegurando completamente el dominio directo, inmediato e incondicional de la *mayoría* y la actividad de las masas, sólo en la medida de la actuación *consciente* de la mayoría misma.

En las tesis reduje la cuestión, con plena claridad, a la *lucha por la influencia dentro* de los Soviets de

[*] Para que no sean tergiversadas mis palabras, diré ahora adelantándome: soy partidario incondicional de que los *Soviets* de los braceros y campesinos se apoderen *inmediatamente de toda* la tierra, pero que observen del modo más riguroso *ellos mismos* el orden y la disciplina, sin permitir el más mínimo daño de máquinas, edificios, ganado, y sin que, de ninguna manera, desorganicen la hacienda y la producción del trigo, sino la *intensifiquen*, puesto que los soldados necesitan *el doble* de pan y el pueblo no debe sufrir hambre.

diputados obreros, braceros, campesinos y soldados. Para no dejar asomo de duda a este respecto, subrayé *dos veces*, en las tesis, la necesidad de un trabajo de paciente e insistente "explicación", "que se adapte a las necesidades *prácticas de las masas*".

Gente ignorante o renegados del marxismo, como el señor Plejánov y otros, pueden gritar sobre anarquismo, blanquismo, etc. Quien quiera meditar y estudiar deberá comprender que el blanquismo significa la conquista del poder por una minoría, mientras que los Soviets de diputados obreros, etc., constituyen *evidentemente* una organización directa e inmediata *de la mayoría* del pueblo. El trabajo o la lucha por la influencia *dentro* de tales Soviets no puede, sencillamente *no puede*, desviarse a la charca del blanquismo. Y tampoco puede caer en la charca del anarquismo, puesto que el anarquismo es la negación de la *necesidad del Estado y del poder estatal* en la época de *transición* del dominio de la burguesía al dominio del proletariado. Mientras que yo *defiendo*, con una claridad que excluye toda posibilidad de confusión, la necesidad del Estado en esta época, pero -de acuerdo con Marx y con la experiencia de la Comuna de París-, no de un Estado parlamentario burgués de tipo corriente, sino de un Estado *sin* un ejército permanente, *sin* una policía opuesta al pueblo, *sin* una burocracia situada por encima del pueblo.

Si el señor Plejánov, en su *Edinstvo*, grita a voz en cuello sobre anarquismo, con ello sólo demuestra, una vez más, que ha roto con el marxismo. Al reto, lanzado por mí en *Pravda* (núm. 26), de exponer lo que en 1871, 1872 y 1875 enseñaron Marx y Engels acerca del Estado, el señor Plejánov tiene y tendrá que responder sólo con el silencio respecto a la esencia de la cuestión y con gritos al estilo de la burguesía enfurecida.

El ex marxista señor Plejánov no ha comprendido *en absoluto* la doctrina del marxismo sobre el Estado. De paso sea dicho, los gérmenes de esta incomprensión se ven ya, también, en su folleto sobre el anarquismo, editado en alemán[130].

* * *

Veamos ahora cómo formula el camarada Y. Kámenev, en el comentario del número 27 de *Pravda*, sus "discrepancias" con mis tesis y concepciones expuestas más arriba. Ello nos ayudará a esclarecerlas con mayor exactitud.

> "En lo que respecta al esquema general del camarada Lenin -dice el camarada Kámenev- nos parece inaceptable, ya que arranca del reconocimiento de que la revolución democrática burguesa *ha terminado* y confía en la transformación inmediata de esta revolución en socialista..."

Tenernos aquí dos grandes errores.

Primero. El problema de la "terminación" de la revolución democrática burguesa *está planteado* erróneamente. Este problema es enfocado de una manera abstracta, simple, unicolor, por así decirlo, que *no* corresponde a la realidad objetiva. Quien plantea *así* la cuestión, quien pregunta *ahora* si "está terminada o no la revolución democrática burguesa", y *nada más*, se priva a sí mismo de la posibilidad de comprender la realidad, extraordinariamente compleja y, por lo menos, "bicolor". Eso en el terreno de la teoría. Y en el terreno de la práctica, se rinde impotente ante el *revolucionarismo pequeñoburgués*.

En efecto. La realidad *nos* muestra *tanto* el paso del poder a la burguesía (la revolución democrática burguesa de tipo corriente "terminada") *como* la existencia, al lado del gobierno auténtico, de otro accesorio, que representa la "dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos". Este último "también-gobierno" ha cedido *él mismo* el poder a la burguesía, se ha atado *él mismo* al gobierno burgués.

¿Abarca esta realidad la fórmula de viejos bolcheviques del camarada Kámenev: "la revolución democrática burguesa no ha terminado"?

No, la fórmula ha envejecido. No sirve para nada. Está muerta. Y serán inútiles las tentativas de resucitarla.

Segundo. La cuestión práctica. Se desconoce si ahora puede todavía existir en Rusia una "dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos" *independiente*, *apartada* del gobierno burgués. No se debe basar la táctica marxista en lo desconocido.

Pero si eso puede ocurrir aún, el camino para llegar a ello es uno y sólo uno: la separación inmediata, resuelta e irreversible entre los elementos proletarios, comunistas, del movimiento y los elementos pequeñoburgueses.

¿Por qué?

Porque toda la pequeña burguesía no ha girado de manera casual, sino necesariamente, hacia el chovinismo (=defensismo), hacia el "apoyo" a la burguesía, hacia la dependencia de ella, hacia el *temor* de pasarse sin ella, etc., etc.

¿Cómo se puede "empujar" a la pequeña burguesía al poder si esta pequeña burguesía puede tomarlo ya, hoy, pero *no lo quiere*?

Únicamente con la separación del partido proletario, comunista, con la lucha de clase proletaria *exenta* de la timidez de esos pequeños burgueses. Sólo la cohesión de los proletarios, libres de hecho, y no de palabra, de la influencia de la pequeña burguesía, es capaz de hacer "arder" de tal modo la tierra bajo las plantas de la pequeña burguesía que ésta, en determinadas condiciones, *se vea obligada* a tomar el poder; no está excluido, incluso, que Guchkov y Miliukov se declaren partidarios -también en determinadas circunstancias- del poder ilimitado, del poder absoluto de Chjeídze, de Tsereteli, de los

eseristas, de Steklov, porque, pese a todo, ¡son "*defensistas*"!

Quien separa ahora mismo, inmediata e irreversiblemente, a los elementos proletarios, que forman parte de los Soviets (es decir, al partido proletario, comunista), de los elementos pequeñoburgueses, expresa con acierto los intereses del movimiento en ambos casos posibles: *tanto* en el caso de que Rusia pase aún por la "dictadura del proletariado y del campesinado" independiente, separada, no subordinada a la burguesía, *como* en el caso de que la pequeña burguesía no sepa desligarse de la burguesía y vacile eternamente (es decir, hasta el socialismo) entre ella y nosotros.

Quien se guía en su actividad únicamente por la simple fórmula de la "revolución democrática burguesa no ha terminado", contrae en cierto sentido el compromiso de garantizar que la pequeña burguesía tiene la probabilidad de ser independiente de la burguesía. Y con ello se entrega impotente, en el momento actual, a merced de la pequeña burguesía

A propósito. Al hablar de la "fórmula" de la dictadura del proletariado y de los campesinos, será oportuno recordar que en *Dos tácticas* (julio de 1905) subrayaba especialmente (pág. 43 de *En doce años*):

"La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos tiene, como todo el mundo, su pasado y su porvenir. Su pasado es la autocracia, el régimen feudal, la monarquía, los privilegios... Su porvenir es la lucha contra la propiedad privada, la lucha del obrero asalariado contra el patrono, la lucha por el socialismo..."*

El error del camarada Kámenev consiste en que en 1917 sigue mirando sólo *al pasado* de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos. Mas para ella ha empezado ya, *de hecho*, *el porvenir*, pues los intereses y la política del obrero asalariado y del pequeño patrono se han divorciado ya *de hecho* y, además, ante un problema tan importantísimo como el "defensismo", como la actitud frente a la guerra imperialista.

Y llego así al segundo error de las mencionadas consideraciones del camarada Kámenev. Me reprocha que mi esquema "confía" en la "transformación inmediata de esta revolución (la democrática burguesa) en socialista".

Eso no es justo. Lejos de "confiar" en la "transformación inmediata" de nuestra revolución en *socialista*, pongo en guardia francamente contra ello, declaro sin rodeos en la tesis número 8: "...*No* "implantación" del socialismo como nuestra tarea *inmediata*."**

¿No está claro que quien confiase en la transformación inmediata de nuestra revolución en socialista no podría levantarse contra la tarea inmediata de implantar el socialismo?

Es más. En Rusia es incluso *imposible* implantar "inmediatamente el "Estado-Comuna" (es decir, el Estado organizado según el tipo de la Comuna de París), pies para ello es necesario que *la mayoría* de los diputados en todos los Soviets (o en su mayor parte) comprendan claramente hasta qué extremo son erróneas y nocivas la táctica y la política de los eseristas, Chjeídze, Tsereteli, Steklov y demás. ¡Pero yo he declarado con toda precisión que en este terreno "confío" sólo en el esclarecimiento "paciente" (¿hace falta, acaso, tener paciencia para conseguir un cambio que se puede realizar "inmediatamente"?)!

El camarada Kámenev ha procedido un poquito "impacientemente" y ha repetido el prejuicio burgués de que la Comuna de París quería implantar "inmediatamente" el socialismo. Eso no es así. La Comuna, por desgracia, demoró demasiado la implantación del socialismo. La esencia auténtica de la Comuna no está donde la buscan habitualmente los burgueses, sino en la creación de un *Estado* de tipo especial. ¡Y ese Estado ha nacido *ya* en Rusia, son precisamente los Soviets de diputados obreros y soldados!

El camarada Kámenev no ha reflexionado sobre el *hecho*, sobre la significación de los Soviets *existentes*, sobre su identidad con el Estado de la Comuna por el tipo, por el carácter sociopolítico, y en vez de estudiar el *hecho*, ha hablado de algo en lo que yo "confío", según él, como en un futuro "inmediato". Ha resultado, lamentablemente, una repetición del procedimiento que emplean muchos burgueses: se desvía la atención del problema de *qué son* los Soviets de diputados obreros y soldados, de si son por su tipo *superiores* a la república parlamentaria, de si son más *útiles* para el pueblo, de si son *más democráticos*, de si son *más adecuados* para luchar, por ejemplo, contra la falta de pan etc.: se desvía la atención de este problema candente, real, puesto por la vida a la orden del día, hacia el problema fútil, aparentemente científico, pero de hecho baladí, escolástico, de la "confianza en la transformación inmediata".

Es un problema fútil, planteado falsamente. Yo "confío" *única y exclusivamente* en que los obreros, los soldados y los campesinos resolverán mejor que los funcionarios, mejor que los policías, los difíciles problemas *prácticos* de intensificarla producción de cereales, de mejorar su distribución, de abastecer mejor a los soldados, etc., etc.

Estoy profundísimamente convencido de que los Soviets de diputados obreros y soldados llevarán a la práctica la independencia de la *masa* del pueblo con mayor rapidez y mejor que la república parlamentaria (en otra carta compararemos con más detalle ambos tipos de Estado). Los Soviets de diputados obreros y soldados decidirán mejor, de manera más práctica y con mayor acierto qué *pasos* hay que dar hacia el

* Véase la presente edición, tomo III. (*N. de la Edit.*)
** Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

socialismo y cómo darlos. El control del banco y la fusión de todos los bancos en uno solo *no es todavía* el socialismo, pero es un *paso hacia* el socialismo. Hoy dan pasos de ese tipo contra el pueblo los junkers y los burgueses de Alemania. Mañana sabrá darlos muchísimo mejor en beneficio del pueblo el Soviet de diputados obreros y soldados, si tiene en sus manos todo el poder del Estado.

¿Y qué es lo que *obliga* a dar esos pasos?

El hambre. El desbarajuste de la economía. La bancarrota amenazante. Los horrores de la guerra. Los horrores de las heridas causadas por la guerra la humanidad.

El camarada Kámenev termina su comentario declarando que "espera defender su punto de vista en una amplia discusión como único posible para la socialdemocracia revolucionaria, ya que ésta quiere y deberá ser hasta el fin el partido de las masas revolucionarias del proletariado, y no convertirse en un grupo de propagandistas comunistas".

Me parece que estas palabras evidencian una apreciación profundamente errónea del momento. El camarada Kámenev contrapone el "Partido de las masas a "un grupo de propagandistas". Pero las "masas" se han dejado llevar precisamente ahora por la embriaguez del defensismo "revolucionario". ¿No será más decoroso también para los internacionalistas saber oponerse en un momento como éste a la embriaguez "masiva" que "querer seguir" con las masas, es decir, contagiarse de la epidemia general? ¿Es que no hemos visto en todos los países beligerantes europeos cómo se justificaban los chovinistas con el deseo de "seguir" con las masas? ¿No es obligatorio, acaso, saber estar en minoría durante cierto tiempo frente a la embriaguez "masiva"? ¿No es precisamente el trabajo de los propagandistas en el momento actual el punto central para *liberar* la línea proletaria de la embriaguez defensista y pequeñoburguesa "masiva"? Cabalmente la unión de las masas, proletarias y no proletarias, sin importar las diferencias de clase en el seno de las masas, ha sido una de las premisas de la epidemia defenisista. No creemos que esté bien hablar con des precio de "un grupo de propagandistas" de la línea *proletaria*.

Escrito entre el 8 y el 13 (21 y 26) de abril de 1917. Publicado en abril de 1917 en un folleto en Petrogrado, por la Editorial "Pribói".

T. 31, págs. 131-144.

LA DUALIDAD DE PODERES.

El problema del poder del Estado es el fundamental en toda revolución. Sin comprenderlo claramente no puede ni pensarse en participar de modo consciente en la revolución y mucho menos en dirigirla.

Una particularidad notable en grado sumo de nuestra revolución consiste en que ha engendrado una *dualidad de poderes*. Es necesario, ante todo, explicarse este hecho, pues sin ello será imposible seguir adelante. Es menester saber completar y corregir las viejas "fórmulas", por ejemplo, las del bolchevismo, acertadas en general, como se ha demostrado, pero cuya realización concreta *ha resultado ser* diferente. *Nadie* pensaba ni podía pensar antes en la dualidad de poderes.

¿En qué consiste la dualidad de poderes? En que junto al Gobierno Provisional, gobierno *de la burguesía*, se ha formado *otro gobierno*, débil aún, embrionario, pero existente sin duda alguna y en vías de desarrollo: los Soviets de diputados obreros y soldados.

¿Cuál es la composición de clase de este otro gobierno? El proletariado y los campesinos (estos últimos con uniforme de soldado). ¿Cuál es el carácter político de este gobierno? Es una dictadura revolucionaria, es decir, un poder que se apoya directamente en la conquista revolucionaria, en la iniciativa directa de las masas populares desde abajo, *y no en la ley* promulgada por el poder centralizado del Estado. Es un poder completamente diferente del de la república parlamentaria democrático-burguesa del tipo general que impera hasta ahora en los países avanzados de Europa y América. Esta circunstancia se olvida con frecuencia, no se medita sobre ella, a pesar de que en ella reside toda la esencia del problema. *Este* poder es un poder *del mismo tipo* que la Comuna de París de 1871. Los rasgos fundamentales de este tipo de poder son: 1) la fuente del poder no está en una ley, previamente discutida y aprobada por el Parlamento, sino en la iniciativa directa de las masas populares desde abajo y en cada lugar, en la "conquista" directa del poder, para emplear un término en boga; 2) sustitución de la policía y del ejercito, como instituciones apartadas del pueblo y contrapuestas a él, por el armamento directo de todo el pueblo; con este poder guardan el orden público los *propios* obreros y campesinos armados, el *propio* pueblo en armas; 3) los funcionarios y la burocracia son sustituidos también por el poder directo del pueblo o, al menos, sometidos a un control especial, se transforman en simples mandatarios, no sólo elegibles, sino *amovibles* en todo momento, en cuanto el pueblo lo exija; se transforman de casta privilegiada, con una elevada retribución, con una retribución burguesa de sus "puestecitos", en obreros de un "arma" especial, cuya remuneración *no excede* el salario corriente de un obrero calificado.

En esto, y *sólo* en esto, radica la esencia de la Comuna de París como tipo especial de Estado. Y esta esencia es la que han olvidado y desfigurado los señores Plejánov (los chovinistas manifiestos, que han traicionado el marxismo) los señores Kautsky (los "centristas", es decir, los que vacilan entre el chovinismo y el marxismo) y, en general, todos los socialdemócratas, socialistas-revolucionarios, etc. que dominan hoy día.

Salen del paso con frases, se refugian en el silencio, escurren el bulto, se felicitan mutuamente una y mil veces por la revolución y no quieren *reflexionar* en *qué son* los Soviets de diputados obreros y soldados. No quieren ver la verdad manifiesta de que en la medida en que esos Soviets existen, *en la medida* en que son un poder, existe en Rusia un Estado *del tipo* de la Comuna de París

Subrayo "en la medida", pues sólo se trata de un poder en estado embrionario. Este poder, pactando directa y voluntariamente con el Gobierno Provisional burgués y haciendo una serie de concesiones efectivas, *ha cedido y cede* sus posiciones a la burguesía.

¿Por qué? ¿Quizá porque Chjeídze, Tsereteli, Steklov y Cía. cometan un "error"? ¡Tonterías! Así puede pensar un filisteo, pero no un marxista. La causa está en el *insuficiente grado de conciencia* y en la insuficiente organización de los proletarios y de los campesinos. El "error" de los jefes mencionados reside en su posición pequeñoburguesa, en que *embotan* la conciencia de los obreros en vez de abrirles los ojos, en que les *inculcan* ilusiones pequeñoburguesas en vez de destruirlas, en que *refuerzan* la influencia de la burguesía sobre las masas en vez de emanciparlas de esa influencia.

Lo dicho debiera bastar para comprender por qué

también nuestros camaradas cometen tantos errores al formular "simplemente" esta interrogante: ¿se debe derribar inmediatamente al Gobierno Provisional?

Respondo: 1) se le debe derribar, pues es un gobierno oligárquico, un gobierno burgués, y no de todo el pueblo; un gobierno que *no puede* dar ni paz, ni pan, ni plena libertad; 2) no se le puede derribar inmediatamente, pues se sostiene gracias a *un pacto* directo e indirecto, formal y efectivo, con los Soviets de diputados obreros y, sobre todo, con el principal de ellos, el Soviet de Petrogrado; 3) en general, no se le puede "derribar" por la vía habitual, pues se asienta en el "*apoyo*" que presta a la burguesía el *segundo* gobierno, el Soviet de diputados obreros, y éste es el único gobierno revolucionario posible, que expresa directamente la conciencia y la voluntad de la mayoría de los obreros y campesinos. La humanidad no ha creado hasta hoy, ni nosotros conocemos, un tipo de gobierno superior ni mejor que los Soviets de diputados obreros, braceros, campesinos y soldados.

Para convertirse en poder, los obreros conscientes tienen que ganarse a la mayoría: *mientras* no exista violencia contra las masas, no habrá otro camino para llegar al poder. No somos blanquistas, no somos partidarios de la conquista del poder por una minoría. Somos marxistas, partidarios de la lucha proletaria clasista contra la embriaguez pequeñoburguesa, contra el defensismo chovinista, contra las frases hueras, contra la dependencia respecto de la burguesía.

Formemos un partido comunista proletario; los mejores militantes del bolchevismo han creado ya los elementos de ese partido; unámonos estrechamente en la labor proletaria clasista y veremos cómo vienen a nosotros, en masas cada vez mayores, los proletarios y los campesinos *pobres*. Porque la *vida* se encargará de destruir cada día las ilusiones pequeñoburguesas de los "socialdemócratas", de los Chjeídze, de los Tsereteli, de los Steklov, etc., de los "socialistas- revolucionarios", de los pequeños burgueses todavía más "puros", etc., etc.

La burguesía defiende el poder único de la burguesía.

Los obreros conscientes defienden el poder único de los Soviets de diputados obreros, braceros, campesinos y soldados, el poder único que es necesario preparar *esclareciendo* la conciencia proletaria, *emancipando* al proletariado de la influencia de la burguesía, y no por medio de aventuras.

La pequeña burguesía -los "socialdemócratas'', los socialistas-revolucionarios, etc., etc.- vacila, *entorpeciendo* este esclarecimiento, esta emancipación.

Tal es la verdadera correlación de las fuerzas *de clases*, que determina nuestras tareas.

"Pravda", núm. 28, 9 de abril de 1917.
T. 31, págs. 145-148.

LAS TAREAS DEL PROLETARIADO EN NUESTRA REVOLUCIÓN[131].

(Proyecto de plataforma del partido proletario)

El momento histórico que vive Rusia se caracteriza por los siguientes rasgos fundamentales:

Carácter de clase de la revolución realizada.

1. El viejo poder zarista, que sólo representaba a un puñado de terratenientes feudales, dueños de toda la máquina del Estado (ejército, policía, burocracia), ha sido destruido, suprimido, pero no rematado. La monarquía no está formalmente aniquilada. La banda de los Románov continua urdiendo intrigas monárquicas. Las gigantescas posesiones de los terratenientes feudales no han sido liquidadas.

2. El poder de Estado ha pasado en Rusia a manos de una nueva *clase*: la clase de la burguesía y de los terratenientes aburguesados. *En esa medida*, la revolución democrática burguesa en Rusia está terminada.

La burguesía instaurada en el poder ha formado un bloque (una alianza) con elementos manifiestamente monárquicos, que se distinguieron de 1906 a 1914 por el apoyo, celoso en extremo, prestado a Nicolás el Sanguinario y a Stolypin el Verdugo (Guchkov y otros políticos, más derechistas que los demócratas-constitucionalistas). El nuevo gobierno burgués de Lvov y Cía. ha intentado e iniciado negociaciones con los Románov para restaurar la monarquía en Rusia. Encubriéndose con una fraseología revolucionaria, este gobierno entrega los puestos dirigentes a los partidarios del antiguo régimen. Se esfuerza por reformar lo menos posible todo el aparato del Estado (ejército, policía, burocracia), poniéndolo en manos de la burguesía. El nuevo gobierno ha empezado ya a impedir por todos los medios la iniciativa revolucionaria de las acciones de masas y la toma del poder por el pueblo *desde abajo*, *única* garantía de los verdaderos éxitos de la revolución.

Hasta hoy, este gobierno no ha señalado siquiera el plazo de convocatoria de la Asamblea Constituyente. Deja intacta la propiedad terrateniente del suelo, base material del zarismo feudal. Este gobierno no piensa siquiera en investigar, hacer públicos y controlar los manejos de las organizaciones financieras monopolistas, de los grandes bancos, de los consorcios y cárteles capitalistas, etc.

Las carteras más importantes y decisivas del nuevo gobierno (los ministerios del Interior y de la Guerra, es decir, el mando del ejército, de la policía y de la burocracia, de todo el aparato destinado a oprimir a las masas) se hallan en manos de monárquicos notorios y de partidarios reconocidos de la gran propiedad terrateniente. A los demócratas-constitucionalistas, republicanos de la última hornada, republicanos bien a pesar suyo, se les han concedido puestos secundarios, que no tienen relación directa ni con el *mando* del pueblo ni con el aparato de poder del Estado. A. Kerenski, representante de los trudoviques y "también-socialista", no desempeña más papel que el de adormecer con frases sonoras la vigilancia y la atención del pueblo.

Por todas estas razones, el nuevo gobierno burgués no merece, ni aun en el campo de la política interior, ninguna confianza del proletariado, y es inadmisible que éste le preste el menor apoyo.

La política exterior del nuevo gobierno.

3. En el campo de la política exterior, que las circunstancias objetivas colocan hoy en primer plano, el nuevo gobierno es un gobierno de continuación de la guerra imperialista, de una guerra en alianza con las potencias imperialistas, con Inglaterra, Francia, etc., por el reparto del botín capitalista y por la estrangulación de los pueblos pequeños y débiles.

A pesar de los deseos expresados con la mayor claridad a través del Soviet de diputados soldados y obreros en nombre de la mayoría indudable de los pueblos de Rusia, el nuevo gobierno -subordinado a los intereses del capital ruso y a los de su poderoso amo y protector, el capital imperialista anglo-francés, el más rico del mundo- no ha dado ningún paso efectivo para poner fin a esa matanza de pueblos, organizada en interés de los capitalistas. Ni siquiera ha hecho públicos los apartados secretos, manifiestamente rapaces (sobre el reparto de Persia, el saqueo de China, el saqueo de Turquía, el reparto de Austria, la anexión de la Prusia Oriental, la anexión de las colonias alemanas, etc.), que encadenan a Rusia, sin duda alguna, al rapaz capital imperialista anglo-francés. *Ha refrendado* esos tratados concertados por el zarismo, que en el transcurso de varios siglos ha expoliado y oprimido a

más pueblos que los demás déspotas y tiranos; por el zarismo, que no sólo oprimía al pueblo ruso, sino que lo deshonraba y corrompía, convirtiéndolo en verdugo de otros pueblos.

El nuevo gobierno, que ha refrendado esos tratados rapaces bochornosos, no ha propuesto a todos los pueblos beligerantes un armisticio inmediato, a pesar de haberlo exigido claramente la mayoría de los pueblos de Rusia a través de los Soviets de diputados obreros y soldados. El gobierno se ha limitado a simples declaraciones y frases solemnes, sonoras y pomposas, pero completamente hueras, que en boca de los diplomáticos burgueses han servido y sirven siempre para engañar a las masas ingenuas y crédulas del pueblo esclavizado.

4. Por ello, el nuevo gobierno no sólo no merece la más mínima confianza en su política exterior, sino que seguir exigiéndole que proclame los deseos de paz de los pueblos de Rusia, que renuncie a las anexiones, etc., etc., significa, en realidad, engañar al pueblo, hacerle concebir esperanzas irrealizables, retrasar el esclarecimiento de su conciencia; significa contribuir indirectamente a conciliar al pueblo con la continuación de la guerra, cuyo verdadero carácter social no está determinado por las buenas intenciones, sino por el carácter de clase del gobierno que la hace, por los nexos que ligan a la clase representada por ese gobierno con el capital financiero imperialista de Rusia, Inglaterra, Francia, etc., *por la política real y efectiva* que esa clase sigue.

La original dualidad de poderes y su significación de clase.

5. La peculiaridad esencial de nuestra revolución, la que más imperiosamente requiere una atención reflexiva, es la *dualidad de poderes* surgida ya en los primeros días que siguieron al triunfo de la revolución.

Esta dualidad de poderes se manifiesta en la existencia de *dos* gobiernos: el gobierno principal, auténtico y efectivo de la burguesía, el "Gobierno Provisional" de Lvov y Cía., que tiene en sus manos lodos los órganos del poder, y un gobierno suplementario, accesorio, de "control", encarnado en el Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado, que no dispone de los órganos de poder del Estado, pero que se apoya directamente en la indudable mayoría absoluta del pueblo, en los obreros y soldados armados.

El origen y la significación de clase de esta dualidad de poderes residen en que la revolución rusa de marzo de 1917, además de barrer toda la monarquía zarista y entregar todo el poder a la burguesía, *se acercó de lleno* a la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos. Precisamente esa dictadura (es decir, un poder que no se basa en la ley, sino en la fuerza directa de las masas armadas de la población), y precisamente de las clases mencionadas, son el Soviet de Petrogrado y los Soviets locales de diputados obreros y soldados.

6. Otra peculiaridad importantísima de la revolución rusa consiste en que el Soviet de diputados soldados y obreros de Petrogrado, el cual goza, según lodos los indicios, de la confianza de la mayoría de los Soviets locales, entrega *voluntariamente* el poder del Estado a la burguesía y a *su* Gobierno Provisional, le *cede* voluntariamente la primacía suscribiendo con él el compromiso de apoyarle, y se contenta con el papel de observador, de fiscalizador de la convocatoria de la Asamblea Constituyente (hasta hoy, el Gobierno Provisional no ha señalado siquiera el plazo de su convocatoria).

Esta circunstancia extraordinariamente original, que la historia no había conocido bajo semejante forma, *ha entrelazado*, *formando un todo*, *dos* dictaduras: la dictadura de la burguesía (pues el gobierno de Lvov y Cía. es una dictadura, es decir, un poder que no se apoya en la ley ni en la voluntad previamente expresada del pueblo, sino que ha sido tomado por la fuerza y, además, por una clase determinada, la burguesía) y la dictadura del proletariado y de los campesinos (el Soviet de diputados obreros y soldados).

No cabe la menor duda de que ese "entrelazamiento" *no está en condiciones* de sostenerse mucho tiempo. En un Estado *no pueden existir* dos poderes. Uno de ellos tiene que reducirse a la nada, y toda la burguesía de Rusia labora ya con todas sus fuerzas, por doquier y por todos los medios, para eliminar, debilitar y reducir a la nada los Soviets de diputados obreros y soldados, para crear el poder único de la burguesía.

La dualidad de poderes no expresa más que un momento *transitorio* en el curso de la revolución, el momento en que ésta ha rebasado ya los cauces de la revolución democrática burguesa corriente, *pero no ha llegado todavía* al tipo "puro" de dictadura del proletariado y de los campesinos.

La significación de clase (y la explicación de clase) de esta situación transitoria e inestable consiste en lo siguiente: nuestra revolución, como todas las revoluciones, ha requerido de las masas el mayor heroísmo, los más grandes sacrificios en la lucha contra el zarismo, y *ha arrastrado al movimiento*, de golpe, a un número inmenso de pequeños burgueses.

Una de las principales características científicas y político-prácticas de *toda* verdadera revolución consiste en que engrosa de un modo increíblemente rápido, brusco, súbito el número de los "hombres de la calle" que empiezan a tomar parte activa, independiente y efectiva en la vida política, en la *organización del Estado*.

En Rusia sucede lo mismo. Rusia está hoy en ebullición. Millones y decenas de millones de

hombres que se habían pasado diez años aletargados políticamente, en quienes el espantoso yugo del zarismo y los trabajos forzados al servicio de los terratenientes y de los fabricantes habían matado, toda sensibilidad política, *han despertado y comenzado a incorporarse* a la vida política. ¿Y quiénes son esos millones y decenas de millones de hombres? Son, en su mayoría, pequeños propietarios, pequeños burgueses, gentes que ocupan un lugar intermedio entre los capitalistas y los obreros asalariados. Rusia es el país más pequeñoburgués de toda Europa.

Esta gigantesca ola pequeñoburguesa lo ha inundado todo, ha arrollado al proletariado consciente no sólo por la fuerza de número, sino también ideológicamente; es decir, ha arrastrado y contaminado con sus concepciones pequeñoburguesas de la política a grandes sectores de la clase obrera.

En la vida real, la pequeña burguesía depende de la burguesía: su vida es (por el *lugar* que ocupa en la *producción* social) la del propietario, no la del proletario, y en su forma de pensar sigue a la burguesía.

Una actitud de confianza inconsciente hacia los capitalistas, los peores enemigos de la paz y del socialismo: eso es lo que caracteriza la política actual de las *masas* en Rusia, ése es el fenómeno que ha *brotado* con rapidez revolucionaria en el terreno económico-social del país más pequeñoburgués de Europa. Tal es el cimiento de *clase* sobre el que descansa el "*acuerdo*" (insisto en que, al decir esto, no me refiero tanto al acuerdo formal como al apoyo *efectivo*, al acuerdo tácito, a la cesión inconsciente y confiada del poder) entre el Gobierno Provisional y el Soviet de diputados obreros y soldados, acuerdo que ha proporcionado a los Guchkov una buena tajada, el verdadero poder, mientras que al Soviet no le ha dado más que promesas, honores (hasta cierto momento), adulaciones, frases, seguridades y reverencias por parte de los Kerenski.

La debilidad numérica del proletariado en Rusia, su insuficiente grado de conciencia y de organización: he ahí el reverso de la misma medalla.

Todos los partidos populistas, incluyendo a los eseristas, han sido siempre pequeñoburgueses, lo mismo que el partido del Comité de Organización (Chjeídze, Tsereteli, etc.); los revolucionarios sin partido (Steklov y otros) se han dejado también arrastrar por la ola o no se han impuesto a ella, no han tenido tiempo de imponerse.

Peculiaridad de la táctica que se deriva de lo expuesto.

7. De la peculiaridad de la situación real, tal como queda expuesta, se desprende obligatoriamente para el marxista -que debe tener en cuenta los hechos objetivos, las masas y las clases, y no los individuos, etc.- la peculiaridad de la táctica del momento *presente*.

Esta peculiaridad destaca a primer plano la necesidad de "echar vinagre y bilis en el jarabe de las frases democrático-revolucionarias" (para decirlo con la felicísima frase empleada por Teodoróvich, un camarada mío del Comité Central de nuestro partido, en la sesión de ayer del Congreso de empleados y obreros ferroviarios de toda Rusia, que se está celebrando en Petrogrado[132]). Es necesaria, por tanto, una labor de crítica y *esclarecimiento* de los errores de los partidos pequeñoburgueses -el eserista y el socialdemócrata- una labor de preparación y cohesión de los elementos del partido proletario consciente, del Partido Comunista, una labor de *liberación* del proletariado de la embriaguez pequeñoburguesa "general".

Aparentemente, esto "no es más" que una labor de mera propaganda. Pero, en realidad, es la labor *revolucionaria más práctica*, pues es imposible impulsar una revolución que se ha estancado, que se ahoga entre frases y se dedica a "marcar el piso sin moverse del sitio", *no por* obstáculos exteriores, *no porque* la burguesía *emplee contra ella la violencia* (por el momento, Guchkov sólo amenaza con emplear la violencia contra la masa de soldados), sino por la inconsciencia confiada de las masas.

Sólo luchando contra esa inconsciencia confiada (lucha que puede y debe librarse únicamente con las armas ideológicas, por la persuasión amistosa, invocando la *experiencia de la vida*), podremos desembarazarnos del *desenfreno de frases revolucionarias* imperante e impulsar de verdad tanto la conciencia del proletariado como la conciencia de las masas, la iniciativa *local*, audaz y resuelta, de las mismas y fomentar la realización, desarrollo y consolidación no autorizados de las libertades, de la democracia, del principio de posesión de toda la tierra por la totalidad del pueblo.

8. La experiencia de los gobiernos burgueses y terratenientes del mundo entero ha creado dos métodos para mantener la esclavización del pueblo. El primero es la violencia. Nicolás Románov I (Nicolás el Garrote) y Nicolás II (el Sanguinario) enseñaron al pueblo ruso todo lo posible e imposible en este método de verdugo. Pero hay, además, otro método, que han elaborado mejor que nadie las burguesías inglesa y francesa, "aleccionadas" por una serie de grandes revoluciones y movimientos revolucionarios de masas. Es el método del engaño, de la adulación, de las frases, de las promesas sin fin, de las míseras limosnas, de las concesiones en las cosas insignificantes para conservar lo esencial.

La peculiaridad de la situación actual en Rusia estriba en el tránsito vertiginosamente rápido del primer método al segundo, del método de la violencia contra el pueblo al método de las *adulaciones* y del engaño del pueblo con promesas.

Como el gato de la fábula, Miliukov y Guchkov escuchan y hacen lo que les parece. Detentan el poder, protegen las ganancias del capital, hacen la guerra imperialista en interés del capital ruso y anglo-francés y se limitan a contestar con promesas, declamaciones y declaraciones efectistas a los discursos de tales "amos del gato" como Chjeídze, Tsereteli y Steklov, que amenazan, apelan a la conciencia, conjuran, imploran, exigen, proclaman... El gato escucha y sigue haciendo lo que le parece.

Pero cada día que pase, la inconsciencia confiada y la confianza inconsciente irán desapareciendo, sobre todo entre los proletarios y los campesinos *pobres*, a quienes la vida (su situación económico-social) enseña a no confiar en los capitalistas.

Los líderes de la pequeña burguesía "tienen" que enseñar al pueblo a confiar en la burguesía. Los proletarios tienen que enseñarle a desconfiar de ella.

El defensismo revolucionario y su significación de clase.

9. El fenómeno más importante y destacado de la ola pequeñoburguesa que lo ha inundado "casi todo" es el *defensismo revolucionario*. Es éste, precisamente, el peor enemigo del desarrollo y del triunfo de la revolución rusa.

Quien haya cedido en este punto y no haya sabido sobreponerse, está perdido para la revolución. Pero las masas ceden de otro modo que los líderes y se sobreponen de *otro modo*, por otro procedimiento, por otro proceso de desarrollo.

El defensismo revolucionario es, de una parte, fruto del engaño de las masas por la burguesía, fruto de la confiada inconsciencia de los campesinos y de un sector de los obreros, y, de otra parte, expresión de los intereses y del punto de vista del pequeño propietario, interesado hasta cierto punto en las anexiones y ganancias bancarias y que conserva "religiosamente" las tradiciones del zarismo, el cual corrompía a los rusos convirtiéndolos en verdugos de otros pueblos.

La burguesía engaña al pueblo especulando con el noble orgullo de éste por la revolución y presenta las cosas como si el carácter *político-social* de la guerra hubiese cambiado, por lo que a Rusia se refiere, a consecuencia de esta etapa de la revolución, de la sustitución de la monarquía de los zares por la casi república de Guchkov y Miliukov. Y el pueblo lo ha creído -hasta cierto tiempo-, gracias, sobre todo, a los viejos prejuicios que le hacían ver en cualquier pueblo de Rusia que no fuera el ruso una especie de propiedad o feudo de éste. La infame corrupción del pueblo ruso por el zarismo, que lo habituó a ver en los demás pueblos algo inferior, algo que pertenecía "por derecho propio" a Rusia, no podía borrarse *de golpe*.

Debemos saber explicar a las masas que el carácter político-social de la guerra no se determina por la "buena voluntad" de personas, de grupos ni aun de pueblos enteros, sino por la situación de la *clase* que hace la guerra; por la *política* de esta clase, que tiene su continuación en la guerra; por los *vínculos* del capital, como fuerza económica dominante de la sociedad moderna; por el *carácter imperialista* del capital internacional; por el vasallaje financiero, bancario y diplomático de Rusia respecto de Inglaterra y Francia, etc. *No es fácil* exponer hábilmente todo esto, de modo que lo entiendan las masas. Ninguno de nosotros sería capaz de hacerlo de buenas a primeras sin incurrir en errores.

Sin embargo, la orientación, o mejor dicho, el contenido de nuestra propaganda tiene que ser así y sólo así. La más insignificante concesión al defensismo revolucionario es una *traición al socialismo*, una renuncia total al *internacionalismo*, por muy bellas que sean las frases y muy "prácticas" las razones con que se justifique.

La consigna de "¡Abajo la guerra!" es, naturalmente, justa, pero no tiene en cuenta la peculiaridad de las tareas del momento, la necesidad de *cambiar la actitud* ante las grandes masas. Recuerda, a mi parecer, la consigna de "¡Abajo el zar!", con que los desmañados agitadores de los "buenos tiempos pasados" se lanzaban al campo, sin pararse a pensar, para volver cargados de golpes. La masa de partidarios del defensismo revolucionario obra *de buena fe*, no en un sentido personal, sino en un sentido de *clase*, es decir, pertenece a unas clases (obreros y campesinos pobres) que *realmente* no tienen nada que ganar con las anexiones ni con la estrangulación de otros pueblos. Es distinta de los burgueses y los señores "intelectuales", quienes saben muy bien que *es imposible* renunciar a las anexiones sin renunciar a la hegemonía del capital, y que engañan vilmente a las masas con bellas frases y promesas sin cuenta ni tasa.

La masa de partidarios del defensismo ve las cosas de un modo simple, pequeñoburgués: "No quiero anexiones, pero los alemanes "arremeten" contra *mí* y, por tanto, defiendo una causa justa y no unos intereses imperialistas". A hombres de este tipo hay que explicarles sin cesar que no se trata de sus deseos personales, sino de las relaciones y condiciones políticas, de masas, de *clases*, del entronque de la guerra con los intereses del capital y con la red internacional de bancos, etc. Ese es el único modo serio de luchar contra el defensismo, el único que nos promete el éxito, lento tal vez, pero seguro y duradero.

¿Cómo se puede poner fin a la guerra?

10. A la guerra no se le puede poner fin por "deseo propio". No se le puede poner fin por decisión de una sola de las partes. No se le puede poner fin "clavando la bayoneta en la tierra", según la frase de un soldado defensista.

A la guerra no se le puede poner fin mediante un "acuerdo" entre los socialistas de diferentes países, por medio de una "acción" de los proletarios de todos los países, por la "voluntad" de los pueblos, etc. Todas las frases de este tipo, que colman los artículos de los periódicos defensistas, semidefensistas y semiinternacionalistas, así como las innumerables resoluciones, proclamas y manifiestos y las resoluciones del Soviet de diputados soldados y obreros, no son más que bondadosos, inofensivos y vacuos deseos de pequeños burgueses. No hay nada más nocivo que esas frases en torno a la "expresión de la voluntad de paz de los pueblos", el *turno* que han de seguir las acciones revolucionarias del proletariado (después del proletariado ruso, le "toca" al alemán), etc. Todo eso es actuar a lo Luis Blanc, son sueños melifluos; es jugar a las "campañas políticas", es, en realidad, repetir la fábula del gato.

La guerra no ha sido engendrada por la voluntad maligna de los bandidos capitalistas, aunque es indudable que se hace *sólo* en interés suyo y sólo a ellos enriquece. La guerra es el producto de medio siglo de desarrollo del capital mundial, de sus miles de millones de hilos y vínculos. *Es imposible* salir de la guerra imperialista, *es imposible* conseguir una paz democrática, una paz no impuesta por la violencia, sin derribar el poder del capital y sin que el poder del Estado pase a manos de *otra* clase, del proletariado.

Con la revolución rusa de febrero-marzo de 1917, la guerra imperialista comenzó a transformarse en guerra civil. Esta revolución ha dado el *primer* paso hacia el cese de la guerra. Pero sólo un *segundo* paso puede *asegurar* ese cese, a saber: el paso del poder del Estado a manos del proletariado. Eso será el comienzo de la "ruptura del frente" en todo el mundo, del frente de los intereses del capital; y sólo rompiendo *ese* frente, *puede* el proletariado redimir a la humanidad de los horrores de la guerra y asegurarle el bien de una paz duradera.

La revolución rusa, al crear los Soviets de diputados obreros, ha llevado *ya* al proletariado de Rusia hasta el umbral de esa "ruptura del frente" del capital.

El nuevo tipo de estado que brota en nuestra revolución.

11. Los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., son incomprendidos no sólo en el sentido de que la mayoría no ve con claridad su significación de clase ni su papel en la revolución *rusa*; son incomprendidos también en el sentido de que representan una nueva forma, o más exactamente, un nuevo *tipo de Estado*.

El tipo más perfecto, más avanzado de Estado burgués es la *república democrática parlamentaria*. El poder pertenece al Parlamento; la máquina del Estado, el aparato y los órganos de gobierno son los usuales: ejército permanente, policía y una burocracia prácticamente inamovible, privilegiada y situada *por encima* del pueblo.

Pero desde finales del siglo XIX, las épocas revolucionarias hacen surgir un tipo *superior* de Estado democrático; un Estado que, en ciertos aspectos, deja ya de ser, según la expresión de Engels, un Estado. "no es ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra"[133]. Nos referimos al Estado del tipo de la Comuna de París, que *sustituye* el ejército y la policía, separados del pueblo, con el armamento directo e inmediato del pueblo. *En esto* reside la esencia de la Comuna, calumniada por los escritores burgueses, y a la que, entre otras cosas, atribuían erróneamente la intención de "implantar" en el acto el socialismo.

La revolución rusa *comenzó* a crear, primero en 1905, y luego en 1917, un Estado precisamente de ese tipo. La República de los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., congregados en la Asamblea Constituyente de los representantes del pueblo de toda Rusia, o en el Consejo de los Soviets, etc.: he ahí lo que *está encarnando ya en la vida* de nuestro país, ahora, en este momento, por iniciativa de un pueblo de millones y millones de hombres, que crea la democracia, sin previa autorización, *a su manera*, sin esperar a que los señores profesores demócratas-constitucionalistas escriban sus proyectos de ley para crear una república parlamentaria burguesa, y sin esperar tampoco a que los pedantes y rutinarios de la "socialdemocracia" pequeñoburguesa, como los señores Plejánov o Kautsky, renuncien a sus tergiversaciones de la teoría marxista del Estado.

El marxismo se distingue del anarquismo en que reconoce la *necesidad* del Estado y del poder estatal durante el período revolucionario, en general, y en la época del tránsito del capitalismo al socialismo, en particular.

El marxismo se distingue del "socialdemocratismo" pequeñoburgués y oportunista de los señores Plejánov, Kautsky y Cía. en que el Estado que considera necesario para esos períodos *no* es un Estado como la república parlamentaria burguesa corriente, sino un Estado del tipo de la Comuna de París.

Las diferencias fundamentales entre este último tipo de Estado y el antiguo estriban en lo siguiente:

De la república parlamentaria burguesa es muy fácil volver a la monarquía (la historia lo demuestra), ya que queda intacta toda la máquina de opresión: el ejército, la policía y la burocracia. La Comuna y los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., *destruyen* y eliminan esa máquina.

La república parlamentaria burguesa dificulta y ahoga la vida política independiente de las *masas*, su participación directa en la edificación *democrática* de todo el Estado, de abajo arriba. Los Soviets de diputados obreros y soldados hacen lo contrario.

Los Soviets reproducen el tipo de Estado que iba formando la Comuna de París y que Marx calificó de “la forma política al fin descubierta para *llevar a cabo* dentro de ella la emancipación económica del trabajo”[134].

Suele objetarse que el pueblo ruso no está preparado todavía para “implantar” la Comuna. Es el mismo argumento que empleaban los defensores del régimen de la servidumbre, cuando decían que los campesinos no estaban preparados aún para la libertad. La Comuna, es decir, los Soviets de diputados obreros y campesinos, no “implanta”, no se propone “implantar” ni debe implantar *ninguna* transformación que no esté ya perfectamente madura en la realidad económica y en la conciencia de la inmensa mayoría del pueblo. Cuanto mayores son la bancarrota económica y la crisis engendrada por la guerra, más apremiante es la necesidad de una forma política, lo más perfecta posible, que *facilite* la curación de las horrendas heridas causadas por la guerra a la humanidad. Y cuanto menos experiencia tenga el pueblo ruso en punto a organización, tanto más resueltamente habrá que *emprender* la labor de organización del *pueblo mismo* y no exclusivamente de los politiqueros burgueses y funcionarios con “puestecitos lucrativos”.

Cuanto más rápidamente nos desembaracemos de los viejos prejuicios del seudomarxismo, del marxismo desnaturalizado por los señores Plejánov, Kautsky y Cía.; cuanto más celosamente ayudemos al pueblo a crear sin demora y por doquier Soviets de diputados obreros y campesinos, a que éstos se hagan cargo de *toda* la vida; cuanto más largas den los señores Lvov y Cía. a la convocatoria de la Asamblea Constituyente, más fácil resultará al pueblo pronunciarse a favor de la República de los Soviets de diputados obreros y campesinos (por medio de la Asamblea Constituyente o sin ella, si Lvov tarda mucho en convocarla). En esta nueva labor de organización del pueblo mismo serán inevitables al principio ciertos errores, pero es mejor equivocarse y avanzar que *esperar* a que los profesores y juristas reunidos por el señor Lvov escriban las leyes acerca de la convocatoria de la Asamblea Constituyente, de la perpetuación de la república parlamentaria burguesa y de la estrangulación de los Soviets de diputados obreros y campesinos.

Si nos organizamos y hacemos con habilidad nuestra propaganda, conseguiremos que no sólo los proletarios, sino nueve décimas partes de los campesinos estén contra la restauración de la policía, contra la burocracia inamovible y privilegiada y contra el ejército separado del pueblo y precisamente en eso, y sólo en eso, estriba el nuevo tipo de Estado.

12. La sustitución de la policía por la milicia del pueblo es una transformación que ha derivado de todo el proceso revolucionario y que se está realizando actualmente en la mayoría de los lugares de Rusia. Debemos explicar a las masas que, en la mayoría de las revoluciones burguesas de tipo corriente, esta transformación ha sido muy efímera y que la burguesía, incluso la más democrática y republicana, ha restablecido la vieja policía de tipo zarista, separada del pueblo, colocada bajo las órdenes de los elementos burgueses y capaz de oprimir al pueblo por todos los medios.

Sólo hay un medio de *impedir* la restauración de la policía: crear una milicia popular y fusionarla con el ejército (sustitución del ejército permanente por el armamento de todo el pueblo). A esta milicia deberán pertenecer absolutamente todos los ciudadanos y ciudadanas, desde los quince hasta los sesenta y cinco años, edades que sólo tomamos a título de ejemplo para determinar la participación en ella de los adolescentes y ancianos. Los capitalistas deberán abonar a los obreros asalariados, criados, etc., el jornal de los días en que presten servicio social en la milicia. Sin incorporar a la mujer a la participación independiente tanto en la vida política en general como en el servicio social permanente que deben prestar todos los ciudadanos, es inútil hablar no sólo de socialismo, sino ni siquiera de una democracia completa y estable. Hay, además, funciones de “policía’’, como el cuidado de los enfermos y de los niños abandonados, la inspección de la alimentación, etc., que no pueden cumplirse satisfactoriamente sin conceder a la mujer plena igualdad de derechos no sólo en el papel , sino en la realidad.

Impedir el restablecimiento de la policía, incorporar las fuerzas organizadoras de todo el pueblo a la creación de una milicia que abarque a toda la población: tales son las tareas que el proletariado ha de llevar a las masas para proteger, consolidar y desarrollar la revolución.

El programa agrario y el programa nacional.

13. En los momentos actuales no podemos saber con precisión si se desarrollará en un futuro próximo una poderosa revolución agraria en el campo ruso. No podemos saber hasta dónde llega la división de clase del campesinado -acentuada indudablemente en los últimos tiempos- en braceros, obreros asalariados y campesinos pobres (“semiproletarios”), de un lado, y campesinos ricos y medios (capitalistas y pequeños capitalistas), de otro. Sólo la experiencia puede dar, y dará, respuestas a estas interrogantes.

Pero como partido del proletariado, tenemos la obligación absoluta no sólo de presentar sin demora un programa agrario (un programa de la tierra), sino también de propugnar, *en interés* de la revolución agraria campesina en Rusia, diversas medidas prácticas de realización inmediata.

Debemos exigir la nacionalización de *todas* las tierras: es decir, que todas las tierras existentes en el país pasen a ser propiedad del poder central del Estado. Este poder deberá determinar las

proporciones, etc., del fondo de tierras destinado a asentamientos, promulgar las leyes necesarias para la protección forestal, mejoramiento del suelo, etc., y prohibir en absoluto toda mediación entre el propietario de la tierra, es decir el Estado, y su arrendatario, o sea, el agricultor (prohibir todo subarriendo de la tierra). Mas el derecho a *disponer* de la tierra y a determinar todas las *condiciones locales* para su posesión y disfrute no debe encontrarse en modo alguno en manos de la burocracia, de los funcionarios, sino plena y exclusivamente en manos de los *Soviets de diputados campesinos* regionales y locales.

Para mejorar la técnica de la producción de cereales, aumentar las proporciones de ésta, desarrollar las grandes haciendas agrícolas racionales y efectuar el control social de las mismas debemos tender dentro de los comités de campesinos a transformar cada finca terrateniente confiscada en una gran hacienda modelo, bajo el control de los *Soviets de diputados braceros*.

En contraposición a las frases y la política pequeñoburguesas imperantes entre los eseristas, principalmente en su frívola charlatanería acerca de la forma de "consumo" o de "trabajo"[135], de la "socialización de la tierra", etc., el partido del proletariado debe explicar que el sistema de la pequeña hacienda, existiendo la producción mercantil, *no está en condiciones* de liberar a la humanidad de la miseria de las masas ni de sin opresión.

Sin escindir inmediata y obligatoriamente los Soviets de diputados campesinos, el partido del proletariado debe explicar la necesidad de organizar Soviets especiales de diputados braceros y Soviets especiales de diputados campesinos pobres (semiproletarios), o, por lo menos, asambleas especiales permanentes de los diputados de *estos sectores de clase*, como fracciones o partidos especiales dentro de los Soviets generales de diputados campesinos. De otro modo, todas esas melifluas frases pequeñoburguesas de los populistas acerca de los campesinos en general servirán para encubrir el engafo de las masas desposeídas por parte de los campesinos ricos, que no son otra cosa que una variedad de *capitalistas*.

Frente a las prédicas liberales burguesas o puramente burocráticas de muchos socialistas-revolucionarios y de diversos Soviets de diputados obreros y soldados, que aconsejan a los campesinos no apoderarse de las tierras de los terratenientes ni empezar las transformaciones agrarias hasta que se reúna la Asamblea Constituyente, el partido del proletariado debe exhortar a los campesinos a efectuar sin tardanza ni previa autorización las transformaciones agrarias y la confiscación inmediata de las tierras de los terratenientes por acuerdo de los diputados campesinos en cada lugar.

Tiene singular importancia, a este respecto, insistir en la necesidad de *aumentar* la producción de víveres para los soldados que se hallan en el frente y para las ciudades, haciendo ver que es absolutamente intolerable destruir o inferir daños al ganado, deteriorar los aperos, máquinas, edificios, etc.

14. En el problema nacional, el partido del proletariado debe defender, ante todo, la proclamación y realización inmediata de la plena libertad a separarse de Rusia para todas las naciones y minorías nacionales oprimidas por el zarismo, que han sido incorporadas por la fuerza o retenidas violentamente dentro de las fronteras del Estado, es decir, anexadas.

Todas las manifestaciones, declaraciones y proclamas renunciando a las anexiones, pero que no lleven aparejada la realización efectiva de la libertad de separación, no son más que un engaño burgués del pueblo o ingenuos deseos pequeñoburgueses.

El partido del proletariado aspira a crear un Estado lo más grande posible, ya que eso beneficia a los trabajadores; aspira al *acercamiento y la sucesiva fusión* de las naciones; mas no quiere alcanzar ese objetivo por la violencia, sino exclusivamente por medio de una unión libre y fraternal de los obreros y las masas trabajadoras de todas las naciones.

Cuanto más democrática sea la República Rusa, cuanto mejor consiga organizarse como una República de los Soviets de diputados obreros y campesinos, tanto más poderosa será la fuerza de atracción *voluntaria* hacia esta república para las masas trabajadoras de *todas* las naciones.

Plena libertad de separación, la más amplia autonomía local (y nacional), garantías detalladas de los derechos de las minorías nacionales: tal es el programa del proletariado revolucionario.

Nacionalización de los bancos y de los consorcios capitalistas.

15. El partido del proletariado no puede proponerse, en modo alguno, "implantar" el socialismo en un país de pequeños campesinos mientras la inmensa mayoría de la población no haya tomado conciencia de la necesidad de la revolución socialista.

Pero sólo los sofistas burgueses, que se esconden tras tópicos "casi marxistas", pueden deducir de este axioma la justificación de una política que diferiría la aplicación inmediata de medidas revolucionarias plenamente maduras desde el punto de vista práctico, *realizadas* no pocas veces, *en el transcurso de la guerra, por toda una serie de Estados burgueses* y perentoriamente necesarias para luchar contra la completa desorganización económica que nos amenaza y contra el hambre inminente.

Medidas corno la nacionalización de la tierra y de todos los bancos y consorcios de los capitalistas, o, por lo menos, el establecimiento *urgente* del *control*

de los mismos por los Soviets de diputados obreros, etc., que no significan en modo alguno la "implantación" del socialismo, deben ser defendidas incondicionalmente y aplicadas, dentro de lo posible, por vía revolucionaria. Sin estas medidas, que no son más que pasos hacia el socialismo, y perfectamente realizables desde el punto de vista económico, será imposible curar las heridas causadas por la guerra e impedir la inminente bancarrota; y el partido del proletariado revolucionario jamás vacilará en atentar contra los beneficios inauditos de los capitalistas y banqueros, que se enriquecen precisamente "con la guerra" de un modo particularmente escandaloso.

La situación en el seno de la internacional socialista.

16. Los deberes internacionales de la clase obrera de Rusia se sitúan precisamente ahora en primer plano y cobran un especial relieve.

Hoy, todo el mundo, a excepción de los que tienen pereza de hacerlo, jura confesar el internacionalismo; hasta los defensistas chovinistas, hasta los señores Plejánov y Potrésov, hasta Kerenski, se llaman internacionalistas. Por eso, urge que el partido proletario, cumpliendo con su deber, oponga con toda claridad, con toda precisión y con toda nitidez al internacionalismo palabrero el internacionalismo efectivo.

Los llamamientos platónicos dirigidos a los obreros de todos los países; las aseveraciones va de fidelidad al internacionalismo; las tentativas de establecer, directa o indirectamente, un "turno" en las acciones del proletariado revolucionario de los diversos países beligerantes; los forcejeos por llegar a un "acuerdo" entre los socialistas de los países beligerantes *respecto* a la lucha revolucionaria; el ajetreo en torno a la organización de congresos socialistas *para* desarrollar una campaña en pro de la paz, etc., etc., todo eso por su significación *objetiva*, por sinceros que sean los autores de esas ideas, de esas tentativas y de esos planes, no es más que vacua palabrería, y, *en el mejor* de los casos, la expresión de deseos inocentes y piadosos, que sólo sirven para encubrir el *engaño* de que los chovinistas hacen víctimas a las masas. Los socialchovinistas *franceses*, los más avezados y más diestros en todos los trucos y mañas del fraude parlamentario, hace mucho ya que han batido el récord en punto a las frases pacifistas e internacionalistas increíblemente pomposas, que van *acompañadas* de una traición inauditamente descarada al socialismo y a la Internacional, de la participación en los ministerios que hacen la guerra imperialista, de la votación de créditos *o de empréstitos* (como lo han hecho en Rusia, últimamente. Chjeídze, Skóbeliev, Tsereteli y Steklov), de la resistencia a la lucha revolucionaria dentro de su *propio país*, etc., etc.

Las gentes bondadosas olvidan con frecuencia la dura y cruel realidad de la guerra imperialista mundial. Y esta realidad no admite frases, se burla de todos los deseos candorosos y melifluos.

Sólo hay un internacionalismo efectivo, que consiste en entregarse por completo al desarrollo del movimiento revolucionario y de la lucha revolucionaria *dentro de su propio* país, en apoyar (por medio de la propaganda, con la ayuda moral y material) *esta lucha*, esta línea de conducta, y *sólo ésta* en todos los países sin excepción.

Todo lo demás es engaño y manilovismo[136].

El movimiento socialista y obrero internacional ha originado durante más de dos años de guerra, en todos los países, tres corrientes de opinión; y quien abandone el terreno *real* del reconocimiento y del análisis de estas tres corrientes y de la lucha consecuente por la tendencia verdaderamente internacionalista, se condenará a sí mismo a la impotencia, a la incapacidad y a las equivocaciones.

Estas corrientes son:

1) Los socialchovinistas, es decir, los socialistas de palabra y chovinistas de hecho son los que admiten la "defensa de la patria" en la guerra imperialista (y, sobre todo, en la guerra imperialista actual).

Estos elementos son nuestros enemigos de clase. Se han pasado al campo de la burguesía.

En este grupo figura la mayoría de los líderes oficiales de la socialdemocracia oficial de *todos* los países. Los señores Plejánov y Cía. en Rusia, los Scheidemann en Alemania, Renaudel, Guesde y Sembat en Francia, Bissolati y Cía. en Italia, Hyndman, los fabianos y los dirigentes laboristas en Inglaterra. Branting y Cía. en Suecia, Troelstra y su partido en Holanda, Stauning y su partido en Dinamarca, Víctor Berger y otros "defensores de la patria" en los Estados Unidos, etc.

2) La segunda corriente -el llamado "centro"- está formada por los que oscilan entre los socialchovinistas y los internacionalistas verdaderos.

Todos los "centristas" juran y perjuran que ellos son marxistas, internacionalistas, partidarios de la paz, que están dispuestos a "presionar" por todos los medios a gobiernos, dispuestos a "exigir" de mil maneras a su propio gobierno que "consulte al pueblo para que éste exprese su voluntad de paz", propicios a mantener toda suerte de campañas a favor de la paz, de una paz sin anexiones, etc., etc., *y propicios también a sellar la paz con los socialchovinistas*. El "centro" quiere la "unidad"; el centro es enemigo de la escisión.

El "centro" es el reino de las bondadosas frases pequeñoburguesas, del internacionalismo de palabra, del oportunismo pusilánime y de la complacencia servil ante los socialchovinistas de hecho.

El quid de la cuestión reside en que el "centro" no está convencido de la necesidad de una revolución contra sus propios gobiernos, no propaga esa

necesidad, no sostiene una lucha revolucionaria abnegada, sino que encuentra siempre los más vulgares *subterfugios* -de una magnífica sonoridad archi"marxista"- para no hacerla.

Los socialchovinistas son nuestros *enemigos de clase*, son *burgueses* dentro del movimiento obrero. Representan a una capa, a los grupos y sectores de la clase obrera objetivamente sobornados por la burguesía (mejores salarios, cargos honoríficos, etc.) y que ayudan a la burguesía *de su propio país* a saquear y estrangular a los pueblos pequeños y débiles y a luchar *por* el reparto del botín capitalista.

El "centro" lo forman los elementos rutinarios, corroídos por la podrida legalidad, corrompidos por la atmósfera de parlamentarismo, etc. Son funcionarios acostumbrados a los puestecitos confortables y al trabajo "tranquilo". Considerados histórica y económicamente, no representan ninguna capa social *específica*, no pueden valorarse más que como un *fenómeno* de transición del período ya superado, del movimiento obrero de 1871 a 1914 -período que ha dado no pocas cosas de valor, sobre todo en el arte imprescindible para el proletariado de la labor lenta, consecuente y sistemática de organización sobre bases cada vez más amplias- a un nuevo *período objetivamente* necesario desde que estalló la primera guerra imperialista mundial, que abrió la *era de la revolución social*.

El jefe y representante más destacado del "centro" es Carlos Kautsky, primera autoridad de la II Internacional (1889-1914), caso típico de la más completa bancarrota del marxismo y un ejemplo de inaudito apocamiento, de las más miserables vacilaciones y traiciones desde agosto de 1914. La tendencia "centro" está representada por Kautsky, Haase, Ledebour, la llamada "Liga Obrera o del Trabajo"[137] en el Reichstag; en Francia son Longuet, Pressemanne y los llamados "minoritarios"[138] (mencheviques) en general; en Inglaterra, Felipe Snowden, Rainsay MacDonald y muchos otros líderes del Partido Laborista Independiente[139] y algunos del Partido Socialista Británico[140]; en los Estados Unidos, Mauricio Hillquit y muchos otros; en Italia. Turati, Treves, Modigliani, etc.; en Suiza, Roberto Grimm y otros; en Austria, Víctor Adler y Cía.; en Rusia, el partido del Comité de Organización, Axelrod, Mártov, Chjeídze, Tsereteli, etc., etc.

Es natural que haya personas que, sin advertirlo ellas mismas, se pasen de la posición del socialchovinismo a la del "centro" y viceversa. Todo marxista sabe que las clases se mantienen deslindadas unas de otras, aunque las personas cambien libremente de clase; lo mismo ocurre con las *tendencias* en la vida política, que no se confunden por que una o varias personas se pasen libremente de un campo a otro, ni a pesar de los esfuerzos y tentativas que se hacen por *fundir* esas tendencias.

3) La tercera corriente es la que representan los internacionalistas de hecho, cuya expresión más fiel la constituye la "izquierda de Zimmerwald"[141]. (En el apéndice insertamos su manifiesto de septiembre de 1915, para que el lector pueda conocer de primera mano el origen de esta tendencia.)

Su principal rasgo distintivo es: la ruptura completa con el socialchovinismo y con el "centro", la abnegada lucha revolucionaria contra el gobierno imperialista *propio* y contra la burguesía imperialista *propia*. Su principio es: "el enemigo principal está dentro del país propio". Lucha sin cuartel contra las melifluas frases socialpacifistas (el socialpacifista es socialista de palabra y pacifista burgués de hecho; los pacifistas burgueses sueñan con la paz perpetua sin derrocar el yugo ni el dominio del capital) y contra todos los *subterfugios* con que se pretende negar la posibilidad, la oportunidad o la conveniencia de la lucha revolucionaria del proletariado y de la revolución proletaria, socialista, *en relación* con la guerra actual.

Los representantes más destacados de esta tendencia son: en Alemania, el Grupo Espartaco o Grupo de la Internacional del que forma parte Carlos Liebknecht, el representante más famoso de esta corriente y de la nueva y verdadera Internacional proletaria.

Carlos Liebknecht ha hecho un llamamiento a los obreros y soldados de Alemania, invitándoles a *volver las armas* contra *su propio* gobierno. Y lanzó este llamamiento abiertamente, desde la tribuna del Parlamento (Reichstag). Luego, llevando consigo proclamas impresas clandestinamente, se encaminó a la plaza de Potsdam, una de las mayores de Berlín, para participar en una manifestación bajo la consigna de "¡Abajo el gobierno!" Fue detenido y condenado a *presidio*, donde está actualmente recluido, como *cientos* o quizá miles de *verdaderos* socialistas alemanes encarcelados por luchar contra la guerra.

Carlos Liebknecht luchó implacablemente en sus discursos y en sus cartas no sólo contra los Plejánov y los Potrésov de *su propio país* (los Scheidemann, Legien. David y Cía.), *sino también contra los "centristas"* alemanes, contra los Chjeídze y los Tsereteli de puertas adentro (Kautsky, Haase, Ledebour y Cía.).

Carlos Liebknecht y su amigo Otto Rühle fueron, entre los 110 diputados, los únicos que rompieron la disciplina, echaron por tierra la "unidad' con el "centro" y con los chovinistas y *se enfrentaron a todos*. Liebknecht es *el único* que representa el socialismo, la causa del proletariado, la revolución proletaria. *Todo* el resto de la socialdemocracia alemana no es más, para decirlo con la frase feliz de Rosa Luxemburgo (afiliada también y dirigente del Grupo Espartaco), que un *cadáver maloliente*.

Otro grupo de internacionalistas de hecho es el que se ha formado en Alemania en torno al periódico

de Bremen *Política Obrera*.

En Francia, los elementos más afines a los internacionalistas de hecho son: Loriot y sus amigos (Bourderon y Merrheim se han pasado al socialpacifismo) y el francés Enrique Guilbeaux, que publica en Ginebra la revista *Demain*[142]; en Inglaterra, el periódico *The Trade-Unionist*[143] y *una parte* de los miembros del Partido Socialista Británico y del Partido Laborista Independiente (por ejemplo, Williams Russell, que ha proclamado abiertamente la necesidad de romper con los jefes *traidores* al socialismo); el maestro de escuela y socialista escocés *Maclean*, condenado a *presidio* por el gobierno burgués de Inglaterra, por haber luchado revolucionariamente contra la guerra, como cientos de socialistas ingleses que expían en las cárceles delitos del mismo género. Ellos, sólo ellos, son internacionalistas *de hecho*; en los Estados Unidos, el Partido Socialista Obrero[144] y los elementos del oportunista Partido Socialista[145] que publican desde enero de 1917 el periódico *The Internationalist*[146]; en Holanda , el partido de los "tribunistas"[147], que publican el periódico *De Tribune* (Pannekoek, Hermann Gorter, Wijnkoop, Henrietta Roland-Holst, que en Zimmerwald figuraba en el centro, pero que ahora se ha pasado a nuestro campo); en Suecia, el partido de los jóvenes o de los izquierdistas[148], acaudillado por hombres como Lindhagen, Ture Nerman, Carleson, Ström y Z. Höglund, que en Zimmerwald intervino personalmente en la fundación de la "izquierda zimmerwaldiana" y se halla hoy en la cárcel luchar revolucionariamente contra la guerra; en Dinamarca, Trier y sus amigos, que han abandonado el Partido "Socialdemócrata" Dinamarqués, completamente *aburguesado* y presidido por el *ministro* Stauning; en Bulgaria, los "tesniakí"[149]; en Italia, los más cercanos son Constantino Lazzari, secretario del partido, y Serrati, redactor de *Avanti!*[150], su órgano central; en Polonia, Rádek, Hanecki y otros dirigentes de la socialdemocracia unificada en la "Dirección Territorial"; Rosa Luxemburgo, Tyszka y otros líderes de la socialdemocracia unificada en la "Dirección Central"[151]; en Suiza, los izquierdistas que, en enero de 1917, redactaron la fundamentación de un "referéndum" para luchar contra los socialchovinistas y contra el "centro" de *su propio* país y que en el Congreso socialista del cantón de Zúrich, celebrado en Töss el 11 de febrero de 1917, presentaron una resolución verdaderamente revolucionaria contra la guerra; en Austria, los jóvenes amigos de izquierda de Federico Adler, que tenían, en parte, su centro de acción en el club vienés *Carlos Marx*, clausurado ahora por el gobierno austriaco, reaccionario hasta la médula, que se ensaña con Federico Adler por su atentado heroico, aunque mal pensado, contra uno de los ministros, etc., etc.

No importan los matices, que se dan también entre los izquierdistas. Lo esencial es la *corriente* misma. El nervio de la cuestión está en que, en estos tiempos de espantosa guerra imperialista, no es fácil ser internacionalista de hecho. Estos elementos no abundan, pero *sólo* ellos representan el porvenir del socialismo, *sólo* ellos son los *jefes de las masas* y no sus corruptores.

Era objetivamente forzoso que la guerra imperialista hiciese cambiar de aspecto las diferencias establecidas entre los reformistas y los revolucionarios en el seno de la socialdemocracia y de los socialistas en general. Todo el que se contenta con "exigir" de los gobiernos burgueses que concierten la paz o que "manifiesten la voluntad de paz de los pueblos", etc., se desliza *en realidad* al campo de las reformas. *Porque*, objetivamente considerado, *el problema de la guerra* sólo se plantea de modo *revolucionario*.

Para acabar con la guerra, para conseguir una paz democrática y no una paz impuesta por la violencia, para liberar a los pueblos del tributo esclavizador que suponen los intereses de *miles de millones* pagados a los señores capitalistas enriquecidos en la "guerra", no hay más salida que la revolución del proletariado.

Se puede y se debe exigir a los gobiernos burgueses las más diversas reformas; lo que no se puede, sin caer en el espejismo, en el reformismo, es pedir a estas gentes y a estas clases envueltas una y mil veces en la red del capital imperialista que *desgarren* esa red; y si esa red no se desgarra, cuanto pueda predicarse sobre la guerra contra la guerra no serán más que frases vacuas y engañosas.

Los "kautskianos", el "centro", son revolucionarios de palabra y reformistas de hecho; internacionalistas de palabra, pero, de hecho, auxiliares del socialchovinismo.

Bancarrota de la internacional zimmerwaldiana. Necesidad de fundar la tercera internacional.

17. La Internacional zimmerwaldiana adoptó desde el primer momento una actitud vacilante, "kautskiana", "centrista", lo que obligó a la *izquierda de Zimmerwald* a separarse inmediatamente, a independizarse y lanzar un manifiesto *propio* (manifiesto publicado en Suiza en ruso, alemán y francés).

El principal defecto de la Internacional zimmerwaldiana -causa de su *bancarrota* (pues está ya en bancarrota, tanto en el terreno ideológico como en el político)- son sus vacilaciones, su indecisión en el problema más importante de todos y el que prácticamente *condiciona todos los demás*: el problema de la completa ruptura con el socialchovinismo y con la vieja Internacional socialchovinista, acaudillada en La Haya (Holanda) por Vandervelde, Huysmans y algunos más.

En nuestro país se ignora todavía que la mayoría de Zimmerwald está formada *precisamente por kautskianos*. Y éste es un hecho fundamental, que es necesario tener en cuenta y que ya es generalmente conocido en los países de Europa Occidental. Hasta el chovinista, el ultrachovinista alemán Heilmann, director de la archichovinista *Gaceta de Chemnitz* y colaborador de la también archichovinista *La Campana*[152] de Parvus, hasta ese Heilmann (que es también, naturalmente, "socialdemócrata" y celoso defensor de la "unidad" en el seno de la socialdemocracia) hubo de reconocer en la prensa que el centro, o sea, los "kautskianos", y la *mayoría zimmerwaldiana* son una y la misma cosa.

A fines de 1916 y a principios de 1917 se confirmó definitivamente este hecho. Aunque en el Manifiesto de Kienthal[153] se condena el socialpacifismo, toda la derecha zimmerwaldiana, toda la mayoría zimmerwaldiana, se ha deslizado al campo socialpacifista: Kautsky y Cía. en una serie de manifestaciones hechas en enero y febrero de 1917; Bourderon y Merrheim, en Francia, al votar *en unanimidad* con los socialchovinistas a favor de las resoluciones pacifistas del Partido Socialista (diciembre de 1916)[154] y de la Confederación General del Trabajo (organización nacional de los sindicatos franceses, también en diciembre de 1916); Turati y Cía., en Italia, donde todo el partido adoptó una actitud socialpacifista, y el propio Turati (y no por casualidad, naturalmente), cometió el "desliz", en su discurso del 17 de diciembre de 1016, al pronunciar una retahíla de frases *nacionalistas* que embellecían la guerra imperialista.

El presidente de las conferencias de Zimmerwald y Kienthal, Roberto Grimm, estableció, en enero de 1917, una alianza con los socialchovinistas de *su propio* partido (Greulich, Pflüger, Gustavo Müller y otros) contra los internacionalistas efectivos.

En dos reuniones de *zimmerwaldianos* de distintos países, celebradas en enero y febrero de 1917, esa ambigüedad e hipocresía de la mayoría zimmerwaldiana fue estigmatizada formalmente por los internacionalistas de izquierda de varios países: por Münzenberg, secretario de la Organización Internacional de la Juventud y director del magnífico periódico internacionalista titulado *La Internacional de la Juventud*[155]. Zinóviev, representante del Comité Central de nuestro partido; K. Rádek, por el Partido Socialdemócrata Polaco ("Dirección Territorial"), y Hartstein, socialdemócrata alemán, afiliado al Grupo Espartaco.

Al proletariado ruso le ha sido dado mucho; en parte alguna del mundo ha habido una clase obrera que haya conseguido desplegar una energía revolucionaria comparable a la que despliega la clase obrera de Rusia. Pero a quien mucho se le ha dado, mucho se le exige.

No puede tolerarse por más tiempo la charca zimmerwaldiana. No podemos permitir que por culpa de los "kautskianos" de Zimmerwald sigamos aliados a medias con la Internacional chovinista de los Plejánov y los Scheidemann. Hay que romper inmediatamente con esta Internacional, permaneciendo en Zimmerwald *sólo* con fines de información.

Estamos obligados, nosotros precisamente, y ahora mismo, sin pérdida de tiempo, a fundar una nueva Internacional revolucionaria, proletaria; mejor dicho, debemos reconocer sin temor, abiertamente, que esa Internacional *ya ha sido fundada* y actúa.

Esa Internacional es la que forman los "internacionalistas de hecho" que he enumerado minuciosamente más arriba. Ellos y sólo ellos, son los representantes de las masas revolucionarias internacionalistas y no sus corruptores.

Si son pocos *esos* socialistas, que los obreros rusos se pregunten si había en Rusia muchos revolucionarios conscientes *en vísperas* de la revolución de febrero-marzo de 1917.

Lo importante no es el número, sino que expresen de un modo justo las ideas y la política del proletariado verdaderamente revolucionario. Lo esencial no es que "proclamen" el internacionalismo, sino que sepan ser, incluso en los momentos más difíciles, internacionalistas de hecho.

No nos hagamos ninguna ilusión en cuanto a los acuerdos y los congresos internacionales. Mientras dure la guerra imperialista, pesará sobre las relaciones internacionales el puño férreo de la dictadura militar imperialista burguesa. Si hasta el "republicano" Miliukov, que se ve obligado a tolerar junto al suyo al gobierno del Soviet de diputados obreros, *deniega* en abril de 1917 el permiso para entrar en Rusia al socialista suizo *Fritz Platten*, secretario del partido, internacionalista y delegado a las conferencias de Zimmenwald y Kienthal -y se lo deniega a pesar de estar casado con una rusa, cuya familia venia a visitar, y a pesar de haber tomado parte en Riga en la revolución de 1905, viéndose por ello recluido en una cárcel rusa y habiendo tenido que entregar una fianza al gobierno zarista para conseguir su libertad, fianza que ahora pretendía recuperar-; si hasta el "republicano" Miliukov ha podido *hacer* eso en Rusia en abril de 1917, júzguese qué valor tendrán las promesas y seguridades, todas esas frases y declaraciones de la burguesía acerca de la paz sin anexiones, etc., etc.

¿Y la detención de Trotski por el gobierno inglés? ¿Y la retención de Mártov en Suiza y las esperanzas de atraerle con engaños a Inglaterra, donde le espera la suerte de Trotski?

No nos hagamos ilusiones. Nada de engañarnos a nosotros mismos.

"Esperar" congresos y conferencias internacionales sería *traicionar* al internacionalismo, estando probado, como lo está, que incluso de

Estocolmo no dejan salir para Rusia a ningún socialista de cuantos se han mantenido fieles al internacionalismo, *ni siquiera sus cartas*, a pesar de todas las posibilidades y de toda la ferocidad de la censura militar.

No "esperar", sino proceder inmediatamente a fundar la III Internacional: tal es la misión de nuestro partido. Cientos de socialistas, recluidos en cárceles alemanas e inglesas, respirarán con alivio; miles y miles de obreros alemanes que hoy se lanzan a la huelga y organizan manifestaciones con gran horror de Guillermo II, ese canalla y bandolero, se enterarán por las proclamas *clandestinas* de nuestra decisión, de nuestra confianza fraternal en Carlos Liebknecht y sólo en él, de *nuestra* resolución de luchar también ahora contra el "defensismo revolucionario". Y esto reforzará en ellos el espíritu del internacionalismo revolucionario.

A quien mucho se le ha dado, mucho se le exige. No hay en el mundo país en que reine, *actualmente*, la libertad que reina en Rusia. Aprovechemos esta libertad no para predicar el apoyo a la burguesía o al "defensismo revolucionario" burgués, sino para dar un paso valiente y honrado, proletario, digno de Liebknecht, *fundando la III Internacional*, una Internacional que se alce resueltamente y de un modo irreconciliable, no sólo contra los traidores, contra los socialchovinistas, sino también contra los personajes vacilantes del "centro".

18. Después de lo que antecede, creo innecesario gastar muchas palabras para demostrar que no puede ni hablarse de una unificación de los socialdemócratas de Rusia.

Antes quedarnos solos, como Liebknecht -y *quedarse solos así significa quedarse con el proletariado revolucionario*-, que abrigar, aunque sólo sea un minuto, la idea de una unión con el partido del Comité de Organización, con Chjeídze y Tsereteli, los cuales toleran un bloque con Potrésov en la *Rabóchaya Gazeta*, votan en el Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros a favor del empréstito[156] y han rodado al terreno del "defensismo".

¡Dejad que los muertos entierren a sus muertos!

Quien quiera *ayudar* a los vacilantes, debe comenzar por dejar de serlo él mismo.

¿Cómo debe denominarse nuestro partido para que su nombre, además de ser científicamente exacto, contribuya políticamente a esclarecer la conciencia del proletariado?

19. Paso al punto final: al nombre que debe ostentar nuestro partido. Debemos llamarnos *Partido Comunista*, como se llamaban Marx y Engels.

Debemos repetir que somos marxistas y que nos basamos en el *Manifiesto Comunista*, desfigurado y traicionado por la socialdemocracia en dos puntos sustanciales: 1. Los obreros no tienen patria: la "defensa de la patria" en la guerra imperialista es una traición al socialismo. 2. La teoría marxista del Estado ha sido desnaturalizada por la II Internacional.

El nombre de "socialdemocracia" es *científicamente* inexacto, como demostró Marx reiteradas veces, entre otras obras, en *Crítica del Programa de Gotha* en 1875, y como repitió Engels, en un lenguaje más popular, en 1894[157]. La humanidad sólo puede pasar del capitalismo directamente al socialismo, es decir, a la propiedad común de los medios de producción y a la distribución de los productos según el trabajo de cada cual. Nuestro partido va más allá: afirma que el socialismo deberá transformarse inevitablemente y de modo gradual en comunismo, en cuya bandera campea este lema: "De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades".

He ahí mi primer argumento.

Segundo argumento: la segunda parte de la denominación de nuestro partido (*socialdemócrata*) tampoco es exacta desde el punto de vista científico. La democracia es una de las formas del *Estado*, y nosotros, los marxistas, somos enemigos de *todo* Estado.

Los líderes de la II Internacional (1889-1914), los señores Plejánov, Kautsky y consortes han envilecido y desnaturalizado el marxismo.

El marxismo se distingue del anarquismo en que reconoce la *necesidad del Estado* para el paso al socialismo, pero -y esto lo distingue de Kautsky y Cía.- *no de un Estado* al modo de la república democrática parlamentaria burguesa corriente, sino de un Estado como la Comuna de París de 1871, como los Soviets de diputados obreros de 1905 y 1917.

Mi tercer argumento es éste: la *realidad*, la revolución, ha creado *ya prácticamente* en nuestro país, aunque en forma débil y embrionaria, ese nuevo "Estado", que no es un Estado en el sentido estricto de la palabra.

Esto es ya un problema práctico de las masas y no sólo una teoría de los líderes.

El Estado, en el sentido estricto de la palabra, es un poder de mando sobre las masas ejercido por destacamentos de hombres armados separados del pueblo.

Nuestro nuevo Estado *naciente* es también un Estado, pues necesitamos de destacamentos de hombres armados, necesitamos del orden *más severo*, necesitamos recurrir a la violencia para reprimir *despiadadamente* todos los intentos de la contrarrevolución, ya sea zarista o burguesa, a la manera de Guchkov.

Pero nuestro nuevo Estado *naciente no es* ya un Estado en el sentido estricto de la palabra, pues en muchas regiones de Rusia los destacamentos armados están integrados por *la propia masa*, por

todo el pueblo, y no por alguien entronizado sobre él, aislado de él, dotado de privilegios y prácticamente inamovible.

Hay que mirar hacia adelante y no hacia atrás, no hacia la democracia de tipo burgués habitual, que afianzaba la dominación de la burguesía con ayuda de los viejos, *monárquicos*, órganos de administración, policía, ejército y burocracia.

Hay que mirar hacia adelante, hacia la nueva democracia naciente, que va dejando ya de ser una democracia, pues democracia significa dominación del pueblo, y el propio pueblo armado no puede dominar sobre sí mismo.

La palabra "democracia", aplicada al Partido Comunista, no es sólo científicamente inexacta. Después de marzo de 1917, es una *anteojera* puesta al pueblo revolucionario que le *impide* emprender con libertad, intrepidez y sin previa autorización la edificación de lo nuevo: los Soviets de diputados obreros, campesinos, etc., etc., como *único poder* dentro del "Estado", como precursor de la "extinción" de *todo* Estado.

Mi cuarto argumento consiste en que hay que tener en cuenta la situación objetiva del socialismo en el mundo entero.

Esta situación no es ya la misma que en la época de 1871 a 1914 en la que Marx y Engels se resignaron a admitir conscientemente el término inexacto y oportunista de "socialdemocracia". Porque *entonces*, después de derrotada la Comuna de París, la historia había puesto a la orden del día una labor lenta de organización y educación. No había otra. Los anarquistas no sólo no tenían ninguna razón teóricamente (y siguen sin tenerla), sino tampoco desde el punto de vista económico y político. Apreciaban erróneamente el momento, sin comprender la situación internacional: el obrero inglés corrompido por las ganancias imperialistas, la Comuna de París aplastada, el movimiento nacional-burgués que acababa de triunfar (1871) en Alemania, la Rusia semifeudal sumida en un letargo secular.

Marx y Engels tuvieron en cuenta certeramente el momento, comprendieron la situación internacional y las tareas de la aproximación *lenta* hacia el comienzo de la revolución social.

Sepamos también nosotros comprender las tareas y peculiaridades de la nueva época. No imitemos a aquellos malhadados marxistas de quienes decía Marx: "He sembrado dragones y he cosechado pulgas"[158].

La necesidad objetiva del capitalismo, que al crecer se ha convertido en imperialismo, ha engendrado la guerra imperialista. Esta guerra ha llevado a toda la humanidad al *borde del abismo*, de la ruina de toda la cultura, al embrutecimiento y a la muerte de millones, de un sinnúmero de millones de hombres.

No hay más salida que la revolución del proletariado.

Y en un momento así, en que esta revolución comienza, en que da sus primeros pasos, tímidos, inseguros, inconscientes, demasiado confiados en la burguesía; en un momento así, la mayoría (y esto es verdad, es un hecho) de los líderes "socialdemócratas", de los parlamentarios "socialdemócratas", de los periódicos "socialdemócratas" -y son precisamente *órganos* de influencia sobre las masas-, *traiciona* al socialismo, *vende* al socialismo y deserta al campo de "su" burguesía nacional.

Esos líderes han confundido a las masas, las han desorientado y engañado.

¡Y se pretende que nosotros fomentemos ahora ese engaño, que lo facilitemos, aferrándonos a esa vieja y caduca denominación, tan podrida ya como la II Internacional!

No importa que "muchos" obreros *interpreten* honradamente el nombre de socialdemocracia. Pero es hora ya de aprender a distinguir lo subjetivo de lo objetivo.

Subjetivamente, esos obreros socialdemócratas son guías fidelísimos de las masas proletarias.

Pero la situación objetiva internacional es tal que la vieja denominación de nuestro partido *facilita* el engaño de las masas, *frena* el avance, pues a cada paso, en cada periódico, en cada grupo parlamentario, la masa ve a los *líderes*, es decir, a hombres cuyas palabras tienen más resonancia y cuyos hechos se ven desde más lejos, y observa que todos ellos son "también-socialdemócratas", que todos ellos abogan "por la unidad" con los traidores al socialismo, con los socialchovinistas, que todos ellos presentan al cobro las viejas letras firmadas por la "socialdemocracia"...

¿Cuáles son los argumentos en contra? "...Se nos confundirá con los anarcocomunistas…"

¿Y por qué no tememos que se nos confunda con los social-nacionales y social-liberales, con los radicales socialistas, con ese partido burgués, el más avanzado y más hábil en el engaño burgués de las masas en la República Francesa? "...Las masas se han habituado, los obreros "se han encariñado" con su Partido Socialdemócrata..."

Es el único argumento que se invoca; pero es un argumento que rechaza la ciencia marxista, las tareas de mañana en la revolución, la situación objetiva del socialismo mundial, la bancarrota ignominiosa de la II Internacional y el perjuicio que causan a la labor práctica los enjambres de elementos, "también-socialdemócratas", que rondan en torno al proletariado.

Es un argumento de rutina, de aletargamiento, de inercia.

Pero nosotros queremos transformar el mundo. Queremos poner término a la guerra imperialista mundial, en la que se ven envueltos centenares de

millones de hombres, en la que están mezclados los intereses de muchos cientos de miles de millones de capital y a la que no se podrá poner fin con una paz verdaderamente democrática sin la más grandiosa revolución proletaria que haya conocido la historia de la humanidad.

Tenemos miedo de nosotros mismos. No nos decidimos a quitarnos la camisa sucia a que estamos "habituados" y a la que hemos tomado "apego"...

Mas ha llegado la hora de quitarse la camisa sucia, ha llegado la hora de ponerse ropa limpia.

Petrogrado, 10 de abril de 1917.

Epilogo.

Mi folleto ha envejecido a consecuencia del desbarajuste económico y de la incapacidad de las imprentas de San Petersburgo. Fue escrito el 10 de abril de 1917, hoy estamos ya a 28 de mayo, ¡y aún no ha salido!

Escribí este folleto como *proyecto* de plataforma para propagar mis puntos de vista *antes* de la Conferencia de toda Rusia de nuestro partido, el Partido Obrero Socialdemócrata (bolchevique) de Rusia. Copiado a máquina y distribuido en varios ejemplares entre los afiliados al partido antes de la conferencia y durante ella, el folleto ha cumplido, pese a todo, una parte de su cometido. Pero ahora, la conferencia se ha celebrado ya[159] -del 24 al 29 de abril de 1917-, sus resoluciones han sido publicadas hace tiempo (véase el anexo al núm. 13 de *Soldátskaya Pravda*[160]), y el lector atento notará con facilidad que mi folleto es, en muchos casos, el anteproyecto de estas resoluciones.

Réstame expresar la esperanza de que, a pesar de todo, el folleto reportará algún beneficio en relación con estas resoluciones, con su explicación y después detenerme en dos puntos.

En la página 27 propongo que continuemos en Zimmerwald sólo con fines de información[*]. La conferencia no ha estado de acuerdo conmigo en este punto y he tenido que votar contra la resolución sobre la Internacional. Ya ahora se ve claramente que la conferencia ha cometido un error y que el curso de los acontecimientos lo enmendará rápidamente. Continuando en Zimmerwald, participamos (aunque sea contra nuestra voluntad) en el aplazamiento de la creación de la III Internacional; frenamos indirectamente su constitución, trabados por el peso muerto de la Internacional de Zimmerwald, muerta ya en el aspecto ideológico y político.

La situación de nuestro partido ante todos los partidos obreros del mundo entero es hoy tal que *tenemos el deber de fundar* inmediatamente la III Internacional. Fuera de nosotros, nadie podrá hacerlo *ahora* y las dilaciones son perjudiciales. Continuando en Zimmerwald sólo con fines de información, habríamos tenido en el acto las manos libres para fundar la nueva Internacional (pudiendo, al mismo tiempo, *utilizar* Zimmerwald, si las circunstancias lo hicieran posible).

Ahora, en cambio, a causa del error cometido por la conferencia, nos vemos obligados a esperar pasivamente hasta el 5 de julio de 1917, por lo menos (fecha de la convocatoria de la Conferencia de Zimmerwald, ¡eso si no la aplazan *de nuevo*!, pues ya lo ha sido una vez...)[161].

Pero el acuerdo adoptado unánimemente por el Comité Central de nuestro partido después de la conferencia y publicado en el núm. 55 de *Pravda*, correspondiente al 12 de mayo, ha corregido a medias el error, al decidir que nos iremos de la Internacional de Zimmerwald si ésta va a conferenciar con los ministros. Me permito expresar la esperanza de que la otra mitad del error será subsanada en cuanto convoquemos la primera conferencia internacional de "los de izquierda" (la "tercera corriente", los "internacionalistas de hecho"; véase más arriba, págs. 23-25)[*].

El segundo punto en que debo detenerme es la formación del "ministerio de coalición" el 6 de mayo de 1917[162]. *Parece* que el folleto ha envejecido sobre todo en este punto.

En realidad, precisamente en este punto no ha envejecido en absoluto. El folleto lo basa *todo* en el análisis *de clase*, que tornen como al fuego los mencheviques y los populistas, los cuales han dado seis ministros en rehenes a los diez ministros capitalistas. Precisamente porque mi folleto lo basa todo en el análisis de clase, no ha envejecido, pues la entrada de Tsereteli, Chernov y Cía. en el ministerio sólo ha modificado, en grado *insignificante*, la *forma* del acuerdo del Soviet de Petrogrado con el gobierno de los capitalistas, y yo subrayé intencionadamente en la página 8 del folleto que "no me refiero tanto al acuerdo formal como al apoyo efectivo"[**].

Cada día está más claro que Tsereteli, Chernov y Cía. son meros rehenes de los capitalistas y que el gobierno "renovado" no quiere ni puede cumplir absolutamente ninguna de sus pomposas promesas ni en la política exterior ni en la interior. Chernov, Tsereteli y Cía. se han suicidado políticamente, han resultado ser ayudantes de los capitalistas, que en la práctica estrangulan la revolución. Kerenski *ha llegado* al extremo de emplear la violencia contra las masas (cfr. la página 9 del folleto: "por el momento, Guchkov sólo amenaza con emplear la violencia contra las masas"[***], mientras que Kerenski ha tenido que cumplir estas amenazas...)[163] Chernov, Tsereteli y Cía. se han suicidado políticamente y han dado muerte política a sus partidos, el menchevique y el socialista-revolucionario. El pueblo verá todo eso con mayor claridad cada día.

[*] Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

[*] Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)
[**] Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)
[***] Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

El ministerio de coalición no es más que un momento de transición en el desarrollo de las fundamentales contradicciones de clase de nuestra revolución, brevemente analizadas en mi folleto. Las cosas no pueden seguir así mucho tiempo. O hacia atrás, hacia la contrarrevolución en toda la línea, o hacia adelante, hacia el paso del poder a manos de otras clases. En tiempos de revolución, en plena guerra imperialista mundial, es imposible permanecer inmóvil.

N. Lenin

San Petersburgo, 28 de mayo de 1917.

Escrito el 10 (23) de abril de 1917. El epílogo fue escrito el 28 de mayo (10 de junio) de 1917. Publicado en septiembre de 1917 en un folleto, en Petrogrado, por la Editorial "Pribói".

T. 31, págs. 149-186.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN RUSIA Y LAS TAREAS DEL PROLETARIADO.

Prefacio a la segunda edición.

Este folleto fue escrito a comienzos de abril de 1917, antes de que se formara el ministerio de coalición. Desde entonces ha llovido mucho, pero las peculiaridades fundamentales de los partidos políticos principales se han manifestado y confirmado en el transcurso de todas las etapas posteriores de la revolución: durante el "ministerio de coalición" formado el 6 de mayo de 1917, durante la unión de los mencheviques y eseristas en junio (y julio) de 1917 contra los bolcheviques, durante la sublevación de Kornílov[164], durante la Revolución de Octubre de 1917 y después de ella.

La justedad de la presente caracterización de los partidos principales y de sus *bases clasistas* ha sido confirmada por todo el desarrollo de la revolución rusa. Ahora, el crecimiento de la revolución en Europa Occidental muestra que, también allí, la correlación fundamental de los partidos principales es la misma. El papel de los mencheviques y eseristas lo desempeñan los socialchovinistas de todos los países (socialistas de palabra y chovinistas de hecho), así como los kautskianos en Alemania, los longuetistas en Francia, etc.

N. Lenin

Moscú, 22 de octubre de 1918.

Publicado en 1918, en el folleto: N. Lenin. "Los partidos políticos en Rusia y las tareas del proletariado", Moscú, Edil. "Kommunist".

Cuanto decimos a continuación es un intento de formular las preguntas y respuestas, primero más esenciales y después menos esenciales, que caracterizan la actual situación política de Rusia y su valoración por los distintos partidos

PREGUNTAS:

1) ¿Cuáles son los grupos principales de los partidos políticos en Rusia?

RESPUESTAS:

A (más derechistas que los d-c.). Partidos y grupos más derechistas que los demócratas-constitucionalistas.

B (d-c). Partido Demócrata Constitucionalista (demócratas-constitucionalistas, Partido de la Libertad del Pueblo) y grupos afines a él.

C (s-d y s-r). Socialdemócratas, socialistas-revolucionarios y grupos afines a ellos.

D ("bolcheviques"). Partido que debería denominarse Partido Comunista y que hoy se llama "Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia unificado por el Comité Central" y, en lenguaje popular, "bolcheviques".

2) ¿A qué clase representan estos partidos? ¿Cuál es la clase cuyo punto de vista expresan?

A (más derechistas que los d-c). A los terratenientes feudales y a los sectores más atrasados de la burguesía (de los capitalistas).

B (d-c). A toda la burguesía, es decir, a la clase de los capitalistas, y a los terratenientes aburguesados, o sea, a los que se han convertido en capitalistas.

C (s-d y s-r). A los pequeños propietarios, a los campesinos pequeños y medios, a la pequeña burguesía y a la parte de los obreros influenciados por la burguesía.

D ("bolcheviques"). A los proletarios conscientes, a los obreros asalariados y a la parte, afín a ellos, de los campesinos pobres (semiproletarios).

3) ¿Cuál es su actitud ante el socialismo?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). Absolutamente hostil, pues el socialismo pone en peligro las ganancias de los capitalistas y de los terratenientes.

C (s-d y s-r). A favor del socialismo, pero consideran que es pronto para pensar en él y para dar inmediatamente pasos prácticos hacia su realización.

D ("bolcheviques"). A favor del socialismo. Es necesario que los Soviets de diputados obreros, etc., den inmediatamente los pasos prácticos posibles hacia la realización del socialismo*.

4) ¿Qué régimen político quieren en la actualidad?

A (más derechistas que los d-c). La monarquía constitucional, el poder omnímodo de los funcionarios y la policía.

B (d-c). La república parlamentaria burguesa, es decir, el afianzamiento de la dominación de los capitalistas conservando la vieja burocracia y la policía.

C (s-d y s-r). La república parlamentaria

* En lo que respecta a cuáles deben ser estos pasos, véase las preguntas 20 y 22.

burguesa, con reformas para los obreros y los campesinos.

D ("bolcheviques"). La República de los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc. La disolución del ejército permanente y de la policía y su sustitución con el armamento general del pueblo; no sólo elegibilidad, sino también amovilidad de los funcionarios, cuyo sueldo no deberá ser superior al salario de un obrero calificado.

5) ¿Cuál es su actitud ante la restauración de la monarquía de los Románov?

A (más derechistas que los d-c). A favor, pero actúan en secreto y cautelosamente por temor al pueblo.

B (d-c). Cuando los Guchkov parecían una fuerza, los demócratas-constitucionalistas eran partidarios de sentar en el trono al hermano o al hijo de Nicolás; pero cuando el pueblo empezó a parecer una fuerza, los demócratas-constitucionalistas se manifestaron en contra.

C (s-d y s-r), D ("bolcheviques"). Absolutamente en contra de toda restauración de la monarquía.

6) ¿Qué opinan de la toma del poder? ¿A qué denominan orden y a qué anarquía?

A (más derechistas que los d-c). Si el zar o un bizarro general toma el poder, eso es la voluntad de Dios, es el orden. Lo demás, la anarquía.

B (d-c). Si los capitalistas toman el poder, aunque sea por la violencia, eso es el orden. Tomar el poder contra los capitalistas sería la anarquía.

C (s-d y s-r). Si los Soviets de diputados obreros, soldados, etc., toman solos todo el poder, eso amenazará con la anarquía. Que los capitalistas tengan por ahora el poder, y los Soviets de diputados obreros y soldados, una "Comisión de Enlace"[165]

D ("bolcheviques"). Todo el poder debe pertenecer únicamente a los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, braceros, etc. Hay que orientar inmediatamente a este fin toda la propaganda, la agitación y la organización de millones y millones de personas*.

7) ¿Hay que apoyar al Gobierno Provisional?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). Hay que apoyarlo, indudablemente, pues en el momento actual es el único posible para proteger los intereses de los capitalistas.

C (s-d y s-r). Hay que apoyarlo, pero a condición de que cumpla el acuerdo con el Soviet de diputados obreros y soldados y frecuente la "Comisión de Enlace".

D ("bolcheviques"). No hay que apoyarlo; que lo apoyen los capitalistas. Tenemos que preparar a todo el pueblo para el poder omnímodo y único de los Soviets de diputados obreros, soldados, etc.

8) ¿Por el poder único o por la dualidad de poderes?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). Por el poder único de los capitalistas y terratenientes.

C (s-d y s-r). Por la dualidad de poderes: "control" de los Soviets de diputados obreros y soldados sobre el Gobierno Provisional. - Es nocivo pensar si el control es eficaz sin el poder.

D ("bolcheviques"). Por el poder único de los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., de abajo arriba, en todo el país.

9) ¿Hay que convocar la Asamblea Constituyente?

A (más derechistas que los d-c). No hay que convocarla, pues puede perjudicar a los terratenientes. No quiera Dios que los campesinos decidan en la Asamblea Constituyente que deben confiscarse todas las tierras a los terratenientes

B (d-c). Hay que convocarla, pero sin señalar el plazo. Discutir la cuestión el mayor tiempo posible con los profesores juristas, pues, primero, ya Bebel dijo que los juristas son la gente más reaccionaria del mundo; y, segundo, la experiencia de todas las revoluciones enseña que la causa de la libertad del pueblo fracasa cuando se la confía a los profesores.

C (s-d y s-r). Hay que convocarla, y con la mayor rapidez. Es preciso fijar un plazo; hemos hablado ya de ello 200 veces en la "Comisión de Enlace" y mañana lo repetiremos por 201 vez definitivamente.

D ("bolcheviques"). Hay que convocarla, y con la mayor rapidez. Pero sólo hay una garantía de su éxito y de su con vocación: aumentar el número de Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., y acrecentar su fuerza; la organización y el *armamento* de las masas obreras es la única garantía.

10) ¿Necesita el Estado la policía de tipo corriente y el ejército permanente?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). Los necesitamos y son imprescindibles en absoluto, pues constituyen la única garantía firme de la dominación de los capitalistas y en caso de apuro, como enseña la experiencia de todos los países, facilitan la transición inversa de la república a la monarquía.

C (s-d y s-r). De una parte, quizá, no los necesitamos. De otra parte, ¿no serán prematuros los cambios radicales? Por lo demás, hablaremos en la "Comisión de Enlace".

D ("bolcheviques"). Indudablemente, no los necesitamos. Hay que llevar a cabo sin demora y de manera obligatoria en todas partes el armamento general del pueblo y su fusión con la milicia y el ejército: los capitalistas deben pagar a los obreros los días de servicio en la milicia.

---

* Se denomina anarquía a la negación de todo poder político, pero los Soviets de diputados obreros y soldados son *también* un poder político.

11) ¿Necesita el Estado unos funcionarios de tipo corriente?

A (más derechistas que lo d-c), B (d-c). Indudablemente, sí. Son en sus nueve décimas partes hijos y hermanos de los terratenientes y los capitalistas. Deben seguir siendo un grupo de personas privilegiadas y, de hecho, inamovibles.

C (s-d y s-r). Es poco probable que sea oportuno plantear de golpe una cuestión que fue planteada prácticamente por la Comuna de París.

D ("bolcheviques"). No los necesita en absoluto. Son precisas no sólo la elegibilidad, sino también la amovilidad en cualquier momento de todos los funcionarios y de todos y cada uno de los diputados. Su sueldo no debe ser mayor que el salario de un obrero calificado. Hay que sustituirlos (paulatinamente) con la milicia de todo el pueblo y sus destacamentos.

12) ¿Es necesario que los oficiales sean elegidos por los soldados?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). No. Eso es perjudicial pata los terratenientes y los capitalistas. Si es imposible dominar de otro modo a los soldados, hay que prometerles temporalmente esta reforma y después despojarles de ella con la mayor rapidez.

C (s-d y s-r). *Es necesario*.

D ("bolcheviques"). No sólo hay que elegirlos, sino que cada paso de los oficiales y los generales debe ser controlado por delegados especiales de los soldados.

13) ¿Es útil la destitución de los jefes por los soldados?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). Es absolutamente perjudicial. Guchkov lo ha prohibido ya. Ha amenazado ya con la violencia. Hay que apoyar a Guchkov.

C (s-d y s-r). Es útil, pero no está claro todavía si hay que destituir primero y plantearlo después en la "Comisión de Enlace", o viceversa.

D ("bolcheviques"). Es útil y necesario en todos los aspectos. Los soldados obedecen únicamente a los mandos elegibles, *respetan* sólo a ellos.

14) ¿En pro o en contra de la guerra actual?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). Absolutamente en pro, pues proporciona ganancias inusitadas a los capitalistas y promete afianzar su dominación gracias a la desunión de los obreros y al azuzamiento de unos contra otros. Embaucaremos a los obreros, calificando la guerra de defensiva y tendente nada más que a derrocar a Guillermo.

C (s-d y s-r). Somos enemigos, en general, de la guerra imperialista; pero estamos dispuestos a dejarnos engañar y denominar "defensismo revolucionario" al apoyo a la guerra imperialista que sostiene el gobierno imperialista de Guchkov-Miliukov y Cía.

D ("bolcheviques"). Absolutamente en contra de la guerra imperialista en general; en contra de *todos* los gobiernos burgueses que la sostienen; en contra también de nuestro Gobierno Provisional; absolutamente en contra del "defensismo revolucionario" en Rusia.

15) ¿En pro o en contra de los tratados internacionales expoliadores (sobre la estrangulación de Persia, el reparto de China, Turquía, Austria, etc.) firmados por el zar con Inglaterra, Francia, etc.?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). Completa y absolutamente *en pro*. Además, no se pueden publicar los tratados porque el capital imperialista anglo-francés y sus gobiernos no lo permitirán y, también, porque el capital ruso no puede descubrir a todo el mundo sus sucios manejos.

C (s-d y s-r). En contra, pero tenemos aún la esperanza de que se pueda "influir" en el gobierno de los capitalistas a través de la "Comisión de Enlace" y de una serie de "campañas" entre las masas.

D ("bolcheviques"). En contra. Toda la tarea consiste en explicar a las masas que no se puede esperar absolutamente nada de los gobiernos capitalistas en este sentido y que es preciso que el poder pase al proletariado y a los campesinos pobres.

16) ¿En pro o en contra de las anexiones?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). Si las anexiones son realizadas por los capitalistas alemanes y su bandidesco jefe, Guillermo, estamos en contra. Si las realizan los ingleses, no estamos en contra, pues son "nuestros" aliados. Si las realizan nuestros capitalistas, que retienen por la fuerza en las fronteras de Rusia a los pueblos que sojuzgó el zar, estamos en pro, nosotros no denominamos a eso anexiones.

C (s-d y s-r). En contra de las anexiones, pero tenemos aún la esperanza de que se pueda conseguir también del gobierno de los capitalistas la "promesa" de renunciar a ellas.

D ("bolcheviques"). En contra de las anexiones. Todas las promesas de los gobiernos capitalistas de renunciar a las anexiones son puro engaño. Existe sólo un medio para desenmascararlo: exigir la liberación de los pueblos oprimidos por los capitalistas *propios*.

17) ¿En pro o en contra del "empréstito de la libertad"?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). Absolutamente en pro, pues facilita el sostenimiento de la guerra imperialista, es decir, de una guerra *para decidir* qué grupo de capitalistas ha de dominar en el mundo.

C (s-d y s-r). *En pro*, ya que la errónea posición del "defensismo revolucionario" nos condena a esta evidente abjuración del internacionalismo.

D ("bolcheviques"). En contra, pues la guerra sigue siendo imperialista, la sostienen los capitalistas en alianza con los capitalistas y en interés de los capitalistas.

18) ¿En pro o en contra de que los gobiernos capitalistas manifiesten la voluntad de paz de los pueblos?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). En pro, pues la experiencia de los socialchovinistas republicanos franceses ha mostrado mejor que nada la posibilidad de engañar así a los pueblos: se puede decir lo que se quiera; en realidad, retendremos el botín saqueado por nosotros a los alemanes (sus colonias), pero despojaremos a los alemanes del botín que han saqueado *esos* bandidos.

C (s-d y s-r). *En pro*, pues no hemos perdido aún, en general, muchas de las esperanzas infundadas que deposita la pequeña burguesía en los capitalistas.

D ("bolcheviques"). En contra, pues los obreros conscientes no cifran ninguna esperanza de los capitalistas, y nuestra tarea consiste en explicar a las masas la falta de base de esas esperanzas.

19) ¿Hay que derrocar en general a todos los monarcas?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). No, al inglés, al italiano y, en general, a los aliados, no hay que derrocarlos; hay que derrocar únicamente al alemán, al austriaco, al turco y al búlgaro, pues la victoria sobre ellos decuplicará nuestras ganancias.

C (s-d y s-r). Hay que establecer un "turno" y empezar sin falta por el derrocamiento de Guillermo; con los monarcas aliados se puede, quizá, esperar.

D ("bolcheviques"). No se puede establecer un turno para la revolución. Hay que ayudar *únicamente* a los revolucionarios *de verdad* y derrocar *a todos* los monarcas en todos los países, sin excepción alguna.

20) ¿Deben los campesinos apoderarse inmediatamente de toda la tierra de los terratenientes?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). De ninguna manera. Hay que esperar hasta la Asamblea Constituyente. Shingariov ha aclarado ya que si los capitalistas arrancan el poder al zar, eso es una revolución grande y gloriosa; pero si los campesinos despojan de la tierra a los terratenientes, eso es una arbitrariedad. Hacen falta comisiones conciliadoras, en las que los terratenientes y los campesinos estarán representados por igual, y cuyos presidentes serán designados de entre los funcionarios, es decir, de entre los mismos capitalistas y terratenientes.

C (s-d y s-r). Será mejor que los campesinos esperen hasta la Asamblea Constituyente.

D ("bolcheviques"). Hay que apoderarse inmediatamente de toda la tierra; establecer el orden más riguroso a través de los Soviets de diputados campesinos. La producción de cereales y de carne debe aumentar: los soldados tienen que alimentarse mejor. Es absolutamente intolerable echar a perder el ganado, los aperos, etc.

21) ¿Es posible limitarse a los Soviets de diputados campesinos para disponer de la tierra y dirigir todos los asuntos rurales en general?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). Los terratenientes y los capitalistas están en general contra el poder único y omnímodo de los Soviets de diputados campesinos en las aldeas. Pero si es ya imposible eludir estos Soviets, será mejor, naturalmente, limitarse a ellos, pues los campesinos ricos son también capitalistas.

C (s-d y s-r). Por ahora, sin duda, es posible limitarse a ellos, aunque los s-d no niegan, "en principio", la necesidad de una organización especial de obreros agrícolas asalariados.

D ("bolcheviques"). Es imposible limitarse a los Soviets de diputados campesinos comunes, pues los campesinos ricos son también capitalistas, que se inclinarán siempre a ofender a engañar a los braceros, jornaleros y campesinos pobres. Hay que constituir inmediatamente organizaciones especiales de estos últimos sectores de la población rural tanto dentro de los Soviets de diputados campesinos como en forma de Soviets especiales de diputados obreros agrícolas.

22) ¿Debe tomar el pueblo en sus manos las organizaciones monopolistas más importantes y más fuertes de los capitalistas, los bancos, los consorcios, etc.?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). De ninguna manera, pues eso puede perjudicar a los terratenientes y a los capitalistas.

C (s-d y s-r). Hablando en general, somos partidarios de que esas organizaciones pasen a manos de todo el pueblo, pero ahora es temprano para pensar en ello y prepararlo.

D ("bolcheviques"). Hay que *preparar* sin demora a los Soviets de diputados obreros, a los Soviets de diputados empleados de la Banca, etc., con el fin de empezar a dar los pasos prácticamente posibles y plenamente realizables, primero, para fusionar todos los bancos en un solo Banco Nacional; después, para establecer el control de los Soviets de diputados obreros sobre los bancos y los consorcios, y luego, para nacionalizarlos, es decir, para convertirlos en propiedad de todo el pueblo.

23) ¿Qué Internacional Socialista, que aplique y realice la unión fraternal entre los obreros de todos los países, necesitan ahora los pueblos?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). Hablando en general, para los capitalistas y terratenientes es nociva y peligrosa cualquier Internacional Socialista; pero si el Plejánov alemán, es decir, Scheidemann, coincide y se pone de acuerdo con el Scheidemann ruso, o sea, Plejánov; si se descubren mutuamente vestigios de conciencia socialista, nosotros, los capitalistas, debemos, quizá, aplaudir *semejante* Internacional de *semejantes* socialistas, que se colocan al lado de sus gobiernos.

C (s-d y s-r). Hace falta una Internacional Socialista que agrupe a todos: a los Scheidemann, a los Plejánov y a los "centristas", es decir, a los que vacilan entre el social chovinismo y el internacionalismo. Cuanto más revoltijo, tanta mayor "unidad": ¡viva la gran unidad socialista!

D ("bolcheviques"). Los pueblos sólo necesitan una Internacional que agrupe a los obreros verdaderamente revolucionarios, capaces de poner fin a la horrible y criminal matanza de pueblos, y que sepa liberar al género humano del yugo del capital. Únicamente hombres (grupos, partidos, etc.) como el socialista alemán Carlos Liebknecht, que se encuentra en presidio; únicamente hombres que luchen con abnegación contra su gobierno, y contra su burguesía, y contra sus socialchovinistas, y contra *su* "centro", pueden y deben formar sin demora la Internacional que necesitan los pueblos.

24) ¿Es necesario fomentar la confraternización en el frente entre los soldados de los países beligerantes?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). No. Eso perjudica los intereses de los terratenientes y capitalistas, pues puede acelerar la liberación de la humanidad de la opresión a que la tienen sometida.

C (s-d y s-r). Sí. Es útil. Pero no todos nosotros estamos firmemente convencidos de que sea necesario fomentar inmediatamente la confraternización en todos los países beligerantes.

D ("bolcheviques"). Sí. Es útil e imprescindible. Es necesario en absoluto fomentar inmediatamente en todos los países beligerantes la confraternización entre los soldados de *ambos* grupos en guerra.

25) ¿Deben los emigrados regresar a Rusia a través de Inglaterra?

A (más derechistas que los d-c) y B (d-c). Indudablemente. Si Inglaterra detiene a los internacionalistas manifiestos, enemigos de la guerra, como Trotski, nosotros, los capitalistas, nos alegraremos en nuestro fuero interno, y para distraer la atención del pueblo enviaremos un cortés telegrama al gobierno capitalista inglés con el ruego de que tenga la amabilidad de comunicarnos si la detención no es debida a una lamentable confusión.

C (s-d y s-r). Deben hacerlo. Si Inglaterra los detiene, aprobaremos la más enérgica resolución de protesta y plantearemos la cuestión en la "Comisión de Enlace".

D ("bolcheviques"). No deben hacerlo en absoluto. Inglaterra detendrá o no dejará salir de su territorio a los internacionalistas, a los enemigos de la guerra. Los capitalistas ingleses no se dejan intimidar ni con corteses telegramas ni con terribles resoluciones de protesta: son hombres prácticos. Los capitalistas ingleses deben ser derrocados, y estamos firmemente convencidos de que los derrocará la revolución obrera mundial que surge de la guerra imperialista mundial.

26) ¿Deben los emigrados regresar a Rusia a través de Alemania?

A (más derechistas que los d-c) y B (d-c). No, en absoluto. Porque, primero, pueden llegar así sin el menor peligro y con rapidez. Y segundo, eso es deshonroso, inmoral y constituye un ultraje al alma popular auténticamente rusa. Otra cosa es que los ricos, como el profesor liberal Maxim Kovalevski, organicen precisamente a través de hombres ilustres y precisamente a través del gobierno, aunque sea zarista, el canje de los rusos internados en Alemania por los alemanes internados en Rusia. Tratar de organizar ese canje no a través del gobierno, sino a través de algún socialista de izquierda de un país neutral es el colmo de la inmoralidad.

C (s-d y s-r). Es absolutamente intolerable la violenta agitación contra los socialistas que han regresado a través de Alemania y cuya honradez no pone en duda ni siquiera Deutsch, partidario de Plejánov. Pero no hemos decidido aún si se debe regresar a través de Alemania. Por una parte, ¿no convendría emprender primero una "campaña" de desenmascaramiento de Miliukov, esperar y ver hasta qué punto es inculto nuestro pueblo, hasta qué extremo puede dejarse influenciar por la violenta agitación de *Rússkaya Volia*? Por otra parte, después de la detención de Trotski en Inglaterra y del indignado telegrama de Mártov, habrá que reconocer, quizá, que es preciso regresar a través de Alemania.

D ("bolcheviques"). Hay que regresar a través de Alemania, pero observando las siguientes condiciones: 1) los socialistas de los países neutrales deben sostener negociaciones con el gobierno imperialista y firmar un protocolo acerca del viaje para que el asunto sea público, a la luz del día, para que sea posible una comprobación completa; 2) los repatriados deben presentar inmediatamente un informe al Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros y soldados, que goza de la confianza y del respeto de la mayoría de los soldados y obreros de Petrogrado.

27) ¿Qué color de la bandera correspondería al carácter y la naturaleza de los distintos partidos políticos?

A (más derechistas que los d-c). El negro, pues son verdaderas centurias negras[166].

B (d-c). El amarillo, pues ésta es la bandera internacional de lo obreros que sirven al capital en cuerpo y alma.

C (s-d y s-r). El rosado, pues toda su política es una política de agua rosada.

D ("bolcheviques"). El rojo, pues ésta es la bandera de la revolución proletaria mundial.

Este folleto fue escrito a comienzos de abril de 1917. A la pregunta de si no ha envejecido ahora, después del 6 de mayo de 1917, después de formarse el "nuevo" gobierno, el de coalición, yo respondería:

– No, pues la Comisión de Enlace no ha desaparecido, en esencia, sino que únicamente se ha mudado a otra habitación, a una habitación común con los señores ministros. Por el hecho de que los Chernov y los Tsereteli se hayan trasladado a otra habitación no han cambiado ni su política ni la política de sus partidos.

Escrito a comienzos de abril de 1917. Publicado el 6, 9 y 10 de mayo (23, 26 y 27 de abril) de 1917 en los núm. 20, 22 y 23 del periódico "Volná".

T. 31, págs. 191-206.

EL CONGRESO DE DIPUTADOS CAMPESINOS.

En el Palacio de Táurida se está celebrando desde el 13 de abril el Congreso de representantes de las organizaciones campesinas y de los Soviets de diputados campesinos, reunidos para confeccionar las normas de convocación del Soviet de diputados campesinos de toda Rusia y examinar la constitución de Soviets análogos en las distintas localidades.

Según el periódico *Dielo Naroda*[167], en el congreso toman parte representantes de más de 20 provincias.

Han sido aprobadas resoluciones sobre la necesidad de organizar con la mayor rapidez al "campesinado" de abajo "arriba". Como la "mejor forma de organización del campesinado" han sido reconocidos los "Soviets de diputados campesinos de las distintas zonas de acción".

Byjovski, miembro del Buró provisional encargado de convocar el congreso actual, ha declarado que el Congreso cooperativista de Moscú[168], en el que estaban representados 12.000.000 de miembros organizados (ó 50.000.000 de habitantes), había acordado organizar al campesinado constituyendo el Soviet de diputados campesinos de toda Rusia.

Es una obra de gigantesca importancia, que debemos apoyar con todas nuestras fuerzas. Si esa obra se lleva a cabo sin tardanza, si el campesinado, a pesar de la opinión de Shingariov, toma en sus manos inmediatamente toda la tierra por decisión de la mayoría y no por "acuerdo voluntario" con los terratenientes, saldrán ganando no sólo los soldados, que recibirán más pan y más carne, sino también la causa de la libertad.

Porque la organización de los propios campesinos indefectiblemente por la base, sin los funcionarios, sin "el control y la vigilancia" de los terratenientes y sus testaferros, es la más fiel y única garantía del éxito de la revolución, del éxito de la libertad, del éxito de la emancipación de Rusia del yugo y de la opresión de los terratenientes.

No cabe duda de que todos los miembros de nuestro partido, todos los obreros conscientes, apoyarán sin regatear energías la organización de los Soviets de diputados campesinos, se preocuparán de multiplicarlos y de robustecerlos y harán esfuerzos, por su parte, para que su labor en el seno de estos Soviets siga una orientación consecuente y estrictamente proletaria, de clase.

Para llevar a cabo esa labor es necesario unir por separado a los elementos proletarios (braceros, jornaleros, etc.) *en el seno* de los Soviets generales de campesinos u (y a veces *y*) organizar aparte Soviets de diputados braceros.

Con esto no perseguimos fraccionar las fuerzas; al contrario, para intensificar y ampliar el movimiento es necesario elevar a la capa, o más exactamente, a la clase *más "baja"*, según la terminología de los terratenientes y de los capitalistas.

Para impulsar el movimiento hay que liberarlo de la influencia de la burguesía, hay que tratar de depurarlo de las inevitables debilidades, vacilaciones y errores de la pequeña burguesía.

Hay que efectuar esta labor valiéndose de la persuasión amistosa, sin adelantarse a los acontecimientos, sin apresurarse a "consolidar" orgánicamente lo que todavía no ha sido suficientemente reconocido, meditado, comprendido y sentido *por los propios* representantes de los proletarios y semiproletarios del campo. Mas esta labor debe ser realizada, debe ser iniciada inmediatamente y por doquier.

Las cuestiones actuales palpitantes, de la propia vida, las reivindicaciones prácticas, las consignas, mejor dicho, las propuestas a plantear para centrar en ellas la *atención* de los campesinos deben ser:

La primera cuestión es la de la tierra. Los proletarios del campo serán partidarios del paso total e inmediato de toda la tierra sin excepción a todo el pueblo y de que las tierras sean puestas en el acto a disposición de los comités locales. Pero la tierra no se puede comer. Millones y millones de familias campesinas sin caballos, sin aperos, sin semillas no ganarán nada con el paso de la tierra al "pueblo".

Hay que someter inmediatamente a discusión el problema de que, si existe la más mínima posibilidad, las grandes haciendas sigan administrándose como tales bajo la dirección de los agrónomos y de los Soviets de diputados braceros, con las mejores máquinas, con semillas y aplicando los mejores métodos agrotécnicos, y adoptar medidas prácticas para ello.

No podemos ocultar a los campesinos, y con mayor motivo a los proletarios y semiproletarios del campo, que la pequeña hacienda, conservándose la

economía mercantil y el capitalismo, *no está en condiciones* de librar a la humanidad de la miseria de las masas; que es necesario *pensar* en el paso a la gran hacienda sobre bases colectivas y *emprenderlo sin tardanza*, enseñando a las masas *y aprendiendo de ellas* las medidas prácticamente convenientes para ese paso.

Otra cuestión importantísima y actual es la estructura y administración del Estado. No basta pregonar la democracia, no basta proclamarla y decretarla, no basta confiar su realización a los "representantes" del pueblo en las instituciones representativas. Hay que *edificar* la democracia inmediatamente, desde abajo, con la iniciativa de las propias masas, con su participación eficaz *en toda* la vida del Estado, sin "vigilancia" desde arriba, sin los funcionarios.

Se puede y se debe emprender inmediatamente una tarea práctica: sustituir la policía, los funcionarios y el ejército permanente por el armamento general de todo el pueblo, por la *milicia* general de todo el pueblo, en la que participen sin falta las mujeres. Cuanto mayores sean la iniciativa, la variedad, la audacia y la creatividad de las masas en esta cuestión, tanto mejor. No sólo los proletarios y semiproletarios del campo, sino las nueve décimas partes del campesinado nos seguirán, evidentemente, si somos capaces de explicar con claridad y sencillez, de un modo comprensible, con ejemplos vivos y con las enseñanzas de la vida nuestras proposiciones:

- impedir el restablecimiento de la policía;
- impedir el restablecimiento del poder omnímodo de los funcionarios, de hecho inamovibles y que pertenecen a la clase de los terratenientes o de los capitalistas;
- impedir el restablecimiento de un ejército permanente aislado del pueblo, fuente constante de todos los intentos de arrebatar la libertad, de retornar a la monarquía;
- enseñar el arte de dirigir el Estado al pueblo, hasta sus capas más bajas, no sólo por métodos librescos, sino pasando inmediatamente y por doquier a la práctica, a aplicación de la experiencia de las masas.

Democracia desde abajo, democracia sin los funcionarios, sin la policía y sin ejército permanente. Servicio social de una *milicia* integrada por todo el pueblo en armas. En eso reside la garantía de una libertad que no podrán arrebatar ni los zares, ni los bravos generales, ni los capitalistas.

"Pravda", núm. 34, 16 de abril de 1917.
T. 31, págs. 270-273.

UNA MILICIA PROLETARIA.

El 14 de abril, nuestro periódico publicó la información de un corresponsal en Kanávino, provincia de Nizhni Nóvgorod, según la cual "*prácticamente en todas las fábricas había sido creada una milicia obrera pagada por la administración de cada empresa*".

En el distrito de Kanávino hay, nos informa el corresponsal, 16 fábricas con unos 30.000 obreros, sin contar los ferroviarios. Por lo tanto, la organización de una milicia obrera pagada por los capitalistas abarca un número considerable de las más grandes empresas del lugar.

La organización de una milicia obrera pagada por los capitalistas es una medida que tiene una importancia enorme -no será exageración decir gigantesca y decisiva-, tanto desde el punto de vista práctico como desde el punto de vista de los principios. La revolución no puede ser garantizada, sus conquistas no pueden ser aseguradas, su desarrollo ulterior es *imposible*, si esa medida no se generaliza, si no se aplica a fondo, si no se implanta en todo el país.

Los republicanos burgueses y terratenientes, que se han hecho republicanos una vez convencidos de que era imposible dominar al pueblo *de otro modo*, se esfuerzan por instituir una república lo más monárquica posible, por el estilo de la que existe en Francia, que Schedrín llamó una república sin republicanos.

Lo principal para los terratenientes y capitalistas actualmente, cuando se han convencido de la fuerza de las masas revolucionarias, *es conservar* las instituciones más importantes del antiguo régimen, conservar los viejos instrumentos de opresión: la policía, la burocracia, el ejército regular. Se esfuerzan por reducir la "milicia civil" a una institución al viejo estilo, es decir, a pequeños destacamentos de hombres armados desvinculados del pueblo, lo más próximos posible a la burguesía y bajo el mando de elementos burgueses.

El programa mínimo de la socialdemocracia exige la sustitución del ejército regular por el armamento general del pueblo. No obstante, la mayoría de los socialdemócratas oficiales de Europa y la mayoría de los dirigentes mencheviques rusos han "olvidado" o dejado de lado el programa del partido, sustituyendo el internacionalismo por el chovinismo ("defensismo"), la táctica revolucionaria por el reformismo.

Pero ahora más que nunca, en el momento revolucionario actual, es necesario que se realice el armamento de todo el pueblo. Sería un mero engaño y un subterfugio afirmar que habiendo un ejército revolucionario no hay necesidad de armar al proletariado o que "no hay suficientes armas". Se trata de empezar a organizar inmediatamente una milicia general, de modo que cada uno aprenda a manejar las armas, aun cuando "no las haya suficientes", pues no es necesario que todo el mundo tenga un arma. Todos sin excepción deben aprender a manejar las armas; todos sin excepción deben pertenecer a la milicia llamada a sustituir a la policía y al ejército regular.

Los obreros no quieren un ejército divorciado del pueblo, quieren que los soldados y obreros *se fusionen* en una milicia única que abarque a todo el pueblo.

De otro modo seguirá en pie el aparato de opresión, listo para servir hoy a Guchkov y a sus amigos, los generales contrarrevolucionarios, y mañana quizá a Radko Dimitriev o a cualquier pretendiente al trono y a la proclamación de una monarquía plebiscitaria.

Hoy los capitalistas necesitan una república, pues de otra manera no pueden "manejar" al pueblo. Pero lo que necesitan es una república "parlamentaria", es decir, una república en la cual la democracia se limite a *elecciones* democráticas, al derecho de enviar al Parlamento a personas que, dicho con una frase muy atinada y certera de Marx, *representan* al pueblo y *oprimen* al pueblo[169].

Los oportunistas de la socialdemocracia contemporánea, que han sustituido a Marx por Scheidemann, se han aprendido de memoria el precepto de que "debe utilizarse" el parlamentarismo (eso es indiscutible); pero han olvidado las enseñanzas de Marx acerca de la democracia proletaria a *diferencia* del parlamentarismo burgués.

El pueblo necesita la república para que las masas se eduquen en los métodos de la democracia. Necesitamos no sólo una representación de tipo democrático, sino también la administración del Estado por abajo, por las propias masas, la participación efectiva de éstas en toda la vida del

Estado, su papel activo en la dirección. Sustituir los viejos órganos de opresión -la policía, la burocracia, el ejército regular- por el armamento de todo el pueblo, por una milicia realmente general: ése es el único camino que garantizará al país un máximo de seguridad contra la restauración de la monarquía, que le *permitirá* avanzar consecuente, firme y resueltamente hacia el socialismo, no "implantándolo" desde arriba, sino elevando a las grandes masas de proletarios y semiproletarios hasta el arte de gobernar el Estado, hasta la facultad de disponer de *todo* el poder del Estado.

El servicio social representado por una policía, que está por encima del pueblo, por los burócratas, que son los servidores más fieles de la burguesía, y por un ejército regular bajo el mando de terratenientes y capitalistas: éste es el ideal de la república parlamentaria burguesa la cual pretende eternizar el dominio del capital.

El servicio social representado por una milicia popular realmente general, compuesta de hombres y mujeres, una milicia capaz de sustituir en parte a los burócratas, y la observancia del principio de que todos los funcionarios públicos sean electivos y amovibles en cualquier momento, retribuidos no según las normas del "señor", del burgués, sino según las normas proletarias: ése es el ideal de la clase obrera.

Este ideal no sólo es parte de nuestro programa, no sólo ha sido registrado en la historia del movimiento obrero de Occidente, concretamente en la experiencia de la Comuna de París, no sólo ha sido valorado, subrayado, explicado y recomendado por Marx, sino que fue puesto ya en práctica por los obreros rusos en los años 1905 y 1917,

Los Soviets de diputados obreros, por su significación, por el tipo de gobierno que ellos crean, son instituciones precisamente de esa forma de democracia que elimina los viejos órganos de opresión y toma el camino de una milicia de todo el pueblo.

Pero, ¿cómo hacer que la milicia sea de todo el pueblo, cuando los proletarios y semiproletarios pasan todo su tiempo en las fábricas, trabajando como forzados en beneficio de los capitalistas y terratenientes?

Hay un solo medio: la milicia obrera debe ser pagada por los capitalistas.

Los capitalistas deben pagar a los obreros las horas o días que éstos consagran al servicio social.

Las propias masas obreras empiezan a tomar este certero camino. La experiencia de los obreros de Nizhn Nóvgorod debe servir de ejemplo a toda Rusia.

¡Camaradas obreros! ¡Convenced a los campesinos y al resto del pueblo de la necesidad de crear una milicia general en lugar de la policía y la vieja burocracia! ¡Implantad esa milicia y sólo ésa! ¡Implantadla por medio de los Soviets de diputados obreros, por medio de los Soviets de diputados campesinos, por medio de los órganos municipales que estén en manos de la clase obrera! ¡No os deis por satisfechos, en modo alguno, con una milicia burguesa! ¡Incorporad a las mujeres a los servicios públicos, en pie de igualdad con los hombres! ¡Conseguid sin falta que los capitalistas paguen a los obreros los días que éstos dediquen al servicio social en la milicia!

¡Aprended los métodos de la democracia en la práctica, en seguida, vosotros mismos, desde abajo; incitad a las masas a que participen efectiva e inmediatamente y de modo general en la dirección! Esto y sólo esto asegurará el triunfo completo de la revolución y su avance firme, preciso y consecuente.

"Pravda" núm. 36, 3 de mayo (20 de abril) de 1917.

T. 31, págs. 286-289.

UN PROBLEMA FUNDAMENTAL.

(Como razonan los socialistas que se han pasado a la burguesía)

El señor Plejánov lo explica perfectamente. En su carta "con motivo del Primero de Mayo" a la "Cohorte de estudiantes socialistas", publicada hoy en *Riech*, *Dielo Naroda* y *Edinstvo*, dice:

> "El (Congreso Socialista Internacional de 1889) comprendió que la revolución social, o mejor dicho, socialista, presupone una amplia labor de esclarecimiento y organización en el seno de la clase obrera. Esto ha sido olvidado ahora por los hombres que llaman a las masas trabajadoras rusas a tomar el poder político, lo que sólo tendría sentido si se diesen las condiciones objetivas necesarias para la revolución social. Estas condiciones aún no existen..."

Y así sucesivamente, hasta terminar en un llamado para que se preste "unánime apoyo" al Gobierno Provisional.

Este razonamiento del señor Plejánov es el razonamiento típico de un puñado de la "ex élite" que se llaman a sí mismos socialdemócratas. Y porque es típico, merece la pena analizarlo detenidamente.

En primer lugar, ¿es razonable y honrado referirse al Primer Congreso de la II Internacional y no al último?

El Primer Congreso de la II Internacional (1889-1914) se celebró en 1889, el último tuvo lugar en Basilea en 1912. El Manifiesto de Basilea, que fue adoptado por *unanimidad*, habla en forma directa, precisa, clara y definida (de modo tal que ni los mismos señores Plejánov pueden tergiversar el sentido) de una *revolución proletaria* y *precisamente en relación* con la misma guerra que estalló en 1914.

No es difícil comprender por qué esos socialistas que se han pasado a la burguesía son propensos a "olvidar" todo el Manifiesto de Basilea, o ese pasaje, el más importante.

> En segundo lugar, la toma del poder político por las "masas trabajadoras rusas -escribe nuestro autor- sólo tendría sentido si se diesen las condiciones necesarias para la revolución social".

Esto es un embrollo, no una idea.

Admitamos *incluso* que la palabra "social" es una errata por "socialista"; éste no es el único embrollo. ¿De qué clases se componen las masas trabajadoras rusas? Todo el mundo sabe que están formadas por obreros y campesinos. ¿Cuál de estas clases es mayoría? Los campesinos. ¿Quiénes son estos campesinos por su posición de clase? Pequeños propietarios. Surge la pregunta: si los pequeños propietarios forman la mayoría de la población y si faltan las condiciones objetivas para el socialismo, entonces, ¡¿cómo *puede* la mayoría de la población declararse partidaria del socialismo?! ¡¿Quién *puede* hablar o quién habla de implantar el socialismo contra la voluntad de la mayoría?!

El señor Plejánov se ha armado un lío del modo más ridículo.

Caer en una situación ridícula es el castigo menor para un hombre que, siguiendo el ejemplo de la prensa capitalista, crea un "enemigo" con su propia imaginación en vez de citar fielmente las palabras de uno u otro adversario político.

Continuemos. ¿En manos de quién debe estar el "poder político", *aun* desde el punto de vista de un vulgar demócrata burgués de *Riech*? En manos de la mayoría de la población. ¿Constituyen las "masas trabajadoras rusas", de las que habla con tan poca fortuna nuestro embrollado socialchovinista, la mayoría de la población en Rusia? ¡Indiscutiblemente una mayoría aplastante!

¿Cómo, entonces, sin traicionar a la democracia, incluso la democracia como la concibe Miliukov, *se puede* estar en contra de la "toma del poder político" por las "masas trabajadoras rusas"?

El abismo llama al abismo. A cada paso que damos en nuestro análisis, descubrimos en las ideas del señor Plejánov nuevos abismos de confusión.

¡El socialchovinista está en contra de que el poder político pase a manos de la mayoría de la población en Rusia!

El señor Plejánov ha oído campanas y no sabe dónde. Ha confundido también las "masas trabajadoras" con la masa de los proletarios y semiproletarios[170], a pesar de que ya en 1875 Marx prevenía especialmente contra esa confusión. Explicaremos la diferencia al ex marxista señor Plejánov.

¿Puede la mayoría de los campesinos en Rusia exigir y realizar la nacionalización de la tierra? Indudablemente que puede. ¿Sería eso una revolución socialista? No. Sería *todavía* una revolución burguesa, pues la nacionalización de la tierra es una medida compatible con la existencia del capitalismo. Es, sin embargo, un *golpe* a la propiedad

privada de un importantísimo medio de producción. Y ese golpe *fortalecería* a los proletarios y semiproletarios muchísimo más si comparamos con todas las revoluciones de los siglos XVII, XVIII y XIX.

Sigamos. ¿Puede la mayoría de los campesinos en Rusia abogar por la fusión de todos los bancos en un banco único? ¿Puede abogar por tener en cada aldea una sucursal de un único Banco Nacional del Estado?

Puede, pues las ventajas y comodidades de semejante medida para el pueblo son indiscutibles. *Hasta* "los defensistas" pueden estar por esa medida, pues con ella se eleva enormemente la capacidad de Rusia para la "defensa".

¿Sería económicamente posible implantar inmediatamente esa fusión de todos los bancos? Es perfectamente posible, sin duda.

¿Sería eso una medida socialista? No, eso *no es todavía* el socialismo.

Continuemos. ¿Podría la mayoría de los campesinos en Rusia abogar por que el consorcio de azúcar pase a manos del gobierno, que sea controlado por los obreros y los campesinos y que el precio del azúcar sea rebajado?

Puede, sin duda, pues esto conviene a la mayoría del pueblo.

¿Sería económicamente posible? Es perfectamente posible, pues el consorcio de azúcar no sólo se ha desarrollado económicamente en un único organismo industrial a escala nacional, sino que *ha estado ya*, bajo el zarismo, sujeto al control del "Estado" (es decir, de funcionarios al servicio de los capitalistas).

¿Sería una medida socialista la toma de posesión del consorcio por el Estado democrático burgués, campesino?

No, eso no es todavía el socialismo. El señor Plejánov podría haberse convencido fácilmente de ello si hubiese recordado los axiomas del marxismo comúnmente conocidos.

Cabe preguntar: ¿Esas medidas como la fusión de los bancos, el paso del consorcio de azúcar a manos del gobierno democrático, campesino, *refuerzan* o *debilitan* la importancia, el papel, la influencia de los proletarios y semiproletarios en el conjunto de la masa de la población?

Los refuerzan, indudablemente, porque estas medidas no son de "pequeños propietarios" y su posibilidad se debe precisamente a las "condiciones objetivas" que faltaban aún en 1889, pero que ahora *ya existen*.

Esas medidas refuerzan inevitablemente la importancia, el papel y la influencia que tienen entre la población, más que nadie, los obreros urbanos, vanguardia de los proletarios y semiproletarios de la ciudad y del campo.

Después que esas medidas sean puestas en práctica será perfectamente posible el *progreso* ulterior hacia el socialismo en Rusia, y con la ayuda prestada a nuestros obreros por sus compañeros más avanzados y experimentados de Europa Occidental, que han roto con sus respectivos Plejánov, el paso de Rusia al *verdadero* socialismo será *inevitable* y el éxito de ese paso, *asegurado*.

Así es cómo debe razonar todo marxista y todo socialista que no se haya pasado al campo de "su" burguesía nacional.

Escrito el 20 de abril (3 de mayo) de 1917. Publicado el 4 de mayo (21 de abril) de 1917, en el núm. 37 del periódico "Pravda".

T. 31, págs. 300-303.

EL DEFENSISMO DE BUENA FE HACE ACTO DE PRESENCIA.

Los acontecimientos registrados en Petrogrado durante los últimos días, sobre todo ayer, muestran patentemente cuánta razón teníamos al hablar del defensismo "de buena fe" de las *masas*, a diferencia del defensismo de los jefes y de los partidos.

El grueso de la población está compuesto de proletarios, semiproletarios y campesinos pobres. Es la inmensa mayoría del pueblo. *Estas* clases no están interesadas, efectivamente, en las anexiones, en la política imperialista, en los beneficios del capital bancario, en las ganancias que proporcionan los ferrocarriles de Persia, en los puestos lucrativos en Galitzia o en Armenia, en la restricción de la libertad en Finlandia; dichas clases *no* están interesadas en nada de eso.

Mas todo ello, tomado en su conjunto, representa precisamente lo que en la ciencia y en los periódicos se denomina de ordinario política imperialista, anexionista, rapaz.

El quid de la cuestión está en que los Guchkov, los Miliukov y los Lvov -aun en el caso de que todos ellos fueran personalmente dechados de virtudes, de desinterés y de amor al prójimo- son representantes, jefes y mandatarios de la clase de los capitalistas, y esta clase está interesada en la política anexionista y rapaz. Esta clase ha invertido miles de millones "en la guerra" y gana centenares de millones "con la guerra" y las anexiones (es decir, con la supeditación violenta o la *incorporación* violenta de naciones ajenas).

Confiar en que la *clase* de los capitalistas puede "corregirse", dejar de ser la clase capitalista y renunciar a sus ganancias es una esperanza ilusoria, un sueño vaho, que, en la práctica, se convierte en un engaño al pueblo. Solamente los políticos pequeñoburgueses, que vacilan entre la política capitalista y la proletaria, pueden abrigar o apoyar semejantes esperanzas ilusorias. En esto consiste precisamente el error de los jefes actuales de los partidos populistas y de los mencheviques, de Chjeídze, Tsereteli, Chernov y demás.

Las masas de defensistas no conocen en absoluto la política: no han podido aprender política en los libros, ni participando en la Duma de Estado, ni observando de cerca a los hombres que hacen política.

Las masas de defensistas no saben aún que la guerra la hacen los *gobiernos*, que los gobiernos expresan los intereses de unas u otras clases, que la guerra actual la hacen los capitalistas de ambos grupos de potencias beligerantes en defensa de los intereses y objetivos bandidescos de los capitalistas.

Como ignoran eso, las masas de defensistas razonan simplemente: nosotros no queremos anexiones, reclamamos una paz democrática, no queremos pelear por Constantinopla, por la estrangulación de Persia, por el saqueo de Turquía, etc., "exigimos" que el Gobierno Provisional renuncie a las anexiones.

Las masas de defensistas quieren *sinceramente* eso, no en el sentido personal, sino en el de clase, pues representan a clases que *no están interesadas* en las anexiones. Sin embargo, las masas de defensistas ignoran que los capitalistas y el gobierno de los capitalistas pueden renunciar de palabra a las anexiones, pueden "salir del paso" con promesas y bellas palabras, pero, *en realidad*, *no* pueden renunciar a las anexiones.

Esa es la razón de que las masas de defensistas se hayan indignado con tanta fuerza y con tanta razón al conocer la nota del 18 de abril del Gobierno Provisional.

Las personas duchas en política no podían sorprenderse por esta nota, pues saben perfectamente que todas las "renuncias a las anexiones" por parte de los capitalistas son pura evasiva, no más que subterfugios y frases habituales de diplomáticos.

Pero las masas de defensistas "de buena fe" han quedado sorprendidas, irritadas y rebosantes de indignación. *Han sentido* -no lo han comprendido aún con toda claridad, pero lo han sentido- que han sido engañadas.

En esto consiste la *esencia* de la crisis, que debe distinguirse rigurosamente de las opiniones, esperanzas y suposiciones de las personas y los partidos.

Se puede, naturalmente, "tapar" esta crisis por corto tiempo con una nueva declaración, con una nueva nota, con una nueva evasiva (a eso se reducen el consejo del señor Plejánov en *Edinstvo* y las aspiraciones de los Miliukov y Cía., por un lado, y de Chjeídze, Tsereteli y demás, por otro); se puede, naturalmente, "tapar" la grieta con una nueva "evasiva"; pero de ello no resultará nada, excepto perjuicios. Porque, con una nueva evasiva, las masas serán engañadas inevitablemente; será inevitable un

nuevo estallido de indignación, y si este estallido es inconsciente, puede fácilmente resultar muy perjudicial.

Hay que decir toda la verdad a las masas. El gobierno de los capitalistas *no* puede renunciar a las anexiones; se ha enredado, no tiene salida. Siente, comprende y ve que sin medidas revolucionarias (de las que es capaz únicamente la clase revolucionaria) *no hay salvación*. Y da bandazos, comete locuras, promete una cosa y hace otra, tan pronto amenaza a las masas con la violencia (Guchkov y Shingariov), como les propone que tomen el poder de sus manos.

Ruina, crisis, horrores de la guerra, una situación sin salida: a eso han conducido los capitalistas a *todos* los pueblos.

No hay, en efecto, salida, *si se exceptúa* el paso del poder a la clase revolucionaria, al proletariado revolucionario, único capaz -siempre que le apoye la mayoría de la población- de ayudar al éxito de la revolución en *todos* los países beligerantes y de llevar al género humano a una paz duradera, a la liberación del yugo capitalista.

"Pravda", núm. 38, 5 de mayo (22 de abril) de 1917.

T. 31, págs. 314-316.

LAS ENSEÑANZAS DE LA CRISIS.

Petrogrado y toda Rusia han vivido una seria crisis política, la primera crisis política desde la revolución.

El 18 de abril, el Gobierno Provisional aprobó su nota, tristemente célebre, confirmando los rapaces objetivos anexionistas de la guerra con claridad suficiente para provocar la indignación de las amplias masas, que habían creído honradamente en los deseos (y la capacidad) de los capitalistas de "renunciar a las anexiones". El 20 y 21 d€ abril Petrogrado era un hervidero. Las calles estaban llenas de gente; día y noche se formaban por doquier pequeños y grandes grupos y se celebraban mítines de variadas proporciones; no cesaban las manifestaciones y demostraciones de masas. Según parece, la crisis, o al menos su primera etapa, ha terminado ayer, el 21 de abril, por la noche. El Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros y soldados, y a continuación el propio Soviet, han declarado satisfactorias las "explicaciones", las enmiendas a la nota, las "aclaraciones" del gobierno (que se reducen a frases quo no dicen absolutamente nada, ni cambian nada, ni obligan a nada[171]) y han dado por "terminado el incidente".

El futuro mostrará si las amplias masas del pueblo consideran "terminado el incidente". Nuestra misión consiste ahora en estudiar atentamente qué *fuerzas*, qué clases se han revelado en la crisis y sacar de ello enseñanzas para el partido del proletariado. Porque la gran importancia de toda crisis consiste en que pone al descubierto lo oculto, deja a un lado lo convencional, lo superficial y mezquino, barre la escoria política y revela los verdaderos resortes de la *lucha de clases* que se libra en realidad.

Con su nota del 18 de abril, el gobierno de los capitalistas no hizo más, en rigor, que reiterar sus notas anteriores, en las que recubría la guerra imperialista con salvedades diplomáticas. Las masas de soldados se indignaron, pues creían honradamente en la sinceridad y en el deseo de paz de los capitalistas. Las manifestaciones empezaron como manifestaciones de *soldados* con una consigna contradictoria, inconsciente e incapaz de conducir a parte alguna: "¡Abajo Miliukov!" (¡como si un cambio de personas o de grupos pudiera cambiar la *esencia* de la política!).

Esto significa que la gran masa inestable y vacilante, la más próxima al campesinado y pequeñoburguesa en un sentido científico clasista, *se apartó* de los capitalistas y se puso *de lado* de los obreros revolucionarios. Esta fluctuación o movimiento de las masas, capaces por su fuerza de *decidirlo todo*, es precisamente lo que produjo la crisis.

Inmediatamente comenzaron a ponerse en movimiento, a actuar en la calle y a organizarse *no* los elementos intermedios, sino los extremos, *no* la masa pequeñoburguesa intermedia, sino la burguesía y el proletariado.

La burguesía ocupa la Avenida Nevski (la avenida "Miliukov", como dijo un periódico) y los barrios adyacentes del Petrogrado rico, del Petrogrado de los capitalistas y los funcionarios. Oficiales, estudiantes y "clases medias" se manifiestan *a favor* del Gobierno Provisional, y entre las consignas se encuentra con frecuencia en las banderas una inscripción: "¡Abajo Lenin!"

El proletariado se lanza a la calle desde sus centros, desde los suburbios obreros, organizado en torno a los llamamientos y las consignas del Comité Central de nuestro partido. El 20 y 21, el Comité Central adopta resoluciones que el aparato de la organización hace llegar inmediatamente a las masas del proletariado. Las manifestaciones obreras inundan los barrios no ricos y menos céntricos de la ciudad; y, después, penetran por partes en la Nevski. Las manifestaciones de los proletarios se distinguen a todas luces de las de la burguesía porque abarcan a mayores masas y están más unidas. En sus banderas se lee entre otras inscripciones: "¡Todo el poder al Soviet de diputados obreros y soldados!"

En la Nevski se producen choques. Las banderas de las manifestaciones "contrarias" son desgarradas. Desde distintos lugares se comunica por teléfono al Comité Ejecutivo que ambos bandos han disparado y hay muertos y heridos; las noticias, no comprobadas, son contradictorias en extremo.

La burguesía expresa con gritos sobre "el espectro de la guerra civil" su temor a que las verdaderas masas, la verdadera mayoría del pueblo, tomen el poder en sus manos. Los líderes pequeñoburgueses del Soviet, los mencheviques y los populistas, que ni después de la revolución, en general, ni durante los días de la crisis, en particular, han tenido una línea de

partido bien definida, se dejan amedrentar. En el Comité Ejecutivo, donde la víspera había votado casi la mitad contra el Gobierno Provisional, se reúnen 34 votos (frente a 19) *a favor* del retorno a la política de confianza en los capitalistas y de conciliación con ellos.

Se da por "terminado" el "incidente".

¿Cuál es el fondo de la lucha de clases? Los capitalistas están *a favor* de la prolongación de la guerra, quieren en cubrirlo con frases y promesas; están presos en las redes del capital bancario ruso, anglo-francés y *norteamericano*. El proletariado, representado por su vanguardia consciente, está *a favor* de que el poder pase a la clase revolucionaria, a la clase obrera y los semiproletarios; *a favor* del desarrollo de la revolución obrera mundial, que crece evidentemente también en Alemania, *a favor* de la terminación de la guerra por medio de *esa* revolución.

La gran masa, principalmente pequeñoburguesa, que presta crédito aún a los líderes mencheviques y populistas, que está asustada hasta la médula por la burguesía y sigue, con algunas reservas, la línea de *ésta*, oscila tan pronto a la derecha como a la izquierda.

La guerra es espantosa. Las amplias masas son precisamente las que más lo sienten; es en sus filas donde cunde la conciencia todavía no clara, ni mucho menos, de que esta guerra es criminal, de que su causa son las rivalidades y discordias de los capitalistas por el reparto de su botín. La situación mundial se embrolla más y más. *No hay otra salida* que la revolución obrera mundial, que en Rusia ha adelantado *actualmente* a otros países, pero que también en Alemania hace avances visibles (huelgas, confraternización en el frente). Y las masas vacilan entre la confianza en sus antiguos señores, los capitalistas, y la cólera contra ellos; entre la confianza en la clase nueva, que abre el camino de un porvenir luminoso para todos los trabajadores, en la única clase consecuentemente revolucionaria, el proletariado, y la comprensión confusa de su papel histórico-mundial.

¡No es ésta la primera *ni tampoco la última* vacilación de la masa pequeñoburguesa y semiproletaria!

¡La enseñanza es clara, camaradas obreros! El tiempo no espera. Tras la primera crisis vendrán otras. ¡Consagrad *todas* las fuerzas a ilustrar a los rezagados, a estrechar en masa las relaciones fraternales y directas (no sólo en los mítines) con cada regimiento, con cada grupo de las capas trabajadoras que no ven todavía claro! ¡Consagrad todas las fuerzas a vuestra propia cohesión, a organizar a los obreros de abajo arriba, hasta el último distrito, hasta la última fábrica, hasta la última barriada de la capital y sus suburbios! ¡*No* os dejéis desorientar por los "conciliadores" pequeñoburgueses, dispuestos a pactar con los capitalistas, por los defensistas, por los partidarios de la "política de apoyo", ni por individuos aislados, inclinados a apresurarse y a exclamar, antes de haber logrado una sólida cohesión de la mayoría del pueblo: "¡Abajo el Gobierno Provisional!" La crisis no puede ser superada por la violencia de algunas personas aisladas sobre otras, mediante acciones parciales de pequeños grupos armados, mediante intentonas blanquistas de "conquista del poder", "detención" del Gobierno Provisional, etc.

La consigna del momento es: explicar con mayor exactitud, claridad y amplitud la línea del proletariado, *su* camino para poner fin a la guerra. ¡Formad por doquier más firme y ampliamente las filas y columnas proletarias! ¡Cerrad filas alrededor de vuestros Soviets y, dentro de ellos, tratad de unir en torno vuestro a la mayoría mediante la persuasión fraternal y la renovación de algunos de sus miembros!

Escrito el 22 de abril (5 de mayo) de 1917. Publicado el 6 de mayo (23 de abril) de 1917 en el núm. 39 del periódico "Pravda".

T. 31, págs. 324-327.

QUE ENTIENDE POR "IGNOMINIA" LOS CAPITALISTAS Y QUE ENTIENDEN POR "IGNOMINIA" LOS PROLETARIOS.

Edinstvo de hoy publica en primera plana, y en negrilla, un manifiesto firmado por los señores Plejánov, Deutsch y Zasúlich. En él leemos:

> "...Todo pueblo tiene derecho a disponer libremente de sus destinos. Con esto no estarán jamás de acuerdo Guillermo de Alemania ni Carlos de Austria. Al combatir contra ellos, defendemos nuestra libertad y la ajena. Rusia no puede ser desleal a sus aliados. Eso cubriría a nuestro país de ignominia..."

Así opinan todos los capitalistas. Para ellos es ignominia no respetar los tratados concertados *entre* los capitalistas, del mismo modo que los monarcas consideran ignominioso no cumplir los tratados concertados entre monarcas.

¿Y los obreros? ¿Consideran también ellos una ignominia el incumplimiento de los tratados sellados entre monarcas y capitalistas?

¡Naturalmente que no! Los obreros conscientes están *a favor* de la anulación de *todos* los tratados de esta índole y por el reconocimiento únicamente de los acuerdos concluidos *entre los obreros y soldados de todos* los países no en interés de los capitalistas, sino en interés del pueblo, es decir, en interés de los obreros y campesinos pobres.

Entre los obreros de todos los países *existe* otro tratado: el Manifiesto de Basilea de 1912 (firmado también y traicionado por Plejánov). En este "tratado" de los obreros se califica de "crimen" el que los trabajadores de los distintos países disparen unos contra otros en aras de las ganancias de los capitalistas.

Quienes escriben *Edinstvo* discurren como capitalistas (*Riech* y demás discurren exactamente igual), y no como obreros.

Es completamente lógico que ni el monarca alemán ni el monarca austriaco reconozcan la libertad de cada pueblo, pues ambos son bandoleros coronados, como Nicolás II. Pero, en primer lugar, los monarcas inglés, italiano y demás ("aliados" de Nicolás II) no son nada mejores. Y quien olvide esto es un monárquico o un abogado de los monárquicos.

En segundo lugar, los bandoleros *no* coronados, es decir, los capitalistas, han mostrado en la guerra actual no ser nada mejores que los monarcas. ¿Es que la "democracia" norteamericana, es decir, los capitalistas democráticos, no han saqueado Filipinas y no están saqueando México?

Los Guchkov y los Miliukov alemanes, si sustituyeran a Guillermo II, serían *también* bandoleros, no mejores que los capitalistas ingleses o rusos.

Y en tercer lugar, ¿es que los capitalistas rusos "aceptarán" la "libertad" de los pueblos oprimidos por ellos: Armenia, Jiva, Ucrania y Finlandia?

Al eludir esta cuestión, quienes escriben *Edinstvo* se convierten, de hecho, en defensores de "sus" capitalistas en su guerra rapaz contra otros capitalistas.

Los obreros internacionalistas del mundo entero están por el derrocamiento de *todos* los gobiernos capitalistas, contra todo pacto y todo entendimiento con los capitalistas, cualesquiera que sean, por una *paz general* concertada por los *obreros revolucionarios de todos* los países y capaz de garantizar realmente la libertad a "cada" pueblo.

Escrito el 22 de abril (5 de mayo) de 1917. Publicado el 6 de mayo (23 de abril) de 1917 en el núm. 39 del periódico "Pravda".

T. 31, págs. 328-329.

VII CONFERENCIA DE TODA RUSIA DEL POSD(B)R.

24-29 de abril (7-12 de mayo) de 1917

1. Discurso de apertura de la conferencia, 24 de abril, (7 de mayo).

Camaradas: Nuestra conferencia se reúne como la I Conferencia del partido proletario en condiciones de avance no sólo de la revolución rusa, sino también de la revolución internacional. Llega la hora en que se justifica por doquier la afirmación de los fundadores del socialismo científico y la previsión unánime de los socialistas reunidos en el Congreso de Basilea de que la guerra mundial conduce inevitablemente a la revolución.

En el siglo XIX, Marx y Engels, observando el movimiento proletario de los distintos países y analizando las posibles perspectivas de la revolución social, afirmaron más de una vez que los papeles de dichos países se repartirían, en general, proporcionalmente, conforme a las peculiaridades históricas nacionales de cada uno de ellos. Esta idea, formulada brevemente, la expresaron así: el obrero francés comenzará la obra y el alemán la llevará a cabo.

Al proletariado ruso le ha correspondido el gran honor de empezar, pero no debe olvidar que su movimiento y su revolución son solamente una parte del movimiento proletario revolucionario mundial, que en Alemania, por ejemplo, aumenta de día en día con fuerza creciente. Sólo desde este ángulo visual podemos determinar nuestras tareas.

Declaro abierta la Conferencia de toda Rusia y ruego que se proceda a elegir la Mesa.

Publicado en forma de reseña el 12 mayo (29 de abril) de 1917 en el núm. 43 del periódico "Sotsial-Demokrat". Publicado íntegramente por vez primera en 1921 en las "Obras" N. Lenin (V. Uliánov), t. XIV, parte 2.

T. 31, págs. 341.

2. Informe sobre el momento actual, 24 de abril, (7 de mayo).

Acta taquigráfica.

Camaradas: Al abordar el problema del momento actual y enjuiciarlo, tendré que abarcar un tema extraordinariamente extenso, que se divide, a mi parecer, en tres partes: primero, apreciación de la situación política propiamente dicha en nuestro país, en Rusia, actitud ante el gobierno y ante la dualidad de poderes; segundo, actitud ante la guerra, y tercero, situación creada en el movimiento obrero internacional, que le ha colocado directamente, hablando en escala mundial, ante la revolución socialista.

Creo que sólo podré tocar brevemente algunos de estos puntos. Además, he de someter a vuestra consideración un proyecto de resolución sobre todas estas cuestiones, si bien haciendo la salvedad de que la extrema escasez de fuerzas de que disponemos y la crisis política surgida aquí, en Petrogrado, nos han impedido no sólo discutir esta resolución, sino ni siquiera comunicarla a su debido tiempo a las distintas organizaciones locales. Repito, pues, que no se trata más que de proyectos preliminares, que facilitarán el trabajo de la comisión y le permitirán concentrarse en algunas de las cuestiones más sustanciales.

Comienzo por la primera cuestión. Si no estoy equivocado, la Conferencia de Moscú ha aprobado la misma resolución que la Conferencia de Petrogrado (*Voces*: "¡Con enmiendas!"). No he visto esas enmiendas y, por tanto, no puedo juzgar. Pero como la resolución de Petrogrado ha sido publicada en *Pravda*, puedo considerar, si no hay objeciones, que es conocida de todos. Esta resolución es la que someto hoy, como proyecto, a la presente Conferencia de toda Rusia.

La mayoría de los partidos del bloque pequeñoburgués que reina en el Soviet de Petrogrado presenta nuestra política, a diferencia de la suya, como una política de pasos precipitados. Nuestra política se distingue por el hecho de que exigimos, ante todo, una exacta definición de clase de lo que está ocurriendo. El pecado capital del bloque pequeñoburgués consiste en que oculta al pueblo, valiéndose de frases hueras, la verdad acerca del carácter de clase del gobierno.

Si los camaradas de Moscú tienen enmiendas que presentar, podrían leerlas ahora.

(*Lee la resolución de Conferencia de la ciudad de Petrogrado sobre la actitud ante el Gobierno Provisional*.)

"Considerando:

"1) que el Gobierno Provisional es, por su

carácter de clase, un órgano de dominación de los terratenientes y de la burguesía;

"2) que este gobierno y las clases por él representadas se hallan ligados de modo indisoluble, económica y políticamente al imperialismo ruso y anglo-francés;

"3) que inclusive el programa anunciado por él lo cumple de modo incompleto y sólo bajo la presión del proletariado revolucionario y, en parte, de la pequeña burguesía;

"4) que las fuerzas de la contrarrevolución burguesa y terrateniente que se organizan, encubriéndose con la bandera del Gobierno Provisional y, con la evidente tolerancia de éste, han iniciado ya el ataque contra la democracia revolucionaria;

"5) que el Gobierno Provisional difiere la convocatoria de elecciones a la Asamblea Constituyente, pone obstáculos al armamento general del pueblo, impide que toda la tierra pase a manos del pueblo, le impone el método terrateniente de solución del problema agrario, frena la implantación de la jornada de ocho horas, favorece la agitación contrarrevolucionaria (de Guchkov y Cía.) en el ejército, organiza a los altos oficiales contra los soldados, etc..."

He leído la primera parte de la resolución, que contiene la característica de clase del Gobierno Provisional. Las divergencias con la resolución de los moscovitas, en cuanto puede juzgarse sólo por el texto, no creo que sean muy sustanciales; pero considero que caracterizar en general al gobierno como contrarrevolucionario sería inexacto. Cuando se habla en general, hay que aclarar a qué revolución nos referimos. Desde el punto de vista de la revolución burguesa, no puede decirse eso puesto que ha terminado ya. Desde el punto de vista de la revolución proletaria campesina, es prematuro decirlo, pues no podemos estar seguros de que los campesinos vayan sin falta más allá que la burguesía; y, a mi juicio, es infundado expresar nuestra seguridad en el campesinado, sobre todo ahora, cuando ha virado hacia el imperialismo y el defensismo, es decir, hacia el apoyo a la guerra. Y ahora ha entrado en una serie de acuerdos con los demócratas-constitucionalistas. Por eso considero incorrecto políticamente este punto de la resolución de los camaradas moscovitas. Queremos que el campesinado vaya más allá que la burguesía, que tome la tierra a los terratenientes, pero hoy no puedo decirse nada concreto sobre su conducta futura.

Nosotros rehuimos cuidadosamente las palabras "democracia revolucionaria". Cuando se trata de una agresión del gobierno, puede hablarse así; pero, en la actualidad, esa frase encubre el mayor de los engaños, ya que es dificilísimo diferenciar las clases confundidas en este caos. Nuestra tarea consiste en liberar a quienes van a la zaga. Para nosotros, los Soviets no son importantes como forma; lo importante son las clases que representan esos Soviets. Por eso es necesaria una larga labor de esclarecimiento de la conciencia proletaria...

(*Continúa leyendo la resolución*.)

"...6) que, al mismo tiempo, este gobierno se apoya actualmente en la confianza y, hasta cierto punto, en un acuerdo directo con el Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado, el cual agrupa hoy a la evidente mayoría de los obreros y soldados, es decir, del campesinado;

"7) que cada paso del Gobierno Provisional, tanto en la política exterior como en la interior, abrirá los ojos no sólo a los proletarios de la ciudad y del campo y los semiproletarios, sino también a grandes sectores de la pequeña burguesía, haciéndoles ver el carácter auténtico de este gobierno;

"la conferencia acuerda que:

"1) para que todo el poder del Estado pase a los Soviets de diputados obreros y soldados o a otros órganos que expresen directamente la voluntad del pueblo, es necesaria una prolongada labor de esclarecimiento de la conciencia de clase del proletariado y de cohesión de los proletarios de la ciudad y del campo contra las vacilaciones de la pequeña burguesía, pues sólo esa labor garantizará de verdad el avance victorioso de todo el pueblo revolucionario;

"2) para ello es preciso desplegar una actividad múltiple dentro de los Soviets de diputados obreros y soldados, aumentar su número, consolidar sus fuerzas y aglutinar en su seno a los grupos proletarios internacionalistas de nuestro partido;

"3) es necesario organizar en mayor escala nuestras fuerzas socialdemócratas para que la nueva ola del movimiento revolucionario se desarrolle bajo la bandera de la socialdemocracia revolucionaria".

En esto reside la clave de toda nuestra política. Actualmente, toda la pequeña burguesía vacila y encubre sus vacilaciones con la frase "democracia revolucionaria", y nosotros debemos oponer a esas vacilaciones la línea proletaria. Los contrarrevolucionarios desean hacer fracasar esa línea provocando acciones prematuras. Nuestras tareas son: aumentar el número de Soviets, consolidar sus fuerzas y aglutinar en su seno los elementos de nuestro partido.

En el punto tercero, los moscovitas añaden el control. Es el control representado por Chjeídze, Steklov, Tsereteli y otros líderes del bloque pequeñoburgués. El control sin el poder no es más que una frase huera. ¿Cómo voy a controlar yo a Inglaterra? Para ello habría que apoderarse de su flota. Comprendo que la masa atrasada de obreros y soldados pueda confiar candorosa e inconscientemente en el control, pero basta reflexionar sobre los elementos fundamentales del control para convencerse de que esta confianza es

una desviación de los principios básicos de la lucha de clases. ¿Qué es el control? Si yo escribo un papel o una resolución, ellos escribirán una contrarresolución. Para controlar hay que tener el poder. Si esto es incomprensible para la gran masa del bloque pequeñoburgués, hay que tener la paciencia de explicárselo, pero en ningún caso mentirle. Mas si yo velo esta condición fundamental con el control, no digo la verdad y hago el juego a los capitalistas e imperialistas. "Ten la bondad de controlarme -dicen ellos-, pero yo tendré los cañones. Hártate de control". Saben que, hoy por hoy, no puede negarse nada al pueblo. Sin el poder, el control no es más que una frase pequeñoburguesa, que frena la marcha y el desarrollo de la revolución rusa. Por eso me opongo al punto tercero de los camaradas moscovitas.

Por lo que se refiere a este original entrelazamiento de dos poderes, en el cual el Gobierno Provisional -sin tener el poder, ni los cañones, ni los soldados, ni la masa de hombres armados- se apoya en los Soviets, los cuales, fiándose por ahora de promesas, siguen una política de apoyo a esas promesas, diremos que si queréis participar en ese juego, fracasaréis. Nuestra misión es no tomar parte en ese juego. Continuaremos explicando al proletariado toda la inconsistencia de esa política, y la vida real se encargará de demostrar a cada paso nuestra razón. Hoy estamos en minoría, las masas no nos creen aún. Sabremos esperar; ya vendrán a nosotros cuando el gobierno se arranque la careta. Las vacilaciones del gobierno podrán apartarlas de él y las volcarán hacia nosotros, y entonces, pulsando la correlación de fuerzas, diremos: nuestra hora ha llegado.

Paso al problema de la guerra, en el que coincidíamos, prácticamente, cuando nos declaramos contra el empréstito; las actitudes adoptadas ante el empréstito mostraron palpablemente en el acto cómo se dividen las fuerzas políticas. Como ha escrito *Riech*, todos vacilan, con la sola excepción de *Edinstvo*; toda la masa pequeñoburguesa está a favor del empréstito, con reservas. Los capitalistas ponen gesto avinagrado, se echan la resolución al bolsillo con una sonrisa y dicen: "¡Hablad cuanto queráis, pues, pese a todo, seremos nosotros quienes actuaremos!" En el mundo entero se denomina socialchovinistas a todos los que votan actualmente a favor del empréstito.

Pasaré directamente a lee el proyecto de resolución sobre la guerra. Se divide en tres partes: 1) característica de la guerra desde el punto de vista de su significación de clase; 2) defensismo revolucionario de las masas, que no existe en ningún país, y 3) cómo poner fin a la guerra.

Muchos de nosotros, entre ellos yo, hemos tenido ocasión de hablar, sobre todo ante los soldados, y creo que cuando se les explica todo desde el punto de vista de clase, lo que menos claro ven en nuestra posición es cómo queremos poner fin a la guerra y de qué modo creemos posible terminarla. Entre las amplias masas existe un sinnúmero de confusiones, una incomprensión absoluta de nuestra posición; por eso debemos explicarles este punto con el lenguaje más popular.

(*Lee el proyecto de resolución sobre la guerra*.)

"La guerra actual es, por parte de ambos grupos de potencias beligerantes, una guerra imperialista, es decir, una guerra que hacen los capitalistas por el dominio mundial, por el reparto del botín capitalista, por los mercados ventajosos del capital financiero y bancario, por el estrangulamiento de los pueblos débiles.

"El paso del poder en Rusia de manos de Nicolás II a las del gobierno de Guchkov, Lvov, etc., gobierno de terratenientes y capitalistas, no ha cambiado ni podía cambiar ese carácter de clase ni el significado de la guerra por parte de Rusia.

"El hecho de que el nuevo gobierno prosigue la misma guerra, una guerra igualmente imperialista, una guerra rapaz, de conquista, se ha manifestado con evidencia particular en la siguiente circunstancia: el nuevo gobierno, lejos de publicar los tratados secretos concluidos por el ex zar, Nicolás II, con los gobiernos capitalistas de Inglaterra, Francia, etc., los ha ratificado formalmente. Se ha hecho esto sin consultar la voluntad del pueblo y con la intención manifiesta de engañarlo, pues es del dominio público que esos tratados secretos del ex zar son tratados bandidescos hasta la médula, que prometen a los capitalistas rusos el saqueo de China, de Persia, de Persia, de Turquía, de Austria, etc.

"Por eso, el partido proletario no puede apoyar en modo alguno ni la guerra en curso, ni al gobierno actual, ni sus empréstitos, sean cuales fueren las pomposas palabras con que se denomine a esos empréstitos, sin romper por completo con el internacionalismo, es decir, con la solidaridad fraternal de los obreros de todos los países en la lucha contra el yugo del capital.

"No merece tampoco ningún crédito la promesa del gobierno actual de renunciar a las anexiones, es decir, a la conquista de otros países, o a la retención por la fuerza en los límites de Rusia de cualquier nacionalidad. Porque, en primer lugar, los capitalistas, unidos por miles de hilos del capital bancario ruso y anglo-francés y que defienden los intereses del capital, no pueden renunciar a las anexiones en esta guerra sin dejar de ser capitalistas, sin renunciar a las ganancias que proporcionan los miles de millones invertidos en empréstitos, en concesiones, en fábricas de guerra, etc. En segundo lugar, el nuevo gobierno, que renunció a las anexiones para embaucar al pueblo, declaró por boca de Miliukov el 9 de abril de 1917 en Moscú, que no renuncia a las anexiones. En tercer lugar, como ha

denunciado *Dielo Naroda*, periódico en el que colaboro el ministro Kerenski, Miliukov no ha cursado siquiera al exterior su declaración sobre la renuncia a las anexiones.

"Al poner en guardia al pueblo contra las vanas promesas de los capitalistas, la conferencia declara, por ello, que es necesario establecer una rigurosa diferencia en la renuncia a las anexiones de palabra y la renuncia de hecho, es decir, la publicación inmediata de todos los bandidescos tratados secretos, de todos los documentos referentes a la política exterior, y proceder sin demora a la liberación más completa de todas las naciones que la clase capitalista oprimir o mantiene encadenadas por la fuerza a Rusia o carentes de plenos derechos, siguiendo la política, oprobiosa para nuestro pueblo, del ex zar Nicolás II".

La segunda mitad de esta parte de la resolución trata de las promesas que hace el gobierno. Para un marxista, esta parte estaría tal vez de más, pero para el pueblo tiene importancia. De ahí que sea necesario agregar por qué no damos crédito a esas promesas, por qué no debemos confiar en el gobierno. Las promesas del gobierno actual de renunciar a la política imperialista no merecen ninguna confianza. Nuestra línea en esta cuestión no debe consistir en indicar que exigimos al gobierno la publicación de los tratados. Eso sería una ilusión. Exigir eso a un gobierno de capitalistas sería igual que exigir que se descubran los fraudes comerciales. Si decimos que es necesario renunciar a las anexiones y contribuciones, debemos señalar, además, cómo ha de hacerse; y si se nos pregunta quién tiene que hacerlo, diremos que se trata, en esencia, de un paso revolucionario y que ese paso sólo puede darlo el proletariado revolucionario. De otro modo no serán más que promesas vacías, buenos deseos, con que los capitalistas llevan de las riendas al pueblo.

(*Sigue leyendo el proyecto de resolución*.)

"El llamado "defensismo revolucionario", que hoy se ha apoderado en Rusia de casi todos los partidos populistas (socialistas populares, trudoviques, socialistas-revolucionarios), del partido oportunista de los socialdemócratas mencheviques (Comité de Organización, Chjeídze, Tsereteli y otros) y de la mayoría de los revolucionarios sin partido, representa, ateniéndonos a su significación de clase, por un lado, los intereses y el punto de vista de la pequeña burguesía, de los pequeños propietarios, de los campesinos acomodados, quienes, al igual que los capitalistas, sacan provecho de la violencia contra los pueblos débiles, y, por otro lado, es resultado del engaño de las masas del pueblo por los capitalistas, que no hacen públicos los tratados secretos y salen del paso con promesas y frases elocuentes.

"Debemos reconocer que masas muy amplias de "defensistas revolucionarios" obran de buena fe, es decir, no desean *efectivamente* ninguna clase de anexión ni conquista, ni actos de violencia contra los pueblos débiles, quieren *verdaderamente* una paz democrática, y no una paz impuesta, entre *todos* los países beligerantes. Es preciso reconocer esto porque la situación de clase de los proletarios y semiproletarios de la ciudad y del campo (es decir, de los hombres que viven total o parcialmente de la venta de su fuerza de trabajo a los capitalistas) hace que dichas clases no estén interesadas en las ganancias de los capitalistas.

"Por ello, reconociendo absolutamente inadmisible cualquier concesión al "defensismo revolucionario", que equivaldría de hecho a la ruptura completa con el internacionalismo y el socialismo, la conferencia declara al mismo tiempo que mientras los capitalistas rusos y su Gobierno Provisional se limiten a amenazar al pueblo con la violencia (como, por ejemplo el tristemente célebre decreto de Guchkov conminando con represalias a los soldados que destituyan por propia iniciativa a sus superiores); mientras los capitalistas *no* pasen al empleo de la violencia contra los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, braceros, etc., libremente organizados y con atribuciones para elegir y deponer libremente a *todas* las autoridades, nuestro partido propugnará la renuncia a la violencia en general y combatirá el grave y funesto error de los partidarios del "defensismo revolucionario" exclusivamente con métodos de persuasión camaraderil, explicando la verdad de que la confianza inconsciente de las vastas masas en el gobierno de los capitalistas, los peones enemigos de la paz y del socialismo, es en el momento actual en Rusia el obstáculo principal para la rápida terminación de la guerra".

Es indudable que una parte de la pequeña burguesía está interesada en esta política de los capitalistas; por ello, es imperdonable para el partido proletario cifrar ahora sus esperanzas en la comunidad de intereses con el campesinado. Luchamos por conseguir que los campesinos pasen a nuestro lado, pero ahora están, y hasta cierto punto conscientemente, al lado de los capitalistas.

No cabe la menor duda de que el proletariado y el semiproletariado, como clase, no están interesados en la guerra. Van a remolque de las tradiciones y el engaño. Carecen aún de experiencia política. De ahí nuestra tarea de efectuar una larga labor explicativa. No les hacernos la menor concesión de principio, pero no podemos tratarlos igual que a los socialchovinistas. Estos elementos de la población no han sido jamás socialistas ni tienen la menor idea del socialismo, no hacen más que despertar a la vida política. Pero su conciencia crece y se amplía con una rapidez extraordinaria. Hay que saber llegar hasta ellos con nuestra labor explicativa y ésta es la tarea más difícil, sobre todo para un partido que todavía ayer se encontraba en la clandestinidad.

Habrá quienes piensen que al decir esto renegamos de nosotros mismos, por cuanto antes propugnábamos la transformación de la guerra imperialista en guerra civil y ahora nos pronunciamos contra nuestra propia actitud. Pero en Rusia ha terminado la primera guerra civil y pasamos ahora a la segunda guerra: entre el imperialismo y el pueblo en almas. Y en este período de transición, mientras la fuerza armada se encuentre en manos de los soldados, mientras Miliukov y Guchkov no apelen a la violencia, esta guerra civil se convierte para nosotros en una labor de propaganda clasista pacífica, larga y paciente. Si hablamos de la guerra civil antes de que la gente haya comprendido su necesidad, caeremos inevitablemente en el blanquismo. Somos partidarios de la guerra civil, pero sólo cuando la sostiene una clase consciente. Puede derrocarse a quien el pueblo considera un avasallador. Pero en la actualidad no hay ningún avasallador, pues los cañones y los fusiles los tienen los soldados y no los capitalistas; éstos no se imponen ahora por la violencia, sino por el engaño, y gritar que nos avasallar es un absurdo. Hay que saber situarse en el punto de vista del marxismo, el cual nos dice que esta transformación de la guerra imperialista en guerra civil se basa en condiciones objetivas y no en condiciones subjetivas. Nosotros renunciamos de momento a esta consigna, pero sólo de momento. Las armas están ahora en manos de los soldados y de los obreros y no en manos de los capitalistas. Mientras el gobierno no rompa las hostilidades, predicamos pacíficamente.

Al gobierno le convendría que el primer paso irreflexivo a la acción lo diéramos nosotros: eso le convendría. Está furioso porque nuestro partido ha lanzado la consigna de una manifestación pacífica. No debemos ceder ni un ápice de nuestros principios a la pequeña burguesía hoy a la expectativa. Para un partido proletario no hay error más peligroso que basar su táctica en deseos subjetivos allí donde lo que hace falta es organización. No podemos decir que la mayoría está con nosotros; en este caso es necesario desconfiar, desconfiar y desconfiar. Basar sobre deseos la táctica proletaria significaría matarla.

El tercer punto se refiere al problema de cómo terminar la guerra. La posición de los marxistas al respecto es conocida, pero la dificultad estriba en cómo hacerla llegar a las masas en la forma más clara posible. No somos pacifistas y no podemos renunciar a la guerra revolucionaria. ¿En qué se distingue una guerra revolucionaria de una guerra capitalista? Se distingue, ante todo, por la clase que está interesada en ella y por la política que aplica la clase interesada en esa guerra... Cuando se habla a las masas, hay que darles respuestas concretas. La primera cuestión es, pues, ésta: ¿cómo distinguir una guerra revolucionaria de una guerra capitalista? El hombre del pueblo no comprende en qué consiste la diferencia, no comprende que se trata de la diferencia de clases. No debemos expresarnos sólo teóricamente, sino mostrando de modo práctico que sólo libraremos una guerra verdaderamente revolucionaria cuando el poder esté en manos del proletariado. Me parece que semejante planteamiento de la cuestión da la respuesta más clara a la pregunta de qué guerra es ésta y quién la hace.

En *Pravda* se ha publicado un proyecto de llamamiento a los soldados de todos los países beligerantes. Tenemos noticias de que en el frente se confraterniza, pero todavía de modo semiespontáneo. A esta confraternización le falta un pensamiento político claro. Los soldados han sentido instintivamente que había que obrar desde abajo. Su instinto de clase, de gente imbuida de espíritu revolucionario, les ha hecho ver que éste es el verdadero camino. Mas eso no basta para la revolución. Nosotros queremos dar una contestación política clara. Para que la guerra termine, el poder debe pasar a manos de la clase revolucionaria. Yo propondría que, en nombre de la conferencia, se dirigiese un llamamiento a los soldados de todos los países beligerantes y que ese llamamiento fuese publicado en todos los idiomas. Si en lugar de todas las frases en boga sobre conferencias de paz -en las que la mitad de los reunidos son siempre agentes solapados o manifiestos de los gobiernos imperialistas- lanzamos dicho llamamiento, avanzaremos mil veces más deprisa hacia nuestra meta que con todas las conferencias pacifistas. No queremos nada con los Plejánov alemanes. Cuando cruzamos Alemania en tren, esos señores socialchovinistas, los Plejánov alemanes, intentaron subir a nuestro vagón, pero les hicimos saber que ni un solo socialista de esa clase pondría los pies en él, y que si entraban, a pesar de todo, no los dejaríamos salir sin un gran escándalo. En cambio, si hubieran dejado entrar, por ejemplo, a Carlos Liebknecht, habríamos hablado con él. Cuando publiquemos ese llamamiento a los trabajadores de todos los países y demos en él nuestra respuesta a la pregunta de cómo debe terminarse la guerra, y cuando los soldados lean esa respuesta, que da una salida política a la guerra, la confraternización dará un paso gigantesco. Ello es necesario para que ésta deje de ser un pavor instintivo ante la guerra y se convierta en una clara conciencia política de cómo salir de esta guerra.

Paso a la tercera cuestión, esto es, a la apreciación del momento actual desde el punto de vista de la situación del movimiento obrero internacional y del estado en que se encuentra el capitalismo internacional. Desde el punto de vista marxista, sería absurdo examinar la situación de un solo país al hablar del imperialismo, ya que los diferentes países capitalistas están vinculados entre sí del modo más estrecho. Y hoy, en plena guerra, esta vinculación es inconmensurablemente mayor. Toda la humanidad se

ha convertido en un amasijo sanguinolento y es imposible salir de él aisladamente. Si bien hay países más desarrollados y menos desarrollados, la guerra actual los ha atado a todos de tal manera que es imposible y disparatado que ningún país pueda salir él solo de la conflagración.

Todos estamos de acuerdo en que el poder deben tenerlo los Soviets de diputados obreros y soldados. Pero ¿qué pueden y deben hacer éstos cuando el poder pase a sus manos, es decir, cuando pase a manos de los proletarios y semiproletarios? Es una situación complicada y difícil. Y al hablar de la toma del poder, surge un peligro que ya en revoluciones anteriores desempeñó un gran papel: el peligro de que la clase revolucionaria se haga cargo del poder y no sepa qué hacer con él. En la historia de las revoluciones existen ejemplos de revoluciones que fracasaron precisamente por eso. Los Soviets de diputados obreros y soldados que envuelven hoy como una red a toda Rusia son actualmente el eje de toda la revolución; sin embargo, me parece que no los hemos comprendido y estudiado suficientemente. Si los Soviets toman el poder, no se tratará ya de un Estado en el sentido usual de la palabra. Hasta hoy no ha existido nunca un Estado de ese tipo que se haya sostenido mucho tiempo, pero todo el movimiento obrero mundial ha tendido hacia él. Será precisamente un Estado del tipo de la Comuna de París. Este poder es una dictadura, es decir, no se apoya en la ley ni en la voluntad formal de la mayoría, sino de modo directo e inmediato en la violencia. La violencia es un instrumento de poder. ¿Cómo emplearán los Soviets este poder? ¿Volverán a los antiguos métodos de gobierno a través de la policía, administrarán el país por medio de los viejos órganos de poder? A mi juicio, no podrán hacerlo y, en todo caso, se alza ante ellos la tarea inmediata de organizar un Estado no burgués. He empleado, hablando entre bolcheviques, la comparación de este Estado con la Comuna de París en el sentido de que esta última destruyó los antiguos órganos administrativos y los sustituyó por órganos completamente nuevos, por órganos directos, inmediatos, de los obreros. Se me acusa de haber utilizado en este momento la palabra que más asusta a los capitalistas, ya que han empezado a comentarla como el deseo de implantar inmediatamente el socialismo. Pero la he empleado únicamente en el sentido de sustitución de los viejos órganos por otros nuevos, proletarios. Marx decía que esto representaba el avance más importante de todo el movimiento proletario mundial[172]. La cuestión de las tareas sociales del proletariado tiene para nosotros una importancia práctica inmensa, un lado, porque nos vemos atados ahora a los demás países y no podemos salir de ese ovillo: o el proletariado sale en su totalidad o lo estrangularán; por otro lado, porque los Soviets de diputados obreros y soldados son un hecho. No cabe duda para nadie que cubren toda Rusia, son un poder y no puede haber otro. Y si es así, debemos tener una idea clara de cómo pueden utilizar ese poder. Se dice que este poder es igual que el existente en Francia y en Norteamérica; pero allí no se da nada semejante, no existe un poder directo como éste.

La resolución sobre el momento actual se divide en tres partes. En la primera se caracteriza la situación objetiva creada por la guerra imperialista la situación en que se ha visto el capitalismo mundial; en la segunda, se exponen las condiciones del movimiento proletario internacional, y en la tercera, las tareas de la clase obrera rusa al hacerse cargo del poder. En la primera parte formulo la conclusión de que el capitalismo se ha desarrollado durante la guerra más aún que antes de ella. Se ha adueñado de ramas enteras de la producción. Ya en 1891, hace 27 años, cuando los alemanes aprobaron su Programa de Erfurt[173], "Engels decía que no podía interpretarse el capitalismo según se venía haciendo, como un régimen carente de todo plan. Esta interpretación es ya anticuada: donde hay trusts no hay carencia de planes. Durante el siglo XX, sobre todo, el desarrollo del capitalismo siguió avanzando a pasos agigantados, y la guerra hizo lo que no se había hecho en 25 años. La estatificación de la industria no sólo ha hecho progresos en Alemania, sino también en Inglaterra. De los monopolios en general se ha pasado a los monopolios de Estado. La situación objetiva ha demostrado que la guerra ha acelerado el desarrollo del capitalismo, la transformación del capitalismo en imperialismo, el de monopolio a estatificación. Todo ello ha aproximado la revolución socialista y ha creado las condiciones objetivas para ella. De este modo, el curso de la guerra ha acercado la revolución socialista.

Inglaterra fue antes de la guerra el país de máxima libertad, como señalan en todo momento los políticos del tipo demócrata-constitucionalista. Pero había libertad por que no existía movimiento revolucionario. La guerra lo cambió todo de golpe. Un país en el que no se recordaba desde hacía muchísimos años un solo atentado contra la libertad de la prensa socialista ha implantado de repente una censura puramente zarista y ha llenado sus cárceles de socialistas. Los capitalistas aprendieron allí durante siglos a gobernar al pueblo sin violencias, y si han recurrido ahora a ellas es porque se han dado cuenta de que el movimiento revolucionario crece, de que no pueden obrar de otra manera. Cuando señalábamos que Liebknecht representaba a una masa, a pesar de estar solo y tener enfrente a cien Plejánov alemanes, se nos decía que eso era una utopía, una ilusión. Sin embargo, basta haber asistido a una sola asamblea obrera en el extranjero para convencerse de que la simpatía de las masas por Liebknecht es un hecho indudable. Sus más furiosos

enemigos tuvieron que recurrir a ardides ante las masas, y si no se presentaron como adeptos suyos, por lo menos nadie se atrevió a hablar contra él abiertamente. Hoy las cosas han ido aún más lejos. Ahora se trata de huelgas de masas y de confraternización en el frente. Aventurarse a profetizar sobre el particular sería el más grave de los errores, pero es un hecho que la simpatía hacia la Internacional va en aumento y que en el ejército alemán empieza la efervescencia revolucionaria. Y ese hecho demuestra que la revolución madura en Alemania.

Veamos ahora cuáles son las tareas del proletariado revolucionario. El defecto principal y el error principal de todos los razonamientos de los socialistas consiste en que el problema se plantea en términos demasiado generales -transición al socialismo-, cuando lo que corresponde es hablar de los pasos y medidas concretos. Unos han madurado ya, otros no. Vivimos un momento de transición. Es evidente que hemos promovido formas que no se parecen a las de los Estados burgueses: los Soviets de diputados obreros y soldados son una forma de Estado que no existe ni ha existido nunca en ningún país. Son una forma que representa los primeros pasos hacia el socialismo y que es inevitable en los comienzos de la sociedad socialista. Este es un hecho decisivo. La revolución rusa ha creado los Soviets. En ningún país burgués existen ni pueden existir instituciones estatales semejantes, y ninguna revolución socialista puede operar con otro poder que no sea éste. Los Soviets de diputados obreros y soldados deben tomar el poder, pero no para implantar una república burguesa corriente ni para pasar directamente al socialismo. Eso es imposible. ¿Para qué, entonces? Deben tomar el poder para dar los primeros pasos concretos, que pueden y deben darse, hacia esa transición. El miedo es en este sentido el enemigo principal. Debemos explicar a las masas que es menester dar esos pasos inmediatamente, pues, de otro modo, el poder de los Soviets de diputados obreros y soldados carecerá de sentido y no dará nada al pueblo.

Intentaré contestar a la pregunta de cuáles son los pasos concretos que podemos proponer al pueblo, sin caer en contradicción con nuestras convicciones marxistas.

¿Para qué queremos que el poder pase a manos de los Soviets de diputados obreros y soldados?

La primera medida que deberán aplicar los Soviets es la nacionalización de la tierra. Todos los pueblos hablan de ella. Se dice que esta medida es la más utópica de todas y, sin embargo, todos van a parar a ella, precisamente porque la posesión de la tierra en Rusia está tan embrollada que no cabe más salida que quitar todos los lindes y transformar todo el suelo del país en propiedad del Estado. Hay que abolir la propiedad privada de la tierra. Tal es la tarea que tenemos planteada, pues la mayoría del pueblo la requiere. Para eso necesitamos los Soviets. Esta medida no puede llevarse a cabo con la vieja burocracia del Estado.

Segunda medida. No podemos sustentar que el socialismo sea “implantado”, pues eso seria el mayor de los disparates. Lo que debemos hacer es predicar el socialismo. La mayoría de la población de Rusia está formada por campesinos, por pequeños propietarios, que no pueden ni pensar en el socialismo. Pero, ¿qué pueden decir en contra de que en cada pueblo funcione un banco que les dé la posibilidad de mejorar su hacienda? Contra esto no tendrán a que objetar. Debemos difundir estas medidas prácticas entre lo campesinos y afianzar en ellos la conciencia de que son necesarias.

Otra cosa es, evidentemente, el consorcio de fabricantes de azúcar. Esto ya es un hecho. En este punto, nuestra proposición debe ser directamente práctica: es preciso que esos consorcios ya maduros se conviertan en propiedad del Estado. Si los Soviets quieren tomar el poder ha de ser sólo para esos fines. Si no es para eso, no tienen por qué tomarlo. La cuestión está planteada así: o los Soviets siguen desarrollándose o morirán sin pena ni gloria, como sucedió durante la Comuna de París. Si lo que se necesita es una república burguesa, pueden hacerla los demócratas-constitucionalistas.

Voy a terminar refiriéndome a un discurso que me ha producido la mayor impresión. Un minero pronunció un magnífico discurso en el que, sin emplear ni solo término libresco, relató cómo habían hecho ellos la revolución. No se plantearon el problema de si debían tener un presidente. Lo que les interesaba era esto: proteger los cables, cuando tomaron las minas, para que no se paralizase la producción. Se planteó después el problema del pan, que no tenían, y también en este punto llegaron a un acuerdo respecto al modo de conseguirlo. He ahí un verdadero programa revolucionario, un programa no sacado de los libros. He ahí la verdadera conquista del poder local.

La burguesía no ha adquirido en ninguna parte un grado tal de formación como en Petrogrado; los capitalistas tienen aquí el poder en sus manos; pero en las localidades rurales, los campesinos, sin entregarse a planes socialistas, adoptan medidas puramente prácticas. A mi parecer, este programa del movimiento revolucionario es el único que señala certeramente el verdadero camino de la revolución. Somos partidarios de que estas medidas sean abordadas con la mayor prudencia y precaución, pero deben ser llevadas a cabo, sólo en esa dirección debe mirarse adelante, no hay otra salida. De otro modo, los Soviets de diputados obreros y soldados serán disueltos y morirán sin gloria; pero si el poder pasa efectivamente a manos del proletariado revolucionario, será únicamente para avanzar. Y

avanzar significa dar pasos concretos, y no asegurar sólo con palabras la salida de la guerra. Esos pasos sólo podrán triunfar por completo con la revolución mundial, si la revolución ahoga la guerra y es respaldada por los obreros de todos los países. Por eso, la toma del poder es la única medida concreta, la única salida.

Publicado íntegramente por vez primera en 1921 en las "Obras" de N. Lenin (V. Uliánov), t. XIV, parte 2.
T. 31, págs. 342-358.

3. Discurso de resumen de la discusión del informe sobre el momento actual, 24 d abril, (7 de mayo).

El camarada Kámenev ha montado hábilmente el caballo de batalla de la línea aventurera. Es necesario detenernos en esto. El camarada Kámenev sostiene, y está persuadido de ello, que nosotros, al desautorizar la consigna de "¡Abajo el Gobierno Provisional!", hemos dado muestras de vacilación. Estoy de acuerdo con él; ha habido, naturalmente, vacilaciones que nos han desviado de la línea política revolucionaria, y esas vacilaciones es menester evitarlas. Creo que nuestras discrepancias con el camarada Kámenev no son muy grandes, porque al declararse de acuerdo con nosotros, adopta otra posición. ¿En qué consistió nuestra línea aventurera? En el intento de apelar a medidas de violencia. No sabíamos si las masas, en aquel momento angustioso, se inclinaban decididamente a nuestro lado, y el problema hubiera sido otro si ellas hubiesen vacilado fuertemente. Nosotros lanzamos la consigna de manifestaciones pacíficas, mas algunos camaradas del comité de San Petersburgo lanzaron otra, que hemos anulado, pero tarde y, por ello, sin poder evitar que las masas fuesen detrás de dicha consigna. Nosotros decimos que la consigna de "¡Abajo el Gobierno Provisional!" es una consigna aventurera; entendemos que ahora no puede derrocarse al gobierno y por eso lanzamos la consigna de manifestaciones pacíficas. Sólo queríamos pulsar pacíficamente las fuerzas enemigas, sin dar una batalla; en cambio, el comité de San Petersburgo timoneó un poquito más a la izquierda, cosa que, en aquellas circunstancias, constituía, evidentemente, un gravísimo crimen. El aparato de organización no ha demostrado ser lo bastante fuerte no todos ponen en práctica nuestras resoluciones. Junto con la consigna acertada de "¡Vivan los Soviets de diputados obreros y soldados!" se lanzó la consigna falsa de "¡Abajo el Gobierno Provisional!" En el momento de la acción no era tolerable que alguien quisiese timonear "un poquito más a la izquierda". Consideramos eso como el mayor de los crímenes, como un crimen de desorganización. Y no hubiéramos permanecido ni un minuto más en el CC si hubiéramos autorizado conscientemente dicho paso. La culpa de lo ocurrido se debe a las imperfecciones del aparato de organización. Sí, en nuestra organización ha habido defectos. Y el problema de mejorar la organización ha sido planteado ya.

Los mencheviques y Cía. agitan a todos los vientos el concepto de "línea aventurera", pero, en realidad, ellos sí que han carecido de organización y de línea de ninguna clase. Nosotros tenemos una organización y una línea.

En aquel momento, la burguesía movilizó todas sus fuerzas, el centro se escondió y nosotros organizamos una manifestación pacífica. Sólo nosotros teníamos una línea política. ¿Hubo errores? Sí, hubo. Sólo no comete errores el que no hace nada, y organizarse bien no es cosa fácil.

Pasemos ahora al punto del control.

Marchamos juntos con el camarada Kámenev, excepto en el problema del control. El lo juzga un acto político. Pero, subjetivamente, entiende esta palabra mejor que Chjeídze y otros. Por nuestra parte, no nos embarcaremos en lo del control. Se nos dice: ustedes se han aislado, han echado a volar palabras terribles sobre el comunismo, han atemorizado al burgués hasta hacer que le diera un patatús... ¡Sea!... Pero no es esto lo que nos ha aislado. Lo que nos ha aislado ha sido la cuestión del empréstito; eso y no otra cosa es lo que nos ha llevado al aislamiento. En este punto nos hemos quedado en minoría. Sí, estamos en minoría. Pero, ¿qué importa eso? Ser socialista, en estos tiempos de borrachera chovinista, es estar en minoría, pero estar en mayoría es ser chovinista. Hoy, el campesino, junto a Miliukov, golpea al socialismo con el empréstito. El campesino sigue a Miliukov y a Guchkov. Es un hecho. La dictadura democrática burguesa de los campesinos es una fórmula vieja.

Para empujar a los campesinos a la revolución hay que apartar al proletariado, deslindar el partido proletario, pues el campesinado es chovinista. Querer atraerse hoy al mujik sería entregarse a merced de Miliukov.

Hay que derribar al Gobierno Provisional, mas no ahora ni por la vía acostumbrada. Estamos de acuerdo con el camarada Kámenev. Pero debemos explicar las cosas. Y sobre esta palabra cabalga el camarada Kámenev. No obstante, es lo único que podemos hacer.

El camarada Rykov entiende que el socialismo tiene que venir de otros países de industria más desarrollada. Esto no es cierto. No puede decirse quién comenzará ni quién acabará lo comenzado. Esto no es marxismo, sino una parodia del marxismo.

Marx dijo que Francia comenzaría y el alemán llevaría a cabo la obra. Y el proletariado ruso ha conseguido más que nadie.

Si nosotros hubiéramos dicho: "sin zar, dictadura del proletariado", ello habría significado saltar por

encima de la pequeña burguesía. Pero lo que nosotros decimos es: ayudad a la revolución a través del Soviet de diputados obreros y soldados. No hay que deslizarse al reformismo. No luchamos para ser vencidos, sino para salir vencedores. Y en el peor de los casos contamos con obtener un triunfo parcial. De salir derrotados, conseguiremos, a pesar de todo, un triunfo parcial. Conseguiremos reformas. Y las reformas son un instrumento auxiliar de la lucha de clases.

El camarada Rykov ha dicho también que no hay fase de transición entre el capitalismo y el socialismo. Eso no es verdad. Eso es romper con el marxismo.

La línea trazada por nosotros es justa y en el futuro adoptaremos todas las medidas para conseguir una organización en la que no haya miembros del comité de San Petersburgo que no acaten los mandatos del CC. Crecernos como corresponde a un verdadero partido.

Publicado por vez primera en 1921 en las "Obras" de N. Lenin (V. Uliánov), t. XIV, parte 2.
T. 31, págs. 361-363.

4. Discurso a favor de la resolución sobre la guerra, 27 de abril. (10 de mayo).
Acta taquigráfica.

Camaradas: El anteproyecto de resolución sobre la guerra fue leído por mí en la Conferencia de la ciudad de Petrogrado. A causa de la crisis que absorbió en Petrogrado la atención y las fuerzas de todos los camaradas, no pudimos corregir ese anteproyecto. Pero entre ayer y hoy, la comisión ha trabajado con éxito y el anteproyecto ha sido corregido, sensiblemente reducido y, a nuestro juicio, mejorado.

Diré algunas palabras sobre la estructura de esta resolución, que se divide en tres partes: la primera traza un análisis de clase de la guerra, completado con una declaración de principios explicando las razones que mueven a nuestro partido a sostener que no se debe prestar el menor crédito a las promesas del gobierno ni apoyar en lo más mínimo al Gobierno Provisional. La segunda parte de la resolución está dedicada al problema del defensismo revolucionario como una corriente extraordinariamente extendida entre las masas y que de momento aúna contra nosotros a la inmensa mayoría del pueblo. El problema está en determinar la significación de clase de ese defensismo revolucionario, su esencia, la verdadera correlación de fuerzas, y en puntualizar cómo podemos luchar contra esa corriente. La tercera parte de la resolución trata de cómo terminar la guerra. A este problema práctico, de gran importancia para nuestro partido, era necesario contestar en detalle y creemos haberlo conseguido de modo satisfactorio. En una serie de artículos de *Pravda* y de periódicos de provincias (que recibimos muy irregularmente, pues el correo no funciona y tenemos que aprovechar las ocasiones para conseguir los periódicos locales para el CC), en los que se publicaron un número considerable de artículos acerca de la guerra, se ha puesto de relieve claramente nuestra actitud contraria a ésta y a la cuestión del empréstito. Me parece que la votación contra el empréstito resolvió la cuestión sobre la actitud negativa frente al defensismo revolucionario. Me es imposible detenerme más en esto.

"La guerra actual es, por parte de ambos grupos de potencias beligerantes, una guerra imperialista, es decir, una guerra que hacen los capitalistas por el reparto de los beneficios que proporciona la dominación mundial, por los mercados del capital financiero (bancario), por el sometimiento de los pueblos débiles, etc.".

La primera y fundamental tesis se refiere al problema del contenido de la guerra, problema de carácter general y político, problema litigioso, que los capitalistas y socialchovinistas eluden cuidadosamente. Por eso nosotros debemos colocar este problema en primer plano y hacer la siguiente adición:

"Cada día de guerra enriquece a la burguesía financiera e industrial y arruina y agota las fuerzas del proletariado y del campesinado de todos los países beligerantes y, también, de los países neutrales. Por lo que se refiere a Rusia, la prolongación de la guerra pone, además, en grandísimo peligro las conquistas de la revolución y su desarrollo ulterior.

El paso del poder en Rusia al Gobierno Provisional, gobierno de terratenientes y capitalistas, no ha cambiado ni podía cambiar ese carácter ni el significado de la guerra por parte de Rusia".

Esta última frase, leída por mí, tiene una gran importancia para toda nuestra propaganda y agitación. ¿Ha cambiado o puede cambiar el carácter de clase de la guerra? Nuestra contestación se basa en el hecho de que el poder ha pasado a manos de los terratenientes y los capitalistas, a manos del mismo gobierno que ha preparado esta guerra. Veamos ahora un hecho que pone de relieve con la mayor evidencia posible el carácter de la guerra. Una cosa es el carácter de clase que se expresa en toda la política mantenida durante decenios por determinadas clases, y otra cosa, el evidente carácter de clase de la guerra.

"Este hecho se manifiesta con evidencia particular en que el nuevo gobierno, lejos de publicar los tratados secretos concluidos por el zar Nicolás II con los gobiernos capitalistas de Inglaterra, Francia, etc., ha ratificado formalmente, sin consultar al pueblo, estos tratados secretos, que prometen a los capitalistas rusos el saqueo de China, de Persia, de Turquía, de Austria, etc. Con la ocultación de esos

tratados se engaña al pueblo ruso acerca del verdadero carácter de la guerra”.

Subrayo, pues, una vez más, que nosotros destacamos la más evidente confirmación del carácter de la guerra. Aun cuando no hubiese tratados, no por ello cambiaría en lo más mínimo el carácter de la guerra, pues para llegar a un acuerdo los grupos capitalistas pueden prescindir muy a menudo de los tratados. Pero estos tratados existen, su significación no puede ser más evidente, y nosotros, para unificar la labor de agitación y de propaganda, consideramos necesario subrayarlo de un modo especial, por lo cual hemos acordado tratar por separado ese punto. La atención del pueblo está fija en este hecho y es natural que así sea, tanto más que esos tratados fueron concertados por el destronado zar; es necesario, pues, hacer ver al pueblo que los gobiernos prosiguen la guerra a base de tratados firmados por los viejos gobiernos. Creo que en este punto se ponen de manifiesto con el mayor relieve las contradicciones entre los intereses de los capitalistas y la voluntad del pueblo, y la tarea de los agitadores consiste en descubrir esas contradicciones y hacer recaer sobre ellas la atención del pueblo; esforzarse por esclarecer la conciencia de las masas, apelando a su conciencia de clase. El contenido de esos tratados es tal que no puede existir la menor duda de que prometen a los capitalistas ganancias inmensas mediante el saqueo de otros países, ya que esos tratados siempre se mantienen secretos en todos los países. No hay en el mundo una sola república que desarrolle a la luz del día su política exterior. Mientras exista el régimen capitalista, no se espere que los capitalistas abran sus libros comerciales a todo el que quiera verlos. La propiedad privada sobre los medios de producción incluye también la propiedad privada sobre las acciones y las operaciones financieras. El principal fundamento de la diplomacia actual consiste en operaciones financieras, que se reducen todas al saqueo y estrangulación de los pueblos débiles. Tales son, desde nuestro punto de vista, las tesis fundamentales de las que se deriva toda apreciación acerca de la guerra. De ellas, deducimos:

“Por eso, el partido proletario no puede apoyar ni la guerra en curso, ni al gobierno actual, ni sus empréstitos sin romper por completo con el internacionalismo, es decir, con la solidaridad fraternal de los obreros de todos los países en la lucha contra el yugo del capital”.

Tal es nuestra principal y fundamental conclusión, que determina toda nuestra táctica y nos separa de todos los demás partidos, por muy socialistas que se denominen. Con esta tesis, indiscutible para todos nosotros, queda determinada la cuestión de nuestra actitud ante todos los demás partidos políticos.

A continuación se dice que nuestro gobierno ha planteado profusamente la cuestión de las promesas. En torno a esas promesas se hace una interminable campaña de los Soviets, que se han enredado con ellas y ponen a prueba al pueblo. Por eso creemos necesario añadir al análisis puramente objetivo de la situación de clase una apreciación de esas promesas, las cuales, naturalmente, no tienen de por sí el menor valor para un marxista, aunque para las grandes masas significan mucho y para la política todavía más. El Soviet de Petrogrado se ha enredado en esas promesas y les da importancia al prometer apoyarlas. Eso es lo que nos mueve a añadir a este punto la siguiente fórmula:

“No merecen ningún crédito las promesas del gobierno actual de renunciar a las anexiones, es decir, a la conquista de otros países, o a la retención por la fuerza en los límites de Rusia de cualquier nacionalidad”.

Y como la palabra “anexión” es una palabra extranjera, la definimos políticamente en términos precisos, como no pueden hacerlo ni el partido de los demócratas-constitucionalistas ni los partidos de los demócratas pequeñoburgueses (populistas y mencheviques). Ninguna palabra ha sido usada de un modo tan absurdo y tan sucio como ésta.

“Porque, en primer lugar, los capitalistas, unidos por miles de hilos del capital bancario, no pueden renunciar a las anexiones en esta guerra sin renunciar a las ganancias que proporcionan los miles de millones invertidos en empréstitos, en concesiones, en fábricas de guerra, etc. En segundo lugar, el nuevo gobierno, que renunció a las anexiones para embaucar al pueblo, declaró por boca de Miliukov el 9 de abril de 1917 en Moscú que no renuncia a las anexiones y la nota del 18 de abril, así como la explicación a la misma del 22 de dicho mes, vino a confirmar el carácter rapaz de su política.

“Al poner en guardia al pueblo contra las vanas promesas de los capitalistas, la conferencia declara, por ello, que es necesario establecer una rigurosa diferencia entre la renuncia a las anexiones de palabra y la renuncia de hecho, es decir, la publicación inmediata y la anulación de todos los bandidescos tratados secretos y la concesión inmediata a todas las naciones del derecho a decidir por votación libre la cuestión de si desean constituirse en Estados independientes o formar parte de un Estado cualquiera”.

Hemos creído necesario indicar esto porque el problema de una paz sin anexiones es el problema básico en todos estos debates acerca de las condiciones de paz. Todos los partidos reconocen que la paz será una alternativa y que una paz con anexiones representará una catástrofe inaudita para todos los países. Ante el pueblo, en un país en que impera la libertad política, el problema de la paz no puede plantearse sino como una paz sin anexiones. Es necesario, pues, manifestarse por una paz sin anexiones, y no queda sino mentir, enturbiando el

concepto de anexión o eludiendo el punto. *Riech*, por ejemplo, grita que la devolución de Curlandia equivale precisamente a renunciar a las anexiones. Hablando yo ante el Soviet de diputados obreros y soldados, un soldado me hizo llegar un papel con esta pregunta: "Debemos batirnos para reconquistar Curlandia. ¿Acaso reconquistar Curlandia significa apoyar las anexiones?" Yo tuve que contestarle afirmativamente. Nosotros nos oponemos a que Alemania se adueñe de Curlandia por la fuerza, pero nos oponemos también a que Rusia retenga por la fuerza a ese país. Por ejemplo, nuestro gobierno ha lanzado un manifiesto sobre la independencia de Polonia, atiborrado de frases vacías y sin sentido. En él se dice que Polonia deberá tener una libre alianza militar con Rusia. En estas tres palabras se encierra todo lo que el manifiesto contiene de verdad. La libre alianza militar de la pequeña Polonia con la gigantesca Rusia significa, en realidad, la completa esclavización militar de Polonia. Podrá darle la libertad a Polonia políticamente, pero, con eso y todo, sus fronteras serán trazadas por el imperativo de la alianza militar.

Si nosotros luchásemos por conseguir que los capitalistas rusos se adueñasen de Curlandia y Polonia, en sus fronteras antiguas, reconoceríamos a los capitalistas alemanes el derecho de saquear Curlandia. Planteadas así las cosas, podrían objetar: hemos saqueado a Polonia juntos. Cuando comenzamos a despedazar Polonia a fines del siglo XVIII, Prusia era un Estado pequeño y débil, y Rusia un Estado inmenso, por cuya razón sacó un mayor botín. Ahora nos hemos hecho más fuertes: permitidnos, pues, arrancar una parte mayor. No hay nada que oponer a esta lógica de los capitalistas. En 1863, el Japón, comparado con Rusia, no era nada; en 1905 zurró a Rusia. En los años de 1863 a 1873, Alemania, comparada con Inglaterra, no era nada; hoy es más poderosa que ésta. Y pueden objetar: cuando nos quitaron Curlandia éramos débiles; ahora somos más fuertes que ustedes y queremos reconquistarla. No renunciar a las anexiones equivale a justificar una serie interminable de guerras por la conquista de los pueblos débiles. Renunciar a las anexiones equivale dar a todos los pueblos el derecho a decidir libremente si quieren vivir solos o unirse a otras naciones. Naturalmente que para ello deberán retirarse las tropas. Admitir la más insignificante vacilación en el problema de las anexiones equivale a justificar guerras interminables. Por eso, no podíamos permitir en este punto la menor vacilación. En lo tocante a las anexiones, nuestra respuesta es: libre determinación de los pueblos. ¿Qué debe hacerse para que esta libertad política sea también una libertad económica? Poner el poder en manos del proletariado y sacudir el yugo capitalista.

Paso ahora a la segunda parte de la resolución.

"El llamado "defensismo revolucionario", que hoy se ha apoderado en Rusia de todos los partidos populistas (socialistas populares, trudoviques, socialistas-revolucionarios), del partido oportunista de los socialdemócratas mencheviques (Comité de Organización, Chjeídze, Tsereteli y otros) y de la mayoría de los revolucionarios sin partido, representa, ateniéndonos a su significación de clase, por un lado, los intereses y el punto de vista de los campesinos acomodados y de un sector de los pequeños propietarios, quienes, al igual que los capitalistas, sacan provecho de la violencia contra los pueblos débiles; por otro lado, el defensismo revolucionario es el resultado del engaño por los capitalistas de una parte de los proletarios y semiproletarios de la ciudad y del campo, quienes, por su situación de clase, no están interesados en las ganancias de los capitalistas ni en la guerra imperialista".

Nuestra misión consiste, pues, en puntualizar de qué capas sociales pudo brotar y brotó el defensismo. Rusia es el país más pequeñoburgués, y las capas superiores de la pequeña burguesía están directamente interesadas en la continuación de esta guerra. El campesino rico, al igual que los capitalistas, saca beneficios de ella. Por otro lado, las masas del proletariado y semiproletariado no tienen interés en las anexiones, puesto que no reciben ningún beneficio del capital bancario. ¿Cómo pudieron entonces esas clases adoptar el punto de vista del defensismo revolucionario? La actitud de estas clases ante el defensismo revolucionario es el resultado de la influencia ideológica de los capitalistas, a lo que en la resolución corresponde la palabra "engaño". Esas clases no aciertan a distinguir entre los intereses de los capitalistas y los de la nación. De ahí, para nosotros, la conclusión siguiente:

"La conferencia declara absolutamente inadmisible cualquier concesión al defensismo revolucionario, ya que equivaldría de hecho a la ruptura completa con el internacionalismo y el socialismo. En cuanto al estado de animo defensista de las grandes masas populares, nuestro partido luchará incansablemente contra él mediante el esclarecimiento, explicando la verdad de que la confianza inconsciente en el gobierno de los capitalistas es, en este momento, uno de los principales obstáculos para la rápida terminación de la guerra".

Aquí, en estas últimas palabras, se expresa la particularidad que distingue claramente a Rusia de todos los demás países capitalistas occidentales y de todas las repúblicas democráticas capitalistas. Pues no puede decirse que la confianza de las masas inconscientes sea en estos países la causa principal de la continuación de la guerra. Allí, las masas se hallan actualmente en las tenazas de hierro de la disciplina militar, tanto más rigurosa cuanto más democrática

es la república, ya que en ella el derecho se apoya en la "voluntad del pueblo". En Rusia no existe, gracias a la revolución, esa disciplina. Las masas eligen libremente sus representantes a los Soviets, fenómeno que no se da hoy en ningún otro país del mundo. Pero esas masas confían ciegamente, por eso se las utiliza de un determinado modo en la lucha. Aquí, fuera de esclarecer, no cabe otra cosa. Esta labor esclarecedora deberá referirse a las tareas y métodos de acción directamente revolucionarios. Cuando las masas son libres, intentar hacer algo en nombre de la minoría, sin explicarlo a las masas, sería un absurdo blanquismo, una simple tentativa aventurera. Sólo conquistando a las masas -si es posible conquistarlas-, sólo así crearemos una base firme para el triunfo de la lucha proletaria de clase.

Paso a la tercera parte de la resolución.

"En lo que concierne a la cuestión principal, es decir, la de cómo terminar lo más pronto posible esta guerra de los capitalistas, mediante una paz verdaderamente democrática, y no impuesta, la conferencia declara y resuelve:

"La negativa de los soldados de una sola de las partes a continuar la guerra, o el simple cese de las hostilidades por una de las partes beligerantes, no puede poner fui a esta contienda".

Esta idea, la de poner fin de ese modo a la guerra, nos es atribuida con frecuencia por gentes que gustan de hacerse fácil la lucha, desfigurando las opiniones del adversario; es el método usual de los capitalistas, quienes nos achacan la idea insensata de poner fin a la guerra por la negativa de una de las partes. No, replican, "la guerra no se terminará clavando la bayoneta en el suelo", como dijo un soldado, típico partidario del defensismo revolucionario. Pero ésa, digo yo, no es una objeción. Es una idea anarquista pensar que la guerra puede terminarse sin que cambien las clases gobernantes. Es una idea anarquista que no tiene la menor significación ni el menor sentido estatal, o una idea nebulosamente pacifista, extraña a toda relación que media entre la política y la clase opresora. La guerra es un mal, la paz es un bien... Naturalmente, debemos aclarar esta idea ante las masas, hacerla asequible para ellas. En términos generales, todas nuestras resoluciones están escritas para los sectores dirigentes, para los marxistas; no sirven en absoluto como lecturas de masas, pero deben dar a todos los propagandistas y agitadores una especie de directriz general de toda la política. Con este fin, se ha añadido el siguiente párrafo:

"La conferencia protesta una vez más con motivo de la vil calumnia, difundida por los capitalistas contra nuestro partido, de que simpatizamos con una paz por separado con Alemania. Consideramos a los capitalistas alemanes tan bandidos como a los capitalistas rusos, ingleses, franceses y otros, y al emperador Guillermo tan bandido coronado como Nicolás II, los monarcas inglés, italiano, rumano y todos los demás".

Este punto suscitó ciertas discrepancias en el seno de la comisión; había quienes opinaban que este párrafo estaba redactado en términos demasiado populares; había quien entendía que los monarcas de Inglaterra, Italia y Rumania no merecían el honor de ser mencionados. Pero, después de amplias discusiones, llegamos al acuerdo unánime de que en estos momentos, cuando nos interesa rechazar las calumnias dirigidas contra nosotros, las calumnias que *Birzhovka*[174] trata de difundir de un modo casi siempre grosero, *Riech* de un modo más sutil y *Edinstvo* por medio de alusiones directas, acordamos, digo, que ante esta cuestión debíamos proceder a una crítica clara y tajante de dichos conceptos teniendo en cuenta a las grandes masas. Y como se nos dice: ya que consideráis a Guillermo un bandolero, ayudadnos a derribarlo, podemos replicar que también lo son los demás y que también contra ellos hay que luchar por lo que no se debe olvidar a los reyes de Italia y Rumania, ya que semejantes bandoleros existen también entre nuestros aliados. Estos dos párrafos son una refutación de las calumnias que pretenden llevar el asunto al terreno del pogromo y de los mutuos insultos. Por eso, continuando, debemos pasar a la cuestión seria y práctica de cómo terminar esta guerra.

"Nuestro partido va a explicar al pueblo con paciencia, pero también con insistencia, la verdad de que las guerras son sostenidas por los *gobiernos*, que las guerras están siempre inseparablemente ligadas a la política de *clases* determinadas, que *sólo* puede lograrse una paz democrática en esta guerra si todo el poder del Estado pasa, por lo menos en algunos países beligerantes, a manos de la clase de los proletarios y semiproletarios, que es la única verdaderamente capaz de poner fin al yugo del capital".

Para un marxista, estas verdades acerca de que las guerras son sostenidas por los capitalistas y se hallan vinculadas a sus intereses de clase son verdades absolutas. El marxista no necesita pararse a examinar tales afirmaciones. Pero todos los propagandistas y agitadores hábiles deben procurar explicar a las grandes masas esta verdad, sin palabras exóticas, ya que en nuestro país las polémicas degeneran por lo común en broncas inútiles, que no dan nada. Y a eso vamos en cada parte de la resolución. Decimos: para comprender la guerra hay que preguntarse a quién beneficia; para comprender de qué modo se le puede poner fin, hay que preguntarse a qué clases perjudica. La ligazón es clara, y de ella se deriva la siguiente conclusión:

"La clase revolucionaria, después de tomar en sus manos el poder del Estado en Rusia, adoptaría una serie de medidas orientadas a destruir el dominio económico de los capitalistas, a reducirlos a la

impotencia política y propondría inmediata y públicamente a todos los pueblos una paz democrática, sobre la base de la renuncia total a las anexiones, cualesquiera que fueran".

Cuando hablamos en nombre de la clase revolucionaria, el pueblo tiene derecho a preguntar: "Bien, y ustedes, ¿qué harían en su lugar para poner fin a la guerra?" Es una pregunta inevitable. El pueblo nos elige ahora como sus representantes, y hemos de darle una contestación muy precisa. La clase revolucionaria, después de tomar el poder, comenzaría socavando el dominio de los capitalistas y propondría a todos los pueblos condiciones de paz precisas, pues sin anular el dominio económico de los capitalistas no sería más que un papel mojado. Eso sólo puede hacerlo la clase triunfante; sólo ella puede implantar un cambio en la política.

Repito una vez más que, tratándose de las masas atrasadas, esta verdad requiere, para su comprensión, aquellos eslabones intermedios que sirven para iniciar en el problema a gentes no preparadas. Todo el error y toda la mentira de las publicaciones populares acerca de la guerra consiste en eludir esta cuestión, en silenciarla y exponer el asunto como si no existiese tal lucha de clases, como si dos países hubiesen vivido hasta entonces en paz y armonía, basta que uno de ellos, lanzándose sobre el otro, obligase a éste a defenderse. Modo vulgar de ver las cosas, en el que no hay ni rastro de objetividad; engaño consciente de que los hombres cultos hacen víctima al pueblo. Si sabemos abordar esta cuestión, todo representante del pueblo captará la esencia, pues una cosa son los intereses de las clases dominantes, y otra, los intereses de las clases oprimidas.

¿Qué ocurriría si la clase revolucionaria conquistase el poder?

"Estas medidas y esta franca proposición de paz crearían una confianza plena entre los obreros de los países beligerantes..."

Hoy, esta confianza no puede existir, ni conseguiremos crearla a fuerza de manifiestos. Sí, como dijo un pensador, la lengua ha sido dada al hombre para encubrir sus pensamientos, los diplomáticos siempre afirman: "Las conferencias se reúnen para engañar a las masas populares". Y no sólo piensan así los capitalistas, sino también los socialistas. En particular, esto puede aplicarse a la conferencia convocada por Borgbjerg.

"...y provocarían inevitablemente las insurrecciones del proletariado contra los gobiernos imperialistas que se opusieran a la paz propuesta".

Cuado un gobierno capitalista dice: "Nosotros abogamos por una paz sin anexiones", nadie lo cree ahora. Las masas populares tienen el instinto de las clases oprimidas, el cual les dice que nada ha cambiado. Sólo cuando cambiase real y verdaderamente la política de un país, aparecería la confianza y surgiría la tentativa de insurrecciones. Decimos "insurrecciones" porque aquí se habla de todos los países. "Ha estallado la revolución en un país y ahora debe estallar también en Alemania". Este modo de enfocar las cosas es falso. Se pretende establecer un orden de sucesión, pero esto no puede ser. Todos hemos vivido la revolución de 1905, todos hemos podido oír o ver cómo esa revolución dio un impulso a las ideas revolucionarias en el mundo entero, confirmando lo que Marx había dicho siempre. No se puede fabricar la revolución ni establecer un turno para ella. La revolución no se hace por encargo, sino que brota. Lo que hoy en Rusia se le dice generalmente al pueblo no es más que charlatanería. Se le dice: "Vosotros, los rusos, ya habéis hecho la revolución, ahora le toca el turno al alemán". Si las condiciones objetivas cambian, la insurrección será inevitable. Lo que no sabemos es en qué orden, en qué momento, ni con qué resultado. Se nos dice: si la clase revolucionaria de Rusia se adueña del poder, y en los demás países no se produce la insurrección, ¿qué debe hacer el partido revolucionario? ¿Qué hacer entonces? A estas preguntas contesta el último punto de nuestra resolución:

"Pero mientras la clase revolucionaria en Rusia no haya tomado todo el poder del Estado, nuestro partido seguirá apoyando por todos los medios a los partidos y grupos proletarios del extranjero que ya durante la guerra sostienen de hecho la lucha revolucionaria contra sus propios gobiernos imperialistas y contra su propia burguesía".

Eso es todo lo que por el momento podemos prometer y debemos hacer. La revolución se está gestando en todos los países, pero nadie puede decir en qué medida va madurando y cuándo madurará. En todos los países hay hombres que sostienen una lucha revolucionaria contra sus gobiernos. A esos hombres y sólo a ellos debemos apoyar. Eso es lo justo, lo demás es mentira. Y añadimos:

"Y sobre todo, el partido apoyará la confraternización en masa -que ya ha empezado- entre los soldados de todos los países beligerantes en el frente..."

Con esto se contesta a la objeción de Plejánov. "¿Qué conseguiréis así? -dice Plejánov-. Confraternizaréis, y después, ¿qué? Ello envuelve, indudablemente, la posibilidad de una paz separada en el frente". Esto es malabarismo, no un argumento serio. Nosotros queremos la confraternización en todos los frentes y nos ocupamos de ello. Cuando estábamos en Suiza, difundimos el texto de una proclama en dos idiomas, en francés y alemán, en la que exhortábamos a lo mismo a que llevamos hoy a los soldados rusos. Y no nos limitamos a predicar la confraternización entre Rusia y Alemania solamente, sino que llamamos a todos a confraternizar. Ahora bien, ¿cómo ha de concebirse esta confraternización?

"...tratando de transformar esta manifestación

espontánea de solidaridad de los oprimidos en un movimiento consciente y lo mejor organizado posible para que todo el poder del Estado pase en todos los países beligerantes a manos del proletariado revolucionario".

Hoy, la confraternización se desarrolla de un modo espontáneo, y no hay que hacerse ilusiones al respecto. Es necesario reconocerlo así para no inducir al pueblo al error. Los soldados que confraternizan no tienen una idea política clara. En ellos habla el instinto de hombres oprimidos, cansados y agotados, que van dejando de creer en los capitalistas: "Mientras vosotros seguís hablando de paz -pues venimos oyéndolo desde hace ya dos años y medio-, nosotros mismos empezaremos a ponerla en práctica". Ese es el instinto certero de clase. Sin ese instinto, la causa de la revolución estaría perdida, pues sabéis que nadie habría emancipado a los obreros si ellos mismos no se hubiesen emancipado. Pero ¿basta con ese instinto? Con el instinto solo no se consigue gran cosa; por ello, es necesario que el instinto se transforme en conciencia.

En la proclama *A los soldados de todos los países beligerantes* contestamos a esta pregunta: ¿en qué debe transformarse esta confraternización? En el paso del poder político a los Soviets de diputados obreros y soldados. Ya se sabe que los obreros alemanes darán a sus Soviets un nombre distinto, pero esto importa poco. Lo fundamental es que nosotros reconocemos justo, sin duda alguna, que la confraternización presenta hoy un carácter espontáneo y que no podemos limitarnos a estimularla, sino que debemos plantearnos como objetivo convertir ese acercamiento espontáneo de los obreros y los campesinos de todos los países vestidos de uniforme en un movimiento consciente cuya meta sea el paso del poder, en todos los países beligerantes, a manos del proletariado revolucionario. Ya se sabe que es ésta una tarea muy difícil, pero también la situación a que se ve arrastrada la humanidad por el poder de los capitalistas es increíblemente difícil y la conduce directamente a la catástrofe. Ello provocará esa explosión de indignación que es una garantía para la revolución proletaria.

Tal es la resolución que sometemos a examen de la conferencia.

Publicado íntegramente por vez primera en 1921 en las "Obras" de N. Lenin (V. Uliánov), t. XIV, parte 2.

T. 31, págs. 387-400.

5. Resolución sobre la guerra.

I

La guerra actual es, por parte de ambos grupos de potencias beligerantes, una guerra imperialista, es decir, la hacen los capitalistas por el reparto de los beneficios que proporciona la dominación mundial, por los mercados del capital financiero (bancario), por el sometimiento de los pueblos débiles, etc. Cada día de guerra enriquece a la burguesía financiera e industrial y arruina y agota las fuerzas del proletariado y del campesinado de todos los países beligerantes y, también, de los países neutrales. Por lo que se refiere a Rusia, la prolongación de la guerra pone, además, en grandísimo peligro las conquistas de la revolución y su desarrollo ulterior.

El paso del poder en Rusia al Gobierno Provisional, gobierno de terratenientes y capitalistas, no ha cambiado ni podía cambiar ese carácter y significado de la guerra por parte de Rusia.

Este hecho se manifiesta con evidencia particular en que el nuevo gobierno, lejos de publicar los tratados secretos concluidos por el zar Nicolás II con los gobiernos capitalistas de Inglaterra, Francia, etc., ha ratificado formalmente, sin consultar al pueblo, esos tratados secretos, que prometen a los capitalistas rusos el saqueo de China, de Persia, de Turquía, de Austria, etc. Con la ocultación de esos tratados se engaña al pueblo ruso acerca del verdadero carácter de la guerra.

Por eso, el partido proletario no puede apoyar ni la guerra en curso, ni al gobierno actual, ni sus empréstitos sin romper por completo con el internacionalismo, es decir, con la solidaridad fraternal de los obreros de todos los países en la lucha contra el yugo del capital.

No merecen ningún crédito las promesas del gobierno actual de renunciar a las anexiones, es decir, a la conquista de otros países, o a la retención por la fuerza en los límites de Rusia de cualquier nación. Porque, en primer lugar, los capitalistas, unidos por miles de hilos del capital bancario, no pueden renunciar a las anexiones en esta guerra sin renunciar a las ganancias que proporcionan los miles de millones invertidos en empréstitos, en concesiones, en fábricas de guerra, etc. En segundo lugar, el nuevo gobierno, que renunció a las anexiones para embaucar al pueblo, declaró por boca de Miliukov el 9 de abril de 1917 en Moscú que no renuncia a las anexiones, y la nota del 18 de abril, así como la explicación a la misma del 22 de dicho mes, vino a confirmar el carácter rapaz de su política. Al poner en guardia al pueblo contra las vanas promesas de los capitalistas, la conferencia declara, por ello, que es necesario establecer una rigurosa diferencia entre la renuncia a las anexiones de palabra y la renuncia de hecho, es decir, la publicación inmediata y la anulación de todos los bandidescos tratados secretos y la concesión inmediata a todas las naciones del derecho a decidir por votación libre la cuestión de si desean constituirse en Estados independientes o formar parte de un Estado cualquiera.

II

El llamado “defensismo revolucionario”, que hoy se ha apoderado en Rusia de todos los partidos populistas (socialistas populares, trudoviques, socialistas-revolucionarios), del partido oportunista de los socialdemócratas mencheviques (Comité de Organización, Chjeídze, Tsereteli y otros) y de la mayoría de los revolucionarios sin partido, representa, ateniéndonos a su significación de clase, por un lado, los intereses y el punto de vista de los campesinos acomodados y de un sector de los pequeños propietarios, quienes, al igual que los capitalistas, sacan provecho de la violencia contra los pueblos débiles; por otro lado, el “defensismo revolucionario” es el resultado del engaño por los capitalistas de una parte de los proletarios y semiproletarios de la ciudad y del campo, quienes, por su situación de clase, no están interesados en las ganancias de los capitalistas ni en la guerra imperialista.

La conferencia declara absolutamente inadmisible cualquier concesión al “defensismo revolucionario”, ya que equivaldría de hecho a la ruptura completa con el internacionalismo y el socialismo. En cuanto al estado de ánimo defensista de las grandes masas populares, nuestro partido luchará incansablemente contra él mediante el esclarecimiento, explicando la verdad de que la confianza inconsciente en el gobierno de los capitalistas es, en este momento, uno de los principales obstáculos para la rápida terminación de la guerra.

III

En lo que concierne a la cuestión principal, es decir, la de cómo terminar lo más pronto posible esta guerra de los capitalistas, mediante una paz verdaderamente democrática, y no impuesta, la conferencia declara y resuelve:

La negativa de los soldados de una sola de las partes a continuar la guerra, o el simple cese de las hostilidades por una de las partes beligerantes, no puede poner fin a esta contienda.

La conferencia protesta una vez más con motivo de la vil calumnia, difundida por los capitalistas contra nuestro partido, de que simpatizamos con una paz por separado con Alemania. Consideramos a los capitalistas alemanes tan bandidos como a los capitalistas rusos, ingleses, franceses y otros, y al emperador Guillermo tan bandido coronado como Nicolás II, los monarcas inglés, italiano, rumano y todos los demás.

Nuestro partido va a explicar al pueblo con paciencia, pero también con insistencia, la verdad de que las guerras son sostenidas por los *gobiernos*, que las guerras están siempre inseparablemente ligadas a la política de *clases* determinadas, que *sólo* puede lograrse una paz democrática en esta guerra si todo el poder del Estado pasa, por lo menos en algunos países beligerantes, a manos de la clase de los proletarios y semiproletarios, que es la única verdaderamente capaz de poner fin al yugo del capital.

La clase revolucionaria, después de tomar en sus manos el poder del Estado en Rusia, adoptaría una serie de medidas orientadas a destruir el dominio económico de los capitalistas, a reducirlos a la impotencia política y propondría inmediata y públicamente a todos los pueblos una paz democrática, sobre la base de la renuncia total a las anexiones y contribuciones, cualesquiera que fueran. Estas medidas y esta franca proposición de paz crearían una confianza plena entre los obreros de los países beligerantes y provocarían inevitablemente las insurrecciones del proletariado contra los gobiernos imperialistas que se opusieran a la paz propuesta.

Pero mientras la clase revolucionaria en Rusia no haya tomado todo el poder del Estado, nuestro partido seguirá apoyando por todos los medios a los partidos y grupos proletarios del extranjero que ya durante la guerra sostienen de hecho la lucha revolucionaria contra sus propios gobiernos imperialistas y contra su propia burguesía. Y sobre todo, el Partido apoyará la confraternización en masa -que ya ha empezado- entre los soldados de todos los países beligerantes en el frente, tratando de transformar esta manifestación espontánea de solidaridad de los oprimidos en un movimiento consciente y lo mejor organizado posible para que todo el poder del Estado pase en todos los países beligerantes a manos del proletariado revolucionario.

“Pravda”, núm. 44, 12 de mayo (29 de abril) de 1917.

T. 31, págs. 403-406.

6. Resolución sobre la actitud ante el gobierno provisional.

La Conferencia de toda Rusia del POSDR declara:

1) El Gobierno Provisional es, por su carácter, un órgano de dominación de los terratenientes y de la burguesía;

2) este gobierno y las clases por él representadas se ha han ligados de modo indisoluble, económica y políticamente, al imperialismo ruso y anglo-francés;

3) inclusive el programa anunciado por él lo cumple de modo incompleto y sólo bajo la presión del proletariado revolucionario y, en parte, de la pequeña burguesía;

4) las fuerzas de la contrarrevolución burguesa y terrateniente que se organizan, encubriéndose con la bandera del Gobierno Provisional y, con la evidente cooperación de éste, han iniciado ya el ataque contra la democracia revolucionaria; por ejemplo: el Gobierno Provisional difiere la convocatoria de elecciones a la Asamblea Constituyente, pone obstáculos al armamento general del pueblo, impide que toda la tierra pase a manos del pueblo, le impone

el método terrateniente de solución del problema agrario, frena la implantación de la jornada de ocho horas, favorece la agitación contrarrevolucionaria (de Guchkov y Cía.) en el ejército, organiza a los altos oficiales contra los soldados, etc.;

5) el Gobierno Provisional, que protege las ganancias de los capitalistas y los terratenientes, no es capaz de adoptar medidas revolucionarias en el campo de la economía (abastecimiento, etc.), medidas imprescindibles e impostergables ante la amenaza de una inminente catástrofe económica;

6) al mismo tiempo, este gobierno se apoya actualmente en la confianza y en el acuerdo directo con el Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado, que es hasta el momento la organización dirigente para la mayoría de los obreros y de los soldados, es decir, del campesinado;

7) cada paso del Gobierno Provisional, tanto en la política exterior como en la interior, abrirá los ojos a los proletarios de la ciudad y del campo y a los semiproletarios y obligará a las distintas capas de la pequeña burguesía a elegir una u otra posición política.

Partiendo de las tesis expuestas, la conferencia resuelve:

1) Es necesaria una prolongada labor de esclarecimiento de la conciencia de clase del proletariado y de cohesión de los proletarios de la ciudad y del campo contra las vacilaciones de la pequeña burguesía, pues sólo esa labor garantizará el feliz paso de todo el poder del Estado a manos de los Soviets de diputados obreros y soldados o de otros órganos que expresen directamente la voluntad de la mayoría del pueblo (los órganos de administración local, la Asamblea Constituyente, etc.).

2) Para ello es preciso desplegar una actividad múltiple dentro de los Soviets de diputados obreros y soldados, aumentar su número, consolidar sus fuerzas y aglutinar en su seno a los grupos proletarios internacionalistas de nuestro partido.

3) Para afianzar y ampliar de inmediato las conquistas de la revolución en cada lugar, es necesario, apoyándose en una firme mayoría de la población local, desarrollar, organizar e intensificar en todos los sentidos las iniciativas de abajo, orientadas a hacer efectivas las libertades, a destituir a las autoridades contrarrevolucionarias y a poner en práctica medidas de carácter económico, tales como el control de la producción y de la distribución, etc.

4) La crisis política del 19-21 de abril, originada por la nota del Gobierno Provisional, demostró que el partido gubernamental de los demócratas-constitucionalistas, al organizar de hecho a los elementos contrarrevolucionarios tanto en el ejército como en la calle, pasa a los intentos de fusilamiento de obreros. Como consecuencia de esta situación inestable, derivada de la dualidad de poderes, la repetición de tales tentativas es inevitable, y el partido del proletariado está obligado a decir enérgicamente al pueblo que es necesario organizar y armar al proletariado, lograr su más estrecha unión con el ejército revolucionario romper con la política de confianza en el Gobierno Provisional, para conjurar el serio e inminente peligro de fusilamientos en masa del proletariado, como los que tuvieron lugar en París en los días de junio de 1848.

"Pravda", núm. 42, 10 de mayo (27 de abril) de 1917.
T. 31, págs. 407-409.

7. Resolución sobre la revisión del programa del partido.

La conferencia considera necesario revisar el programa del partido en el sentido siguiente:

1) apreciación del imperialismo y de la época de las guerras imperialistas en relación con la inminente revolución socialista; lucha contra la desfiguración del marxismo por los llamados "defensistas" que han olvidado el lema de Marx: "los obreros no tienen patria";

2) rectificación de las tesis y párrafos sobre el Estado. No exigir una república parlamentaria burguesa, sino una república democrática proletario-campesina (es decir, un tipo de Estado sin policía, sin ejército regular, sin burocracia privilegiada);

3) eliminación o rectificación de las partes anticuadas del programa político;

4) reelaboración de algunos puntos del programa político mínimo, indicando con mayor precisión las reivindicaciones democráticas más consecuentes;

5) reelaboración completa de la parte económica del programa mínimo, anticuada en muchos aspectos, y de los puntos referentes a la instrucción pública;

6) modificación del programa agrario de acuerdo con la resolución adoptada sobre este problema;

7) adición de la exigencia de nacionalizar los consorcios, etc., más preparados para ello;

8) agregar las características de las corrientes fundamentales del socialismo contemporáneo.

La conferencia encomienda al Comité Central que redacte sobre esta base el proyecto de programa del partido en el plazo de dos meses, a fin de someterlo al congreso para su aprobación. La conferencia llama a todas las organizaciones y a todos los miembros del partido a discutir los proyectos de programa, a corregirlos y a elaborar contraproyectos.

Publicado el 16 (3) de mayo de 1917 como anejo al núm. 13 del periódico "*Soldátskaya Pravda*".
T. 31, págs. 414-415.

8. Informe sobre el problema agrario, 28 de abril, (11 de mayo).

Acta taquigráfica.

Camaradas: El problema agrario ha sido discutido

por nuestro partido tan detalladamente, aún durante la primera revolución, que estamos, creo yo, lo suficientemente preparados para abordar el mismo, cosa que viene a confirmar indirectamente la comisión de la conferencia, formada por camaradas que conocen de cerca este problema y se han interesado por él, al aprobar el proyecto de resolución propuesto sin enmiendas de importancia. Por eso me limitaré a unas breves observaciones. Puesto que el proyecto, distribuido en pruebas de imprenta, está en posesión de todos los miembros, no es necesario leerlo en su totalidad.

El crecimiento del movimiento agrario en toda Rusia es hoy el hecho más evidente e indiscutible para todos. El programa de nuestro partido, adoptado en el Congreso de Estocolmo en 1906[175] a propuesta de los mencheviques, ha sido refutado ya por el desarrollo de la primera revolución rusa. En ese congreso, los mencheviques hicieron aprobar su concepto de municipalización, cuya esencia se reduce a lo siguiente: las tierras campesinas -tanto las asignadas a las comunidades[176] como las de las familias campesinas- siguen siendo propiedad de los campesinos; los latifundios pasan de manos de sus propietarios a manos de los órganos de administración local. Uno de los argumentos principales de los mencheviques a favor de tal programa era que los campesinos nunca comprenderían el paso de las tierras campesinas a manos de alguien que no sea el propio campesinado. Quien haya estudiado las actas del Congreso de Estocolmo recordará que sobre este argumento insistieron particularmente tanto el informante Máslov como Kostrov. No hay que olvidar -y a menudo se olvida- que esto sucedió antes de la primera Duma, cuando no se disponía de los hechos objetivos que mostraran el carácter del movimiento campesino y su fuerza. Todos sabían que en Rusia ardía el incendio de la revolución agraria, pero nadie sabía cómo sería organizado el movimiento agrario, qué formas tendría ese movimiento de la revolución campesina. Hasta qué punto ese congreso representaba la opinión seria y práctica de los propios campesinos, no era posible comprobarlo, y de ahí que esos argumentos de los mencheviques desempeñaran un papel tan importante. Poco después de nuestro Congreso de Estocolmo recibimos por vez primera una rotunda confirmación de cómo encaraba este problema la masa campesina. Tanto en la I como en la II Duma fue planteado por los propios campesinos el proyecto trudovique conocido como "proyecto de los 104". Yo estudié especialmente las firmas al pie de este proyecto y me informé al detalle de las opiniones de los diputados y a qué clase social pertenecían, hasta qué punto se les podía llamar campesinos. En el libro que la censura zarista quemó, y que a pesar de todo volveré a editar, yo afirmaba categóricamente que la enorme mayoría de estas 104 firmas pertenecía a auténticos campesinos. Este proyecto exigía la nacionalización de la tierra. Los campesinos sostenían que toda la tierra debía pasar a manos del Estado.

La cuestión consiste en explicar cómo en la Duma, dos veces convocada, los representantes de los campesinos de toda Rusia prefirieron la nacionalización a la medida que los mencheviques proponían en ella desde el punto de vista de los intereses campesinos. Los mencheviques proponían que los campesinos se quedaran con sus propias tierras y que sólo la tierra de los latifundistas fuese entregada al pueblo, mientras los campesinos querían traspasar toda la tierra a manos del pueblo. ¿Cómo explicar esto? Los socialistas-revolucionarios sostienen que los campesinos rusos por su espíritu de comunidad simpatizan con la socialización, con el principio del trabajo. En toda esta fraseología no existe el menor sentido común: son meras frases. ¿Pero cómo se explica? Yo pienso que los campesinos han llegado a esta conclusión porque todo el sistema de propiedad agraria rusa, campesina y latifundista, comunal y parcelaria, se halla impregnado hasta la médula de las condiciones del viejo régimen semifeudal, y los campesinos, desde el punto de vista de las condiciones del mercado, debían exigir el paso de la tierra a manos de todo el pueblo. Los campesinos dicen que la enredada situación de la vida agraria anterior puede ser desenredada solamente por la nacionalización. Su punto de vista es burgués: el usufructo igualitario de la tierra lo entienden como despojo a los latifundistas de sus tierras y no como igualación de propietarios aislados. La nacionalización significa la entrega de todas las tierras para una nueva distribución. Es el más grande proyecto burgués. Ni un solo campesino habló de igualitarismo y la socialización, pero todos decían que es imposible esperar más, que es necesario levantar las cercas de toda la tierra, es decir, que es imposible en las condiciones del siglo XX administrar la economía a la manera antigua. Desde entonces la reforma de Stolypin enredó aún más el problema agrario. Esto es lo que quieren decir los campesinos cuando exigen la nacionalización. Quiere decir que todas las tierras en general deben ser entregadas para una nueva distribución. No debe existir ninguna variedad de formas de propiedad de la tierra. Esto no es en modo alguno socialización. Esta exigencia de los campesinos se llama igualitaria porque, como lo indica el breve balance estadístico de la propiedad agraria del año 1905, a 300 familias campesinas y a una latifundista correspondía por igual 2.000 deciatinas de tierra; en este sentido es, naturalmente, igualitaria, pero de ahí no se deduce que esto significa igualar todas las economías pequeñas entre sí. El proyecto de los 104 dice lo contrario.

Esto es, en esencia, lo que debe decirse para

fundamentar científicamente que la nacionalización en Rusia, desde el punto de vista democrático burgués, resulta imprescindible. Pero es imprescindible, además, porque es un gigantesco golpe asestado a la propiedad privada sobre los medios de producción. Creer que después de la abolición de la propiedad privada de la tierra en Rusia todo quedará como antes, es simplemente un absurdo.

Más adelante, en el proyecto de resolución se establecen las conclusiones y reivindicaciones prácticas. Entre las enmiendas pequeñas destacaré las siguientes en el punto 1 se dice: “El partido del proletariado apoya con todas sus fuerzas la confiscación inmediata y completa de todas las tierras de los latifundistas...” En lugar de “apoya”, corresponde decir “lucha por...” Nosotros no nos basamos en que los campesinos posean poca tierra y necesiten más. Esta es una opinión vulgar; nosotros decimos que la propiedad agraria de los latifundistas es la base del yugo que oprime al campesinado y lo sume en el atraso. No se trata de si los campesinos tienen poca tierra o no; ¡abajo el régimen de la servidumbre!: así debe plantearse el problema desde el punto de vista de la lucha de clases revolucionaria, y no de aquellos funcionarios que calculan cuánta tierra poseen y de acuerdo a qué normas debe ser distribuida. Propongo cambiar de lugar los puntos 2 y 3, porque para nosotros es importante la iniciativa revolucionaria, y la ley debe ser su resultado. *Si vosotros esperáis a que la ley se escriba y no desplegáis personalmente ninguna energía revolucionaria, no tendréis ley ni tierra*.

Muy a menudo se hacen objeciones a la nacionalización, diciendo que ella presupone un gigantesco aparato burocrático. Es cierto, pero la propiedad del Estado significa que todo campesino arrienda la tierra al Estado. El subarriendo queda prohibido. Pero, en qué medida arrienda el campesino, qué tierra toma en arriendo, lo resuelve por entero el correspondiente organismo democrático y no el burocrático.

En lugar de “braceros” se pone “obreros agrícolas”. Varios camaradas declararon que la palabra “braceros” es ofensiva y se opusieron a ella. Debe ser eliminada.

Hablar en este momento de comités proletario-campesinos o de Soviets en la resolución del problema agrario no es lo indicado, porque, como vemos, los campesinos han creado los Soviets de diputados soldados y, de esta manera, ha surgido ya la separación del proletariado y el campesinado.

Como es sabido, los partidos pequeñoburgueses defensistas están por que se espere hasta la Asamblea Constituyente para solucionar el problema agrario. Nosotros nos pronunciamos por el paso inmediato de la tierra a manos de los campesinos con el máximo de organización. Estamos absolutamente en contra de las incautaciones anárquicas. Vosotros proponéis a los campesinos que se pongan de acuerdo con los latifundistas. Nosotros decimos que se debe tomar la tierra ahora mismo y sembrarla, a fin de luchar contra la falta de pan, a fin de librar al país de la bancarrota que se avecina con una rapidez prodigiosa. No se pueden aceptar las recetas de Shingariov y de los demócratas-constitucionalistas, que proponen esperar hasta la Asamblea Constituyente, cuya fecha de convocatoria se desconoce, o bien llegar a un acuerdo con los latifundistas acerca del arriendo. Los campesinos toman ya la tierra sin pagar indemnización o pagando la cuarta parte del arriendo.

Un camarada ha traído de su localidad, en la provincia de Penza, una resolución en la que se dice que los campesinos se apoderan de los aperos de labranza de los latifundistas, pero no los distribuyen por fincas, sino que los convierten en propiedad común. Establecen un determinado turno, un orden, para cultivar, sirviéndose de ellos, todas las tierras. Al aplicar estas medidas, se guían por la conveniencia de elevar la producción agrícola. Este hecho tiene un enorme significado de principio, a pesar de los latifundistas y los capitalistas, quienes gritan que esto es la anarquía. Y si vosotros charláis y gritáis también que esto es la anarquía, mientras los campesinos esperan, entonces sí habrá anarquía. Los campesinos demuestran que entienden las condiciones económicas y el control social mejor que los funcionarios, y los aplican cien veces mejor. Semejante medida, que, sin duda, es de fácil realización en una aldea pequeña, empuja inevitablemente hacia medidas más amplias. Si el campesino aprende esto, y ya ha empezado a aprenderlo, no tendrá necesidad de la ciencia de los profesores burgueses; llegará por sí solo a la conclusión de que los instrumentos de labor no deben utilizarse únicamente en las haciendas pequeñas, sino también en el cultivo de toda la tierra. De cómo lo llevará a la práctica, carece de importancia: si reúne las parcelas para ararlas y sembrarlas en común es algo que no sabemos, y no tiene importancia si lo hace de diferentes modos. Lo importante es que ellos no tienen, por suerte, ante si esa gran cantidad de intelectuales pequeñoburgueses, que se llaman a sí mismos marxistas, socialdemócratas, y que con aire de importancia enseñan al pueblo que no ha llegado aún el momento para la revolución socialista, por lo cual no corresponde que los campesinos tomen ahora la tierra. Por suerte, en las aldeas rusas hay pocos señores de ésos. Si los campesinos se limitaran a apoderarse de la tierra sobre la base de un acuerdo con los latifundistas, sin aplicar su propia experiencia colectivamente, el desastre sería inevitable y entonces los comités campesinos resultarían ser un juguete, una cosa nula. He aquí por qué proponemos agregar al proyecto de resolución el punto 8.

Puesto que nosotros sabemos que los propios

campesinos han comenzado a aplicar esta iniciativa en sus localidades, nuestra obligación, nuestro deber es decir que nosotros apoyamos y recomendamos esta iniciativa. Sólo en ello está la garantía de que la revolución no se limitará a tomar medidas de carácter formal, de que la lucha contra la crisis no seguirá siendo objeto de debates burocráticos y de elucubraciones de Shingariov, sino que, realmente, los campesinos marcharán hacia adelante por un camino organizado en la lucha contra la falta de pan y por el aumento de la producción.

Publicado por vez primera en 1921 en las "Obras" de N. Lenta (V. Uliánov), t. XIV, parte 2.
T. 31, 416-421.

9. Resolución sobre el problema agrario.

La existencia de la propiedad agraria terrateniente en Rusia constituye la base material del poder de los grandes terratenientes feudales y una premisa de la posible restauración de la monarquía. Este sistema de propiedad agraria condena inexorablemente a la inmensa mayoría de la población de Rusia, al campesinado, a vivir en la miseria, el vasallaje y la ignorancia, y al país en su conjunto, al atraso en todas las esferas de la vida.

En Rusia, la propiedad campesina de la tierra -tanto las tierras parcelarias[177] (asignadas a las comunidades o a las familias campesinas) como las de posesión privada (arrendadas o compradas)- está envuelta de abajo arriba, a lo largo y a lo ancho, por una red de viejos vínculos y relaciones de semiservidumbre, división de los campesinos en categorías heredadas del régimen de la servidumbre, fragmentación de las parcelas, etc., etc. La necesidad de romper todas estas trabas anticuadas y nocivas, de "levantar las cercas", de reestructurar sobre una base nueva todas las relaciones de la propiedad agraria y de la agricultura, en consonancia con las nuevas condiciones de la economía nacional y mundial, constituye la base material de la aspiración del campesinado a la nacionalización de todas las tierras del país.

Cualquiera que sean las utopías pequeñoburguesas con que los distintos partidos y grupos populistas revistan la lucha de las masas campesinas contra la propiedad agraria feudal latifundista y, en general, contra todas las trabas feudales en la posesión y usufructo de la tierra en Rusia, esta lucha expresa por sí misma la aspiración -plenamente democrática burguesa, progresista en absoluto y necesaria desde el punto de vista económico- a romper resueltamente todas estas trabas.

La nacionalización de la tierra, que es una medida burguesa, significa despejar la lucha de clases y el disfrute de la tierra, en el mayor grado posible y concebible en la sociedad capitalista, de todos los aditamentos no burgueses. Además, la nacionalización de la tierra, como abolición de la propiedad privada sobre ésta, representaría en la práctica un golpe tan demoledor a la propiedad privada sobre todos los medios de producción en general, que el partido del proletariado debe prestar todo su concurso a esa transformación.

Por otro lado, los campesinos ricos de Rusia han creado hace ya tiempo los elementos de una burguesía campesina, que han sido, sin duda, reforzados, multiplicados y consolidados por la reforma agraria de Stolypin. En el polo opuesto del campo se han reforzado y multiplicado en la misma proporción los obreros agrícolas asalariados, los proletarios y la masa de campesinos semiproletarios afines a ellos.

Cuanto mayores sean la decisión y el carácter consecuente con que se quebrante y elimine la propiedad agraria latifundista, cuanto más resuelta y consecuente sea, en general, la transformación agraria democrática burguesa en Rusia, mayores serán la fuerza y la rapidez con que se desarrollará la lucha de clase del proletariado agrícola contra los campesinos ricos (contra la burguesía campesina).

Debido a que la revolución proletaria que comienza a alzarse en Europa no ejercerá una influencia directa y poderosa sobre nuestro país, la suerte y el desenlace de la revolución rusa dependerán de si el proletariado urbano logra atraerse al proletariado agrícola e incorporar a éste la masa de semiproletarios del campo o si esta masa sigue a la burguesía campesina, propensa a aliarse con Guchkov y Miliukov, con los capitalistas y latifundistas y con la contrarrevolución en general.

Basándose en esta situación y correlación de las fuerzas de clase, la conferencia acuerda:

1. El partido del proletariado lucha con todas sus fuerzas por la confiscación inmediata y completa de todas las tierras de los latifundistas de Rusia (así como de las pertenecientes a la Corona, a la Iglesia, al zar, etc., etc.).

2. El partido aboga resueltamente por el paso inmediato de todas las tierras a manos de los campesinos, organizados en los Soviets de diputados campesinos o en otros organismos de administración local, elegidos de un modo plena y realmente democrático e independientes en absoluto de los latifundistas y de los funcionarios.

3. El partido del proletariado exige la nacionalización de todas las tierras existentes en el país, que, poniendo el derecho de propiedad de todas las tierras en manos del Estado, entregue el derecho a disponer de ellas a las instituciones democráticas locales.

4. El partido debe luchar enérgicamente tanto contra el Gobierno Provisional -que por boca de Shingariov y con sus actos colectivos impone a los campesinos un "acuerdo voluntario con los

latifundistas", lo que equivale en la práctica a imprimir a la reforma un carácter latifundista, y que amenaza con castigar a los campesinos por sus "arbitrariedades", es decir, con pasar a la violencia de la minoría de la población (los latifundistas y capitalistas) contra la mayoría- como contra las vacilaciones pequeñoburguesas de la mayoría de los populistas y socialdemócratas mencheviques, quienes aconsejan a los campesinos no tomar toda la tierra hasta que se reúna la Asamblea Constituyente.

5. El partido aconseja a los campesinos que tomen la tierra de modo organizado, sin permitir en modo alguno el menor deterioro de los bienes y preocupándose de aumentar la producción.

6. Todas las transformaciones agrarias, cualesquiera que sean, sólo podrán ser eficaces y firmes si se democratiza por completo todo el Estado, es decir, por un lado, si se suprime la policía, el ejército regular y la burocracia privilegiada de hecho, y, por otro lado, si se implanta el más amplio régimen de administración local, libre en absoluto de toda fiscalización y tutela desde arriba.

7. Es necesario emprender inmediatamente y por doquier la organización especial e independiente del proletariado agrícola, tanto en Soviets de diputados obreros agrícolas (y en Soviets especiales de diputados campesinos semiproletarios) como en grupos o fracciones proletarios en el seno de los Soviets generales de diputados campesinos, en todos los organismos de administración local y municipal, etc., etc.

8. El partido debe apoyar la iniciativa de los comités campesinos que en diversas comarcas de Rusia entregan el ganado de labor, los aperos de labranza, etc., de los latifundistas a los campesinos organizados en esos comités, a fin de que sean utilizados colectivamente y de un modo reglamentado en el cultivo de toda la tierra.

9. El partido del proletariado debe aconsejar a los proletarios y semiproletarios del campo que traten de conseguir la transformación de cada latifundio en una hacienda modelo bastante grande, administrada por los Soviets de diputados obreros agrícolas con recursos pertenecientes a la sociedad, bajo la dirección de agrónomos y empleando los mejores medios técnicos.

"Pravda", núm. 45, 13 de mayo (30 de abril) de 1917.
T. 31, págs. 425-428.

10. Resolución sobre los soviets de diputados obreros y soldados.

Después de discutir los informes y comunicaciones de los camaradas que trabajan en los Soviets de diputados obreros y soldados de las diferentes regiones de Rusia, la conferencia hace constar lo siguiente:

En toda una serie de localidades provinciales, la revolución avanza mediante la organización en Soviets del proletariado y del campesinado por propia iniciativa; la destitución violenta de las viejas autoridades; la creación de una milicia proletaria y campesina; la entrega de todas las tierras a los campesinos; el establecimiento del control obrero en las fábricas; la implantación de la jornada de trabajo de ocho horas; el aumento de los salarios; el mantenimiento del ritmo de la producción; el establecimiento del control obrero sobre la distribución de los víveres, etc.

Este crecimiento en amplitud y profundidad de la revolución en las provincias viene, de un lado, a ser un impulso del movimiento por el paso de todo el poder a los Soviets y por el control de la producción por los propios obreros y campesinos, y, de otro lado, sirve de garantía de preparación de fuerzas en toda Rusia para la segunda etapa de la revolución, la cual pondrá todo el poder del Estado en manos de los Soviets o de otros órganos que expresen directamente la voluntad de la mayoría del pueblo (órganos de administración local, Asamblea Constituyente, etc.).

En las capitales y en algunas grandes ciudades, la tarea de hacer efectivo el paso del poder a los Soviets tropieza con dificultades particularmente grandes y exige una preparación muy prolongada de las fuerzas proletarias. Aquí se concentran las fuerzas más grandes de la burguesía. Aquí, la política de pactos con la burguesía, política que no pocas veces entorpece la iniciativa revolucionaria de las masas y debilita su independencia, cobra proporciones más agudas, lo que es particularmente peligroso, dada la importancia dirigente que estos Soviets tienen para las provincias.

Es, pues, deber del partido proletario, de un lado, apoyar en todos sus aspectos el desarrollo de la revolución en las provincias, y, de otro lado, luchar sistemáticamente, dentro de Soviets (mediante la propaganda y la renovación de éstos), por el triunfo de la línea proletaria; todos los esfuerzos y toda la atención deben concentrarse en la masa de obreros y soldados, en separar la línea proletaria de la línea pequeñoburguesa, la línea internacionalista de la defensista, la línea revolucionaria de la oportunista, en organizar y armar a los obreros, en preparar sus fuerzas para la etapa siguiente de la revolución.

La conferencia declara, una vez más, que es necesaria una actividad múltiple dentro de los Soviets de diputados obreros y soldados para aumentar su número, consolidar sus fuerzas y aglutinar en su seno a los grupos proletarios internacionalistas de nuestro partido.

"Pravda", núm. 46, 15 (2) de mayo de 1917.
T. 31, págs. 430-431.

11. Discurso sobre el problema nacional, 29 de

abril, (12 de mayo).

Acta taquigráfica.

Desde el año 1903, en que nuestro partido adoptó su programa, hemos tropezado siempre con la obstinada oposición de los camaradas polacos. Si estudiáis las actas del II Congreso, veréis que ya entonces exponían los mismos argumentos que encontramos ahora. Los socialdemócratas polacos abandonaron aquel congreso por considerar inaceptable que se reconociera a las naciones el derecho a la autodeterminación. Y desde ese momento chocamos, una y otra vez, con la misma cuestión. En 1903 existía ya el imperialismo, pero entre los argumentos invocados ninguno hablaba de él; hoy, como entonces, la posición de la socialdemocracia polaca sigile siendo un extraño y monstruoso error; esa gente quiere que nuestro partido descienda a la posición de los chovinistas.

La política de Polonia es una política plenamente nacional como consecuencia de los largos años de opresión de ese país por Rusia, y todo el pueblo polaco está dominado por una idea: vengarse de los moscovitas. Nadie ha oprimido tanto a los polacos como el pueblo ruso, que, en manos de los zares, sirvió de verdugo de la libertad polaca. Ningún pueblo se ha impregnado tanto de odio a Rusia, ningún pueblo detesta tan terriblemente a Rusia como los polacos, y de ello se desprende un raro fenómeno. Polonia es, a causa de la burguesía polaca, un obstáculo para el movimiento socialista. ¡Que arda el mundo entero con tal de que Polonia sea libre! Plantear así el problema significa, naturalmente, mofarse del internacionalismo. Sin duda, Polonia es actualmente víctima de la violencia; pero que los nacionalistas polacos puedan esperar de Rusia su emancipación, es traicionar a la Internacional. Y los nacionalistas polacos han empapado con sus ideas al pueblo polaco hasta tal punto, que éste así ve las cosas.

El inmenso mérito histórico de los camaradas socialdemócratas polacos consiste en haber lanzado la consigna del internacionalismo, diciendo: lo más importante para nosotros es sellar una alianza fraternal con el proletariado de todos los demás países, y jamás nos lanzaremos a una guerra por la liberación de Polonia. Ese es su mérito, y por ello hemos considerado siempre socialistas únicamente a estos camaradas socialdemócratas polacos. Los otros son patrioteros, son los Plejánov polacos. Pero de esta situación original, en la que unos hombres, para salvar el socialismo, se han visto obligados a luchar contra un nacionalismo furioso y enfermizo, se deriva un fenómeno extraño: los camaradas vienen a nosotros y nos dicen que debemos renunciar a la libertad de Polonia, a su separación.

¿Por qué nosotros, los rusos, que oprimimos a más naciones que ningún otro pueblo, hemos de renunciar a proclamar el derecho de Polonia, Ucrania y Finlandia a separarse de Rusia? Se nos propone que nos convirtamos en chovinistas porque con ello facilitaremos la posición de los socialdemócratas polacos. No aspiramos a la liberación de Polonia porque el pueblo polaco vive entre dos Estados capaces de luchar. Pero en vez de decir que los obreros polacos deben razonar así: sólo son fieles a la democracia los socialdemócratas que opinan que el pueblo polaco debe ser libre, pues en las filas del Partido Socialista no hay cabida para los chovinistas, los socialdemócratas polacos dicen: estamos en contra de la separación de Polonia precisamente porque creemos ventajosa la alianza con los obreros rusos. Y están en su pleno derecho. Pero hay quienes no quieren comprender que para reforzar el internacionalismo no es necesario repetir las mismas palabras, y que en Rusia debe insistirse en la libertad de separación de las naciones oprimidas, mientras en Polonia debe subrayarse la libertad de unión. La libertad de unión presupone la libertad de separación. Nosotros, los rusos, debemos subrayar la libertad de separación, y en Polonia, la libertad de unión.

Nos encontramos aquí con una serie de sofismas, que conducen a la abjuración total del marxismo. El punto de vista del camarada Piatakov no es más que una repetición del punto de vista de Rosa Luxemburgo...* (el ejemplo de Holanda)...* Así razona el camarada Piatakov, y al razonar de ese modo se refuta a sí mismo, pues en teoría niega la libertad de separación, pero le dice al pueblo: quien niega la libertad de separación no es un socialista. Cuanto ha dicho aquí el camarada Piatakov es un embrollo increíble. En Europa Occidental predominan países en los que el problema nacional ha sido resuelto hace ya mucho. Cuando se dice que el problema nacional está resuelto se alude a Europa Occidental. El camarada Piatakov traslada eso a un terreno que no tiene nada que ver con ello, a los países de Europa Oriental, cayendo así en una situación ridícula.

¡Fijaos qué espantoso lío resulta! Tenemos a Finlandia cerca. El camarada Piatakov no nos da sobre ella una contestación concreta; se ha metido en un atolladero. Habréis leído ayer en *Rabóchaya Gazeta* que en Finlandia crece el movimiento separatista. Los finlandeses vienen y nos dicen que en su país toma incremento el separatismo porque los demócratas-constitucionalistas no conceden a Finlandia la plena autonomía. En Finlandia madura la crisis, el descontento con el gobernador general Ródichev es cada vez mayor; pero *Rabóchaya Gazeta* escribe que los finlandeses deben esperar la Asamblea Constituyente, pues en ella se llegará a un acuerdo entre Finlandia y Rusia. Pero ¿qué significa "acuerdo"? Los finlandeses deben decir que pueden tener derecho a disponer de sus destinos como crean

* Hay una laguna en el acta. (*N. de la Edit.*)

* Hay una laguna en el acta. (*N. de la Edit.*)

conveniente, y el ruso que niegue ese derecho será un chovinista. Otra cosa sería si le dijéramos al obrero finlandés: decide según te...*

El camarada Piatakov se limita a rechazar nuestra consigna, diciendo que es lo mismo que no dar consigna para la revolución socialista, pero no ofrece la que corresponde. El método de la revolución socialista bajo la consigna de "¡Abajo las fronteras!" entraña la más completa confusión. No hemos conseguido publicar el artículo en que calificaba yo esta idea de "economismo imperialista". ¿Qué significa el "método" de la revolución socialista bajo la consigna de "¡Abajo las fronteras!"? Nosotros defendemos la necesidad del Estado, y el Estado presupone fronteras. El Estado puede, naturalmente, incluir un gobierno burgués, mientras que nosotros necesitamos los Soviets. Pero también a los Soviets se les plantea el problema de las fronteras. ¿Qué quiere decir " las fronteras!"? Ahí comienza la anarquía... El "método" de la revolución socialista bajo la consigna de "¡Abajo las fronteras!" es un verdadero galimatías. Cuando madure la revolución socialista, cuando estalle, se extenderá también a otros países, y nosotros la ayudaremos, aunque no sepamos aún cómo. El "método de la revolución socialista" es una frase vacía. Por cuanto existen problemas no resueltos del todo por la revolución burguesa, somos partidarios de que se resuelvan. Ante el movimiento separatista somos indiferentes, neutrales. Si Finlandia, Polonia o Ucrania se separan de Rusia, no hay ningún mal en ello. ¿Qué mal puede haber? Quien lo afirme es un chovinista. Hace falta haber perdido el juicio para continuar la política del zar Nicolás. ¿No se ha separado Noruega de Suecia?... En otros tiempos. Alejandro I y Napoleón cambiaban pueblos entre sí, en otros tiempos los zares utilizaban a Polonia como moneda de cambio. ¿Es que vamos a continuar nosotros esa táctica de los zares? Ello equivaldría a renunciar a la táctica del internacionalismo, sería un chovinismo de la peor especie. ¿Qué hay de malo en que Finlandia se separe? En ambos pueblos, en el proletariado de Suecia y de Noruega, se ha fortalecido la confianza mutua después de la separación. Los terratenientes suecos quisieron lanzarse a una guerra, pero los obreros de Suecia se opusieron, diciendo: no contéis con nosotros para esa guerra.

Los finlandeses no quieren hoy más que la autonomía. Nosotros opinamos que debe darse a Finlandia plena libertad; entonces se reforzará su confianza en la democracia rusa, y precisamente entonces, cuando eso se lleve a la práctica, no se separará. El señor Ródichev va a Finlandia y regatea sobre la autonomía. Los camaradas finlandeses vienen a nosotros y nos dicen: necesitamos la autonomía. Y desde todas las baterías abren fuego contra ellos, diciéndoles: "¡Esperad a que se reúna la Asamblea Constituyente!" Nosotros, en cambio, decimos: "El socialista ruso que niega la libertad de Finlandia es un chovinista".

Nosotros decimos que las fronteras se fijan por voluntad de la población. ¡Rusia, no te lances a combatir por Curlandia! ¡Alemania, retira tus tropas de Curlandia! Así resolvemos nosotros el problema de la separación. El proletariado no puede apelar a la violencia, pues no debe obstaculizar la libertad de los pueblos. La consigna de "¡Abajo las fronteras!" será justa cuando la revolución socialista sea una realidad y no un método; entonces podremos decir: ¡Camaradas, venid a nosotros!...

Cuestión muy distinta es la de la guerra. En caso de necesidad, no renunciaremos a una guerra revolucionaria. No somos pacifistas... Cuando en Rusia manda Miliukov y envía a Ródichev a Finlandia para que regatee desvergonzadamente con el pueblo finlandés, nosotros decimos: ¡No, pueblo ruso, no te atrevas a avasallar a Finlandia: el pueblo que oprime a otros pueblos no puede ser libre![178] En la resolución sobre Borgbjerg decimos: retirad las tropas y dejad que la nación decida el asunto por su cuenta. Y si el Soviet toma mañana el poder, no se tratará ya de un "método de la revolución socialista" y entonces diremos: ¡Alemania, fuera tus tropas de Polonia! ¡Rusia, fuera tus tropas de Armenia! De otra manera sería un engaño.

El camarada Dzerzhinski nos dice de su Polonia oprimida que allí todos son chovinistas. Pero ¿por qué no ha dicho ningún polaco ni una sola palabra acerca de lo que debe hacerse con Finlandia y Ucrania? Tanto hemos discutido ya de todo esto desde 1903 que resulta difícil hablar de ello. ¡Ve donde quieras!... Quien no adopte este punto de vista será un anexionista, un chovinista. Queremos una alianza fraternal de todos los pueblos. Cuando existan una República Ucrania y una República Rusa, habrá entre ellas más ligazón y más confianza. Y si los ucranios ven que en Rusia se ha proclamado la República de los Soviets, no se separarán; pero si nuestra república es una república de Miliukov, se separarán. Cuando el camarada Piatakov, en plena contradicción con sus puntos de vista, dice: nos oponemos a que se retenga a nadie por la violencia dentro de las fronteras, no hace más que reconocer el derecho de las naciones a la autodeterminación. No queremos en modo alguno que el campesino de Jiva viva bajo el yugo del kan de Jiva. Con el desarrollo de nuestra revolución influiremos sobre las masas oprimidas. Sólo así puede plantearse la agitación entre las masas sojuzgadas.

Pero todo socialista ruso que no reconozca la libertad de Finlandia y de Ucrania se deslizará al chovinismo. Y no habrá jamás sofisma ni invocación de "método" que pueda justificarle.

Publicado por vez primera en 1921 en las

* Hay una laguna en el acta. (*N. de la Edit.*)

"Obras" de N. Lenin (V. Uliánov), XIV, parte 2.
T. 31, págs. 432-437.

12. Resolución sobre el problema nacional.

La política de opresión nacional, herencia de la autocracia y de la monarquía, es defendida por los latifundistas, los capitalistas y la pequeña burguesía en aras de la conservación de sus privilegios de clase y de la desunión de los obreros de distintas naciones. El imperialismo contemporáneo, al reforzar la tendencia a someter a los pueblos débiles, es un nuevo factor de acentuación del yugo nacional.

La supresión del yugo nacional, en la medida en que es posible en la sociedad capitalista, sólo es realizable bajo un régimen republicano consecuentemente democrático y una gobernación del Estado que garantice la plena igualdad de derechos de todas las naciones y lenguas.

Debe reconocerse a todas las naciones componentes de Rusia el derecho a separarse libremente y a formar Estados independientes. La negación de este derecho y la no adopción de medidas encaminadas a garantizar el ejercicio del mismo, equivalen a apoyar la política de conquistas o anexiones. El reconocimiento por el proletariado del derecho de las naciones a su separación es lo único que garantiza la plena solidaridad de los obreros de distintas naciones y facilita un acercamiento verdaderamente democrático entre ellas.

El conflicto surgido en la actualidad entre Finlandia y el Gobierno Provisional ruso muestra con particular nitidez que negar el derecho a la libre separación lleva de lleno a continuar la política del zarismo.

El derecho de las naciones a la separación libre no debe confundirse con la conveniencia de que se separe una u otra nación en tal o cual momento. Esto último problema deberá resolverlo el partido del proletariado de un modo absolutamente independiente en cada caso concreto, desde el punto de vista de los intereses de todo el desarrollo social y de la lucha de clase del proletariado por el socialismo.

El partido exige una amplia autonomía regional, la abolición de la fiscalización desde arriba, la supresión de una lengua oficial obligatoria y la delimitación de las fronteras de las regiones independientes y autónomas, teniendo en cuenta la opinión de la propia población local en cuanto a las condiciones económicas y de vida, la composición nacional de la región, etc.

El partido del proletariado rechaza resueltamente la llamada "autonomía nacional cultural", que consiste en sustraer de la competencia del Estado los asuntos escolares, etc., para ponerlos en manos de una especie de dietas nacionales. Este plan crea fronteras artificiales entre los obreros que viven en la misma localidad y que incluso trabajan en la misma empresa, según su pertenencia a una u otra "cultura nacional", es decir, refuerza los lazos entre los obreros y la cultura burguesa de cada nación por separado, mientras que la tarea de la socialdemocracia consiste en fortalecer la cultura internacional del proletariado del mundo entero.

El partido exige que se incluya en la Constitución una ley fundamental que anule toda clase de privilegios a favor de una nación y toda clase de violaciones de los derechos de las minorías nacionales.

Los intereses de la clase obrera exigen la fusión de los obreros de todas las naciones de Rusia en organizaciones proletarias únicas, tanto políticas como sindicales, cooperativistas, culturales, etc. Sólo esta fusión de los obreros de las distintas naciones en organizaciones únicas da al proletariado la posibilidad de librar una lucha victoriosa contra el capital internacional y contra el nacionalismo burgués.

Publicado el 16 (3) de mayo de 1917 como anejo al núm. 13 del periódico "Soldátskaya Pravda".
T. 31, págs. 439-440.

13. Resolución sobre el momento actual.

La guerra mundial, provocada por la lucha de los trusts mundiales y del capital bancario por la dominación en el mercado mundial, ha acarreado ya la destrucción de una masa inmensa de valores materiales, el agotamiento de las fuerzas productivas y una expansión tal de la industria de guerra, que hasta la producción del mínimo imprescindible de artículos de consumo y medios de producción resulta imposible.

De este modo, la guerra actual ha llevado a la humanidad a un callejón sin salida y la ha colocado al borde del abismo.

Las premisas objetivas de la revolución socialista, que indudable existían ya antes de la guerra en los países más avanzados y desarrollados, seguían y siguen madurando a consecuencia de ésta, con vertiginosa rapidez. El desplazamiento y la ruina de las haciendas pequeñas y medias se aceleran más y más. La concentración e internacionalización del capital asume proporciones gigantescas. El capitalismo monopolista se convierte en capitalismo monopolista de Estado. Las circunstancias obligan a una serie de países a implantar la regulación social de la producción y de la distribución; algunos de ellos pasan a establecer el trabajo obligatorio para todos.

Dentro de un régimen de propiedad privada sobre los medios de producción, todos esos pasos hacia una mayor monopolización y una mayor estatificación de la producción van acompañados inevitablemente de una intensificación de la explotación de las masas trabajadoras, del reforzamiento de la opresión, de trabas a la lucha contra los explotadores, acentúan la

reacción y el despotismo militar y al mismo tiempo conducen inevitablemente a un increíble acrecentamiento de las ganancias de los grandes capitalistas a expensas de todas las demás capas de la población, a esclavizar por muchos decenios a las masas trabajadoras, imponiéndoles tributos a pagar a los capitalistas bajo la forma de miles de millones de intereses de los empréstitos. En cambio, una vez abolida la propiedad privada sobre los medios de producción, y con el paso de todo el poder del Estado a manos del proletariado, esas mismas condiciones garantizará el triunfo de una transformación social que pondrá fin a la explotación del hombre por el hombre y asegurará el bienestar de todos.

* * *

Por otra parte, la marcha de los acontecimientos ha venido a confirmar, sin lugar a dudas, la previsión de los socialistas del mundo entero, quienes en el Manifiesto de Basilea de 1912 señalaron unánimemente la inevitabilidad de la *revolución proletaria*, en relación precisamente con la guerra imperialista que entonces se avecinaba y hoy hace estragos.

La revolución rusa no es más que la primera etapa de la primera de las revoluciones proletarias engendradas inevitablemente por la guerra.

En todos los países crecen la indignación de las amplias masas populares contra la clase capitalista y la conciencia del proletariado de que sólo el paso del poder a sus manos y la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción salvarán a la humanidad de la ruina.

En todos los países, y particularmente en los más avanzados, en Inglaterra y Alemania, cientos de socialistas que no se han pasado al lado de "su" burguesía nacional han sido arrojados a las cárceles por los gobiernos de los capitalistas que, con estas persecuciones, no hacen más que demostrar su temor a la revolución proletaria que va creciendo en el seno de las masas populares. Su maduración en Alemania se nota en las huelgas de masas, que en las últimas semanas han tomado un incremento considerable como también en la creciente confraternización de los soldados alemanes y rusos en el frente.

La confianza y unión fraternales entre los obreros de los distintos países que hoy se exterminan unos a otros por los intereses de los capitalistas, se van restableciendo poco a poco de ese modo, y esto crea, a su vez, las premisas para las acciones revolucionarias conjuntas de los obreros de distintos países. Sólo esas acciones pueden garantizar el desarrollo sistemático y el éxito más seguro de la revolución socialista mundial.

* * *

El proletariado de Rusia, que actúa en uno de los países más atrasados de Europa, con una inmensa población de pequeños campesinos, no puede proponerse como meta inmediata la realización de transformaciones socialistas.

Pero sería el más funesto de los errores, error que en la práctica equivaldría a pasarse al campo de la burguesía, deducir de ello la necesidad de que la clase obrera apoye a la burguesía, de que limite su táctica al marco de lo que es aceptable para la pequeña burguesía, o de que el proletariado renuncie a su papel dirigente en la tarea de explicar al pueblo la urgencia de una serie de pasos prácticamente maduros hacia el socialismo.

Tales pasos son, en primer término, la nacionalización de la tierra. Esta medida, que no rebasa directamente los límites del régimen burgués, sería al mismo tiempo un fuerte golpe asestado a la propiedad privada sobre los medios de producción, y por eso acrecentaría la influencia del proletariado socialista sobre los semiproletarios del campo.

Otra de esas medidas es la implantación del control del Estado sobre todos los bancos y la fusión de los mismos en un banco central único, y sobre los institutos de seguros y los consorcios capitalistas más importantes (v. gr., el consorcio de fabricantes de azúcar, el Prodúgol, el Prodamet[179], etc.), con la transición gradual a un sistema más justo de impuestos progresivos sobre la renta y la riqueza. No cabe duda de que estas medidas ya maduras en el terreno económico son susceptibles técnicamente de una aplicación inmediata, y políticamente pueden contar con el apoyo de la mayoría aplastante de los campesinos, a quienes esas reformas favorecerán en todos los aspectos.

Los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., que hoy cubren a Rusia con una red cada vez más tupida, podrían, además de las mencionadas medidas, implantar el trabajo obligatorio para todos, pues el carácter de estas instituciones asegura, por una parte, el paso hacia todas esas nuevas transformaciones sólo en la medida en que su necesidad práctica sea reconocida, consciente y firmemente, por la inmensa mayoría del pueblo, y, por otra parte, el carácter de estas instituciones garantiza la realización de estas transformaciones, no por la vía policiaco-burocrática, sino por la participación voluntaria de las masas organizadas y armadas del proletariado y del campesinado en la regulación de su propia economía.

Todas estas medidas y otras semejantes no sólo pueden y deben ser discutidas y preparadas, para implantarlas en todo el país, una vez que el poder pase íntegro a manos de los proletarios y semiproletarios, sino que pueden y deben ser realizadas por los órganos revolucionarios locales del poder popular cuando haya la posibilidad de hacerlo.

Para llevar a la práctica estas medidas, es necesario observar una extraordinaria prudencia y serenidad; hay que conquistar una sólida mayoría popular y llevar a ella la conciencia de que las medidas que se implanten son ya prácticamente

factibles, y es ésa precisamente la dirección en que deben concentrarse la atención y los esfuerzos de la vanguardia consciente de las masas obreras, que han de ayudar a las masas campesinas a encontrar salida del actual desastre.

Publicado el 16 (3) de mayo de 1917 como anejo al núm. 13 del periódico "Soldátskaya Pravda".
T. 31, págs. 449-452.

INTRODUCCIÓN A LAS RESOLUCIONES DE LA VII CONFERENCIA DE TODA RUSIA DEL POSD(B)R.

Camaradas obreros:

La Conferencia de toda Rusia del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, unido por el Comité Central y denominado comúnmente Partido Bolchevique, ha terminado.

La conferencia ha adoptado acuerdos muy importantes sobre todas las cuestiones fundamentales de la revolución, cuyo texto reproducimos íntegro más abajo.

La revolución está en crisis, como pudo verse en las calles de Petrogrado y de Moscú del 19 al 21 de abril. Lo ha reconocido el Gobierno Provisional. Lo ha reconocido el Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado. Lo confirma una vez más, en el momento en que escribimos estas líneas, la dimisión de Guchkov.

La crisis del poder, la crisis de la revolución, no es casual. El Gobierno Provisional es un gobierno de latifundistas y capitalistas, unidos por el capital ruso y anglo-francés y obligados a continuar la guerra imperialista. Pero los soldados están extenuados por la guerra, ven cada vez más claramente que ésta se hace en interés de los capitalistas, no quieren la guerra. Y, al mismo tiempo, se cierne sobre Rusia, igual que sobre otros países, el amenazador fantasma de una horrible bancarrota, de la falta de pan y de la completa ruina económica.

El Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado se ha metido asimismo en un atolladero al concluir un acuerdo con el Gobierno Provisional y apoyar a éste, al apoyar el empréstito y, por consiguiente, la guerra. El Soviet responde por el Gobierno Provisional y, al ver la situación sin salida, se ha embrollado también a causa de su acuerdo con el gobierno de los capitalistas.

En este gran momento histórico en que está en juego todo el porvenir de la revolución, en que los capitalistas se debaten entre la desesperación y la idea de ametrallar a los obreros, nuestro partido se dirige al pueblo y en los acuerdos de su conferencia le dice:

Hay que comprender qué *clases* impulsan la revolución. Hay que tener en cuenta serenamente sus diferentes aspiraciones. El capitalista no puede seguir el mismo camino que el obrero. Los pequeños propietarios no pueden confiar plenamente en los capitalistas ni decidirse todos y en el acto a una estrecha alianza fraternal con los obreros. Sólo comprendiendo la diferencia de estas clases podrá encontrarse un camino acertado para la revolución.

Y los acuerdos de nuestra conferencia sobre todas las cuestiones fundamentales de la vida popular establecen una diferenciación precisa entre los intereses de las distintas clases, muestran que es imposible en absoluto salir del atolladero con una política de confianza en el gobierno de los capitalistas o apoyando a ese gobierno.

La situación es inusitadamente difícil. No hay más que una salida: el paso de todo el poder del Estado a los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., en toda Rusia, de abajo arriba. Sólo si el poder pasa a manos de la clase obrera y ésta es apoyada por la mayoría de los campesinos podrá esperarse un rápido restablecimiento de la confianza de los obreros de otros países, una poderosa revolución europea que rompa el yugo del capital y destruya las férreas tenazas de la criminal matanza de los pueblos. Sólo si el poder pasa a manos de la clase obrera y ésta es apoyada por la mayoría de los campesinos podrá tenerse la firme esperanza de que todas las masas trabajadoras depositarán la más plena confianza en este poder y se alzarán unánimemente, como un solo hombre, para efectuar una abnegada labor de reestructuración de toda la vida popular en interés de las masas trabajadoras y no de los capitalistas y latifundistas. Sin esta labor abnegada, sin una gigantesca tensión de las fuerzas de todos y de cada uno, sin la firmeza y la decisión de reorganizar la vida de manera nueva, sin la organización más rígida y la disciplina camaraderil de todos los obreros y de todos los campesinos pobres, *sin todo eso no hay salida*.

La guerra ha colocado a toda la humanidad al borde del abismo. Los capitalistas se lanzaron a la guerra y son impotentes para salir de ella. Todo el mundo se halla ante la catástrofe.

Camaradas obreros: Se acerca el instante en que los acontecimientos exigirán de vosotros un heroísmo nuevo -un heroísmo de millones y decenas de millones de seres-, mayor aún que en los días gloriosos de la revolución de febrero y de marzo. Preparaos.

Preparaos y tener presente que si junto con los capitalistas pudisteis vencer en unos cuantos días con una simple explosión de la ira popular, para triunfar

en la lucha contra los capitalistas hace falta algo más. Para una victoria de ese género, para que los obreros y los campesinos pobres tomen el poder, para que se mantengan en él y lo utilicen con acierto hace falta organización, organización y organización.

Nuestro partido os ayuda como puede, ante todo, haciéndoos comprender la diferente situación de las distintas clases y su distinta fuerza. A ello están consagrados los acuerdos de nuestra conferencia. Sin esta comprensión clara, la organización no significa nada. Sin organización es imposible la acción de millones de seres, es imposible todo éxito.

No creed en las palabras. No os dejéis arrastrar por las promesas. No exageréis vuestras fuerzas. Organizaos en cada fábrica, en cada regimiento y en cada compañía, en cada barriada. Realizad un trabajo perseverante de organización cada día, cada hora; trabajad vosotros mismos, ya que esta labor no puede confiarse a nadie. Conseguid con vuestra labor que las masas vayan depositando su plena confianza en los obreros de vanguardia paulatina, firme e indestructiblemente. Ese es el contenido fundamental de todos los acuerdos de nuestra conferencia. Esa es la enseñanza principal de todo el curso de la revolución. En eso consiste la única garantía de éxito.

Camaradas obreros: Os exhortamos a realizar una labor difícil, seria y tesonera, que una al proletariado consciente, revolucionario, de todos los países. Este camino, y sólo éste, conduce a la salida, a salvar a la humanidad de los horrores de la guerra, del yugo del capital.

Publicado el 16 (3) de mayo de 1917 como anejo al núm. 13 del periódico "Soldátskaya Pravda".
T. 31, págs. 454-457.

A QUE CONDUCE LOS PASOS CONTRARREVOLUCIONARIOS DEL GOBIERNO PROVISIONAL.

Hemos recibido el siguiente telegrama:

"*Eniseisk*. El Soviet de diputados obreros y soldados ha conocido un telegrama con instrucciones enviado a Eniseisk por el ministro Lvov a Krutovski, que ha sido designado comisario de la provincia de Eniseisk.

Protestamos contra el deseo de restablecer la burocracia y declaramos: primero, no permitiremos que nos dirijan funcionarios designados; segundo, no hay retorno para los jefes de los zemstvos destituidos; tercero, reconocemos únicamente los organismos creados en el distrito de Eniseisk por el propio pueblo; cuarto, los funcionarios designados sólo podrán mandar pasando por encima de nuestros cadáveres.

El Soviet de diputados de Eniseisk".

Así pues, el Gobierno Provisional designa desde Petrogrado "comisarios" para "dirigir" el Soviet de diputados obreros y soldados de Eniseisk o, en general, el organismo de administración autónoma local de Eniseisk. Además, el Gobierno Provisional ha hecho esta designación de tal forma que el Soviet de diputados obreros y soldados de Eniseisk protesta contra "el deseo de restablecer la burocracia".

Por si fuera poco, el Soviet de diputados obreros y soldados de Eniseisk declara que "los funcionarios designados sólo podrán mandar pasando por encima de nuestros cadáveres". La conducta del Gobierno Provisional ha llevado al lejano distrito siberiano, personificado por la institución dirigente que ha elegido todo el pueblo, al extremo de amenazar directamente al gobierno con la *resistencia armada*.

¡Hasta dónde ha llegado la administración de los señores del Gobierno Provisional!

¡Y luego gritarán -como han gritado hasta ahora- contra la gente malintencionada que "predica" la "guerra civil"!

¿Qué falta hacía designar desde Petrogrado, o desde cualquier otro centro, "comisarios" para "dirigir" una institución local *electiva*? ¿Es que un forastero puede conocer mejor las necesidades locales y "dirigir" a la población local? ¿Qué motivo han dado los habitantes de Eniseisk para que se adopte medida tan absurda? Si los habitantes de Eniseisk han chocado en algo con las decisiones de la mayoría de los ciudadanos de otras localidades, ¿por qué no limitarse primeramente a tratar de *informarse*, sin dar pretexto para que se hable de "burocracia" y sin provocar el descontento y la indignación legítimos de la población local?

A todas estas preguntas sólo se puede dar una respuesta. Los señores representantes de los terratenientes y capitalistas que sesionan en el Gobierno Provisional quieren *conservar* sin falta el viejo *aparato* administrativo zarista: los funcionarios "designados" desde arriba. Así han procedido casi siempre todas las repúblicas parlamentarias burguesas del mundo, excepto durante los cortos períodos de revolución en algunos países. Así han procedido, facilitando y preparando con ello el retorno *de* la república a la monarquía, a los Napoleones, a los dictadores militares. Así han procedido, y los señores demócratas-constitucionalistas quieren repetir sin falta esos tristes ejemplos.

El problema es serio en extremo. No hay por qué engañarse. Con esos pasos, precisamente con esos pasos, el Gobierno Provisional *prepara* -no importa si consciente o inconscientemente- la restauración de la monarquía en Rusia.

Toda la responsabilidad por los intentos posibles -y, hasta cierto punto inevitable- de restaurar la monarquía en Rusia recae sobre el Gobierno Provisional, que da semejantes pasos contrarrevolucionarios. Porque la burocracia "designada" desde arriba -para "dirigir" a la población local- ira sido y será siempre la garantía más segura de la restauración de la monarquía, lo mismo que lo son el ejército permanente y la policía.

El Soviet de diputados obreros y soldados de Eniseisk tiene mil veces razón tanto desde el punto de vista de la táctica como del de los principios. No se debe permitir el retorno de los jefes de los zemstvos destituidos. No se puede tolerar la instauración de la burocracia "designada". Hay que reconocer "únicamente los organismos creados por el propio pueblo" en cada localidad.

La idea de que es necesario "dirigir" a través de funcionarios "designados" desde arriba es una *aventura* cesarista o blanquista, profundamente falsa y antidemocrática. Engels tenía toda la razón cuando

en 1891, al criticar el proyecto de programa de los socialdemócratas alemanes -contagiados de burocratismo en grado considerable-, insistía en que no hubiese ninguna fiscalización desde arriba de la administración autónoma local; Engels tenía razón al recordar la experiencia de Francia, que de 1792 a 1798 se gobernó por organismos locales electivos, sin ninguna fiscalización de ese tipo, y no se "disgregó" ni se "desmoronó" lo más mínimo, sino que se fortaleció, se cohesionó y organizó democráticamente[180].

Los estúpidos prejuicios burocráticos, la rutina de los hábitos zaristas y las ideas profesorales reaccionarias sobre la necesidad del burocratismo, los propósitos y las tendencias contrarrevolucionarias de los terratenientes y capitalistas: tal es el terreno en que han brotado y maduran actos del Gobierno Provisional como el que examinamos.

El Soviet de diputados obreros y soldados de Eniseisk ha puesto de manifiesto el sano sentido democrático de los obreros y los campesinos, indignados por la ultrajante tentativa de "designar" desde arriba a los funcionarios para que "dirijan" a la población adulta local, a la inmensa mayoría, que ha elegido a sus propios representantes.

El pueblo necesita una república verdaderamente democrática, una república obrera y campesina que no conozca otras autoridades que las elegidas por la población y que puedan ser revocadas por ella en cualquier momento, si así lo desea. Y por esa república deben luchar todos los obreros y campesinos contra las tentativas del Gobierno Provisional de restablecer los métodos y los aparatos administrativos monárquicos, zaristas.

"Pravda", núm. 43, 11 de mayo (28 de abril) de 1917.

T. 31, págs. 462-464.

I. G. TSERETELI Y LA LUCHA DE CLASES.

Todos los periódicos publican, íntegro o resumido, el discurso pronunciado por I. G. Tsereteli el 27 de abril en la sesión solemne de los diputados a la Duma de Estado de todas las legislaturas.

Ha sido un discurso absolutamente ministerial. El discurso de un ministro sin cartera. No obstante, creemos que no es pecado, *incluso* cuando un ministro sin cartera pronuncia discursos ministeriales, dedicar un pensamiento al socialismo, al marxismo y a la lucha de clases. A cada cual lo suyo. Es natural que la burguesía rehúya hablar de la lucha de clases, analizarla, estudiarla y hacer de ella una base para determinar la política. Corresponde a la burguesía descartar estos asuntos "desagradables", "poco delicados", como se dice en los salones, y cantar loas a la "unión" de "todos los amigos de la libertad". Corresponde al partido proletario no olvidar la lucha de clases.

A cada cual lo suyo.

Dos ideas políticas fundamentales se destacan en el discurso de Tsereteli. La primera es que se puede y se debe distinguir dos "sectores" de la burguesía. Un sector "ha llegado a un acuerdo con la democracia"; la posición de esta burguesía es "firme". El otro está formado por "elementos irresponsables de la burguesía que provocan la guerra civil", o, como también dice Tsereteli, "muchos de los llamados elementos censatarios moderados".

La segunda idea política del orador es ésta: "Cualquier tentativa de proclamar (!!?) ahora mismo la dictadura del proletariado y del campesinado" sería una tentativa "desesperada", y él, Tsereteli, estaría de acuerdo con esa tentativa desesperada si pudiese creer sólo por un minuto que las ideas de Shulguín son realmente "compartidas por toda la burguesía censataria".

Examinemos estas dos ideas políticas de I. G. Tsereteli, que, como cuadra a un ministro sin cartera o a un candidato a ministro, ha adoptado una posición "centrista": ¡ni por la reacción ni por la revolución! Ni con Shulguín ni con los partidarios de "tentativas desesperadas".

¿Qué diferencia de clase hace Tsereteli entre los dos sectores de la burguesía que menciona? Absolutamente ninguna. A Tsereteli no se le ha ocurrido siquiera que no es un pecado fundamentar la política desde el punto de vista de la lucha de clases. Los dos "sectores" de la burguesía son, por su esencia de clase, los terratenientes y los capitalistas. Tsereteli no dice ni una palabra acerca de que Shulguín no representa las mismas clases o sus subgrupos que Guchkov (este último, miembro del Gobierno Provisional y uno de los más importantes...). Tsereteli separó las ideas de Shulguín de las de "toda" la burguesía censataria, pero no dio *ninguna* razón para ello. Y no podía dar *ninguna*. Las "ideas" de Shulguín -a favor del poder indiviso del Gobierno Provisional, contra la fiscalización de este gobierno por los soldados armados, contra la "propaganda anti-inglesa", contra la "incitación" de los soldados a reñir con la "casta de oficiales", contra la propaganda de Petrográdskaya Storoná[181], etc.- son las mismas que el lector encuentra a diario en las páginas de *Riech*, en los discursos y manifiestos de los ministros con cartera, etc.

La única diferencia es que Shulguín habla más "abiertamente", mientras que el Gobierno Provisional, como gobierno que es, *habla* con más discreción; Shulguín habla con voz de bajo, Miliukov lo hace en falsete. Miliukov es partidario de un acuerdo con el Soviet de diputados obreros y soldados, y Shulguín tampoco tiene *nada en contra* de ese acuerdo. Shulguín y Miliukov, ambos, están por "otras formas de control" (no el control por los soldados armados).

¡Tsereteli ha arrojado por la borda toda idea de lucha de clases! *No* ha mencionado las diferencias de clase o ninguna otra diferencia política seria entre los "dos sectores" de la burguesía. ¡Ni siquiera pensó en mencionarlas!

En una parte de su discurso, Tsereteli entiende por "democracia" "el proletariado y el campesinado revolucionario". Examinemos esta definición de clase. La burguesía ha accedido a un acuerdo con esta democracia. Pues bien, cabe preguntar: ¿en *qué* se basa este acuerdo? ¿En qué intereses *de clase* se apoya?

¡Tsereteli no dice ni una palabra de esto! Se limita a hablarnos de la "plataforma democrática general que en estos momentos es aceptable para todo el país", es decir, evidentemente para los proletarios y los campesinos, pues el "país" son, en realidad, los obreros y campesinos, menos los censatarios.

¿Excluye esta plataforma, digamos, el problema

de la tierra? No. La plataforma elude esto. Pero, ¿desaparecen los intereses de clase, sus antagonismos, porque se los eluda en los documentos diplomáticos, en las actas de los "acuerdos", en los discursos y declaraciones de los ministros?

Tsereteli se "olvidó" de plantear este problema, se olvidó de un "detalle insignificante": se olvidó "simplemente" de los intereses de clase y de la lucha de clases...

"Todas las tareas de la revolución rusa -canta agradablemente, como un ruiseñor, I. G. Tsereteli-, su verdadera esencia (!!??), dependen de si las clases poseedoras censatarias (es decir, los terratenientes y los capitalistas) "pueden comprender que ésa es una plataforma nacional y no una plataforma especialmente proletaria..."

¡Pobres terratenientes y capitalistas! Son "brutos". Ellos "no entienden". Necesitan que un ministro especial, demócrata, les enseñe las cosas más elementales...

¿Acaso este representante de la "democracia" se ha olvidado de la lucha de clases, ha adoptado la posición de Luis Blanc, eludiendo con simples frases el antagonismo de los intereses de clase?

¿Son Shulguín, Guchkov y Miliukov los que "no comprenden" *que se puede* conciliar a los campesinos con los terratenientes mediante una plataforma en la que se eluda el problema de la tierra, o es Tsereteli el que "no comprende" que eso es *imposible*?

Los obreros y campesinos deben limitarse a lo que es "aceptable" para los terratenientes y los capitalistas: ésta es la verdadera *esencia* (no la esencia verbal, sino de clase) de la posición de Shulguín-Miliukov-Plejánov. Y ellos lo "comprenden" mejor que Tsereteli.

Llegamos así a la segunda idea política de Tsereteli: la dictadura del proletariado y del campesinado (la dictadura, dicho sea de paso, no se "proclama", sino se conquista...) sería una tentativa desesperada. En primer lugar, hoy no se estila hablar con tal simpleza de esa dictadura, eso puede hacer que Tsereteli vaya a parar al archivo de los "viejos bolcheviques"*... En segundo lugar –y esto es lo más importante–, ¿acaso los obreros y los campesinos no constituyen la inmensa mayoría de la población? ¿Y acaso la "democracia" no significa el ejercicio de la voluntad de la mayoría?

¿Cómo es posible, sin dejar de ser demócrata, estar *contra* la "dictadura del proletariado y del campesinado"? ¿Cómo se puede temer de ella la "guerra civil"? (¿Y qué guerra civil? ¿La de un puñado de terratenientes y capitalistas contra los obreros y campesinos? ¿La de una minoría insignificante contra una aplastante mayoría?)

I. G. Tsereteli se ha hecho un lío definitivamente, olvidando incluso que, si Lvov y Cía. cumplen su promesa de convocar la Asamblea Constituyente, ¡ésta se convertirá en la "dictadura" de la mayoría! ¿Acaso los obreros y campesinos deben limitarse también en la Asamblea Constituyente a lo que es "aceptable" para los terratenientes y capitalistas?

Los obreros y los campesinos son la inmensa mayoría. Entregar todo el poder a esta mayoría es, si me permiten, una "tentativa desesperada"...

Tsereteli se ha hecho un lío porque ha olvidado completamente la lucha de clases. Ha abandonado el punto de vista del marxismo adoptando por entero el de Luis Blanc, quien con meras frases se "desentendió" de la lucha de clases.

La misión de un dirigente proletario es explicar la diferencia de los intereses de clase y convencer a determinados sectores de la pequeña burguesía (precisamente, a los campesinos pobres) de que deben elegir entre los obreros y los capitalistas, poniéndose de parte de los obreros.

La misión de los Luis Blanc pequeñoburgueses es velar la diferencia de los intereses de clase y convencer a determinados sectores de la burguesía (principalmente a los intelectuales y parlamentarios) de que deben "entenderse" con los obreros; a éstos, "entenderse" con los capitalistas; y a los campesinos, "entenderse" con los terratenientes.

Luis Blanc trató celosamente de convencer a la burguesía parisiense y, como sabemos, casi la convenció de renunciar a los fusilamientos masivos de 1848 y 1871...

"Pravda", núm. 44, 12 de mayo (29 de abril) de 1917. Firmado: N. Lenin.

T. 31, págs. 468-472.

---

* Véanse mis Cartas sobre táctica. (Véase el presente volumen. *N. de la Edit.*)

UN TRISTE APARTAMIENTO DE LA DEMOCRACIA.

Izvestia[182] publica hoy una reseña de la reunión celebrada por la sección de soldados del Soviet de diputados obreros y soldados. En esta reunión, entre otras cosas:

> ‘Se discutió la *posibilidad de que los soldados desempeñen las funciones de milicianos*. La Comisión Ejecutiva propuso a la reunión la siguiente resolución:
>
> En vista de que los soldados deben cumplir su misión *directa*, la Comisión Ejecutiva del Soviet de diputados soldados *se pronuncia en contra de que los soldados participen* en la milicia y propone que todos los soldados que forman parte de la milicia *sean reincorporados inmediatamente a sus unidades*.
>
> Tras breves debates, la resolución fue aprobada *con una enmienda*, que admite la posibilidad de que desempeñen *funciones de milicianos los soldados evacuados del ejército de operaciones y los heridos*”.

Es muy lamentable que no se haya publicado el texto exacto de la enmienda y de la resolución. Y es más lamentable aún que la Comisión Ejecutiva haya propuesto, y la reunión haya aprobado, una resolución que constituye un apartamiento total de los principios fundamentales de la democracia.

Es poco probable que pueda encontrarse en Rusia un partido democrático que no acepte la reivindicación programática de sustituir el ejército permanente con el armamento general del pueblo. Es poco probable que pueda encontrarse un socialista-revolucionario o un socialdemócrata menchevique que se atreva a alzarse contra esta reivindicación. Pero la desgracia está en que, “en los tiempos actuales”, “es usual” aceptar “en principio” -encubriéndose con frases sonoras sobre la “democracia revolucionaria”- los programas democráticos (y no hablemos ya del socialismo) y renegar de ellos en la práctica.

Pronunciarse contra la participación de los soldados en la milicia, basándose en que los “soldados deben cumplir su misión directa”, significa olvidar por completo los principios de la democracia y aceptar -quizá involuntaria e inconscientemente- el punto de vista del ejército permanente. El soldado es un profesional, su misión directa no es un servicio social: así piensan los partidarios del ejército permanente. Esta opinión no es democrática. Es la opinión de un Napoleón. Es la opinión de los partidarios del viejo régimen y de los capitalistas, que sueñan con un fácil retroceso de la república a la monarquía constitucional.

El que es demócrata está en contra, por principio, de esa opinión. La participación de los soldados en la milicia significa derribar el muro que se alza entre el ejército y el pueblo. Significa romper con el maldito pasado del “cuartel”, en el que, al margen del pueblo y contra el pueblo, se “amaestraba”, domesticaba y entrenaba a un sector especial de ciudadanos con la “misión directa” de dedicarse únicamente a la profesión militar. La participación de los soldados en la milicia es un problema cardinal, que consiste en reeducar a “los soldados” para hacer de ellos ciudadanos milicianos, en reeducar a la población para transformar a los habitantes corrientes en ciudadanos armados. La democracia no pasará de ser una frase huera y falaz o una semimedida si no se concede inmediata e incondicionalmente *a todo* el pueblo la posibilidad de aprender a manejar las armas. Y eso es irrealizable sin la participación sistemática, permanente y amplia de los soldados en la milicia.

Se nos objetará, quizá, que no se puede *apartar* a los soldados de su misión *directa*. Pero nadie dice eso. Hablar especialmente de eso es ridículo. Como sería ridículo decir especialmente que un médico que se halla junto a la cabecera de un enfermo grave no tiene derecho a apartarse de él para emitir su sufragio. O que un obrero, ocupado en una producción cuyo carácter ininterrumpido es considerado por todos absolutamente necesario, no tiene derecho a abandonar su trabajo, hasta que lo releve otro obrero, para ejercer sus derechos políticos. Semejantes salvedades serían en verdad poco serias o incluso deshonestas.

La participación en la milicia es una de las reivindicaciones más importantes y cardinales de la democracia, una de las garantías más esenciales de la libertad. (Agreguemos, entre paréntesis, que no hay medio más seguro de elevar las cualidades puramente militares y la fuerza militar del ejército que sustituir el ejército permanente con el armamento general del pueblo y utilizar a los soldados para instruir al pueblo; en toda guerra auténticamente revolucionaria

se ha empleado y se empleará este método.) La organización inmediata, incondicional y general de la milicia de todo el pueblo y la múltiple participación de los soldados en la milicia: en eso radica el interés vital tanto de los obreros como de los campesinos y los soldados, de toda la inmensa mayoría de la población, de la mayoría no interesada en proteger las ganancias de los terratenientes y de los capitalistas.

Escrito el 10 (23) de mayo de 1917. Publicado el 25 (12) de mayo de 1917 en el núm. 55 del periódico "Pravda".
T. 32, págs. 63-65.

LA GUERRA Y LA REVOLUCIÓN.

Conferencia pronunciada el 14 (27) de mayo de 1917.

La cuestión de la guerra y la revolución se plantea con tanta frecuencia en los últimos tiempos en la prensa y en cada reunión popular que, probablemente, muchos de vosotros conoceréis bastante sus aspectos e incluso estaréis hartos de ellos. Hasta hoy no había tenido la posibilidad de hablar, ni de estar presente siquiera, en ninguna asamblea de partido ni en ninguna reunión popular de este distrito. Por ello, corro, posiblemente, el riesgo de incurrir en repeticiones o de no analizar con detalle suficiente aspectos de la cuestión que os interesen mucho.

A mi juicio, hay algo principal que se olvida corrientemente al tratar de la guerra, algo que no es objeto de la atención debida, algo principal en torno a lo cual se sostienen tantas discusiones, que yo calificaría de fútiles, sin perspectivas, vanas. Me refiero al olvido de la cuestión fundamental: cuál es el carácter de clase de la guerra, por qué se ha desencadenado, qué clases la sostiene, qué condiciones históricas e histórico-económicas la han originado. En los mítines y en las asambleas del partido he observado cómo se plantea entre nosotros el problema de la guerra y he llegado a la conclusión de que gran número de las incomprensiones que surgen en torno a este problema se deben precisamente a que, al analizarlo, hablamos a cada paso en lenguajes completamente distintos.

Desde el punto de vista del marxismo, es decir, del socialismo científico contemporáneo, la cuestión fundamental que deben tener presente los socialistas al discutir cómo debe juzgarse una grerra y la actitud a adoptar frente a ella es por qué se hace esa guerra, qué clases la han preparado y dirigido. Nosotros, los marxistas, no figuramos entre los enemigos incondicionales de toda guerra. Decimos: nuestro objetivo es el régimen socialista, el cual, al suprimir la división de la humanidad en clases, al suprimir toda explotación del hombre por el hombre y de una nación por otras naciones, suprimirá ineluctablemente toda posibilidad de guerra. Pero en la lucha por este régimen socialista encontraremos ineludiblemente condiciones en las que la lucha de clases en el seno de cada nación puede chocar con una guerra entre naciones distintas, engendrada por esta lucha de clases. Por eso no podemos negar la posibilidad de las guerras revolucionarias, es decir, de guerras derivadas de la lucha de clases, de guerras sostenidas por las clases revolucionarias y que tienen una significación revolucionaria directa e inmediata. No podernos llegar esto, con mayor motivo, porque en la historia de las revoluciones europeas del último siglo, de los 125 ó 135 años últimos, además de una mayoría de guerras reaccionarias, ha habido también guerras revolucionarias, como, por ejemplo, la guerra de las masas revolucionarias del pueblo francés contra la Europa monárquica, atrasada, feudal y semifeudal coaligada. Y en la actualidad, el medio más extendido de engañar a las masas en Europa Occidental, y últimamente también en nuestro país, en Rusia, es invocar el ejemplo de las guerras revolucionarias. Hay guerras y guerras. Se debe comprender de qué condiciones históricas ha surgido una guerra concreta, qué clases la sostienen y con qué fines. Sin comprender esto, todas nuestras disquisiciones acerca de la guerra se verán condenadas a ser una vacuidad completa, a ser discusiones puramente verbales y estériles. Por eso me permito analizar con detalle este aspecto de la cuestión, por cuanto habéis señalado como tenia la correlación entre la guerra y la revolución.

Es conocido el aforismo de uno de los más célebres escritores de filosofía e historia de las guerras, Clausewitz: “La guerra es la continuación de la política con otros medios”. Esta frase pertenece a un escritor que ha estudiado la historia de las guerras y sacado las enseñanzas filosóficas de esta historia inmediatamente después de la época de las guerras napoleónicas. Este escritor, cuyos pensamientos fundamentales son en la actualidad patrimonio imprescindible de todo hombre que piense, luchaba, hace ya cerca de ochenta años, contra el prejuicio filisteo, hijo de la ignorancia, de que es posible separar la guerra de la política de los gobiernos correspondientes, de las clases correspondientes; de que la guerra puede ser considerada, a veces, como una simple agresión que altera la paz y que termina con el restablecimiento de esa paz violada. ¡Se han peleado y han hecho las paces! Este tosco e ignorante punto de vista fue refutado decenas de años atrás, y es refutado por todo análisis más o menos atento de cualquier época histórica de guerras.

La guerra es la continuación de la política con otros medios. Toda guerra está inseparablemente unida al régimen político del que surge. La misma política que ha seguido una determinada potencia, una determinada clase dentro de esa potencia durante un largo período antes de la guerra, es continuada por esa misma clase, de modo fatal e inevitable, durante la guerra, variando únicamente la forma de acción.

La guerra es la continuación de la política con otros medios. Cuando los vecinos revolucionarios franceses de la ciudad y del campo de fines del siglo XVIII derribaron por vía revolucionaria la monarquía e instauraron la república democrática -ajustando las cuentas a su monarca y ajustándoselas también, de modo revolucionario, a sus terratenientes-, esta política de la clase revolucionaria no podía dejar de sacudir hasta los cimientos al resto de la Europa autocrática, zarista, realista y semifeudal. Y la continuación inevitable de esa política de la clase revolucionaria triunfante en Francia fueron las guerras sostenidas contra la Francia revolucionaria por todos los pueblos monárquicos de Europa, que, habiendo formado su famosa coalición, se lanzaron sobre ella con una guerra contrarrevolucionaria. De la misma manera que el pueblo revolucionario francés reveló entonces, por vez primera en el transcurso de siglos, una energía revolucionaria sin precedente en la lucha dentro del país, en la guerra de fines del siglo XVIII mostró igual genio revolucionario al reestructurar todo el sistema de la estrategia, rompiendo con todos los viejos cánones y usos bélicos y creando, en lugar del ejército antiguo, un ejército nuevo, revolucionario, popular y nuevos métodos de guerra. A mi juicio, este ejemplo merece una atención especial, porque nos muestra palmariamente lo que olvidan ahora a cada paso los publicistas de la prensa burguesa. Ellos especulan con los prejuicios y la ignorancia pequeñoburguesa de las masas populares completamente incultas, las cuales no comprenden el inseparable nexo económico e histórico de toda guerra con la precedente política de cada país, de cada clase, que dominaba antes de la guerra y aseguraba la consecución de sus objetivos por los llamados medios "pacíficos". Decimos llamados, pues las represiones necesarias, por ejemplo, para la dominación "pacífica" en las colonias es dudoso que puedan calificarse de pacíficas.

En Europa reinaba la paz, pero ésta se mantenía debido a que el dominio de los pueblos europeos sobre los centenares de millones de habitantes de las colonias se efectuaba únicamente por medio de guerras incesantes, continuas, ininterrumpidas, que nosotros, los europeos, no consideramos guerras porque, con demasiada frecuencia, más que guerras parecían matanzas feroces y exterminadoras de pueblos inermes. Las cosas están planteadas precisamente de tal forma, que para comprender la guerra contemporánea necesitamos, ante todo, echar una ojeada general sobre la política de las potencias europeas en conjunto. Es necesario tomar no ejemplos aislados, casos aislados, que siempre es fácil desgajar de los fenómenos sociales, pero que carecen de todo valor, pues del mismo modo puede citarse un ejemplo opuesto. Es necesario considerar toda la política de todo el sistema de Estados europeos en sus mutuas relaciones económicas y políticas, para comprender cómo ha surgido de este sistema, fatal e ineludiblemente, esta guerra.

Observamos constantemente que se hacen intentos, sobre todo por los periódicos capitalistas -lo mismo monárquicos que republicanos-, de dar a la guerra actual un contenido histórico que le es ajeno. Por ejemplo, en la República Francesa no hay procedimiento más corriente que los intentos de presentar esta guerra por parte de Francia como algo que sigue y se asemeja a las guerras de la Gran Revolución Francesa de 1792. No hay método más difundido para engañar a las masas populares francesas, a los obreros de Francia y de todos los países, que trasladar a nuestra época el "argot" de aquella época, algunas de sus consignas, e intentar presentar las cosas como si la Francia republicana defendiera también ahora su libertad contra la monarquía. Olvidan una "pequeña" circunstancia: que entonces, en 1792, la guerra de Francia la hacía la clase revolucionaria, que había llevado a cabo una revolución sin precedente, que había destruido hasta los cimientos, con el heroísmo inaudito de las masas, la monarquía francesa y se había alzado contra la Europa monárquica coaligada, sin perseguir otra finalidad que la de continuar su lucha revolucionaria.

La guerra en Francia fue la continuación de la política de la clase revolucionaria que hizo la revolución, conquistó la república, ajusté las cuentas a los capitalistas y terratenientes franceses con una energía jamás vista, y que en nombre de esa política, de su continuación, sostuvo la guerra revolucionaria contra la Europa monárquica coaligada.

Pero ahora nos encontramos, sobre todo, ante dos grupos de potencias capitalistas. Nos encontramos ante las más grandes potencias capitalistas del mundo -Inglaterra, Francia, Norteamérica y Alemania-, cuya política en el curso de una serie de decenios ha consistido en una rivalidad económica ininterrumpida por dominar en el mundo entero, estrangular a las naciones pequeñas, asegurar beneficios triplicados y decuplicados al capital bancario, que ha encadenado a todo el mundo con su influencia. En esto consiste la verdadera política de Inglaterra y Alemania. Lo subrayo. Jamás hay que cansarse de subrayarlo, porque si lo echamos en olvido, no podremos comprender nada de la guerra contemporánea y nos hallaremos indefensos, a merced de cualquier periodista burgués que nos quiera embaucar con frases embusteras.

La política auténtica de ambos grupos de los mayores gigantes capitalistas -Inglaterra y Alemania, que, con sus aliados, arremetieron la una contra la otra-, practicada durante una serie de décadas anteriores al conflicto, debe ser estudiada y comprendida en su conjunto. Si no lo hiciéramos así, olvidaríamos la exigencia principal del socialismo científico y de toda la ciencia social en general y, además, nos privaríamos de la posibilidad de comprender nada de la guerra actual. Caeríamos en poder de Miliukov, embaucador que atiza el chovinismo y el odio de un pueblo contra otro con métodos que se emplean en todas partes, sin excepción alguna, con métodos de los que escribía hace ya ochenta años Clausewitz, mencionado por mí al comienzo, el cual ridiculizaba ya entonces el punto de vista de los que piensan: ¡vivían los pueblos en paz y luego se han peleado! ¡Como si eso fuese verdad! ¿Es que se puede explicar la guerra sin relacionarla con la política precedente de este o aquel Estado, de este o aquel sistema de Estados, de estas o aquellas clases? Repito una vez más: ésta es la cuestión cardinal, que siempre se olvida, y cuya incomprensión hace que de diez discusiones sobre la guerra, nueve resulten una disputa vana y mera palabrería. Nosotros decimos: si no habéis estudiado la política practicada por ambos grupos de potencias beligerantes durante decenios -para evitar casualidades, para no escoger ejemplos aislados-, ¡si no habéis demostrado la ligazón de esta guerra con la política precedente, no habéis entendido nada de esta guerra!

Y esa política nos muestra a cada paso una sola cosa: la incesante rivalidad económica de los dos mayores gigantes del mundo, de dos economías capitalistas. De un lado, Inglaterra, Estado que es dueño de la mayor parte del globo, Estado que ocupa el primer lugar por sus riquezas, amasadas no tanto por el esfuerzo de sus obreros, como, principalmente, por la explotación de un infinito número de colonias, por la inmensa fuerza de los bancos ingleses. Estos bancos han formado, a la cabeza de todos los demás, un grupo de bancos-gigantes, insignificante por su número -tres, cuatro o cinco-, que manejan centenares de miles de millones de rublos de tal suerte, que puede decirse sin ninguna exageración: no hay un trozo de tierra en todo el globo en el que este capital no haya clavado su pesada garra, no hay un trozo de tierra que no esté envuelto por miles de hilos del capital inglés. Este capital alcanzó tales proporciones a finales del siglo XIX y principios del XX, que trasladó su actividad mucho más allá de los límites de cada país, formando un grupo de bancos-gigantes con una riqueza inaudita. Valiéndose de ese número insignificante de bancos, este capital envolvió al mundo entero con una red de centenares de miles de millones de rublos. He ahí lo fundamental en la política económica de Inglaterra y en la política económica de Francia, de la que los propios escritores franceses, colaboradores, por ejemplo, de *L'Humanité*[183], periódico dirigido en la actualidad por ex socialistas (por ejemplo, Lysis, conocido publicista, especializado en asuntos financieros), escribían ya varios años antes de la guerra: "La República Francesa es una monarquía financiera... es una oligarquía financiera... es el usurero del universo".

De otro lado, frente a este grupo, principalmente anglo-francés, se ha destacado otro grupo de capitalistas más rapaz aún, más bandidesco aún: un grupo que ha llegado a la mesa del festín capitalista cuando todos los sitios estaban ya ocupados, pero que ha introducido en la lucha nuevos métodos de desarrollo de la producción capitalista, una técnica mejor, una organización incomparable, que transforma al viejo capitalismo, al capitalismo de la época de la libre competencia, en capitalismo de los gigantescos trusts, consorcios y cárteles. Este grupo ha introducido el principio de la estatificación de la producción capitalista, de la fusión en un solo mecanismo de la fuerza gigantesca del capitalismo con la fuerza gigantesca del Estado, mecanismo que enrola a decenas de millones de personas en una sola organización del capitalismo de Estado. Esa es la historia económica, la historia diplomática de varias decenas de años, que nadie puede eludir. Es la única que os brinda el camino hacia la solución acertada del problema de la guerra y os lleva a la conclusión de que esta guerra es también producto de la política de las clases que se han enzarzado en ella, de los dos mayores gigantes, que mucho antes del conflicto habían envuelto a todo el mundo, a todos los países, con las redes de su explotación financiera y se habían repartido el mundo en el terreno económico. Tenían que chocar porque el nuevo reparto de ese dominio se había hecho inevitable desde el punto de vista del capitalismo.

El antiguo reparto basábase en que Inglaterra, por espacio de varios siglos, llevó a la ruina a sus anteriores rivales. Su rival anterior fue Holanda, que extendía su dominio por todo el mundo; su anterior competidor fue Francia, que durante casi un siglo hizo guerras por ese dominio. Mediante guerras prolongadas, Inglaterra, basándose en su potencia económica, en la de su capital mercantil, afianzó su dominio indisputado del mundo. Pero surgió una nueva fiera: en 1871 se formó otra potencia capitalista, que se desarrolló muchísimo más rápidamente que Inglaterra. Este es un hecho fundamental. No encontraréis ningún libro de historia económica que no reconozca este hecho indiscutible: el desarrollo más acelerado de Alemania. El rápido desarrollo del capitalismo en Alemania fue el desarrollo de una fiera joven y fuerte, que apareció en el concierto de las potencias europeas y dijo: "Vosotros habéis arruinado a Holanda, habéis

destrozado a Francia, os habéis apoderado de medio mundo; tomaos la molestia de entregarnos la parte correspondiente". Pero ¿qué significa "la parte correspondiente"? ¿Cómo determinarla en el mundo capitalista, en el mundo de los bancos? Allí, en el mundo capitalista, la fuerza se determina por el número de bancos. Allí, la fuerza se determina, como lo ha definido cierto órgano de los multimillonarios norteamericanos con la franqueza y el cinismo genuinamente norteamericanos, del siguiente modo: "En Europa se hace la guerra por la hegemonía mundial. Para dominar el mundo se necesitan dos cosas: dólares y bancos. Dólares tenemos, los bancos los crearemos y seremos dueños del mundo". Esta declaración pertenece al periódico portavoz de los multimillonarios norteamericanos. Debo manifestar que en esta cínica frase norteamericana del multimillonario engreído e insolente hay mil veces más verdad que en miles de artículos de los embusteros burgueses, los cuales presentan esta guerra como una guerra por ciertos intereses nacionales, por ciertos problemas nacionales y otras mentiras por el estilo, tan claras, que saltan a la vista, que echan por la borda toda la historia en su conjunto y toman un ejemplo aislado, como es el que la fiera germana se haya lanzado sobre Bélgica. Este caso es, indudablemente, verídico. En efecto, esa bandada de buitres cayó sobre Bélgica[184] con una ferocidad inusitada, pero ha hecho lo mismo que hizo ayer el otro grupo, valiéndose de otros métodos, y que hace hoy con otros pueblos.

Cuando discutimos sobre la cuestión de las anexiones -que forma parte de lo que he tratado de exponeros brevemente a título de historia de las relaciones económicas y diplomáticas que han originado la presente guerra-, nos olvidamos siempre de que ellas son corrientemente la causa de la guerra: el reparto de lo conquistado o, dicho en un lenguaje más popular, el reparto del botín robado por dos grupos de bandidos. Y cuando discutimos sobre las anexiones, nos encontramos siempre con métodos que desde el punto de vista científico no resisten ninguna crítica, y desde el social y periodístico no pueden ser calificados sino de burdo engaño. Preguntadle al chovinista o socialchovinista ruso, y él os explicará magníficamente lo que son las anexiones por parte de Alemania: esto lo comprende a la perfección. Pero jamás os dará respuesta si le pedís que dé una definición general de las anexiones aplicable tanto a Alemania como a Inglaterra y Rusia. ¡Jamás lo hará! El periódico *Riech* (para pasar de la teoría a la práctica), burlándose de nuestro periódico *Pravda*, dijo: "¡Estos pravdistas consideran lo de Curlandia como una anexión! ¿Qué discusión puede haber con esta gente?" Y cuando respondimos: "Tened la bondad de darnos una definición tal de las anexiones que pueda aplicarse a los alemanes, ingleses y rusos, y añadimos que o bien trataréis de eludirla, o bien os desenmascararemos inmediatamente"[*], *Riech* dio la callada por respuesta. Afirmamos que ningún periódico, ni de los chovinistas en general -quienes dicen simplemente que es necesario defender la patria-, ni de los socialchovinistas, ha dado jamás una definición de las anexiones que pueda aplicarse tanto a Alemania como a Rusia, que pueda aplicarse a cualquiera de los beligerantes. Y no puede darla, porque toda esta guerra es la continuación de la política de anexiones, es decir, de conquistas, de saqueo capitalista por las dos partes, por los dos grupos que hacen la guerra. Se comprende, por ello, que la cuestión de cuál de estos dos bandidos desenvaino primero el cuchillo no tiene para nosotros ninguna importancia. Tomemos la historia de los gastos navales y militares de ambos grupos durante varios decenios, o la historia de las pequeñas guerras que han sostenido con anterioridad a la grande. "Pequeñas" porque en ellas perecían pocos europeos; pero, en cambio, morían centenares de miles de los pueblos oprimidos, a los cuales ni siquiera consideran pueblos (asiáticos, africanos, ¿son, acaso, pueblos?). Contra esos pueblos se hacían guerras del siguiente tipo: estaban inermes y los barrían con fuego de ametralladoras. ¿Son guerras, acaso? Propiamente hablando, ni siquiera son guerras y se las puede olvidar. Así enfocan este engaño completo de las masas populares.

La presente guerra es la continuación de la política de conquistas, de exterminio de naciones enteras, de inauditas atrocidades cometidas por alemanes e ingleses en África, por ingleses y rusos en Persia -no sé cual de ellos más-, por lo que los capitalistas alemanes les consideraban como enemigos. ¡Ah! ¿Vosotros sois fuertes por ser ricos? Pero nosotros somos más fuertes que vosotros, y por eso tenemos el mismo derecho "sagrado" al saqueo. A esto se reduce la verdadera historia del capital financiero inglés y alemán durante los varios decenios que precedieron a la guerra. A esto se reduce la historia de las relaciones ruso-alemanas, ruso-inglesas y germano-inglesas. Ahí está la clave para comprender el motivo de la guerra. He ahí por qué no es más que charlatanería y engaño la leyenda corriente sobre la causa de esta guerra. Olvidando la historia del capital financiero, la historia de cómo se venía incubando esta guerra por un nuevo reparto del mundo, se presenta el asunto así: dos pueblos vivían en paz, y luego unos agredieron y otros se defendieron. Se olvida toda la ciencia, se olvidan los bancos; se invita a los pueblos a tomar las armas, se invita a tomar las armas al campesino, el cual ignora qué es la política. ¡Hay que defender y basta! De razonar así, sería lógico suspender todos los periódicos, quemar todos los libros y prohibir que se mencionen en la prensa las anexiones; por esa vía se puede llegar a la justificación de semejante punto de

[*] Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

vista sobre las anexiones. Ellos no pueden decir la verdad sobre las anexiones, porque toda la historia de Rusia, de Inglaterra y de Alemania, es una guerra continua, cruenta y despiadada, por las anexiones. En Persia, en África, han hecho guerras sin cuartel los liberales, los mismos que han apaleado a los delincuentes políticos en la India por atreverse a formular reivindicaciones semejantes a aquellas por las que se luchaba en Rusia. También las tropas coloniales francesas han oprimido a los pueblos. ¡Ahí tenéis la historia precedente, la verdadera historia del despojo inaudito! ¡Ahí tenéis la política de esas clases cuya continuación es la guerra actual! Ahí tenéis por qué, en la cuestión de las anexiones, no pueden dar la respuesta que damos nosotros cuando decimos: todo pueblo que está unido a otro no por voluntad expresa de la mayoría, sino por decreto del zar o del gobierno, es un pueblo anexado, un pueblo conquistado. Renunciar a las anexiones significa conceder a cada pueblo el derecho a formar un Estado aparte, o a vivir en unión con quienquiera. Semejante respuesta está completamente clara para todo obrero más o menos consciente.

En cualquiera de las decenas de resoluciones que se aprueban, y que se publican, aunque sea en el periódico *Zemliá y Volia*[185], encontraréis una respuesta mal expresada: no queremos la guerra para dominar a otros pueblos, luchamos por nuestra libertad; así hablan todos los obreros y campesinos, expresando de esta forma la opinión del obrero, la opinión del trabajador acerca de cómo entienden ellos la guerra. Con esto quieren decir: si la guerra se hiciera en interés de los trabajadores contra los explotadores, estaríamos a favor de la guerra. También nosotros estaríamos entonces a favor de la guerra, y ni un solo partido revolucionario podría estar en contra de semejante guerra. Los autores de esas numerosas resoluciones no tienen razón, porque se imaginan las cosas como si fueran ellos los que hacen la guerra. Nosotros, los soldados; nosotros, los obreros; nosotros, los campesinos, luchamos por nuestra libertad. Jamás olvidaré la pregunta que me hizo uno de ellos después de un mitin: "¿Por qué está arremetiendo constantemente contra los capitalistas? ¿Es que yo soy capitalista? Nosotros somos obreros, defendemos nuestra libertad". No es verdad, vosotros peleáis porque obedecéis a vuestro gobierno de capitalistas; la guerra no la hacen los pueblos, sino los gobiernos. No me sorprende que un obrero o un campesino que no ha aprendido política, que no ha tenido la suerte o la desgracia de estudiar los secretos de la diplomacia, el cuadro de este saqueo financiero (de esta opresión de Persia por Rusia y por Inglaterra, al menos), no me sorprende que olvide esta historia y pregunte ingenuamente: ¿qué me importan a mí los capitalistas si el que pelea soy yo? No comprende la ligazón de la guerra con el gobierno, no comprende que la guerra la hace el gobierno y que él es un instrumento manejado por el gobierno. Ese obrero o ese campesino puede llamarse a sí mismo pueblo revolucionario y escribir elocuentes resoluciones: esto significa ya mucho para los rusos, pues sólo hace poco ha empezado a practicarse. Recientemente se publicó una declaración "revolucionaria" del Gobierno Provisional. Las cosas no cambian por ello. También otros pueblos, con mayor experiencia que nosotros en el arte de los capitalistas de engañar a las masas escribiendo manifiestos "revolucionarios", han batido hace ya mucho todos los récords del mundo en este terreno. Si tomamos la historia parlamentaria de la República Francesa desde que ésta es una república que apoya al zarismo, a lo largo de decenios de esa historia encontraremos decenas de ejemplos, en los que los manifiestos llenos de las frases más elocuentes encubrían la política del más abyecto saqueo colonial y financiero. Toda la historia de la Tercera República Francesa[186] es la historia de este saqueo. De esas fuentes ha brotado la guerra actual. No es resultado de la mala voluntad de los capitalistas, no es una política equivocada de los monarcas. Sería un error enfocar así las cosas. No, esta guerra ha sido originada de manera inevitable por ese desarrollo del capitalismo gigantesco, especialmente del bancario, desarrollo que condujo a que unos cuatro bancos de Berlín y cinco o seis de Londres dominaran sobre todo el mundo, se apoderasen de todos los recursos, refrendasen su política financiera con toda la fuerza armada y, por último, chocasen en una contienda de ferocidad inaudita debido a que no había ya a dónde ir libremente en plan de conquista. Uno u otro debe renunciar a la posesión de sus colonias. Y semejantes cuestiones no se resuelven voluntariamente en este mundo de los capitalistas. Esto sólo puede resolverse por medio de la guerra. De ahí que sea ridículo culpar a este o aquel bandido coronado. Esos bandidos coronados son todos iguales. De ahí también que sea absurdo acusar a los capitalistas de uno u otro país. Son culpables únicamente de haber establecido semejante sistema. Pero así se hace de acuerdo con todas las leyes, protegidas por todas las fuerzas del Estado civilizado. "Tengo pleno derecho a comprar acciones. Todos los tribunales, toda la policía, todo el ejército permanente y todas las flotas del mundo protegen este sacrosanto derecho mío a adquirir acciones". Si se fundan bancos que manejan centenares de millones de rublos, si estos bancos han tendido las redes de la expoliación bancaria en el mundo entero y han chocado en una batalla a muerte, ¿quién es el culpable? ¡Vete a buscarle! El culpable es el desarrollo del capitalismo durante medio siglo, y no hay más salida que el derrocamiento de la dominación de los capitalistas y la revolución obrera. Esta es la respuesta a que ha llegado nuestro partido después de analizar la guerra, ésta es la razón de que digamos: la sencillísima cuestión de las anexiones

está tan embrollada, los representantes de los partidos burgueses han mentido tanto que pueden presentar las cosas como si Curlandia no fuese una anexión de Rusia. Curlandia y Polonia fueron repartidas conjuntamente por esos tres bandidos coronados. Se las repartieron a lo largo de cien años, arrancaron pedazos de carne viva y el bandido ruso sacó mayor tajada porque entonces era más fuerte. Y cuando la joven fiera que participó entonces en el reparto se transforma en una potencia capitalista fuerte, en Alemania, dice: ¡Repartamos de nuevo! ¿Queréis conservar lo viejo? ¿Pensáis que sois más fuertes? ¡Midamos nuestras fuerzas!

A eso se reduce esta guerra. Está claro que ese llamamiento -"¡midamos nuestras fuerzas!"- es únicamente la expresión de la decenal política de saqueo, de la política de los grandes bancos. De ahí que nadie pueda decir como nosotros la verdad de las anexiones, la verdad sencilla y comprensible para cada obrero y cada campesino. De ahí que la cuestión de los tratados, tan sencilla, sea embrollada con tanta desvergüenza por toda la prensa. Decís que tenemos un gobierno revolucionario, que han entrado en ese gobierno revolucionario ministros casi socialistas, populistas y mencheviques. Pero cuando hablan de la paz sin anexiones, mas a condición de no puntualizar qué es la paz sin anexiones (y esto significa: arrebata las anexiones alemanas, pero conserva las propias), nosotros decimos: ¿qué valor pueden tener vuestro ministerio "revolucionario", vuestras declaraciones, vuestras manifestaciones de que no queréis una guerra de conquista si, al mismo tiempo, se invita al ejército a pasar a la ofensiva? ¿No sabéis, acaso, que tenéis unos tratados, que los concluyó Nicolás el Sanguinario de la manera más bandidesca? ¿Es que no sabéis eso? Se puede perdonar que no sepan eso los obreros, los campesinos, los cuales no han saqueado ni han leído libros sabios; pero cuando lo predican demócratas-constitucionalistas instruidos, saben magníficamente lo que contienen dichos tratados. Estos tratados son "secretos"; sin embargo, la prensa diplomática de todos los países dice de ellos: "Tú recibirás los Estrechos; tú, Armenia; tú, Galitzia; tú, Alsacia y Lorena; tú, Trieste, y nosotros nos repartiremos definitivamente Persia". Y el capitalista alemán dice: "Pues yo me apoderaré de Egipto, yo estrangularé a los pueblos europeos, si no me devolvéis mis colonias, y con intereses". Las acciones son inconcebibles sin intereses. Esta es la razón de que el problema de los tratados, tan sencillo y tan claro, haya originado la gran cantidad de mentiras escandalosas, inauditas e insolentes que lanzan a raudales todos los periódicos capitalistas.

Tomad el número de hoy de *Dien*[187]. Vodovózov, al que no puede acusarse en absoluto de bolchevismo, pero que es un demócrata honrado, declara allí: soy enemigo de los tratados secretos, permítaseme hablar del tratado con Rumania. Existe un tratado secreto con Rumania, y ese tratado consiste en que Rumania recibirá toda una serie de pueblos ajenos si pelea al lado de los aliados. Así son también todos los tratados de los demás aliados. Sin un tratado no se lanzarían a estrangular a todos. Para conocer el contenido de dichos tratados no hace falta rebuscar en las revistas especiales. Basta con recordar los hechos fundamentales de la historia económica y diplomática. Porque es sabido que Austria se orientó durante decenios hacia los Balcanes para estrangular allí... Y si han chocado en la guerra es porque no podían dejar de chocar. Y ésa es la razón de que los ministros, el antiguo, Miliukov, y el actual, Teréschenko (uno en el gobierno sin ministros socialistas y otro con varios ministros casi socialistas), en respuesta a todos los llamamientos de las masas populares, cada día más insistentes, de que se publiquen los tratados secretos, declaren: la publicación de los tratados significaría el rompimiento con los aliados.

Sí, no se pueden publicar los tratados porque todos formáis parte de una misma pandilla de bandoleros. Estamos de acuerdo con Miliukov y Teréschenko en que es imposible publicar los tratados. De ahí se pueden deducir dos conclusiones distintas. Si estamos de acuerdo con Miliukov y Teréschenko en que es imposible publicar los tratados, ¿qué se deduce de ello? Si es imposible publicar los tratados, hay que ayudar a los ministros capitalistas a continuar la guerra. La otra deducción es la siguiente: como es imposible que los propios capitalistas publiquen los tratados, hay que derribar a los capitalistas. Os propongo que decidáis vosotros mismos cuál de las dos deducciones consideráis más acertada, pero os invito a que reflexionéis sin falta sobre las consecuencias. De razonar como lo hacen los ministros populistas y mencheviques resultará lo siguiente: puesto que el gobierno dice que es imposible publicar los tratados, hay que lanzar un nuevo manifiesto. El papel no es todavía tan caro que no se puedan escribir nuevos manifiestos. Escribiremos un nuevo manifiesto y llevaremos a cabo la ofensiva. ¿Para qué? ¿Con qué fines? ¿Quién va a disponer de esos fines? Se exhorta a los soldados a aplicar los expoliadores tratados con Rumania y Francia. Enviad este artículo de Vodovózov al frente y lamentaos después: todo eso son cosas de los bolcheviques, son, sin duda, los bolcheviques quienes han inventado ese tratado con Rumania. Pero entonces no habrá solamente que hacer la vida imposible a *Pravda*, habrá que desterrar incluso a Vodovózov por haber estudiado la historia, habrá que quemar todos los libros de Miliukov, inauditamente peligrosos. Probad a abrir cualquier libro del jefe del partido de la "libertad popular"[188] y ex ministro de Negocios Extranjeros. Son buenos libros. ¿De qué hablan? De que Rusia tiene "derecho" a los Estrechos, a Armenia, Galitzia y Prusia Oriental. Lo

ha repartido todo, incluso ha adjuntado un mapa. No sólo habrá que mandar a Siberia a los bolcheviques y a Vodovózov por escribir tales artículos revolucionarios; también habrá que quemar los libros de Miliukov, porque si se reúnen ahora unas citas de estos libritos y se envían al frente, no se encontrará ni una sola proclama incendiaria que produzca un efecto tan incendiario.

Me resta, de acuerdo con el breve plan que me he trazado para la charla de hoy, tocar la cuestión del "defensismo revolucionario". Creo que, después de cuanto he tenido el honor de informaros, podré ser corto al hablar de esta cuestión.

Se denomina "defensismo revolucionario" al encubrimiento de la guerra invocando que hemos hecho la revolución, que somos un pueblo revolucionario, una democracia revolucionaria. Pero ¿qué responderemos a eso? ¿Qué revolución hemos hecho? Hemos derrocado a Nicolás. La revolución no ha sido muy difícil si se la compara con una revolución que hubiese derrocado a toda la clase de los terratenientes y capitalistas. ¿Quién ha subido al poder después de nuestra revolución? Los terratenientes y los capitalistas, los mismos que se encuentran en el poder en Europa desde hace mucho tiempo. Allí hubo revoluciones como ésta hace cien años, allí se encuentran en el poder desde hace mucho los Teréschenko, los Miliukov y los Ronoválov y es lo de menos si pagan o no la lista civil[189] a sus régulos o se pasan sin este renglón de lujo. Lo mismo en la república que en la monarquía, un banco sigue siendo un banco, y si se invierten centenares de capitales en concesiones, las ganancias siguen siendo ganancias. Si algún país salvaje se atreve a desobedecer a nuestro capital civilizado, que organiza bancos tan magníficos en las colonias, en África y en Persia; si algún pueblo salvaje desobedece a nuestro banco civilizado, enviamos tropas que implantan la cultura, el orden y la civilización, como lo hizo Liájov en Persia, como lo hicieron las tropas "republicanas" francesas, que exterminaron con igual ferocidad a los pueblos de África. ¿No es igual, acaso? Es el mismo "defensismo revolucionario", sólo que manifestado por las grandes masas populares inconscientes, que no ven los vínculos de la guerra con el gobierno, que ignoran que esta política ha sido refrendada por los tratados. Los tratados siguen existiendo, los bancos siguen existiendo, las concesiones siguen existiendo. En Rusia se encuentran en el gobierno los mejores hombres de su clase, pero ello no ha hecho cambiar absolutamente en nada el carácter de la guerra mundial. El nuevo "defensismo revolucionario" no significa otra cosa que encubrir, con el gran concepto de revolución, la guerra sucia y sangrienta por culpa de sucios y repugnantes tratados.

La revolución rusa no ha modificado el carácter de la guerra, pero ha creado organizaciones que no hay ni ha habido en ningún país en la mayoría de las revoluciones de Occidente. La mayoría de las revoluciones se limitaron a que saliera de ellas un nuevo gobierno semejante al de nuestros Teréschenko y Konoválov, mientras que el país permanecía en la pasividad y la desorganización. La revolución rusa ha ido más lejos. En este hecho se encuentra el germen de que pueda vencer a la guerra. Este hecho consiste en que, además del gobierno de ministros "casi socialistas", del gobierno de la guerra imperialista, del gobierno de la ofensiva, del gobierno ligado al capital anglo-francés; en que, además de eso e independientemente de eso, tenemos en toda Rusia una red de Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos. He ahí la revolución que no ha dicho todavía su última palabra. He ahí la revolución que no ha habido, en condiciones semejantes, en Europa Occidental. He ahí las organizaciones de las clases que no necesitan efectivamente las anexiones, que no han depositado millones en los bancos y que, sin duda, no están interesadas en si se han repartido equitativamente Persia el coronel ruso Liájov y el embajador liberal inglés. En eso está la garantía de que esta revolución puede ir más lejos. La garantía está en que las clases no interesadas de verdad en las anexiones han sabido crear organizaciones en las que se hallan representadas las masas de las clases oprimidas; han sabido crearlas, a pesar de toda su excesiva confianza en el gobierno de los capitalistas, a pesar de ese terrible embrollo, de ese terrible fraude que implica el concepto mismo de "defensismo revolucionario", a pesar de que apoyan el empréstito, de que apoyan al gobierno de la guerra imperialista. Esas organizaciones son los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, que en numerosísimas localidades de Rusia han ido mucho más lejos en su labor que en Petrogrado. Y es completamente natural, porque en Petrogrado tenemos el órgano central de los capitalistas.

Y cuando Skóbeliev dijo ayer en su discurso: Nos apoderaremos de todos los beneficios, tomaremos el 100%, exageró, exageró al estilo ministerial. Si leéis el periódico *Riech* de hoy, veréis cómo fue acogido este pasaje del discurso de Skóbeliev. Allí se dice: "¡Pero eso es el hambre, es la muerte, el 100% significa todo!" El ministro Skóbeliev va más lejos que el bolchevique más extremista. Es una calumnia decir que los bolcheviques somos los más izquierdistas. El ministro Skóbeliev es mucho más "izquierdista". A mí se me insulto con las palabras más soeces, diciendo que había propuesto poco menos que desnudar a los capitalistas. Por lo menos, Shulguín dijo: "¡Que nos desnuden!" Imaginaos a un bolchevique que se acerca al ciudadano Shúlguín y empieza a desnudarlo. Podría haber acusado de eso con mayor éxito al ministro Skóbeliev. Nosotros jamás hemos ido tan lejos. Jamás hemos propuesto

tomar el 100% de los beneficios. De todos modos, esta promesa es valiosa. Si tomáis la resolución de nuestro partido, veréis que en ella proponemos, en forma más argumentada, lo mismo que propuse yo. Debe establecerse el control sobre los bancos y, después, un justo impuesto de utilidades. ¡Y nada más! Skóbeliev propone tomar cien kopeks de cada rublo. No hemos propuesto ni proponemos nada semejante. Y el propio Skóbeliev ha exagerado, simplemente. No se propone en serio hacer eso. Y si se lo propone, no podrá hacerlo, por la sencilla razón de que prometer eso después de haberse hecho amigo de Teréschenko y Konoválov resultará un poco ridículo. Se puede tomar de los millonarios el ochenta o el noventa por ciento de las ganancias, pero no yendo del brazo de tales ministros. Si el poder lo tuvieran los Soviets de diputados obreros y soldados, lo tomarían, efectivamente; mas, aun así, no todo: no lo necesitan. Tomarían una gran parte de las ganancias. Ningún otro poder público puede hacerlo. Y en cuanto al ministro Skóbeliev, él puede tener lo mejores deseos. Conozco desde hace varios decenios esos partidos, llevo ya treinta años en el movimiento revolucionario. Por eso, lo que menos se me ocurre es dudar de sus buenas intenciones. Mas no se trata de eso, no se trata de sus buenas intenciones. El infierno está empedrado de buenas intenciones. Y todas las oficinas están llenas de papeles firmados por los ciudadanos ministros, sin que por ello hayan cambiado las cosas. ¡Empiecen, si quieren implantar el control, empiecen! Nuestro programa es tal que, al leer el discurso de Skóbeliev, podemos decir: no exigimos nada más. Somos mucho más moderados que el ministro Skóbeliev. El propone el control y el 100%. Nosotros no queremos tomar el 100% y decirnos: “Hasta que no empiecen a hacer algo no les creemos”. En eso consiste la diferencia entre ellos y nosotros: en que nosotros no creemos en las palabras ni en las promesas y no aconsejamos a los demás que crean. La experiencia de las repúblicas parlamentarias nos enseña que no se pueden creer las declaraciones de papel. Si quieren el control, hay que empezarlo. Es suficiente un solo día para promulgar la ley que establezca ese control. El Soviet de empleados de cada banco, el Soviet de obreros de cada fábrica y cada partido tendrán derecho de control. ¡Eso es imposible, se nos dirá, eso es secreto comercial, es la sacrosanta propiedad privada! Bien, como quieran, elijan una de las dos cosas. Si quieren proteger todos esos libros, cuentas y operaciones de los trusts, no hay por qué charlatanear del control, no hay por qué decir que el país perece.

La situación en Alemania es todavía peor. En Rusia se puede conseguir pan, en Alemania es imposible. En Rusia se pueden hacer muchas cosas con organización. En Alemania no se puede hacer ya nada. No hay ya pan y el perecimiento de todo el pueblo es inevitable. Ahora se escribe que Rusia está a punto de perecer. Si esto es así, proteger la “sacrosanta” propiedad privada constituye un crimen. Y por ello, ¿qué significan las palabras sobre el control? ¿Se han olvidado, acaso, que también Nicolás Románov escribió mucho acerca del control? En sus documentos encontrarán mil veces las palabras control estatal, control social y nombramiento de senadores. Los industriales han saqueado toda Rusia en los dos meses transcurridos después de la revolución. El capital ha amasado centenares de porcentajes de beneficio, cada balance lo prueba. Y cuando los obreros, en dos meses de revolución, han tenido la “insolencia” de decir que quieren y vivir como personas, toda la prensa capitalista del país ha empezado a aullar. Cada número de Reich es un aullido salvaje proclamando que los obreros saquean el país, en tanto que nosotros prometemos únicamente el control contra los capitalistas. ¿No se puede prometer menos y hacer más? Si lo que quieren es un control burocrático, un control a través de organismos como los de antes, nuestro partido expresa su profundo convencimiento de que no se les puede apoyar en esta empresa, aunque allá, en el gobierno, hubiera una docena de ministros populistas y mencheviques en vez de media docena. El control puede efectuarlo únicamente el pueblo mismo. Ustedes deben organizar el control -Soviets de empleados de la banca, Soviets de ingenieros, Soviets de obreros- y empezarlo mañana mismo. Hay que exigir responsabilidades a cada funcionario, bajo amenaza de sanciones penales, en el caso de que facilite datos falsos a cualquiera de estos organismos. Esté en juego la vida del país. Querernos saber cuánto trigo hay, cuántas materias primas y cuánta mano de obra existen y cómo emplearlos.

Paso a la última cuestión: cómo poner fin a la guerra. Se nos atribuye el absurdo de querer una paz por separado. Los bandidos capitalistas alemanes dan pasos hacia la paz, diciendo: te daré un pedacito de Turquía y Armenia si tú me das tierras metalíferas. ¡De eso hablan los diplomáticos en cada ciudad neutral! Eso lo sabe todo el inundo, aunque se encubran con frases diplomáticas convencionales. Para eso son diplomáticos: para hablar en un lenguaje diplomático. ¡Qué insensatez decir que somos partidarios de poner fin a la guerra con una paz por separado! Terminar mediante la renuncia a las hostilidades por una de las partes beligerantes una guerra que hacen los capitalistas de todas las potencias más ricas, una guerra engendrada por la historia decenal del desarrollo económico, es tan estúpido que nos parece ridículo incluso refutarlo. Y si hemos escrito especialmente una resolución para refutarlo es porque tenemos en cuenta a las grandes masas, a las que se lanzan calumnias contra nosotros. Pero de esto ni siquiera cabe hablar en serio. Es imposible poner fin a la guerra que hacen los

capitalistas de todos los países sin llevar a cabo la revolución obrera contra esos capitalistas. Mientras el control no pase del terreno de las frases al terreno de los hechos, mientras el gobierno de los capitalistas no sea sustituido con el gobierno del proletariado revolucionario, el gobierno estará condenado a decir únicamente: perecemos, pereceremos, pereceremos. En la "libre" Inglaterra se encarcela ahora a los socialistas porque dicen lo mismo que yo. En Alemania está en la cárcel Liebknecht, que ha dicho lo mismo que digo yo; en Austria esté encarcelado Federico Adler (quizá lo hayan ejecutado ya), que ha dicho lo mismo por medio de un revólver. Las masas obreras de todos los países simpatizan con esos socialistas, y no con los que han desertado al campo de sus capitalistas. La revolución obrera crece en el mundo entero. Naturalmente, en otros países le es más difícil. Allí no hay medio locos como Nicolás y Rasputin. Allí están al frente de la administración pública los mejores hombres de su clase. Allí no existen condiciones para una revolución contra la autocracia, allí existe ya el gobierno de la clase capitalista. Y son los representantes de más talento de esta clase los que gobiernan allí desde hace mucho. De allí que la revolución, aunque no haya llegado todavía, sea allí inevitable por muchos revolucionarios que caigan, aunque caiga Federico Adler, aunque caiga Carlos Liebknecht. El futuro les pertenece y los obreros de todos los países les apoyan. Y los obreros de todos los países deben triunfar.

En cuanto a la entrada de Norteamérica en la guerra, he de deciros lo siguiente. Se invoca el hecho de que en Norteamérica hay democracia, de que allí existe la Casa Blanca. Yo digo: la esclavitud fue abolida hace medio siglo. La guerra contra la esclavitud finalizó en 1865. Pero desde entonces han aparecido allí los multimillonarios, que tienen en su puño financiero a toda Norteamérica, preparan la estrangulación de México y llegarán a una guerra inevitable con el Japón por el reparto del Océano Pacífico. Esta guerra se está gestando desde hace ya varios decenios. Todas las publicaciones hablan de ella. Y el objetivo real de la entrada de Norteamérica en la guerra es prepararse para la futura guerra con el Japón. El pueblo norteamericano, no obstante, goza de una libertad considerable, y es difícil suponer que soporte el servicio militar obligatorio, la creación de un ejército para determinados fines de conquista, para la lucha con el Japón, por ejemplo. Los norteamericanos ven en el ejemplo de Europa a dónde conduce eso. Y los capitalistas norteamericanos han necesitado intervenir en esta guerra para contar con un pretexto que les permita crear un fuerte ejército permanente, ocultándose tras los altos ideales de la lucha por los derechos de las pequeñas naciones.

Los campesinos se niegan a entregar trigo a cambio de dinero y exigen aperos, calzado y ropa. Esta decisión encierra una parte inmensa de verdad extraordinariamente profunda. En efecto, el país ha llegado a una ruina tal que en Rusia se observa, aunque en menor grado, lo que ocurre hace ya mucho en otros países: el dinero ha perdido su poder. La marcha de los acontecimientos socava hasta tal extremo la dominación del capitalismo que los campesinos, por ejemplo, se niegan a aceptar el dinero. Dicen: "¿Para qué lo queremos?" Y tienen razón. La dominación del capitalismo no se ve socavada porque alguien quiera conquistar el poder. La "conquista" del poder sería un disparate. Sería imposible acabar con la dominación del capitalismo si no condujese a ello todo el desarrollo económico de los países capitalistas. La guerra ha acelerado este proceso, y eso ha hecho imposible el capitalismo. No habría fuerza capaz de destruir el capitalismo si no lo socavara y horadara la historia.

He aquí un ejemplo patentísimo. Ese campesino expresa lo que observan todos: el poder del dinero ha sido minado. La única salida de esta situación es que los Soviets de diputados obreros y campesinos acuerden dar aperos, calzado y ropa a cambio de trigo. Hacia eso marchan las cosas, ésa es la respuesta que sugiere la vida. Sin eso, decenas de millones de personas deberán seguir hambrientas, descalzas y desnudas. Decenas de millones de personas se hallan a punto de perecer y en esa situación no cabe proteger los intereses de los capitalistas. La única salida está en el paso de todo el poder a los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, que representan a la mayoría de la población. Es posible que al proceder así se cometan errores. Nadie asegura que se pueda realizar de golpe una obra tan difícil. Nosotros no afirmamos nada semejante. Se nos dice: queremos que el poder se encuentre en manos de los Soviets, pero éstos no quieren. Nosotros decimos que la experiencia de la vida les sugerirá, y lo verá todo el pueblo, que no hay otra salida. No queremos "conquistar" el poder, pues la experiencia de todas las revoluciones enseña que sólo es firme el poder que se apoya en la mayoría de la población. Por eso, la "conquista" del poder sería una aventura, y nuestro partido no se lanzaría a ella. Si llega a existir un gobierno de la mayoría, quizá aplique una política que resulte equivocada en los primeros momentos, pero no hay otra salida. Entonces se producirá un cambio pacífico de la orientación de la política dentro de esas mismas organizaciones. No se pueden inventar otras organizaciones. Por eso decimos que es imposible imaginarse otra solución del problema.

¿Cómo poner fin a la guerra? ¿Qué haríamos si el Soviet de diputados obreros y soldados asumiera el poder y los alemanes continuasen la guerra? Quienes se interesan por los puntos de vista de nuestro partido habrán podido leer días atrás en nuestro periódico

Pravda una cita exacta de lo que decíamos, todavía en el extranjero, en 1915: si la clase revolucionaria de Rusia, la clase obrera, sube al poder, deberá proponer la paz. Y si los capitalistas de Alemania o de cualquier otro país, el que sea, responden con una negativa a nuestras condiciones, toda la clase obrera será partidaria de la guerra. No proponemos acabar la guerra de golpe. No lo prometemos. No propugnamos algo tan imposible e irrealizable como la terminación de la guerra por voluntad de una de las partes. Esas promesas son fáciles de hacer, pero imposibles de cumplir. No se puede salir fácilmente de esta guerra horrible. Se combate ya tres años. Combatiréis diez años, o iréis a una revolución difícil y dura. No hay otra salida. Nosotros decimos: la guerra empezada por los gobiernos de los capitalistas sólo puede terminarla la revolución obrera. Quien se interesa por el movimiento socialista que lea el Manifiesto de Basilea de 1912, aprobado unánimemente por todos los partidos socialistas del mundo; el manifiesto que publicamos en nuestro *Pravda* y que hoy es imposible publicar en ningún país beligerante, ni en la Inglaterra "libre", ni en la Francia republicana, porque en él se decía la verdad acerca de la guerra antes incluso de que ésta empezara. En él se decía: será una guerra entre Inglaterra y Alemania debida a la rivalidad entre los capitalistas. En él se decía: se irá acumulado tanta pólvora que las armas dispararán solas. En el manifiesto se explicaba por qué habría guerra y que ésta habría de conducir a la revolución proletaria. Por eso decimos a los socialistas firmantes de este manifiesto que se han puesto al lado de sus gobiernos capitalistas: habéis traicionado el socialismo. Los socialistas se han dividido en todo el mundo. Unos están en los ministerios; otros, en las cárceles. En el mundo entero, una parte de los socialistas propugna la preparación de la guerra; otra como Eugenio Debs, el Bebel norteamericano, que goza de un respeto inmenso entre los obreros norteamericanos, dice: "Aunque me fusilen no daré ni un solo centavo para esta guerra. Estoy dispuesto a combatir únicamente a favor de la guerra del proletariado contra los capitalistas del mundo entero". Así se han dividido los socialistas en todo el orbe. Los socialpatriotas de todo el mundo creen que defienden la patria. Se equivocan: defienden los intereses de un puñado de capitalistas contra otro. Nosotros preconizamos la revolución proletaria, la única causa justa por la que decenas de hombres han subido al cadalso y centena y miles se encuentran en las cárceles. Estos socialistas encarcelados son la minoría, pero les apoya la clase obrera, les apoya el desarrollo económico. Todo eso nos prueba que no hay otra salida. Esta guerra sólo puede terminarse por medio de la revolución obrera en varios países. Pero, entre tanto, debemos preparar esa revolución, apoyarla. Mientras era el zar quien hacía la guerra, el pueblo ruso, a pesar de todo su odio a la guerra y de toda su voluntad de conseguir la paz, sólo pudo luchar contra la guerra preparando la revolución contra el zar y el derrocamiento del zar. Y así fue. La historia os lo confirmó ayer y os lo confirmará mañana. Hace ya mucho que dijimos: hay que ayudar a la creciente revolución rusa. Lo dijimos a fines de 1914. Por decirlo, nuestros diputados a la Duma fueron desterrados a Siberia. Pero se nos decía: "No dais una respuesta. ¡Habláis de la revolución cuando han cesado las huelgas, cuando los diputados están en presidio, cuando no se publica ni un solo periódico!" Y se nos acusaba de que rehuíamos la respuesta. Oímos esas acusaciones, camaradas, durante muchos años. Y respondíamos: podéis indignaros, pero mientras el zar no sea derrocado, no se podrá hacer nada contra la guerra. Y nuestra predicción se ha confirmado. No se ha cumplido plenamente todavía, pero ha empezado ya a cumplirse. La revolución comienza a cambiar el carácter de la guerra por parte de Rusia. Los capitalistas prosiguen aún la guerra, y nosotros decimos: la guerra no podrá cesar hasta que no llegue la revolución obrera en varios países, pues siguen en el poder hombres que quieren esta guerra. Se nos dice: "Todo parece dormido en una serie de países. En Alemania, todos los socialistas están unánimemente a favor de la guerra; Liebknecht es el único que está en contra". Yo respondo: este Liebknecht, único, representa a la clase obrera, sólo en él, en sus partidarios, en el proletariado alemán está la esperanza de todos. ¿No lo creéis? ¡Continuad la guerra! No hay otro camino. ¡Si no creéis en Liebknecht, si no creéis en la revolución de los obreros, en la revolución que está madurando; si no creéis en eso, creed a los capitalistas!

En esta guerra no triunfará nadie, excepto la revolución obrera en varios países. La guerra no es un juguete, la guerra es una cosa inaudita, cuesta millones de víctimas y no es tan fácil terminarla.

Los soldados que están en el frente no pueden separar el frente y el Estado y buscar una salida a su manera. Lo soldados que están en el frente son una parte del país. Mientras el Estado guerree, sufrirá también el frente. No hay nada que hacer. La guerra ha sido provocada por las clases dominantes y la terminará únicamente la revolución de la clase obrera. De cómo se desarrolle la revolución depende el que recibáis pronto la paz. Por sensibles que sean las cosas que se afirmen, por mucho que os digan: "Pongamos fin a la guerra inmediatamente", ese fin es imposible sir el desarrollo de la revolución. Cuando el poder pase a lo Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, los capitalistas se manifestarán en contra de nosotros: el Japón en contra; Francia, en contra; Inglaterra, en contra; se manifestarán en contra los gobiernos de todos los países. Los capitalistas estarán en contra de nosotros; los obreros, a nuestro favor. Y entonces llegará el fin

de la guerra que empezaron los capitalistas. Tal es la respuesta a la pregunta de cómo poner fin a la guerra.

Publicado por vez primera el 23 de abril de 1929, en el núm. 93 del periódico "Pravda".
T. 32, págs. 77-102.

¿HA DESAPARECIDO LA DUALIDAD DE PODERES?

No. La dualidad de poderes continúa. El problema cardinal de toda revolución, el problema del poder del Estado, sigue pendiente en una situación indefinida, inestable y de manifiesta transición.

Comparad los periódicos ministeriales, por ejemplo, *Riech*, de una parte, e *Izvestia*. *Dielo Naroda* y *Rabóchaya Gazeta*, de otra. Examinad los comunicados oficiales, pobres, por desgracia demasiado pobres, acerca de lo que se hace en las reuniones del Gobierno Provisional y de cómo "aplaza" éste la discusión de los problemas más esenciales, impotente para tomar un rumbo determinado. Leed con atención la resolución aprobada el 16 de mayo por el Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros y soldados sobre el problema más esencial, más importante -medidas para combatir la ruina y la inminente catástrofe que amenaza- y os convenceréis de la más completa intangibilidad de la dualidad de poderes.

Todos reconocen que el país se acerca con enorme rapidez a la catástrofe, pero se desentienden del problema con evasivas.

¿No es una evasiva que una resolución sobre el problema de la catástrofe, adoptada en un momento como el que vivimos, se limite a acumular comisiones sobre comisiones, departamentos sobre departamentos y subdepartamentos sobre subdepartamentos? ¿No es una evasiva que ese mismo Comité Ejecutivo apruebe una resolución, en la que sólo hay también buenos deseos, sobre el escandaloso e inaudito asunto de los industriales hulleros del Donets, convictos de desorganización consciente de la producción? Fijar los precios, regular las ganancias, establecer el salario mínimo, emprender la creación de trusts controlados por el Estado... ¿a través de quién? ¿Cómo? ¡"A través de las instituciones centrales y locales de la cuenca del Donets-Krivói Rog. Estas instituciones deben tener un carácter democrático y estar compuestas de representantes de los obreros, de los patronos, del gobierno y de las organizaciones revolucionarias democráticas"!

Sería cómico si no fuese trágico.

Porque se sabe a ciencia cierta que semejantes instituciones "democráticas", tanto en las localidades como en Petrogrado (el propio Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros y soldados), han existido y existen, pero son incapaces de hacer absolutamente nada. Desde fines de marzo -¡de marzo!- se vienen celebrando reuniones de los obreros y los industriales del Donets. Ha transcurrido más de mes y medio. ¡El resultado es que los obreros del Donets se ven obligados a reconocer que los industriales desorganizan conscientemente la producción!

¡Y de nuevo se obsequia al pueblo con promesas, comisiones, reuniones de representantes de los obreros y los industriales (¿paritarias quizá?), empezando una y otra vez el cuento de nunca acabar!

La raíz del mal está en la dualidad de poderes. La raíz del error de los populistas y mencheviques está en que no comprenden la lucha de clases, la cual quieren sustituir, ocultar o conciliar por medio de frases, promesas, evasivas y comisiones "con participación" de representantes... ¡de ese mismo gobierno basado en la dualidad de poderes!

Los capitalistas se han enriquecido escandalosamente, de manera inaudita, durante la guerra. Cuentan con la mayoría en el gobierno. Quieren el poder omnímodo desde el punto de vista de su situación de clase, tienen forzosamente que tratar de conseguirlo y defenderlo.

Las masas obreras, que constituyen la mayoría gigantesca de la población, que tienen los Soviets en sus manos, que sienten su fuerza como mayoría, que ven por doquier promesas de "democratización" de la vida, que saben que la democracia es la dominación de la mayoría sobre la minoría (*y no al revés*, como quieren los capitalistas), que tratan de mejorar sus condiciones de vida sólo desde el comienzo de la revolución -y no en todas partes- y no desde el comienzo de la guerra; las masas obreras no pueden dejar de aspirar al poder omnímodo del pueblo, es decir, de la mayoría de la población, o sea, a la solución de los problemas por la mayoría obrera contra la minoría capitalista, y no mediante un "acuerdo" de la mayoría con la minoría

La dualidad de poderes continúa. El gobierno de los capitalistas sigue siendo el gobierno de los capitalistas, a pesar de su apéndice de populistas y mencheviques en forma de minoría. Los Soviets siguen siendo la organización de la mayoría. Los líderes populistas y mencheviques se agitan impotentes, deseando nadar entre dos aguas.

Pero la crisis aumenta. Se ha llegado al extremo de que los capitalistas de la industria hullera cometan *crímenes* increíblemente descarados, de que

desorganicen y paren la producción. Crece el desempleo. Se habla de lock-outs. En realidad, los lock-outs *empiezan* precisamente bajo la forma de desorganización de la producción por los capitalistas (pues el carbón es el *pan de la industria*), precisamente bajo la forma de creciente paro forzoso.

Toda la responsabilidad por esta crisis y por la catástrofe que se avecina recae sobre los líderes populistas y mencheviques. Porque precisamente ellos son en la actualidad los líderes de los Soviets, es decir, de la mayoría. Es ineluctable que la minoría (los capitalistas) no desee someterse a la mayoría. Quien no haya olvidado lo que enseñan la ciencia y la experiencia de todos los países, quien no haya olvidado la lucha de clases, no esperará crédulamente un "acuerdo" con los capitalistas en un problema tan cardinal, tan candente.

La mayoría de la población, es decir, los Soviets, o sea, los obreros y los campesinos, tendría la plena posibilidad de salvar la situación, de impedir que los capitalistas desorganicen y paralicen la producción y de ponerla inmediatamente, de verdad, bajo *su propio* control, si no se aplicara lo política "conciliadora" de los líderes populistas y mencheviques. Sobre estos últimos recae la plena responsabilidad por la crisis y por la catástrofe.

Pero *no hay* otra salida que la decisión de la mayoría de obreros y campesinos contra la minoría de capitalistas. Ninguna dilación ayudará: no hará más que agravar la enfermedad.

Desde el punto de vista del marxismo, la "política de conciliación" de los líderes populistas y mencheviques es una manifestación de las vacilaciones de la pequeña burguesía, que teme confiar en los obreros, que teme romper con los capitalistas. Estas vacilaciones son inevitables, de la misma manera que es inevitable nuestra lucha, la lucha del partido proletario, por vencer las vacilaciones, por explicar al pueblo la necesidad de restablecer, organizar y aumentar la producción contra los capitalistas.

No hay otra salida. O retroceder hacia el poder omnímodo de los capitalistas, o avanzar hacia la democracia de verdad, hacia la decisión por la mayoría. La actual dualidad de poderes no puede durar mucho tiempo.

"Pravda", núm. 62, 2 de junio (20 de mayo) de 1917.

T. 32, págs. 127-130.

I CONGRESO DE LOS SOVIETS DE DIPUTADOS OBREROS Y SOLDADOS DE TODA RUSIA.

3-24 de junio (16 de Junio - 7 de julio) de 1917

I. Discurso acerca de la actitud hacia el gobierno provisional, 4 (17) de junio.

Camaradas: dado el escaso tiempo de que dispongo, sólo podré detenerme -y creo que es lo mejor- en los problemas de principio planteados por el informante del Comité Ejecutivo y por los oradores que le siguieron.

El primero y fundamental problema que se nos planteó fue el de *que es esta asamblea* a la que asistimos, qué son estos Soviets reunidos ahora en el Congreso de toda Rusia, y qué es esta democracia revolucionaria, de la cual se habla tanto aquí para ocultar el hecho de que no se la comprende en absoluto y se la rechaza por completo. Pues hablar de democracia revolucionaria en el Congreso de los Soviets de toda Rusia y velar el carácter de esta institución, su composición de clase y su papel en la revolución, no decir una palabra sobre esto y reivindicar no obstante el título de demócratas, es realmente algo extraño. Se nos esboza el programa de una república burguesa parlamentaria, tipo de programa que ha habido en toda Europa Occidental; se nos esboza un programa de reformas reconocidas hoy por todos los gobiernos burgueses, incluso el nuestro, y se nos habla a la vez de democracia revolucionaria. ¿Y ante quién se habla? Ante los Soviets. Pero ¿es que hay un país en Europa, pregunto yo, un país burgués, democrático, republicano, donde exista algo parecido a estos Soviets? Necesariamente tendrán que responder que no, que no lo hay. En ninguna parte existe, ni puede existir, una institución semejante, pues, una de dos: *o bien* un gobierno burgués con "planes" de reforma como los que se nos ha esbozado, que fueron propuestos decenas de veces en todos los países y quedaron en el papel, *o bien* la institución de que ahora se trata, el "gobierno" de nuevo tipo creado por la revolución y del que sólo pueden encontrarse ejemplos en la época de los más grandes ascensos revolucionarios, como en Francia en 1792 y en 1871, o en Rusia en 1905. Los Soviets son una institución que no existe en ninguno de los Estados burgueses parlamentarios de tipo corriente, ni puede coexistir con un gobierno burgués. Son ese tipo nuevo y más democrático de Estado al que nosotros, en las resoluciones de nuestro partido, hemos llamado república democrática proletario-campesina, en que el poder pertenece exclusivamente a los Soviets de diputados obreros y soldados. Es erróneo creer que se trata de un problema teórico; es erróneo imaginar que puede ser eludido; es erróneo alegar que actualmente coexisten, con los Soviets de diputados obreros y soldados, instituciones de tal o cual carácter. Sí, es cierto, coexisten. Pero precisamente eso es lo que engendra un sinfín de errores, de conflictos y rozamientos. Y precisamente por eso el primer ascenso, el primer avance de la revolución rusa ha cedido su puesto al estancamiento y al retroceso que hoy observamos en nuestro gobierno de coalición, en toda su política interior y exterior, en relación con la ofensiva imperialista que se está preparando.

Una de dos: o el gobierno burgués corriente, en cuyo caso son inútiles los Soviets de campesinos, obreros, soldados y otros, y serán disueltos por los generales, por esos generales contrarrevolucionarios que tienen en sus manos las fuerzas armadas y no prestan la menor atención a los bellos discursos del ministro Kerenski, o morirán ignominiosamente. Para esas instituciones no hay otra alternativa. No pueden retroceder ni estancarse. Sólo pueden existir si avanzan. Ese es el tipo de Estado que no inventaron los rusos, sino que promovió la revolución, porque la revolución no puede triunfar de otro modo. Dentro del Consejo de los Soviets de toda Rusia, los rozamientos y la lucha de los partidos por el Poder son inevitables. Peto eso será la superación de los posibles errores e ilusiones por la propia experiencia política de las masas (*agitación en la sala*) y no por los discursos de los ministros, quienes se refieren a lo que dijeron ayer, a lo que escribirán mañana o a lo que prometerán pasado mañana. Esto, camaradas, es ridículo desde el punto de vista de la institución creada por la revolución rusa y que está hoy ante el dilema: ser o no ser. Los Soviets no pueden seguir existiendo como hasta hoy. ¡Se reúne a personas adultas, obreros y campesinos, para aprobar resoluciones o escuchar informes que no pueden someterse a ninguna verificación documental! Instituciones de esta naturaleza constituyen la transición a una república que instaurará un poder estable sin policía ni ejército regular, no de palabra, sino de hecho, un poder que en Europa occidental no

puede existir todavía, y sin el cual la revolución rusa no puede triunfar, entendiendo esto como el triunfo sobre los terratenientes, como el triunfo sobre los imperialistas.

Sin ese poder no se puede habla ni siquiera de que alcancemos tal victoria nosotros mismos. Y cuanto más meditamos sobre el programa que aquí se nos aconseja y sobre los hechos ante los que nos encontramos, con mayor fuerza resalta la contradicción fundamental. ¡Se nos dice, como lo hicieron el informante y otros oradores, que el primer Gobierno Provisional era malo! Pero entonces, cuando los bolcheviques, los desgraciados bolcheviques dijeron: "ningún apoyo a este gobierno, ninguna confianza en él", ¡cuántas veces fuimos acusados de "anarquismo"! Hoy todos dicen que el gobierno anterior fue un gobierno malo. Pero ¿en qué se distingue el gobierno de coalición, con sus ministros casi socialistas, del anterior gobierno? ¿No se ha hablado ya bastante de programas y de proyectos? ¿No es suficiente? ¿No es hora de poner manos a la obra? Ha transcurrido un mes desde que el 6 de mayo se formó el gobierno de coalición. ¡Veamos los hechos, veamos la ruina existente en Rusia y en otros países arrastrados a la guerra imperialista! ¿Cuál es la causa de la ruina? El carácter rapaz de los capitalistas. Ahí tienen la verdadera anarquía. Y esto se admite en declaraciones que no han sido publicadas precisamente en nuestro periódico ni en ningún periódico bolchevique (¡Dios nos libre!), sino en el ministerial *Rabóchaya Gazeta*, el cual ha informado que los precios industriales para el suministro de carbón han sido *elevados* ¡¡por el gobierno "revolucionario"!! El gobierno de coalición no ha cambiado nada en este aspecto. Se nos pregunta si en Rusia puede implantarse el socialismo y si, en general, pueden realizarse inmediatamente cambios radicales. Todo eso son frases vacías, camaradas. La doctrina de Marx y de Engels, como lo explicaban constantemente, dice: "Nuestra teoría no es un dogma, sino una guía para la acción"[190]. En ninguna parte del mundo existe capitalismo puro que se transforme en socialismo puro, ni puede existir durante la guerra. Pero existe algo intermedio, algo nuevo y sin precedentes, porque sucumben cientos de millones de hombres, arrastrados a la criminal guerra entre capitalistas. No se trata de promesas de reformas: eso son simples frases. Se trata de tomar las medidas que nos exige el momento actual.

Si quieren alegar la democracia "*revolucionaria*", deben distinguir este concepto del de la democracia *reformista* bajo un ministerio capitalista, pues ya es hora de acabar con esas frases sobre la "democracia revolucionaria" y con las felicitaciones mutuas a propósito de la "democracia revolucionaria", y atenerse a la definición *de clase*, como nos han enseñado el marxismo y el socialismo científico en general. Lo que se nos propone es el paso a la democracia reformista bajo un ministerio capitalista. Eso podrá ser magnífico desde el punto de vista de los modelos usuales de Europa Occidental. Pero hay una serie de países que hoy están al borde de la catástrofe, y las medidas prácticas que según el orador que me ha precedido, el ministro de Correos y Telégrafos, son tan complicadas que es difícil llevarlas a cabo sin un estudio especial, no pueden ser más claras. El decía que no existe en Rusia ningún partido político que esté dispuesto a asumir todo el poder. Yo contesto: "¡Si, existe! Ningún partido puede renunciar a eso, y el nuestro ciertamente no renuncia. Está dispuesto en cualquier instante a asumir todo el poder". (*Aplausos y risas*.) Pueden reírse cuanto quieran, pero si el ministro nos compara, en este problema, con un partido de derecha, recibirá una contestación adecuada. Ningún partido puede renunciar a eso. Y en un momento en que todavía reina la libertad, en que las amenazas de arresto y de destierro a Siberia, las amenazas por parte de los contrarrevolucionarios con quienes nuestros ministros casi socialistas comparten el gobierno, no son más que amenazas, en un momento como éste, todo partido dice: confíen en nosotros y les daremos nuestro programa.

Nuestra conferencia del 29 de abril dio ese programa[191]. Desgraciadamente, se lo ignora y no se lo toma como guía. Es necesario, por lo visto, exponerlo de una manera sencilla. Intentaré ofrecer al ministro de Correos y Telégrafos una exposición sencilla de nuestra resolución y de nuestro programa. Con respecto a la crisis económica, nuestro programa consiste en exigir inmediatamente -para eso no hace falta ninguna demora- la publicación de todas las ganancias fabulosas, que llegan del 500 al 800 por ciento y que los capitalistas no obtienen como capitalistas en el mercado libre, en un capitalismo "puro", sino por medio de los suministros militares. He ahí donde el control obrero es realmente necesario y posible. He ahí una medida que ustedes, si se llaman demócratas "revolucionarios", deben llevar a la práctica en nombre del Soviet, una medida que puede llevarse a la práctica de la noche a la mañana. Eso no es socialismo. Es abrirle al pueblo los ojos acerca de la verdadera anarquía y del verdadero juego con el imperialismo, del juego con el patrimonio del pueblo, con los cientos de miles de vidas humanas que mañana se perderán porque continuamos estrangulando a Grecia. Hagan públicas las ganancias de los señores capitalistas, arresten a 50 ó 100 de los más grandes millonarios. Bastará con tenerlos unas cuantas semanas presos -aunque sea en las mismas condiciones de privilegio en que se mantiene a Nicolás Románov- con la simple finalidad de que revelen los resortes ocultos, los manejos fraudulentos, la inmundicia y la codicia que aún bajo el nuevo gobierno están costando a nuestro

país miles y millones todos los días. Esa es la causa fundamental de la anarquía y de la ruina. Por eso decimos que en Rusia todo sigue como antes, que el gobierno de coalición nada ha cambiado y únicamente ha añadido un montón de declaraciones, de frases altisonantes. Por muy sinceros que sean los hombres, por muy sinceramente que aspiren al bienestar de los trabajadores, las cosas no han cambiado, *la misma clase* sigue en el poder. La política que aplica no es una política democrática.

Se nos habla de la "democratización del poder central y local". ¿Acaso ignoran que esas palabras son una novedad sólo en Rusia, que en otras partes decenas de ministros casi socialistas han hecho a sus países promesas semejantes? ¿De qué sirven cuando presenciamos el hecho concreto, real, de que mientras la población local elige a sus autoridades, el poder central, en nombre del derecho de designar o confirmar a las autoridades locales, viola los principios más elementales de la democracia? El saqueo del patrimonio del pueblo por los capitalistas continúa. La guerra imperialista continúa. Y no obstante se nos prometen reformas, reformas y más reformas, cuya ejecución es absolutamente imposible en las condiciones actuales, porque la guerra lo aplasta todo, lo determina todo. ¿Por qué no están de acuerdo con quienes dicen que esta guerra *no* se libra por las ganancias de los capitalistas? ¿Cuál es el criterio? Es, ante todo y sobre todo, qué clase está en el poder, qué clase continúa dominando, qué clase continúa embolsando cientos y miles de millones con sus operaciones bancarias y financieras. Es la misma clase capitalista, y por eso la guerra sigue siendo imperialista. Ni el primer Gobierno Provisional ni el gobierno con los ministros casi socialistas han cambiado nada. Los tratados secretos siguen siendo secretos. Rusia combate por los Estrechos, combate por la continuación de la política de Liájov en Persia, etc.

Ya sé que ustedes no quieren eso, que la mayoría de ustedes no lo quieren y que los ministros no lo quieren, porque nadie puede quererlo, porque significa la matanza de cientos de millones de hombres. Pero fijémonos en la ofensiva de la que tanto hablan ahora los Miliukov y los Maklakov. Ellos saben perfectamente qué significa. Saben que está relacionada con el problema del poder, con el problema de la revolución. Se nos dice que debemos distinguir entre problemas políticos y estratégicos. Es ridículo plantear siquiera esta cuestión. Los demócratas-constitucionalistas saben perfectamente que se trata de un problema político.

Decir que la lucha revolucionaria por la paz, que se ha iniciado desde abajo, puede conducir a un tratado de paz por separado, es una calumnia. La primera medida que nosotros tomaríamos si tuviésemos el poder sería arrestar a los más grandes capitalistas y romper todos los hilos de sus intrigas. Sin eso, todas las frases acerca de una paz sin anexiones y ni contribuciones carecen en absoluto de sentido. Nuestra segunda medida sería declarar a los pueblos, por encima de los gobiernos, que para nosotros todos los capitalistas son bandidos: tanto Teréschenko, que no es ni un ápice mejor que Miliukov, sólo que aquél es un poco más tonto, como los capitalistas franceses, como los ingleses, como todos los demás.

El propio periódico de ustedes, *Izvestia*, se ha hecho un lío y propone, en vez de una paz sin anexiones ni indemnizaciones, mantener el statu quo. Nuestra idea de la paz "sin anexiones" es diferente. Hasta el Congreso de campesinos se acerca más a la verdad cuando habla de una república "federativa"[192], expresando así la idea de que la república rusa no desea oprimir a ninguna nación con procedimientos nuevos ni viejos, de que no desea coexistir sobre la base de la violencia con ninguna nación, ni con Finlandia ni con Ucrania, con las que el ministro de la Guerra se muestra tan agresivo y con las que se plantean conflictos imperdonables e inadmisibles. Nosotros aspiramos a una república de Rusia, única e indivisa, con un poder firme. Pero un poder firme sólo puede asegurarse por el acuerdo voluntario de todo el pueblo interesado. "Democracia revolucionaria" son palabras grandes. Pero se aplican a un gobierno que está complicando con enredos mezquinos el problema de Ucrania y Finlandia, que ni siquiera desean separarse. Se limitan a decir: "¡No aplacen la aplicación de los principios elementales de la democracia hasta que la Asamblea Constituyente se reúna!"

Es imposible concertar un tratado de paz sin anexiones ni contribuciones, mientras ustedes no renuncien a sus propias anexiones. Eso es ridículo, es una farsa. Todos los obreros europeos se ríen de eso y dicen: "Ellos son muy elocuentes invitan a los pueblos a derrocar a los banqueros, pero colocan a sus propios banqueros en el ministerio". Arréstenlos, pongan al descubierto sus manipulaciones, den a conocer sus móviles ocultos. Pero no, no lo hacen, a pesar de que tienen organizaciones poderosas a las que es imposible oponerse. Ustedes han pasado por 1905 y 1917. Saben que las revoluciones no se hacen por encargo, que en otros países las revoluciones han seguido siempre el duro y sangriento camino de la insurrección y que en Rusia no existe un solo grupo, una sola clase que pueda oponerse al poder de los Soviets. En Rusia, la revolución, como excepción, puede ser pacífica. Si esa revolución ofreciese hoy o mañana la paz a todos los pueblos, rompiendo con todas las clases capitalistas, Francia y Alemania, sus pueblos la aceptarían en un plazo brevísimo, porque esos países perecen, porque la situación de Alemania es desesperada, porque Alemania no puede salvarse y porque Francia...

(*El presidente*: "Su tiempo se ha cumplido".)

Termino en medio minuto.... (*Rumores, y voces*: "¡Que siga hablando!" *Protestas*. *Aplausos*.)

(*El presidente*: "Comunico al congreso que la presidencia propone aumentar el plazo concedido al orador. ¿Alguien se opone? La mayoría está por que continúe".)

Quedamos en que si la democracia revolucionaria en Rusia fuese democracia no de palabra, sino de hecho, impulsaría la revolución y no se entendería con los capitalistas ni hablaría sobre la paz sin anexiones ni contribuciones, sino que suprimiría las anexiones por parte de Rusia y declararía abiertamente que considera toda anexión como un pillaje y un crimen. Entonces podría impedirse la ofensiva imperialista que amenaza con la muerte a miles y millones de hombres para asegurar el reparto de Persia y de los Balcanes. Entonces quedaría expedito el camino hacia la paz, que no es un camino llano -eso no lo decimos-, sino un camino que no excluye la posibilidad de una guerra realmente revolucionaria.

Nosotros no planteamos este problema como lo plantea hoy Bazárov en *Nóvaya Zhizn*[193]; decimos solamente que la situación de Rusia, en el período final de la guerra imperialista, es tal que sus tareas son más fáciles de lo que podrían parecer. Además, la posición geográfica de Rusia es tal que cualquier potencia que se arriesgase a usar el capital y sus intereses rapaces para lanzarse contra la clase obrera rusa y el semiproletariado aliado con ella -es decir, los campesinos pobres-, se vería ante una empresa difícil. Alemania está al borde de la derrota y, después de la entrada en la guerra de Estados Unidos que quiere devorar a México y que probablemente mañana comenzará a luchar contra el Japón, situación de Alemania se ha vuelto desesperada: Alemania será aniquilada. Francia, que por su posición geográfica es la que más padece y se agota en extremo, pasa menos hambre que Alemania, pero ha perdido incomparablemente más vidas que Alemania. Pues bien, si como primer paso se hubiesen restringido las ganancias de los capitalistas rusos y se les hubiese privado de toda posibilidad de embolsar ganancias de centenares de millones; si ustedes hubiesen propuesto a *todas* las naciones un tratado de paz contra los capitalistas de *todos* los países y declarado abiertamente que no entablarán ningún género de negociaciones ni de relaciones con los capitalistas alemanes ni con quienes, directa o indirectamente, les favorecen o tienen algo que ver con ellos, y que se niegan a negociar con los capitalistas franceses e ingleses, habrían seguido una conducta que condenaría a esos capitalistas ante los obreros. No considerarían como un triunfo el que se haya otorgado pasaporte a MacDonald[194], un hombre que jamás ha sostenido una lucha revolucionaria contra el capital y a quien se deja pasar porque nunca ha expresado las ideas, los principios, la práctica ni la experiencia de la lucha revolucionaria contra los capitalistas ingleses, lucha por la que nuestro camarada Maclean y cientos de otros socialistas ingleses están en la cárcel, así como nuestro camarada Liebknecht está recluido en presidio por haber dicho: "¡Soldados alemanes, disparen contra su káiser!"

¿No sería más acertado mandar a los capitalistas imperialistas a ese presidio que la mayoría de los miembros del Gobierno Provisional nos preparan y prometen diariamente en la III Duma -dicho sea de paso, no sé si es la III o la IV-, reconstituida expresamente, y acerca del cual el ministro de Justicia elabora ya nuevos proyectos de ley? Maclean y Liebknecht: he ahí los nombres de los socialistas que llevan a la práctica la idea de la lucha revolucionaria contra el imperialismo. Eso es lo que debemos decir a todos los gobiernos si querernos luchar por la paz. Debemos denunciarlos ante sus pueblos. De ese modo ustedes colocarán a todos los gobiernos imperialistas en una situación difícil. Ahora, los que están en una situación difícil son ustedes, al dirigir al pueblo el llamamiento de paz del 14 de marzo[195], donde se dice: "¡Derroquen a sus emperadores, sus reyes y sus banqueros!", mientras que nosotros, que poseemos una organización tan extraordinariamente rica en número, experiencia y fuerza material como el Soviet de diputados obreros y soldados, nos aliamos con nuestros banqueros, formamos un gobierno de coalición, casi socialista, y redactamos proyectos de reformas como los que se redactan en Europa desde hace muchas décadas. Allí, en Europa, se ríen de semejante lucha por la paz. Allí sólo la comprenderán cuando los Soviets tomen el poder y actúen de un modo revolucionario.

Sólo un país en el mundo puede hoy dar los pasos necesarios para poner fin a la guerra imperialista en escala de clase, a despecho de los capitalistas, y sin una revolución sangrienta. Sólo un país puede hacerlo, y ese país es Rusia. Y seguirá siendo el único mientras exista el Soviet de diputados obreros y soldados. El Soviet no podrá existir mucho tiempo junto con un Gobierno Provisional de tipo corriente. Seguirá siendo lo que es sólo mientras no se pase a la ofensiva. La ofensiva será un viraje en toda la política de la revolución rusa, es decir, será una transición de la espera, de la preparación de la paz por medio de un alzamiento revolucionario desde abajo, a la reanudación de la guerra. El camino que se proponía era el paso de la confraternización en un frente a la confraternización en todos los frentes, de la confraternización espontánea, tal como el intercambio con un proletario alemán hambriento de un pedazo de pan por un cortaplumas -lo cual se castiga con el presidio-, a la confraternización consciente.

Cuando nosotros tomemos el poder, pondremos freno a los capitalistas, y la guerra no seguirá siendo

ya *la misma* que hoy se libra, pues el carácter de una guerra depende de qué clase la sostiene y no de lo que se escriba en el papel. En el papel se puede escribir cualquier cosa. Pero mientras la clase capitalista forme la mayoría en el gobierno, la guerra, escriban lo que escriban, por muy elocuentes que sean, por muchos ministros casi socialistas que tengan, seguirá siendo una guerra imperialista. Esto lo saben y lo ven todos. ¡El ejemplo de Albania, el ejemplo de Grecia, de Persia[196] lo han puesto de relieve de un modo tan claro y tangible, que me sorprende que todo el mundo ataque nuestra declaración escrita sobre la ofensiva[197], sin que nadie diga una palabra sobre los hechos concretos! Es fácil prometer planes, pero las medidas concretas se van postergando y postergando. Es fácil escribir una declaración sobre la paz sin anexiones, pero los acontecimientos de Albania, de Grecia, de Persia son *posteriores* a la constitución del gobierno de coalición. Después de todo, fue *Dielo Naroda*, que no es un órgano de nuestro partido, sino un órgano del gobierno, un órgano ministerial, quien dijo que se somete a la democracia rusa a esta humillación y que se estrangula a Grecia. Y este mismísimo Miliukov, de quien ustedes se forman Dios sabe qué idea -a pesar de que no es más que un simple miembro de su partido y que no se diferencia en nada de Teréschenko-, escribía que la diplomacia de la Entente ejercía presión sobre Grecia. La guerra sigue siendo una guerra imperialista, y por mucho que deseen ustedes la paz, por muy sincera que sea su simpatía hacia los trabajadores y por muy sincero que sea su deseo de paz -yo estoy plenamente convencido de que en la mayoría de los casos es sincero-, ustedes no podrán hacer nada, pues sólo se puede poner fin a la guerra impulsando el desarrollo de la revolución. Cuando en Rusia comenzó la revolución, comenzó también la lucha revolucionaria desde abajo por la paz. Si tomaran el poder en sus manos, si el poder pasase a las organizaciones revolucionarias y fuese utilizado para combatir a los capitalistas rusos, los trabajadores de otros países les creerían y ustedes podrían proponer la paz. Entonces nuestra paz quedaría garantizada, al menos por dos partes, por las dos naciones que se están desangrando y cuya causa es desesperada: Alemania y Francia. Y si las circunstancias nos obligaran entonces a sostener una guerra revolucionaria -cosa que nadie sabe y cuya posibilidad no descartamos-, nosotros diríamos: "No somos pacifistas, no renunciamos a la guerra cuando la clase revolucionaria está en el poder, cuando real y verdaderamente ha despojado a los capitalistas de la posibilidad de influir en la marcha de las cosas, de acentuar el desastre económico que les permite embolsarse cientos de millones". El gobierno revolucionario explicaría a todos los pueblos sin excepción que todas las naciones deben ser libres, que del mismo modo que la nación alemana no debe luchar por la conservación de Alsacia y Lorena, la nación francesa tampoco debe luchar por sus colonias. Pues si Francia lucha por sus colonias, Rusia tiene a Jiva y a Bujará, que son también una especie de colonias. Entonces comenzará el reparto de las colonias. ¿Y cómo podrían repartirse, sobre qué base? De acuerdo con la fuerza. Pero la fuerza ha cambiado. La situación de los capitalistas es tal que su única salida es la guerra. Cuando ustedes tomen el poder revolucionario, se les abrirá un camino revolucionario para asegurar la paz: dirigirán a todas las naciones un llamamiento revolucionario y les explicarán la táctica con su propio ejemplo. De ese modo, se les abrirá el camino para una paz asegurada por medios revolucionarios y tendrán las más grandes probabilidades de evitar la muerte de cientos de miles de hombres. De ese modo, pueden estar seguros de que el pueblo alemán y el francés se declararán a favor de ustedes. Y si los capitalistas ingleses, norteamericanos y japoneses quisieran una guerra contra la clase obrera revolucionaria -cuya fuerza se decuplicará tan pronto como se haya puesto freno y abatido a los capitalistas, y el control haya pasado a manos de la clase obrera-, si los capitalistas norteamericanos, ingleses y japoneses optaran por la guerra, habría noventa y nueve probabilidades contra una de que no serían capaces de librarla. Para asegurar la paz, bastará con que ustedes declaren que no son pacifistas, que están dispuestos a defender su república, su democracia obrera, proletaria, contra los capitalistas alemanes, franceses y otros.

He ahí por qué atribuimos una importancia tan fundamental a nuestra declaración sobre la ofensiva. Ha llegado la hora de un viraje radical en toda la historia de la revolución rusa. La revolución rusa comenzó apoyada por la burguesía imperialista de Inglaterra, que creyó que Rusia era algo así como China o la India. Pero resultó que al lado del gobierno, en que hoy tienen mayoría los terratenientes y los capitalistas, surgieron los Soviets, institución representativa sin paralelo ni precedentes en todo el mundo por su fuerza, institución que ustedes están matando con su participación en un ministerio de coalición de la burguesía. En realidad, la revolución rusa ha conseguido triplicar en todas partes, en todos los países, la simpatía por la lucha revolucionaria desde abajo contra el gobierno capitalista. El problema está planteado en estos términos: avanzar o retroceder. La revolución no admite el estancamiento. Por eso, la ofensiva es un viraje en la revolución rusa, pero no en el sentido estratégico de la ofensiva, sino político y económico. Una ofensiva significa hoy, objetivamente, independientemente de la voluntad o de la conciencia de este o de aquel ministro, la continuación de la matanza imperialista y de la muerte de cientos de miles, de millones de seres, con el objetivo de estrangular a Persia y a otras naciones débiles. El

paso del poder al proletariado revolucionario, apoyado por los campesinos pobres, significa el tránsito a la lucha revolucionaria por la paz bajo las formas más seguras y menos dolorosas que haya conocido nunca la humanidad, el tránsito hacia un estado de cosas en que quedarán asegurados el poder y el triunfo de los obreros revolucionarios en Rusia y en el mundo entero. (*Aplausos de una parte de la audiencia*.)

"Pravda", núms. 82 y 83, 28 (15) y 29 (16) de junio de 1917.
T. 32, págs. 263-276.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA REVOLUCIÓN RUSA.

No hay idea más errónea ni más nociva que separar la política exterior de la política interior. La monstruosa falacia de esta separación se hace más monstruosa aun precisamente en tiempos de guerra. Pero la burguesía hace todo lo posible e imposible para inculcar y apoyar esta idea. El desconocimiento de la política exterior por las masas de la población está incomparablemente más extendido que su ignorancia en materia de política interior. El "secreto" de las relaciones diplomáticas se observa como cosa sagrada en los países capitalistas más libres, en las repúblicas más democráticas.

El engaño de las masas populares en lo que respecta a los "asuntos" de la política exterior se ha convertido en un verdadero arte, y este engaño causa un gravísimo daño a nuestra revolución. Millones de ejemplares de periódicos burgueses esparcen por doquier la ponzoña del engaño. Con uno o con otro de los dos grupos gigantescamente ricos y gigantescamente poderosos de buitres imperialistas: así plantea la realidad capitalista el problema fundamental de la política exterior de nuestros días. Así plantea este problema la clase capitalista. Y así lo plantea también, por supuesto, la gran masa pequeñoburguesa, que conserva los viejos prejuicios y opiniones capitalistas.

Para quienes circunscriben su pensamiento a los límites de las relaciones capitalistas es incomprensible que la clase obrera, si es consciente, no pueda apoyar ni a un solo grupo de buitres imperialistas. Y viceversa, al obrero le son incomprensibles las acusaciones de inclinarse hacia la paz por separado con los alemanes, o de servir de hecho a esa paz, lanzadas contra los socialistas que permanecen fieles a la unión fraternal de los obreros de todos los países contra los capitalistas de todos los países. Estos socialistas (y, por consiguiente, también los bolcheviques) no pueden aceptar ninguna paz por separado entre los capitalistas. Ni paz por separado con los capitalistas alemanes ni alianza con los capitalistas anglo-franceses: tal es la base de la política exterior del proletariado consciente.

Nuestros mencheviques y eseristas, que se rebelan contra este programa y temen romper con "Inglaterra y Francia", aplican en la práctica un programa capitalista de política exterior, adornándolo con una elocuencia florida e inocente, en la que abundan frases como "revisión de los tratados" y declaraciones a favor de la "paz sin anexiones", etc. Todos esos buenos deseos están condenados a seguir siendo vacuidades, pues la mentalidad *capitalista* plantea la cuestión categóricamente: o subordinación a los imperialistas de uno de los grupos, o lucha revolucionaria contra todo imperialismo.

¿Existen aliados para esta lucha? Existen. Son las clases oprimidas de Europa, en primer término, el proletariado; son los pueblos oprimidos por el imperialismo, en primer término, los pueblos de Asia, como vecinos nuestros.

Los mencheviques y eseristas, que se denominan "demócratas revolucionarios", siguen en realidad una política exterior contrarrevolucionaria y antidemocrática. Si fueran revolucionarios, aconsejarían a los obreros y campesinos de Rusia que se pusieran al frente de todos los pueblos oprimidos por el imperialismo y de todas las clases oprimidas.

"Entonces se unirán contra Rusia los capitalistas de los demás países", objetan los pequeños burgueses acoquinados. Eso no es imposible. El demócrata "*revolucionario*" no tiene derecho a negar la posibilidad de toda guerra revolucionaria. Pero la probabilidad práctica de una guerra de ese tipo no es grande. Los imperialistas ingleses y alemanes no podrán "reconciliarse" contra la Rusia revolucionaria. La revolución rusa, que ya en 1905 originó revoluciones en Turquía, Persia y China, colocaría en una situación muy difícil, tanto a los imperialistas ingleses como a los alemanes, si estableciera una alianza verdaderamente revolucionaria con los obreros y los campesinos de las colonias y semicolonias, contra los déspotas, contra los kanes, por la expulsión de los alemanes de Turquía, por la expulsión de los ingleses de Turquía, Persia, India, Egipto, etc.

A los socialchovinistas, franceses y rusos, les gusta remitirse a 1793 para encubrir con esta referencia efectista su traición a la revolución. Pero en nuestro país no se quiere pensar precisamente en que la democracia *verdaderamente* "revolucionaria" de Rusia podría y debería actuar, con respecto a los pueblos oprimidos y atrasados, *en el espíritu* de 1793.

En "alianza" con los imperialistas, es decir, en vergonzosa dependencia de ellos: tal es la política

exterior de los capitalistas y de los pequeños burgueses. En alianza con los revolucionarios de los países avanzados y con todos los pueblos oprimidos, contra todos los imperialistas: tal es la política exterior del proletariado.

"Pravda", núm. 81, 27 (14) de junio de 1917.
T. 32, págs. 335-337.

¿DE QUE FUENTE CLÁSICA SURGEN Y “SURGIRÁN” LOS CAVAIGNAC?

“Cuando surja un verdadero Cavaignac, lucharemos a vuestro lado, en las mismas filas”, nos decía en su número 80 *Rabóchaya Gazeta*, órgano de ese mismo partido menchevique al que pertenece el ministro Tsereteli, el cual ha llegado en su tristemente célebre discurso a amenazar con desarmar a los obreros de Petrogrado.

La frase de *Rabóchaya Gazeta* que acabamos de citar muestra con singular relieve los errores fundamentales de los dos partidos gobernantes de Rusia, el menchevique y el eserista, y por ello es digna de atención. No buscáis a Cavaignac en el momento y el lugar debidos: tal es el sentido de los razonamientos del órgano ministerial.

Recordemos el papel de clase que desempeñó Cavaignac. En febrero de 1848 fue derrocada la monarquía en Francia. Los republicanos burgueses subieron al poder. Como nuestros demócratas-constitucionalistas, querían el “orden”, entendiendo por tal la restauración y el afianzamiento de los instrumentos monárquicos de opresión de las masas: la policía, el ejército permanente y la burocracia privilegiada. Como nuestros demócratas-constitucionalistas, querían poner fin a la revolución, pues odiaban al proletariado revolucionario y sus aspiraciones “sociales” (es decir, socialistas), muy vagas aún en aquellos tiempos. Como nuestros demócratas-constitucionalistas, eran enemigos implacables de la política orientada a extender la revolución francesa a toda Europa, de la política orientada a transformarla en revolución proletaria mundial. Como nuestros demócratas-constitucionalistas, utilizaron hábilmente el “socialismo” pequeñoburgués de Luis Blanc, nombrando a éste ministro y transformándolo, de jefe de los obreros socialistas, que es lo que quería ser, en un apéndice, en un lacayo de la burguesía.

Tales eran los intereses clasistas, la posición y la política de la clase dominante.

Otra fuerza social básica era la pequeña burguesía, vacilante, asustada por el fantasma rojo e influenciada por los gritos contra los “anarquistas”. La pequeña burguesía, soñadora y “socialista” -vanilocuente en sus aspiraciones, que se denominaba con agrado “democracia socialista” (¡incluso este mismo término precisamente adoptan ahora los eseristas y los mencheviques!)-, temía confiar en la dirección del proletariado revolucionario, sin comprender que ese temor la condenaba a confiar en la burguesía. Porque en una sociedad en la que se libra una encarnizada lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, sobre todo cuando la revolución exacerba inevitablemente esta lucha, *no puede* haber una posición “intermedia”. Y toda la esencia de la posición de clase y de las aspiraciones de la pequeña burguesía consiste en querer lo imposible, en aspirar a lo imposible, es decir, precisamente a esa “posición intermedia”.

La tercera fuerza de clase decisiva era el proletariado, que no aspiraba a “reconciliarse” con la burguesía, sino a vencerla, a desarrollar y hacer avanzar intrépidamente la revolución a escala internacional.

Esa fue la situación histórica objetiva que *engendró* a Cavaignac. Las vacilaciones de la pequeña burguesía la “apartaron” de su papel activo y, aprovechando su temor a confiar en el proletariado, el demócrata-constitucionalista francés, general Cavaignac, decidió *desarmar* a los obreros de París y fusilarlos en masa.

Aquellos fusilamientos históricos pusieron fin a la revolución; la pequeña burguesía, que predominaba en el aspecto numérico, era y siguió siendo un apéndice políticamente impotente de la burguesía. Y tres años después, en Francia se restauró de nuevo la monarquía cesarista en una forma singularmente abyecta.

El histórico discurso de Tsereteli del 11 de junio, inspirado a todas luces por los Cavaignac demócratas-constitucionalistas (quizá inspirado directamente por los ministros burgueses o quizá sugerido indirectamente por la prensa y la opinión pública burguesas, la diferencia no importa); este histórico discurso es notable, es histórico precisamente porque Tsereteli *se ha ido de la lengua y ha revelado* en él, con ingenuidad inimitable, la “enfermedad secreta” de toda la pequeña burguesía, tanto menchevique como eserista. Esta “enfermedad secreta” consiste: primero, en la completa incapacidad para aplicar una política independiente; segundo, en el temor a confiar en el proletariado revolucionario y a apoyar sin reservas su política independiente; tercero, en el sometimiento, derivado inevitablemente de ello, a los demócratas-

constitucionalistas o a la burguesía en general (*es decir, en el sometimiento a los Cavaignac*).

Esa es la esencia de la cuestión. Ni Tsereteli o Chernov, ni siquiera Kerenski, están llamados a desempeñar personalmente el papel de Cavaignac; se encontrarán para ello otros hombres, que en el momento oportuno dirán a los Luis Blanc rusos: "Apártense". Pero los Tsereteli y los Chernov son los líderes de esa política pequeñoburguesa, que hace posible y necesario el surgimiento de los Cavaignac.

"Cuando surja un verdadero Cavaignac, estaremos a vuestro lado": ¡magnífica promesa, excelente propósito! Lamentablemente, revela la incomprensión de la lucha de clases, típica de la pequeña burguesía sentimental o medrosa. Porque Cavaignac no es una casualidad y su "surgimiento" no es un fenómeno aislado. Cavaignac es el representante de una clase (la burguesía contrarrevolucionaria), el vehículo de su política. ¡Y precisamente esa clase, precisamente esa política, es lo que apoyan ustedes ya ahora, señores eseristas y mencheviques! *Ustedes*, que tienen en este momento la mayoría evidente en el país, dan a esa clase y a su política el *predominio* en el gobierno, es decir, una excelente base para trabajar.

En efecto. En el Congreso campesino de toda Rusia, los eseristas han reinado casi por completo. En el Congreso de diputados obreros y soldados de toda Rusia, la inmensa mayoría ha apoyado al bloque de los eseristas y mencheviques. Lo mismo ha ocurrido en las elecciones a las dumas distritales de Petrogrado. El hecho está claro: los eseristas y los mencheviques son hoy el partido gobernante. ¡¡Y este partido gobernante cede voluntariamente el poder (la mayoría en el gobierno) al *partido de los Cavaignac*!!

Cebo haya en el palomar, que palomas no faltarán. Haya una pequeña burguesía inestable, vacilante y temerosa del desarrollo de la revolución, que el surgimiento de los Cavaignac estará asegurado.

En Rusia hay ahora muchas cosas que diferencian nuestra revolución de la revolución francesa de 1848: la guerra imperialista, la vecindad de países más avanzados (y no más atrasados, como le ocurrió entonces a Francia), el movimiento agrario y el movimiento nacional. Pero todo eso puede cambiar únicamente la forma de acción de los Cavaignac, el momento, los pretextos aparentes, etc. No puede cambiar la esencia de la cuestión, pues la esencia radica en las *relaciones entre las clases*.

De palabra, también Luis Blanc estaba tan lejos de Cavaignac como el cielo de la tierra. Luis Blanc hizo igualmente innumerables promesas de "luchar en las mismas filas" al lado de los obreros revolucionarios para combatir a los contrarrevolucionarios burgueses. Y, sin embargo, ningún historiador marxista, ningún socialista, se atreverá a poner en duda que precisamente la debilidad y las vacilaciones de los Luis Blanc y su confianza en la burguesía engendraron a Cavaignac y aseguraron su éxito.

De la firmeza, la vigilancia y la fuerza de los obreros revolucionarios de Rusia depende exclusivamente la victoria o la derrota de los Cavaignac rusos, engendrados inevitablemente por el carácter contrarrevolucionario de la burguesía rusa, con los demócratas-constitucionalistas a la cabeza, y por la inestabilidad, la pusilanimidad y las vacilaciones de los partidos pequeñoburgueses de los eseristas y mencheviques.

"Pravda", núm. 83, 29 (16) de junio de 1917.
T. 32, págs. 343-436.

DESPLAZAMIENTO DE CLASES

Toda revolución, si es una verdadera revolución, implica un desplazamiento de clases. Y por eso, el modo mejor de esclarecer la conciencia de las masas -y de luchar para impedir que sean engañadas en nombre de la revolución- consiste en analizar qué desplazamiento de clases se ha producido y se está produciendo en la presente revolución.

De 1904 a 1916 se perfiló con singular relieve la correlación de clases en Rusia en los últimos años del zarismo. Un puñado de terratenientes partidarios de la servidumbre, encabezado por Nicolás I ocupaba el poder en estrechísima alianza con los magnates del capital financiero, que obtenían ganancias inauditas en Europa y en provecho de los cuales se firmaron los expoliadores tratados de política exterior.

La burguesía liberal, encabezada por los demócratas-constitucionalistas, estaba en la oposición. Temiendo al pueblo más que a la reacción, se acercaba al poder mediante la conciliación con la monarquía.

El pueblo, es decir, los obreros y los campesinos, cuyos líderes se veían obligados a luchar en la clandestinidad, era revolucionario y constituía la "democracia revolucionaria", proletaria y pequeñoburguesa.

La revolución del 27 de febrero de 1917 barrió la monarquía y llevó al poder a la burguesía liberal. Esta última, de completo acuerdo con los imperialistas anglo-franceses, quería un pequeño golpe de Estado palaciego. No deseaba en modo alguno ir más allá de una monarquía constitucional estamental. Y cuando la revolución fue de verdad más allá, cuando suprimió por completo la monarquía y creó los Soviets (de diputados obreros, soldados y campesinos), la burguesía liberal se hizo enteramente contrarrevolucionaria.

Hoy, cuatro meses después de la revolución, es tan claro como la luz del día el carácter contrarrevolucionario de los demócratas-constitucionalistas, el partido principal de la burguesía liberal. Todos lo ven. Todos tienen que reconocerlo. Pero no todos, ni mucho menos, están dispuestos a mirar cara a cara esta verdad y reflexionar sobre su significado.

Rusia es hoy una república democrática gobernada por un acuerdo voluntario de *partidos políticos*, que hacen libremente agitación entre el pueblo. Los cuatro meses transcurridos desde el 27 de febrero han agrupado y dado forma a todos los partidos más o menos importantes, los han dado a conocer en las elecciones (a los Soviets y a las instituciones locales) y han puesto de manifiesto sus vínculos con las distintas clases.

En Rusia se encuentra hoy en el poder la burguesía contrarrevolucionaria, con relación a la cual la democracia pequeñoburguesa -exactamente, los partidos eserista y menchevique- desempeña el papel de "oposición de Su Majestad"[198]. La esencia de la política de estos partidos consiste *en la conciliación* con la burguesía contrarrevolucionaria. La democracia pequeñoburguesa va subiendo al poder, llenando primero las instituciones locales (de la misma manera que los liberales, bajo el zarismo, conquistaron primeramente los zemstvos[199]). Esta democracia pequeñoburguesa quiere *compartir el poder* con la burguesía, pero no derrocarla, exactamente igual que los demócratas-constitucionalistas querían compartir el poder con la monarquía, pero no derrocarla. Y la conciliación de la democracia pequeñoburguesa (eseristas y mencheviques) con los demócratas-constitucionalistas tiene su origen en la profunda afinidad de clase de los burgueses pequeños y grandes, de la misma manera que la afinidad de clase del capitalista y del terrateniente que vive en el siglo XX les obligó a abrazarse alrededor del "idolatrado" monarca.

Ha cambiado la *forma* de la conciliación. En la monarquía era burda: el zar dejaba entrar al demócrata-constitucionalista sólo en la antesala de la Duma de Estado. En la república democrática, la conciliación se ha hecho más refinada, al estilo europeo: se permite a los pequeños burgueses formar una minoría inofensiva y desempeñar papeles inofensivos (para el capital) en el ministerio.

Los demócratas-constitucionalista ocuparon el lugar de la monarquía. Los Tsereteli y los Chernov han ocupado el lugar de los demócratas-constitucionalistas. La democracia proletaria ha ocupado el lugar de la democracia *verdaderamente* revolucionaria.

La guerra imperialista ha acelerado en grado extraordinario todo el desarrollo. Sin ella, los eseristas y los mencheviques podrían pasarse decenas

de años suspirando por cargos ministeriales. Pero la propia guerra sigue acelerando el desarrollo, pues *plantea* los problemas de una manera revolucionaria, y no reformista.

Los partidos eserista y menchevique podrían, de acuerdo con la burguesía, dar a Rusia no pocas reformas. Pero la situación objetiva en la política mundial es revolucionaria y con reformas *no se saldrá* de ella.

La guerra imperialista atormenta a los pueblos y amenaza con aniquilarlos. La democracia pequeñoburguesa quizá esté en condiciones de aplazar el desastre, aunque no por mucho tiempo. Sólo el proletariado revolucionario puede salvar del desastre.

"Pravda", núm. 92, 10 de julio (27 de junio) de 1917.

T. 32, págs. 384-386.

¡TODO EL PODER A LOS SOVIETS!

"Echa a la naturaleza por la puerta y entrará por la ventalla..." Como se ve, los partidos gobernantes eserista y menchevique se ven obligados a "aprender" una y otra vez, por experiencia propia, esta simple verdad. Quisieron ser "demócratas revolucionarios", se han encontrado en la situación de los demócratas revolucionarios y ahora deben sacar las conclusiones obligatorias para todo demócrata revolucionario.

La democracia es la dominación de la mayoría. Mientras la voluntad de la mayoría seguía sin aclarar, mientras se pudo afirmar -por lo menos con ciertos visos de verosimilitud- que no estaba clara, se dio al pueblo un gobierno de burgueses contrarrevolucionarios bajo el rótulo de gobierno "democrático". Pero esta dilación no podía ser larga. En los pocos meses transcurridos desde el 27 de febrero, la voluntad de la mayoría de los obreros y los campesinos, de la inmensa mayoría de la población del país, se ha aclarado, y no sólo en forma general. Esta voluntad se ha visto expresada en las organizaciones de masas: en los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos.

¿Cómo es posible, entonces, oponerse a que todo el poder del Estado pase a estos Soviets? ¡Eso no es otra cosa que abjurar de la democracia! Eso significa, ni más ni menos, imponer al pueblo un gobierno que, *sin lugar a dudas*, no puede surgir ni sostenerse por vía *democrática*, es decir, por medio de elecciones auténticamente libres, en las que participe de verdad todo el pueblo.

El hecho está ahí, por extraño que parezca a simple vista: ¡los eseristas y los mencheviques *han olvidado* precisamente esta verdad, simple, evidente y palpable en grado superlativo! Su posición es tan falsa, y les ha enredado y embrollado tanto, que no pueden "atrapar" esta verdad, perdida por ellos. Después de las elecciones en Petrogrado y en Moscú, después de la convocación del Soviet de campesinos de toda Rusia y después del Congreso de los Soviets, las clases y los partidos se han definido con tal claridad, precisión y evidencia en toda Rusia que la gente no puede, en verdad, equivocarse a este respecto, a no ser que se haya vuelto loca o haya caído en una situación premeditadamente embrollada.

Soportar a los ministros demócratas-constitucionalistas o al gobierno demócrata-constitucionalista o la política demócrata-constitucionalista significa lanzar un reto a la democracia y al espíritu democrático. Ahí está el origen de las crisis políticas producidas después del 27 de febrero; ahí está el origen de la inestabilidad y las vacilaciones de nuestro sistema de gobierno. A cada paso, cada día e incluso cada hora, se apela al revolucionarismo del pueblo y a su espíritu democrático en nombre de instituciones estatales y de congresos del mayor prestigio. Pero, al mismo tiempo, la política general del gobierno, especialmente su política exterior y, sobre todo, su política económica, constituyen un abandono del espíritu revolucionario y una trasgresión de la democracia.

Estas cosas no pueden tolerarse.

Las manifestaciones de inestabilidad de semejante situación, por un motivo o por otro, son inevitables. Y empecinarse no es una política muy inteligente. Aunque a empujones y a saltos, los acontecimientos se desarrollan de tal manera que se hará realidad el paso del poder a los Soviets, proclamado hace mucho por nuestro partido.

"Pravda", núm. 99, 18 (5) de julio d 1917.
T. 32, págs. 408-409.

TRES CRISIS.

Cuanto mayor sea la furia con que en estos días se lancen calumnias y mentiras contra los bolcheviques, tanto más serenamente debemos nosotros, refutando esas mentiras y esas calumnias, profundizar en la concatenación histórica de los acontecimientos y en la significación política, *es decir, en la significación clasista*, de la actual marcha de la revolución.

Para refutar esas mentiras y esas calumnias basta con que nos remitamos una vez más a *Listok "Pravdi"*[200] del 6 de julio y con qué fijemos de modo especial la atención de los lectores en el artículo que publicamos más abajo, en el que se prueba documentalmente que el 2 de julio (según confesión del órgano del partido de los socialistas-revolucionarios) los bolcheviques hicieron campaña *en contra* del movimiento que se proyectaba; que el 3 de julio se desbordó la indignación de las masas y empezó el movimiento, a despecho de nuestros consejos; que el 4 de julio, en una proclama (que reproduce el mismo periódico de los eseristas *Dielo Naroda*), hicimos un llamamiento a favor de una manifestación *pacífica y organizada*, y que en la noche de aquel mismo día tomamos la decisión de poner fin a la manifestación. ¡Calumniad, calumniadores! ¡Por mucho que calumniéis, no conseguiréis refutar estos hechos ni el significado decisivo que tienen en su concatenación!

Y con esto pasemos al problema de la conexión histórica de los acontecimientos. Cuando, ya en los primeros días de abril, nos declaramos contrarios a todo lo que significase apoyo al Gobierno Provisional, fuimos atacados por los eseristas y mencheviques. ¿Y qué ha venido a demostrar la realidad?

¿Qué han venido a demostrar las tres crisis políticas, la del 20 y 21 de abril, la del 10 y 18 de junio y la del 3 y 4 de julio?

Han venido a demostrar, en primer lugar, el creciente descontento de las masas con la política burguesa seguida por la mayoría burguesa del Gobierno Provisional.

No deja de ser interesante consignar que en su número del 6 de julio, el órgano del partido gobernante de los eseristas, *Dielo Naroda*, a pesar de toda su hostilidad hacia los bolcheviques, se ve obligado a confesar que el movimiento del 3 y 4 de julio obedece a causas económicas y políticas profundas. La necia, torpe y vil mentira de que ese movimiento fue provocado artificialmente, de que los bolcheviques hicieron campaña *a favor* de esa acción, va haciéndose más y más evidente a medida que el tiempo.

La causa general, la fuente general, la raíz profunda general de las tres crisis políticas mencionadas es evidente, sobre todo para quien las enfoque en su concatenación, como manda la ciencia que se enfoque la política. Es absurdo pensar que tres crisis como ésas hayan podido ser provocadas deliberadamente.

En segundo lugar, es muy instructivo tratar de ver qué tienen de común esas tres crisis y cuál es la característica de cada una de ellas.

Las tres tienen de común el descontento irrefrenable de las masas, su indignación contra la burguesía y *su* gobierno. Quien olvida o silencia o empequeñece *este punto cardinal*, reniega de las verdades elementales expresadas por el socialismo acerca de la lucha de clases.

La lucha de clases en la revolución rusa: he ahí acerca de lo cual deben meditar los que se llaman a sí mismos socialistas y que algo saben de cómo se desarrolló la lucha de clases en las revoluciones europeas.

La característica peculiar de cada una de estas tres crisis es su forma de manifestarse: la primera crisis (20 y 21 de abril) se manifiesta de un modo turbulento y espontáneo, sin la menor organización, que culminó en el tiroteo de las centurias negras contra los manifestantes y desencadenó contra los bolcheviques una campaña de acusaciones mentirosas y absurdas. A la explosión sigue una crisis política.

En el segundo caso: la organización por los bolcheviques de una manifestación que suspenden después del amenazador ultimátum y de la prohibición categórica del Congreso de los Soviets, y la manifestación en común del 18 de junio que dio una evidente preponderancia a las consignas bolcheviques. Según confesión de los propios eseristas y mencheviques, en la noche del 18 de junio, habría estallado de seguro la crisis política, si la ofensiva desencadenada en el frente no la hubiese contenido.

La tercera crisis se desencadena espontáneamente el 3 de julio, a pesar de los esfuerzos hechos el día 2 por los bolcheviques para contenerla y, después de alcanzar su punto máximo el día 4, conduce en los

días 5 y 6 al apogeo de la contrarrevolución. Las vacilaciones de los eseristas y mencheviques se manifiestan en el hecho de que Spiridónova y muchos otros eseristas se expresan a favor de la entrega del poder a los Soviets, y en el mismo sentido se pronuncian también los mencheviques internacionalistas, que hasta ese momento se habían declarado contrarios a ello.

Finalmente, la última -y acaso la más instructiva- conclusión que se deriva del estudio de los acontecimientos, enfocados en su conexión, consiste en que *las tres* crisis vienen a revelarnos una forma, nueva en la historia de nuestra revolución, de manifestaciones de un tipo más complejo, de movimiento por oleadas que ascienden velozmente y descienden de un modo súbito, que avivan la revolución y la contrarrevolución y "barren", por un período más o menos largo, a los elementos medios.

Por su forma, el movimiento tiene en las tres crisis el carácter de una *manifestación*. Una manifestación antigubernamental sería, formalmente, la descripción más exacta de los acontecimientos. Pero, y ahí está el quid, no se trata de una manifestación corriente. Trátase de algo que representa bastante más que una manifestación y menos que una revolución. Es un estallido *simultáneo* de la revolución y de la contrarrevolución, es una oleada violenta y a veces casi súbita, que "barre" a los elementos medios y al mismo tiempo coloca en primer plano de manera turbulenta a los elementos proletarios y burgueses.

A este respecto, es muy característico que todos los elementos medios acusen por *cada uno* de esos movimientos a las *dos* fuerzas concretas de clase: al proletariado y a la burguesía. No tenemos más que fijarnos en los eseristas y en los mencheviques: desaforados, gritan con toda la fuerza de sus pulmones que los bolcheviques, con sus extremismos, no hacen más que dar alas a la contrarrevolución, al mismo tiempo que confiesan, una y otra vez, que los demócratas-constitucionalistas (con quienes forman bloque en el gobierno) son contrarrevolucionarios. "Es necesario -escribía ayer *Dielo Naroda*- que tracemos una profunda divisoria entre nosotros y todos los elementos de derecha incluyendo al belicoso *Edinstvo* (con el que, añadimos nosotros, los eseristas formaron un bloque en las elecciones): tal es nuestra tarea más apremiante".

Compárese esto con *Edinstvo* de hoy (7 de julio), en que Plejánov se ve obligado a reconocer, en el editorial, el hecho indiscutible de que los Soviets (es decir, los eseristas y los mencheviques) se han tomado "dos semanas para reflexionar", y de que el paso del poder a los Soviets "equivaldría a un triunfo de los leninistas". "Si los demócratas-constitucionalistas no se atienen a la regla: cuanto peor, tanto mejor... -escribe Plejánov-, ellos mismos tendrán que reconocer que han cometido un grave error" (al salir del gobierno), "allanando de ese modo el camino a los leninistas".

¿No es esto elocuente? ¡¡Los elementos medios acusando a los demócratas-constitucionalistas de allanar el camino a los bolcheviques, y a los bolcheviques de hacer el juego a los demócratas-constitucionalistas!! ¿Tan difícil es comprender que no hay más que cambiar los nombres políticos por las denominaciones de clase para ver proyectarse ante nuestros ojos los sueños de la pequeña burguesía de que desaparezca la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado? ¿Las lamentaciones de los pequeños burgueses acerca de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado? ¿Tan difícil es comprender que ningún partido bolchevique del mundo sería capaz de "provocar" un "movimiento popular", y mucho menos tres, si no concurrieran causas económicas y políticas muy profundas que se encargan de poner en acción al proletariado? ¿Y que todos los demócratas-constitucionalistas y monárquicos juntos serían incapaces de provocar ni un solo movimiento "derechista" si no se diesen causas no menos profundas, que vienen a engendrar la posición contrarrevolucionaria de la burguesía como clase?

Al tratarse del movimiento de los días 20 y 21 de abril se nos acusó, a nosotros y a los demócratas-constitucionalistas, de obstinación, de extremismo, de exacerbar los ánimos, llegando hasta el colmo de acusar a los bolcheviques (por disparatado que ello parezca) de haber provocado el tiroteo en la Avenida Nevski; y cuando el movimiento tocó a su fin, esos mismos eseristas y mencheviques escribieron en las columnas de su órgano fusionado y oficial, *Izvestia*, que el "movimiento popular" "había barrido a los imperialistas de Miliukov y otros", es decir, ¡¡*glorificaban* el movimiento!! ¿No es esto elocuente? ¿No revela bien a las claras que la pequeña burguesía no comprende el mecanismo, la esencia, de la lucha de clase del proletariado contra la burguesía?

La situación objetiva es ésta: la inmensa mayoría de la población es, por su modo de vivir y sobre todo por su ideología, pequeñoburguesa. Pero en nuestro país reina, a través principalmente de los bancos y los consorcios, el gran capital. En nuestro país hay un proletariado urbano lo suficientemente desarrollado para adoptar un camino propio, pero que todavía no es capaz de atraerse inmediatamente para su causa a la mayoría de los semiproletarios. De este hecho fundamental, clasista, se desprenden la inevitabilidad de crisis como estas tres que estamos analizando y sus formas.

Claro está que en el futuro las formas de las crisis podrán variar, pero su sustancia no variará, aun cuando, por ejemplo, en octubre empiece a funcionar una Asamblea Constituyente eserista. Los eseristas

han prometido a los campesinos: 1) la abolición de la propiedad privada de la tierra; 2) la entrega de la tierra a los trabajadores; 3) la confiscación de las tierras de los latifundistas y su entrega a los campesinos sin indemnización. La realización de estas gigantescas transformaciones es absolutamente imposible sin adoptar las medidas revolucionarias más decididas contra la burguesía, medidas que *únicamente* podrán realizarse mediante la alianza de los campesinos pobre con el proletariado, *únicamente* decretando la nacionalización de los bancos y los consorcios.

Los confiados campesinos, que han creído y creen, hasta cierto tiempo, que es posible conseguir esas cosas tan hermosas pactando con la burguesía, se sentirán inevitablemente desengañados y... "descontentos" (para emplear una expresión suave) de la aguda lucha de clase del proletariado contra la burguesía por la realización efectiva de las promesas eseristas. Así fue y así será.

Escrito el 7 (20) de julio de 1917. Publicado el 19 de julio de 1917 en el núm. 7 de la revista "Rabótnitsa".

T. 32, págs. 428-432.

¿DEBEN LOS DIRIGENTES BOLCHEVIQUES COMPARECER ANTE LOS TRIBUNALES?

A juzgar por las conversaciones privadas, existen dos opiniones sobre esta cuestión.

Los camaradas que se dejan influenciar por la "atmósfera de los Soviets" se inclinan a menudo por la comparecencia.

Otros, más ligados a las masas obreras, se inclinan, al parecer, por la no comparecencia.

Desde el punto de vista de los principios, la cuestión se reduce más que nada a aquilatar lo que se ha convenido en llamar ilusiones constitucionalistas.

Si se considera que en Rusia existe y es posible un gobierno normal, una justicia normal y que es probable la convocatoria de la Asamblea Constituyente, en ese caso se puede llegar a la conclusión a favor de la comparecencia.

Pero semejante opinión es errónea hasta la médula. Precisamente los últimos acontecimientos, después del 4 de julio, han demostrado del modo más palpable que la convocatoria de la Asamblea Constituyente es improbable (sin una nueva revolución), que no existe ni puede haber (ahora) en Rusia un gobierno normal ni una justicia normal.

Los tribunales son un órgano de poder. Lo olvidan a veces los liberales. Para un marxista, olvidar esto es un pecado.

¿Y dónde está el poder? ¿Quién lo ejerce?

No tenemos gobierno. El gobierno cambia cada día. Es inoperante.

Actúa la dictadura militar. En este caso es ridículo hablar de "juicio". No se trata de "juicio", sino de un *episodio de la guerra civil*. Esto es lo que, por desgracia, no quieren comprender los partidarios de la comparecencia ante los tribunales.

¡¡Perevérzev y Aléxinski son los promotores del "proceso"!! ¿No es ridículo hablar aquí de juicio? ¿No es ingenuo pensar que cualquier tribunal, en estas condiciones, pueda analizar, establecer, examinar algo?

El poder está en manos de una dictadura militar, y sin una nueva revolución, este poder puede sólo consolidarse por un cierto tiempo, mientras dure la guerra por lo menos.

"Yo no hice nada ilegal. El tribunal es justo. El tribunal aclarará. El juicio será público. El pueblo comprenderá. Compareceré".

Este razonamiento es de una ingenuidad pueril. Lo que el *poder necesita* no es un proceso judicial, sino la represión de los internacionalistas. Encerrarlos y tenerlos presos: eso es lo que precisan los señores Kerenski y Cía. Así fue (en Inglaterra y Francia) y así será (en Rusia).

¡Que los internacionalistas trabajen ilegalmente en la medida de sus fuerzas, pero que no cometan la tontería de una comparecencia voluntaria!

Escrito el 8 (21) de julio de 1917. Publicado por vez primera en 1925 en el núm. 1 de la revista "Proletárskaya Revoliutsia".

T. 32, págs. 433-434.

NOTAS

1 *Comisión Socialista Internacional* (*ISK - Internationale Sozialistische Kommission*) de Berna: órgano ejecutivo de la Unión zimmerwaldiana, constituido en la Conferencia Socialista Internacional que se celebró del 5 al 8 de septiembre en Zimmerwald.

Poco después de la Conferencia de Zimmerwald se formó una Comisión Socialista Internacional ampliada, integrada por representantes de todos los partidos que se adhirieron a los acuerdos de la Conferencia de Zimmerwald.

El órgano de la ISK era el *Boletín*, que se editó en alemán, francés e inglés de septiembre de 1915 a enero de 1917. Aparecieron 6 números.

En el núm. 3 del *Boletín de la ISK* (febrero de 1916) se publican las tesis del grupo La Internacional, que fijaron la posición de los socialdemócratas de izquierda alemanes en los problemas más importantes de la teoría y la política durante la primera guerra mundial.

2 Grupo *La Internacional*: organización revolucionaria de los socialdemócratas de izquierda alemanes; se formó en enero de 1916 y la encabezaban C. Liebknecht, R. Luxemburgo, F. Mehring, C. Zetkin y otros. En abril de 1915 R. Luxemburgo y F. Mehring fundaron la revista *Die Internationale*, en torno a la cual se cohesionó el grupo fundamental de socialdemócratas de izquierda de Alemania. A partir de 1916, el grupo La Internacional, además de las proclamas políticas que lanzaba en 1915, empezó a editar y difundir clandestinamente las *Cartas políticas* con la firma de *Espartaco* (aparecieron regularmente hasta octubre de 1918) y pasó a llamarse Grupo Espartaco. Los espartaquistas hacían propaganda revolucionaria entre las masas, organizaban grandes manifestaciones contra la guerra, dirigían las huelgas y denunciaban el carácter imperialista de la guerra mundial y la traición de los líderes oportunistas de la socialdemocracia. Pero los espartaquistas cometieron graves errores en los problemas de la teoría y la política. Lenin criticó reiteradamente los errores de los socialdemócratas de izquierda alemanes.

En noviembre de 1918, en el curso de la revolución en Alemania, los componentes del grupo formaron la Liga Espartaco y en el Congreso Constituyente, celebrado del 30 de diciembre de 1918 al 1 de enero de 1919, fundaron el Partido Comunista de Alemania.

3 "*Vorwärts*" ("Adelante"): diario, órgano central del Partido Socialdemócrata Alemán; apareció en Berlín desde 1891 hasta 1933. Engels combatió desde sus páginas toda manifestación de oportunismo. A partir de la segunda mitad de los años 90, después de la muerte de Engels, la redacción de *Vorwärts* se vio en manos del ala derecha del partido y publicó regularmente artículos de los oportunistas.

Durante la guerra imperialista mundial de 1914-1918, *Vorwärts* mantuvo una posición socialchovinista.

4 "*Bremer Bürger-Zeitung*" ("La Gaceta Civil de Bremen"): diario socialdemócrata; se publicó en Bremen desde 1890 hasta 1919.

5 "*Volksfreund*" ("El Amigo del Pueblo"): diario socialdemócrata; fundado en 1871, en Brunswick.

6 *Socialistas Internacionalistas de Alemania* (ISD, Internationale Sozialisten Deutschlands): grupo de socialdemócratas de izquierda alemanes que se reunieron en los años de la guerra imperialista mundial en torno a la revista *Lichtstrahlen* ("Rayos de Luz"). Los Socialistas Internacionalistas de Alemania junto con el grupo La Internacional constituían la oposición izquierdista en el seno del Partido Socialdemócrata Alemán. Los ISD combatían la guerra y el oportunismo. El grupo no tenía amplios vínculos con las masas y no tardó en disolverse.

7 *La Guerra de los Siete Años* (1756-1763): guerra europea provocada por las apetencias anexionistas de las potencias absolutistas feudales y la rivalidad colonial de Francia e Inglaterra. Aliada a Prusia, Inglaterra luchó contra la coalición de Austria, Francia, Rusia, Sajonia y Suecia. Como resultado de la guerra, Francia vióse obligada a ceder a Inglaterra sus colonias más importantes (Canadá, las posesiones en las Indias Orientales, etc.); Prusia, Austria y Sajonia conservaron las fronteras de preguerra.

8 Se tiene en cuenta la guerra por la independencia de las colonias norteamericanas de Inglaterra (1775-1783). El levantamiento de las colonias norteamericanas contra la dominación inglesa, motivado por el anhelo de independencia de la nación burguesa norteamericana en proceso de formación y por su deseo de destruir las barreras que obstaculizaban el desarrollo del capitalismo, tuvo el carácter de una revolución burguesa. Como resultado de la victoria de los norteamericanos se formó un Estado burgués independiente: los Estados Unidos de América.

9 *CO (Comité de Organización)*: centro dirigente de los mencheviques constituido en 1912. En los años

de la primera guerra mundial, el CO mantuvo la posición del socialchovinismo, justificaba la guerra por parte del zarismo y predicaba las ideas del nacionalismo y el chovinismo. El CO funcionó hasta la elección del CC del partido menchevique en agosto de 1917. Además del CO que actuaba en Rusia, existía el Secretariado del CO en el Extranjero, que ocupaba una posición próxima al centrismo y, encubriéndose con una fraseología internacionalista, de hecho apoyaba a los socialchovinistas rusos.

10 *Jacobinos*: durante la revolución burguesa en Francia de fines del siglo XVIII, representantes del ala izquierda de la burguesía francesa que defendían con la mayor decisión y consecuencia la necesidad de acabar con el absolutismo y el feudalismo.

11 Se tiene en cuenta la Comuna de París de 1871, primera experiencia conocida en la historia de dictadura del proletariado, de gobierno revolucionario de la clase obrera. Este gobierno fue creado por la revolución proletaria en París y existió 72 días: desde el 18 de marzo hasta el 28 de mayo de 1871.

12 Véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. II, pág. 254.

13 Grupo *Priziv*: creado por los mencheviques y eseristas en septiembre de 1915, sostenía posiciones en extremo socialchovinistas. Editó el periódico Priziv ("Llamamiento"), que apareció en París desde octubre de 1915 hasta marzo de 1917.

14 *Mencheviques*: partidarios de la corriente oportunista de la socialdemocracia rusa. En las elecciones de los organismos centrales del partido, en el II Congreso del POSDR, celebrado en 1903, los socialdemócratas revolucionarios, encabezados por Lenin, obtuvieron la mayoría ("bolshinstvó", y de ahí su denominación de "bolcheviques"), y los oportunistas quedaron en minoría ("menshinstvó", y de ahí su denominación de "mencheviques"). Durante la revolución de 1905-1907, los mencheviques se pronunciaron contra la hegemonía del proletariado en la revolución y contra la alianza de la clase obrera y los campesinos, exigiendo un entendimiento con la burguesía liberal. Durante la reacción que siguió a la derrota de la revolución de 1905-1907, la mayoría de los mencheviques reclamó la liquidación del partido revolucionario ilegal de la clase obrera, por lo que les llamaron liquidadores. En los años de la primera guerra mundial de 1914-1918, los mencheviques mantuvieron una posición socialchovinista. Después del triunfo de la Revolución democrática burguesa de febrero de 1917, los mencheviques entraron junto con los eseristas en el Gobierno Provisional burgués, apoyaron su política imperialista e impugnaron la revolución socialista que se avecinaba.

Al triunfar la Revolución Socialista de Octubre, los mencheviques se convirtieron en un partido abiertamente contrarrevolucionario, organizador y participante de complots y levantamientos encaminados a derrocar el Poder soviético.

15 *El grupo de izquierda de Zimmerwald* se organizó por iniciativa de Lenin en la Conferencia Socialista Internacional, celebrada en septiembre de 1915 en Zimmerwald. Unía a 8 delegados representantes del CC del POSDR y de los socialdemócratas de izquierda de Suecia, Noruega, Suiza, Alemania, de la oposición socialdemócrata polaca y de los socialdemócratas de Letonia. El grupo de izquierda de Zimmerwald, encabezado por Lenin, luchó contra la mayoría centrista de la conferencia. La izquierda de Zimmerwald editaba en alemán su órgano de prensa, la revista *Vorbote* ("El Precursor"), en el que se publicaron varios artículos de Lenin.

En el grupo de izquierda de Zimmerwald la fuerza rectora eran los bolcheviques, que ocupaban la única posición consecuente e internacionalista hasta el fin. En torno a la izquierda de Zimmerwald empezaron a unirse los elementos internacionalistas de la socialdemocracia internacional.

16 "*Sotsial-Demokrat*" ("El Socialdemócrata"): periódico ilegal, órgano central del POSDR; se publicó desde febrero de 1908 hasta enero de 1917, primero en París y luego en Ginebra. Aparecieron 58 números. Lenin redactó *Sotsial-Demokrat* desde diciembre de 1911.

17 Lenin se refiere al periódico *Gazeta Robotnicza*, editado de julio de 1911 a febrero de 1916 en Cracovia por el comité opositor de Varsovia. *Gazeta Robotnicza* estaba adherida a la izquierda de Zimmerwald. En el problema de la guerra ocupaba una posición internacionalista, pero en varias cuestiones importantes (ruptura orgánica con los centristas, actitud ante las exigencias del programa mínimo durante la guerra) vacilaba hacia el centrismo. En el problema nacional, la redacción de *Gazeta Robotnicza* impugnaba el derecho de las naciones a la autodeterminación.

Aquí se trata de las tesis escritas por Lenin *La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación* y de las tesis *Sobre el imperialismo y la opresión nacional* de la redacción de *Gazeta Robotnicza*.

18 "*Die Neue Zeit*" ("Tiempos Nuevos"): revista teórica del Partido Socialdemócrata Alemán; apareció en Stuttgart desde 1883 hasta 1923.

19 PSP: Partido Socialista Polaco (Polska Partia Socjalistyczna): partido reformista y nacionalista fundado en 1892. El PSP hacía propaganda nacionalista y separatista entre los obreros polacos y pretendía apartarlos de la lucha al lado de los obreros rusos contra la autocracia y el capitalismo. A lo largo de toda la historia del PSP y bajo la presión de los obreros de base, en el seno del partido surgieron grupos izquierdistas. Algunos se adhirieron posteriormente al ala revolucionaria del movimiento obrero polaco.

En 1906, el PSP se escindió en PSP izquierdista y PSP derechista ("fracción revolucionaria" o "fraquistas"), que continuó la política nacionalista del PSP. Durante la guerra imperialista mundial de 1914-1918 y posteriormente los "fraquistas" siguieron una política nacionalchovinista.

20 La polémica en torno al problema nacional, desplegada en el *Die Neue Zeit* en vísperas del Congreso de Londres de la II Internacional, se

inició con un artículo de R. Luxemburgo. El artículo iba dirigido contra la política nacionalista de los líderes del Partido Socialista Polaco (PSP), que, al socaire de la lucha por la independencia de Polonia, hacían propaganda nacionalista y separatista entre los obreros polacos y pretendían apartarlos de la lucha conjunta con el proletariado ruso contra el zarismo y el capitalismo. R. Luxemburgo consideraba que los socialistas polacos no debían exigir la independencia de Polonia. Por ello rechazaba la reivindicación del derecho de las naciones a la autodeterminación.

Contra el punto de vista de R. Luxemburgo intervino en la polémica S. Hecker, en nombre de los "Independistas" -el ala derecha del PSP-, defendiendo la posición nacionalista de los líderes del PSP e insistiendo en que la Internacional reconociera en su programa la reivindicación de la independencia de Polonia.

El tercer punto de vista lo formuló C. Kautsky quien aceptaba la tesis de R. Luxemburgo de que únicamente el triunfo de la democracia en Rusia llevaría a la liberación nacional de Polonia, pero al mismo tiempo se oponía terminantemente a su tesis de que los socialdemócratas polacos no debían plantear la reivindicación de la independencia de Polonia.

El Congreso Socialista Internacional de 1896 en Londres aprobó la resolución *Acciones políticas de la clase obrera* en la que se reconocía francamente el pleno derecho a la autodeterminación de todas las naciones y se exhortaba a los obreros a la unidad internacional de su lucha de clase.

21 En 1903, durante la preparación del II Congreso del POSD R y en el mismo congreso, se desplegó una polémica acerca de la reivindicación del derecho de las naciones a la autodeterminación con motivo de la discusión del proyecto de programa del POSDR. Los socialdemócratas polacos, considerando que esta reivindicación hacía el juego a los nacionalistas polacos, propusieron sustituirla por la de autonomía nacional cultural. Esta era también la posición de los bundistas. El congreso rechazó el punto de vista de los socialdemócratas polacos y los bundistas, aprobó un punto sobre la autodeterminación de las naciones y el principio internacionalista en la estructuración del partido.

En los años 1913-1914, debido a] auge del movimiento de liberación nacional, por un lado, y al reforzamiento del chovinismo de gran potencia y del nacionalismo localista, por otro, brotó de nuevo la polémica sobre el problema nacional. Los mencheviques liquidadores, los bundistas y los oportunistas ucranios impugnaron el programa marxista en el problema nacional y la reivindicación del derecho de las naciones a la autodeterminación e incluso a la separación, oponiéndole la demanda nacionalista de una autonomía nacional cultural. R. Luxemburgo también tuvo una posición errónea en este problema.

22 *Proudhonismo*, corriente del socialismo pequeñoburgués hostil al marxismo, a la que se dio el nombre de su ideólogo, el anarquista francés Pedro José Proudhon. Proudhon criticaba duramente el capitalismo, pero no veía la salida en la destrucción del modo capitalista de producción que engendra ineluctablemente la miseria, la desigualdad y la explotación de los trabajadores, sino en "perfeccionar" el capitalismo y eliminar sus defectos y abusos mediante una serie de reformas. Proudhon soñaba con eternizar la pequeña propiedad privada, proponía organizar un "Banco del Pueblo" y un "Banco de Cambio", con ayuda de los cuales podrían los obreros, según él, adquirir medios de producción propios, hacerse artesanos y asegurar la venta "equitativa" de sus productos. No comprendía la misión histórica del proletariado, adoptaba una actitud negativa ante la lucha de clases, la revolución proletaria y la dictadura del proletariado y negaba con criterio anarquista la necesidad del Estado. Marx y Engels sostuvieron una lucha consecuente contra las tentativas de Proudhon de imponer sus concepciones a la I Internacional. La enérgica lucha de Marx, Engels y sus partidarios contra el proudhonismo en la I Internacional acabó con una victoria completa del marxismo.

23 *Octubristas*: miembros del partido del mismo nombre (o Unión del 17 de Octubre), formado en Rusia después de publicarse el manifiesto del zar del 17 de octubre de 1905 que prometía implantar las libertades constitucionales en Rusia. Era un partido contrarrevolucionario; representaba y defendía los intereses de la gran burguesía y de los terratenientes que explotaban su hacienda al estilo capitalista. Los octubristas apoyaban totalmente la política interior y exterior del gobierno zarista.

24 "*Economismo*": tendencia oportunista de la socialdemocracia rusa de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Los "economistas" limitaban las tareas de la clase obrera a la lucha económica por el aumento de los salarios, por la mejora de las condiciones de trabajo, etc., afirmando que la lucha política era cosa de la burguesía liberal. Negaban el papel dirigente del partido de la clase obrera y estimaban que el partido debe limitarse a contemplar el proceso espontáneo del movimiento y registrar los acontecimientos. Se prosternaban ante el movimiento obrero espontáneo, restaban importancia a la teoría revolucionaria y a la conciencia y afirmaban que la ideología socialista puede surgir del movimiento obrero espontáneo. Los "economistas" defendían la dispersión y el primitivismo del movimiento socialdemócrata, proclamándose contra la necesidad de crear un partido centralizado de la clase obrera.

25 Véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. III, pág. 23.

26 *Autonomía nacional cultural*: programa oportunista en el problema nacional formulado en los años 90 del siglo pasado por los socialdemócratas austriacos O. Bauer y C. Renner. Este programa rechazaba el derecho de las naciones a la autodeterminación e incluso a la separación; su esencia consistía en que en un país las personas de igual nacionalidad, independientemente de la parte del país donde vivan, forman una unión nacional autónoma a la que el Estado entrega por entero la administración

de las escuelas (escuelas aparte para los niños de distintas nacionalidades) y otras ramas de la instrucción y la cultura. De haberse realizado este programa habría conducido a un reforzamiento de la influencia del clero y de la ideología nacionalista reaccionaria en el seno de cada grupo nacional y habría dificultado la organización de la clase obrera profundizando la división de los obreros según el rasgo nacional.

27 "*Iskra*" ("La Chispa"): primer periódico marxista clandestino de toda Rusia. Lo fundó Lenin en diciembre de 1900 en el extranjero, de donde era enviado ilegalmente a Rusia. Iskra desempeñó un papel inmenso en la cohesión ideológica de los socialdemócratas rusos y en los preparativos para unificar en un partido marxista revolucionario las organizaciones socialdemócratas locales, que estaban dispersas. Después de la escisión del partido durante el II Congreso del POSDR (1903) en bolcheviques (revolucionarios consecuentes) y mencheviques (corriente oportunista), *Iskra* pasó a manos de los mencheviques (a partir del núm. 52, noviembre de 1903) y empezó a denominarse *nueva Iskra*, a diferencia de la *vieja Iskra* leninista. Los mencheviques convirtieron *Iskra* en un órgano de lucha contra el marxismo, contra el partido, en una tribuna del oportunismo.

28 Los utopistas Owen, Gray y Bray consideraban que se puede poner fin a las calamidades sociales del capitalismo conservando el modo capitalista de producción, modificando únicamente el sistema de cambio y aboliendo el dinero. Proponían crear mercados obreros en los que los productores canjeasen las mercancías mediante "bonos de trabajo".
Los bonos deberían corresponder a la cantidad de tiempo de trabajo invertido en la producción de la mercancía.

29 "*Berner Tagwacht*" ("El Centinela de Berna"): periódico, órgano del Partido Socialdemócrata Suizo; se publica desde 1893 en Berna.

30 Se alude a las resoluciones adoptadas en la Conferencia de Secciones Extranjeras del POSDR, que tuvo lugar del 27 de febrero al 4 de marzo de 1915 en Berna. La conferencia fue convocada por iniciativa de Lenin y tuvo la importancia de una conferencia nacional del partido ya que no era posible reunir durante la guerra un congreso o una conferencia nacional del POSDR.
Asistieron a la conferencia representantes del CC del POSDR, del periódico *Sotsial-Demokrat*, órgano central del POSDR, de la Organización Socialdemócrata Femenina y representantes de las secciones extranjeras del POSDR: de París, Zúrich, Berna, Lausana, Ginebra, Londres y del grupo baugiano (que debía su nombre al pueblecito de Baugy, Suiza).
Lenin dirigió toda la labor de la conferencia y presentó el informe sobre el punto principal del orden del día: la guerra y las tareas del partido. En las resoluciones adoptadas sobre el informe de Lenin, la Conferencia de Berna fijó las tareas y la táctica del Partido Bolchevique, en las condiciones de una guerra imperialista.

31 *Struvismo* o "marxismo legal": deformación liberal burguesa del marxismo que recibió su nombre de R. Struve, principal representante del "marxismo, legal" en Rusia.
El "marxismo legal" surgió, como corriente política y social entre la intelectualidad burguesa liberal de Rusia en los años 90 del siglo XIX. Los "marxistas legales", encabezados por Struve, intentaban utilizar el marxismo en interés de la burguesía. Lenin señaló que el struvismo toma del marxismo todo lo aceptable para la burguesía liberal y rechaza el alma viva del marxismo: su espíritu revolucionario, la doctrina acerca del inevitable hundimiento del capitalismo, acerca de la revolución proletaria y la dictadura del proletariado.

32 "*Die Glocke*" ("La Campana"): revista quincenal que editaba en Múnich y luego en Berlín (1915-1925) el socialchovinista alemán Parvus (Helphand).

33 Véase F. Engels. *El paneslavismo democrático*.

34 Véase F. Engels. *Publicaciones de los emigrados*, 1. Proclama polaca.

35 Véase F. Engels. *¿Qué le importa Polonia a la clase obrera?*

36 "Se denomina bonapartismo (palabra derivada de Bonaparte, apellido de dos emperadores franceses) a un gobierno que pretende aparecer al margen de los partidos, aprovechando la durísima lucha que sostienen entre sí los partidos de los capitalistas y de los obreros. Semejante gobierno, sirviendo de hecho a los capitalistas, es el que más engaña a los obreros con promesas y pequeñas limosnas" (Lenin).

37 *Lichtstrahlen* ("Rayos de Luz"): revista mensual, órgano del grupo de socialdemócratas de izquierda de Alemania. Se editó irregularmente desde 1913 hasta 1921 en Berlín.

38 Véase la nota 19.

39 "*Nashe Slovo*" ("Nuestra Palabra"): periódico menchevique. Se publicó en París desde enero de 1915 hasta septiembre de 1916.

40 *Demócratas-constitucionalistas*: afiliados al Partido Demócrata Constitucionalista, principal partido de la burguesía monárquica liberal de Rusia, que se fundó en octubre de 1905; lo integraban burgueses, terratenientes e intelectuales de la burguesía. Para embaucar a las masas trabajadoras se denominaron a sí mismos "partido de la libertad popular", pero, en realidad, no iban más allá de pedir una monarquía constitucional. Durante la primera guerra mundial, apoyaron activamente la rapaz política exterior del gobierno zarista. Durante la Revolución democrática burguesa de febrero de 1917 procuraron salvar la monarquía. Ocuparon los puestos rectores en el Gobierno Provisional burgués y aplicaron una política contrarrevolucionaria antipopular. Después de la Gran Revolución Socialista de Octubre de 1917 actuaron como enemigos irreconciliables del Poder soviético y participaron activamente en todas las acciones armadas contrarrevolucionarias y campañas de los intervencionistas.

41 "*Riech*" ("La Palabra"): diario, órgano central del Partido Demócrata Constitucionalista. Se publicó en

San Petersburgo desde 1906 hasta octubre de 1917.

42 "*Nash Golas*" ("Nuestra Voz"): periódico legal menchevique. Apareció en Samara en los años 1915 y 1916. Ocupó una posición socialchovinista.

43 El artículo *Sobre la caricatura del marxismo y el "economismo imperialista"* fue escrito en respuesta al artículo de P. Kíevski *El proletariado y "el derecho de las naciones a la autodeterminación" en la época del capital financiero.*

44 *Populismo*: corriente pequeñoburguesa en el movimiento revolucionario ruso, surgida en los años 60-70 del siglo XIX. Los populistas propugnaban el derrocamiento de la autocracia y la entrega de la tierra de los latifundistas a los campesinos. Se consideraban socialistas, pero su socialismo era utópico. Negaban la legitimidad del desarrollo de las relaciones capitalistas en Rusia y, de conformidad con ello, consideraban que la principal fuerza revolucionaria era el campesinado, y no el proletariado; veían en la comunidad rural un embrión de socialismo. Negaban asimismo el papel de las masas populares en el proceso histórico y afirmaban que la historia la hacen los grandes hombres, los "héroes", que ellos oponían a la multitud, inerte según el populismo. Deseosos de alzar a los campesinos a la lucha contra la autocracia, los populistas iban a las aldeas, "al pueblo" (y de ahí su denominación); pero no encontraron apoyo.

El populismo atravesó varias etapas, evolucionando de la democracia revolucionaria al liberalismo.

En los años 80-90, los populistas emprendieron el camino de la conciliación con el zarismo, expresaban los intereses de los campesinos ricos y combatían el marxismo.

45 El 6 (19) de agosto de 1905 se hicieron públicos el manifiesto del zar con la ley de institución de la Duma de Estado y el reglamento de las elecciones a ésta. La Duma fue denominada bulyguiniana por haber encargado el zar la redacción de su proyecto a A. Bulyguin, a la sazón ministro del Interior. Los bolcheviques exhortaron a los obreros y campesinos a boicotear activamente la Duma bulyguiniana concentrando toda la campaña de agitación en torno a las consignas: insurrección armada, ejército revolucionario y Gobierno Provisional revolucionario. Los bolcheviques aprovecharon la campaña de boicot a la Duma bulyguiniana para movilizar todas las fuerzas revolucionarias, para efectuar grandes huelgas políticas y preparar el levantamiento armado. Las elecciones a la Duma bulyguiniana no llegaron a celebrarse y el gobierno no consiguió reunirla; el auge creciente de la revolución y la huelga política de octubre en toda Rusia en 1905 barrieron la Duma.

46 *Otzovismo* (de la palabra "otozvat", revocar, retirar): corriente oportunista aparecida entre una parte de los bolcheviques después de la derrota de la revolución de 1905-1907. Encubriéndose con frases revolucionarias, los otzovistas exigían que se revocara a los diputados socialdemócratas de la III Duma de Estado y se dejara de trabajar en las organizaciones legales. Declarando que, dada la reacción, el partido debe realizar únicamente labor clandestina, los otzovistas se negaban a participar en la Duma, en los sindicatos obreros, en las cooperativas y en otras organizaciones legales y semilegales de masas; creían necesario concentrar todo el trabajo del partido en el seno de la organización ilegal. El *ultimatismo* era una variedad del otzovismo y se distinguía de éste sólo en la forma. Los ultimatistas proponían que se presentara un ultimátum a la fracción socialdemócrata de la Duma exigiendo la subordinación incondicional de la fracción a las decisiones del CC del partido y que, en caso de que no lo acataran, se retirase de la Duma a los diputados socialdemócratas.

47 *Duma de Estado*: institución representativa que el gobierno zarista se vio obligado a convocar como consecuencia de los acontecimientos revolucionarios de 1905. Formalmente, la Duma de Estado era un órgano legislativo; pero, en realidad, no tenía ningún poder efectivo. Las elecciones a la Duma de Estado eran indirectas, desiguales y restringidas. Los derechos electorales de las clases trabajadoras, así como de los pueblos alógenos de Rusia, estaban muy limitados, y gran parte de los obreros y campesinos carecían totalmente de derecho a voto. Según la ley electoral del 11 (24) de diciembre de 1905, un voto de un latifundista se equiparaba a tres votos de representantes de la burguesía urbana, a quince votos de campesinos y a cuarenta y cinco de obreros.

La I Duma de Estado (abril-julio de 1906) y la II Duma de Estado (febrero-junio de 1907) fueron disueltas por el gobierno zarista. El 3 de junio de 1907, el gobierno zarista dio un golpe de Estado proclamando una nueva ley electoral que cercenó aún más los derechos de los obreros, de los campesinos y de la pequeña burguesía urbana y aseguró el dominio absoluto del bloque reaccionario de los latifundistas y grandes capitalistas en la III Duma de Estado (1907-1912) y en la IV Duma (1912-1917).

48 F. Engels. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. m, pág. 347.)-80.

49 *Espada de Damocles*: espada suspendida de una crin de caballo sobre la cabeza de Damocles, palaciego del tirano de Siracusa Dionisio el Viejo, durante el festín. Sinónimo de un peligro que amenaza constantemente.

50 F. Engels. *Anti-Dühring*.

51 Véase la nota 19.

52 "*Sbórnik "Sotsial-Demokrata"*" ("Recopilación del "Sotsial-Demokrat""): fundada por Lenin y publicada por la redacción del periódico *Sotsial-Demokrat*. Aparecieron dos números nada más: el núm. 1 en octubre y el núm. 2 en diciembre de 1916.

53 "*Golos*" ("La Voz"): diario menchevique; se publicó en París desde septiembre de 1914 hasta enero de 1915. Trotski desempeñó un papel dirigente en el periódico.

54 Se refiere al V Congreso del POSDR, celebrado en Londres del 30 de abril al 19 de mayo (13 de mayo al 1 de junio) de 1907.

55 "Jugend-Internationale" ("La Internacional de la Juventud"): órgano de la Unión Internacional de Organizaciones Socialistas de la Juventud, adherida a la izquierda de Zimmerwald; apareció de septiembre de 1915 a mayo de 1918 en Zúrich, dirigido por G. Münzenberg.

56 "*Neues Leben*" ("Vida Nueva"): revista mensual, órgano del Partido Socialdemócrata Suizo; se publicó en Berna desde enero de 1915 hasta diciembre de 1917. La revista sostenía los puntos de vista de los zimmerwaldianos de derecha; a partir de 1917 adoptó una posición socialchovinista.

57 *La Conferencia de Zimmerwald o Primera Conferencia Socialista Internacional* se celebró del 5 al 8 de septiembre de 1915. Asistieron 38 delegados socialistas de 11 países europeos: Alemania, Francia, Italia, Rusia, Polonia, Rumania, Bulgaria, Suecia, Noruega, Holanda y Suiza. Lenin presidió la delegación del CC del POSDR.

La conferencia aprobó el manifiesto *A los proletarios de Europa*, redactado por una comisión, en el que, gracias a la insistencia de Lenin y de los socialdemócratas de izquierda, se logró incluir varias tesis fundamentales del marxismo revolucionario. Además, la conferencia aprobó una declaración común de las delegaciones alemana y francesa y una resolución de simpatía con las víctimas de la guerra y con los perseguidos por actividades políticas. Eligió también la Comisión Socialista Internacional.

En la conferencia se formó el grupo de izquierda de Zimmerwald (véase la nota 15).

La Segunda Conferencia Socialista Internacional se celebró en Kienthal (Suiza), del 24 al 30 de abril de 1916. Asistieron 43 delegados socialistas de 10 países: Rusia, Alemania, Francia, Suiza, Italia, Polonia, Noruega, Austria, Serbia y Portugal. El CC del POSDR estuvo representado en la conferencia por 3 delegados con Lenin en cabeza.

El grupo de izquierda de Zimmerwald, dirigido por Lenin, ocupó en la Conferencia de Kienthal posiciones más firmes que en Zimmerwald, lo que reflejaba el cambio de la correlación de fuerzas en el movimiento obrero internacional a favor del internacionalismo.

La conferencia aprobó un manifiesto *¡A los pueblos condenados a la ruina y la muerte!* y resoluciones en las que se criticaba el pacifismo y al Buró Socialista Internacional. Lenin conceptuó los acuerdos de la conferencia como un paso adelante en la cohesión de los internacionalistas para luchar contra la guerra imperialista.

58 *Arbeitsgemeinschaft* (Grupo Socialdemócrata del Trabajo, "Liga del Trabajo"): organización de los centristas alemanes fundada en marzo de 1916. Los centristas preconizaban consignas pacifistas, pero en realidad eran aliados de los socialchovinistas y dirigían sus golpes principales contra el grupo La Internacional, que combatía la guerra imperialista. El Grupo Socialdemócrata del Trabajo fue el núcleo fundamental del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, constituido en abril de 1917 y que justificaba a los socialchovinistas declarados y propugnaba el mantenimiento de la unidad con ellos.

59 *Partido Laborista Independiente de Inglaterra* (Independent Labour Party): organización reformista fundada en 1893 en un ambiente de reanimación de la lucha huelguística e intensificación del movimiento por la independencia de la clase obrera inglesa respecto a los partidos burgueses. Lo encabezaban, James Keir Hardie y R. MacDonald. Desde su constitución el PLI ocupó posiciones reformistas burguesas, dedicando la atención fundamental a las formas parlamentarias de lucha y a las componendas parlamentarias con el Partido Liberal.

Al comienzo de la guerra imperialista mundial, el PLI lanzó un manifiesto contra la guerra, mas poco después adoptó una posición socialchovinista.

60 *Los comités de la industria de guerra* fueron creados en mayo de 1915 en Rusia por la gran burguesía imperialista para ayudar al zarismo a hacer la guerra. Tratando de someter a los obreros a su influencia y de inculcarles ideas defensistas, la burguesía organizó "grupos obreros" anejos a esos comités para mostrar así que en Rusia se había establecido la "paz social" entre la burguesía y el proletariado. Los bolcheviques declararon el boicot a los comités de la industria de guerra y lo aplicaron eficazmente con el apoyo de la mayoría de los obreros.

61 El *Manifiesto de Basilea* sobre la guerra fue aprobado en el Congreso Extraordinario Socialista Internacional, celebrado en Basilea (Suiza) el 24 y 25 de noviembre de 1912. El manifiesto ponía en guardia a los pueblos ante el peligro de la guerra imperialista mundial que se avecinaba, denunciaba los fines rapaces de esta guerra y llamaba a los obreros de todos los países a luchar resueltamente por la paz. En el Manifiesto de Basilea fue incluido un punto de la resolución del Congreso de Stuttgart (1907), formulado por Lenin, en el que se decía que en caso de estallar una guerra imperialista los socialistas debían aprovechar la crisis económica y política provocada por la guerra para luchar por la revolución socialista.

62 "*La Sentinelle*" ("El Centinela"): portavoz de la organización socialdemócrata del cantón de Neuchatel (Suiza), fundado en Chaux de Fonds en 1890. De 1906 a 1910 no se publicó. En los años de la guerra imperialista (1914-1918) el periódico ocupó una posición internacionalista.

"*Volksrecht*" ("El Derecho del Pueblo"): diario órgano del Partido Socialdemócrata Suizo. Se publica en Zúrich desde 1898. En los años de la guerra imperialista mundial de 1914-1918 publicó artículos de los zimmerwaldianos de izquierda.

63 Lenin se refiere al *Congreso del Partido Socialdemócrata Suizo*, celebrado en Aarau el 20 y 21 de noviembre de 1915. El punto central del orden del día del congreso fue la cuestión de la actitud de la socialdemocracia suiza ante la unión de Zimmerwald de los internacionalistas; en torno a este punto se entabló la lucha de las tres tendencias de la socialdemocracia suiza: los antizimmerwaldianos, los partidarios de la derecha de Zimmerwald y los partidarios de la izquierda de

Zimmerwald. R. Grimm presentó una resolución en la que se proponía al Partido Socialdemócrata Suizo que se adhiriese a la unión de Zimmerwald y que aprobase la línea política de los zimmerwaldianos de derecha. Los socialdemócratas suizos de izquierda, en nombre de la sección de Lausana, presentaron una enmienda a la resolución de Grimm por la que se reconocía la necesidad de desplegar la lucha revolucionaria de masas contra la guerra y se declaraba que sólo la revolución victoriosa del proletariado podría poner fin a la guerra imperialista. Bajo la presión de Grimm la enmienda de la sección de Lausana fue retirada, pero la presentó de nuevo el bolchevique M. Jaritónov, que representaba en el congreso con voz y voto a una de las organizaciones socialdemócratas suizas. Por consideraciones tácticas, Grimm y sus partidarios no tuvieron más remedio que apoyar la enmienda. El congreso aprobó por mayoría de votos la enmienda propuesta por los de izquierda.

64 C. Marx. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Prólogo del autor a la segunda edición. (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. 1, págs. 405-406.)

65 "*Kommunist*" ("El Comunista"): revista organizada por Lenin. La editó en 1915, en Ginebra, la redacción del periódico *Sotsial-Demokrat*. Apareció (en septiembre de 1915) un solo número (doble).

66 *Izvestia Zagraníchnogo Sekretariata O K* ("Noticias del Secretariado del CO del POSDR en el Extranjero"): periódico menchevique que se publicó en Ginebra desde febrero de 1915 hasta marzo de 1917. Aparecieron diez números. El periódico sostenía posiciones centristas.

67 *Fracción de Chjeídze*: fracción menchevique de la IV Duma de Estado, que encabezaba N. Chjeídze. Durante la guerra imperialista mundial, ocupando posiciones centristas, respaldaba de hecho sin reservas la política de los socialchovinistas rusos.

68 "*Nashe Dielo*" ("Nuestra Causa"): revista mensual menchevique, principal órgano de los liquidadores y socialchovinistas en Rusia. Se publicó en 1915, en Petrogrado, en lugar de la revista *Nasha Zariá*, clausurada en 1914. Aparecieron seis números.

"*Golos Trudá*" ("La Voz del Trabajo"): periódico menchevique legal que se publicó en 1916, en Samara. Aparecieron tres números nada más.

69 *Fabianos*: miembros de la Sociedad Fabiana, organización reformista inglesa fundada en 1884. La Sociedad tomó su nombre del caudillo romano Fabio Máximo llamado Cunctátor (s. III. a. de n. e.), el Contemporizador, por su táctica expectante, en virtud de la cual rehuía los combates decisivos en la guerra con Aníbal. Los miembros de la Sociedad Fabiana eran primordialmente intelectuales burgueses: hombres de ciencia, escritores y políticos (S. y B. Webb, B. Shaw, R. MacDonald y otros); negaban la necesidad de la lucha de clase del proletariado y la revolución socialista y afirmaban que el paso del capitalismo al socialismo era posible únicamente por medio do reformas y de transformaciones paulatinas de la sociedad. En 1900, la Sociedad Fabiana ingresó en el Partido Laborista. El "socialismo fabiano" es una de las fuentes de la ideología laborista. Durante la guerra imperialista mundial de 1914-1918 los fabianos ocuparon una posición socialchovinista.

70 *Partido Laborista* (Labour Party) de Inglaterra. Fue fundado en 1900 como una liga de sindicatos y organizaciones y grupos socialistas con objeto de llevar representantes obreros al Parlamento ("Comité de Representación Obrera"). En 1906, el Comité pasó a denominarse Partido Laborista. Los afiliados a los sindicatos son automáticamente miembros del partido con la condición de que abonen las cuotas de militante.

El Partido Laborista, que fue al comienzo un partido obrero por su composición (más tarde ingresaron en él numerosos elementos pequeñoburgueses) es, por su ideología y por su táctica, una organización oportunista. Desde que surgió, sus líderes siguen una política de colaboración con la burguesía. Durante la guerra imperialista mundial de 1914-1918, los líderes del Partido Laborista adoptaron una posición socialchovinista.

71 *Socialistas-revolucionarios* (abreviado, eseristas): partido pequeñoburgués formado en Rusia a fines de 1901 y comienzos de 1902 como consecuencia de la unificación de diversos grupos y círculos populistas. Los eseristas se llamaban socialistas, pero su socialismo era utópico y pequeñoburgués.

El programa agrario de los eseristas contenía las reivindicaciones de poner fin a los latifundios, abolir la propiedad privada de la tierra y entregarla toda a las comunidades campesinas, según el principio de su usufructo igualitario, por el número de bocas o de miembros de la familia aptos para el trabajo, reiterándose periódicamente el reparto (la denominada "socialización" de la tierra). En realidad, el "usufructo igualitario del suelo", al conservarse las relaciones de producción capitalistas, no habría significado el paso al socialismo y sólo habría conducido a suprimir las relaciones semifeudales en el campo y acelerar el desarrollo del capitalismo.

El método principal de lucha de los eseristas contra el zarismo era el terrorismo individual.

Los eseristas no veían las diferencias de clase entre el proletariado y el campesinado, velaban la disociación del campesinado en clases y las contradicciones en su seno y rechazaban el papel dirigente del proletariado en la revolución.

Al ser derrotada la primera revolución rusa de 1905-1907, el partido de los socialistas-revolucionarios sufrió una crisis: sus dirigentes abjuraron prácticamente de la lucha revolucionaria contra el zarismo. Durante la primera guerra mundial, la mayoría de los socialistas-revolucionarios mantuvo posiciones socialchovinistas. Derrocado el zarismo en febrero de 1917, los líderes eseristas formaron parte del Gobierno Provisional burgués, lucharon contra la clase obrera, que preparaba la revolución socialista, y participaron en la represión del movimiento campesino en el verano de 1917. Después de la Revolución Socialista de Octubre los eseristas lucharon activamente contra el Poder soviético.

72 *Tolstoianos*: adeptos del tolstoísmo, corriente

utópica religiosa en el pensamiento social y el movimiento social de Rusia a fines del siglo XIX y comienzos del XX, basada en la doctrina del escritor y filósofo ruso León Tolstói. Los seguidores de Tolstói predicaban el "amor de todos a todos", la no resistencia al mal mediante la violencia y el perfeccionamiento moral y religioso como medio de transformar la sociedad.

73 *Avanti!* ("¡Adelante!"): diario, órgano central del Partido Socialista Italiano. Fundado en diciembre de 1896 en Roma.

74 Se tiene en cuenta el Manifiesto del 19 de febrero de 1861 en el que el gobierno zarista anunció la abolición de la servidumbre en Rusia. La reforma se llevó a cabo de tal manera que benefició al máximo a los latifundistas.

75 *Confédération générale du Travail* (Confederación General del Trabajo de Francia): fundada en 1895, se hallaba bajo la influencia de anarcosindicalistas y reformistas, sus líderes reconocían solamente las formas económicas de lucha y se oponían a que el partido del proletariado dirigiera el movimiento sindical. Durante la guerra imperialista mundial de 1914-1918, los dirigentes de la Confederación se pusieron al lado de la burguesía imperialista y aplicaron la política de colaboración clasista y "defensa de la patria".

El Congreso de la Confederación General del Trabajo mencionado por Lenin se celebró en París del 24 al 26 de diciembre de 1916. En la sesión de clausura del 26 de diciembre, el secretario confederal dio cuenta de la nota del presidente de los EE. UU. Wilson a los países beligerantes sobre el problema de la terminación de la guerra. La Confederación aprobó casi unánimemente la resolución que cita Lenin.

76 *Partido Socialista Francés*, fundado en 1905 a consecuencia de la fusión del Partido Socialista de Francia (guesdistas) y del Partido Socialista Francés (jauresistas). Al frente del partido unificado se pusieron los reformistas. Desde el comienzo de la guerra imperialista mundial, la dirección del partido sostuvo las posiciones del socialchovinismo, del apoyo abierto a la guerra imperialista y de la participación en el gobierno burgués. En el partido existía una corriente centrista encabezada por J. Longuet, que mantenía las posiciones del socialpacifismo y seguía una política conciliadora con los socialchovinistas. En el PSF había también un ala revolucionaria de izquierda que mantenía posiciones internacionalistas, representada principalmente por los afiliados de base del partido.

El Congreso del Partido Socialista Francés que menciona Lenin se celebró del 25 al 30 de diciembre de 1916. La cuestión fundamental debatida en el congreso fue el problema de la paz. Como resultado de los debates se adoptaron varias resoluciones, entre ellas una contra la propaganda de las ideas zimmerwaldianas y la resolución de Renaudel, que aprobaba la participación de los representantes del partido en el Ministerio de Defensa.

77 "*Volksstimme*" ("La Voz del Pueblo"): órgano del Partido Socialdemócrata Alemán. Se publicó en Chemnitz de 1891 a 1933.

78 "*La Bataille*" ("La Batalla"): órgano de los anarcosindicalistas franceses. Se publicó en París de 1915 a 1920. En los años de la guerra imperialista mundial el periódico ocupó una posición socialchovinista.

79 *Informe sobre la revolución de 1905*. Fue leído por Lenin en alemán el 9 (22) de enero de 1917, en la Casa del Pueblo de Zúrich, durante una reunión de jóvenes obreros suizos. Lenin empezó a trabajar en el informe en los días veinte de diciembre de 1916.

80 "Más que montones de verdades bajas
yo estimo las mentiras que nos enaltecen".
Palabras de la poesía de Pushkin *El héroe*.

81 Lenin se refiere al *Soviet de diputados obreros de Petrogrado*, surgido en los primeros días de la Revolución de febrero.

El Soviet se proclamó órgano de los diputados obreros y soldados y de hecho, hasta el I Congreso de los Soviets (junio de 1917), fue un organismo con atribuciones en toda Rusia.

La dirección del Soviet -el Comité Ejecutivo Provisional- resultó en manos de los conciliadores. No obstante, bajo la presión de los obreros y soldados revolucionarios, el Soviet adoptó varias medidas revolucionarias: la detención de los representantes del viejo poder y la excarcelación de los presos políticos, etc.

Pero en el momento decisivo, el 2 (15) de marzo, los conciliadores del Comité Ejecutivo del Soviet cedieron voluntariamente el poder a la burguesía sancionando la formación del Gobierno Provisional con burgueses y latifundistas. Este acto de capitulación ante la burguesía no se conocía en el extranjero, pues no se permitía el envío de periódicos que ocuparan posiciones más izquierdistas que los demócratas-constitucionalistas. Lenin se enteró de ello al llegar a Rusia.

82 *Octubristas*: véase la nota 23.
Demócratas-constitucionalistas: véase la nota 40.

83 *Raznochintsi*: intelectuales de la sociedad rusa no procedentes de la nobleza, sino de la pequeña burguesía, el clero, los comerciantes y el campesinado.

84 *CO*: véase la nota 9.
Mencheviques: véase la nota 14.

85 *Renovadores pacíficos*: miembros del Partido de la Renovación Pacífica, organización monárquico-constitucionalista de la gran burguesía y los latifundistas, formada definitivamente en 1906, después de la disolución de la I Duma de Estado. Por su programa este partido se hallaba próximo a los octubristas. La actividad del partido se orientaba a defender los intereses de la burguesía industrial y comercial y de los latifundistas que explotaban sus haciendas al estilo capitalista. En la III Duma de Estado el Partido de la Renovación Pacífica se unificó con el Partido de Reformas Democráticas, formando la fracción de los "progresistas".

86 "*The Times*" ("Los Tiempos"): diario fundado en 1785 en Londres, principal órgano de la burguesía conservadora inglesa.

87 *Primer Gobierno Provisional* - Comité Provisional de la Duma de Estado: se formó el 27 de febrero (12

de marzo) de 1917.
Integraron el Comité Provisional derechistas, octubristas, "progresistas", demócratas-constitucionalistas, el trudovique A. Kerenski y el menchevique N. Chjeídze. El presidente era el octubrista Rodzianko.

88 *Consejo de Estado*: una de las más altas instituciones estatales de la Rusia zarista.

89 Lenin llama *Conferencia de enero a la VI Conferencia Nacional del POSDR*, celebrada en Praga del 5 al 17 (18 al 30) de enero de 1912, que de hecho desempeñó el papel de un congreso. Dirigió la conferencia Lenin, que hizo los informes sobre el momento actual y las tareas del partido y sobre la labor del Buró Socialista Internacional e intervino también sobre otras cuestiones. Lenin fue el autor de los proyectos de resolución sobre todos los puntos más importantes del orden del día de la conferencia.
La Conferencia de Praga del POSDR cumplió un papel relevante en la construcción del Partido Bolchevique, partido de nuevo tipo, y en el fortalecimiento de su unidad. Hizo balance de toda una fase histórica de la lucha de los bolcheviques contra los mencheviques y al expulsar a los mencheviques liquidadores del partido, afianzó el triunfo de los bolcheviques.
La Conferencia de Praga tuvo gran significado internacional. Fue para los elementos revolucionarios de los partidos de la II Internacional un ejemplo de lucha resuelta contra el oportunismo llevando esta lucha hasta la completa ruptura orgánica con los oportunistas.

90 Lenin denomina llamamiento al *Manifiesto del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia a todos los ciudadanos de Rusia*, del CC del POSDR, publicado el 28 de febrero (13 de marzo) de 1917.

91 *Enesistas* ("socialistas populares"): miembros del Partido Socialista Popular del Trabajo, partido pequeñoburgués desgajado del ala derecha del de los socialistas-revolucionarios (eseristas) en 1906. Los "socialistas populares" se pronunciaban a favor de un bloque con los demócratas-constitucionalistas. En los años de la primera guerra mundial, los "socialistas populares" sostenían posiciones socialchovinistas. Después de la Revolución democrática burguesa de febrero de 1917, el partido de los "socialistas populares" se fundió con los trudoviques y apoyó activamente la labor del Gobierno Provisional burgués, en el cual estaba representado. Después de la Revolución Socialista de Octubre, los "socialistas populares" participaron en complots contrarrevolucionarios y acciones armadas contra el Poder soviético. Este partido dejó de existir durante la intervención militar extranjera y la guerra civil.

92 Al comenzar la guerra, los diputados bolcheviques a la IV Duma de Estado A. Badáiev, M. Muránov, G. Petrovski, F. Samóilov y N. Shágov se pronunciaron resueltamente en defensa de los intereses de la clase obrera. Aplicando la línea del partido, se negaron a votar por la concesión de créditos de guerra al zarismo, denunciaron el carácter imperialista y antipopular de la guerra, explicaron a los obreros la verdad de la guerra y los alzaron a la lucha contra el zarismo, la burguesía y los latifundistas. Por su actividad revolucionaria durante la guerra, los diputados bolcheviques fueron procesados y deportados a Siberia.

93 Se tiene en cuenta el Gobierno Provisional formado el 2 (15) de marzo de 1917 por un acuerdo del Comité Ejecutivo Provisional de la Duma de Estado con los líderes eseristas y mencheviques del Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado. Integraron el Gobierno: el príncipe G. Lvov (presidente del Consejo de Ministros y ministro del Interior); P. Miliukov, líder de los demócratas-constitucionalistas (ministro de Negocios Extranjeros); A. Guchkov, líder de los octubristas (ministro de la Guerra y, con carácter interino, ministro de Marina) y otros representantes de la gran burguesía y de los latifundistas, así como el trudovique A. Kerenski (ministro de Justicia).

94 *Trudoviques* (Grupo del Trabajo): grupo de demócratas pequeñoburgueses de la Duma de Estado, constituido por campesinos e intelectuales de tendencia populista. Lo fundaron en abril de 1906 los diputados campesinos a la I Duma de Estado. Vacilaban en la Duma entre los demócratas-constitucionalistas y los socialdemócratas revolucionarios. Estas vacilaciones se debían a la naturaleza misma de clase de los campesinos, o sea, pequeños propietarios. Debido a que los trudoviques representaban, pese a todo, a las masas campesinas, los bolcheviques aplicaban en la Duma la táctica de los acuerdos con ellos en algunos problemas para la lucha común contra la autocracia zarista y los demócratas-constitucionalistas. En los años de la primera guerra mundial la mayoría de los trudoviques sostuvo posiciones socialchovinistas.
Después de la Revolución democrática burguesa de febrero, los trudoviques, interpretando los intereses de los campesinos ricos, apoyaron activamente al Gobierno Provisional.

95 *Nasha Zariá* ("Nuestra Aurora"): revista mensual legal de los mencheviques liquidadores. Apareció en San Petersburgo desde enero de 1910 hasta septiembre de 1914. Al comenzar la primera guerra mundial, la revista adoptó una posición socialchovinista.

96 Se refiere al acuerdo sobre la formación del Gobierno Provisional burgués, concluido en la noche del 1 al 2 (14-15) de marzo de 1917 por el Comité Provisional de la Duma de Estado y los líderes eseristas y mencheviques del Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado. Los eseristas y mencheviques entregaron voluntariamente el poder a la burguesía concediendo al Comité Provisional de la Duma de Estado el derecho de formar a su albedrío el Gobierno Provisional.

97 El *Llamamiento del Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros y soldados*, publicado el 3 (16) de marzo de 1917 en el núm. 4 de *Izvestia* a la vez que el comunicado del Gobierno Provisional sobre la formación del primer gabinete de ministros con el príncipe G. Lvov a la cabeza, fue redactado por el Comité Ejecutivo conciliador del Soviet de

Petrogrado. En el llamamiento se decía que la democracia prestaría apoyo al nuevo poder "en la medida en que el naciente poder actúe en el sentido de cumplir... los compromisos y luche resueltamente contra el viejo poder".

En el llamamiento no se daba la noticia de que el Soviet había facultado a Kerenski para participar en el Gobierno Provisional, ya que el Comité Ejecutivo había acordado el 1 (14) de abril no dar "representantes de la democracia" al gobierno. *Le Temps* se atenía a la información de su corresponsal. El 2 (15) de marzo, el Soviet, "con la protesta de la minoría", aprobó la entrada no autorizada de Kerenski en el gobierno como ministro de Justicia.

98 "*Le Temps*" ("El Tiempo"): diario, se publicó en París de 1861 a 1942. Reflejaba los intereses de las esferas gobernantes de Francia y era de hecho órgano oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores.

99 "*Neue Zürcher Zeitung und schweizerisches Handelsblatt*" ("Nueva Gaceta Comercial de Zurich y Suiza"): periódico burgués. Se publica en Zúrich desde 1780.

"*National-Zeitung*" ("Gaceta Nacional"): periódico burgués. Se editó en Berlín de 1848 a 1938.

100 Basándose en las informaciones de la prensa extranjera sobre la institución por el Soviet de Petrogrado de un órgano especial para controlar al Gobierno Provisional, Lenin al principio vio con buenos ojos este hecho señalando al propio tiempo que sólo la experiencia mostraría si tal órgano se justificaba. La "Comisión de Enlace", designada el 8 (21) de marzo por el Comité Ejecutivo conciliador del Soviet para "influir" y "controlar" la actividad del Gobierno Provisional, en realidad ayudó al gobierno a utilizar la autoridad del Soviet para encubrir su política contrarrevolucionaria. Valiéndose de la "Comisión de Enlace" se trataba de impedir que las masas se lanzasen a una lucha revolucionaria activa por el paso de todo el poder a los Soviets. La "Comisión de Enlace" fue disuelta a mediados de abril de 1917 y sus funciones se transfirieron al Buró del Comité Ejecutivo.

101 "*Frankturter Zeitung*" ("La Gaceta de Fráncfort"): diario de los grandes bolsistas alemanes. Se publicó en Fráncfort del Meno desde 1856 hasta 1943.

102 "*Vossische Zeitung*" ("La Gaceta de Voss"): periódico liberal moderado alemán. Se editó en Berlín de 1704 a 1934.

103 *Zemstvo*: sedicente administración autónoma local encabezada por la nobleza en las provincias centrales de la Rusia zarista. Fue instituida en 1864. Sus atribuciones estaban limitadas a los asuntos económicos puramente locales (construcción de hospitales y caminos, estadísticas, seguros, etc.). Controlaban su actividad los gobernadores y el ministro del Interior que podían suspender las disposiciones inconvenientes para el gobierno.

104 Véase el libro de Lenin *El Estado y la revolución*.

105 En los primeros días de su existencia, el Gobierno Provisional nombró al octubrista M. Stajóvich gobernador general de Finlandia y al demócrata-constitucionalista F. Ródichev ministro (o comisario) para los Asuntos de Finlandia. El 8 (21) de marzo se publicó el *Manifiesto sobre la aprobación de la Constitución del gran principado de Finlandia y su aplicación íntegra*. Se reconocía a Finlandia el derecho a la autonomía debiendo ratificar el gobierno de Rusia las leyes adoptadas por la Dieta finlandesa. Las leyes impuestas a los finlandeses durante la guerra y que estaban en pugna con su legislación conservaban su vigencia durante todo el tiempo que durase la guerra.

El Gobierno Provisional pretendía que la Dieta introdujera en la Constitución un artículo que equiparase "a los ciudadanos rusos con los finlandeses en el comercio y la industria", ya que bajo el gobierno zarista las leyes finesas no reconocían este derecho que se ejercía por vía violenta. La negativa del Gobierno Provisional a resolver el problema de la autodeterminación de Finlandia "hasta la Asamblea Constituyente" provocó un grave conflicto con Finlandia que sólo se resolvió después de la Gran Revolución Socialista de Octubre. El 18 (31) de diciembre de 1917, el Gobierno soviético concedió a Finlandia la plena independencia.

106 *Parus* ("La Vela"): editorial fundada por M. Gorki en Petrogrado. Existió desde 1915 hasta 1918.

Létopis ("Anales"): revista literaria, científica y política fundada por M. Gorki en Petrogrado. Se publicó desde diciembre de 1915 hasta diciembre de 1917.

107 *Programa agrario de los 104*: proyecto de ley agraria firmado por 104 miembros de la I Duma de Estado. Los trudoviques reclamaban la constitución de un "fondo agrario nacional" que debía estar integrado por todas las tierras pertenecientes al Estado, la corona, el zar, los conventos y la Iglesia, así como a los particulares si la extensión de la propiedad excedía de la norma de trabajo establecida; se preveía el pago de una indemnización por las tierras enajenadas a los propietarios privados.

La aplicación de la reforma agraria se confiaba a comités campesinos locales elegidos por sufragio universal, directo, igual y secreto.

108 *II Internacional*: unión internacional de partidos socialistas, fundada en 1889. Con el advenimiento de la época imperialista fueron prevaleciendo cada vez más en su seno las tendencias oportunistas. Cuando comenzó la guerra imperialista mundial de 1914-1918, los líderes oportunistas de la II Internacional salieron abiertamente en defensa de la política imperialista de los gobiernos burgueses de sus respectivos países y la II Internacional se disgregó.

109 *Guión para la quinta "Carta desde lejos"* está consagrado al problema de la reelaboración del programa del partido. En un principio Lenin se proponía dedicar a este tema la cuarta carta y luego la quinta. Pero tanto en la cuarta carta como en la quinta, que quedó inconclusa, fueron elaborados otros temas. El manuscrito del plan incluido en la presente edición evidencia que Lenin lo completó más tarde con nuevos puntos (2 bis, 5 bis y los puntos marcados con el signo +).

El plan fue tomado como base para trabajar sobre el programa del partido a la llegada a Rusia.
La nota al margen del guión, como atestigua V. Karpinski, iba dirigida a él.

110 El libro que quemó la censura zarista -la obra de Lenin *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907*- fue escrito a fines de 1907. En 1908 fue impreso en San Petersburgo, pero cuando estaba aún en la imprenta, el libro fue recogido y destruido por la policía. En 1917 se había conservado un solo ejemplar. El libro vio la luz por primera vez en 1917.

111 Lenin se refiere al *Partido Socialdemócrata Suizo*, fundado en los años 70 del siglo XIX y adherido a la I Internacional. Fue reconstituido en 1888. En el partido gozaban de gran influencia los oportunistas, que durante la primera guerra mundial ocuparon una posición socialchovinista. En el otoño de 1916 se separó del partido el ala derecha, que formó su propia organización. La mayoría del partido, encabezada por R. Grimm, ocupó una posición centrista, socialpacifista. El ala izquierda del partido mantuvo una posición internacionalista. Bajo la influencia de la Gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia, se reforzó el ala izquierda del PSDS. En diciembre de 1920, los militantes de izquierda abandonaron el partido y en 1921 se unieron al Partido Comunista de Suiza (hoy Partido Suizo del Trabajo), fundado en 1919.

112 Véase la nota 58.

113 "*Freie Jugend*" ("Juventud Libre"): portavoz de la organización juvenil socialdemócrata suiza. Se publicó en Zúrich de 1906 a febrero de 1918. En los años de la guerra imperialista mundial de 1914-1918 se adhirió a la izquierda de Zimmerwald.

114 La propuesta sobre los cambios en la resolución acerca del problema de la guerra fue escrita por Lenin.

115 "*Pravda*" ("La Verdad"): primer diario legal bolchevique. Empezó a publicarse en San Petersburgo el 22 de abril (5 de mayo) de 1912. *Pravda* sufrió la constante persecución de la policía, el gobierno zarista lo suspendió infinidad de veces, pero volvía a aparecer con otro nombre. El 8 (21) de julio de 1914, en vísperas de la primera guerra mundial, fue suspendido el periódico.
La publicación de *Pravda* se reanudó sólo después de la Revolución de febrero de 1917. De julio a octubre de 1917, *Pravda*, perseguido por el Gobierno Provisional contrarrevolucionario, cambió cuatro veces de título y salió como *Listok "Pravdi"* ("La Hoja de "La Verdad"), *Proletari* ("El Proletario"), *Rabochi* ("El Obrero") y *Rabochi Puf* ("La Senda Obrera"). Después de la Revolución Socialista de Octubre, desde el 27 de octubre (9 de noviembre) de 1917, el periódico reanudó su publicación con el viejo título de *Pravda*.

116 *Reforma agraria stolypiniana*: trátase de la reforma agraria aplicada por el gobierno zarista, que encabezaba Stolypin, a raíz de las agitaciones de los campesinos y la ocupación por ellos de latifundios en los años de la revolución de 1905-1907. El 9 (22) de noviembre de 1906 se promulgó un decreto del zar que permitía a los campesinos separarse de la comunidad y recibir en propiedad las parcelas comunales que antes tenían en usufructo formando caseríos. Se les permitía también comprar y vender tierra. Se fundó un Banco Campesino que hacía préstamos a los campesinos acomodados para fortalecer su hacienda. Y era precisamente esta élite del campo la que formaba caseríos. El objetivo de la reforma agraria stolypiniana consistía en fortalecer las haciendas de los campesinos ricos asegurando así puntales de la autocracia zarista en el campo. La reforma hizo todavía más penosa la situación de los campesinos pobres, que eran la mayoría.

117 Véase las notas 69 y 70.

118 Véase la nota 2.

119 "*Arbeiterpolitik*" ("Política Obrera"): revista semanal de socialismo científico, órgano del grupo de radicales de izquierda de Bremen que en 1919 ingresó en el Partido Comunista de Alemania. Se publicó en Bremen de 1916 a 1919. La revista combatió el socialchovinismo en el movimiento obrero alemán e internacional.

120 "*Edinstvo*" ("Unidad"): diario que se publicó en Petrogrado de 1914 a 1918. Expresaba las opiniones de la extrema derecha de los mencheviques defensistas encabezados por J. Plejánov.

121 "*Rússkaya Volia*" ("La Libertad Rusa"): diario burgués fundado por el ministro zarista del Interior A. Protopópov y financiado por los grandes bancos, que inició su publicación en Petrogrado en diciembre de 1916. Después de la Revolución democrática burguesa de febrero sostuvo una campaña de difamación contra los bolcheviques. El 25 de octubre de 1911 fue clausurado por el Comité Militar Revolucionario.

122 El 4 de agosto de 1914, la fracción socialdemócrata del Reichstag votó junto con los diputados burgueses por la concesión de un empréstito de guerra de cinco mil millones al gobierno del kaiser, aprobando así la política imperialista de Guillermo II. Como se aclaró más tarde, los socialdemócratas de izquierda al discutirse este asunto en la fracción socialdemócrata antes de la reunión del Reichstag, estuvieron en contra de la concesión de los créditos de guerra al gobierno, pero, sometiéndose a la decisión de la mayoría oportunista de la fracción socialdemócrata, votaron los créditos.

123 "*Rabóchaya Gazeta*" ("La Gaceta Obrera"): diario menchevique que se publicó en Petrogrado de marzo a noviembre de 1917. Ocupó una posición defensista, apoyó al Gobierno Provisional burgués y luchó contra Lenin y el Partido Bolchevique.

124 Véase la carta de F. Engels a F. Sorge, del 29 de noviembre de 1886.

125 Lenin cita aquí unas palabras de Mefistófeles de la tragedia de Goethe Fausto (véase J. W. Goethe, Fausto. Primera parte. Escena IV. El despacho de Fausto).

126 La expresión "oposición de Su Majestad" pertenece a P. Miliukov, líder del partido de los demócratas-constitucionalistas. En un lunch ofrecido por el lord alcalde de Londres el 19 de junio (2 de julio) de 1909, Miliukov declaró: "...mientras en Rusia exista la cámara legislativa que controla el presupuesto, la oposición rusa seguirá siendo la oposición de Su

Majestad, y no a Su Majestad".

127 *"Sin zar, por un gobierno obrero"*: consigna antibolchevique que Parvus lanzó por primera vez en 1905. Esta consigna era uno de los postulados fundamentales de la "teoría" trotskista de la revolución permanente -revolución sin el campesinado- que se contraponía a la teoría leninista de la transformación de la revolución democrática burguesa en revolución socialista con la hegemonía del proletariado en el movimiento popular.

128 Véase C. Marx. *La guerra civil en Francia*. *Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores*. F. Engels. *Introducción* (a la obra de C. Marx *La guerra civil en Francia*). (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. II, págs. 230-244; 188-200.)

129 *Blanquismo*: corriente del movimiento socialista francés encabezada por Luis Augusto Blanqui (1805-1881), eminente revolucionario y destacado representante del comunismo utópico francés.

Los blanquistas negaban la lucha de clases, sustituían la labor del partido revolucionario con acciones de un puñado de conspiradores, no tenían en cuenta la situación concreta necesaria para el triunfo de la insurrección y desdeñaban el contacto con las masas.

130 Lenin se refiere a la obra de J. Plejánov *Anarquismo y socialismo*, que se publicó por primera vez en alemán en Berlín, el año 1894.

131 Véase la historia de cómo se escribió la obra *Las tareas del proletariado en nuestra revolución* en el *Epílogo* a la citada obra.

132 La Conferencia de empleados y obreros ferroviarios de toda Rusia se celebró en Petrogrado del 6 al 20 de abril (19 de abril-3 de mayo) de 1917. La conferencia, dirigida por los partidos oportunistas, ocupó una posición defensista y declaró su pleno apoyo al Gobierno Provisional burgués.

133 Véase la carta de F. Engels a A. Bebel, 18-28 de marzo de 1875.

134 Véase C. Marx. *La guerra civil en Francia*. *Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores*. (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. II, pág. 236.)-292.

135 *Norma de consumo*: reparto de la tierra entre las familias campesinas por el número de bocas.

Norma de trabajo: reparto de la tierra entre las familias campesinas por el número de miembros aptos para el trabajo.

136 *Manilovismo*: denominación debida al nombre del terrateniente Manílov, personaje de la obra del escritor ruso N. Gógol *Las almas muertas*. Es sinónimo de placidez, sentimentalismo melifluo y fantasía ilusoria.

137 Véase la nota 58.

138 *Minoritarios o longuetistas*: minoría del Partido Socialista Francés, formada en 1915 y encabezada por Jean Longuet. Los longuetistas sostenían puntos de vista centristas y aplicaban una política de conciliación con los socialchovinistas. Durante la primera guerra mundial, los longuetistas adoptaron una posición socialpacifista. Después del triunfo de la Revolución Socialista de Octubre en Rusia, se declararon partidarios de la dictadura del proletariado, pero, de hecho, estaban contra ella. Al quedar en minoría en el Congreso del Partido Socialista Francés celebrado en Tours en diciembre de 1920, en el que triunfó el ala izquierda, los longuetistas, unidos a los reformistas declarados, se separaron del partido y se adhirieron a la llamada Internacional II y 1/2; después de disolverse ésta, volvieron a la II Internacional.

139 Véase la nota 59.

140 El *Partido Socialista Británico* (British Socialist Party) fue fundado en 1911, en Manchester, mediante la unificación del Partido Socialdemócrata con otros grupos socialistas. El PSB hizo propaganda en el espíritu de las ideas marxistas. Era un partido "no oportunista, *verdaderamente* independiente respecto a los liberales" (V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5a edición en ruso, t. 23, pág. 344). Sin embargo, el escaso número de militantes y sus débiles vínculos con las masas le daban un carácter algo sectario.

Durante la primera guerra mundial se entabló en el partido una dura lucha entre la corriente internacionalista (W. Gallacher, A. Inkpin, D. Maclean, F. Rothstein y otros) y la socialchovinista, encabezada por Hyndman. En la corriente internacionalista había elementos inconsecuentes, que ocupaban una posición centrista en diversas cuestiones.

En febrero de 1916, un grupo de dirigentes del PSB fundó el periódico *The Call* ("Llamamiento"), que contribuyó en gran medida a la cohesión de los internacionalistas. La Conferencia anual del PSB, celebrada en abril de 1916 en Salford, condenó la posición socialchovinista de Hyndman y sus correligionarios y éstos abandonaron el partido.

El Partido Socialista Británico desempeñó el papel principal, junto con el Grupo de Unidad Comunista, en la constitución del Partido Comunista de la Gran Bretaña. En el I Congreso, el de unificación, celebrado en 1920, la inmensa mayoría de las organizaciones locales del PSB se fusionó con el Partido Comunista.

141 Véase la nota 15.

142 *Demain* ("Mañana"): revista mensual literaria, publicística y política, fundada por el escritor y periodista E. Guilbeaux, internacionalista francés. Se publicó desde enero de 1916 hasta 1919, primero en Ginebra y luego en Moscú.

143 "*The Trade-Unionist*" ("El Tradeunionista"): periódico sindical inglés que se editó en Londres desde noviembre de 1915 hasta noviembre de 1916.

144 El *Partido Socialista Obrero de Norteamérica* (Socialist Labour Party) se constituyó en el Congreso de unificación de Filadelfia, celebrado en 1876, como resultado de la fusión de las secciones norteamericanas de la I Internacional y otras organizaciones socialistas. La inmensa mayoría del partido eran inmigrados débilmente unidos a los obreros naturales de Norteamérica. En los primeros años ocuparon una posición dirigente en el partido los lassalleanos, que cometieron errores de carácter

dogmático y sectario. Las vacilaciones ideológicas y tácticas de la dirección debilitaron el partido y apartaron de él a varios grupos.

En los años 90 ascendió a la dirección del Partido Socialista Obrero el ala izquierda encabezada por D. De Leon, que cometió errores de carácter anarcosindicalista. Durante la primera guerra mundial de 1914-1918, el Partido Socialista Obrero se inclinó hacia el internacionalismo. La parte más revolucionaria del PSO tomó activa participación en la creación del Partido Comunista de Norteamérica.

145 El *Partido Socialista de Norteamérica* se constituyó en julio de 1901, en el Congreso de Indianápolis, por la fusión de varios grupos socialistas. Durante la primera guerra mundial en el Partido Socialista se formaron tres corrientes: los socialchovinistas, que apoyaban la política imperialista del gobierno; los centristas, que se oponían a la guerra imperialista solamente de palabra, y la minoría revolucionaria, que sostenía posiciones internacionalistas y luchaba contra la guerra.

En 1919, el Partido Socialista se escindió. El ala izquierda abandonó el partido y fue la iniciadora de la fundación y el núcleo principal del Partido Comunista de los EE.UU.

146 "*The Internationalist*" ("El Internacionalista"): semanario, órgano del ala izquierda de los socialistas. Lo publicó a comienzos de 1917 en Boston la Liga de Propaganda Socialista de Norteamérica.

147 *Tribunistas*: miembros del Partido Socialdemócrata Holandés, cuyo órgano era el periódico *De Tribune* ("La Tribuna"). Los tribunistas no eran un partido consecuentemente revolucionario, pero representaban el ala izquierda del movimiento obrero en Holanda y durante la guerra imperialista mundial de 1914-1918 sostuvieron en lo fundamental posiciones internacionalistas.

En 1918, los tribunistas fundaron el Partido Comunista de Holanda.

"*De Tribune*" ("La Tribuna"): periódico fundado en 1907 por el ala izquierda del Partido Obrero Socialdemócrata Holandés. A partir de 1909, después de la expulsión de los izquierdistas del partido y de la organización por éstos del Partido Socialdemócrata Holandés, el periódico pasó a ser órgano de este partido; desde 1918 *De Tribune* era órgano del Partido Comunista de Holanda. Se publicó con este título hasta 1940.

148 Lenin llamaba *partido de los jóvenes o de los izquierdistas* a la corriente izquierdista de la socialdemocracia sueca. Durante la guerra imperialista mundial, los "jóvenes" adoptaron una posición internacionalista y se adhirieron a la izquierda de Zimmerwald. En mayo de 1917 fundaron el Partido Socialdemócrata de Izquierda de Suecia. En el Congreso celebrado por este partido en 1919 se acordó adherirse a la Internacional Comunista. En 1921, el ala revolucionaria del partido fundó el Partido Comunista de Suecia.

149 "*Tesniaki*" ("Los estrechos"): Partido Obrero Socialdemócrata Búlgaro revolucionario fundado en 1903 después de la escisión del Partido Socialdemócrata. En 1914-1918, los "tesniakí" lucharon contra la guerra imperialista. En 1919 ingresaron en la Internacional Comunista y formaron el Partido Comunista de Bulgaria, que más tarde adoptó el nombre de Partido Obrero Búlgaro (de los comunistas).

150 Véase la nota 73.

151 *Dirección Territorial y Dirección Central de la SDRP y L*: organismos dirigentes de la Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania.

152 Lenin se refiere al periódico *Volksstimme* ("La Voz del Pueblo"). Véase la nota 77.

"*Die Clocke*" ("La Campana"): véase la nota 32.

153 Véase la nota 57.

154 Lenin dedicó el capítulo *El pacifismo de los socialistas y sindicalistas franceses* en su trabajo *Pacifismo burgués y pacifismo socialista* a la crítica de las resoluciones del Partido Socialista Francés. Ambas resoluciones aplaudían al presidente de los EE.UU. Wilson que, haciendo de ángel de la paz, había propuesto a todas las naciones "exponer públicamente sus puntos de vista acerca de las condiciones en que podría terminarse la guerra", o sea, había propuesto terminar la guerra imperialista con una paz imperialista.

155 Véase la nota 55.

156 El 7 (20) de abril de 1917, por mayoría de 21 votos contra 14, el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado tomó la decisión de apoyar activamente el "Empréstito de la libertad", emitido por el Gobierno Provisional para financiar la continuación de la guerra imperialista. Los miembros bolcheviques del Comité Ejecutivo se opusieron al empréstito y presentaron una resolución en la que argumentaban detalladamente su posición.

157 Véase C. Marx. *Crítica del Programa de Gotha*; F. Engels. *Prefacio a la recopilación "Internationales aus dem Volksstaat* (1871-1875)".

158 Esta expresión, según Marx y Engels, pertenece a R. Heine y la citaron por primera vez en la obra *La ideología alemana* (t. II, cap. IV, 4. La escuela de los sansimonianos).

159 Se tiene en cuenta la VII Conferencia (de Abril) de toda Rusia del POSD(b)R, celebrada del 24 al 29 de abril (7-12 de mayo) de 1917 en Petrogrado.

160 *Soldátskaya Pravda* ("La Verdad del Soldado"): diario bolchevique que se publicó desde abril de 1917 hasta marzo de 1918, primero como portavoz de la Organización militar aneja al comité petersburgués del POSD(b)R y luego como portavoz de la Organización militar aneja al CC del POSD(b)R.

161 La Comisión Socialista Internacional proyectaba convocar la *III Conferencia de Zimmerwald* para el 31 de mayo de 1917, pero luego fue postergada varias veces para otras fechas. Lenin consideraba que los bolcheviques debían romper con la unión de Zimmerwald, en la que los centristas habían puesto rumbo a la entrega de todas las posiciones al socialchovinismo, y emprender inmediatamente la organización de la III Internacional. Admitía la participación en la III Conferencia de Zimmerwald solamente a título informativo.

La conferencia se celebró del 5 al 12 de septiembre

de 1917.

162 El Gobierno Provisional de coalición se formó a consecuencia de la crisis provocada por la nota del ministro de Negocios Extranjeros P. Miliukov a los gobiernos aliados, del 18 de abril (1 de mayo) de 1917, en la que se confirmaba que el Gobierno Provisional observaría todos los tratados concluidos por el gobierno zarista con las potencias imperialistas aliadas: Inglaterra y Francia. Ante las manifestaciones de protesta que surgieron espontáneamente y que se convirtieron el 20 y 21 de abril (3 y 4 de mayo) en un poderoso movimiento de los obreros y soldados, el Gobierno Provisional, queriendo dar la impresión de que imprimía un viraje a su política, destituyó al ministro de Negocios Extranjeros P. Miliukov y al ministro de la Guerra A. Guchkov y pidió al Soviet de Petrogrado su consentimiento para formar un gobierno de coalición.

El Comité Ejecutivo, a pesar de la decisión del 1 (14) de marzo sobre la no participación de representantes del Soviet en el Gobierno Provisional, en una reunión extraordinaria, celebrada por la tarde y la noche del 1 (14) de mayo, aceptó la propuesta del Gobierno Provisional. Después de las conversaciones, el 5 (18) de mayo se llegó a un acuerdo sobre la distribución de carteras en el nuevo gobierno al que debían incorporarse cinco ministros socialistas: A. Kerenski, ministro de la Guerra y de Marina; M. Skóbeliev, ministro de Trabajo; V. Chernov, ministro de Agricultura; A. Peshejónov, ministro de Abastos, e I. Tsereteli, ministro de Correos y Telégrafos.

163 Lenin se refiere a la orden del ministro de la Guerra A. Kerenski, publicada el 11 (24) de mayo de 1917, que contenía la *Declaración de los derechos del soldado*. Un punto de esta Declaración autorizaba al jefe, en condiciones de campaña, a hacer uso de la fuerza militar contra los subordinados que no cumplieran las órdenes. Este punto iba dirigido contra los soldados y oficiales que se negaban a participar en la ofensiva. Al mismo tiempo que publicaba esta orden, Kerenski emprendió la disolución de los regimientos y la entrega a los tribunales de los oficiales y soldados "instigadores del desacato" a los jefes.

164 *Sublevación de Komílov*: complot contrarrevolucionario de la burguesía y los latifundistas en agosto de 1917, encabezado por el general zarista Kornílov, jefe supremo del ejército. Los conspiradores se proponían apoderarse de Petrogrado, destrozar el Partido Bolchevique, disolver los Soviets, implantar una dictadura militar en el país y preparar la restauración de la monarquía.

La sublevación comenzó el 25 de agosto (7 de septiembre). Kornílov lanzó sobre Petrogrado el 3er Cuerpo de Caballería. En el mismo Petrogrado se disponían a actuar las organizaciones contrarrevolucionarias kornilovianas.

Los obreros y campesinos, dirigidos por el Partido Bolchevique, sofocaron la sublevación de Kornílov. Presionado por las masas, el Gobierno Provisional se vio obligado a ordenar la detención de Kornílov y de sus cómplices y entregarlos a los tribunales.

165 Véase la nota 100.

166 *Centurias negras*: se llamaba así a los reaccionarios ultraderechistas y a las bandas de pogromistas organizadas por la policía zarista para luchar contra el movimiento revolucionario. Las centurias negras asesinaban a revolucionarios, agredían a los intelectuales progresistas y perpetraban pogromos antihebreos.

167 "*Dielo Naroda*" ("La Causa del Pueblo"): diario, órgano de los elementos centristas del partido eserista. Se publicó en Petrogrado desde marzo de 1917 hasta julio de 1918 (después de la Revolución de Octubre fue suspendido en distintas ocasiones y aparecía con otros títulos).

168 Lenin se refiere al Congreso de las cooperativas de toda Rusia, celebrado en Moscú del 25 al 28 de marzo (7-10 de abril) de 1917. Asistieron cerca de 800 delegados. El congreso examinó los problemas de la organización de una Unión de Cooperativas de toda Rusia, la preparación para las elecciones a la Asamblea Constituyente, la participación de las cooperativas en el abastecimiento, etc. En el congreso predominó la influencia de los mencheviques y eseristas. El congreso se pronunció por el apoyo al Gobierno Provisional y por la continuación de la guerra imperialista, pero reclamó el paso de toda la tierra a manos del pueblo trabajador y la democratización del aparato estatal y de la administración local.

169 Véase C. Marx. *La guerra civil en Francia. Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores*. (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. II, pág. 235.)

170 Véase C. Marx. *Crítica del Programa de Gotha*. (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. III, págs. 21-22.)

171 Lenin se refiere al *Comunicado del Gobierno Provisional*, publicado en la prensa el 22 de abril (5 de mayo) de 1917, en el que "en vista de las dudas que han surgido en la interpretación de la nota del ministro de Negocios Extranjeros", el Gobierno Provisional aclaraba que la nota del 18 de abril (1 de mayo) había sido aprobada unánimemente por el gobierno; que la victoria sobre los enemigos, proclamada en la nota como condición del fin de la guerra, no presupone la anexión violenta de territorios ajenos; que "las sanciones y garantías" de una paz firme, mencionadas en la nota, había que entenderlas como limitación de los armamentos y creación de tribunales internacionales.

172 Véase la carta de C. Marx a L. Kugelmann, del 17 de abril de 1871.

173 *El Programa de Erfurt del Partido Socialdemócrata Alemán* fue aprobado en el Congreso de Erfurt de 1891. Se basaba en la doctrina marxista sobre la inevitabilidad del hundimiento del modo de producción capitalista y de la sustitución de éste por el modo de producción socialista; se recalcaba en él la necesidad de que la clase obrera desplegara la lucha política y se indicaba el papel del partido como dirigente de esta lucha; pero en él se hacían también serias concesiones al oportunismo. F.

Engels sometió el proyecto de Programa de Erfurt a extensa crítica (véase *Contribución a la crítica del proyecto de programa socialdemócrata de 1891*), lo que, de hecho, constituyó una crítica del oportunismo de toda la II Internacional, para cuyos partidos el Programa de Erfurt era algo así como un modelo. Sin embargo, los dirigentes de la socialdemocracia alemana ocultaron a las masas del partido la crítica de Engels, y sus observaciones más importantes no fueron tomadas en consideración al redactarse el texto definitivo del programa. Lenin consideraba que el defecto principal del Programa de Erfurt, concesión cobarde hecha al oportunismo, consistió en que silenciaba la dictadura del proletariado.

174 *Birzhevíe Viédomosti* ("El Noticiero de la Bolsa"): periódico burgués fundado en 1880 en San Petersburgo. Su venalidad y falta de principios hicieron que su título se convirtiera en nombre genérico despectivo ("*birzhovka*"). Después de la Revolución democrática burguesa de febrero, el periódico hizo una furiosa agitación contra el Partido Bolchevique y contra Lenin. Suspendido por el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado a fines de octubre de 1917.

175 Se trata del IV Congreso (de Unificación) del POSDR, que se celebró en Estocolmo en abril de 1906. El congreso pasó a la historia del partido como el Congreso de Unificación del POSDR. Pero la unificación no dejó de ser formal. En realidad, mencheviques y bolcheviques tenían opiniones y plataformas distintas sobre problemas importantísimos, constituyendo en la práctica dos partidos.

176 *Comunidad* (rural) en Rusia: forma de usufructo mancomunado de la tierra por los campesinos que se distinguía por la rotación forzosa de los cultivos y el aprovechamiento indiviso de los bosques y los pastos. Los rasgos más importantes de la comunidad rural rusa eran la caución solidaria (responsabilidad colectiva y obligatoria de los campesinos por el aprontamiento oportuno y completo de los pagos en dinero y la ejecución de las prestaciones de todo género a favor del Estado y de los latifundistas), el reparto periódico de las tierras entre los miembros de la comunidad, la falta del derecho a renunciar al lote y la prohibición de la compraventa de la tierra.

177 *Tierra parcelaria*: tierra dejada en usufructo a los campesinos después de ser abolida la servidumbre en Rusia en 1861. Los campesinos no tenían derecho a venderla; en una parte considerable de Rusia estaba en posesión comunal y se distribuía en usufructo entre los campesinos mediante repartos periódicos.

178 Véase F. Engels. *Publicaciones de los emigrados*. I. Proclama polaca.

179 *Prodúgol*: Sociedad rusa de comercio del combustible mineral de la cuenca del Donets.
Prodamet: Sociedad para la venta de artículos de las fábricas metalúrgicas.

180 Véase F. Engels. *Contribución a la crítica del proyecto de programa socialdemócrata de 1891*.

181 *Petrográdskaya Storoná*: distrito de Petrogrado donde se encontraban los Comités Central y petersburgués del Partido Bolchevique, la Organización militar aneja al CC del POSD(b)R, el club de los soldados y otras organizaciones de los obreros y soldados que tenían su sede en el antiguo palacio de Kshesínskaya.

182 "*Izvestia Petrográdskogo Sovieta Rabóchij i Soldátskij Deputátov*" ("Noticias del Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado"): diario que empezó a publicarse en febrero de 1917. Determinaban la línea política del periódico los representantes del bloque menchevique-eserista que aplicaba una política oportunista de apoyo al Gobierno Provisional burgués y combatía las acciones revolucionarias del proletariado.
Después del II Congreso de los Soviets de toda Rusia, fue cambiada la redacción de *Izvestia* y el periódico pasó a ser órgano oficial del Poder soviético; en él se publicaron los primeros documentos más importantes del Gobierno soviético, artículos y discursos de Lenin. En marzo de 1918, el periódico se trasladó a Moscú. Aparece actualmente con el nombre de *Izvestia Soviétov Deputátov Trudiáschijsia*.

183 "*L'Humanité*" ("La Humanidad"): diario fundado por J. Jaurès en 1904 como órgano del Partido Socialista Francés. Durante la primera guerra mundial de 1914-1918, el periódico estuvo en manos del ala ultraderechista del Partido Socialista Francés y mantuvo una posición socialchovinista. Desde diciembre de 1920, después de la escisión del Partido Socialista Francés y la formación del Partido Comunista de Francia, el periódico pasó a ser órgano central de este último.

184 Al comienzo de la primera guerra mundial de 1914-1918, Alemania violó groseramente la neutralidad belga y ocupó Bélgica con el propósito de utilizar su territorio para asestar el golpe decisivo a Francia. La ocupación duró hasta el fin de la guerra causando grandes daños a la economía y arruinando la industria del país.
Después de la derrota de Alemania en 1918, Bélgica fue liberada.

185 "*Zemliá y Volia*" ("Tierra y Libertad"): diario que editó en Petrogrado el comité regional del partido eserista desde marzo hasta octubre de 1917.

186 *Tercera República Francesa*: república burguesa instaurada en Francia a consecuencia de la revolución de septiembre de 1870. Existió hasta julio de 1940.

187 "*Dien*" ("El Día"): diario de tendencia burguesa liberal. Se publicó en San Petersburgo desde 1912. En el periódico colaboraban los mencheviques liquidadores, a cuyas manos pasó por completo después de la Revolución democrática burguesa de febrero de 1917. Clausurado por el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado el 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917.

188 Véase la nota 40.

189 *Lista civil*: parte del presupuesto nacional, en las monarquías constitucionales, destinada a los gastos personales del monarca y al mantenimiento de su Corte.

190 Véase la carta de F. Engels a F. A. Sorge, 29.11.1886.

191 Lenin se refiere a la VII Conferencia (de Abril) de toda Rusia del POSD(b)R, celebrada en Petrogrado del 24 al 29 de abril (7-12 de mayo) de 1917.

192 Se trata del Primer Congreso de diputados campesinos de toda Rusia, celebrado del 4 al 28 de mayo (17 de mayo al 10 de junio) de 1917, que aprobó una resolución sobre la futura estructura política de Rusia.

193 Lenin se refiere al artículo de V. Bazárov *Y luego ¿qué?*, publicado en el núm. 40 del periódico *Nóvaya Zhizn* el 4 (17) de junio de 1917 y dedicado al problema de cómo poner fin a la guerra. Bazárov abogaba por continuar una guerra separada para "salvar la revolución".

"*Nóvaya Zhizn*" ("Vida Nueva"): diario, órgano del grupo de mencheviques internacionalistas. Se publicó en Petrogrado desde abril de 1917 hasta julio de 1918.

194 Lenin se refiere a la entrega del pasaporte por el gobierno inglés a Ramsay MacDonald, líder del Partido Laborista Independiente de Inglaterra, para trasladarse a Rusia a donde había sido invitado por el Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado. El viaje lo impidió el sindicato de marinos inglés, que se negó a conducir el barco en el que debía llegar MacDonald.

195 *El llamamiento del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado "A los pueblos de todo el mundo"* fue aprobado en la reunión del Soviet del 14 (27) de marzo de 1917, por la mayoría menchevique-eserista del Soviet bajo la presión del vasto movimiento de los trabajadores que luchaban por el cese de la guerra.

En el llamamiento abundaban las frases pomposas sobre la paz. Sin embargo, no denunciaba el carácter rapaz de la guerra, no formulaba ninguna medida práctica de lucha por la paz y en esencia justificaba la continuación de la guerra imperialista por el Gobierno Provisional burgués.

196 En junio de 1917, Italia ocupó Albania y proclamó la independencia de este país convirtiéndolo de hecho en su protectorado.

Bajo la presión de Inglaterra y Francia se dio un golpe de Estado en Grecia. Mediante el bloqueo económico, que provocó un hambre terrible en el país, y también por la ocupación de varias regiones griegas por las tropas anglo-francesas los aliados obligaron al rey Constantino a abdicar poniendo en el poder a su partidario Venizelos. Grecia fue arrastrada a la guerra al lado de la Entente, pese a la voluntad de la inmensa mayoría de la población.

Durante la guerra, Persia (Irán) sufrió la ocupación de las tropas inglesas y rusas. A comienzos de 1917, Persia, que había perdido toda independencia, fue ocupada en el Norte por las tropas rusas y en el Sur por las inglesas.

Todos estos actos de grosera violencia imperialista fueron apoyados por los diplomáticos del Gobierno Provisional.

197 Se tiene en cuenta la declaración del buró de la fracción bolchevique y del buró de los socialdemócratas internacionalistas unidos en el I Congreso de los Soviets de toda Rusia en la que se exigía plantear ante el I congreso en primer término el problema de la ofensiva en el frente que venía preparando el Gobierno Provisional. En la declaración se indicaba que esta ofensiva era dictada por los magnates del imperialismo al lado, que los círculos contrarrevolucionarios de Rusia calculaban concentrar así el poder en manos de los grupos militares-diplomáticos y capitalistas y asestar el golpe a la lucha revolucionaria por la paz y a las posiciones conquistadas por la democracia rusa. La declaración advertía a la clase obrera, al ejército y al campesinado la amenaza que se cernía sobre el país y exhortaba al congreso a dar una réplica inmediata a la acometida contrarrevolucionaria.

La propuesta del buró de la fracción del POSD(b)R fue rechazada por el congreso.

198 Véase la nota 126.

199 Véase la nota 103.

200 Uno de los títulos del periódico *Pravda*.